

PABLO Y ESTEBAN

EMMANUEL

PABLO Y ESTEBAN

Romance dictado por el
Espíritu de **Emmanuel**

Recibido mediúmicamente
por **Francisco Cándido Xavier**

Versión española de
Manuel Valverde

Primera Edición

Título original portugués

Paulo y Estêvão

La presente traducción se realizó de
la 12ª edición publicada en el año
1977 por la F.E.B., de Río de Janeiro, Rep. de Brasil

NOTAS PRELIMINARES

Los trabajos que circulan por el mundo respecto del Apóstol de los Gentiles, son muchos y esmerados. Entonces es justo que esperemos el interrogante. ¿Por qué un nuevo libro sobre Pablo de Tarso? ¿Es un homenaje al gran trabajador del Evangelio o informaciones detalladas de su vida?

Respecto a la primera de las preguntas, somos los primeros en reconocer que el convertido de Damasco no necesita de nuestros pequeños homenajes; en cuanto a la segunda de las preguntas, responderemos afirmativamente, pues tienen la finalidad de alcanzar la meta que nos hemos propuesto, transfiriendo hacia la humanidad terrena y con los recursos a nuestro alcance, algunos aspectos de la tradición del plano espiritual acerca de los trabajos confiados al gran amigo de los gentiles.

Nuestra finalidad no es solamente rememorar los pasajes sublimes de los tiempos apostólicos, sino, que la principal finalidad, es presentar la figura fiel del gran cooperador, del hombre transformado por Jesús Cristo y que atendió a su divino ministerio. Sin embargo aclaramos, que no es nuestro propósito realizar únicamente una biografía romancesca. El mundo cuenta con muchas obras de ese tipo, donde resaltan sus más hermosos ejemplos. Nuestro mejor y más sincero deseo es recordar sus luchas y los grandes testimonios de un corazón extraordinario, que se levantó en medio de las contradicciones humanas para seguir los pasos del Maestro, sin mayor esfuerzo y con entrega total.

Las iglesias un tanto aquietadas en la actualidad y los errados deseos de los creyentes, en los diversos sectores del Cristianismo, justifican nuestras intenciones.

Por todas partes existen tendencias y ociosidad de espíritu, cuyas manifestaciones son bastante débiles, carentes de esfuerzo alguno. Muchos discípulos se disputan la representatividad ante el Estado, mientras que otros, distanciados voluntariamente del trabajo justo, suplican la protección sobrenatural del Cielo. Templos y devotos se entregan plácidamente a las situaciones acomodaticias, prefiriendo el dominio y los regalos de orden material.

Observando atentamente ese panorama, es de mucha utilidad el recordar a la figura inolvidable de ese generoso Apóstol.

Muchos comentarán la vida de Pablo, y no faltarán los que le atribuyan ciertos títulos favorables, proveniente del Cielo y también lo presentarán como un fanático de corazón endurecido. Para algunos fue un santo predestinado, a quien se le apareció Jesús, como una operación mecánica de la gracia; para otros fue un espíritu arbitrario, absorbente y ríspido, inclinado a combatir a los compañeros con vanidad casi cruel.

No nos detendremos en esa posición extrema.

Queremos recordar que Pablo recibió la santa dádiva de la visión gloriosa del Maestro a las puertas de Damasco, pero no podemos olvidarnos de la declaración de Jesús en lo que se refiere al sufrimiento que le esperaba por el amor a su nombre.

También es cierto que el inolvidable tejedor traía en sí su divino ministerio, pero, ¿quién se encuentra en el mundo sin un mandato de Dios? Mucha gente dirá que desconocía su propio trabajo, pero nosotros podemos responder que, además de haber ignorancia al respecto, existen caprichos perniciosos, poca atención o nada. Los más exigentes advertirán que Pablo recibió un llamado directo, pero en verdad, todos los hombres, de una u otra forma, son invitados personalmente a trabajar por el Cristo. Las formas pueden variar, pero la esencia del llamado siempre es la misma. La invitación para unirse al trabajo, muchas veces llega de la forma más sutil, inesperadamente; la mayoría resiste al generoso llamado del Señor. Ahora sabemos que Jesús no es un Maestro de violencias y si la figura de Pablo se agranda a nuestras miradas, es porque lo oyó, se negó a sí mismo, se arrepintió, tomó la cruz y siguió al Cristo hasta el fin de sus tareas materiales. Entre persecuciones, enfermedades, apodos, improperios, desilusiones, pedradas, azotes y encarcelamientos, Pablo de Tarso fue un hombre intrépido y sincero, que caminó en medio de las sombras del mundo en busca del Maestro y se hizo oír en medio de las luchas de la vida. Fue mucho más que un predestinado, fue un realizador que trabajó diariamente para buscar y demostrar la luz.

El Maestro lo llama desde su plano de inmensa claridad.

Pablo camina en medio de las tinieblas de las experiencias humanas y responde:

–Señor, ¿qué deseas que haga?

Entre él y Jesús había un abismo, que el Apóstol lo supo trasponer a través de decenios de luchas redentoras y constantes.

Lo demuestra en el examen que a nosotros nos compete en nuestro trabajo, y que es ir al encuentro de Jesús, que además, es el objetivo definitivo.

Otra de la finalidad de este humilde esfuerzo es reconocer que el Apóstol no hubiera podido alcanzar esa posibilidad, en una acción aislada en medio del mundo.

Sin Esteban, no tendríamos a Pablo de Tarso. El gran mártir del Cristianismo naciente alcanzó enorme influencia por su disposición irreductible, mucho más de lo que pudiéramos imaginar y que va más allá de lo expresado en los tratados conocidos por los estudios terrenos. La vida de ambos está entrelazada de misteriosa belleza. La contribución de Esteban y de otros personajes de esta historia real viene a confirmar la necesidad y la universalidad de la ley de la cooperación. Y para resaltar la amplitud del concepto, recordemos que Jesús, cuya misericordia y poder alcanzaba a todos por igual, buscó la compañía de los doce apóstoles a fin de iniciar la renovación del mundo.

Además, sin cooperación no podría existir amor, y el amor es la fuerza de Dios que equilibra el Universo.

Desde ya veo a los críticos consultando textos y combinando versículos para ir demarcando los errores de nuestra sencilla exposición. A los bien intencionados les agradecemos sinceramente por conocer nuestra expresión de criatura falible, declarando que el presente libro fue escrito por un Espíritu para los que viven en espíritu, y al pedantismo dogmático o literario, de todos los tiempos, les recordamos lo que dice el Evangelio, repitiendo una vez más que, si la letra mata, el espíritu vivifica.

Por lo tanto, ofrecemos a nuestros hermanos de la tierra este humilde trabajo y formulamos votos para que el ejemplo del Gran Convertido se haga más lúcido para nuestros corazones a fin de que cada discípulo pueda entender cuánto tiene que trabajar y sufrir por amor a Jesús Cristo.

Pedro Leopoldo, 8 de junio de 1941.

PALABRAS DEL TRADUCTOR

Cumplo en manifestar mi sincero pensamiento con el lector, para expresarle mi enorme alegría de haber trabajado espiritualmente para la siembra selecta de Emmanuel, espíritu a quien aprecio, al igual que otros, que sumados sus esfuerzos redundan en favor de la siembra del Cristo Jesús.

Cuando tuve la oportunidad de escuchar los sabios consejos de mis amigos de la espiritualidad, especialmente los hermanos espíritas, sobre el valor que contenía la presente obra, me quedó el deseo de valorar por mí mismo la ponderación expresada.

Rápidamente comprendí el porqué de tantas ediciones en brasileño-portugués, pues su contenido no sólo es altruista sobre la prestigiosa y fecunda labor Evangélica desarrollada por Pablo de Tarso, sino porque los espíritas comprenden el valor que posee la descripción amena y altamente aleccionadora que contiene la obra elaborada por el espíritu de Emmanuel.

No sólo nos sitúa en los ambientes donde se desarrolló la base de la cristiandad, sino que por momentos nos sentimos como parte activa del drama o la alegría sabiamente expuesta por el Mentor.

Mi condición de hermano espírita, hombre de estudio en los diversos niveles de la espiritualidad, hace que pueda apreciar el valor intrínseco de la Verdad, como es natural, bajo el prisma de mi evolución espiritual, pero que en definitiva nos lleva a querer lanzar esos conocimientos espirituales, como los de esta magnífica obra, para que se aprecie incondicionalmente, que los Mentores desde el espacio, hacen su relato para todas las mentes sensibles a captar el Evangelio del Divino Maestro, pero sin distinción de camino o religión alguna.

El hecho de encuadrar el relato dentro de los cánones kardecianos, es de vital importancia, porque no mencionando al ilustre Allan Kardec, sin embargo, deja entrever, que la Verdad expuesta por los postulados espíritas, no está reñida por ninguna religión que su norte apunte a la Reencarnación y la Supervivencia del Alma.

Siendo así, tuve la inmensa alegría de abordar este hermoso trabajo de traducción, que permite a mi espíritu brindar a ese notable y apreciado Maestro de la espiritualidad, como es Emmanuel, para bien y conocimiento de mis hermanos de habla castellana.

¡Que las sublimes y provechosas enseñanzas expuestas en esta modesta obra de bien espiritual, sean propicias al lector! Y, que una vez analizadas y aprendidas sus amorosas enseñanzas evangélicas, seamos todos los que hemos disfrutado de estas hermosas páginas, los transmisores directos con voz fecunda y armoniosa, a los hermanos que aún les falta el conocer la senda luminosa del Apóstol de los gentiles, Pablo de Tarso, a través del dictado luminoso de Emmanuel.

16 de Febrero de 1980.

Manuel Valverde

CORAZONES CASTIGADOS

La mañana se presentaba muy hermosa y el sol acariciaba las calles centrales de Corinto; no obstante, estaban casi desiertas.

En el aire se percibía una perfumada brisa que provenía de lejos; sin embargo, la fisonomía de las criaturas que transitaban por la vía pública no demostraban alegría o despreocupación, ni tampoco se observaba el movimiento habitual de las literas de lujo, que resaltaban por su andar acostumbrado.

La ciudad reedificada por Julio César, era la más bella de las joyas de la vieja Acaya y servía de capital a la hermosa provincia. No se podía encontrar, en su intimidad, el espíritu helénico en su pureza antigua, porque después de un siglo de lamentable abandono, y de la destrucción llevada a cabo por Mumio y de la restauración por el gran emperador, transformaron a Corinto en importante colonia de romanos, por donde pasaron cantidades de liberados ansiosos, en busca de trabajo remunerable o propietarios de cuantiosas fortunas. A éstos se asociaron enormes cantidades de israelitas y considerables hijos de otras razas, agrupándose en el centro, transformando la ciudad en núcleo de convergencia de todos los aventureros de Oriente y Occidente. Su cultura estaba muy lejos de las realizaciones intelectuales del griego eminente, mezclándose ese conjunto en sus plazas y templos. Obedeciendo, tal vez, a esa heterogeneidad de sentimientos, Corinto se hizo famosa por las tradiciones, que hablaban del libertinaje de la gran mayoría de sus habitantes.

Los romanos encontraron un campo propicio para dar curso a sus pasiones, entregándose al venenoso perfume de ese jardín de flores exóticas. Al lado de la vida fácil y soberbia, adornada de pedrería rutilante, el pantano de las miserias morales exhalaba nauseabundo olor. La tragedia siempre fue el precio doloroso de los placeres fáciles. De cuando en cuando, los grandes escándalos reclamaban las grandes represiones.

En ese año 34, la ciudad mencionada fue sobresaltada por una violenta revuelta de los esclavos oprimidos.

Se perpetraron tenebrosos crímenes en la sombra, requiriendo severas medidas. El Procónsul no se molestó por la gravedad de la situación rei-

nante. Se limitó a enviar mensajeros oficiales a Roma, pidiendo los refuerzos necesarios. Y los refuerzos no tardaron en llegar. Al poco tiempo, las galeras de las águilas dominadoras, favorecidas por los vientos, traían a bordo las autoridades, cuya misión era imponer el orden y aclarar los hechos sucedidos.

He ahí el porqué en nuestra mañana radiosa, comentada al comienzo, se presentaba silenciosa, con sus comercios semicerrados y sus calles poco concurridas. Los transeúntes eran muy pocos, con excepción de algunos pelotones de soldados que cruzaban las esquinas despreocupados y satisfechos, como quien se apronta a disfrutar de las próximas novedades.

Hacia algunos días, un jefe romano, cuyo nombre era muy comentado por sus sombrías tradiciones, fue recibido por la Corte Provincial, puesto que estaba desempeñando elevadas funciones como representante de César, acompañándolo un gran número de agentes políticos y militares, creando el terror en todas las clases con sus infamantes procesos. Licinio Minucio llegó al poder interponiendo los recursos de la intriga y la calumnia. Consiguió regresar de Corinto, donde pasó sus años anteriores sin tener un gran poder como autoridad; por lo tanto, ahora trataba de aumentar sus caudales con el fruto de su avaricia insaciable y sin escrúpulos. Pretendía en el futuro retirarse y radicarse por aquellos sitios, donde sus propiedades particulares eran enormes, esperando pasar su vejez con tranquilidad. Con el deseo de consumir sus criminales designios, inició un gran movimiento de arbitrarias explotaciones bajo pretexto de garantizar el orden público en beneficio del poderoso Imperio, que su autoridad representaba.

Numerosas familias de origen judío fueron escogidas como víctimas preferenciales de tamaña extorsión.

Por todas partes comenzaban a llorar los oprimidos; mientras tanto, ¿quien osaría reclamar pública y oficialmente por el atropello? La esclavitud esperaba siempre el movimiento arrollador que representaba la libertad en contra de las expresiones de la tiranía romana. Y no era solamente la figura despreciable del odioso funcionario lo que constituía para la ciudad una angustiada y permanente amenaza. Sus secuaces estaban mezclados y apostados en varios puntos de la vía pública, provocando escenas insostenibles, características de una perversidad inconsciente.

La mañana ya era bastante avanzada cuando un hombre de edad parecía buscar el mercado, por el cesto que aseguraba con su mano y en ese momento cruzaba una extensa plaza.

Un grupo de tribunos se reían de él irónicamente a la vez que le ofendían con sus expresiones de bajo tenor, riéndose sarcásticamente.

El viejito, que denunciaba por sus trazos fisonómicos pertenecer a la raza israelita, demostraba percibir el ridículo del que venía siendo blanco. Sin embargo, se alejó de los patricios con deseos de querer resguardarse, para lo cual caminó con más timidez y humildad.

Fue en ese instante que uno de los tribunos, en cuyo mirar autoritario se notaba una acentuada malicia, se acercó y lo interrogó ásperamente:

–Judío despreciable, ¿cómo te atreves a pasar sin saludar a tus señores?

El interpelado se paró, pálido y tembloroso. Sus ojos demostraron poseer una extraña angustia que se resumía en su expresión silenciosa, que indicaba los infinitos martirios que castigaban a los de su raza. Las manos arrugadas le temblaban ligeramente, mientras su pecho se inclinaba reverente, apretando su larga y encanecida barba.

–¿Tu nombre? –exclamó el oficial irrespetuosamente y en forma irónica.

–Jochedeb, hijo de Jared –respondió tímidamente.

–¿Por qué no saludaste a los tribunos imperiales? –Señor, ¡yo no quise ofenderos! –explicó casi lagrimeando. –¿No quisiste ofendernos? –volvió a preguntar el oficial con cargada dureza.

Y, antes que el interpelado consiguiera una nueva oportunidad para ampliar sus disculpas, el mandatario imperial le dio con sus puños cerrados sobre su cara, siguiendo con una serie de bofetones impiadosamente aplicados.

–¡Toma! ¡Toma! –exclamaba groseramente, a la vez que se reía a carcajadas delante de sus compañeros, y agregó con tono festivo–: ¡Recuerda bien lo que hoy recibiste! ¡Perro asqueroso, aprende a ser educado y agradecido!...

El viejito tambaleó, pero no reaccionó. Se notaba su sorda e íntima rebelión a través de su mirada llameante, indignada, que lanzó a su agresor con una serenidad increíble. En un movimiento espontáneo, sus ojos los pasó por sus brazos curvados y debilitados en la lucha por sobrevivir, recono-

ciendo con el gesto que de nada valía el rebelarse. En ese instante, su verdugo le observó su calma silenciosa, pareciendo querer medir la extensión de su cobardía y colocando su mano en la armadura de su cinto, volvió a decir con profundo desdén:

—¡Ahora que recibiste la lección, puedes buscar el mercado, judío insolente!

La víctima le dirigió un mirar de ansiosa amargura, en el que manifestaba toda la angustia de su larga existencia. Envuelto en la sencilla túnica y resaltando su vejez venerable, remarcada por los cabellos encanecidos por las penosas experiencias de su vida, el mirar del ofendido se asemejaba a un dardo invisible, que debería penetrar en la conciencia del agresor irrespetuoso y malo. Mientras tanto, aquella dignidad ofendida no demoró mucho en poner de manifiesto su reprobación, intraducible en palabras. En pocos instantes, soportando la gritería de los militares, prosiguió en el objetivo que lo había hecho salir a la calle.

El viejo Jochedeb experimentaba ahora extrañas y amargas reflexiones. Dos lágrimas calientes de dolor le corrieron por su rostro macilento, perdiéndose en medio de la barba grisácea. ¿Qué había hecho para merecer tamaño castigo? La ciudad estaba siendo preparada para exponer la rebeldía de sus numerosos esclavos, pero su pequeño hogar proseguía con la paz de los que trabajan con dedicación y obediencia a Dios.

La humillación experimentada le hacía regresar por medio de su imaginación a los períodos más difíciles de la historia de su raza. ¿Por qué motivo y hasta cuándo sufrirían los israelitas la persecución de los elementos más poderosos del mundo? ¿Cuál era la razón de ser siempre estigmatizados, como indignos y miserables, en todas partes de la tierra? Mientras tanto, amaba sinceramente a aquel Padre de justicia y amor, que velaba desde los cielos por la grandeza de su fe y por la eternidad de sus destinos. Mientras los demás pueblos se entregaban al relajamiento de las fuerzas espirituales, transformando esperanzas sagradas en expresiones de egoísmo e idolatría, Israel sustentaba la ley del Dios único, esforzándose en todas las circunstancias por conservar intacto su patrimonio religioso, con sacrificio, pero independiente de la política.

Apesadumbrado, el pobre viejo meditaba sobre su propia suerte.

Esposo dedicado, enviudó cuando aquel mismo Licinio Minucio, repre-

sentante del Imperio, años antes, instauró nefastos procesos en Corinto, para castigar algunos elementos de su población descontenta y rebelada. Su gran fortuna personal había sido reducida al máximo y hubo de pasar en prisión injustamente por causa de las falsas acusaciones, que le dieron pesados sinsabores y terribles confiscaciones. Su mujer no había resistido los sucesivos golpes y le afectó fatalmente el corazón, provocándole la muerte, dejando dos hijos pequeños que constituían la corona de esperanza de su laboriosa existencia.

Jeziel y Abigail se desarrollaban bajo el cuidado de sus brazos afectuosos y por ellos, la carga de los sagrados deberes domésticos, sentía que la nieve del áspero camino humano, le fueron blanqueando anticipadamente los cabellos, consagrando a Dios sus más santas experiencias. Entonces a su mente le vino la silueta graciosa de sus dos hijos. Era un sedante conocer el sabor agradable de las experiencias del mundo para beneficio de ellos. El tesoro filial lo compensaba de los castigos recibidos en cada alto del camino. La evocación del hogar, donde el amor cariñoso de los hijos estimulaba sus esperanzas paternas, suavizaba sus amarguras.

¿Qué importaba la brutalidad de los romanos cuando la vejez se aureolaba con los más santos afectos del corazón? Experimentando resignado consuelo, llegó al mercado donde compró cuanto necesitaba.

El movimiento no era intenso, como sucedía en los tiempos normales, sin embargo, había cierta concurrencia de compradores, normalmente de gente liberada y pequeños propietarios, que fluían de los caminos principales.

No había terminado de comprar los peces y las legumbres, cuando una lujosa litera paró en el centro de la plaza y de ella saltó un oficial patricio, que desdobló un largo pergamino. La señal de silencio hizo enmudecer a la gente y la voz del extraño personaje vibró fuerte, dando comienzo al edicto:

—“Licinio Minucio, magistrado del Imperio y legado del César, encargado de abrir en esta provincia un centro de investigación, necesario para restablecer el orden en Acaya, invita a todos los habitantes de Corinto que se consideren perjudicados en sus intereses personales o que necesiten del amparo oficial, a comparecer mañana al mediodía, en el palacio provincial, junto al templo de Venus. Allí serán atendidas sus quejas y reclamaciones, que serán investigadas por las autoridades competentes”.

Leído el aviso, el mensajero retomó su elegante vehículo que sustentado por los hercúleos brazos de los esclavos, desapareció en la primera esquina, envuelto en una nube de polvo.

Entre los circunstantes surgieron variadas opiniones y comentarios.

Los quejosos no tomaban parte. El representante y sus propuestos en un comienzo se posesionaron de pequeños patrimonios territoriales de la mayoría de las familias humildes, cuyos recursos financieros no daban para costear los procesos en el foro provincial. De ahí la onda de esperanzas que alcanzaba al corazón, algunos y la opinión pesimista de otros, que manifestaban su resquemor que no fuera una nueva celada para luego tener que pagar mucho más por sus justas razones.

Jochedeb escuchó el comunicado oficial, colocándose entre los que se juzgaban con derechos a esperar una legítima indemnización por los perjuicios sufridos desde otros tiempos.

Animado de las mejores esperanzas, caminaba lentamente hacia la casa, escogiendo el camino más largo para evitar un nuevo encuentro con los que le habían humillado públicamente.

No había caminado mucho cuando surgieron a su frente nuevos grupos de militares romanos, que chanceaban alegremente en la vía pública.

Al enfrentar al primer grupo de tribunos y sintiéndose el blanco de los comentarios deprimentes que terminó en risotadas, el viejo israelita se puso a considerar: —“¿Debo saludarlos o seguir mudo, como lo hice la primera vez?” Preocupado por evitar un nuevo encuentro desagradable que provocaría nuevas humillaciones en ese día, se inclinó profundamente, cual mísero esclavo murmuró tímidamente:

—¡Salve, valerosos tribunos del César!

Mal había terminado de decirlo, cuando un oficial de fisonomía dura e impasible se acercó y exclamó encolerizado:

—¿Qué es esto? ¿Un judío se dirige impunemente a los patricios? ¿Llega a tanto la tolerancia de la autoridad provincial? ¡Hagamos justicia por nuestras propias manos!

Y nuevas bofetadas encontraron el rostro dolorido del infeliz, que necesitaba concentrar todas sus energías para no repeler la agresión. Sin una palabra de justificación, el hijo de Jared se sometió al castigo impuesto. Su corazón parecía reventar de angustia en el pecho envejecido y cuando miró a los oficiales su mirar expresaba la rebelión que su alma experimentaba. Imposibilitado para coordinar sus ideas en base a la agresión inesperada, en

su humilde actitud reparó que esta vez la sangre chorreaba por su rostro, manchando su larga y blanca barba, alcanzando su vestido de lino. Ese aspecto tampoco sensibilizó a su agresor, que por último descargó un fortísimo puñetazo en la arrugada frente, murmurando:

—¡Sal de aquí, insolente!

Sosteniendo con mucha dificultad el cesto que colgaba de sus brazos temblorosos, Jochedeb avanzó tambaleante, sofocando la rebelión de su estado desesperante. “¡Ah, ser viejo!”, pensaba. Simultáneamente los símbolos de la fe le modificaban sus disposiciones espirituales y sentía en lo íntimo la antigua palabra de la Ley: “No matarás”. Mientras tanto, las enseñanzas divinas, conforme a su forma de ver, en la voz de los profetas, aconsejaban la venganza: “ojo por ojo y diente por diente”. Su espíritu tenía latente la intención de la represalia como remedio a sus perjuicios, a la cual se juzgaba tener todos los derechos, pero sus fuerzas físicas no eran compatibles con los requisitos de la reacción.

Profundamente humillado y presa de angustiosos pensamientos, buscó recogerse en su hogar, donde se aconsejaría con sus hijos bien amados, en cuyo afecto encontraría, seguro, la necesaria inspiración.

Su modesta vivienda no estaba muy lejos y vista de lejos, entrevió el simple y pequeñito techo en el cual cobijó todos los frutos de su amor. Rápidamente se dirigió por el camino que terminaba en la tosca puertita, que se encontraba graciosamente adornada por los rosedales cuidadosamente plantados por su hija Abigail. Los árboles verdes, con sus amplias copas, esparcían una hermosa y cobijante sombra, que atenuaba el rigor del sol. Una voz clara y conocida llegaba de lejos a sus oídos. En aquella hora, Jeziel, conforme al programa que él mismo trazó, araba la tierra, preparándola para una nueva siembra. La voz de su hijo parecía unirse a la radiosa luz del sol. La vieja canción hebraica, que salía de sus labios calientes, era como un himno de exaltación al trabajo y a la naturaleza. Sus hermosos versos hablaban del amor a la tierra y de la protección constante de Dios. El generoso padre ahogaba en lo íntimo de su pecho las lágrimas del corazón. La melodía popular le provocaba un mundo de reflexiones. ¿No había trabajado su existencia entera? ¿No se presumía en vano, que era un hombre honesto y justo hasta en los mínimos actos de su vida, para no perder nunca el título muy bien ganado, de hombre justo? Mientras tanto, la sangre de la persecución injusta le salpicaba la barba venerable, que resaltaba sobre la

blanca túnica, que era tan blanca como la pureza de su mente, que jamás fue manchada o atormentada por una injusticia.

Aún no había atravesado el cerco rústico de su vivienda humilde, cuando una voz cariñosa, pero asustadiza, le gritó con vehemencia:

–¡Padre! ¡Padre! ¿Qué es esa sangre?

Una joven de notable hermosura corría para abrazarle con inmensa ternura, al mismo tiempo que le tomaba el codo de las manos, temblorosas y doloridas.

Abigail, en la candidez de sus dieciocho años, era un gracioso resumen de todos los encantos de las mujeres de su raza. Los cabellos sedosos le caían en anillos caprichosos sobre sus hombros, adornándole el rostro atractivo, formando un conjunto armonioso de simpatía y belleza. Mientras tanto, lo que más impresionaba en su cuerpo de jovencita eran sus profundos y negros ojos, los cuales parecían manifestar una intensa vibración interior, que parecía hablar de los más elevados misterios del amor y de la vida.

–¡Mi querida hija! –murmuró, a la vez que parecía querer ampararse en sus delicados brazos.

Rápidamente puso a su hija al corriente de todo lo sucedido. Y cuando el viejo iba recibiendo el paño balsámico, preparado por su querida hija, que le atenuaba el dolor de las heridas recibidas en el rostro, Jeziel fue llamado e informado de todo.

El joven llegó solícito y presuroso. Abrazó al padre y fue escuchando, paso a paso, palabra tras palabra, del atropello cometido. Estaba en el vigor de la juventud y no tenía más de veinticinco años, pero asimilaba los gestos y la gravedad de los hechos sucedidos, y por la forma que aceptaba tan lamentable ignominia, parecía demostrar su elevada capacidad, sólo al alcance de un espíritu noble y dispuesto al servicio, dirigido por una conciencia clara y precisa.

–¡Coraje, padre! –exclamó después de escuchar la dolorosa exposición, poniendo en las expresiones de firmeza un acentuado sello de ternura–. Nuestro Dios es de Justicia y Sabiduría. ¡Confiemos en su protección!

Jochedeb contempló a su hijo de lo alto a lo bajo, fijándole sus ojos en su mirar bondadoso y calmo, donde deseaba depositar, en ese momento, la indignación que le parecía natural y justa, ya que lo dominaba el deseo de represalia ante los autores del atropello. Es verdad, había criado a Jeziel

dentro de un marco de pureza y alegría por el deber, en obediencia a los dictados de la ley; sin embargo, nada le quitaba de su idea el momento del desquite, a fin de que se retribuyera con justicia los ultrajes recibidos.

–Hijo –expresó, después de meditar largo tiempo–, Jehovah está lleno de justicia, pero los hijos de Israel, como escogidos, necesitan igualmente ejercerla. ¿Podemos ser justos, si olvidamos las ofensas? No podré descansar si no cumplo con los mandatos de mi conciencia. Tengo necesidad de señalar los errores de los cuales fui víctima, en el presente y en el pasado, y mañana iré ante el legado de Roma, para ajustar mis cuentas.

El joven hebreo hizo un movimiento de asombro y agregó:

–Por ventura, ¿irás a presentarte ante el gestor Licinio y esperas que te recompense justamente? ¿Y los antecedentes, padre mío? ¿No fue ese mismo patricio el que os despojó de vuestro patrimonio territorial, mandándoos a la cárcel?

–¿No veis que tiene en sus manos la fuerza de la iniquidad? ¿No será que con vuestro pedido de nueva justicia, retome el deseo de extorsionaros hasta lo último que os queda?

Jochedeb fijó los ojos en los de su hijo, mirada que la nobleza de corazón acompañaba con lágrimas emotivas, pero que en su rigidez de carácter acostumbraba a ejecutar sus designios hasta el fin y exclamó casi secamente:

–Como sabes, tengo cuentas nuevas y viejas que arreglar y mañana, conforme dice el edicto, aprovecharé el ofrecimiento que el Gobierno provincial nos faculta.

–Padre mío, os suplico –advirtió el joven, respetuoso y calmo–, no aprovechéis más esos recursos, que definitivamente no son nada provechosos.

–¿Y las persecuciones? –exclamó el viejo enérgicamente–.

¿Y ese torbellino constante de ignominias que pesan para todos los de nuestra raza? ¿No tiene que haber un término en ese largo camino de infinitas angustias? ¿Asistiremos sumisos al atropello de todo lo que poseemos de más sagrado? Tengo el corazón rebelado con esos crímenes odiosos, que nos alcanzan impunemente...

La voz se fue volviendo un poco más melancólica, dejando entrever extremado desánimo; Jeziel, sin perturbarse por las objeciones paternas, prosiguió:

–Esas torturas no son nada de nuevo. Hace muchos siglos los faraones de Egipto cometieron las mismas crueldades con nuestros antepasados, siendo asesinados los niños hebreos ni bien terminaron de nacer. Antíoco Epifanes, en Siria, mandó degollar mujeres y criaturas, buscándolos en sus hogares. En Roma, de época en época, todos los israelitas sufren vejámenes y confiscaciones, descontando las persecuciones y muertes. Pero en verdad, padre mío, si así sucede es porque Dios permite que Israel reconozca, en medio de los sufrimientos más atroces, su misión divina.

El viejo israelita parecía meditar en lo manifestado por su hijo; sin embargo, agregó con resolución:

–Sí, todo eso es verdad, mas la justicia debe ser cumplida, centavo tras centavo y nada podrá cambiar mi forma de pensar.

–Entonces, ¿iréis a reclamar mañana delante del legado?

–¡Sí!

En ese momento la mirada del joven se posó en la vieja mesa, donde reposaba la colección de los Escritos Sagrados de la familia. Animado por una súbita inspiración, Jeziel recordó humildemente:

–Padre, no tengo el derecho de reprocharos, pero veamos qué nos dice la palabra de Dios, respecto a lo que pensáis en estos momentos.

Y abriendo el texto al acaso, conforme era costumbre de la época, a fin de conocer la sugestión que le pudieran otorgar las sagradas letras, leyó en la parte de los Proverbios:

–“No deseches, hijo mío, la corrección del Señor, ni desmayes cuando él te castiga; porque al que ama el Señor, lo castiga se complace en él, como un padre a su hijo”¹.

El viejo israelita abrió sus ojos asombrado, demostrando la estupefacción que el mensaje indirectamente le causó, y como Jeziel lo miraba amorosamente como esperando conocer su íntima inquietud, en base a la sugestión de los escritos sagrados, acentuó:

–Recibo la advertencia de los escritos sagrados, hijo mío, pero no me conformo con la injusticia y, además, he resuelto definitivamente llevar mañana mi queja a las autoridades competentes.

¹ Proverbios, III: 11 y 12.

El joven suspiró y dijo resignado:

–¡Que Dios nos proteja!...

Al día siguiente se agrupaba una gran cantidad de personas en las puertas del templo de Venus. Del antiguo caserón donde funcionaba un tribunal improvisado, se veía cruzar los lujosos vehículos por la plaza grande en todas las direcciones. Eran patricios que se dirigían a las audiencias de la Corte Provincial o ¡antiguos propietarios de la fortuna particular de Corinto, que se daban a los entretenimientos del día, a costa del sudor de los míseros cautivos. Un movimiento fuera de lo común caracterizaba el lugar, observándose de vez en cuando, los oficiales embriagados que dejaban el ambiente viciado del templo de la famosa diosa, donde se practicaban condenables placeres.

Jochedeb atravesó la plaza sin detenerse a mirar cualquier detalle que le ofreciera la multitud que lo rodeaba y penetró en el recinto, donde Licinio Minucio, rodeado de muchos auxiliares y soldados, daba algunas órdenes.

Los que se atrevieron a presentar públicamente sus quejas no excedían de un centenar de personas, y después de prestar declaración en forma individual, bajo el mirar perverso del legado, uno por uno eran conducidos a una sala de espera para recibir finalmente la resolución a lo solicitado.

Llegó la oportunidad al viejo israelita, expuso sus reclamaciones particulares, en lo tocante a las indebidas expropiaciones del pasado y a los insultos de los que fuera víctima en la víspera, mientras los orgullosos patricios anotaban las menores palabras y actitudes, como queriendo demostrar que todo cuanto se estaba diciendo ya era una cosa demasiado conocida. Conducido al interior, Jochedeb esperó como los demás, la solución a sus pedidos de recuperación y justicia. Después de unos minutos de espera, algunos de los integrantes a las reclamaciones fueron llamados para liquidar el proceso con el Gobierno Provincial y comenzó a notar, que el tiempo para él iba transcurriendo sin tener novedad, hasta que el viejo caserón se fue sumiendo en el silencio, creándole una fuerte incertidumbre.

Cuando ya comenzaba a preocuparse seriamente por la tardanza, fue llamado a comparecer ante el juez, cuya sentencia fue negativa y fue leída por un oficial que desempeñaba el puesto de secretario.

–El legado imperial, en nombre del César, resuelve ordenar y confiscar la supuesta propiedad de Jochedeb ben Jared, concediéndole tres días para dejar las tierras que ocupa indebidamente visto que pertenecen, con funda-

mento legal, al gestor Licinio Minucio, habilitado para probar en cualquier tiempo sus derechos y propiedad.

La decisión inesperada causó intensa emoción al viejo israelita, que por su gran sensibilidad aquellas palabras tenían efecto de muerte. No parecía definir la angustiada sorpresa. Había confiado en la Justicia y en su acción reparadora. Quería gritar su odio, manifestar sus pungentes desilusiones, pero su lengua estaba como petrificada en su boca retraída y temblorosa. Después de unos minutos de profunda ansiedad, miró a la detestada figura del patricio, que ahora le causaba la ruina total y tomando fuerzas en base a su cólera y rebeldía, encontró las suficientes energías para decir:

– Ilustrísimo gestor, ¿dónde está la equidad de vuestras sentencias? Vengo aquí implorando la intervención de la Justicia y me retribuís con una nueva extorsión que me aniquila la existencia. En el pasado sufrí la expropiación indebida de todos mis bienes territoriales, conservando con enormes sacrificios la humilde chacra, donde esperaba poder terminar mis días... ¿Será posible que vos, dueño de grandes latifundios, no sintáis remordimientos en sustraer a un viejo miserable el último pedazo de pan?

El orgulloso romano, sin hacer un gesto que denotase la más pequeña emoción, retrucó secamente:

– ¡Salga de aquí y que nadie discuta las decisiones imperiales!

– ¿No discutir? – exclamó Jochedeb desvariando –, ¿No podré levantar la voz que desea maldecir la memoria de los crímenes cometidos por los romanos? ¿Dónde colocáis vuestras manos, envenenadas con la sangre de las víctimas y de los huérfanos que dejáis en las calles, dónde os cobijaréis cuando suene la hora del Juzgamiento en el Tribunal de Dios? ...

Súbitamente recordó el hogar que estaba endulzado por la ternura de sus amorosos hijos y trató de modificar su actitud mental, sensibilizado y sumiso se arrodilló y con lágrimas en los ojos, exclamó conmovedoramente:

– ¡Ten piedad de mí, Ilustrísimo!... Déjame la modesta vivienda, pues por encima de todo, soy padre... ¡Mis hijos me esperan con un beso de afecto y sinceridad!...

Y agregó, ahogado en lágrimas:

– Tengo dos hijos que son la esperanza para mi golpeado corazón. ¡Déjame la casita, por Dios! ¡Prometo conformarme con ese poco y nunca reclamaré más nada!...

–Espartaco, para que ese judío impertinente se aparte del recinto con sus lamentaciones, dadle diez bastonazos.

El oficial se disponía a cumplir con la orden, cuando el juez implacable agregó:

–Debes tener mucho cuidado de no cortarle el rostro, para que la sangre no llame la atención a los transeúntes.

De rodillas el viejo Jochedeb soportó el castigo y terminada la prueba se levantó tambaleante y alcanzó la plaza llena de sol, bajo las risas de cuantos habían presenciado el ingrato espectáculo. Jamás en su vida había experimentado tanta desesperación como en aquella hora. Quería llorar, pero tenía los ojos fríos y secos para lamentar su desdicha, pero sus labios permanecían como petrificados de tanto dolor soportado. Parecía un sonámbulo vagando inconsciente entre los transeúntes y los carros que se amontonaban en la plaza. Contempló con extrema e íntima repugnancia el templo de Venus. Deseaba tener una tremenda voz para humillar a todos los circunstantes con palabras de condenación. Observaba las cortesanas coronadas que aparecían en su camino, las armaduras de los tribunos romanos y la ociosa actitud de los afortunados que pasaban desapercibidos de su martirio, blandamente recostados en las vistosas literas de la época; se sintió como sumergido en uno de los pantanos más odiosos del mundo, entre los pecados que los profetas de su raza, jamás dejaron de manifestar con toda la verdad que el corazón posee cuando está consagrado al Todopoderoso. Corinto a sus ojos, era una nueva edición de la Babilonia condenada y despreciable.

De inmediato y a pesar de los tormentos que perturbaban a su alma cansada, recordó nuevamente a sus dos hijos queridos, sintiendo anticipadamente la amargura que les causaría la noticia sobre la sentencia. Al recordar la ternura de Jeziel, su tormento se hizo más punzante. Tenía la impresión de verlo todavía junto a sus pies, suplicándole que desistiera de cualquier tipo de reclamación y ahora parecía que sus oídos percibían con más intensidad la exhortación de los Escritos: “No deseches, hijo mío, la corrección del Señor”. Ideas destructivas acudían a su cerebro, cansado y sufriente. La sagrada Ley estaba llena de símbolos de justicia. Y para él se imponía como deber soberano, providenciar la reparación que le parecía más conveniente. Ahora ante su desolación suprema, regresaba a su hogar despojado de cuanto tenía, para colmo, al fin de su vida. ¿Cómo obtendría el pan de cada día? Sin elementos de trabajo y sin techo, se veía obligado a

peregrinar en situación parasitaria, al lado de sus dos jóvenes hijos. Inenarrable martirio moral le aplastaba el corazón.

Dominado por sombríos pensamientos se aproximó al sitio bien amado donde levantara su nido familiar. El caliente sol de la tarde hacía más placentero la sombra de los árboles y de las enredaderas llenas de flores perfumadas. Jochedeb avanzó por el terreno que era de su propiedad y angustiado por la perspectiva de tener que abandonarlo para siempre, dio lugar a que terribles pensamientos le trastornaran la mente. Las tierras de Licinio no terminaban en la chacra, que ahora estaba sabiendo, le arrebataron. Se apartó del camino que lo llevaba a la casa y se introdujo en los espesos matorrales, y después de dar algunos paseos se quedó mirando la línea de demarcación entre él y la de su verdugo. Los pastos que abundaban al otro lado estaban descuidados. Por falta de una mejor distribución del agua de riego, cierta sequía se hacía sentir en esos pastizales. Apenas la sombra de algunos árboles aislados amenizaban el paisaje, refrescando la región abandonada.

Obcecado por la idea de reparación por parte de los representantes de la ley y el deseo fijo de vengarse, el viejo israelita pensó incendiar los pastos secos. No iba a consultar a sus hijos, que era muy posible le quitarían la idea ya que eran inclinados a la tolerancia y devolver bien por mal. Jochedeb retrocedió algunos pasos y se dirigió hacia el galpón donde se guardaba el material de servicio e hizo fuego con un montón de pasto seco. El fuego se esparció rápidamente y alcanzó una enorme zona, cual furia de un relámpago.

Terminada la tarea y con los huesos doloridos, regresó tambaleante al hogar donde Abigail, asustada, lo interrogó sobre los motivos de tan profundo abatimiento. Jochedeb se recostó a la espera de su hijo. Instantes después, un ruido ensordecedor le perforaba los oídos. Cerca de la chacra el fuego destruía los árboles frondosos y robustos, reduciendo los pastos a un puñado de cenizas.

Una gran área ardía y se escuchaba el grito de las aves que huían despavoridas. Pequeñas casitas que pertenecían al gestor, inclusive algunas edificaciones que protegían los baños termales que eran de su predilección, ardían convirtiendo todo en negros escombros. Aquí y acullá los clamores de los trabajadores del campo, en estrepitosa confusión y corridas, trataban de salvar de la destrucción la residencia campestre del poderoso

patricio o de desviar las grandes lenguas de fuego que amenazaban las plantaciones vecinas.

Algunas horas más tarde, en medio de pavorosa angustia, dieron por extinguido el incendio.

Infructuosamente el viejo trató de enviar mensajes tratando de encontrar a su hijo, que se encontraba dentro del círculo de trabajadores que atendían a sus tierras. Deseaba hablar con Jeziel de sus necesidades y de la situación tormentosa en que se encontraban nuevamente, ansiaba descansar su mente atormentada para lo cual su amorosa hija hacía ingentes esfuerzos. Solamente por la noche y con la ropa chamuscada y las manos heridas, el joven entró en la casa, dejando entrever el cansancio que su tarea le había causado. Abigail no se sorprendió con su aspecto, pues sabía que su hermano no dejaría de atender a los compañeros de trabajo de la vecindad. Le preparó agua aromatizada y balsámica para tratar sus manos, pero ni bien observó las heridas, fue con asombro que Jochedeb exclamó:

—¿Dónde estuviste, hijo mío?

Jeziel habló sobre la cooperación espontánea para salvar la propiedad vecina y a medida que relataba los tristes sucesos del día, el padre dejaba entrever su angustia en sus frases sombrías, ya que no podía contener la rebelión interna que devoraba su corazón. Después de algunos minutos, levantó su debilitada voz y con profunda emoción dijo:

—Mis queridos hijos, me cuesta decirles que fuimos castigados nuevamente y que nos quitaron hasta la última migaja de pan que poseíamos... Reprobando mi reclamación sincera y justa, el legado del César determinó la incautación de nuestro propio hogar. La inicua sentencia es el pasaporte para nuestra ruina total. Por sus disposiciones estamos obligados a dejar la chacra dentro de tres días.

Y elevando sus ojos hacia lo alto, como deseando insistir junto a la divina misericordia, exclamaba con su mirada llena de lágrimas:

—¡Todo está perdido!... ¿Por qué hemos sido desamparados mi Dios? ¿Dónde está la libertad para vuestro pueblo fiel, si en todas partes nos exterminan y nos persiguen?

Gruesas lágrimas corrían por su rostro, mientras con voz temblorosa narraba a los hijos los tormentos de que fuera víctima. Abigail le besaba las manos enternecidamente y Jeziel, sin manifestar o contrariar la rebel-

día paterna, lo abrazaba después de su dolorosa exposición, consolándolo con amor:

–Padre mío, ¿por qué os atemorizáis? ¡Dios nunca quita a nadie su misericordia! Los Escritos Sagrados nos enseñan que Él, antes de nada, es el Padre amoroso para todos los vencidos de la tierra. Esas derrotas pasan, así como llegan. Tenéis mis brazos y el cuidado afectuoso de Abigail. ¿Por qué lastimaros, si mañana mismo, con la ayuda divina, podremos salir de esta casa, para buscar otra en cualquier parte para consagrarnos al trabajo honesto? ¿Dios no guió a nuestro pueblo a través del océano y del desierto? ¿Por qué negaría, entonces, su apoyo a nosotros que tanto lo amamos en este mundo? Él es nuestra brújula y nuestra casa.

Los ojos de Jeziel se fijaron en su viejo padre en una actitud, de súplica cariñosa. Sus palabras eran dulces y demostraban la bondad de su corazón. Jochedeb no era insensible a esas acostumbradas muestras de cariño, pero ante la demostración de tanta confianza en el poder divino, sentíase avergonzado después del acto que había cometido. Descansando en la ternura que sus dos hijos le ofrecían, daba curso a sus lágrimas que le fluían de su alma, alcanzada por extremas desilusiones. Mientras tanto, Jeziel continuaba:

–¡No llores más, padre mío, cuenta con nosotros! Mañana yo mismo prepararé nuestra salida.

Fue en ese instante que la voz paterna levantó el tono y acentuó:

–¡Eso no es todo, hijo mío!...

Y, pausadamente, Jochedeb pintó el cuadro de sus angustias reprimidas, de su cólera que, reiteraba, era justa y que terminó con la decisión de prender fuego al pastizal que daba con la residencia de su verdugo. Sus hijos le escuchaban asombrados, a la vez que trataban de consolar al padre, que había cometido ese delito convencido que era justo. Después de un mirar de infinito amor, terminó abrazándolo y exclamó:

–¡Padre mío!, ¿por qué levantaste el brazo en actitud de venganza? ¿Por qué no esperaste la acción de la Justicia divina?...

Aunque perturbado por las afectuosas reprimendas, el interpelado aclaraba:

–Está escrito en los mandamientos: “No hurtarás”, y haciendo lo que hice traté de rectificar un desvío de la Ley, dado que fuimos despojados de todo lo que constituía nuestro humilde patrimonio.

–Por encima de todas las determinaciones, padre mío –acentuó Jeziel sin irritación–, Dios mandó tener presentes las enseñanzas del amor, recomendando que lo amásemos sobre todas las cosas, con todo el corazón y con buen entendimiento.

–Amo al Altísimo, pero no puedo amar al romano cruel –suspiró Jochedeb amargado–.

–Pero, ¿cómo demostrar dedicación al Todopoderoso que está en los Cielos –continuó el joven compadecido– destruyendo sus obras? En el caso del incendio, debemos considerar que no estamos del lado de la ley ni de la justicia de Dios, puesto que los campos nos ofrecen el pan y por nuestra actitud alcanza a los sirvientes de Licinio Minucio. Caio y Rufilo fueron heridos de muerte cuando intentaban salvar las termas predilectas de su amo, en una lucha inútil contra el fuego destructor. Ambos, a pesar de haber sido esclavos, eran nuestros mejores amigos. Los árboles frutales y los canteros de legumbres de nuestra propiedad se los debemos a ellos, no sólo en lo que respecta a las semillas provenientes de Roma, sino al esfuerzo y su cooperación en el trabajo ¡No es justo, que al honrarnos con su amistad, dedicación y aprecio, les paguemos con esos injustos sufrimientos!

Jochedeb pareció meditar profundamente en las observaciones de su hijo, dichas con todo cariño. Mientras tanto, Abigail lloraba en silencio y su hermano agregaba:

–Nosotros, que estábamos en paz, en medio de la confusión del mundo, porque teníamos la conciencia limpia, necesitamos resolver ahora lo que recibiremos en pago de las represalias. Cuando me entregaba con toda pasión a combatir el fuego observé que muchos adictos a Minucio me miraban con extrema desconfianza. A estas horas, el gestor debe haber regresado de los servicios de la Corte Provincial. Precisamos encomendarnos al Señor con amor y paciencia, pues ya sabemos los tormentos que esperan a todos aquellos que no obedecen a las determinaciones de los romanos.

Una nube de tristeza invadía a los tres seres en medio de sus cavilaciones. En el viejo se observaba una ansiedad terrible, aumentada por el dolor que le producía el remordimiento, y en ambos jóvenes, se notaba el mirar amargo de quienes esperan lo inevitable.

Jeziel tomó de arriba de la mesa los viejos pergaminos y le dijo a su hermana con voz muy triste:

–Abigail, vamos a recitar el Salmo que nos enseñó nuestra madre para afrontar las horas difíciles.

Ambos se arrodillaron y sus voces conmovidas, como de pájaros torturados, cantaban bajito una de las famosas oraciones de David, que habían aprendido de la voz materna:

“El Señor me gobierna y nada me faltará:
En un lugar de pastos allí me ha colocado.
Me ha educado junto al agua de refección:
Hizo a mi alma volver.
Llévome por senderos de justicia,
por amor de su nombre.
Pues aún cuando anduviere en medio
de sombras de muerte, no temeré
males: porque tú estás conmigo.
Tu vara y tu cayado, ellos me consolaron.
Preparaste una mesa delante de mí,
contra aquellos, que me atribulan.
Ungiste con óleo mi pobre cabeza:
y mi cáliz que embriaga ¡qué excelente es!
y tu misericordia irá en pos de mí
todos los días de mi vida:
A fin de que yo more en la casa del Señor,
en largos días...”¹

El viejo Jochedeb acompañaba el cántico dolorido, sintiéndose oprimido por amargas emociones. Comenzaba a comprender que todos los sufrimientos enviados por Dios son provechosos y justos y que todos los males provenientes de las manos del hombre, traen invariablemente torturas inferna-

¹ Salmo XXII. (Nota de Ernmanuel.)

les para la conciencia que no está atenta. El cántico de sus hijos le llenaba el corazón de tristeza. Recordaba en esos momentos a su compañera querida que Dios la había llamado a la vida espiritual. ¿Cuántas veces le había sugerido a su espíritu atormentado, aquellos versos inolvidables del profeta? Era suficiente que su observación amiga y fiel se hiciera oír para que el sentido de la obediencia y de la justicia le hablara alto en el corazón.

Al ritmo de la armonía cariñosa y triste que emanaba con acento singular de sus queridos hijos, Jochedeb lloraba sin cesar. Por la pequeñita ventana que había en el cuarto, sus ojos buscaban ansiosamente el cielo azul, que se iba cubriendo de sombras. La noche alcanzó la naturaleza y muy lejos, en lo alto, comenzaban a despuntar las primeras estrellas. Identificándose con las sugerencias grandiosas del firmamento, experimentó intensas emociones en su alma ansiosa. Profundo enternecimiento le hizo levantarse y deseoso de revelar a sus hijos cuánto los amaba y cuánto de ellos esperaba en aquella hora crucial de su vida, se inclinó con los brazos abiertos, con significativa expresión de cariño y cuando las últimas notas del cántico salían de la boca de los jóvenes, los abrazó inundado en lágrimas, exclamando:

—¡Hijos míos! ¡Mis queridos hijos!...

En ese instante se abrió bruscamente la puerta y un pequeño servidor de la vecindad, anunció con gran alarma, que casi le brotaban las lágrimas:

—El soldado Zenos y algunos acompañantes os llaman a la puerta.

El viejo llevó su mano al pecho oprimido, mientras Jeziel parecía meditar un instante; todavía demostrando la entereza de su espíritu resuelto, el joven exclamó:

—¡Dios nos protegerá!

Unos instantes más y el mensajero que dirigía la pequeña escolta leyó el mandato de prisión para toda la familia. La orden era terminante e irrevocable. Los acusados deberían ser conducidos inmediatamente a la cárcel, a fin de aclarar su situación al día siguiente.

Abrazando a sus dos hijos, el pobre israelita marchó al frente de la escolta, que los miraba sin piedad.

Jochedeb contempló los canteros de flores y los árboles bien amados, junto a la humilde casita donde había elaborado todos sus sueños y espe-

ranzas de su vida. Singular emoción invadió a su espíritu cansado. Un torrente de lágrimas emanaba de sus ojos y trasponiendo la puerta llena de flores, habló en voz alta, mirando al cielo, ahora tachonado de estrellas:

—¡Señor! Ten piedad de nosotros....

Jeziel lo abrazó dulcemente, como queriendo pedirle que tuviera resignación y calma, y el grupo caminó silenciosamente a la luz de las estrellas.

LÁGRIMAS Y SACRIFICIOS

La prisión que recibiera a nuestros personajes, en Corinto, era un viejo caserón de corredores húmedos y oscuros, pero la sala destinada a los tres, aunque desprovista de comodidad, presentaba la ventaja de tener una ventana grande, que comunicaba con el ambiente desolado de la naturaleza exterior.

Jochedeb estaba cansadísimo y sirviéndose de la manta que tomó a último momento, le sirvió para taparse y cobijarse contra a humedad. Jeziel improvisó una cama sobre la losa fría. El viejo, atormentado por un aluvión de pensamientos, descansaba el cuerpo dolorido, entregado a las penosas meditaciones sobre los problemas del destino humano. Sin poder exteriorizar sus punzantes dolores, sumiase en angustioso mutismo, evitando la mirada de sus hijos. Jeziel y Abigail se aproximaron a la ventana y observaron instintivamente el firmamento, cuya inmensidad siempre había resumido la fuente de las más tiernas esperanzas, para los que lloran y sufren en la tierra.

El joven abrazó a la hermana con inmensa ternura y le dijo conmovido:

–Abigail, ¿recuerdas nuestra lectura de anoche?

–Sí –respondió ella con la ingenua serenidad de sus ojos negros y profundos–, ahora tengo la impresión de que los Escritos nos daban un gran mensaje, pues nuestro punto de estudio fue justamente aquél en que Moisés contemplaba de lejos la tierra de Promisión, sin poder alcanzarla.

El joven sonrió satisfecho por haberse sentido interpretado en sus pensamientos y recalcó:

–Por fin veo que estamos de acuerdo. Esta noche el cielo nos ofrece la perspectiva de una patria luminosa, aunque distante: Allí –continuó, señalando las estrellas– Dios organiza los triunfos de la verdadera justicia, de la paz para los tristes, consuelo a los desalentados por la suerte. En verdad, nuestra madre está con Dios, esperando por nosotros.

Abigail quedó impresionada por las palabras de su hermano y acentuó:

–¿Estás triste? ¿Quedaste abatido por el proceder de nuestro padre?

–De modo alguno –retrucó el joven, pasándole la mano por sus cabellos–, estamos cursando las experiencias que deben alcanzar la mejor finalidad para nuestra redención, porque de otra forma, Dios no la enviaría.

–No nos disgustemos con nuestro padre –dijo la joven– estuve pensando que si nuestra madre estuviera entre nosotros él no hubiera llegado a reclamaciones como las que hizo y que tan tristes consecuencias arrojan. Nosotros no tenemos aquel poder de persuasión con que ella, cariñosamente, iluminaba nuestra casa. ¿Recuerdas? Siempre nos enseñaba que los hijos de Dios deben estar listos para ejecutar la voluntad divina. Los profetas, a su vez, nos aclaran que los hombres son como las plantas en el campo de la creación. El Todopoderoso es el labrador nosotros el producto de su siembra. La palabra de Dios nos enseña a ser buenos y amables. El bien debe ser la flor y el fruto que el Cielo nos pide.

En esa altura de la conversación, la hermosa joven hizo una pausa significativa. Sus grandes ojos estaban velados por un manto de lágrimas, que eran contenidas infructuosamente.

Sin embargo, su actitud emocionaba al hermano cariñoso –siempre deseé hacer el bien, sin poder conseguirlo jamás. Cuando nuestra vecina enviudó, quise ayudarla con dinero, pero no lo tenía. Siempre que surge una nueva oportunidad de abrir las manos, las tengo vacías. Ahora, pienso que nuestra prisión es útil. ¿No será una felicidad, en este mundo, poder sufrir alguna vez por amor a Dios? Quien nada tiene, nada posee material para dar, pero sí puede ofrecer su corazón. Y yo estoy convencida que el Cielo nos bendecirá por haber resuelto servir con alegría.

El joven apretó contra su pecho a su cariñosa hermana y exclamó:

–¡Dios te bendiga por haber entendido sus sabias leyes, hermanita!

Prolongado silencio se hizo entre los dos hermanos, mientras fijaban sus ojos en lo infinito del Cielo.

Después de un cierto tiempo, volvió la joven a manifestar:

–¿Por qué será que todos los hijos de nuestra raza son perseguidos por doquier, con injusticia y sufrimientos?

–Supongo –respondió el joven– que Dios lo permite, como ejemplo de un padre amoroso para educar a sus hijos más jóvenes e ignorantes y toma por base a sus hijos más experimentados. Mientras los otros pueblos mue-

ren por la fuerza de la espada dominadora o los placeres condenables, nuestro testimonio y fe en el Altísimo por medio de los dolores y amarguras, multiplica en nuestros espíritus la capacidad de resistencia, al mismo tiempo que los hombres, menos capacitados, aprenden a considerar con nuestros esfuerzos las verdades religiosas.

Y volviendo a mirar serenamente el firmamento, agregó: –Sin embargo, yo creo en el Mesías Redentor que viene para aclarar todas las cosas. Los profetas afirman que los hombres no lo comprenderán, mientras tanto, irá enseñando el amor, la caridad, la justicia y el perdón. Nacerá entre los humildes, y dará su ejemplo entre los pobres e iluminará al pueblo de Israel, levantando a los tristes y oprimidos, tomando con amor a todos los que padecen en el abandono del corazón. ¿Quién sabe, Abigail, si no se encuentra en el mundo, y nosotros no lo sabemos? Dios trabaja en silencio y deja de lado las vanidades de las criaturas humanas. Tengamos fe y confianza en el Cielo que es una fuente inagotable de recursos. Los hijos de nuestra raza mucho han padecido, pero sólo Dios sabe el porqué, pues su justicia y bondad no permitiría enviarnos problemas que no necesitamos.

La joven parecía meditar profundamente y después de unos instantes, agregó:

–Y ya que hablamos de sufrimientos, ¿cómo debemos esperar el día de mañana? Preveo grandes contrariedades en los interrogatorios y, finalmente, ¿qué harán los jueces de nuestro padre y de nosotros?

–No debemos esperar más que disgustos y decepciones, pero tampoco debemos olvidar la oportunidad que se nos presenta para obedecer a Dios. Cuando Job experimentó las ironías de su mujer, en medio de tantas desdichas, tuvo presente que sólo el Creador nos da los bienes para nuestras alegrías, como los sinsabores para nuestro provecho. Si nuestro padre fuera acusado, diré que he sido yo el autor del delito.

–Y, ¿si te flagelan por eso? –preguntó ella ansiosamente.

Me entregaré a la flagelación con la paz de la conciencia.

Si estuvieras junto a mí, en esos instantes, cantarás la plegaria de los que se encuentran en aflicción.

–Y, ¿si te matan, Jeziel?

–Pediremos a Dios que nos proteja.

Abigail abrazó tiernamente a su hermano, quien a su vez trataba de disimular a toda costa, la emoción que le embargaba. La hermana siempre había sido el tesoro más apreciado de su vida. Cuando la muerte les arrebató a su madre, se había dedicado a su hermana con todas las fuerzas de su corazón. Su vida estaba dedicada al trabajo y a servir obediente a su padre, como estudiar la ley y corresponder a los juegos de la compañera de su infancia. Abigail lo miraba tiernamente, mientras lo abrazaba con amor, pues estaban reunidos ante las pruebas más duras y sabían soportarlas como dos almas afines.

Después de meditar algunos minutos, Jeziel habló conmovido:

–Si yo muero, Abigail, has de prometerme que seguirás los consejos de nuestra madre, así tendremos una vida pura y sin ninguna mancha que la empañe. Recuerda siempre que Dios nos asiste en nuestra vida santificada por el trabajo, y nunca escucharás las voces de las tentaciones que arrastran a las criaturas hacia los abismos del camino. ¿Recuerdas las últimas observaciones que nuestra madre nos hizo en su lecho de muerte?

–Sí, las recuerdo –respondió Abigail, mientras sus lágrimas fluían a sus ojos–. Tengo la impresión de estar aún escuchando sus últimas palabras: “Y ustedes, hijos míos, amarán a Dios por encima de todo, de todo corazón y con mucho entendimiento”.

Jeziel sintió sus ojos húmedos por aquellas recordaciones y murmuró:

–Feliz de ti, que no lo olvidaste.

Y como quien desea cambiar el rumbo de la conversación, agregó sensibilizado:

–Ahora necesitas descansar.

Aunque ella rechazaba el reposo, tomó la manta, improvisó una cama y en medio de la luz de la luna, que entraba por la ventana, le dio con indecible ternura un beso en la frente, a la vez que le advirtió afectuosamente:

–Descansa, no te dejes impresionar por la situación reinante, nuestro destino está en las manos de Dios.

Abigail recibió con agrado la sugerencia, se aquietó, mientras él se aproximaba a la ventana para contemplar la belleza que la noche estrellada le ofrecía. Su joven corazón padecía por extraños presentimientos. Ahora que su padre y su hermanita reposaban, daba curso a sus ideas que sobre-

saltaban a su espíritu generoso. Buscaba ansioso una respuesta a todos sus interrogantes. Esperaba con sinceridad y confianza en su Dios de sabiduría y misericordia, que sus padres le habían hecho conocer. A sus ojos, el Todopoderoso siempre había sido justo y bueno. Él, que había aclarado a su padre y consolado a su hermana, a su vez, se preguntaba: ¿por una causa tan pequeña, una prisión tan inesperada para un anciano y un hijo trabajador, así como también para una inocente criatura como su hermana? ¿Qué delito irreparable habían cometido para merecer expiación tan penosa? El llanto le corrió por el rostro al recordar la humillación de la hermana, pero él también trató de enjugar sus lágrimas, que ahora parecía que le quemaban, para que Abigail no las viera, pues era muy fácil que lo estuviera observando desde las sombras. Rememoraba una a una todas las enseñanzas de las Escrituras Sagradas. Las lecciones de los profetas consolaban su alma ansiosa. Mientras tanto, merodeaba a su corazón una recordación que no podía definir, pero que lo hacía sentir feliz. Recordaba el cariño materno, que la muerte le había arrebatado. Si la madre estuviera presente en aquellos momentos, ¿sabría consolados? Cuando era niño y tenía sus pequeñas contrariedades, ella le enseñaba que Dios era bueno y estaba presente en todo y atendía especialmente a los necesitados con su misericordia; que en las enfermedades, cuidaba del cuerpo, y en las angustias del alma evolucionada, le iluminaba el corazón. En su desfile de reminiscencias, consideraba que ella siempre lo impulsaba a tener valor y alegría, haciéndole sentir que la criatura que tiene fe en la paternidad divina, camina por el mundo fortalecida y feliz.

Elaborado en la fe, tomó ánimo y después de largas reflexiones se aquietó en la losa fría, tratando de reposar en medio del silencio augusto de la noche.

El día amaneció saturado de lúgubres expectativas.

Al promediar la mañana, Licinio Minucio, rodeado de guardias y asistentes, recibió a los prisioneros en la sala destinada a los criminales comunes, de donde se veían algunos instrumentos de castigo y suplicio.

Jochedeb y los hijos tenían extremada palidez en sus rostros, denotando la profunda emoción que los embargaba.

Las costumbres de la época eran excesivamente inhumanas para que el implacable juez y la mayoría de los circunstantes, se inclinaran a considerar el caso en base al aspecto que ellos presentaban.

Algunos verdugos ya habían tomado su puesto junto a los instrumentos de castigo o tortura, según se les ordenara.

No hubo interrogatorio, ni presentación de testigos o pruebas del caso, como era esperado. En cambio, el legado romano llamó al viejo con voz timbrada; el viejo judío se aproximó vacilante y tembloroso:

–Jochedeb –exclamó el verdugo impasible–, los que desacatan las leyes del Imperio deben ser castigados con la muerte, pero yo trataré de ser magnánimo por causa de tu vejez.

Un mirar angustioso transfiguró el rostro del acusado, mientras el patricio esbozaba una sonrisa irónica.

–Algunos de mis operarios –continuó Licinio– vieron que tus manos perversas, por la tarde de ayer, incendiaban los pastos. Ese acto ocasionó serios perjuicios para mis intereses, además de los males irreparables para la salud de mis más apreciados sirvientes. Como no tienes nada para compensar los daños causados, recibirás el justo castigo por medio de las flagelaciones, para que nunca más pongas tus garras de buitres sobre los intereses de los romanos.

Bajo el mirar angustiado y lacrimoso de sus hijos, el viejo israelita se arrodilló y murmuró:

–¡Señor, por piedad!

–¿Piedad? –gritó Minucio con frialdad–. ¿Cometes un crimen e imploras favores? Bien se dice que tu raza se compone de gusanos asquerosos y despreciables.

Y señalando el poste, dijo fríamente a uno de sus secuaces:

–¡Pescenio, apróntate! ¡Aplicadle veinte azotes!

Ante la muda aflicción de los jóvenes, el respetable anciano fue fuertemente encadenado al poste de tortura.

Iba a comenzar el castigo, cuando Jeziel, rompiendo la expectativa general, se aproximó a la mesa y habló con humildad:

–Gestor Ilustrísimo, perdona mi cobardía de haber callado hasta ahora, pero os aseguro que mi padre está siendo acusado injustamente. Fui yo quien incendió los pastos de vuestra propiedad, perturbado por la sentencia de confiscar todos nuestros bienes. Dígnate, pues, dejarlo en libertad y darme a mí el correctivo que merezco. Acéptalo de buen agrado.

El patricio tuvo un mirar de sorpresa en sus ojos fríos y agregó:

–Tú, ¿no ayudaste a mis hombres a salvar parte de mis construcciones termales? ¿No fuiste el primero en curar a Rufilio?

–Procedí así, Ilustrísimo, llevado por la voz del remordimiento –retrucó el joven, deseoso de sacar al padre del suplicio inminente–. Cuando vi que el fuego se extendía por todos los árboles del lugar, temí por las consecuencias del acto practicado, pero ahora confieso haber sido el autor.

En ese ínterin, receloso por la suerte de su hijo, Jochedeb exclamó, íntimamente atormentado:

–¡Jeziel, no te culpes por una falta que no cometiste!...

Las palabras vertidas hacían pensar al legado romano y dirigiéndose al joven hebreo con extrema ironía, le dijo:

–Está bien, hasta ese momento me había guiado por los falsos informes que dieron al respecto, sin embargo, tú también tendrás el correctivo disciplinario que mereces. Tu padre pagará por el crimen cometido ya que fue visto en forma innegable, y tú pagarás por lo que confesaste espontáneamente.

Tomado de sorpresa por la decisión que no esperaba, Jeziel fue conducido al poste de tortura, frente al de su padre. A su lado se colocó el compañero de Pescenio, que lo ató sin piedad a las argollas de bronce y los primeros latigazos comenzaron a caerle sobre sus espaldas.

Uno... dos... tres...

Jochedeb manifestaba profunda debilidad, mientras su pecho respiraba penosamente; a su vez, el hijo demostraba tolerar el suplicio con heroísmo y noble serenidad; ambos tenían puestos sus ojos en Abigail, que los miraba terriblemente pálida, conteniendo las lágrimas que le provocaban el martirio de sus seres queridos.

El terrible castigo iba por la mitad de su proceso, cuando un mensajero entró en la sala y, en alta voz, anunció al legado:

–Ilustrísimo, mensajeros de vuestra casa avisan que vuestro sirviente Rufilio termina de fallecer.

El cruel patricio frunció el entrecejo, como era su costumbre en los momentos de explosión colérica. Rencorosos sentimientos le afloraron a su rostro, que la perversidad del egoísmo acicateado le resaltaron sus trazos indelebles.

–Era el mejor de mis hombres –bramó–. Estos judíos malditos pagarán muy caro esta afrenta.

–Filocrio, aplícale veinte latigazos más y después llévalo a la prisión que luego lo destinaremos al cautiverio de las galeras.

Entre las víctimas y la joven afligida hubo un intercambio de miradas de significado intraducible. Aquel cautiverio era la ruina y la muerte. Todavía no se habían recobrado de la cruel sorpresa, cuando el inexorable juez prosiguió:

–En cuanto a ti, Pescenio, comienza de nuevo. Ese viejo criminal y sin escrúpulos pagará la muerte de mi fiel servidor. Golpéale las manos y los pies hasta que quede imposibilitado para caminar y practicar el mal.

Ante la sentencia inicua, Abigail cayó de rodillas en preces ardientes. Del pecho del hermano salían hondos suspiros, nublándosele los ojos de lágrimas al observar la inexorable desdicha de su hermanita, mientras que el padre buscaba ansiosamente su mirada, receloso de la hora extrema.

Los latigazos continuaban sin tregua y en más de una oportunidad, Pescenio no consiguió equilibrarse y la aguda punta del bronce del látigo alcanzó profundamente la garganta del israelita, chorreando sangre a borbotones. Los hijos comprendieron la gravedad de la situación y se entremiraron ansiosos. En preces de sublimado fervor, Abigail se dirigía a Dios, aquel Dios tierno y amoroso que su madre le había enseñado a adorar. Filócrio había terminado su tarea. La frente de Jeziel apenas se podía mantener en alto y se veía el sudor mezclado con la sangre. Sus ojos estaban fijos en su amada hermana, pero en todo su aspecto demostraba tener profunda franqueza y estoicismo, no obstante, su resistencia había llegado al fin. Incapaz de definir sus propios pensamientos, Abigail se repartía para atender angustiosamente a su hermano y a su padre. Al poco rato, el flujo incesante de sangre corría por la frente de Jochedeb, después dejó caer su cabeza blanquecina, para siempre. La sangre había chorreado sus ropas y le empastaba los pies. Bajo la cruel mirada del legado, ninguno osó hablar. Apenas se escuchaba el azote que seguía su obra macabra, rompiendo el silencio de la sala. Sin embargo, notaron que del pecho de la víctima todavía escapaban palabras confusas, de las cuales sobresalían las cariñosas expresiones:

–¡Hijos míos, mis queridos hijos!...

La joven tal vez no había comprendido que había llegado el momento decisivo, mas Jeziel, no obstante el terrible sufrimiento de aquella hora, en seguida comprendió lo que estaba pasando, y con un esfuerzo sobrehumano, le gritó a su hermana:

–Abigail, papá está expirando. Debes tener valor, confía... No puedo acompañarte en la oración... pero trata de hacer todo lo que puedas por nosotros... la plegaria de los afligidos...

Dando muestras de una fe envidiable en tan amargas circunstancias, la joven, de rodillas, miró fijamente el pecho de su padre, que ya no respiraba, después elevó sus ojos a lo Alto y comenzó a cantar con voz temblorosa, pero armoniosa y cristalina:

“¡Señor Dios, padre de los que lloran,
De los tristes, de los oprimidos,
Fortaleza de los vencidos,
Consuelo de todos los dolores,
Aunque la miseria amarga
De los llantos de nuestros errores,
De este mundo de destierro
Clamamos por vuestro amor!
En las aflicciones del camino,
En la noche más tormentosa,
Vuestra frente generosa
Es el bien que nos secará.
Sois en todo, la luz eterna
De la alegría y de la bonanza,
Nuestra puerta de esperanza
Que nunca se cerrará.”

Sus expresiones vocales llenaban el ambiente de sonoridad indefinible. El canto se parecía más al gorjeo de dolor de un ruiseñor, que cantaba herido, en medio de la hermosa primavera. Tan grande y tan sincera se manifestaba su fe en el Todopoderoso, que su actitud resaltaba como la hija cariñosa que asistía a su padre, obediente, silenciosa, en perfecta comunicación con su padre espiritual. El llanto le impedía, por momentos, alcanzar el clímax

que su alma sentía, pero repetía, con gran asombro para los presentes, la oración aprendida en el hogar, siempre con la fe puesta en el Altísimo.

Penosa emoción se posesionó de todos. ¿Qué hacer con una criatura que cantaba ante el suplicio de sus dos seres queridos, frente al verdugo implacable? Soldados y guardias presentes mal podían disimular la emoción que sentían. El propio gestor parecía estar inmovilizado, como si estuviera sometido a un fastidioso malestar. Abigail, ajena a la perversidad de las criaturas, suplicaba el amparo del Omnipotente, no sabía que el cántico era inútil para la salvación de los suyos, pero despertaba la conmiseración por su inocencia, ganando su libertad.

Recobró aliento y percibiendo que la escena hería la sensibilidad general, Licinio se esforzó para no perder la dureza de espíritu y ordenó a uno de sus viejos servidores, en tono imperioso:

—¡Justino, lleva esta mujer para la calle y suéltala, pero que no cante ni una sola nota más!

Delante de la retumbante orden, Abigail no terminó la oración, enmudeció instantáneamente, como si obedeciera a un extraño golpe.

Miró el cadáver ensangrentado del padre y luego, contemplando al hermano herido, como quien cambia las últimas impresiones, en el lenguaje de los ojos doloridos, sintió que era tocada por la mano callosa de un viejo soldado, que le dijo con voz áspera:

—¡Acompáñame!

Ella tembló y dirigiendo su último mirar a Jeziel, siguió al soldado de Minucio, sin resistencia. Después de atravesar innumerables corredores, húmedos y sombríos, Justino cambió sensiblemente el tono de su voz y le demostró una extrema simpatía por su figura, casi infantil, murmurándole al oído conmovidamente:

—Hija mía, también soy padre y comprendo tu martirio. Si quieres atender a un amigo, escucha mi consejo. Huye de Corinto rápidamente. Aprovechate de ese instante de sensibilidad de tus verdugos y no vuelvas más por aquí.

Abigail recobró un poco de ánimo y sintiéndose con valor ante aquella imprevista simpatía, le preguntó extremadamente perturbada:

—¿Y mi padre?

–Tu padre descansa para siempre –murmuró el generoso soldado.

El llanto de la joven se hizo más copioso. Aún ansiosa por defenderse contra la perspectiva de la soledad, le preguntó:

–¿y mi hermano?

–Ninguno vuelve del cautiverio de las galeras –respondió Justino con mirar muy significativo.

Abigail llevó sus pequeñas manos al pecho, como deseando ahogar el dolor. Las viejas bisagras de la puerta que volvían a funcionar y la voz del inesperado protector, le llamaron a la realidad, cuando le dijo:

–Anda en paz y que los dioses te protejan.

La pobre criatura no tardó en sentir su aislamiento entre la multitud de transeúntes que cruzaban la vía pública. Habituada a los cariños domésticos, en donde el idioma paterno sustituía el lenguaje de las calles, se sintió extraña en medio de tanta gente inquieta, absorbida por sus intereses y preocupaciones materiales. Ninguno reparó en sus lágrimas, ninguna voz amiga trataba de interesarse en sus íntimas angustias.

¡Estaba sola! Su madre había sido llamada por Dios, años atrás; su padre terminaba de expirar, cobardemente asesinado; su hermano, prisionero y cautivo, sin esperanzas de regreso. A pesar del sol del mediodía, tenía la sensación de tener un gran frío. ¿Debería regresar a su antigua casa? Pero, ¿cómo, si habían sido expulsados? ¿A quién confiar tremenda desdicha? Se recordó de una vieja amiga de la familia, y fue a verla. La viuda Sostenía, muy amiga de su madre, la recibió con una generosa sonrisa.

Deshecha en llanto, la infortunada le contó todo lo sucedido. La bondadosa viejita, acariciándole sus cabellos, le habló conmovida:

–En persecuciones pasadas, nuestros sufrimientos fueron iguales.

Y dando a entender que no deseaba revivir antiguas y dolorosas reminiscencias, Sostenía acentuó:

–Es necesario tener el máximo de valor en situaciones penosas como éstas. No es fácil mantener el corazón tranquilo en medio de terribles tempestades, pero es preciso confiar en Dios en las horas más cruciales. ¿Qué puedes hacer ahora que desaparecieron todos tus recursos? Por mi parte, nada te puedo ofrecer, a no ser mi corazón amigo, pues yo también estoy aquí gracias a la caridad de la pobre familia que me cobijó cariñosamente en la última tempestad de mi vida.

–Sostenía –le dijo Abigail suspirando–, mis padres me prepararon para saber afrontar la vida con mi propio esfuerzo. Estoy pensando en recurrir al legado y suplicarle me ceda un poquito de la que era nuestra tierra, para vivir trabajando honestamente, con la esperanza de que algún día regrese Jeziel. ¿Qué piensas al respecto?

Notando la indecisión de la venerada amiga, continuó:

–¿Quién sabe si el gestor Licinio se condolerá de mi suerte?

Mi situación tal vez lo suavice y si accede, te llevaré para mi casa y serías como una segunda madre para mí para el resto de la vida.

Sostenía se sintió tocada con las palabras de Abigail y agregó con los ojos humedecidos:

–Querida mía, tú eres un ángel, pero el mundo aún es propiedad de los malos. Viviría contigo eternamente, mi buena Abigail, mientras tanto, no conoces al legado y a su camarilla. ¡Oye, hija! Es necesario que huyas de Corinto y no incidas más en futuras humillaciones.

La joven tuvo una exclamación de abatimiento y después de prolongado tiempo, agregó:

–Aceptaré tus consejos, pero antes de tomar cualquier decisión necesito volver a mi casa.

–¿Para qué? –preguntó la amiga admirada–. Es necesario que huyas inmediatamente. No regreses al hogar. A esta hora es muy posible que se encuentre ocupado por hombres sin escrúpulos, que no te respetarán. Fortalécete con tu posición moral, que es irreductible y convéncete que necesitas defenderte, pues vivimos en una época donde necesitamos huir de la perdición, como Lot y sus familiares, corriendo el riesgo de ser transformados en estatuas inútiles, si miramos hacia atrás.

La hermana de Jeziel le bebía las palabras con dolorosa expresión, en base a lo imprevisto de la situación.

Pasados unos instantes, Sostenía llevó su mano a la frente, como si recordara alguna cosa que encajaba oportunamente y habló con cierta animación:

–¿Te acuerdas de Zacarías, el hijo de Hanán?

–¿Aquel amigo del camino de Cencreia?

–El mismo. Fui avisada que en compañía de su esposa se dispone a

abandonar definitivamente Acaya, por haber sido asesinado por los irresponsables romanos su único hijo.

Confortada por el giro de una nueva esperanza, concluyó con ansiedad:

—¡Corre a la casa de Zacarías! Si aún lo encuentras, háblale en mi nombre. Pídele que te recoja en su hogar. ¡Ruth tiene un corazón generoso y no dejará de extenderte sus manos generosas y fraternas, sé que ella te recibirá con sentimientos maternos!...

Abigail escuchaba y parecía indiferente a la propia suerte. Sostenía le hizo entrever la necesidad de recurrir a la generosa Ruth y después de transcurridos uno minutos de consolación recíproca, la joven, bajo el calor de la tarde, se puso en camino para Cencréia, dando la impresión que era un autómatas que caminaba por el camino, cuyo accionar se debía al impulso que llevaban los transeúntes. El puerto de Cencréia quedaba a cierta distancia del centro de Corinto. Estaba situado a manera de servir para las comunicaciones de Oriente, sus populosos barrios estaban habitados por grandes cantidades de familias israelitas, que vivían desde hacía mucho en las regiones de Acaya o en tránsito para la capital del imperio y sus adyacencias. La hermana de Jeziel llegó a la casa de Zacarías dominada por terrible abatimiento. Sumando la vigilia de la última noche y las angustias sufridas durante el día, un penoso cansancio físico le acrecentaban sus desalientos. Con las piernas doloridas y recordando al padre muerto y al hermano prisionero, no reparaba en sí misma, pues tenía el mísero estado de un organismo enfermo y desnutrido. Solamente al enfrentar la modesta casa del amigo, se dio cuenta que la fiebre comenzaba a golpearle las entrañas, obligándola a reflexionar en sus dolorosas necesidades.

Zacarías y Ruth, su mujer, atendiendo el llamado, la recibieron asombrados y afligidos.

—¡Abigail!...

El grito de ambos demostraba tener una gran sorpresa al ver el aspecto de la joven despeinada, de rostro sufriente, ojos afiebrados y su vestido desaliñado.

La hija de Jochedeb, perturbada por la debilidad y por la fiebre, se arrojó a los pies de los amigos, exclamando con voz angustiada:

—¡Mis queridos amigos, tened piedad de mi terrible infortunio!... Nuestra buena Sostenía se acordó de vuestro afecto en el trance doloroso por

que paso. Yo no tenía madre, y hoy no tengo padre, porque fue asesinado y Jeziel esclavizado, sin esperanzas de que regrese. ¡Si es verdad que salís de Corinto, llevadme, por compasión, en vuestra compañía!

Abigail se abrazó con Ruth, a la vez que ésta le acariciaba en medio de sus lágrimas.

Sollozante, la joven relató los hechos de la víspera y los tristes episodios del día.

Zacarías, cuyo corazón paterno terminaba de sufrir tremendo golpe, la abrazó afectuosamente y la amparó sensibilizado, exclamando solícito:

—Dentro de una semana regresaremos a Palestina. Aún no sé con seguridad dónde iremos a vivir, pero nosotros, que hemos perdido a nuestro hijo, veremos en ti a una hija bondadosa. ¡Cálmate, irás con nosotros! ¡Será para siempre!

Incapaz de traducir su jubiloso agradecimiento, atormentada por la fiebre, la joven se arrodilló llorando, tratando de expresar su gratitud cariñosa y sincera. Ruth la tomó tiernamente por los brazos y cual desvelado ángel maternal, la condujo a una buena cama, donde Abigail, asistida por los dos amigos generosos, deliró durante tres días entre la vida y la muerte.

EN JERUSALEN

Después de contemplar angustiosamente el cadáver paterno, el joven hebreo acompañó con la mirada a su hermana, cuando se retiraba del recinto por una de las puertas de acceso a uno de los amplios corredores de la prisión. Jamás había experimentado tan profunda emoción. A su cerebro atormentado acudían los consejos maternos, cuando afirmaba que la criatura humana, por encima de todo, debía amar a Dios. Jamás conoció haber tenido lágrimas tan amargas como las que en esos momentos le fluían en torrente, pues su corazón estaba totalmente destrozado. ¿Cómo hacer para retomar el valor y volver a recomponer el camino? En un momento dado, hubiera querido romper las cadenas que lo ataban para aproximarse al padre inanimado, acariciarle los cabellos blancos y, simultáneamente, abrir todas las puertas, correr en busca de su hermana y tomarla en sus brazos, para no verla apartada jamás del largo camino de la vida. En vano se retorció en el poste del martirio, porque en retribución a sus esfuerzos, la sangre brotó de sus abiertas heridas. Sollozos dolorosos le oprimían el pecho y, a su vez, lo que fuera su túnica, ahora pedazos de trapos colgando. Abismado en sí mismo, finalmente fue conducido a una celda húmeda, donde por treinta días sus pensamientos discurrían en profundas apreciaciones.

Después de un mes, las heridas estaban cicatrizadas y uno de los propuestos de Licinio juzgó que ya era el momento apropiado para encaminarlo al puesto que le habían asignado en una de las galeras de tráfico comercial, donde el gestor tenía asuntos lucrativos.

Nuestro joven hebreo perdió el color rosado de su cara y el tono ingenuo de la fisonomía cariñosa y alegre. La dura experiencia le había dado una expresión dolorosa y sombría. Por el semblante parecían correrle las huellas ocasionadas por una indefinible tristeza y en su frente asomaban precoces arrugas, que denotaban una vejez prematura. Mientras tanto, en su mirada continuaba la dulce serenidad, oriunda de su íntima confianza en Dios. Como otros descendientes de su raza, sufrió resignadamente el tremendo y doloroso sacrificio, pero todavía poseía la fe, como aureola divina

de los que saben verdaderamente actuar y esperar. El autor de los proverbios recomendaba, como norma imprescindible, mantener la serenidad del alma en todas las fluctuaciones de la vida humana, porque de ella proceden las fuentes más puras de la existencia, y Jeziel las guardaba celosamente en su corazón. Huérfano de padre y madre, cautivo de crueles verdugos, sabía conservar el tesoro de la esperanza y buscaría a su hermana hasta los confines del mundo, si algún día consiguiera de nuevo alcanzar la libertad, de la esclavitud a la que ahora estaba sometido.

Seguido de cerca por centinelas impiadosos, como si fuera un vagabundo cualquiera, cruzó las calles de Corinto hasta el puerto, donde lo internaron en la bodega infecciosa de una galera, que estaba adornada con el símbolo de las águilas dominadoras.

Reducido a la mísera condición de condenado a trabajos perpetuos, enfrentó la nueva situación lleno de confianza y humildad. Fue con admiración que el administrador Lisipo notó su buena conducta, como así también el esfuerzo noble y generoso demostrado. Habitado a tratar con malhechores y sujetos sin escrúpulos, que casi siempre requerían la disciplina del látigo, se sorprendió al reconocer en el joven hebreo la sincera disposición con que se entregaba al sacrificio, sin rebeldías ni bajezas.

Manejando los pesados remos con absoluta serenidad, como quien se entrega a su tarea habitual, sentía que el abundante sudor le cubría el rostro juvenil, recordando conmovido los días de trabajo en la chacra de su padre. Muy poco tiempo bastó para que el administrador reconociera en su persona a un esclavo digno de estima y consideración, que había sabido imponerse a sus compañeros con el prestigio natural de la bondad que trasbordaba su alma.

–¡Ay de nosotros! –exclamó un esclavo remero totalmente desalentado–. ¡Ninguno resiste estos malditos remos por más de cuatro meses!

–Todo trabajo corresponde a Dios, amigo mío –le respondió Jeziel altamente inspirado–, y como aquí nos encontramos trabajando honestamente y con la conciencia tranquila, debemos tener la convicción de que estamos trabajando como servidores del Creador para sus obras.

Para todas las complicaciones que iban surgiendo en su existencia, tenía una fórmula conciliatoria que armonizaba los ánimos más exaltados. El administrador se sorprendía con la delicadeza de su trato y capacidad de tra-

bajo, que se unían a sus elevados valores de cultura religiosa recibida en su hogar.

En la oscura bodega de la embarcación, su firmeza de fe no se había modificado. Dividía su tiempo entre las tareas pesadas y las sagradas meditaciones. Todos sus pensamientos lo conducían siempre al recuerdo de su querido hogar y no desechaba la idea de que algún día se reencontraría con su hermana, por más que se dilatara su encierro.

De Corinto la gran embarcación atracó en Cefalonia y Nicópolis, de donde debería regresar a los puertos de la línea de Chipre, después de un ligero pasaje por la costa de Palestina, de acuerdo al itinerario organizado para aprovechar el tiempo seco, ya que el invierno estaba próximo y se paralizaba toda la navegación.

Afectado al trabajo, no le fue difícil adaptarse a la pesada tarea de la carga y la descarga del material transportado, a la maniobra de los implacables remos y a la asistencia de los pocos pasajeros, siempre que le solicitaban sus servicios, bajo la mirada vigilante del administrador Lisipo.

Regresando de Cefalonia, la galera transportaba un pasajero ilustre. Era el joven romano Sergio Paulo, que se dirigía hacia la ciudad de Citium con encargos de naturaleza política. Con destino al puerto de Pafos, donde algunos amigos lo esperaban, el joven patricio concentró la atención de todos. Dado la importancia de su nombre y el carácter oficial de la misión conferida, el comandante Sergio Carbo le reservó lo mejor del barco para su travesía.

Sergio Paulo, mucho antes de su regreso a Corinto, donde la embarcación debía demorar algunos días y después proseguir con la ruta fijada, se enfermó y le dio fiebre muy alta, terminando por aparecer en su cuerpo llagas purulentas. Se comentaba que en las cercanías de Cefalonia había una peste desconocida. El médico de a bordo no conseguía explicar la índole de la enfermedad y los amigos del enfermo comenzaron a apartarse sin escrúpulo alguno. Después de tres días el joven romano se encontraba casi abandonado. El comandante, preocupado a su vez con la situación y receloso de su propia salud, llamó a Lisipo, pidiéndole que le indicara un esclavo, de los más educados y habilidosos, que fuera capaz de ocuparse de toda la asistencia para el pasajero ilustre. El administrador designó a Jeziel y esa misma tarde el joven hebreo ingresó en el camarote del enfermo con el mismo espíritu de serenidad que acostumbraba a enfrentar todas las situaciones arriesgadas.

Sergio Paulo tenía la cama totalmente desaliñada. No era raro, que en el auge de la fiebre que lo hacía delirar, se levantara rápidamente y haciendo movimientos bruscos con los brazos, las llagas le sangraban, ensuciando toda la cama.

–¿Quién eres tú? –le preguntó el delirante enfermo, luego que vio la figura silenciosa y humilde que se le acercaba.

–Me llamo Jeziel, el esclavo que os viene a servir.

Y a partir de aquel momento, se consagró al enfermo con todas las reservas de su afectividad. Con el permiso de los amigos de Sergio, utilizó los recursos que se disponían a bordo, imitando la medicación que aprendiera en su hogar. Largas noches y días veló a la cabecera de la cama del ilustre romano, con gran devoción y buena voluntad. Baños, esencias y pomadas eran suministrados con extrema dedicación, como si estuviera tratando al más querido de los familiares. En las horas más críticas de la enfermedad, le hablaba de Dios y le recitaba antiguos pasajes de los profetas, que aumentaban por el calor que ponía en lo tocante al cariño fraternal.

Sergio Paulo comprendió la gravedad del mal que lo había apartado de los amigos más apreciados y que había convivido aquellos fatídicos días con el humilde y atento enfermero, dedicado por amor al bien. Después de algunos días que Jeziel conquistó plenamente su admiración y reconocimiento, por los actos de afecto y extrema bondad, el enfermo comenzó a mejorar rápidamente con manifestaciones de alegría general.

El día antes de regresar a su antigua función de remero en la insalubre bodega del barco, el joven cautivo comenzó a sentir los primeros síntomas de la extraña enfermedad, que había afectado al patricio.

Después de haberse entendido con algunos subordinados de categoría, el comandante llamó la atención del patricio sobre el particular, y le pidió autorización, pues habían proyectado arrojarle al mar, para evitar la propagación del mal.

–Es necesario envenenar los peces, antes que afrontar el peligro de contagio y arriesgar tantas vidas preciosas –recomendaba Sergio Carbo con maliciosa sonrisa.

El patricio reflexionó unos instantes y reclamó la presencia de Lisipo, entrando los tres a tratar el caso.

—¿Cuál es la situación real del joven esclavo? —preguntó el romano con interés.

El administrador pasó a relatar que el joven hebreo provenía, al igual que otros hombres, capturados por Licinio Minucio, por causa de los últimos disturbios producidos en Acaya. Lisipo, que tenía una gran simpatía por el joven hebreo, trató de resaltar la correcta conducta del cautivo, sus formas distintas de comportamiento y la beneficiosa influencia moral que ejercía sobre sus compañeros, cuando éstos se desesperaban y trataban de rebelarse.

Después de largas consideraciones, Sergio acrecentó con profunda nobleza:

—No puedo admitir que el cautivo sea arrojado al mar. A ese esclavo le debo mi gratitud, que equivale a mi propia vida. Conozco a Licinio y, si es necesario, podré aclararle más tarde mi actitud. No dudo que la peste de Cefalonia esté minando su organismo y, por eso, es que les pido la cooperación necesaria para que ese joven quede liberado para siempre.

—¡Eso es imposible!... —exclamó el comandante con cierto recato.

—¿Por qué no? —retrucó el romano—. ¿Qué día llegaremos al puerto de Jope? ¹.

—Mañana por la noche.

—Bueno, espero que ustedes no se opongan a mis planes y ni bien lleguemos al puerto, llevaré al hebreo en un bote hasta la orilla, bajo pretexto que debo hacer ejercicio muscular. Ahí, entonces, lo dejaremos en libertad. Es un hecho que me impongo, en obediencia a mis principios.

—¡Señor...! —exclamó el comandante, indeciso.

—No acepto incomprendiones, ya que asumo la responsabilidad; además, Licinio Minucio es un viejo amigo de mi padre.

Y después de reflexionar un momento, agregó:

—¿No ibas a tirar al joven al fondo del mar?

—Sí.

—Pues bien, hace constar en tus apuntes que el esclavo Jeziel, atacado de

¹ Hoy, Jaffa.

un mal desconocido, contraído en Cefalonia, fue arrojado al mar, antes que la peste se propagara entre los tripulantes y pasajeros. Para que el joven no se vea comprometido con mi plan de liberación, yo mismo lo instruiré, dándole órdenes terminantes. Además, lo noto bastante desmejorado para que resista con éxito la crisis de la molestia, que aún no alcanzó su mayor virulencia. ¿Quién podrá afirmar que ha de resistir? ¿Quién sabe no muera a pocos minutos de su liberación?

El comandante y el administrador intercambiaron un mirar inteligente, que indicaba que estaban en todo de acuerdo. Después de una larga pausa, el comandante agregó:

–Bueno, está bien, que se haga así.

El joven patricio extendió la mano a los dos y murmuró:

–Por este obsequio a mi deber de conciencia, podrán siempre disponer de mí, como un amigo.

Después de unos instantes, Sergio se acercó al joven, que estaba semidormecido y en los momentos de mayor fiebre, dirigiéndole la palabra con delicadeza y bondad:

–Jeziel, ¿desearías regresar a la libertad?

–¡Oh, señor! –exclamó el joven reanimado, y en su mirada brilló un rayo de esperanza.

–Quiero compensarte la dedicación que has tenido conmigo, en esos largos días de mi enfermedad.

–Soy vuestro esclavo, señor. No me debéis nada.

Ambos hablaban el griego y, reflexionando rápidamente sobre la situación del futuro, el patricio agregó:

–¿Sabes el idioma común de la Palestina?

–Soy hijo de israelitas, que me enseñaron el lenguaje materno desde pequeño.

–Entonces no te será difícil recomenzar una nueva vida en esa provincia.

Y midiendo las palabras, como si temiera alguna sorpresa contraria a sus proyectos, acentuó:

–Jeziel, no ignoras que te encuentras enfermo, tal vez más grave de lo que yo estuve. El comandante, atento a la posibilidad de un contagio general, por causa de la cantidad de hombres a bordo, pretendía arrojarte al

mar; sin embargo, mañana llegaremos al puerto de Jope y he de valerme de esas circunstancias para devolverte a la libertad. No desconoces que mi proceder está infringiendo ciertas determinaciones importantes que rigen los intereses de mis compatriotas, y es justo que te pida silencio eterno. ¿Comprendiste?

–Sí, señor –respondió Jeziel extremadamente abatido, a la vez que intentaba coordinar sus ideas.

–Sé que dentro de muy poco tiempo tu enfermedad se agravará –prosiguió el romano–. Yo te daré la libertad, pero sólo tu Dios podrá concederte la vida. Mientras tanto, en el caso que te restablezcas, deberás ser un hombre nuevo y con un nombre diferente. No deseo ser inculpado de traidor por mis propios amigos y debo contar con tu cooperación.

–Obedeceré en todo, señor.

Sergio volvió a mirarlo en forma bondadosa y terminó diciendo:

–Tomaré todas las providencias. Te daré algún dinero para que atiendas tus primeras necesidades y te pondrás una de mis viejas túnicas, pero ni bien te sea posible, debes irte de Jope para el interior de la provincia. El puerto siempre está lleno de gente y marineros romanos, que podrían molestarte en tu nueva situación.

El enfermo hizo un gesto de agradecimiento, mientras Sergio se retiraba para atender el llamado de algunos amigos.

Al día siguiente, a la hora señalada, el caserío palestino estaba a la vista. Y cuando aparecían las primeras estrellas de la noche, un pequeño bote, tripulado por dos hombres, se aproximaba a la orilla. Las últimas palabras dando buenos consejos y augurios, acentuaron la despedida y el joven hebreo besó emocionadamente la mano de su benefactor, que regresó a la galera con la conciencia tranquila.

Jeziel no había dado los primeros pasos en la tierra cuando se sintió fuertemente acometido por los dolores y por la alta fiebre. Confusas ideas pasaban por su cerebro atormentado. Quería pensar en la alegría que le daba la libertad, deseaba fijar en su mente la imagen de la hermana que debería encontrar como primera medida, pero un extraño entorpecimiento general le anulaba sus facultades, alcanzándole una somnolencia invencible. Miró indiferente las estrellas que brillaban en el cielo, a la vez que se sentía acariciado por la brisa marina. A pesar de su estado, reparó que en las

casas vecinas había movimiento, pero no pudo avanzar y se quedó quieto entre los pastizales que lo habían ocultado en la playa. Pesadillas extrañas le asaltaban, mientras trataba de reposar físicamente, mientras una suave brisa le refrescaba la calurosa frente.

Era de madrugada cuando fue despertado por el contacto de manos desconocidas, que le revisaban atrevidamente los bolsillos de la túnica.

Abrió los ojos extrañado y notó que los primeros albos comenzaban a iluminar el horizonte. Un hombre de fisonomía con aire de precavido se inclinaba sobre su persona, tratando de alcanzar alguna cosa, pero la necesidad de Jeziel pronto lo adivinó, pues estaba convencido de haberse encontrado con un malhechor común, que sólo buscaba robar. Estremecido hizo un movimiento involuntario, observando que el asaltante inesperado alzó la mano derecha, empuñando un arma con finalidad de exterminar su vida.

–No me mates, amigo –balbuceó con voz temblorosa. Ante esas palabras, dichas conmovedoramente, el maleante paró el golpe homicida.

–Te daré todo el dinero que tengo –agregó el joven con tristeza.

Y buscando en los bolsillos donde guardara el dinero que le diera el patricio, se lo entregó al desconocido, cuyos ojos se iluminaron de codicia y placer. En un instante, aquella fisonomía contrahecha se transformó en un semblante risueño, como quien deseaba ayudar al necesitado.

–¡Oh, sois excesivamente generoso! –murmuró a la vez que tomaba el dinero apetecido.

–El dinero siempre es bueno –dijo Jeziel–, puesto que con él podemos adquirir la simpatía o la misericordia de los hombres.

El aludido fingió no percibir el alcance filosófico de aquellas palabras y agregó:

–Vuestra bondad es accesible para adquirir lo que necesitamos, sin necesidad de usar la fuerza y, además, conquistar buenos amigos. Yo, por ejemplo, me dirigía hacia mi trabajo en el puerto, pero tuve tanta simpatía por vuestra situación que aquí estoy para lo que preciséis.

–¿Cuál es vuestro nombre?

–Ireneo de Crotona, para servirlos –respondió el interpelado, visiblemente satisfecho con el dinero que ya era de su propiedad.

–Amigo mío –exclamó el joven extremadamente debilitado–, estoy en-

fermo y no conozco esta ciudad; por lo tanto, no sé dónde dirigirme. ¿Podéis indicarme algún albergue o alguien que pueda brindarme por caridad un asilo?

Ireneo hizo un gesto de fingida piedad y respondió:

—No me pesa nada el tener que colocarme a vuestra disposición para asistir vuestras necesidades, pero yo tampoco sé dónde pueda existir un albergue adecuado para recibiros. La verdad es que, para la práctica del mal, todos están listos, pero para hacer el bien...

Después de un rato, como si estuviera concentrado, agregó:

—¡Ahora recuerdo!... Conozco unas personas que os pueden ayudar. Se llaman los hombres del “Camino”¹.

Después de algunas palabras más, Ireneo se prestó a conducirlo al lugar citado, prestándole la ayuda para su cuerpo enfermo y vacilante.

El sol cariñoso de la mañana comenzaba a despertar a la naturaleza con sus rayos calientes y confortadores. Hecha la caminata a través de un atajo agreste, sostenido por el maleante, ahora aureolado de benefactor, Jeziel paró delante de una puerta, cuya casa tenía aspecto de humilde. Ireneo entró y regresó con un hombre de edad, de semblante agradable, que extendió su mano cordialmente al joven hebreo, diciéndole:

—¿De dónde vienes, hermano?

Jeziel se quedó admirado por tanta afabilidad y delicadeza, en un hombre al que veía por primera vez. ¿Por qué le daba el tono familiar que sólo era para los que nacían bajo un mismo techo?

—¿Por qué me llamáis hermano, si no me conocéis? —interrogó conmovido.

El interpelado, renovando su sonrisa generosa, agregó:

—Somos una gran familia en Cristo Jesús.

Jeziel no comprendió el significado de la expresión. ¿Quién sería aquel Jesús? ¿Un nuevo Dios para los que desconocían la ley? Reconociendo que la enfermedad no le daba margen para las apreciaciones religiosas o filosóficas, respondió simplemente:

¹ Primitiva designación del Cristianismo. (Nota de Emmanuel).

–Dios os recompense por tanta generosidad. Vengo de Cefalonia y enfermé gravemente en el viaje y en este estado que me veis, recorro a vuestra caridad.

–Efraín –dijo Ireneo dirigiéndose al dueño de la casa–, nuestro amigo tiene fiebre y su estado general requiere mucho cuidado. Ud., que es uno de los hombres del “Camino”, ha de recibirlo con su corazón, siempre dedicado a los que sufren.

Efraín se acercó más al enfermo y agregó:

–No es el primer enfermo de Cefalonia que el Cristo lo envía a mi puerta. Antes de anoche vino otro hermano, con el cuerpo acribillado de heridas, siendo su estado bastante delicado. Conociendo la gravedad del caso, trataremos de trasladarlo hacia Jerusalén.

–Pero, ¿es necesario llevarlo tan lejos? –preguntó Ireneo con cierto asombro.

–Es que sólo allí tenemos un mayor número de cooperadores –aclaró con humildad.

Oyendo lo que decían y considerando la necesidad de alejarse del puerto en obediencia a las recomendaciones del patricio, Jeziel se dirigió a Efraín pidiéndole con humildad y tristeza:

–¡Por lo que sois!, llevadme hacia Jerusalén con vosotros, por piedad.

El interpelado, demostrando natural bondad, agregó sin mayor extrañeza:

–Irás conmigo.

Ireneo dejó a Jeziel a los cuidados de Efraín y el enfermo recibió los cariños de un verdadero amigo. Si no fuera por la fiebre, hubiera conversado aún más íntimamente con el hermano, tratando de conocer minuciosamente los nobles principios que lo habían llevado a extenderle la mano protectora. A pesar de todo consiguió mantenerse en pensamiento, vigilante de sí mismo, a fin de aclarar sus interrogaciones cariñosas.

Al crepúsculo, aprovechando la frescura de la noche, una carroza, cuidadosamente tapada por un toldo barato, salía de Jope con destino a Jerusalén.

Conduciendo cuidadosamente para no cansar al animal, Efraín transportaba a los dos enfermos para la ciudad próxima, buscando los recursos indispensables. Descansando un poco en cada lugar, a la mañana siguiente

llegaron y pararon frente a la puerta de un gran caserón, de inmensas proporciones, además de aspecto muy pobre en su parte exterior. Un joven de semblante alegre se aproximó para atender a los recién llegados, el cual fue interpelado con intimidación:

–Urías, ¿podrías decirme si está Simón Pedro?

–Sí, se encuentra.

–¿Podéis llamarlo en mi nombre?

–Sí.

Acompañado de Tiago, hermano de Levi, apareció Simón y recibió al visitante con efusivas demostraciones de cariño. Efraín aclaró el motivo de su presencia. Dos desamparados del mundo requieren ayuda urgente.

–Es casi imposible –replicó Tiago–. Tenemos cuarenta y nueve enfermos en cama.

Pedro esbozó una generosa sonrisa y agregó:

–Tiago, si estuviésemos pescando, sería justo que nos eximiéramos de éste o aquel deber que sobrepasara el límite de nuestras obligaciones de cada día, respecto a la familia, cuya organización proviene de Dios; ahora, por medio del Maestro, nos legó el trabajo de asistir a todos sus hijos que sufren. En el presente, nuestro tiempo está destinado a esa función; por lo tanto, veamos lo que podemos hacer.

Y el bondadoso Apóstol se adelantó para recibir a los dos infelices.

Desde que viniera de Tiberíades para Jerusalén, Simón se transformó en la célula central del gran movimiento humanitario. Los filósofos del mundo siempre usaron lugares escogidos para dictar sus cátedras, pero nunca descendieron al plano de la acción personal, al lado de los más desheredados de la suerte. Jesús renovó con sus divinos ejemplos todo el sistema de exponer las virtudes. Llamó a los afligidos y a los enfermos e inauguró en el mundo la fórmula de la verdadera asistencia social.

Las primeras organizaciones de asistencia surgieron con el esfuerzo de los apóstoles, bajo el influjo amoroso de las lecciones del Maestro.

Por ese motivo, la residencia de Pedro había sido donada por varios amigos del “Camino” y se llenaba de enfermos y desvalidos, sin esperanzas. Eran ancianos que exhibían úlceras asquerosas, procedentes de Cesarea; locos que llegaban de las regiones más lejanas, conducidos por familia-

res ansiosos, en procura de alivio; criaturas paralíticas de Idumea, traídas por los brazos maternos, atraídos por la fama del profeta Nazareno que resucitaba a los mismos muertos y sabía devolver la tranquilidad a los corazones más infortunados del mundo.

También, era muy natural que todos los enfermos no podían ser curados, lo que obligaba al viejo pescador a recoger en su casa a todos los necesitados con el cariño de un padre. Vivía allí con su familia y era ayudado particularmente por Tiago, hijo de Alfeo y Juan, pero dentro de muy poco tiempo, Filipe y sus dos hijas se radicaban en Jerusalén, cooperando en ese grandioso esfuerzo fraternalista. Era tan grande el movimiento de los necesitados que Simón no se podía dedicar a otros trabajos, que no fuera pregonar la Buena Nueva del Reino. La dilatación de esos trabajos vinculaba al antiguo discípulo con los núcleos mayoritarios del judaísmo dominante. Estaba obligado a valerse de la ayuda de los elementos más notables de la ciudad; por lo tanto, Pedro se sentía más esclavizado a sus amigos benefactores y de sus pobres asistidos, haciendo todo el esfuerzo que su alma bondadosa disponía para atender a todos con sentido de abnegación y sinceridad.

Atendiendo a la solicitud de Efraín, preparó el albergue para los dos enfermos en su propia casa.

Jeziel ocupó una cama limpia y sencilla, en estado de completa inconciencia, en medio del delirio que la fiebre le proporcionaba. Sus palabras inconexas, mientras tanto, dejaban entrever su amplio conocimiento de los textos sagrados; tanto Pedro como Juan se interesaron especialmente por aquel joven de cara macilenta y triste. Normalmente Simón pasaba largas horas entretenido en escucharlo, tomando en cuenta los profundos conceptos, aunque fueran el producto de su exaltación febril.

Transcurrieron dos semanas agotadoras y Jeziel comenzó a mejorar, rearmatizando las facultades y comenzó a ser consciente de la nueva situación que empezaba a vivir. Se sintió atraído hacia Pedro, como lo hace el hijo con su padre. Notando su cariño hacia Pedro, el joven hebreo comenzó a sentir una deliciosa e íntima sorpresa. El ex pescador de Cafarnaúm, relativamente joven aún, era el ejemplo vivo de la renuncia fraterna.

Ni bien Jeziel se fue mejorando fue transferido para un ambiente más calmo, a la sombra acogedora y amena de las palmeras que rodeaban a la vieja casa.

Entre ambos se estableció, desde los primeros días, la corriente magnética de las grandes atracciones afectivas.

Esa mañana, las observaciones se iban sucediendo y, sin embargo, la curiosidad se pronunciaba, respecto al interesante personaje que resultaba ser el nuevo huésped. Simón aún no había logrado el intercambio de ideas que estaba deseando, es decir, en lo que se refiere a la intimidad, para sondear los pensamientos y que, a su vez, le dieran la pauta de sus sentimientos y de su origen. Al soplo generoso de la brisa matinal, bajo los árboles frondosos, el Apóstol fue tomando ánimo y a cierta altura de la conversación afectuosa, cuya finalidad era distraer al joven, buscó sondearle cuidadosamente, diciéndole:

—Amigo, ahora que Dios te restableció la salud, me regocijo por haber recibido tu visita en nuestra casa. Nuestra alegría es sincera, pues a pesar del poco tiempo que te encuentras entre nosotros demostraste tener condición espiritual como un hijo legítimo de los hogares organizados en Dios, debido a los conocimientos que posees sobre los textos sagrados. Y tanto me impresioné con tus referencias sobre Isaías, cuando delirabas debido a la fiebre elevada, que me interesaría saber de qué tribu descendes.

Jeziel comprendió que aquel amigo sincero y el mejor hermano en las horas más críticas de su enfermedad, deseaba conocerlo mejor, identificarlo íntima y profundamente, pero con delicadeza psicológica. Lo encontraba justo y consideró que no debía despreciar la ayuda de un corazón verdaderamente fraterno, que, además, sería la purificación de sus propias energías espirituales.

—Mi padre nació en los alrededores de Sebaste y descendía de la tribu de Isachar —aclaró con atención.

—¿Y se dedicaba tanto al estudio de Isaías?

—Estudiaba sinceramente todo el Testamento, sin preferencias, tal vez, en forma particular. En lo que respecta a mí, Isaías siempre me impresionó por la belleza de las promesas divinas del que fue portador, anunciándonos al Mesías, sobre cuya vida tengo meditado desde mi infancia.

Simón Pedro esbozó una sonrisa de viva satisfacción y dijo:

—¿No sabes que el Mesías ya vino?

Jeziel tuvo un brusco sobresalto en la improvisada silla.

—¿Qué decís? —preguntó ansioso.

—¿Nunca oíste hablar de Jesús de Nazareth?

Aunque recordaba vagamente las palabras que escuchó de Efraín, respondió:

–¡Nunca!

–Pues el profeta Nazareno nos trajo el mensaje de Dios para todos los siglos.

Y Simón Pedro, con los ojos encendidos de alegría, como el que se siente feliz de recordar el tiempo venturoso, habló de la ejemplificación del Señor, delineando una perfecta biografía verbal del Sublime Maestro.

Dando fuerza y color al relato, recordó los días en que se hospedó en su modesta casa a la orilla del lago Genesaret, las excursiones por las aldeas vecinas, los viajes con la barca, de Cafarnaúm a los sitios más bonitos a la orilla del lago. Se le veía la emoción que le hacía variar el tono de la voz al expresar la alegría interior con que rememoraba los hechos y prédicas junto al lago maravilloso, acariciado por el viento, la poesía y la suavidad de los crepúsculos vespertinos. La viva imaginación del Apóstol sabía crear comentarios atractivos al evocar un leproso curado, un ciego que había recuperado la vista y la criaturita enferma que rápidamente se había restablecido.

Jeziel le iba absorbiendo las palabras, como si hubiera encontrado un mundo nuevo. El mensaje de la Buena Nueva le iba penetrando en el espíritu, cual bálsamo suave y refrescante.

Cuando Simón parecía que iba a terminar la narración, no pudo contenerse y preguntó:

–¿El Mesías, dónde está?

–Hace más de un año –exclamó el Apóstol, bajando dolorido el tono de su voz– fue crucificado aquí mismo, en Jerusalén, en medio de dos ladrones.

En seguida pasó a enumerar los martirios y las dolorosas ingratitudes que el Maestro tuvo que soportar, a como también, sus últimas enseñanzas y la gloriosa resurrección al tercer día. Después habló de los primeros días del apostolado, de los acontecimientos del Pentecostés y de las últimas apariciones del Señor, en la siempre bien recordaba y distante Galilea.

Jeziel tenía las pupilas húmedas. Aquellas revelaciones le habían sensibilizado el corazón, como si hubiera conocido personalmente al profeta de Nazareth. Y, asociando la figura que se había hecho del Maestro a los textos que conocía, manifestó, casi en voz alta, como si hablara consigo mismo:

“Se levantará ¹ como un arbusto verde,
en la ingratitud de un suelo árido...
Cargado de oprobios y abandonado por
los hombres.
Cubierto de ignominias, no merecerá
consideración.
Será él quien cargará el pesado fardo
de nuestras culpas y sufrimientos, tomando
sobre sí todos nuestros dolores.
Parecerá un hombre doblado por la cólera
de Dios...
Humillado y herido se dejará conducir como
un cordero, pero desde el momento en que
ofrezca su vida, los intereses del Eterno
han de prosperar en sus manos.”

Simón, admirado por tantos conocimientos sobre los textos, terminó diciendo:

–Voy a traerte los textos nuevos. Son las anotaciones de Levi ² sobre el Mesías resucitado.

Después de unos pocos minutos, el Apóstol colocaba sobre sus manos los pergaminos del Evangelio. Jeziel no los leyó, los devoró. Remarcó en voz alta, uno a uno, todos los pasajes del mensaje, seguido por la atención de Pedro, íntimamente conmovido.

Terminado el rápido análisis, el joven manifestó:

–Encontré el tesoro de la vida, es necesario leerlo con más tranquilidad, quiero saturarme de su luz, dado que presiento que se encuentra la llave de los enigmas humanos.

Casi llorando, leyó el Sermón de la Montaña, secundado por las conmovedoras recordaciones de Pedro. En seguida, ambos pasaron a comparar las enseñanzas de Cristo con las profecías que lo anunciaban. El joven hebreo

¹ Resumen del Capítulo LIII, de Isaías.

² (Mateo.)

estaba conmovido y quería conocer los mínimos detalles de la vida del Maestro. Simón trataba de complacerlo, pues sentía una gran satisfacción. El generoso amigo de Jesús, tan incomprendido en Jerusalén, experimentaba una alegría inmensa por haber encontrado a alguien que se entusiasmaba con los ejemplos y enseñanzas del incomparable Maestro.

–Desde que tuve la suerte de llegar a vuestra casa –dijo Jeziel– comprobé que estaba participando de principios que no me eran conocidos. Esa preocupación constante para amparar a los desfavorecidos, era una nueva lección para mi alma. Los enfermos os bendicen, tal como yo lo hago ahora, son los protegidos del Cristo, que yo no tuve la suerte de conocer.

–El Maestro amparaba a todos los necesitados y ayudaba a todos los enfermos y nos recomendó, que en su nombre, hiciéramos lo mismo –agregó el Apóstol enfáticamente.

–De acuerdo a las instrucciones del Levítico –dijo Jeziel toda ciudad debe tener alejado de sus puertas un valle destinado a los leprosos y personas consideradas inmundas, mientras que Jesús nos dio un hogar en el corazón de aquellos que lo siguen.

–El Cristo nos trajo el mensaje del amor –explicó Pedro y completó la Ley de Moisés, trayendo una nueva enseñanza. La Ley Antigua es justicia, pero el Evangelio es amor. El código del pasado preceptuaba “ojo por ojo y diente por diente”, el Mesías enseñó que debemos “perdonar setenta veces siete” y que si alguien quisiera quitarnos la túnica, también deberíamos darle la capa.

Jeziel se sensibilizó y lloró. Aquel Cristo amoroso y bueno, suspendido en la cruz de la ignominia humana, era la personificación de todos los heroísmos del mundo. ¡Cómo se aliviaba al analizarlo! Se sentía bien por no haber reaccionado contra el despotismo del que había sido víctima. Cristo era el hijo de Dios y no rechazaba el sufrimiento. Jeziel sentía que su copa estaba, en aquel momento, desbordando y Pedro le hacía notar que en los momentos más críticos aquel Maestro desconocido y humilde sabía transmitir la lección del valor, de la renuncia y de la vida. Como ejemplo de su amor, allí estaba aquel hombre simple y cariñoso que lo llamaba hermano y que lo cobijaba como un padre. El joven recordó sus últimos días en Corinto y lloró amargamente. Fue en ese momento que abrió su corazón y tomando las manos de Pedro le contó toda su tragedia, sin omitir el mínimo detalle; después le rogó que le diera su consejo.

Terminando su narración, agregó conmovido:

–Me revelasteis la luz del mundo, perdonad si os transmito mis sufrimientos, que no dudo, deben ser justos. Tenéis en vuestro corazón la claridad de la palabra del Salvador y necesito que me inspiréis en mi pobre vida.

El Apóstol lo abrazó y murmuró:

–Creo prudente que guardéis el anonimato de quién eres, pues Jerusalén está saturada de romanos y no sería justo comprometer al generoso amigo que te restituyó la libertad. Tu caso, sin embargo, no es nuevo, mi amigo. Me encuentro en esta ciudad hace casi un año y por estas humildes camas han pasado las criaturas más increíbles de imaginar. ¡Yo, que era un simple pescador, he adquirido una amplia experiencia del mundo en muy pocos meses! ¡A estas puertas han llamado hombres estropeados que fueron políticos importantes, mujeres leprosas, que fueron casi reinas! En contacto con la historia de tantos castillos desmoronados, en el juego de las vanidades mundanas, ahora reconozco que las almas necesitan del Cristo, por sobre todas las cosas.

Esa sencilla explicación producía un sensible consuelo para Jeziel, que preguntó agradecido:

–¿Vos creéis que os podría servir en alguna cosa? Yo, que era cautivo de los hombres, quisiera esclavizarme al Salvador, que supo vivir y morir por todos nosotros.

–De ahora en adelante, serás mi hijo –exclamó Simón con gran alegría.

–Y ya que es necesario reformarme en el Cristo, ¿cómo me llamaréis? –preguntó Jeziel con ojos iluminados de alegría.

El Apóstol reflexionó algunos instantes y dijo:

–Para que no te olvides de Acaya, donde el Señor se dignó buscarte para su divino ministerio, te he de bautizar en la nueva creencia con el nombre griego de Esteban.

Se fortalecieron aún más los lazos de simpatía que los aproximó desde los primeros instantes y el joven jamás olvidaría aquel encuentro con el Cristo, a la sombra de las palmeras aureoladas de luz.

Durante un mes, Jeziel, ahora conocido como Esteban, se absorbió en el estudio de los ejemplos y enseñanzas del Maestro, que no había conocido en forma directa.

La casa de los apóstoles, en Jerusalén, representaba un movimiento a favor de la ayuda a los necesitados e iba creciendo constantemente, requiriendo un enorme coeficiente de cariño y dedicación. Eran locos, que llegaban desde todas las provincias, ancianos abandonados, criaturas desamparadas y hambrientas. No era todo. A la hora habitual de la comida, se alineaban, en una enorme fila, los mendigos que pedían la caridad de la sopa diaria. Atendiendo las tareas con enorme sacrificio, Juan y Pedro, con el concurso de los compañeros, habían construido un modesto pabellón, destinado a los servicios de la iglesia, cuya fundación recién se iniciaba, para difundir los mensajes de la Buena Nueva. La asistencia de los pobres no daba tregua para dedicarse a las ideas evangélicas. Fue entonces, que Juan consideró falta de razón que los discípulos directos del Señor menospreciasen las básicas palabras divinas y dependieran únicamente para atender el servicio de las comidas y de la atención a los enfermos. A simple vista se veía que se multiplicaba la enorme cantidad de enfermos e infelices que recurrían a los seguidores de Jesús como la última esperanza para sus casos. Estaban aquellos que golpeaban la puerta por causa de una enfermedad terrible y que eran desechados de sus hogares, benefactores de la nueva institución que reclamaban atenciones especiales para sus protegidos o amigos que necesitaban nuevos esfuerzos para atender a los huérfanos y a las viudas.

En la primera reunión de esa humilde iglesia, Simón Pedro pidió que nombrasen a siete ayudantes para el servicio de enfermería y de las comidas, resolución que fue aprobada por unanimidad. Entre los siete hermanos escogidos, Esteban fue designado con la gran simpatía de todos.

Comenzó para el joven de Corinto una nueva vida. Aquellas mismas virtudes espirituales que iluminaban su personalidad y que tanto habían aportado para curar al patricio, que le devolvió la libertad, la difundía entre los enfermos e indigentes de Jerusalén, cual bálsamo consolador. Gran parte de los enfermos, recogidos en el gran caserón de los discípulos, recobraron la salud. Viejos desalentados recobraron el ánimo bajo la influencia de su palabra inspirada en la fuente del Evangelio. Madres afligidas buscaban el consejo adecuado, mujeres del pueblo, agotadas por el trabajo y la angustia de la vida, ansiosas de paz y consuelo, disputaban el consuelo de su presencia cariñosa y fraterna.

Simón Pedro no cabía en sí de contento, en base al mérito alcanzado por su hijo espiritual. Los necesitados tenían la impresión de haber recibido un nuevo enviado de Dios, para alivio de sus dolores.

En poco tiempo, Esteban se hizo famoso en Jerusalén por sus hechos casi milagrosos. Era considerado como el escogido del Cristo, pues su accionar resuelto y sincera devoción, en pocos meses había alcanzado las más amplias conquistas para el Evangelio del amor y del perdón. Su noble esfuerzo no se limitaba a los trabajos de aplacar el hambre de los necesitados. Entre los Apóstoles galileos su palabra resplandecía en las pregonaciones de la iglesia, iluminada por la fe ardiente y pura. Casi todos sus compañeros, con el pretexto de no herir los viejos principios establecidos, dejaban de ampliar los conceptos evangélicos públicamente, para no causar desagrado al judaísmo imperante. Esteban representaba, para la multitud asombrada, al Salvador del mundo en la gloria de las nuevas revelaciones divinas, indiferente a las luchas que iría a provocar y comentaba la vida del Maestro con su verbo inflamado de luz. Los mismos discípulos se sorprendían con la magia de sus profundas inspiraciones. Alma templada en la fragua del sufrimiento, su pregonación estaba llena de lágrimas y alegrías, llamados y aspiraciones.

En pocos meses, su nombre gozaba de un prestigio sorprendente. Y, al fin de cada día, cuando llegaban las oraciones de la noche, el joven de Corinto, al lado de Pedro y de Juan, hablaba de sus visiones y esperanzas, demostrando que su espíritu vivía integralmente en aquel Maestro adorable, que a través de su Evangelio sembrara en su corazón las bendecidas estrellas que lo llenaban de júbilo infinito.

EN LOS CAMINOS DE JOPE

Estamos en la vieja Jerusalén, en una clara mañana del año 35.

En el interior de un sólido edificio, donde todo era comodidad y lujo de la época, un hombre joven estaba impaciente, como si estuviera esperando a alguien que demoraba en llegar. Al menor rumor en la vía pública corría a la ventana, miraba hacia afuera y luego volvía a sentarse, volviendo a retomar la lectura de papiros y pergaminos, como quien trata de matar el tiempo.

Había llegado a la ciudad después de una semana de cansado viaje. Sadoc esperaba a su amigo Saulo para abrazado afectuosamente, ya que le unía una amistad de muchos años.

Dentro de un pequeño carro, semejante al de los romanos (biga), tirado por dos hermosos caballos blancos, paraba en la puerta el amigo esperado. En un minuto ambos personajes se abrazaban efusivamente, llenos de alegría juvenil.

El joven Saulo presentaba la vivacidad de un hombre soltero, cuya edad alcanzaba alrededor de los treinta años. Su semblante demostraba virilidad y belleza, los rasgos israelitas se denotaban principalmente en sus ojos profundos e incisivos, propio de los temperamentos apasionados e indomables, que demostraban una firme resolución. Vestía la túnica de los patricios y hablaba con preferencia el griego, al cual se había acostumbrado en su ciudad natal, conviviendo con sus maestros bien amados, salidos de las escuelas de Atenas y Alejandría.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Sadoc, con tono de alegría.

—Estoy desde antes de ayer por la mañana. Además, estuve con tu hermana y tu cuñado, que me dieron noticias tuyas, antes de partir para Lida.

—Y, ¿cómo es tu vida en Damasco?

—Muy buena.

Antes que hubiera alguna pausa, el otro observó:

–¡Cómo has cambiado!... Un carro a la romana, tu conversación en griego y ...

Saulo no lo dejó continuar y retrucó:

–Y en el corazón la Ley, siempre deseoso de someter a Roma y Atenas a nuestros principios.

–¡Siempre eres el mismo! exclamó el amigo con una sonrisa–. Además, puedo agregar un complemento a tus explicaciones. La biga (carro) es indispensable para realizar la acostumbrada visita a una casita florida, en el camino principal de Jope, y el griego es necesario para las conversaciones con una legítima descendiente de la tribu de Isachar, nacida entre las flores y los mármoles de Corinto.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Saulo admirado.

–¡No te dije que estuve hace poco con tu hermana!

Y los dos amigos se acomodaron en una especie de amplios sillones al estilo de la época, y entre sus conversaciones iban tomando en pequeñas tacitas el afamado vino de Chipre, hasta que sus vidas personales fueron compulsadas hasta llegar al mínimo detalle de cada día.

Con indecible alegría, Saulo contaba a su amigo que se había enamorado de una joven de su raza, que además de su hermosura poseía los dotes elevados del corazón. Su dedicación al hogar era uno de los más santificados atributos femeninos. Le explicó el primer encuentro que habían tenido, que se había dado en compañía de Alejandro y Gamaliel, hacía aproximadamente unos tres meses, en la fiesta íntima del amigo Zacarías ben Hanán, avanzado labrador en el camino de Jope, que había ofrecido a algunos amigos de su aprecio en homenaje a la circuncisión de dos hijos de sus sirvientes. Agregó, que Zacarías era un antiguo comerciante israelita, emigrado de Corinto, después de largos años de trabajo en Acaya y que se había disgustado por la persecución a que había sido sometido. Después de grandes pruebas en el transcurso de su viaje por Cencreia y Cesárea, Zacarías había llegado a aquel puerto en pésimas condiciones financieras, pero fue ayudado por un patricio romano que le dio los medios para alquilar una gran propiedad en el camino de Jope, a regular distancia de Jerusalén. Recibido generosamente en su casa, ahora tranquila y feliz, allí había conocido a la joven Abigaíl, que era muy dulce y dueña de los más bellos predicados morales que pudiera poseer una hija de su raza. Era todo lo que podía desear

su ilusión de joven: inteligente, versada en la Ley y, sobre todo, dócil y cariñosa. Había sido adoptada por la pareja como una hija, ya que había sufrido muchísimo en Corinto, por causa de su padre muerto y la pérdida de su hermano, que fue esclavizado por el resto de su vida. Hacía tres meses que la conocía y ya se intercambiaban la más esperanzada de las amistades, que daban lugar a dos jóvenes que se atraían, ¿quién sabe?, si... tal vez el Eterno les reservara su futura unión conyugal como coronamiento de los sueños sagrados de la juventud. Saulo hablaba con el entusiasmo propio de su temperamento apasionado. En su profundo mirar se notaba la llama viva de los sentimientos inquebrantables, pero también se le observaba el agrado que poseía por su capacidad emotiva.

–Saulo, ¿le comunicaste a tus padres esos proyectos? –preguntó Sadoc.

–Mi hermana tiene pensado ir a Tarso dentro de dos meses y será la intérprete de mis sueños en lo que se refiere a la organización de mi futuro. Además, eso no puede ser un problema que se resuelva con soluciones precipitadas. Pienso que al hombre no le conviene entregarse en forma inmediata a una cuestión en que está en juego la decisión de su destino. Obedeciendo a nuestro viejo instinto de prudencia, vengo analizando muy despacio mis propias ideas; además, todavía no traje a Abigail para que tomara contacto con Dalila por algunos días, en nuestra casa. Pretendo proponerlo en la víspera de la visita de mi hermana al hogar paterno.

–Ya que alientas tantos proyectos para el futuro –agregó el amigo, con especial interés–, ¿en qué situación se encuentra tu pretensión al cargo en el Sanedrín?

–No puedo quejarme, porque actualmente el tribunal me confiere atribuciones muy especiales. Sabes que Gamaliel hace mucho viene insistiendo con mi padre para que sea transferido para Jerusalén, donde me prometen un lugar de importancia en la administración de nuestro pueblo. Como sabemos, el maestro ya cuenta con muchos años y desea retirarse de la vida pública. No tardaré en sustituirlo y, además, será acompañado con una muy buena remuneración, que ha de ser independiente a la que me viene de Tarso periódicamente. Tengo, por encima de todo, el ideal político de aumentar mi prestigio con los rabinos. Es necesario no olvidar que Roma es muy poderosa y que Atenas es sabia, haciéndose imprescindible que haya eterna hegemonía en Jerusalén como tabernáculo del Dios único. Se hace necesario doblar las rodillas de griegos y romanos ante la Ley de Moisés.

Sadoc, mientras tanto, dejaba percibir que no prestaba mucha atención a su idealismo nacionalista, pero retenía su pensamiento en una situación particular, advirtiendo delicadamente.

–Por lo que me dices, tu padre mejoró mucho sus condiciones financieras. ¡Ni pensar que fue un sencillo tejedor!...

–Tal vez sea por eso que me enseñó la profesión –agregó Saulo–. Desde niño me enseñó la profesión, para que nunca me olvidara que el progreso de un hombre depende de su propio esfuerzo. Por eso, hoy descansa después de tantas fatigas de trabajo en el telar. Con justicia tiene una vejez honrada, disfrutándola junto a mi madre. Sus caravanas de camellos recorren toda la Cilicia y los transportes le garantizan un desenvolvimiento cada vez mayor de su renta.

La conversación continuó animada y en un determinado momento el joven de Tarso preguntó a su amigo qué motivos lo habían traído a Jerusalén.

–Vine para comprobar la cura de mi tío Filodemos, que fue sanado de su vieja ceguera, mediante procesos milagrosos.

Y como si tuviera el cerebro poblado de interrogantes, para los cuales no encontraba la respuesta adecuada en los principios conocidos, agregó:

–¿Oíste hablar de los hombres del “Camino”?

–Sí, Andrónico me habló de ellos, hace mucho tiempo. –¿No se trata de unos pobres galileos, mal vestidos e ignorantes, que se refugian en los barrios bajos?

–Sí, justamente.

Seguidamente, Sadoc comentó al amigo Saulo que un hombre llamado Esteban, portador de virtudes sobrenaturales, conforme el decir del pueblo, había devuelto la vista a su tío, para asombro general de mucha gente.

–¿Cómo es eso? –dijo Saulo, admirado–. ¿Cómo pudo Filodemos someterse a experiencias de ese tipo? ¿No habrá razonado que pueden ser artimañas urdidas por los enemigos de Dios? Desde que Andrónico me hizo referencia del asunto han llegado a mí nuevos comentarios sobre esos hombres, y hasta llegué a cambiar ideas con Gamaliel, con el interés de reprimir esas actividades perniciosas; sin embargo, el maestro, con la tolerancia que lo caracteriza, me hizo notar que esa gente viene ayudando a numerosas personas sin recursos.

–Sí –retrucó el amigo–, yo sé que muchos dicen que las pregonaciones de Esteban atraen a muchos estudiosos de los nuevos principios, que de alguna forma anulan la Ley de Moisés.

–¿No fue un carpintero galileo, oscuro y sin cultura, el que inició ese movimiento? ¿Qué podemos esperar de los de Galilea? Acaso, ¿saben producir alguna cosa que no sea más que legumbres y dedicarse a la pesca?

–Así y todo, el carpintero martirizado se hizo un ídolo para sus secua-ces. Traté de deshacer las impresiones que tu tío tenía, lo llamé a la razón con la energía necesaria y como respuesta fui invitado a visitar, ayer, las obras de caridad dirigidas por un tal Simón Pedro. Es una institución extra-ña que no deja de ser extraordinaria. Criaturas desamparadas encuentran cariño, leprosos que recobran la salud, viejos enfermos y desprotegidos de la suerte, son confortados material y espiritualmente.

–¿Y los enfermos? ¿Dónde quedan? –interrogó Saulo asombrado.

–Todos ellos se agrupan alrededor de esos incomprensidos.

–¡Están todos locos! –dijo el joven de Tarso con la franqueza espontá-nea que caracterizaba su actitud.

Ambos intercambiaron íntimas impresiones sobre la nueva doctrina, agregando irónicamente que nada tenían de cierto los hechos piadosos que atraían la atención del pueblo simple, como era el de Jerusalén.

Al finalizar la conversación, Sadoc agregó:

–No me conformo con los nuevos principios y me propongo cooperar contigo, aunque te encuentres en Damasco, para establecer la imprescindible represión de esas actividades. Con tus iniciativas de futuro rabino, que ha de ser ejemplar en el templo, podrás encabezar una acción decisiva contra esos misticadores y falsos curadores.

–Sin duda –respondió. Y prometió tomar todas las providencias que el caso requería–. Hasta el presente, la actitud del Sanedrín ha sido de mucha tolerancia, pero haré que todos mis compañeros cambien de opinión y procedan conforme a las circunstancias, que serán castigados seriamente quienes quieran desafiar la Ley.

Y en tono solemne, concluyó:

–¿Cuáles son los días que pregona ese tal Esteban?

–Los sábados.

–Pues bien, después de mañana iremos juntos para apreciar el asunto. En caso que compruebe el carácter inofensivo de sus enseñanzas, habrá que dejarlo en paz con su charlatanería, que nada malo produce, pero si es lo contrario, pagará muy caro la audacia de ofender nuestros códigos religiosos en medio de la ciudad del judaísmo.

Por largo tiempo siguieron comentando los hechos sociales, las intrigas del fariseísmo a que pertenecían, los hechos del presente y las esperanzas para el porvenir.

Al caer la tarde de ese mismo día, el elegante carro de Saulo de Tarso atravesaba las puertas de Jerusalén, tomando la dirección del puerto de Jope.

El ardiente sol, aún estaba alto en el horizonte e iluminaba con viva luz el camino. El semblante del joven doctor de la Ley irradiaba una loca alegría al trote largo de los animales, que de vez en cuando pasaban a galopar. Recordaba satisfecho el deporte que era de su predilección en su ciudad natal, muy al gusto griego en que fuera educado, gracias a los cuidados del padre. De ojos fijos en los veloces caballos, le vino a su mente las victorias alcanzadas contra sus competidores de juegos en su adolescencia.

Pocos kilómetros más adelante se levantaba una casa confortable, entre grandes palmerales y durazneros en flor. A su alrededor grandes plantaciones de legumbres, en medio de un canal de agua, convenientemente aprovechado en la extensión de la huerta. La propiedad era parte integrante de una de las muchas y pequeñas aldeas que rodeaban a la ciudad santa, y donde fuese que hubiera condiciones favorables para la labranza, se extraían los productos, que eran bien cotizados en los mercados de Jerusalén. Ahí se había instalado Zacarías con su familia para rehacer su vida honesta. Ruth y Abigail trataban de ayudarlo en su noble esfuerzo de hombre activo y trabajador, cultivando frutos y flores, aprovechando toda la tierra disponible.

Cuando dejó Corinto, el generoso israelita encontró grandes dificultades, hasta que desembarcó en Cesárea, donde se le agotaron los últimos recursos. Algunos coterráneos lo presentaron al conocido patricio, gran propietario en Samaria, que le prestó una muy buena suma y le recomendó aquella zona de Jope, donde podía arrendarle la propiedad que era de un buen amigo. Zacarías aceptó la ayuda y todo comenzó a andar a las mil maravillas. La venta de legumbres y frutas, como el criadero de aves y la cría de animales pesados, le compensaban el cansancio y el esmero que disponía. Aunque estaba distante de Jerusalén, visitó la ciudad por más de

tres veces y bajo la ayuda de Alejandro, pariente de Anás, consiguió ingresar como uno de los negociantes privilegiados, que podía vender animales para los sacrificios del templo. Ayudado por amigos influyentes, de la talla de Gamaliel y de Saulo de Tarso, que se había graduado, saliendo de condición de discípulo para alcanzar la condición de autoridad competente en el más alto tribunal de su raza, pudo así pagar gran parte de sus deudas, caminando directo para una muy buena posición de independencia financiera en el país natal. Ruth expresaba su alegría por la victoria alcanzada por su marido y secundada por Abigail, en quien encontraba a una verdadera hija.

La hermana de Jeziel parecía haber refundido la delicadeza de los trazos femeninos en la fragua de los sufrimientos experimentados. La gracia de su semblante y la negrura de sus ojos, hermanados a un tono de hermosa tristeza, le daban un toque especial, desde aquel momento tan ingrato que le tocara vivir en el pasado en Corinto. ¡Cuánto deseaba tener una sola noticia de su hermano, que el destino había convertido en un esclavo al mando de verdugos crueles!... Para alcanzar ese cometido, Zacarías no había escatimado esfuerzos. Había encomendado a su fiel amigo de Acaya que investigara en tal sentido y pronto le trajo la noticia de que Jeziel había sido llevado a punta de hierro a bordo de un navío mercante que se destinaba a Nicópolis. Nada más se supo. Abigail insistió nuevamente. Y de Corinto llegaban nuevas promesas de los amigos, que seguían investigando entre la gente de confianza de Licinio Minucia a fin de descubrir el paradero del joven cautivo.

Ese día la joven recordaba con gran amargura la figura de su hermano querido y sus advertencias, que siempre eran tan cariñosas.

Desde que tuviera relaciones con el joven de Tarso y entreviera la posibilidad de una unión conyugal, era con ansiedad que suplicaba a Dios que le confirmara con seguridad si su hermano aún vivía, fuese donde fuese. A su manera de ver, pensaba que a Jeziel le agradaría conocer al elegido de su corazón, cuyos pensamientos iluminados tenían el mismo celo para servir a Dios. Le contaría que su elegido del corazón también agradaba comentar los principios religiosos y filosóficos y ni siquiera se daban cuenta del tiempo que transcurría cuando se introducían en la contemplación de la naturaleza, comparando sus lecciones vivas con los símbolos divinos de los Escritos Sagrados. Saulo la ayudaba mucho en el cultivo de las flores de la fe que Jeziel había sembrado en su alma sencilla. Saulo no era un hombre

excesivamente sentimental, dado que la manifestación de los cariños los tomaba sin darle mayor significado, pero su espíritu era noble y leal y que un profundo sentimiento de auto dominio lo dominaba. Abigail estaba segura de saber interpretar sus aspiraciones íntimas y los sueños grandiosos que hacían parte de la ilusión que la edad aconsejaba. Sublime atracción la impulsaba hacia el joven sabio, voluntarioso y sincero. Algunas veces le parecía que era áspero y enérgico por demás. Sus concepciones de la Ley no admitía medios términos. Sabía ordenar y no le agradaba cualquier expresión de desobediencia a sus propósitos. Aquellos meses de convivir casi a diario, le daban a conocer su temperamento indómito e inquieto, pero sobrellevado con su corazón generoso, donde una fuente de ignorada generosidad lo retraía en abismales profundidades.

Meditando en un gracioso banco de piedra, junto a los durazneros en flor, vio que el carro de Saulo se aproximaba al trote largo de los animales.

Zacarías lo recibió de lejos y ambos, en animada conversación, fueron hacia el interior de la casa, hacia donde la joven se dirigió.

Las conversaciones se mantuvieron en tono de cordialidad, y era costumbre repetirlas durante varias veces a la semana y, como siempre, los jóvenes contemplando el deslumbramiento que les ofrecía el paisaje crepuscular, con las manos entrelazadas, como dos prometidos, descendieron hasta la plantación, donde se encontraban los enormes canteros de flores orientales. El mar se encontraba a algunos kilómetros de distancia, pero el aire fresco de la tarde daba la impresión de los vientos suaves que soplan del litoral. Saulo y Abigail hablaban al comienzo de las cosas pasajeras de cada día, pero en determinado momento, reconociendo el estado de tristeza que Abigail tenía en su rostro, el joven Saulo le preguntó:

–¿Por qué estás triste en este hermoso día?

–No lo sé –respondió con los ojos humedecidos–, pero tengo pensado mucho en mi hermano. Espero ansiosa noticias tuyas, pues tengo la esperanza de que pueda llegar a conocerte, tarde o temprano. Jeziel tomaría tus palabras con entusiasmo y alegría. Un amigo de Zacarías nos prometió darnos informaciones y estamos esperando noticias de Corinto.

Después de una pequeña pausa, levantó sus hermosos ojos y continuó diciendo:

–Saulo, ¿si Jeziel estuviera preso, me prometes que le ayudarías? Tus prestigiosos amigos de Jerusalén podrían intervenir para liberarlo, pidiendo-

le al Procónsul de Acaya. ¿Quién sabe? Mis esperanzas, ahora, se basan exclusivamente en ti.

El le tomó las manos y replicó enternecido:

–Haré todo lo posible.

Y fijando sus ojos dominadores y apasionados en ella, acentuó:

–Abigail, ¿amarías a tu hermano más que a mí?

–¿Qué dices? –exclamó, comprendiendo la delicadeza de la pregunta–. Entiendes a mi corazón fraterno y eso me exime de mayores explicaciones. Como tú sabes, querido, Jeziel fue el amparo que tuve cuando quedamos huérfanos de madre. Compañero desde muy pequeña y amigo de la juventud soñadora, fue siempre el hermano cariñoso que me enseñó a deletrear los mandamientos, a cantar los salmos con las manos en posición de súplica, librándome de los caprichos del mal e inclinándome hacia el bien y la virtud. Todo lo que encontraste en mí es la dádiva de su generosa asistencia como hermano amoroso.

Saulo le observaba su mirar lacrimoso y consideró con bondad:

–No llores. Comprendo tus sagradas razones de afecto. Si es necesario, iré al fin del mundo para ubicar a Jeziel, siempre que se encuentre vivo. Llevaré cartas de Jerusalén a la Corte Provincial de Corinto. Haré todo lo posible, por lo tanto, tranquilízate. Por tus informes, presumo que él es un santo. Hablemos de otra cosa. Existen problemas inmediatos que debemos resolver. ¿Y nuestros proyectos, Abigail?

–Dios nos bendecirá –murmuró la joven conmovida.

–Ayer Dalila y su esposo fueron a Lida para visitar algunos parientes nuestros. También dejé todo combinado para que estés entre nosotros en Jerusalén, por dos meses. Antes que mi hermana realice el próximo viaje a Tarso, quiero que te conozca más de cerca, a fin de que exponga a mis padres, con toda seriedad, nuestro proyecto de casamiento.

–Tu invitación me sensibiliza sobremanera, pero...

–Nada de restricciones y timideces. Vendremos a buscarte. Arreglaré todo lo que sea necesario con Ruth y Zacarías, para que te presentes en la ciudad grande y no permitiré que tengan gasto alguno. Ya he programado, para que dentro de algunos días recibas varias túnicas de corte griego.

Y remató la observación con una hermosa sonrisa:

–Quiero que te presentes en Jerusalén como un modelo perfecto de nuestra raza, desarrollada entre las antiguas bellezas de Corinto.

La joven hizo un gesto de timidez, demostrando su íntima alegría.

Dieron algunos pasos más y se sentaron bajo los viejos y floridos durazneros, respirando profundamente las suaves fragancias que perfumaban el aire. La tierra cultivada y las flores de diversos colores, exhalaban delicioso aroma. El final de un crepúsculo siempre está lleno de sueños que pasan apresurados, como si el alma de las cosas estuvieran igualmente ansiosas de estar en silencio, amigo del reposo y la meditación... Eran árboles frondosos que al sumirse en la sombra, mientras los últimos pajaritos errantes volaban aceleradamente para alcanzar sus nidos, a la vez que la brisa acariciadora llega de lejos, agitando las ramas y acentuando el dulce murmullo del viento.

Saulo, embriagado de inefable alegría, contempló las primeras estrellas que aparecieron en el cielo. La naturaleza siempre ha de ser el fiel espejo donde se reflejan las emociones íntimas, y aquellos perfumes, que provenían de lejos, encontraban eco de misteriosa alegría en su corazón.

–Abigail –dijo, reteniéndole las manos entre las suyas–, la naturaleza canta y acompaña a las almas llenas de esperanzas y que son creyentes. ¡Con qué ansiedad te esperé en el camino de mi vida!... Mi padre me hablaba de la dulzura del hogar y yo esperaba a la mujer que supiera comprenderme totalmente.

–Dios es bueno –respondió ella con cariño– y sólo ahora reconozco que después de tantos sufrimientos, Él me reservó, en su misericordia infinita, el tesoro mayor de mi vida, tu amor en la tierra de mis padres. Tu afecto, Saulo, alcanza a todos mis ideales. El cielo nos hará muy felices. Todas las mañanas, cuando estemos casados, pediré en fervorosas oraciones a los ángeles de Dios que me enseñen a tejer la red de tus alegrías; por la noche, cuando el bendecido reposo envuelva al mundo entero, te daré un nuevo cariño, para que veas renovada tu alegría diariamente. Tomaré tu cabeza atormentada por los problemas de la vida y ungiré tu frente con la caricia de mis manos. Viviré con Dios y contigo solamente. Te he de ser fiel para toda la vida y amaré los sufrimientos que el mundo pueda entregarte, por amor a tu vida y en tu nombre.

Saulo le apretó aún más las manos y exclamó deslumbrado:

—A mi vez, te daré mi corazón dedicado y sincero. Abigail, mi espíritu solamente estaba poseído de amor por la Ley y mis padres. Mi juventud ha sido muy inquieta, pero pura. No te ofreceré una flor que no tenga perfume. Desde los primeros días de mi juventud conocí compañeros que me incitaban a seguirles sus pasos inciertos en la embriaguez de los sentidos, precursora de la muerte de nuestras preocupaciones sinceras de este mundo, pero nunca traicioné el ideal divino que vibraba en la intimidad de mi alma. Después de los estudios iniciales de mi carrera, encontré mujeres que me provocaban, llevadas por una concepción peligrosa y errónea del amor. En Tarso, en los días suntuosos de los juegos juveniles, después de alcanzar los laureles recibidos de manos de jóvenes inquietas, con declaraciones de amor y proposiciones de nupcias, en verdad es que me sentía insensible. Yo esperaba otra cosa, no eran esas mujeres la heroína ignorada de mis sueños. Cuando Dios me condujo a tu encuentro, tus ojos me hablaron y en un relámpago entreví tus sublimes revelaciones. Tú eres lo que yo esperaba, la esencia de mis razonamientos y serás la mano que guiará mis proyectos, para toda la vida.

Mientras la joven, sensibilizada y venturosa, tenía los ojos llenos de lágrimas, el fogoso joven continuaba diciendo:

—Viviremos el uno para el otro y tendremos hijos que le serán fieles a Dios. Seré el que ordene nuestras vidas y tú serás la obediencia de nuestra paz. Nuestra casa será un templo. El amor a Dios será la mayor de las columnas y cuando el trabajo exija mi ausencia del altar doméstico, quedarás velando en el tabernáculo de nuestra ventura.

—Sí, querido. ¿Qué no haría por ti? Mandarás y obedeceré. Serás el orden en mi vida y yo rogaré al Señor que me ayude para ser tu bálsamo de ternura. ¡Cuando estuvieres cansado, me acordaré de mi madre y adormeceré a tu alma generosa con las más hermosas oraciones de David!... Interpretarás para mí la palabra de Dios. Serás la Ley y yo tu servidora.

Saulo se enterneció escuchando palabras tan amorosas. Eran las más bellas que había recogido de un corazón femenino. Mujer alguna, que no fuera Abigail, jamás le había hablado así a su espíritu impetuoso. Habitado a los largos y difíciles raciocinios, apresurando su cerebro en los silogismos de los doctores, en busca de brillantes futuros, sentía su alma reseca, sedienta de verdadero idealismo. Desde criatura, con la educación doméstica, mantenía con toda pureza los primeros impulsos del corazón, sin llegar a

contaminarlos en la senda de los placeres fáciles o el fuego de las pasiones violentas, que suelen dejar en el alma las cenizas de los dolores sin esperanzas. Acostumbrado al deporte en los juegos de la época, acompañado de muchos compañeros de vida fácil, tuvo el heroísmo de sobreponerse siempre a las disposiciones de la Ley, sobre las tendencias naturales. Su concepción del servicio a Dios, no admitía concesiones para sí mismo. A su forma de ver, todo hombre debería conservarse indemne a los contactos inferiores con el mundo, hasta que llegase a consolidar su hogar debidamente. El hogar formado debería ser un tabernáculo de bendiciones eternas, los hijos, las primicias del altar Mayor del Amor, consagrados al Señor Supremo. No era que su juventud estuviera exceptuada de deseos. Saulo de Tarso había experimentado todos los anhelos de la juventud impetuosa de su tiempo. Imaginaba situaciones nada fáciles de evitar, pero primaban siempre los cariños maternos, que había prometido no tergiversar jamás. La vida del hogar es la vida de Dios. Y Saulo esperaba tener emociones más sublimadas. De esperanza en esperanza veía pasar los años, esperando que la inspiración divina determinara la ruta de sus ideales. Esperaba y confiaba. Sus padres esperaban encontrar en cualquier lugar la joven que él debiera escoger, mientras tanto, Saulo, enérgico y resuelto, apartaba la intervención de algunos familiares muy queridos en lo que se refería a escoger aquello que debía ser la decisión de su destino. Abigail le había colmado su corazón. Era la flor mística de su ideal, el alma que le había entendido sus aspiraciones en perfecta resonancia de pensamientos. Con los ojos fijos en sus facciones delicadas, que la pálida luz de la luna iluminaba, tuvo impulso de mantenerla estrechada eternamente entre sus brazos, al mismo tiempo que un dulce en terneamiento le vibraba en el alma. Deseaba atraerla hacia sí mismo, como si fuera una criatura dulce y acariciarle los cabellos sedosos con todas las fuerzas de su cariño.

Embriagados de gozo espiritual, hablaron largo tiempo del amor que los unía en la misma aspiración de ventura. Los comentarios más íntimos los hacían como si Dios estuviera presente, auspiciando sus esperanzas en un futuro santificado de júbilo.

Con las manos entrelazadas se extasiaron con el plenilunio maravilloso. Los arbustos de lilas parecían sonreírles. Las rosas orientales, aureoladas por los rayos de la luna, eran verdaderos mensajes de belleza y perfume.

—Dentro de dos días volveré a verte. Quedamos combinados. Cuando

Dalila viaje, llevará noticias nuestras a mis padres y de hoy a seis meses quiero tenerte conmigo para siempre.

—¿Seis meses? —murmuró ella, ruborizada y sorprendida.

—No habrá, pienso, quién pueda deshacer esta resolución, puesto que tenemos lo indispensable.

—¿Y si dentro de ese tiempo aún no tuviéramos noticias de Jeziel? Por mí, desearía casarme siempre que él estuviera conforme de mi elección.

Saulo esbozó una sonrisa, que en cierta forma estaba demostrando su contrariedad que mal podía disimular, y en seguida agregó:

—En cuanto a eso, puedes quedarte tranquila. Primero cuidaremos de los míos, ya que son los primeros en avisarles, y ni bien resolvamos ese problema, si es necesario iré hasta Acaya. Es imposible que Zacarías no reciba nuevas noticias de Corinto en las próximas semanas. Si así sucediera, entonces yo, personalmente iré hasta Acaya.

Abigail hizo un gesto de satisfacción y reconocimiento.

Hermanados ahora en la misma vibración de alegría, antes de entrar en la casa, donde los estaban esperando entretenidos con la lectura de las Profecías, Saulo llevó la mano de la joven a sus labios y murmuró la despedida habitual:

—¡Fiel para siempre!...

Después de una ligera conversación con los amigos, Saulo retornó el camino de regreso a Jerusalén, en medio de una nube de polvo levantada por sus veloces caballos.

LA PREGONACION DE ESTEBAN

Saulo y Sadoc entraron en la humilde iglesia de Jerusalén, notando la masa compacta de pobres y miserables que se aglomeraban con un rayo de esperanza en sus ojos.

El sencillo pabellón, construido a costa de grandes sacrificios, no era más que un almacén revestido de frágiles paredes, carente de cualquier tipo de comodidad.

Tiago, Pedro y Juan se sorprendieron con la presencia del joven doctor de la Ley, que era popular en la ciudad por su oratoria vehemente y por su gran conocimiento de las Escrituras.

Los generosos galileos le ofrecieron el banco más confortable. Aceptó la gentileza sonriendo con velada ironía, dado que era evidente que no agradaba del lugar. Íntimamente, consideraba que el propio Sadoc había sido víctima de falsas apreciaciones. ¿Qué podían hacer aquellos hombres ignorantes, que se aliaban a otros ya ancianos y, además, enfermos? ¿Qué podían representar de peligro para la Ley de Israel aquellas criaturas en abandono, aquellas mujeres semimuertas, en cuyo corazón parecían haber agotado todas las esperanzas? Sentía un gran malestar al ver tantos rostros que la lepra había comido y que las úlceras malignas habían desfigurado impiadosamente. Aquí, se encontraba un viejo con las llagas purulentas, tapadas con paños, con olor fétido; además, un lisiado que mal cubría sus miembros era acomodado al lado de los huérfanos andrajosos, que se iban sentando con humildad.

El conocido doctor de la Ley notó la presencia de varias personas, que en otras oportunidades acostumbraban a acompañarle en sus palabras cuando interpretaba los textos de Moisés en la Sinagoga de los cilicios, otras, que seguían de cerca sus actividades en el Sanedrín, donde su inteligencia era tenida como una revelación para esperanza de los de su raza. Por el mirar de esas personas, comprendió que esos amigos también se encontraban allí por primera vez. Su visita al templo ignorado de los galileos sin nombre había atraído a muchos adictos al fariseísmo dominante, ansiosos por

tener un lugar destacado en los servicios a prestar y que pudieran, más tarde, ser recomendados a las autoridades importantes. Saulo creyó que aquella fracción del auditorio sólo hacía acto de presencia y de solidaridad por cualquier providencia que hubiera que tomar. Le parecía natural y lógica aquella actitud y conveniente para los fines que él se proponía. ¿No se contaban hechos increíbles, realizados por los adeptos del “Camino”? ¿No serían groseras y escandalosas mistificaciones? ¿Quién no dejaría de pensar que todo aquello no fuera el producto de brujerías o sortilegios condenables? En la hipótesis de encontrar cualquier finalidad deshonestas, podía contar, allí mismo, con un gran número de correligionarios dispuestos a defender el riguroso cumplimiento de la Ley, aunque le costara los más pesados sacrificios.

Notaba que varios de los presentes presentaban un cuadro bastante desagradable, que su costumbre a los ambientes de lujo evitaba mirarlos. No obstante, miraba inquisidoramente a los enfermos y a los que se arrodillaban en el recinto, llamando la atención a Sadoc con observaciones irónicas y pintorescas. Cuando el amplio recinto, exceptuado de adornos y símbolos de cualquier naturaleza, se llenó del todo, un joven atravesó las extensas filas, acompañado de Pedro y de Juan, subiendo los tres un estrado, casi natural, formado por piedras superpuestas.

—¡Esteban!... ¡Es Esteban!...

Voces de entusiasmo alentaban al pregonador, mientras sus fervorosos admiradores lo señalaban con inmensa alegría.

Inesperado silencio mantenía a los presentes con singular expectativa. El joven, pálido y delgado, en cuya asistencia los más infelices juzgaban encontrar un desdoblamiento del Amor del Cristo, oró en voz alta suplicando para la asamblea y para sí mismo, la inspiración del Todopoderoso. En seguida abrió un libro en forma de rollo y leyó un pasaje de las anotaciones de Mateo:

—Mas id antes a las ovejas, que perecieron de la casa de Israel. Id y predicad, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos ¹.

Esteban levantó hacia lo alto sus ojos serenos y brillantes, y sin perturbarse por la presencia de Saulo y de sus numerosos amigos, comenzó a hablar más o menos en estos términos, con voz clara y vibrante:

¹ Mateo, 10, verso 6 y 7. (Nota de Emmanuel).

“Mis queridos amigos, son llegados los tiempos en que el Pastor viene a reunir a las ovejas a su alrededor, con celo ilimitado. Éramos esclavos de las imposiciones por causa de los raciocinios, pero hoy somos libres por el Evangelio del Cristo Jesús. Nuestra raza guardó, desde tiempos inmemoriales, la luz del Tabernáculo y Dios nos envió a su hijo sin mancha. ¿Dónde se encuentran en Israel los que aún no escucharon los mensajes de la Buena Nueva? ¿Dónde están los que no se han alegrado por la nueva fe? Dios envió su respuesta divina a nuestros anhelos milenarios, la revelación de los Cielos aclara nuestros caminos. Consonante a las promesas de la profecía, de todos cuantos lloran y sufren por amor al Eterno, el Emisario Divino vino hasta el interior de nuestros amargos dolores, para iluminar la noche de nuestras almas impenitentes, para que se nos abrieran los horizontes de la redención. El Mesías atendió los problemas angustiosos de la criatura humana con la solución del amor que redime a todos los seres y purifica todos los pecados. Maestro en el trabajo y de la alegría de la vida, sus bendiciones representan nuestra herencia. Moisés fue la puerta, el Cristo es la llave. Con la corona del martirio adquirió, para nosotros, los laureles inmortales de la salvación. Éramos cautivos del error, pero su sangre nos liberó. En la vida y en la muerte, en las alegrías de Canaán, como en las angustias del Calvario, por lo que hizo y por todo lo que dejó de hacer en su glorioso pasaje por la tierra, Él es el Hijo de Dios que ilumina el camino.”

“Por encima de todas las apreciaciones humanas, fuera de todas luchas por las ambiciones terrestres, su reino de paz y de luz brilla en las conciencias de las almas redimidas.”

“¡Oh Israel!, ¡tú que esperaste por tantos siglos, tus angustias y dolorosas experiencias no fueron en vano!”.. .

“Mientras otros pueblos se debatían en medio de los intereses inferiores, rodeando los falsos ídolos de falsa adoración y promoviendo, simultáneamente, las guerras de exterminio, con pronunciado síntoma de perversidad, tú, Israel, esperaste al Dios justo. Cargaste con los grillos de la impiedad humana, en la desolación y en el desierto; convertiste en cánticos de esperanza las ignominias del cautiverio; sufriste el oprobio de los poderosos de la tierra; viste a tus varones y a tus mujeres, a tus jóvenes y a tus niños, exterminados bajo el implacable sello de las persecuciones, pero nunca dejaste de creer en la Justicia de los Cielos. Como el salmista, afirmaste con el heroísmo que el amor y la misericordia vibra todos los días. Lloraste en el largo camino de los siglos, con tus amargas y heridas. Como Job, viviste

de tu fe, subyugada por las cadenas del mundo, pero ya recibiste el sagrado respaldo de Jehová, ¡el Dios único!... ¡Oh!, esperanzas eternas de Jerusalén, cantad de júbilo, regocijáos aunque no hemos sido fieles a la comprensión, por llevar al Cordero Amado a los brazos de la cruz. Sus llagas aún son el pago que el Cielo le exigió, cual precio del sacrificio supremo.”...

“Isaías lo contempló, encadenado al peso de nuestras iniquidades, floreciendo en la aridez de nuestros corazones, cual flor del cielo en un suelo quemado, pero reveló también que desde la hora de su extrema renuncia en la muerte infamante, la sagrada causa divina prosperaría para siempre en sus manos.”

“Amados míos, ¿dónde andarán aquellas ovejas que no supieron o no pudieron esperar? Tratemos de buscarlas para el Cristo, como monedas perdidas de su desvelado amor. Anunciemos a todos los que tienen fe de la alegría y de la paz que existe en su reino de amor inmortal”...

“La Ley nos tenía retenidos en el espíritu de la nación, sin que se consiguiera apagar de nuestra alma el deseo humano de supremacía en la tierra. Muchos de nuestra raza han esperado un príncipe dominador, que entrara triunfante en la ciudad santa, con los trofeos sangrientos de una batalla que sembrara ruina y muerte, que nos hiciese empuñar un cetro odioso de fuerza y tiranía. Pero el Cristo nos liberó para siempre. Hijo de Dios y emisario de su gloria, su mayor mandamiento, tal como lo confirma Moisés, cuando recomienda el amor de Dios por encima de todas las cosas, de todo corazón y entendimiento, agregando, en el más hermoso decreto divino, que nos amemos los unos a los otros, como El mismo nos amó.”

“Su reino es el de la conciencia recta y del corazón purificado al servicio de Dios. Sus puertas son el maravilloso camino de la redención espiritual, abiertas de par en par para los hijos de todas las naciones.”

“Sus discípulos amados vendrán de todos los cuadrantes. Fuera de sus luces siempre habrá tempestades para el viajante de la tierra, que sin el Cristo caerá vencido en las batallas infructuosas y destructivas del mundo. Solamente su Evangelio da la paz y la libertad. Es el tesoro del mundo. En su gloria sublime, los justos encontrarán la corona del triunfo; los infortunados, el consuelo; los tristes, la fortaleza del buen ánimo; los pecadores, la senda redentora de las pruebas misericordiosas.”

“Es verdad que no lo habíamos comprendido. En el gran testimonio, los hombres no entenderán su divina humildad y los más amigos lo abandona-

rán. Sus heridas clamarán por nuestra indiferencia criminosa. Ninguno podrá eximirse de esa culpa, puesto que somos todos herederos de sus dádivas celestiales. Donde todos gozan del beneficio, ninguno puede huir a la responsabilidad. Esa es la razón porque respondemos por el crimen del Calvario. Sus heridas fueron nuestra luz, sus martirios el más ardiente llamado al amor, su ejemplo el camino abierto para el bien sublime e inmortal”

“¡Venid, entonces, a comulgar con nosotros a la mesa del banquete divino! Que no haya más fiestas con el pan que se echa a perder con facilidad, pero sí que abunde el alimento de la alegría y de la vida sana... Que no haya más vino que fermenta, pero que abunde el néctar reconfortante del alma, acrecentado por los perfumes del amor inmortal”

“El Cristo es el móvil de nuestra libertad. Llegará el día en que su reino abarcará a los hijos de Oriente y Occidente en un abrazo de fraternidad y de luz. Entonces comprenderemos que el Evangelio es la respuesta de Dios a nuestros llamados y que comenzó en base a la Ley de Moisés. La Ley es humana, el Evangelio es divino. Moisés es el conductor, el Cristo es el Salvador. Los profetas fueron fieles intérpretes, Jesús es el Señor de la Viña. ¡Con la Ley éramos siervos, con el Evangelio somos hijos libres de un Padre amoroso y justo!...”

En ese ínterin, Esteban sostuvo la palabra que le fluía armoniosa y vibrante de los labios, inspirada en nobles sentimientos. La generalidad de los oyentes no conseguían ocultar su asombro, ante esos irreductibles conceptos reveladores. La multitud gozaba con los principios expuestos. Los mendigos y necesitados le dirigieron una sonrisa de aprobación, pues sus almas se sentían, en esos momentos, llenas de alegría indescriptible. Juan lo miraba con afecto, demostrando que se encontraba identificado, una vez más, con su verbo ardiente, cual discípulo dilecto que sabe exponer el mensaje evangélico del inolvidable Maestro, que jamás está ausente de aquellos que se reúnen en su nombre.

Saulo de Tarso, emotivo por temperamento, estaba impactado como la generalidad, pero sorprendido pudo comprobar la diferencia que existía entre la Ley y el Evangelio, anunciado por aquellos hombres extraños, que no podía comprender el grado evolutivo de su mentalidad. Inmediatamente analizó, sobre la marcha, el enorme peligro que las nuevas enseñanzas acechaba al judaísmo dominante. Se rebelaba interiormente por la prédica escuchada, no obstante, percibía que la rodeaba un aire de misteriosa belleza.

Su raciocinio le imponía dominar la confusión que al primer instante le causó sobre las bases de Moisés. La Ley era una y única. Aquel Cristo que terminó crucificado entre los ladrones, aparecía ante sus ojos como un misticador, indigno de cualquier consideración. La victoria de Esteban en la conciencia general, como la comprobaba en esos momentos, le causaba indignación. Aquellos galileos podrían ser piadosos, pero no dejaban de ser culpables por la subversión a los principios inviolables de la raza.

El orador se preparaba para retomar la palabra, momentáneamente interrumpida y disfrutaba del jubileo general, cuando el joven doctor se levantó rápidamente y exclamó, casi encolerizado, recalcando los conceptos con evidente ironía:

–Piadosos galileos, ¿dónde está el sentido de vuestra doctrina extraña y absurda? ¿Cómo osáis proclamar la falsa supremacía de un Nazareno oscuro sobre Moisés, en la misma Jerusalén, donde se deciden los destinos de las tribus del Israel invencible? ¿Quién era ese Cristo? ¿No fue un simple carpintero?

A las orgullosas e inesperadas palabras pronunciadas, se hizo en el ambiente una especie de retraimiento temeroso en todos los presentes, pero aún así, por parte de los desvalidos de la suerte partió un mirar de reconocimiento para Esteban, ya que el mensaje de Cristo era el alimento supremo para sus almas. Los Apóstoles de la Galilea no conseguían disimular su recelo. Tiago estaba lívido. Los amigos de Saulo notaron el efecto de sus palabras. El pregonador también había empalidecido, pero tenía un mirar resuelto y su rostro denotaba una imperturbable serenidad. Mirando al doctor de la Ley, el primer hombre de la ciudad que se atrevió a perturbar el esfuerzo generoso del evangelismo, sin detener la savia del amor que le llenaba su corazón, le hizo ver a Saulo la sinceridad de sus palabras y la nobleza de sus pensamientos. Y antes de que sus compañeros se recuperaran de la sorpresa, con admirable presencia de espíritu, indiferente a la impresión de temor colectivo, manifestó:

–Aunque el Mesías fuera un carpintero, la humanidad no podía quedar sin salvación. ¡Sin lugar a dudas, que Él era, de hecho, el Consuelo, la Paz y la Esperanza! Nunca más andaremos a la deriva en medio de las tempestades, ni en el camino de los raciocinios quiméricos de cuantos viven por medio del cálculo, sin la claridad de los sentimientos.

La respuesta, concisa y determinante, desconcertó al futuro rabino, habituado a triunfar en los medios de mayor cultura. Enérgico, ruborizado, demostrando la rabia que lo embargaba, mordió sus labios, en un gesto que le era peculiar, y agregó con voz dominante:

—¿A dónde iremos con semejantes excesos de interpretación, alrededor de un misticador vulgar, que el Sanedrín castigó con la flagelación y la muerte? ¿Qué podemos decir de un Salvador que no pudo salvarse a sí mismo? Emisario revestido de poderes celestes, ¿cómo no pudo evitar la humillante e infamante sentencia de muerte? El Dios de los ejércitos, que sacó a la nación privilegiada del cautiverio, que la guió a través del desierto y la hizo pasar por un camino en medio del mar, que colmó su hambre con el maná divino, y por amor, transformó la impasible roca en fuente de agua, ¿no había otros medios de señalar al enviado, sino con la cruz del martirio en medio de malhechores? ¿Tenéis en esta casa, la gloria del Señor Supremo tan menospreciada? Todos los doctores del templo conocen la historia del impostor que adoráis con la simplicidad de vuestra ignorancia. ¡No dudáis en rebajar nuestros valores, presentando un Mesías castigado y sangrante, bajo los gritos de desagrado del pueblo!... ¿Arrojáis vergüenza sobre Israel y deseáis fundar un nuevo reino? ¿Es justo que deis a conocer el móvil de vuestras fábulas piadosas?

—Amigo mío, bien se decía que el Maestro llegaría al mundo para confusión de muchos en Israel. La historia edificante de nuestro pueblo es un documento sobre la revelación de Dios. Sin embargo, ¿no veis los efectos maravillosos con que la Providencia guió a las tribus hebreas, en el pasado, cual manifestación de extremado cariño, como el de un Padre que tiene el deseo de construir el futuro espiritual para las criaturas queridas de su corazón? Con el correr de los tiempos observamos que la mentalidad infantil se encamina hacia más amplios principios educativos. Lo que ayer era cariño, hoy es energía que parte de las grandes expresiones amorosas del alma. Lo que antes era bonanza y verdor, para alimentar sublimes esperanzas, hoy puede ser tempestad, para dar seguridad y resistencia. Antiguamente éramos niños, con el trato de la revelación, ahora, los hombres y las mujeres de Israel alcanzaron la condición de adultos en el conocimiento. El hijo de Dios trajo la luz de la verdad a los hombres, enseñándole la misteriosa belleza de la vida, con el engrandecimiento de la renuncia. Su gloria se resumió en amamos, como Dios nos ama. Por esa misma razón, El aún no fue

comprendido. ¿Acaso podríamos esperar un salvador de acuerdo a nuestros principios inferiores? Los profetas afirman que los caminos de Dios no son aquellos que nosotros deseamos, y que sus pensamientos no siempre se podrán armonizar con los nuestros. ¿Qué podríamos decir de un Mesías que empuñara el cetro en el mundo y disputara con los príncipes de la iniquidad, un galardón de triunfos sangrientos? Por ventura, ¿la tierra no se encuentra harta de batallas y cadáveres? ¡Preguntemos a un general romano cuánto le cuesta dominar una aldea rebelde! Consultemos la lista negra de los triunfadores, según nuestras ideas erróneas de la vida. Israel jamás podría esperar un Mesías que se exhibiera en un carro de gloria muy al gusto terrenal, susceptible de volcar en el primer accidente del camino. Esas expresiones transitorias pertenecen a la vida común, en donde la púrpura reluciente de hoy, mañana se hace polvo. Al contrario de aquellos que pretendieron enseñar la virtud, apoyados en la satisfacción de sus sentidos, Jesús trabajó espiritualmente en medio de los simples y desventurados, donde muchas veces, se encontraba la manifestación del Padre, que educa, a través de las esperanzas insatisfechas y de los dolores que aparecen en la cuna y terminan en la tumba de la existencia humana. El Cristo trajo para nosotros un reino de amor y de paz, pero sobre bases divinas. ¡Su ejemplo se proyecta sobre el alma humana con luz eterna! ¿Quién de nosotros, entonces, podrá encontrar en el emisario de Dios a un príncipe guerrero? ¡No! El Evangelio es amor en su expresión más sublime. El Maestro se dejó matar para transmitirnos su ejemplo de redención. Pastor de un inmenso rebaño, no quiso que se perdiera una sola oveja, ni tampoco quiso la muerte del pecador. El Cristo es vida y la salvación que nos trajo está en la sagrada oportunidad de nuestra elevación, como hijos de Dios, ejerciendo sus gloriosas enseñanzas.

Después de una pausa, el doctor de la Ley se iba a levantar para responder, cuando Esteban continuó:

—Y ahora, mis hermanos, pido permiso para terminar mis palabras. Sino os hablé como lo deseabais, hablé como el Evangelio nos aconseja, teniendo para mí la tranquilidad de saber que también estoy condenando mis grandes defectos. ¡Que la bendición de Cristo sea con nosotros!

Antes que pudiera abandonar la tribuna para confundirse con la multitud, el futuro rabino se levantó de golpe y lo miró con aire de rabia:

–¡Exijo que se continúe con la prédica! Que el orador espere, pues todavía no dije lo que necesitaba.

Esteban replicó serenamente:

–No podré discutir.

–¿Por qué? –preguntó Saulo irridadísimo–. Estáis intimidado a proseguir.

–Amigo –aclaró el interpelado con toda calma–; el Cristo aconsejó que debemos dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Si tenéis alguna acusación legal contra mí, decidla sin recelos y os obedeceré, pero en lo que pertenece a Dios, sólo a Él le compete.

Tan alto espíritu de resolución y serenidad casi desconcertó al doctor del Sanedrín, comprendiendo que los impulsos podrían perjudicarle la claridad del pensamiento, y agregó con más calma, a pesar de no poder disimular el tono imperioso que dejaba entrever toda su energía:

–Sin embargo, es necesario aclarar los errores que se cometen en esta casa. Necesito preguntar y habéis de responderme.

–En lo tocante al Evangelio –replicó Esteban– ya os ofrecí los elementos que disponía y he aclarado cuanto tenía a mi alcance. En lo que respecta a este templo humilde está formado por la fe y no de competiciones sobre el saber humano. Jesús recomendó a sus discípulos que no entraran jamás en el calor que promueven las discusiones y las discordias. He ahí por qué no es necesario perder el tiempo en palabrerías inútiles, cuando el trabajo del Cristo necesita al máximo de nuestros esfuerzos.

–¡Siempre el Cristo! ¡Siempre el impostor! –casi gritando retrucó Saulo–. Mi autoridad ha sido insultada por vuestro fanatismo, en este lugar de miserias y de ignorancia. Mistificadores que rechazáis las posibilidades que os ofrezco de esclareceros. Galileos incultos, no queréis considerar mi noble propuesta de desafío. Pero he de saber vengar a la Ley de Moisés, la que se repudia.

Rechazáis mi deseo de ilustraros, pero no podréis huir a mi venganza. Aprenderéis a amar la verdad y a honrar a Jerusalén, renunciando al Nazareno insolente, que pagó en la cruz su delictuoso desvarío. Recurriré al Sanedrín para juzgaros y castigaros. El Sanedrín tiene autoridad para deshacer vuestras condenables alucinaciones.

De esa forma, como si estuviera posesionado de furia arremetedora, terminó su exposición. Aún así, no pudo perturbar al pregonador, que le respondió con la mayor tranquilidad:

–Amigo mío, el Sanedrín tiene miles de medios para hacernos llorar, pero no tiene, ni le reconocemos, ningún poder que nos obligue a renunciar al amor del Cristo Jesús.

Una vez terminadas sus palabras descendió de la tribuna, con la misma humildad que había hablado, sin dejar trascender el gesto de aprobación que le dirigían los compañeros de infortunio, que le escuchaban como un defensor de sus sagradas esperanzas.

Algunas protestas aisladas comenzaron a escucharse. Fariseos irritados vociferaban insolencias y rechazos en forma de chanza. La masa se agitaba, previendo una fricción entre las partes, pero antes que Esteban diera diez pasos hacia el interior con sus compañeros, y antes que Saulo manifestara algunas objeciones de índole personal y directas a Esteban, una viejita mal vestida se dirigió a Esteban, presentándole una joven muy humilde y de aspecto retraído, diciéndole:

–¡Señor! Sé que continuáis con la bondad y la salvación que tenía el profeta de Nazareth, que un día me salvó de la muerte, a pesar de mis pecados y debilidades. ¡Atended, por piedad, a mi hija! Ella enmudeció hace más de un año. La traje de Dalmanauta con gran esfuerzo y dificultades, confiada en vuestra asistencia fraterna.

El pregonador reflexionó, antes que nada, en el peligro que representaba cualquier capricho personal, y deseoso de atender a la suplicante, miró a la enferma con sincera simpatía y murmuró:

–Nosotros no tenemos nada, pero es justo que esperemos del Cristo, la ayuda que sea necesaria. El, que es justo y generoso, no te olvida en su ayuda santificada y misericordiosa.

Y, como accionado e impelido por una fuerza extraña, agregó: –¡Has de hablar, para que puedas alabar al buen Maestro!...

De inmediato sucedió un hecho que impresionó a la concurrencia. Con una inmensa alegría en su rostro, la enferma dijo:

–Alabaré eternamente al Cristo con toda la fuerza de mi alma.

La enferma y su madre, alcanzadas por una fuerte emoción, se postraron al mismo tiempo de rodillas y le besaron las manos a Esteban, que en ese momento tenía los ojos llenos de lágrimas, profundamente sensibilizado. Había sido el primero en conmoverse y admirar la protección recibida, y no tenía otro medio que no fuera las lágrimas sinceras para demostrarlo.

Los fariseos que se aproximaron con el interés de alterar la paz del humilde lugar, retrocedieron estupefactos. Los pobres y los afligidos, como si hubieran recibido un refuerzo del cielo, para acrecentar su creencia, irrumpieron con fuertes exclamaciones de sublime esperanza.

Saulo observaba la escena sin poder disimular la ira que lo poseía. Si hubiera sido posible, hubiera estrujado a Esteban entre sus manos. Mientras tanto, a pesar de su temperamento impulsivo, llegó a la conclusión, que un acto agresivo, en ese momento, llevaría a sus amigos presentes a un conflicto de serias proporciones. También su reflexión alcanzaba que no todos los adeptos del “Camino” estaban, como Esteban, de mantener una polémica en el campo oral y era lógico, que en aquellas circunstancias no iban a rechazar la lucha física. De un golpe de vista observó que algunos estaban armados, que los ancianos tenían fuertes bastones y los lisiados se mantenían en sus duras muletas. La lucha corporal, en aquel lugar de construcción débil, tendría consecuencias lamentables. Trató de encuadrarse en mejores razonamientos. Tenía la Ley a su favor. Podía contar con el Sanedrín. Los sacerdotes más nombrados eran sus amigos íntimos. Lucharía con Esteban hasta quebrarle su resistencia moral. Si no conseguía someterlo, lo odiaría para siempre. Para satisfacer todos sus caprichos, removería todos los obstáculos que se interpusieran.

Viendo que Sadoc y sus compañeros iban a comenzar el ataque de nuevo, con voz grave e imperiosa les gritó:

—¡Vámonos! Los adeptos del “Camino” pagarán muy caro su osadía.

En ese momento, cuando los fariseos se disponían a acatar su orden de mando, el joven de Tarso notó que Esteban se dirigía hacia el interior de la casa, pasando muy cerca de él. Saulo se sintió afectado en su fibra más íntima del orgullo. Lo miro con odio, pero el pregonador le devolvió la mirada en forma serena y amistosa.

Ni bien se retiraron el doctor de la Ley y sus compañeros, que no podían disimular su despecho, los Apóstoles pasaron a considerar la situación con gran recelo, previendo el perjuicio que iría a depararles el inesperado episodio.

Al día siguiente, como era su costumbre, Saulo de Tarso, por la tarde, entraba en la casa de Zacarías, dejando entrever en su fisonomía la contrariedad que le iba por dentro. Después de aliviarse un tanto de los pensa-

mientos sombríos que lo martirizaban, gracias al cariño de la novia amada, que lo apremiaba para que le dijera el motivo de tamaña preocupación. Le narró en pocas palabras lo sucedido en la víspera y agregó:

–Ese Esteban pagará muy caro la humillación que intentó hacerme en público. Sus razonamientos sutiles podrían confundir al menos preparado y es necesario hacer sobresalir nuestra autoridad, en base a los que no tienen competencia para discutir los principios sagrados. Hoy tuve la oportunidad de conversar con algunos amigos sobre las providencias a tomar. Los más tolerantes admiten que los galileos son inofensivos, pacíficos y caritativos, pero yo soy de la opinión que una oveja mala echa a perder el rebaño.

–Te acompaño en la defensa de nuestras creencias –exclamó la joven satisfecha–, no podemos abandonar nuestra fe al trato y al sabor de las interpretaciones individuales e incompetentes.

Después de una pausa, la joven agregó:

–¡Ah!, si Jeziel estuviera con nosotros sería tu brazo fuerte en la exposición de los conocimientos sagrados. En verdad, él tendría el enorme placer de defender el Testamento contra cualquiera que no fuera la acertada.

–Combatiremos al enemigo que amenaza las bases de la revelación divina –exclamó Saulo– y no cederé terreno a los innovadores incultos.

–¿Son muchos esos hombres? –preguntó Abigail aprensiva.

–Sí, y lo que los hace más peligrosos es que ocultan sus intenciones con actos piadosos, para exaltar la imaginación versátil del pueblo, con pretendidos poderes misteriosos, naturalmente impulsados por hechicerías y sortilegios.

–Bajo cualquier hipótesis –advirtió la joven, después de reflexionar un momento– conviene proceder con serenidad y prudencia para evitar los abusos de autoridad. ¡Tal vez sean criaturas que necesitan más educación que castigo!

–Sí –dijo Saulo–, ya pensé en todo eso. Además, no deseo incomodar a los galileos en general, que se acercan a su casa del “Camino”, con la intención de curarse, que más parecen locos pacíficos. A pesar de todo, no puedo dejar de reprimir al orador, cuyos labios, a mi forma de ver, destilan poderoso veneno para el espíritu voluble de las masas sin conciencia de los principios de nuestra Ley. A los primeros importa esclarecer, mientras que

los segundos necesitan ser anulados, en base a que no se le conocen los fines, quizá criminales o revolucionarios.

–No tengo medios para desaprobar tus razonamientos –concluyó la joven.

Enseguida y como de costumbre conversaron sobre los sentimientos sagrados del corazón, notándose que el joven de Tarso encontraba singular encanto y dulce bálsamo en las afectuosas observaciones de la querida compañera.

Después de algunos días en Jerusalén se tomaron algunas providencias para que Esteban fuera llevado al Sanedrín y ser interrogado sobre la finalidad que tenía con sus prédicas en la casa del “Camino”.

Dado la intervención conciliatoria de Gamaliel, el hecho se resumiría a una simple discusión, donde el pregonador de las nuevas interpretaciones definiera delante del más alto tribunal de la raza sus puntos de vista, a fin de que los sacerdotes, jueces y defensores de la ley manifestaran la verdad en sus justos términos.

La invitación para responder a las preguntas llegó a la humilde iglesia, pero Esteban esquivó el pedido alegando que no era razonable disputar en ese sentido, en obediencia a los preceptos del Maestro. A pesar de la insistencia del hijo de Alfeo, a quien la perspectiva de una lucha con las autoridades lo atemorizaban, le parecía que el rechazo chocaría con la opinión pública. Saulo, a su turno, no podía obligar al antagonista a corresponder al desafío, pues el Sanedrín no podía emplear medios compulsorios si hubiera una denuncia pública, donde el acusado fuera reconocido como blasfemo o calumniador.

Ante la reiterada excusa de Esteban, el doctor de Tarso se exasperó. Y después de irritar a la mayoría de sus compañeros contra el adversario, ideó un amplio plan para forzarlo a la polémica deseada, en donde buscaría humillarlo delante de las más altas jerarquías del judaísmo dominante.

Después de una de las sesiones comunes del Tribunal, Saulo llamó a uno de sus serviciales amigos y le habló en voz baja:

–Neemías, nuestra causa necesita de un cooperador decisivo y me recorde de ti para la defensa de nuestros sagrados principios.

–¿De qué se trata? –preguntó el otro con enigmática sonrisa–. Mandad y estaré a tus órdenes.

–¿Oíste hablar a un falso taumaturgo llamado Esteban?

–¿Uno de los tantos hombres detestables del “Camino”? Lo escuché personalmente y en su alocución reconocí que sus ideas son de un verdadero alucinado.

–Así que lo conoces de cerca –respondió el joven doctor, satisfecho–. Necesito quien lo denuncie como blasfemo contra la causa de nuestra Ley, de ahí que me acordé de tu cooperación en ese sentido.

–¿Sólo eso necesitas? –interrogó el interpelado astutamente–. Es cosa fácil y agradable. Pues yo lo escuché decir ¡que el carpintero crucificado es el fundamento de la verdad divina! Eso es más que blasfemia. Se trata de un revolucionario peligroso, que debe ser castigado como calumniador de Moisés.

–Muy bien –exclamó Saulo, con una agradable sonrisa–. Entonces, cuento contigo.

Al día siguiente, Neemías compareció ante el Sanedrín y denunció al generoso pregonador del Evangelio como blasfemo y calumniador, agregando tendencias criminales como observaciones propias. En la trama acusatoria, Esteban figuraba como hechicero vulgar, maestro de preceptos subversivos en nombre de un falso Mesías, que Jerusalén había crucificado un año antes mediante similares acusaciones. Neemías se colocaba como una víctima de esa peligrosa secta, que le había afectado hasta su familia, y hacía cargos de testimonio de bajos sortilegios practicados por Esteban en perjuicio de otros.

Saulo de Tarso anotó las mínimas declaraciones, acentuando los detalles comprometedores.

La noticia explotó en la iglesia del “Camino”. Los menos resueltos, con Tiago al frente, se dejaron envolver por consideraciones de todo orden, recelosos de verse perjudicados. Esteban, Simón Pedro y Juan, se mantuvieron totalmente serenos, recibiendo con buen ánimo la orden de responder a la acusación presentada.

Llenos de esperanzas, rogaban a Jesús que no los abandonara, a fin de hacer presentes ante el tribunal la riqueza que contenía su fe evangélica.

Entonces, Esteban esperó el momento decisivo con felicidad y alegría.

ANTE EL SANEDRIN

En el día fijado, el gran recinto se encontraba repleto de gente, entre los que se componían de verdaderos creyentes, curiosos y las más altas autoridades del Sanedrín. El motivo principal, era asistir al debate entre los sacerdotes y los piadosos hombres del “Camino”. La asamblea estaba representada por lo que tenía Jerusalén de más aristocrático y culto. Los mendigos, por lo tanto, no tuvieron acceso, aunque se trataba de un acto público.

Entre los sacerdotes y el Maestro de Israel se notaba la presencia de las personalidades más salientes del fariseísmo. Se encontraban representantes de todas las sinagogas.

Comprendiendo la agudeza intelectual de Esteban, Saulo quería confrontado públicamente con su apreciado y resonado talento de doctor en la Ley. En el fondo, su propósito radicaba en la jactanciosa demostración de superioridad, deseando, a la postre, ganarlo para incorporarlo a las huestes del judaísmo. Preparó con sumo cuidado la reunión, de forma tal que impresionara los sentidos.

Esteban debía comparecer como un hombre acusado y llamado a defenderse de las acusaciones presentadas, no como un prisionero, que debía presentar cuentas a la justicia. Examinando bien la situación, rogó con insistencia a los Apóstoles galileos que no lo acompañaran, considerando no sólo la necesidad de permanecer junto a los sufrientes, sino para preservarlos por la posible fricción que podría sobrevenir ante el ánimo y la sinceridad de expresión que iba a presentar para demostrar la libertad que implicaba la adhesión incondicional al Evangelio del Cristo. Además, los recursos de que disponían eran demasiado simples y no sería justo afrontar todos juntos el poderío supremo de los sacerdotes, que habían encontrado los recursos apropiados para crucificar al mismo Mesías. Sólo los enfermos podían hablar en favor de los hombres del “Camino”, cuya gratitud era la única y poderosa fuerza de virtudes divinas. Siendo así, tenía el júbilo de asumir solito la responsabilidad de su actitud, sin necesidad de compro-

meter a ninguno de sus compañeros, tal como lo había hecho Jesús un día en su apostolado sublime. Si fuera necesario no desdeñaría la posibilidad del último sacrificio, en el sagrado testimonio de amor de su corazón augusto y misericordioso. El sufrimiento, en lo que a él tocaba, le sería suave y dulce. Su argumentación logró vencer los buenos deseos de sus compañeros más vehementes. Sin amparo de cualquier amigo compareció ante el Sanedrín, que le impresionó bastante por su grandeza y suntuosidad. Habitado a los cuadros tristes y pobres de los suburbios, donde se refugiaban los infelices de toda especie, se deslumbró con la riqueza del Templo, con el aspecto soberbio de la torre de los romanos, con los edificios residenciales al estilo griego, con la forma exterior de las sinagogas que se encontraban en gran número por todas partes.

Comprendiendo la importancia de aquella sesión, donde concurrían los elementos más bajos para respaldar el particular deseo de Saulo, que en aquel momento era la expresión más resonante del judaísmo, y el Sanedrín, que había solicitado el concurso de la autoridad romana para mantener el orden en el tribunal. La Corte Provincial no escatimó las providencias del caso. Los mismos patricios residentes en Jerusalén comparecieron en gran número, por tratarse del primero de los procesos en torno a las ideas enseñadas por el gran profeta Nazareno, después de su crucifixión, que dejara tantas angustias y dudas en el espíritu del público.

Cuando en el gran recinto resonaban las voces de la enorme cantidad de personas, la mayoría de cierto nivel social, Esteban tomó asiento en el lugar designado, el que había sido conducido por un ministro del Templo, quedando apostado a su lado una guardia de soldados que lo miraban irónicamente.

La sesión comenzó con las ceremonias reglamentarias. Al comenzar los trabajos el sumo sacerdote anunció preferencialmente a Saulo, como era su deseo, a fin de interpelar al denunciado Y averiguar hasta dónde alcanzaba su culpa en detrimento a los sagrados principios de la raza. Recibiendo la invitación para actuar como juez, el joven de Tarso esbozó una sonrisa triunfante. Con imperioso gesto ordenó que el humilde pregonador del “Camino” se aproximara al centro de la suntuosa sala, hacia donde se dirigió Esteban tranquilamente, acompañado por dos guardias de rostro sombrío.

El joven de Corinto observó a todos a su alrededor, considerando el contraste de esta asamblea con las que él acostumbraba a presidir. Inmedia-

tamente recordó la última reunión de su iglesia pobre, donde fuera impulsado a conocer a tan caprichoso antagonista. ¿No serían aquéllas las “ovejas perdidas” de la casa de Israel, que Jesús había mencionado en sus fervorosas enseñanzas? Aunque el judaísmo no aceptara la misión del Evangelio, ¿cómo podía él equilibrar las observaciones sagradas de los profetas y su elevada ejemplificación de la virtud con la avaricia y el marcado interés ortodoxo por mantener sus principios? El mismo Moisés había sido esclavo y por dedicarse a su pueblo sufrió innumerables dificultades para el resto de su existencia. Job padeció miserias sin nombre y dio testimonio de su fe en medio de los sufrimientos más acerbos. Jeremías lloró amargamente por no haber sido comprendido. Amós bebió la hiel de la ingratitud. ¿Cómo podrían los israelitas armonizar el egoísmo con la sabiduría amorosa de los Salmos de David? Era sumamente extraño, que siendo tan celosos de la Ley, se volcaran en forma absoluta a los intereses mezquinos, cuando Jerusalén estaba llena de familias, hermanadas por la raza y en completo abandono. Como cooperador de una comunidad modesta conocía de cerca las necesidades y sufrimientos del pueblo. Con esas ilaciones, sentía que el Maestro de Nazareth se elevaba mucho más, pues era evidente que su mayor consuelo era el distribuir esperanzas y consuelo espiritual a todos los necesitados que golpeaban a la puerta del “Camino”.

Aún no había vuelto de su sorpresa con que examinaba las túnicas brillantes y los adornos de oro que se ostentaba en el recinto, cuando la voz de Saulo, clara y vibrante, lo llamó a la realidad de la situación.

Después de leer la acusación en donde Neemías figuraba como principal testigo y que fuera escuchada con la máxima atención, Saulo interrogó a Esteban en forma altiva:

—Como veis, sois acusado de blasfemo, calumniador y hechicero, delante de las autoridades más representativas. Sin embargo, antes de tomar cualquier decisión, el Tribunal desea conocer vuestro origen para determinar los derechos que os asisten en este momento. Por ventura, ¿sois de familia israelita?

El interrogado se puso pálido, ante la dificultad de manifestar la verdad, pero respondió con firmeza:

—Pertenezco a los hijos de la tribu de Isaachar.

El doctor de la Ley se sorprendió ligeramente, pero de modo imperceptible para la asamblea, y continuó:

–Como israelita tenéis el derecho de contestar libremente a mis interrogatorios, sin embargo, es necesario entender que esa condición no os exime de los pesados castigos, si perseveráis en los crasos errores que sustentan esa doctrina revolucionaria, cuyo fundador fue condenado a la cruz infamante por la autoridad de este tribunal, donde cuidan de la Ley los hijos más venerables de las tribus de Dios. Apreciando vuestro origen, os invito a discutir lealmente conmigo, como os intimé en nuestro primer encuentro en la asamblea de los hombres del “Camino”. Cerré los ojos a la miseria que en aquella oportunidad me rodeaba, para analizar solamente vuestra dotada inteligencia, que evidencia extraña exaltación de espíritu, tal vez en virtud de sortilegios, cuyas influencias allí se manifiestan, aunque os guardasteis singular reserva de opinión, a pesar de mis reiteradas solicitudes de proseguir el debate. Vuestra inexplicable actitud dio cauce para que el Sanedrín considere la presente denuncia de vuestro nombre como enemigo de nuestros principios religiosos. Ahora seréis obligado a responder a todos los interrogatorios que fueran necesarios, y deseo que como israelita reconozcáis que no os libraré del castigo que se le reserva a los traidores de nuestra causa.

Después de un pequeño intervalo en donde el juez y el denunciado pudieron observar la ansiosa expectativa que se había suscitado en la asamblea, Saulo comenzó a interrogar:

–¿Por qué rechazaste mi invitación cuando os honré con mi presencia en vuestra pregonación en la casa del “Camino”?

Esteban, que sus ojos le brillaban como si estuviera inspirado por una fuerza divina, replicó con firmeza, sin demostrar la emoción que íntimamente lo dominaba:

–El Cristo, a quien sirvo, recomendó a sus discípulos que evitaran, a cualquier costo, participar del calor que promueven las discordias. Respecto al acto de haber honrado con vuestra presencia mi pregonación, agradezco la evidencia por vuestro particular interés, pero prefiero considerar, como lo hizo David ¹, que nuestra alma se glorifica en el Señor, puesto que no poseemos nada de Bien en nosotros mismos si Dios no lo ampara con la grandeza de su gloria.

¹ Salmos de David, Capítulo 34, verso 2. (Nota de Emmanuel).

En base a la sutil lección que le había presentado Esteban, Saulo de Tarso se mordió los labios nerviosamente, y trató de evitar, ahora, cualquier alusión personal, para no caer en una situación semejante; luego prosiguió:

–Sois acusado de blasfemo, calumniador y hechicero...

–Permítaseme preguntar, en qué sentido debo tomar tal acusación –manifestó Esteban con entereza.

–Blasfemo, cuando inculcáis a las masas que el carpintero de Nazareth fue el Salvador; calumniador, cuando pretendéis ridiculizar la Ley de Moisés, renegando de los principios divinos que nos rigen los destinos. ¿Confirmáis todo lo mencionado? ¿Aceptáis esas acusaciones?

Esteban aclaró sin titubear:

–Mantengo mi creencia que el Cristo es el Salvador prometido por el Eterno, a través de las enseñanzas de los profetas de Israel, que lloraron y sufrieron por largos siglos por causa de habernos transmitido el dulce júbilo de la Promesa Divina. En lo que se refiere a la segunda parte, supongo que la acusación procede de una interpretación errónea de mis palabras. Jamás dejé de reconocer la Ley y las Sagradas Escrituras, pero considero que el Evangelio de Jesús es su divino complemento. Las primeras son el trabajo de los hombres, lo segundo es el salario de Dios a sus fieles trabajadores.

–¿Entonces confirmáis, según vuestro parecer –dijo Saulo, sin disimular su irritación ante tamaña firmeza–, que el carpintero es aún mayor que el gran legislador?

–Moisés es la justicia por la revelación, el Cristo es el amor vivo y permanente.

Ante esa respuesta, hubo un momento de exaltación en la gran asamblea. Algunos fariseos encolerizados gritaron injurias. Saulo les hizo una seña imperiosa y el silencio permitió proseguir con el interrogatorio. Y dando a su voz un timbre de severidad, prosiguió:

–Sois israelita y joven. Una inteligencia apreciable sirve a vuestro esfuerzo. Entonces, tenemos el deber, antes de castigaros, de trabajar para vuestro reingreso a nuestras filas. Es imprescindible llamar al hermano desertor con cariño, antes de aplicar el extremo recurso de las armas. La Ley de Moisés podrá daros una situación de relieve, pero, ¿qué provecho sacaríais de las palabras insignificantes e inexpresivas del operario ignorante de Nazareth, que soñó con la gloria para pagar sus esperanzas locas en la cruz de la ignominia?

–Desprecio el valor puramente convencional que la Ley me pueda ofrecer en cambio del apoyo para la política del mundo, que se transforma todos los días, si consideramos que nuestra seguridad reside en la conciencia iluminada con Dios y para Dios.

–¿Qué esperáis del misticador que lanzó la confusión entre nosotros, para luego morir en el Calvario? –dijo Saulo exaltadamente.

–El discípulo del Cristo debe saber a quién sirve y yo me honro en ser un instrumento humilde en sus manos.

–No necesitamos de un innovador para la vida de Israel.

–Un día llegaréis a comprender, que para Dios, Israel significa la humanidad entera.

Delante de tan osada respuesta, la totalidad de la asamblea clamó contra el acusado en franca hostilidad. Afectos a un regionalismo intransigente, los israelitas no toleraban la idea de confraternización con los pueblos que consideraban bárbaros y paganos. Mientras los más exaltados daban rienda suelta a sus vehementes protestas, los romanos observaban la escena, curiosos e interesados, como si presenciaran una ceremonia festiva.

Después de una larga pausa, el futuro rabino continuó:

–Confirmáis la acusación de blasfemia, enunciando semejante principio contra la situación del pueblo elegido. Es vuestra primera condenación.

–Eso no me atemoriza –dijo el acusado con resolución–. Ante las ilusiones orgullosas que nos llevan a los abismos tenebrosos, prefiero creer en el Cristo, donde todos los hombres son hijos de Dios y merecen el cariño del mismo Padre.

Saulo volvió a morderse los labios nerviosamente, y acentuando su actitud rigurosa de juzgador, prosiguió con aspereza:

–Calumniáis a Moisés, profiriendo tales palabras. Aguardo vuestra confirmación.

Esta vez, el interpelado le dirigió una significativa mirada y murmuró:

–¿Por qué esperáis mi confirmación si obedecéis a un criterio arbitrario? El Evangelio desconoce las complicaciones de las causas promovidas por los hombres. No desprecio a Moisés, pero no puedo dejar de reconocer la superioridad de Jesús Cristo. Podéis dictar sentencia y proferir anatemas contra mí; mientras tanto, es necesario que alguien coopere con el Salvador

en el restablecimiento de la verdad, por sobre todas las cosas, aunque tenga que afrontar las más dolorosas de las consecuencias. Estoy aquí para hacerla y sabré pagar por el Maestro el precio de la más pura fidelidad.

Después de aplacar el ensordecedor vocerío de la asistencia, Saulo volvió a decir:

–El Tribunal os reconoce como calumniador, pasible del castigo atinente a ese odioso título.

Ni bien fueron escritas las nuevas declaraciones por el escriba que anotaba todo el proceso, acentuó, sin disimular la ira que lo dominaba:

–Es indispensable no olvidar, que también estáis acusado de hechicero. ¿Qué podéis decir a este cargo?

–¿Cuál es la acusación que el Tribunal tiene sobre el particular? –interrogó el pregonador del “Camino” con gallardía.

–Yo mismo vi cómo curábais a una muda, el día sábado, e ignoro la naturaleza de los sortilegios que utilizasteis.

–No fui yo quien practicó ese acto de amor, como habéis escuchado de mi boca en ese día. Fue el Cristo, por intermedio de mi pobreza, que nada tiene de buena.

–¿Pensáis pasar por inocente, con tan ingenua declaración? –objetó Saulo con ironía–. La supuesta humildad no os libera de la culpa. Fui testigo del hecho y sólo la hechicería podría explicar ese acontecimiento.

Lejos de perturbarse, el acusado respondió inspiradamente:

–A pesar de todo, el judaísmo está lleno de esos hechos, que juzgáis no comprender. ¿En virtud de qué sortilegio consiguió Moisés que saliera agua de una roca? ¿Con qué hechicería el pueblo elegido vio que las aguas del mar se apartaban, para escapar del cautiverio? ¿Con qué talismán presumió Josué atrasar la marcha del Sol? ¿No veis en todo eso, los recursos de la Providencia Divina? Por nosotros nada tememos, y aún, en cumplimiento de nuestro deber, esperamos que la divina misericordia nos ordene lo que crea necesario.

Analizando la concisa respuesta, reveladora de raciocinios lógicos y determinantes, el doctor de Tarso casi hizo rechinar sus dientes. Un rápido mirar sobre la asamblea le bastó para darse cuenta que el antagonista comenzaba a contar con la simpatía y admiración de muchos. Llegaba a des-

concertarse íntimamente. ¿Cómo recuperar la calma, dado que su temperamento impulsivo lo llevaba a los extremos más emotivos? Examinando la respuesta determinante de Esteban, sentía una gran dificultad para coordinar una argumentación decisiva. Sin poder revelar su desajuste propio e incapaz de encontrar la respuesta debida, consideró la urgencia de salir de ese estado y se dirigió al sumo sacerdote con estos términos:

—El acusado confirma, por su palabra, la denuncia que se le hizo. ‘Termina de confesar públicamente, que es blasfemo, calumniador y hechicero. Sin embargo, por condición de su nacimiento, tiene derecho a su última defensa, en forma independiente de mis interpretaciones como juzgador. Propongo que la autoridad competente le conceda ese recurso.

Gran número de sacerdotes y personalidades eminentes se miraron entre sí, casi con asombro, por la preliminar derrota del orgulloso doctor de la Ley, cuya vibrante palabra siempre conseguía triunfar sobre cualquier adversario y que su rostro colorado demostraba la tempestad que rugía en su interior.

Aceptada la propuesta por el juez de la causa, Esteban pasó a usar de un derecho que le pertenecía por nacimiento en la raza hebrea.

Se levantó y contempló los rostros ansiosos que lo buscaban por todos lados de la asamblea. Adivinó que la mayoría de los presentes veían en su figura a un peligroso enemigo de las tradiciones raciales, tal era la expresión de hostilidad; no obstante, también notó que algunos israelitas lo miraban con simpatía y comprensión. Valiéndose de esa momentánea ayuda, sintió que consolidaba su posición y podía exponer con mayor serenidad las sagradas enseñanzas del Evangelio. Recordó, instintivamente, la promesa de Jesús a sus continuadores, de que estaría presente en el instante que debieran dar testimonio por la palabra, no debiendo temer a las provocaciones inconscientes del mundo. Ahora, más que nunca, sintió la convicción que el Maestro lo ayudaría en la exposición de la doctrina del amor.

Pasado un minuto de ansiosa expectativa, comenzó a hablar en forma impresionante:

—¡Israelitas! Por grandes que fueran vuestras divergencias sobre la opinión religiosa, no podemos alterar nuestro lazo de fraternidad con Dios, el Supremo donador de las gracias. Es a ese Padre, generoso y justo, que elevo mis ruegos en favor de nuestra comprensión sobre las verdades santas.

Otrora, nuestros antepasados escucharon las grandiosas y profundas exhortaciones de los emisarios del Cielo. Por causa de organizar un futuro de paz para sus descendientes, nuestros abuelos sufrieron miserias y penurias en el cautiverio. Su pan era mojado con las lágrimas de la amargura y su sed era angustiada. Vieron malograr todas sus esperanzas de independencia, persecuciones cruentas destruyeron sus hogares, con el agravante de tener que sufrir en la lucha por mantener su derrotero. La frente de los santos varones de Israel llevó el sello del martirio dignificante como gloriosa corona de su triunfo. Los alentaba la palabra del Eterno en medio de todas sus vicisitudes. Sus experiencias constituyen un poderoso y sagrado patrimonio. De ella, tenemos la Ley y los Escritos de los profetas. A pesar de todo, no podemos eludir nuestra sed. Nuestra concepción de justicia es el fruto de nuestro milenarismo trabajo, en donde empleamos las mayores energías, pero sentimos, por intuición, que existe algo más elevado, más allá de ella. Tenemos las cárceles para los desviados, el valle de los desamparados para los que sufren sin la protección de la familia, la lapidación en la plaza pública para la mujer que delinque, la esclavitud para los endeudados, los treinta y nueve azotes para los más infelices. ¿Todo eso, es suficiente? ¿Las lecciones del pasado no están llenas de la palabra “misericordia”? De algo que nos habla a la conciencia, de una vida mayor, que inspira sentimientos más elevados y bellos. Grande fue el trabajo en el largo curso de los siglos, pero ese Dios justo, que tanto mencionamos, respondió a los angustiosos llamados del corazón, enviándonos a su Hijo bien amado: ¡El Cristo Jesús!...

La asamblea escuchaba con gran sorpresa. Mientras tanto, cuando el orador acentuó la referencia al Mesías de Nazareth, los fariseos presentes, haciendo causa común con el doctor de Tarso, interrumpieron en son de protesta gritando alucinadamente:

—¡Anatema! ¡Anatema! ... ¡Castigo para el blasfemo!

Esteban recibió con serenidad esa tormenta, y ni bien se restableció el orden, prosiguió con firmeza:

—¿Por qué me gritáis de esa forma? Toda precipitación de juzgamiento, indica debilidad. Primero renuncié a la discusión por considerar que se debe eliminar todo calor proveniente de la discordia; no obstante, día a día el Cristo nos invita para tomar un nuevo trabajo, y en verdad, que el Maestro me está llamando en el día de hoy, para conversar con vosotros referente a

sus poderosas verdades. ¿Deseáis ponerme en ridículo por medio de la gritería? Muy al contrario, eso me conforta, porque Jesús experimentó ese tratamiento en grado superlativo. No obstante vuestra repulsa, me honro en proclamar las glorias del profeta Nazareno, cuya grandeza vino al encuentro de nuestras ruinas morales, elevándonos hacia Dios con su Evangelio de redención.

Nueva arremetida de palabras injuriosas le cortaron la palabra. Dichos mordientes y ásperos se sumaban al deseo de querer rechazar su exposición. Esteban no se amedrentó. Se volvió sereno, miró noblemente a los circunstantes, quedando con intuición de que los más exaltados eran los fariseos, que eran como golpeados con violencia por las nuevas verdades.

Esperando que volviera la calma, habló nuevamente:

–Fariseos amigos, ¿por qué tratáis de no querer comprender? ¿Teméis a la realidad de mis palabras? Si vuestras protestas se fundan en ese recelo, callaos para que yo continúe. Recordad, que me estoy refiriendo a nuestros errores del pasado y quien se asocia en su reconocimiento, está dando testimonio de amor en el capítulo de las reparaciones. A pesar de nuestras miserias, Dios nos ama, y reconociendo yo la propia indigencia, no podría hablarlos si no fuera como hermano. Sin embargo, si manifestáis desesperación y rechazo, recordad que no podremos huir a la realidad de nuestra profunda insignificancia. ¿Leísteis, acaso, las lecciones de Isaías? Lo que importa es considerar la exhortación ¹, que nos indica que no podremos salir apresuradamente, ni engañándonos a nosotros mismos, ni huir de nuestros deberes, porque el Señor irá delante y el Dios de Israel será a nuestra retaguardia. ¡Oídmelo! Dios es el Padre, el Cristo es nuestro Señor.

“Habláis mucho de la Ley de Moisés y de los Profetas, pero, ¿podréis afirmar, con la mano en vuestros corazones, que observáis plenamente sus gloriosas enseñanzas? En el presente, ¿no estaréis ciegos, negando vuestra comprensión al mensaje divino? Aquél, a quien irónicamente llamáis el carpintero de Nazareth, fue el amigo de todos los infelices y atribulados. Su pregonación no se limitaba a exponer principios filosóficos. Por el ejemplo renovó nuestros viejos hábitos, reformó las ideas más elevadas con el sello del amor divino. Sus manos se pusieron a trabajar, curando úlceras, lepro-

¹ Isaías, Capítulo 52, versículo 12. (Emmanuel).

sos y dio vista a los ciegos. Su corazón lo repartió entre todos los hombres, dentro del entendimiento del amor, que lo trajo con el ejemplo puro.

“¿Acaso ignoráis que la palabra de Dios tiene oyentes y practicantes? Conviene que consultéis si no sois meros oyentes de la Ley, a fin de no falsear el testimonio.

“Jerusalén no me parece que sea el santuario de las tradiciones de la fe que conocí, cuando era niño, por informaciones de mis padres. Actualmente, me da la impresión de que es un gran bazar donde se venden las cosas sagradas. El Templo está lleno de mercaderes. Las sinagogas contienen un mar de asuntos atinentes a los intereses mundanos. Las células farisaicas se asemejan a un avispero de intereses mezquinos. Vuestros desperdicios asombran. ¿No sabéis que la sombra de vuestros muros está llena de infelices que se mueren de hambre? Vengo de los suburbios, donde se concentra gran parte de nuestras miserias.

“Hablaís de Moisés y de los Profetas, repito. ¿Creéis, acaso, que nuestros venerables antepasados comerciarían con los bienes de Dios? El gran legislador vivió en medio de experiencias terribles y dolorosas. Jeremías conoció largas noches de angustia al trabajar por la intangibilidad de nuestro patrimonio religioso, entre las perdiciones de Babilonia. Amós era un pobre pastor, hijo del trabajo y de la humildad. Elías sufrió toda suerte de persecuciones, obligado a recogerse en el desierto, teniendo sólo lágrimas como precio por su iluminación. Esdras fue un modelo de sacrificio para alcanzar la paz para sus compatriotas. Ezequiel fue condenado a muerte por haber proclamado la verdad. Daniel sufrió las infinitas amarguras del cautiverio. Mencionaís a nuestros instructores del pasado, ¿tan sólo para justificar el goce egoísta de la vida? ¿Dónde guardáis la fe? ¿En la comodidad ociosa o en el trabajo productivo? ¿En la bolsa del mundo o en el corazón, que es el templo divino? ¿Acentúaís la revuelta y queréis la paz? ¿Explo-táis al prójimo y hablaís de amor en Dios? ¿No os acordáis de que el Eterno no puede aceptar la dulce palabra en los labios cuando el corazón de la criatura está distanciado de Él?

La asamblea, ante el soplo de aquella divina inspiración, parecía inmóvil, incapaz de saber definirse. Muchos israelitas suponían ver en Esteban el resurgimiento de uno de los profetas de la raza. Pero los fariseos, como si rompieran la misteriosa fuerza que los enmudecía, empezaron a gritar ensordecedoramente, gesticulando todos al mismo tiempo y profiriendo im-

properios, con la finalidad de atenuar la fuerte impresión causada por las palabras elocuentes y ardorosas del orador.

–¡Lapidemos al inmundo! ¡Matemos la calumnia! ¡Anatema al camino de Satanás!

En medio de esa gritería, Saulo se levantó rojo de cólera. No conseguía ocultar la furia de su temperamento impulsivo, que se observaba en sus ojos inquietos y brillantes.

Se dirigió rápidamente hacia el acusado, dando a entender que iba a tomarle la palabra; entonces la asamblea se calmó, aunque seguía el rumor de los comentarios suscitados por la arenga de Esteban.

Percibiendo que iba a ser alcanzado por la violencia, ya que los fariseos pedían su muerte, Esteban miró a los más irónicos y arrebatados, exclamando con voz tranquila:

–Vuestra actitud no me da miedo. El Cristo fue claro al recomendarnos que no temiéramos a quienes pueden matar a nuestro cuerpo.

No pudo proseguir. El joven de Tarso, con las manos en la cintura, con mirar iracundo y gestos rudos, como si enfrentara a un malhechor común, le gritó furiosamente en el oído:

–¡Basta! ¡Basta! ¡Ni una palabra más!... Ahora que te fue concedido el último recurso y fue inútil, usaré lo que me faculta la condición de nacimiento, por causa de un hermano desertor.

Y acto seguido le propinó un feroz golpe de puño en el rostro, sin que Esteban intentara la menor reacción. Los fariseos aplaudieron el brutal gesto, con tal estruendo, que parecía un día de fiesta. Dando expansión a su arrebatado, Saulo lo seguía golpeando en la cara sin compasión. Sin recursos de orden moral, ante la lógica del Evangelio, recurría a la fuerza física, para satisfacer a su ímpetu interior.

El pregonador del “Camino”, sometido a tales extremos, imploraba a Jesús que lo asistiera para no traicionar su testimonio. No obstante la reforma radical que la influencia del Cristo había impuesto a sus concepciones más íntimas, no podía huir al dolor de la dignidad herida. Trató, por todos los medios, de recomponer sus energías interiores, en base a la comprensión de la renuncia que el Maestro predicó, como lección suprema. Recordó los sacrificios del padre en Corinto y revivió en la imaginación, el suplicio de

su muerte. Recordó la prueba angustiada que sufrió y consideró, que si sólo tuviera el conocimiento dado por Moisés y los Profetas, no podría sobrepasar esa prueba a la que estaba sometido, que consistía en testimoniar, que vivía el Cristo en su corazón. Esos pensamientos le acudían a su cerebro atormentado, como bálsamo de suprema consolación. A pesar de su fortaleza de ánimo, que era propio de su carácter, sin embargo, no podía evitar las copiosas lágrimas. Cuando Saulo observó que las lágrimas se habían mezclado con la sangre provocada por sus formidables golpes, entonces se sintió satisfecho por haber descargado su cólera. No podía comprender la pasividad con que Esteban había recibido los golpes en su cara, como si fuera una simple demostración deportiva.

La serenidad de Esteban aún lo perturbó más. Sin dudas, que estaba delante de una energía humana, que hasta el momento se ignoraba.

Esbozando una sonrisa de burla, le advirtió en forma altanera: –¿No reaccionas, cobarde? ¿Tu escuela también es la de ser indigno?

El pregonador cristiano, a pesar de tener los ojos mojados, respondió con firmeza:

–La paz difiere de la violencia, como la fuerza de Cristo es distinta a la vuestra.

Comprobando tamaña superioridad de concepción y pensamiento, el doctor de la Ley no podía ocultar el despecho, y la furia se veía en sus ojos llameantes. En el auge de la irritación, parecía querer aniquilarlo de un soplo. Parecía haber llegado al sumum de la tolerancia y paciencia.

Se volvió para observar la aprobación de sus partidarios, que eran mayoría, y se dirigió al sumo sacerdote y pidió una sentencia cruel. Su voz le temblaba por el esfuerzo que había hecho para contenerse.

–Analizando las pruebas condenatorias –agregó ufano– y considerados los graves insultos proferidos en esta sala, como juez de causa ruego que sea lapidado.

Frenéticos aplausos secundaron la palabra de Saulo. Los fariseos, tan duramente alcanzados por el verbo ardiente del discípulo del Evangelio, creían vengar, de esa forma, lo que consideraban como un escarnio criminal a sus privilegios de raza.

La autoridad superior recibió el fallo y trató de someterlo a votación en el reducido círculo de los colegas más eminentes.

Fue entonces que Gamaliel, después de hablar en voz baja con sus colegas de elevada investidura, comentando el carácter generoso e impulsivo del ex discípulo, quería darles a entender que ello significaba la muerte inmediata para el pregonador del “Camino”; entonces se levantó y exclamó:

–Teniendo voto en este Tribunal y no deseando precipitar la solución de un problema de conciencia, propongo que se estudie con más tiempo la sentencia solicitada, reteniendo al acusado en el calabozo hasta que se aclaren sus conceptos y responsabilidad delante de la justicia.

Saulo percibió el punto de vista de su antiguo maestro, demostrando que ponía en juego su reconocido recurso sobre la tolerancia. Aquella advertencia lo contrariaba en sus propósitos, pero sabiendo que no podía sobrepasar a tan venerada autoridad, agregó:

–Acepto la proposición en base al juicio expuesto, mientras tanto, aplazada la ejecución de la pena y teniendo en cuenta el veneno destilado por el verbo irreverente e ingrato del reo, espero que sea encadenado y encerrado inmediatamente en la cárcel. Igualmente propongo investigaciones más amplias sobre las actividades, supuestamente piadosas, de los peligrosos creyentes del “Camino”, a fin de que se elimine de raíz la noción de la indisciplina creada por ellos contra la Ley de Moisés, movimiento revolucionario de consecuencias imprevisibles, que significa sustancialmente desorden y confusión en nuestras propias filas y ominoso olvido a las órdenes divinas, conjurando así la propagación del mal, cuyo crecimiento intensificará los castigos.

La nueva propuesta fue plenamente aprobada. Con su experiencia sobre los hombres, Gamaliel comprendió que era necesario conceder alguna cosa.

Allí mismo, Saulo de Tarso fue autorizado por el Sanedrín para iniciar las investigaciones necesarias sobre las actividades del “Camino”, con orden de castigar, corregir y encarcelar a los descendientes de Israel, dominados por los sentimientos emanados del Evangelio, considerando, de allí en más, que debían regirse por las bases Mosaicas y desechar el veneno ideológico con que el osado carpintero Nazareno había pretendido revolucionar a los israelitas, debiendo actuar con firmeza para eliminar a sus eslabones más legítimos.

El joven de Tarso, frente a Esteban prisionero, recibió la notificación oficial con una sonrisa triunfante.

De esa forma cerró la memorable sesión. Numerosos compañeros se acercaron al joven judío, felicitándolo por su palabra vibrante, por la defensa que había hecho por la Ley de Moisés. El ex discípulo de Gamaliel recibió los saludos de los amigos y exclamó confortado:

–Cuento con todos ustedes, lucharemos hasta el fin.

Los trabajos de aquella tarde habían sido agotadores, pero el interés que despertó fue enorme. Esteban estaba cansadísimo. Ante los grupos que se retiraban haciendo los más diversos comentarios, fue maniatado antes de ser llevado a la prisión. Hacía suyos los sentimientos del Maestro; no obstante la fatiga, tenía tranquila su conciencia. Con sincera alegría interior comprobó que una vez más Dios le concedía la oportunidad para testimoniar su fe.

La sombra del crepúsculo parecía apresurar su marcha para alcanzar la oscuridad de esa noche sombría para Esteban.

Después de soportar las dolorosas humillaciones de algunos fariseos que se retiraban profundamente despechados, custodiado por guardias fuertes e insensibles, con pesadas cadenas, fue encerrado en la cárcel.

LAS PRIMERAS PERSECUCIONES

Saulo de Tarso, en las características de su impulsividad, se dejó tentar por la idea de venganza, impresionado por la resolución de Esteban en base a su autoridad y fama. A su forma de ver, el pregonador del Evangelio lo había humillado públicamente y, por lo tanto, debía tener reparaciones equivalentes.

Los círculos de Jerusalén, no obstante el corto plazo de su permanencia en la ciudad, no escondían la admiración que le profesaban. Los intelectuales del Templo veían en él a una personalidad vigorosa, al guía seguro, tomándolo por maestro del racionalismo superior. Los más antiguos sacerdotes y doctores del Sanedrín reconocían su inteligencia y le depositaban su confianza como esperanza del porvenir. En la época, su juventud dinámica, dedicada casi totalmente al ministerio de la Ley, centralizaba, por así decir, los intereses de la casuística. Con la sutileza psicológica que lo caracterizaba, el joven tarsense conocía el papel que Jerusalén le destinaba. Siendo así, las controversias de Esteban le afectaban las fibras sensibles del corazón. En el fondo, su resentimiento era causa de una juventud ardiente y sincera, mientras tanto, la vanidad herida, el orgullo racial, el instinto de dominio, afectábanle la retina espiritual.

En lo íntimo de sus reflexiones, ahora, odiaba a aquel Cristo crucificado, porque detestaba a Esteban, considerándolo como un peligroso enemigo. No podía tolerar cualquier expresión de esa doctrina, aparentemente simple, pero que afectaba el fundamento de los principios establecidos. Perseguiría inflexiblemente a los hombres del “Camino” en cualquier circunstancia que ellos estuvieran presentes. Pondría en acción, intencionalmente, todos los medios que tuviera al alcance de sus manos, para provocar el aniquilamiento imprescindible. También era cierto que debería contar con las presentaciones conciliatorias de Gamaliel y de otros amigos, que a su forma de ver, se dejarían tomar por la filosofía de bondad que los galileos habían suscitado con las nuevas escrituras. Pero estaba convencido de que

la mayoría farisaica, en función política, marcharía a su lado, animándolo en la empresa comenzada.

Al día siguiente de la prisión de Esteban trató de agrupar las primeras fuerzas con la máxima habilidad. Para alcanzar el amplio movimiento de persecución que pretendía efectuar, visitó a las personalidades más eminentes del judaísmo, absteniéndose de pedir la cooperación a las autoridades reconocidamente como pacifistas. La inspiración de los prudentes no le interesaba. Necesitaba de los temperamentos análogos al suyo, para que el cometido no fallara.

Después de concertar un largo proyecto entre los patricios, solicitó una audiencia en la Corte Provincial, para obtener el apoyo romano, encargado de todos los asuntos políticos de la provincia. El Procurador, a pesar de residir oficialmente en Cesarea, pasaba largo tiempo en la ciudad y, por lo tanto, tuvo conocimiento de los hechos importantes de la víspera. Recibió la petición del prestigioso doctor de la Ley, le concedió apoyo para su cometido, elogiando las providencias en perspectiva. Seducido por el verbo fluyente del joven rabino, le hizo sentir, con la displicencia de hombre de estado, que en todos los tiempos y en cualquier circunstancia de los asuntos religiosos reconocía en el fariseísmo razones de sobra para promover combate a los galileos ignorantes, que perturbaban el ritmo de las manifestaciones de fe en los santuarios de la ciudad santa. Concretando la promesa, concedió al joven de Tarso los derechos necesarios, exceptuando, naturalmente, los derechos de naturaleza política, que la suprema autoridad romana debía mantener intangibles.

En aquella ocasión, al joven doctor le bastaba la adhesión de los poderes públicos para proceder a los proyectos trazados.

Animado en sus propósitos por la casi general aprobación de su plan, Saulo comenzó a coordinar las primeras diligencias para destruir las actividades del “Camino” en sus mínimas modalidades. Obcecado por la idea de venganza pública, idealizaba pasajes siniestros por su mente superexcitada. Ni bien le fuera posible, detendría a todos los implicados. El Evangelio, a sus ojos, era una constante sedición. Presentaría los conceptos oratorios de Esteban como símbolo de bandera revolucionaria, para despertar el rechazo de sus compañeros menos preparados, habituados a trabajar en el mal y como pretexto de gozar de una acomodaticia tolerancia. Combinaría los textos de la Ley de Moisés y de las Escrituras Sagradas, para justificar que se

debería conducir a los desertores de los principios de la raza hasta la muerte. Demostraría la irresponsabilidad de su conducta inflexible. Haría todo lo posible hasta que Simón Pedro fuera encarcelado. En su opinión, Pedro debería ser el autor intelectual de la trama sutil que se venía formando alrededor de la memoria de un simple carpintero. En el arrebatado de sus ideas precipitadas, llegaba a la conclusión que ninguno sería tratado con indulgencia en sus decisiones irrevocables.

Ese día, singularizado por la visita a las autoridades envueltas, con el interés de atraerlas hacia su causa, otros hechos sorprendentes vinieron a agravar las preocupaciones que lo absorbían. Oséias Marcos y Samuel Natan, dos de sus riquísimos compatriotas, de Jerusalén, después de escuchar la defensa personal de Esteban, en el Sanedrín, impresionados por la elocuencia y precisión de los conceptos del orador, distribuyeron con sus hijos la parte de la herencia que les pertenecería en el futuro y donaron al “Camino” el resto de sus haberes. Para eso, buscaron a Simón Pedro besándole las manos callosas, después que lo escucharon hablar sobre Jesús Cristo.

La noticia se propagó por los círculos farisaicos con la característica de un verdadero escándalo.

Saulo tomó conocimiento del hecho al día siguiente, agregando el antecedente, para sumario a la actitud que Esteban había provocado. La deserción de los dos correligionarios pasando al bando de los galileos, le causó profundo sentimiento de rebelión. Todavía se decía que Oséias y Samuel, entregando al “Camino” la totalidad de sus bienes, habían declarado, entre lágrimas, que aceptaban al Cristo como al Mesías prometido. Los comentarios de los amigos al respecto lo instigaban para que tomara fuertes represalias. Designado por las caprichosas corrientes populares, como el más joven defensor de la Ley, sentíase obligado a demostrar su capacidad en ese puesto, que él consideraba sagrado. En defensa de su mandato, despreciaría todas las consideraciones tendientes a debilitarle la rigurosidad que presumía era su divino deber.

Considerando la gravedad del último suceso, que a su juicio amenazaba la estabilidad del judaísmo, en el seno mismo de sus elementos más destacados, trató de tomar contacto nuevamente con las autoridades supremas del Sanedrín, a fin de apresurar las represiones en perspectiva.

Atento a la autorización concedida por los más altos poderes políticos de la provincia, Caifás propuso que el celoso doctor de Tarso fuera nombrado jefe y promotor de todas las providencias atinentes e indispensables para custodiar y mantener la defensa de la Ley. Le competía promover los recursos que creyera más justos y convenientes, reservando al Sanedrín las últimas decisiones, las de naturaleza más delicadas y graves.

Satisfecho con el resultado de la reunión que había improvisado, el joven tarsense acentuó, antes de despedirse de los amigos:

–Hoy mismo revisaré el cuerpo de la tropa que deberá operar en el perímetro de la ciudad. Mañana ordenaré la prisión de Samuel y Oséias, hasta que resuelvan retomar el juicio, y durante el fin de semana trataré de planear la captura de la gente del “Camino”.

–¿No tienes miedo a los sortilegios? –interrogó Alejandro con ironía.

–De modo alguno –respondió sentencioso y decisivo–. Sabiendo de antemano que los mismos militares comenzaron a ser supersticiosos bajo la influencia de ideas extravagantes de esa gente, yo mismo, en persona, dirigiré la expedición, porque tengo intención de apresar a Simón Pedro y mandarlo al calabozo.

–¿Simón Pedro? –preguntó uno de los presentes admirado.

–¿Por qué no?

–¿Sabes el motivo de la ausencia de Gamaliel a nuestro encuentro de hoy? –manifestó el otro.

–No.

–Es que, invitado por el mismo Simón, fue a observar las instalaciones y la obra de caridad que realizan los adeptos del “Camino”. ¿No encuentras que todo eso es curioso? Tenemos la impresión, en forma general, que el humilde jefe de los galileos desaprueba la actitud de Esteban ante el Sanedrín, deseando aproximarse y recomponer la situación con nuestra autoridad administrativa. ¿Quién sabe? ¡Tal vez todo eso sea inútil! Es muy posible que estemos caminando hacia la necesaria rearmonización.

Saulo, más que sorprendido, estaba estupefacto.

–¡Qué cosa rara hay en todo esto! ¿Gamaliel visitando a los adeptos del “Camino”? Llego a dudar de su integridad mental.

–Sin embargo, nosotros sabemos –intervino Alejandro– que el maestro

siempre actuó en hechos y pensamientos con la máxima corrección. ¿Era justo que se negara a esa invitación, por causa nuestra? Mientras tanto, nosotros proseguiremos con la decisión tomada, ya que está inspirada en un sano y noble objetivo.

—De acuerdo —dijo Saulo algo molesto—, a pesar de la amistad y gratitud que le profeso, ni aun Gamaliel podrá modificar mis resoluciones. Es muy posible que Simón Pedro se justifique y salga ileso de las pruebas a que será sometido, pero, sea como fuere, tendrá que ser conducido a la cárcel para las necesarias investigaciones. Desconfío de su aparente humildad. ¿Con qué fin dejó sus redes de pescar para erigirse en benefactor gratuito de los pobres de Jerusalén? Veo en todo eso propósitos de sedición que no deben andar muy lejos. Los más humildes e ignorantes caminan frente a los peligros. Los señores de la destrucción aparecen después.

La conversación continuó por algún tiempo más, versando sobre la expectativa de los acontecimientos que se aproximaban, hasta que Saulo se despidió y volvió a su casa, dispuesto a ajustar los últimos detalles de su plan.

La prisión de Esteban tuvo amplia repercusión en la iglesia del “Camino”, despertando justificados celos a los Apóstoles galileos. Pedro recibió la noticia con gran tristeza. Había encontrado en el joven de Corinto al ayudante más dedicado de su obra, en verdad, era su verdadero hermano. Además, por la nobleza de sus cualidades afectuosas, Esteban se había vuelto la figura central y todas las atenciones estaban puestas en él. Para su frente inspirada se dirigían los numerosos problemas, en cuya solución el ex pescador de Cafarnaúm depositaba una gran confianza. Amado por los afligidos y los sufrientes, tenía la palabra de buen ánimo, que alentaba a los corazones más desalentados. Pedro y Juan se preocupaban más por el amor, que por cualquier otra consideración. Mientras tanto, Tiago, hijo de Alfeo, no conseguía ocultar su disgusto por causa de la conducta demostrada ante las autoridades por su hermano de fe. En su opinión, Esteban andaba errado en lo tocante a las exhortaciones, debía medirse, y por esa falta de tacto, había merecido la cárcel, además de los argumentos precipitados que había esgrimido para su defensa personal. La discusión fue tomando mayor calor. Pedro le había hecho notar a Esteban la oportunidad de revelar la libertad que el Evangelio contenía. Y reforzaba los argumentos con la lógica de los hechos. La resolución de Oséias y Samuel, entregándose al Cristo, era invocada para justificar el éxito espiritual del “Camino”. Toda la ciudad comen-

taba los acontecimientos, muchos se acercaban a la iglesia con sincero deseo de conocer al Cristo, y eso sí significaba la victoria de la causa. Tiago, mientras tanto, no se dejaba vencer por fuertes que fueran las razones. La discordia tomaba cuerpo, pero Simón, el hijo de Zebedeo, sobreponía a todos los intereses el Mensaje de Jesús. El Maestro se había manifestado como emisario para los desalentados y enfermos, y éstos ya conocían la humilde iglesia de Jerusalén, que se iluminaba con la palabra de vida y de la verdad. Los enfermos, los abandonados de la suerte, los desprotegidos del mundo y los tristes acudían a su encuentro para el esclarecimiento consolador. Era de verse cómo se regocijaban en el dolor, cuando les hablaba de la claridad eterna de la resurrección. Los viejitos temblorosos abrían los ojos desmesuradamente, como si contemplaran nuevos horizontes de imprevistas esperanzas. Criaturas cansadas de la lucha terrena, sonreían venturosas cuando escuchaban la Buena Nueva, comprendiendo que sus amargas existencias no era todo para la vida del espíritu.

Pedro observaba a los sufrientes que Jesús tanto había amado y sacaba nuevas fuerzas para proseguir con la obra de salvación.

Consciente de la noble actitud de Gamaliel, ante la acusación del doctor de Tarso y sabiendo que podía detener la lapidación de Esteban, concibió el proyecto de invitarlo para que viera las instalaciones de la iglesia del “Camino”. Expuesta la idea a sus compañeros, fue aprobada por la generalidad. Juan era el mensajero escogido para el nuevo cometido.

Gamaliel no sólo recibió caballerescamente al nuevo emisario, sino que demostró gran interés por la invitación, aceptándola con la generosidad que le era característica.

Una vez convenida la entrevista, el sabio rabino hizo su entrada en la pobre casa de los galileos, que lo recibieron con infinita alegría. Simón Pedro, con gran respeto, le explicó la finalidad de la institución, aclaró los hechos que promovían a la iglesia y detalló el consuelo que brindaban a los necesitados y enfermos. Cariñosamente le ofreció una copia, en pergamino, de las anotaciones de Mateo sobre la personalidad del Cristo y sus gloriosas enseñanzas. Gamaliel agradeció atentamente al ex pescador, tratándolo igualmente con deferencia y consideración. Dando a entender que deseaba exponer su respetable apreciación a los programas de la humilde iglesia, Simón condujo al viejo doctor de la Ley por todas las dependencias. Llegaron a la extensa enfermería en donde se agrupaban los más diversos enfer-

mos, y el gran rabino de Jerusalén no pudo ocultar la impresión que le producía, conmovido hasta las lágrimas por el cuadro que tenía delante de su vista. En camas acogedoras veía a los ancianos, de cabellos blancos por los inviernos de la vida, y a muchas criaturas escuálidas, cuyos ojos agradecidos acompañaban la figura de Pedro como si estuvieran en presencia de un padre. No había dado dos pasos alrededor de los muebles rústicos y sencillos, cuando paró a su frente un viejito de miserable aspecto. Inmovilizado por la enfermedad que lo había postrado, el pobre enfermo parecía que lo había reconocido.

Y el diálogo se formalizó sin preámbulos:

–Samonio, ¿tú aquí? –preguntó Gamaliel admirado–. ¿Cómo es posible que hayas abandonado Cesarea?

–¡Ah! ¡Sois vos, señor! –respondió el interpelado con una lágrima, pronta a salirle de sus ojos–. ¡Qué bueno, que uno de mis compatriotas y amigo llegue a ver en la miseria que me encuentro!

El llanto le cubría el rostro y le impedía continuar.

–¿Y tus hijos? ¿Los demás familiares? ¿Quién cuida de tus propiedades en Samaria? –preguntaba el viejo maestro perplejo–. No llores, Dios siempre tiene mucho para darnos.

Después de transcurrido un largo tiempo en silencio, Samonio parecía coordinar sus ideas y secando sus lágrimas continuó diciendo:

–¡Ah, señor!, como Job, vi que mi cuerpo se pudría en medio de la comodidad de mi casa; Jehová, en su sabiduría, me reservó para largas pruebas. Denunciado como leproso, en vano solicité ayuda a mis dos hijos, que el Creador me concedió en la juventud. Todos me abandonaron. Los familiares se apresuraron a apartarse de mí, dejándome solo. Los amigos que participaban de mis banquetes en Cesarea, huyeron sin que los llegara a ver. Quedé solo y desamparado. Un día, para mi mayor desdicha, los oficiales de justicia se presentaron ante mí y me dictaron la cruel sentencia. Mis hijos arreglaron las cosas a la perfección y me despojaron de todos mis bienes, inclusive de los títulos en dinero, que representaba la esperanza para mi vejez. Por fin y para colmo de mis sufrimientos, me condujeron al valle de los inmundos, donde fui abandonado como si fuera un criminal sentenciado a muerte. Sentí tanto abandono y hambre que experimenté tremendas necesidades, tal vez por mi vida pasada, por el trabajo y la como-

didad del confort. Decidí huir del valle de los leprosos e inicié un largo viaje a pie, esperanzado en encontrar, en Jerusalén, a mis amigos de otrora.

Oyendo el doloroso relato, el viejo maestro tenía los ojos llenos de lágrimas. Había conocido a Samonio en los días más felices de su vida. Homenajeado en su residencia, en su pasada por Cesarea, se horrorizaba, ahora, de aquella angustiosa indigencia.

Después de un pequeño silencio en que el enfermo trató de secar sus lágrimas y sudor, con voz pausada prosiguió:

–Emprendí el viaje, pero todo conspiró contra mí. Al poco tiempo, mis pies llagados me impedían caminar. Me arrastraba como mejor podía, cansado y angustiado por la terrible sed, estaba desesperado, cuando un humilde conductor de carreta me levantó y me trajo a esta casa, donde el dolor encuentra un consuelo fraternal.

Gamaliel no sabía cómo demostrar su sorpresa, tal era la emoción que le vibraba en lo íntimo de su ser. Pedro, también estaba sensibilizado. Acostumbrado a la práctica del bien sin indagar jamás en los antecedentes del que ayudaba, veía en ese ejemplo una confortadora revelación del amoroso poder del Cristo.

El gran rabino estaba atónito ante lo que veía y escuchaba. Con la sinceridad que le era peculiar, no podía disimular la estima y agradecimiento demostrado por el enfermo, pero no poseía medios para retirarlo de aquel pobre albergue y veía la necesidad de reconocer la asistencia que le brindaban Simón Pedro y sus asistentes. Sólo ahora podía apreciar que el judaísmo no había considerado debidamente ese albergue de amor. Habiendo encontrado en esa casa a su amigo leproso, deseó con sinceridad ampararlo. Pero, ¿cómo hacerlo? Por primera vez pensó en la dolorosa eventualidad de enviar a un ente amado al valle de los inmundos. Él, que había aconsejado ese recurso a tanta gente, ahora estaba considerando la situación de su querido amigo. El episodio lo torturaba profundamente. Trataba de evitar razonamientos filosóficos, para no caer en conclusiones apresuradas y habló con dulzura:

–Tienes mucha razón para agradecer el esfuerzo que te brindaron tus benefactores.

–Y también la misericordia del Cristo –acentuó el enfermo con lágrimas–. Ahora creo que el generoso profeta de Nazareth, con el testimonio de amor que nos trajo, es el Mesías prometido.

El gran doctor comprendió el éxito de la nueva doctrina. Aquel desconocido Jesús, ignorado por la sociedad más culta de Jerusalén, triunfaba en el corazón de los infelices por la contribución del amor desinteresado que brindara a los desheredados de la suerte. Comprendió, al mismo tiempo, la discreción que se le imponía en aquel medio humilde, atendiendo a sus responsabilidades en la vida pública. Necesitando proseguir con la conversación, para demostrar su altruismo y piedad, advirtió con una sonrisa:

–Creo en Jesús de Nazareth y, por lo que veo, fue un modelo de renuncia en base a ideas, que hasta hoy no podía comprender, pero de ahí a considerado el propio Mesías...

Esas palabras reticentes daban a entender el escrúpulo de su delicado corazón, entre la Ley Antigua y las nuevas revelaciones del Evangelio. Así lo entendió Simón Pedro y trató de desviar la conversación hacia otro rumbo. El mismo Samonio, como se sentía protegido del Maestro, fue en ayuda del Apóstol, tratando de convencer a Gamaliel con observaciones justas y criteriosas:

–Si yo tuviera salud y estuviera plenamente relacionado con mi familia y gozando de mis bienes, que conseguí con esfuerzo y trabajo, tal vez sería uno más que dudara de esta realidad confortadora. Pero estoy postrado, olvidado por todos y sé quién me tendió la mano amiga. Como israelita, amante de la Ley de Moisés, esperé, como todos, un Salvador en la persona mortal de un príncipe del mundo, a pesar de todo esa creencia prevalecerá como argumento de una situación pasajera. Son conceptos ilusorios, que nos llevan a creer en el dominio de fuerzas que son perecederas. La enfermedad, por lo tanto, es la verdadera y apropiada consejera, que todo lo aclara. ¿De qué nos serviría un profeta que salvara al mundo, para luego desaparecer entre las miserias anónimas de un cuerpo perecible? ¿No está escrito que toda iniquidad perecerá? ¿Y dónde está el poderoso príncipe de la tierra que domine sin la garantía de las armas? El lecho del dolor es un campo de enseñanzas sublimes y luminosas. En él, el alma agotada va considerando que el cuerpo es igual a una túnica. Todo cuanto se refiere al vestido se va perdiendo y, por consecuencia, poca importancia tiene. Sin embargo, lo que persevera es nuestra realidad espiritual. Los antiguos afirmaban que somos dioses. En mi situación actual, tengo la impresión que somos dioses lanzados en medio de un torbellino de polvo. A pesar de las llagas pustulosas que me apartaron de las personas más queridas, pienso,

quiero y amo. En la oscura cámara del sufrimiento encontré al Señor Jesús para comprenderlo mejor. Hoy creo que su poder se esparcirá sobre todas las naciones, porque es una fuerza de amor que triunfa sobre la misma muerte.

La voz de aquel hombre marcado por las heridas de las llagas, con su voz grave, parecía el clarín de la verdad, surgiendo en medio de un montón de polvo. Pedro comprobaba satisfecho el progreso moral de aquel mendigo anónimo, que apreciaba integralmente la fuerza regeneradora del Evangelio. Gamaliel, a su vez, se turbaba en sus raciocinios por fuerza de aquellos profundos conceptos. La pregonación del Cristo, en los labios de un enfermo desamparado, tenía un sello de belleza misteriosa y singular. Samonio hablaba en el tono de quien tiene experiencia directa, de un encuentro real con el profeta Nazareno. Buscando apartar cualquier posibilidad de controversia religiosa, el generoso rabino sonrió y agregó:

–Reconozco que hablas con mucha sabiduría. Estoy en una edad que no sería de mucha utilidad alterar los principios, pero no puedo mostrarme contrario a tus suposiciones, pues estoy bien de salud, gozo del cariño de los míos y llevo una vida tranquila. Mi facultad de juzgar, por lo tanto, debe adecuarse en otra dirección.

–Sí, es justo –retrucó Samonio, inspirado–, porque no estás necesitando de un salvador. He ahí el porqué el Cristo afirmaba que vendría para los enfermos y los afligidos.

Gamaliel comprendió el alcance de esas palabras, que daba para meditarlas una vida entera. Sintió que los ojos se le humedecían. La observación de Samonio le penetró en lo profundo del corazón, puesto que era hombre sensible y justo. Percibiendo que necesitaba de la prudencia para no confundir los sentimientos del pueblo y atento al cargo oficial que ocupaba, esbozó una suave sonrisa para Samonio, golpeándole levemente el hombro, y con acento de fraternal sinceridad acentuó:

–Tal vez tengas razón. Estudiaré a tu Cristo.

Y recordando del poco tiempo que le quedaba, recomendó a Simón que atendiera a su apreciado amigo y se despidió con un abrazo, para luego ser acompañado por el Apóstol de Cafarnaúm por las últimas dependencias de la casa.

Antes de retirarse, el sabio rabino felicitó a los compañeros de Jesús por la obra que realizaban en la ciudad, y comprendiendo la delicadeza de su

misión en un ambiente, por veces tan hostil, aconsejó a Pedro que no olvidara, en la iglesia del “Camino”, poner en práctica las reglamentaciones exteriores del judaísmo. Sería justo, a su forma de ver, que se cuidara de la circuncisión de todos los que golpearan su puerta, que evitaran las comidas impuras a base de carne de cerdo y, por último, que no olvidaran el Templo y sus principios. Gamaliel sabía que los galileos no serían exceptuados de las persecuciones, por tratarse de una organización iniciada por alguien que fue condenado a muerte por el Sanedrín. Con aquellos consejos pretendía parar los golpes de violencia, que tarde o temprano, habrían de llegar.

Pedro, Juan y Tiago agradecieron sensibilizados la cariñosa amonestación y el viejo doctor regresó a su hogar, profundamente impresionado por las lecciones recibidas en ese día, llevando consigo los apuntes de Mateo, que se puso a leer inmediatamente.

Dos días después, las persecuciones dirigidas por Saulo de Tarso comenzaron a sacudir a Jerusalén en todos los sectores donde había actividades religiosas.

Oséias Marcos y Samuel Natan fueron apresados, sin causa alguna, pues deberían responder a un riguroso interrogatorio. Los cooperadores del movimiento organizaban largas listas de israelitas que frecuentaban las reuniones de la iglesia del “Camino”. El joven de Tarso determinó que se hiciera interrogatorio general. Mientras tanto, como deseaba dar una demostración de firmeza a sus adversarios, juzgó que debería iniciar encarcelamientos de mayor importancia, después de la prisión de Oséias y Samuel, en el mismo reducto de los galileos, que habían osado afrontar su autoridad.

Fue por la mañana de un día muy claro, que el futuro rabino, rodeado por algunos de sus compañeros y soldados, golpeó en la puerta de la humilde casa, haciendo alarde de sus fines por su insidiosa visita. Simón Pedro en persona lo atendió con gran serenidad en sus ojos. Impresionante pavor cundió entre los más tímidos y dos de los jóvenes que acompañaban al Apóstol, corrieron hacia el interior de la casa para dar la noticia.

—¿Eres tú Simón Pedro, antiguo pescador de Cafarnaúm?

—preguntó Saulo con cierta insolencia.

—Soy yo —respondió con firmeza.

—¡Estás preso! —dijo el jefe del grupo con un gesto de triunfo. Ordenó a dos de los hombres que encadenaran a Pedro, sin mayores preámbulos. Pe-

dro no opuso la menor resistencia. Impresionado por el temperamento pacífico que los continuadores del Nazareno demostraban siempre, Saulo objetó con escarnio:

–El Maestro del “Camino” debe haber sido un alto modelo de inercia y cobardía. Todavía no encontré ningún indicio de dignidad en sus discípulos, cuyas facultades de reacción parecen muertas.

Recibiendo de lleno tan acerba injuria, el ex pescador respondió serenamente:

–Os engañáis en vuestras apreciaciones. El discípulo del Evangelio apenas es enemigo del mal y en medio de su tarea, coloca el amor por encima de todos los principios. Nosotros consideramos que por más fuerte que sea el sufrimiento impuesto por los hombres, el yugo llevado con Jesús es sumamente suave.

El joven tarsense, detentor de tan alto poderío, no disimuló el malestar que le causaba la respuesta y señalando al seguidor de Jesús, le dijo a uno de los hombres de la escolta:

–Jonás, queda a tu cuidado.

Y acentuando irónicamente las palabras, se dirigió a los demás con un gesto de desprecio hacia el Apóstol encadenado, que lo miraba sereno, aunque sorprendido:

–No discutamos con este hombre. Esta gente del “Camino” está llena de raciocinios absurdos. Es necesario no perder el tiempo con la ceguera de la ignorancia. Vamos adentro, capturemos a los jefes. Los secuaces del carpintero serán perseguidos hasta el fin.

Resuelto tomó la delantera, entrando osadamente en busca de los jefes en las salas del interior. De puerta en puerta encontraba mendigos que lo miraban con asombro y amargura. El cuadro vivo de tanta miseria, lo llenaba de admiración, pero se esforzaba para no perder la dureza implacable, a fin de ejecutar los proyectos hasta los menores detalles. Al lado de la enfermería, de amplias proporciones, encontró al hijo de Zebedeo, que le dio la voz de prisión, sin que se le alterara la fisonomía.

Sintiendo la mano grosera del soldado que le aplicaba las cadenas, Juan levantó los ojos hacia lo Alto y murmuró simplemente:

–Me encomiendo al Cristo.

El jefe del pelotón lo miró con desprecio y exclamó en forma altiva para sus compañeros:

–Faltan dos de los más sospechosos. Busquémoslos. –Se refería a Felipe y a Tiago, en calidad de discípulos directos del Mesías Nazareno.

Dieron algunos pasos más y el primero de los nombrados fue encontrado. Felipe se dejó encadenar sin protesta alguna. Sus hijas lo rodearon afligidas y llorosas.

–Valor, hijas –les dijo sin temor–, acaso, ¿seremos superiores a Jesús que fue perseguido y crucificado por los hombres?

–¿Oyes, Clemente? –preguntó Sacio, irritado, a uno de los amigos más apreciados. ¡No se oye otra cosa que no sea la mención al extraño Nazareno! El primero habló del yugo en Cristo, el segundo se encomendó al Cristo y éste hace mención a la superioridad del Cristo... ¿A dónde iremos a parar?

Después de descargar su cólera, en términos ásperos, remató con el estribillo acostumbrado:

–Habremos de ir hasta el fin.

Asegurados los tres prisioneros, sólo faltaba el hijo de Alfeo.

Alguien se recordó haberlo visto detrás de la mampara y allí lo encontraron de rodillas, leyendo un rollo de pergaminos donde se encontraba escrita la Ley de Moisés. Se le veía la palidez mortal en su rostro, y cuando Saulo se aproximó le preguntó:

–¿Qué es eso? Acaso, ¿hay alguien aquí que cuide la Ley? El hermano de Levi levantó su mirada recelosa y explicó humildemente:

–Señor, jamás olvidé la Ley de nuestros padres. Mis abuelos me enseñaron a recibir de rodillas las luces del santo profeta.

La actitud de Tiago no indicaba que hubiera fingimiento. Consagraba el máximo respeto al libertador de Israel y siempre había escuchado que sus libros sagrados estaban tocados por la virtud santa. Ante la posibilidad de ser encarcelado, se atemorizó muchísimo. No podía comprender, al igual que sus compañeros, el sentido profundo del Evangelio. El sacrificio le inspiraba terribles temores. Finalmente, comprendía parcialmente al Cristo y pensaba, ¿quién continuaría con las obras empezadas? El Maestro expiró en la cruz, y en aquel instante los discípulos estaban presos. Necesitaba defen-

derse con los medios posibles que tenía a su alcance. Imaginaba recurrir a las virtudes sobrenaturales de la Ley de Moisés, de acuerdo a las viejas creencias. Arrodillado, esperó a que los soldados se acercaran.

En base a la imprevista actitud de Tiago, Saulo de Tarso estaba desconcertado. Sólo los espíritus profundamente aferrados al judaísmo leían de rodillas las enseñanzas de Moisés. A conciencia no podía ordenar la prisión de aquel hombre. El argumento que justificaba su trabajo, delante de las autoridades políticas y religiosas de Jerusalén, era luchar contra los enemigos de las tradiciones.

—¿Sois amigo del carpintero, sí o no?

Con envidiable presencia de espíritu, el interpelado respondió:

—Me consta que la Ley no nos impide tener amigos.

Saulo se perturbó con la respuesta, no obstante, prosiguió:

—¿Qué escogéis? ¿La Ley o el Evangelio? ¿Cuál aceptáis en primer lugar?

—La Ley es la primera revelación divina —dijo Tiago con inteligencia.

Ante la desconcertante respuesta, el joven de Tarso reflexionó un momento y agregó, dirigiéndose a los que lo rodeaban:

—Está bien. Este hombre queda en paz.

El hijo de Alfeo, íntimamente satisfecho con el resultado de su iniciativa, ahora creía que la Ley de Moisés estaba llena de gracia eterna. Para su forma de ver, había sido el código del judaísmo el que le había permitido conservar su libertad. Desde ese día, el hermano de Levi iba a consolidar, para siempre, sus tendencias supersticiosas. El fanatismo que los historiadores del Cristianismo encontraron en su persona enigmática, tuvo su origen allí.

Saulo salió del cuarto de Tiago y de regreso por la portería iba a ordenar que llevaran a los prisioneros, cuando se le presentó un cuadro que jamás lo olvidaría, por la fuerte impresión que le causó.

Todos los enfermos que se podían arrastrar y los que podían moverse, rodeaban a la persona de Pedro, llorando conmovidamente. Algunas criaturas lo llamaban “padre”, ancianos temblorosos le besaban las manos...

—¿Quién tendrá compasión de nosotros? —preguntaba una viejita llorosa.

—Padre mío, ¿a dónde os llevan? —decía un huérfano afectuoso, abrazando al prisionero.

–Hijo mío, voy al monte –respondió el Apóstol.

–¿Y si os matan? –volvió a preguntar el pequeño con ojos interrogantes.

–Me encontraré con el Maestro y regresaré con él –aclaró Pedro bondadosamente.

En ese instante apareció la figura de Saulo. Contemplando la multitud de lisiados, ciegos, leprosos y criaturas que llenaban la sala, exclamó irritado:

–¡Apártense, abran camino!

Algunos retrocedieron asustados al ver los soldados que se acercaban, mientras que los más resueltos no cedían el paso. Un leproso, que mal conseguía tenerse en pie, se adelantó. El viejo Samonio, recordando el tiempo en que mandaba y era obedecido, se aproximó decididamente a Saulo.

–Nosotros necesitamos saber hacia dónde son llevados estos prisioneros –dijo con gravedad.

–¡Hacia atrás! –exclamó el joven tarsense, esbozando un gesto de repugnancia–. ¿Será posible que un hombre de la Ley tenga que dar satisfacciones a un viejo inmundo?

Los guardias armados intentaron acercarse para castigar al atrevido, mientras tanto, la lepra defendía a Samonio de sus atacantes. Dominando momentáneamente la situación, el antiguo propietario de Cesarea retrucó con firmeza:

–El hombre de la Ley sólo deberá dar cuenta de sus actos a Dios, por el cumplimiento de sus deberes, pero en esta casa, hablan los códigos de la humanidad. Para vos, yo soy un inmundo, pero para Simón Pedro soy su hermano. ¡Prendéis a los buenos y liberáis a los malos! ¿Dónde está vuestra justicia? ¿Creéis solamente en el Dios de los ejércitos? Es necesario que sepas, que si el Eterno es el factor supremo del orden, el Evangelio nos enseña a buscar en su providencia el cariño de un Padre.

Saulo, al escuchar aquella voz que fluía de la miseria y del sufrimiento, como un llamado de desesperación, se quedó admirado. El mendigo, después de una pausa, prosiguió hablando resueltamente:

–¿Dónde están vuestras casas que cobijen a los oprimidos de la suerte? ¿Cuándo os habéis acordado de fundar una casa de asilo, para los más infelices? Os engañáis si creéis ver inercia en nuestra actitud. Los fariseos llevaron a Jesús al calvario de la crucifixión, privándonos a los necesitados de

su presencia inefable. Por haber practicado el bien, Esteban fue encarcelado. Ahora, el Sanedrín investiga a los Apóstoles del “Camino”, retribuyéndoles la bondad con la oscuridad del calabozo. No obstante, estáis equivocados. Nosotros, los miserables de Jerusalén, hemos de luchar contra vosotros. De Simón Pedro nos disputaremos la misma sombra. Si os negáis a atender nuestras súplicas, es importante que recordéis que somos leprosos y envenenaremos vuestros pozos de agua. ¡Pagaréis la perversidad con la salud y la vida!

Samonio calló unos instantes y ante la angustiada expectativa de todos, Saulo de Tarso sentenció bruscamente:

–¡Cállate, miserable! ¿En dónde estuve que te he escuchado hasta ahora? ¡Ni una palabra más!

Y señalando a uno de los soldados, exclamó con desprecio:

–Sinesio, dadle diez bastonazos. Es necesario castigar a su lengua insolente.

Allí mismo, a la vista de todos sus compañeros, que sufrían dolorosamente la escena, Samonio recibió el castigo sin balbucear una sola queja. Pedro y Juan tenían los ojos húmedos. Los demás enfermos estaban aterrados.

Terminada la tarea, un gran silencio dominaba a los presentes. El doctor de Tarso rompió la expectativa con la orden de partida, ¡camino a la cárcel!

Dos pálidas criaturas se acercaron al ex pescador de Cafarnaúm y le preguntaron llorosas:

–Padre, ¿qué haremos nosotros?

Pedro se volvió condolido y respondió con ternura:

–Las hijas de Felipe quedarán con vosotros... Si Jesús lo permite, no he de tardar.

El mismo Saulo, íntimamente estaba conmovido, mientras tanto, no deseaba traicionarse a sí mismo, dejándose dominar por la emoción que el cuadro le provocaba.

Pedro comprendió que las lágrimas silenciosas de los cobijados por los hermanos del “Camino”, demostraban un gran amor, aun en ese momento de tanta angustia para despedirse.

Después de ese hecho, el joven tarsense redobló las energías para seguir persiguiendo a las expresiones individuales o colectivas del Cristianismo

naciente. Contrario a lo que se debería suponer, Jerusalén desbordaba de personas que se interesaban por las ideas del Mesías Nazareno. Saulo observó detenidamente el interés que se tenía por esas nuevas ideas y consideró el peligro que el Evangelio representaba. Numerosas prisiones fueron efectuadas. En la ciudad se inició un éxodo de grandes proporciones. Los amigos del “Camino” con posibilidades financieras, preferían afrontar una nueva vida en Idumea, en Arabia, Cilicia o en Siria. Los que podían escapaban de los interrogatorios violentos a que eran sometidos, con trascendencia de escándalo público. Las personalidades más eminentes eran enviadas a prisión, incomunicadas, pero los anónimos y humildes, los del pueblo, sufrían vejámenes en las dependencias del tribunal, donde se efectuaban los interrogatorios. Los guardias pagados por Saulo para llevar a cabo ese ingrato trabajo, se excedían en el cumplimiento.

–¿Eres del “Camino” del Cristo Jesús? –preguntó uno de ellos a una desventurada mujer, con risita de ironía.

–Yo... yo... –decía por lo bajo la infeliz, comprendiendo lo delicado de la situación.

–¡Apúrate, habla rápido! –volvió a preguntar irrespetuosamente el soldado.

La pobre criatura empalidecía de miedo, pensando en los pesados castigos que le iban a imponer, contestando con profundo temor:

–Yo... ¡no!...

–¿Qué fuiste a hacer a sus asambleas sediciosas?

–Fui a buscar remedio para mi hijo enfermo.

En base a la negativa, el propuesto del Sanedrín pareció calmarse y dirigiéndose a uno de sus ayudantes, exclamó:

–¡Muy bien! La interrogada puede ir en paz, pero antes de retirarse, el reglamento dice que debe aplicarse algunos golpes con la espada.

Era inútil resistir. En aquel singular tribunal, durante varios días se aplicaron castigos de toda especie. De la respuesta del interrogado dependía el encarcelamiento, los azotes, el castigo de la espada, los bastonazos, mortificaciones y apremios de toda índole.

Saulo era la piedra central de ese movimiento terrible y detestado por los simpatizantes del “Camino”. Multiplicaba sus energías y diariamente

visitaba las agrupaciones de servicio, a las que acostumbraba a llamar “expurgación de Jerusalén”, desarrollando actividades pasmosas, dentro de la cual mantenía una constante vigilancia a las autoridades administrativas. Apresuraba los requerimientos para los sospechosos que tuvieran posibles simpatías para la obra de Jesús y no dejaba de mencionarles el celo religioso que poseía el Sanedrín.

A la semana siguiente de las detenciones efectuadas en la modesta iglesia, se debía realizar la memorable sesión en donde Pedro, Juan y Felipe deberían ser juzgados. La excepcional asamblea despertaba la mayor curiosidad. En ella se congregaban las personalidades más eminentes del fariseísmo dominante. Gamaliel compareció, pero se le notaba un profundo abatimiento.

En forma general se comentaba la actitud de los mendigos, que al no obtener permiso para entrar, se aglomeraban formando extensas filas en la plaza grande y protestaban con enormes griterías. En balde se les aplicaban bastonazos, porque la cantidad de miserables había tomado proporciones nunca vistas. El cuadro era curioso y alarmante. Tomar providencias para correr a la masa, era una tarea casi imposible. Los peregrinos y enfermos se contaban por centenares. Era inútil reprimirlos aisladamente, lo que sólo empeoraba la situación general. A fuertes voces clamaban por la libertad de Pedro. Exigían su libertad, como si fuera el más legítimo derecho.

En el salón de los nobles, no sólo se comentaba el hecho, sino que los jueces no podían disimular su profunda impresión. El propio Anás contaba del asedio que era objeto por los simpatizantes del “Camino” para que intercediera en favor de los presos. Al igual pasaba con otras autoridades de prestigio. Saulo, de vez en cuando, respondía a cada uno con rápidos monosílabos. Su fisonomía cargada dejaba entrever propósitos funestos para los Apóstoles de la Buena Nueva, que se encontraban en el fondo de la sala, esperando serenamente en el banco de los criminales.

Se pudo observar que Gamaliel se detuvo para conversar con el sumo sacerdote en forma muy íntima, que duró algunos minutos y despertó gran curiosidad entre sus colegas. En seguida, el venerado doctor de la Ley llamó al ex discípulo para un entendimiento particular, antes de iniciar los trabajos. Los colegas percibieron que el rabino, tolerante y generoso, iba a tratar de suavizar la causa de los continuadores del Nazareno.

—¿Qué sentencia será propuesta para los prisioneros? —preguntó el an-

ciano con bondadoso interés, una vez que se apartaron de los grupos numerosos.

–Siendo galileos –dijo Saulo, enfático de su autoridad– no tendrán derecho a la palabra en el recinto, por lo tanto, ya traté el castigo que se les debe aplicar. Vaya proponer la muerte de los tres, y la muerte de Esteban por medio del apedreo.

–¿Qué dices? –exclamó Gamaliel, sorprendido.

–No veo otro recurso –dijo el joven tarsense–, debemos extirpar de raíz los males que comenzaron. Yo creo que si encaramos el movimiento con tolerancia, el prestigio del judaísmo quedará desprestigiado por nuestras propias manos.

–Sin embargo, Saulo –exclamó el viejo maestro con bondad–, debo invocar el viejo ascendiente que tengo en tu formación espiritual, para defender a estos hombres de la pena de muerte.

El joven caprichoso se puso pálido. No estaba habituado a transigir en sus conceptos y decisiones. Su voluntad era tiránica e inflexible. Pero Gamaliel, por sobre todas las cosas, era su mejor amigo. Aquellas manos rugosas le habían dado los ejemplos más santos. De esas manos había recibido un gran potencial de ayuda para todos los días de su vida. Comprendió que se enfrentaba con un poderoso obstáculo para llevar a cabo la totalidad de sus deseos. El venerado rabino percibió la perplejidad e insistió:

–Ninguno más que yo conoce la generosidad de tu corazón y soy el primero en reconocer que tus resoluciones obedecen al celo que tienes sobre nuestros principios milenarios, pero el “Camino”, Saulo, parece tener una gran finalidad en la renovación de nuestros valores humanos y religiosos. ¿Quién de entre nosotros alguna vez se acordó de amparar a los infortunados, con un techo afectuoso y fraterno? Antes de tu presentación correctiva a esa institución, yo la visité y pudo confortarme ante la evidencia de un excelente programa de trabajo, lleno de amor y fraternidad.

El joven doctor estaba pálido al escuchar tales conceptos, que a su forma de ver, era una positiva señal de debilidad.

–¿Será posible que vos hayáis leído el Evangelio de los galileos?

–Lo estoy leyendo –confirmó Gamaliel sin titubear– y pretendo meditar con más tiempo los fenómenos que suceden en nuestro tiempo. Presiento

que ha de haber grandes transformaciones por todas partes. Voy a tratar de retirarme de la vida pública dentro de pocos días, a fin de tomar el camino del desierto. Es natural que estas palabras son sólo para ti, ya que eres de mi entera confianza.

Sumamente impresionado, el joven de Tarso no sabía qué responder. Presumía, que el venerable maestro se había perjudicado mentalmente por exceso de trabajo y de elucubraciones. El maestro, como si le adivinara sus pensamientos, le agregó:

–No creas que estoy mentalmente debilitado. La vejez del cuerpo no terminó con mi capacidad de pensar y discernir por mí mismo. Comprendo el escándalo que se levantaría en Jerusalén si un rabino del Sanedrín modificara públicamente sus íntimas convicciones. Sin embargo, es necesario reconocer que le estoy hablando a un hijo espiritual. Y exponiendo sinceramente mi punto de vista, lo hago tan sólo para defender a esos hombres generosos y justos de una sentencia inicua e indebida.

–Vuestra revelación –exclamó Saulo abiertamente– me decepciona profundamente.

–Me conoces desde niño y sabes que el hombre sincero no se preocupa porque lo elogien o lo censuren con tal de cumplir con su sagrado deber.

Después de unos instantes, imprimiendo un cariñoso acento a su voz, agregó solícito:

–No me hagas ir contigo, en esta asamblea, a los debates públicos, que son escandalosos y atentan contra la forma amorosa que toda verdad encierra consigo misma. Liberarás a estos hombres en atención a nuestro pasado, que era de mucho entendimiento. Sólo eso te pido. Déjalos en paz, por amor a nuestros lazos afectivos. De aquí a algunos días no necesitarás conceder alguna cosa más a este pobre y viejo maestro. Serás el que me sustituya en mis funciones públicas, porque abandonaré la ciudad dentro de muy pocos días.

Y como Saulo parecía vacilar ante esas palabras, continuó:

–No necesitarás reflexionar mucho tiempo. El sumo sacerdote está en conocimiento de que pediría tu clemencia para los prisioneros.

–Pero... ¿y mi autoridad? –interrogó el joven con orgullo–. ¿Cómo conciliar la indulgencia con la necesidad de reprimir el mal?

–Toda autoridad es de Dios. Nosotros somos simples instrumentos, hijo mío. Ninguno se disminuye por ser bueno y tolerante. En cuanto a la provi-

dencia más digna y ajustable a este caso, es conceder la libertad a todos esos hombres.

—¿A todos? —preguntó Saulo con un gesto de gran admiración.

—¿Por qué no? —confirmó el venerable doctor de la Ley—. Pedro es un hombre generoso. Felipe es padre de familia y dedicado en grado extremo al cumplimiento de sus deberes; Juan es un joven simple y sin maldad alguna; en cuanto a Esteban, se consagró íntimamente a los pobres.

—Sí, sí —interrumpió el joven tarsense—. Concuerdo con la liberación de los tres primeros, con una condición. Por ser casados, Pedro y Felipe podrán continuar en Jerusalén, restringiendo sus actividades para ayudar únicamente a los enfermos y necesitados; Juan será desterrado, pero Esteban sufrirá la sentencia decisiva. Ya he propuesto la lapidación públicamente y no veo motivos para transigir; aun para que sirva de escarmiento, por lo menos uno de los discípulos del carpintero debe morir.

Gamaliel comprendió la fuerza de aquella decisión por la vehemencia de las palabras. Saulo había dejado bien claro que no transigiría en lo referente a Esteban. El viejo rabino no insistió. Para evitar un escándalo, entendió que Esteban pagaría con el sacrificio. Además, consideró el temperamento voluntarioso del ex discípulo, a quien la ciudad había dado atribuciones tan amplias, que era bastante provechoso el haber obtenido clemencia para los tres hombres justos, consagrados al bien común.

Comprendiendo la situación, acentuó el respetable rabino.

—¡Pues bien, que sea así!

Y con una sonrisa bondadosa, dejó al joven algo preocupado y perplejo.

De ahí en más, con sorpresa general de la asamblea, Saulo de Tarso, desde la tribuna, proponía la liberación total de Pedro y Felipe y el destierro para Juan y reiteraba el pedido de lapidación para Esteban, por considerarlo el más peligroso de los elementos del “Camino”. Las autoridades del Sanedrín apreciaron de buena forma el juzgamiento realizado, porque causaría alegría general en la turba popular. Sin más trámites que considerar por unanimidad consintieron en la liberación dispuesta y en la muerte para Esteban, que se haría efectiva en la semana entrante. Una vez consumado lo dispuesto por el doctor tarsense, el mismo invitó a sus amistades para que participaran en la ceremonia pública que él mismo presidiría.

LA MUERTE DE ESTEBAN

A pesar de sus intensas actividades, el joven doctor de Tarso no dejaba de visitar puntualmente la casa de Zacarías, encontrando en el corazón de Abigail el necesario reposo. Si las luchas en Jerusalén le agotaban las fuerzas, cerca de la mujer amada parecía recobradas con el dulce encanto con que esperaba la realización de las más caras de sus esperanzas. Tenía la impresión que el mundo era un campo de batalla, en la cual le cabía combatir por la Ley de Dios, pero, como el Eterno era justo y generoso, le concedía, a través de su elegida, un poco de consuelo.

Abigail era su mundo sentimental. Las luchas de cada día, las providencias rigurosas que le imponía el cargo, la rigidez con que debía tratar las cuestiones confiadas a su cargo, eran suavizadas por el corazón de su novia, llena de amor, de piedad y de justicia. Ella recibía sus ideas con atención y afectuosidad, parecía atemperarlas con su alma fraterna, restituyéndoselas al novio amado en forma de sugerencias cariñosas y justas.

Saulo se había acostumbrado a ese precioso intercambio de cada día. Cuando a su corazón le faltaba los consuelos que recibía en la casa del camino de Jope, se sentía perturbado por sus propios sentimientos, que eran enérgicos e impulsivos. Abigail era quien definitivamente le corregía el espíritu. Pulía las ásperas aristas de su carácter violento y fuerte y cooperaba para atenuar el rigor de sus decisiones autoritarias. El joven tarsense pasaba horas enteras escuchándola absorto, como si sus sentimientos llenos de bondad fueran el alimento para su alma, que los rígidos raciocinios del mundo acostumbraban a exacerbar. El joven tarsense no había experimentado las aventuras amorosas y galantes de su tiempo, deseoso de conservarse puro de conciencia en base a la Ley, pero había descubierto en la criatura elegida de su corazón, la personificación de todos sus sueños de juventud.

A la noche siguiente de la memorable sesión del Sanedrín, Saulo de Tarso abandonó todas sus preocupaciones de orden inmediato y buscó de llegar rápidamente a la residencia de Zacarías. El intenso trabajo del día le

habían debilitado sus fuerzas. Quería vencer pronto la distancia, absorberse afectuosamente en el afecto de su novia y olvidar las preocupaciones que le saturaban su mente, demasiado trabajada por sus intensos razonamientos.

La noche comenzaba a cubrirse con el manto de la luna, cuando el joven doctor traspuso el umbral, sorprendiendo a la generosa familia con un delicado y afectuoso saludo.

La presencia de la novia era el suave bálsamo que le apaciguaba el fervor de su corazón. En pocos instantes parecía haberse reconfortado. Le seguía el buen humor, una vez que las energías interiores descansaban en las suaves caricias, narrando, con entusiasmo, los últimos sucesos. Zacarías, como fiel observador de la Ley, asentía sobradamente por las resoluciones que había tomado. La personalidad de Esteban fue discutida minuciosamente. El ex discípulo de Gamaliel, naturalmente, aclaró el asunto a su modo, poniendo al pregonador del “Camino” como hombre inteligente; por lo tanto, era peligroso en virtud de las ideas revolucionarias que su palabra fluyente pregonaba.

Abigail y Ruth escuchaban silenciosas, mientras los dos hombres conversaban animadamente.

A cierta altura, atenta a una observación directa de Saulo, la joven preguntó:

–¿No habría una forma más aceptable para modificar esa pena capital?

–¿Qué desearíais que hiciésemos? –dijo el joven de Tarso con énfasis–. ¡No es poco el haber liberado a los tres, que tenían evidencias de sobra para castigarlos, en base a sus prédicas extrañas! Respecto a Esteban se hizo todo lo que estuvo a nuestro alcance para hacerla volver al aprisco, como descendiente directo de las tribus de Israel. Su rebeldía fue la que lo condenó. Me insultó públicamente en el Sanedrín y desairó nuestros más sagrados principios, además criticó a las figuras más representativas del fariseísmo, diciendo cosas ingratas a través de la mentira.

Y continuó diciendo:

–Yo estoy satisfecho conmigo mismo. Considero la lapidación como uno de los hechos más esperados para el futuro de mi carrera. Respaldaré celosamente mi intervención en defensa de nuestro patrimonio. Debemos considerar que Israel, en los días más sombríos, prefirió la emancipación religiosa a la independencia política. ¿Podríamos, por ventura, exponer

nuestros valores morales a la deprimente influencia de un aventurero cualquiera?

La joven trató de cambiar el curso de la conversación, mientras servía una taza de vino reconfortante.

Antes de partir, el joven doctor invitó a su novia a realizar el paseo habitual. La luna se destacaba y posaba su hermosa luz sobre las diversas flores del jardín, que exhalaban un suave y delicado perfume. Con las manos entrelazadas y sentados en un rústico banco, contemplaban el cuadro silenciosamente. Saulo experimentó un suave sosiego en su alma. Se estaba desahogando. Si Jerusalén le oscurecía la mente con el torbellino de preocupaciones, aquella hermosa y sencilla mansión en el camino de Jope parecía descargarlo de todos los contratiempos, dándole a su espíritu un enorme potencial de consolación.

–Ahora, querida mía, toda está arreglado –le decía solícito–. A partir de hoy a seis días, Dalila vendrá a buscarte personalmente. Conocerás la ciudad y mis amigos honrarán a tu alma generosa, que ha sido escogida por mí. ¿Estás satisfecha?

–Mucho –murmuró ella con ternura.

–Hemos organizado un amplio programa de recreo. Quiero llevarte a Jericó, donde personas de nuestras relaciones nos esperan con mucha alegría. En Jerusalén te haré conocer los edificios más importantes. Quedarás deslumbrada con el Templo y con los tesoros que contiene por dedicación a nuestra raza. ¡Verás la torre de los romanos! Mis coterráneos, que frecuentan la Sinagoga de los cilicios, quieren ofrecerte un valioso presente.

Abigail estaba extasiada al escuchar tantas cosas hermosas. Aquel joven impulsivo y fuerte a los ojos de los extraños, era afectuoso y sensible en la intimidad, era su ideal, el hombre esperado por su alma cariñosa.

–Ninguno podrá ofrecerme un presente más precioso que el enviado por Dios a mi existencia, ya que tienes un corazón leal y generoso –murmuró la joven con una franca sonrisa.

–Yo gané mucho más –interrumpió el doctor de Tarso– al recibir la joya de tu afecto, que ha de enriquecer toda mi vida. A veces, Abigail –continuó con el entusiasmo de la juventud soñadora–, en mi idealismo de victorias para Jerusalén sobre las grandes ciudades del mundo, pienso llegar a la vejez como un triunfador lleno de tradiciones, de sabiduría y de gloria. Desde

que te encontré, aumenté mi fe en el destino, consolidé mis esperanzas y tendré tu apoyo y recursos en la inmensa tarea que se presenta ante mis ojos. Los romanos entregan a los triunfadores una corona de laureles y rosas. Si un día Jerusalén me concediera su corona triunfal, no la pondré sobre mi frente, la depositaré a tus pies, como tributo de amor eterno y único.

“En el día de hoy –prosiguió Saulo–, confiando en el futuro, Gamaliel me notificó que dentro de unos pocos días se alejará del Sanedrín para que yo lo reemplace en el prestigioso cargo. Ahí tenéis, querida mía, nuestra primera victoria, que de por sí, es de grandes proporciones. Ni bien Dalila regrese de Tarso podremos marcar el jubiloso día de nuestras nupcias. Entiendo que si te tengo siempre a mi lado corregiré mis impulsos y la tarea me será más liviana, como mi existencia más fácil y dichosa. El hogar es una bendición. Y nosotros tendremos ese hogar.

–Nunca me sentí tan dichosa –murmuró la joven con lágrimas en sus bellos ojos.

Él le acarició las manos y como deseaba que ella compartiera sus íntimos sentimientos, agregó:

–Llegarás con nosotros a la ciudad en la víspera de la muerte del pregonador revolucionario. El acto, como es justicia, obedecerá al ceremonial establecido por nuestras costumbres y yo pretendo que asistas en mi compañía.

–¿Por qué? –preguntó ella, estremeciéndose ligeramente.

–Porque allá encontraremos a nuestros amigos más eminentes y deseo aprovechar la oportunidad para presentarte indirectamente.

–¿No habrá algún medio propicio para evitar que yo presencie ese acto? –insistió tímidamente–. La muerte de mi padre en el suplicio, delante de la soldadesca brutal, jamás se me borró de la mente.

Saulo no disimuló la contrariedad y respondió:

–¡Parece que no estás comprendiendo! El caso de Esteban es muy diferente. Se trata de un hombre que no tiene ningún significado para nosotros y que se pretendió entronizar como un reformador sedicioso e insolente. Su personalidad, de hecho, representa la falta de respeto y el insulto a la Ley de Moisés, iniciados por un movimiento de amplias proporciones por un carpintero alucinado de Nazareth. Entonces, ¿te parece justo que no de-

bemos castigar al ladrón que roba nuestra casa? ¿No merecen castigo quienes blasfeman en el santuario del Eterno?

La joven, comprendiendo que desagradaría a su novio si le demostraba divergencia de opinión, agregó:

–Veo que tenéis mucha razón. No debo discutir tus conceptos, sabios y justos. Además, tengo la intención de conquistar la amistad de tus amigos del Sanedrín, pues no pierdo la esperanza de tu protección para el caso de Jeziel, siempre que se presente la oportunidad para nuevas investigaciones en Acaya. Oye, Saulo, si me permites, iría cuando la ceremonia casi estuviera por finalizar. ¿Lo prometes?

Notando la buena y conciliadora voluntad de Abigail, el joven doctor sonrió con amplia satisfacción.

–Sí, quedamos de acuerdo. Espero, por lo tanto, que asistas a todo con serenidad, segura de que yo sólo podría tomar encargos justos y decisivos en cumplimiento del deber. Es lamentable que el prisionero se haya mostrado tan rebelde para tener que aplicarle la pena máxima. Puedes creer que hice todo lo posible para evitarlo. Empleé todos los procesos aconsejables y conciliatorios para disuadirlo de tan peligrosas ilusiones, pero su conducta fue tan rebelde, que toda transigencia fue imposible.

Por largo tiempo se cambiaron impresiones afectuosas, que como era costumbre la noche y el magnífico manto de estrellas acostumbradamente eran sus testigos. Eran juramentos cariñosos, de un amor inmortal, ante la bendición de Dios, tomando como objeto principal sus santificados pensamientos, proyectos y esperanzas para el futuro.

Era bastante tarde cuando Saulo se despidió, regresando a Jerusalén con su alma satisfecha.

A los pocos días, Abigail, en compañía del novio y de la hermana fueron a la ciudad, cuyas características le impresionaron gratamente. La casa de Dalila, en la misma noche de su llegada, se llenó de amigos que iban a demostrarle el aprecio que le tenían, y la joven de Corinto a todos seducía por sus dotes naturales, aliados a la sólida y bien cuidada formación de espíritu. Su palabra, llena de ternura, parecía distanciarse de las futilidades que caracterizaba a la juventud de la época. Sabía aplicar suaves conceptos en el trato con los asuntos que se le presentaban, sacando hermosas ilusiones de la Ley y de los Escritos Sagrados, para definir la posición de la mu-

jer en base a los íntimos deberes que tenía en la familia. El doctor de Tarso se sentía orgulloso, al notar la admiración general alrededor de la personalidad vibrante y cariñosa. Abigail, sintetizando su mayor ideal, le llenaba el corazón con maravillosas promesas. La sorpresa de sus amigos, que lo felicitaban con la mirada, le ponía a su alma ardiente un nuevo motivo de júbilo.

El día siguiente se presentó claro y hermoso. El brillante sol de Jerusalén daba alegría y Saulo se despidió de la novia amada para atender, muy temprano, los trabajos del Sanedrín.

–Entonces, será hasta luego, que nos veremos en el Templo –dijo cariñosamente.

–¿En el Templo? –preguntó Dalila admirada, abrazándose a Abigail.

–Sí –explicó enseguida–. Abigail asistirá a la parte final del castigo impuesto a Esteban.

–Pero, ¿cómo es eso? –interrogó la joven señora–. ¿Mujeres en la ceremonia?

–La lapidación se llevará a cabo en las proximidades del altar de los holocaustos y no en los atrios sagrados –aclaró–. A mi forma de ver, no habrá impedimentos para la presencia de mujeres al espectáculo aleccionador, aunque todavía falta resolver ese punto a último momento, por parte del criterio de los sacerdotes, y como es casi positivo, me agradaría que Abigail participe de mi primer triunfo en defensa de nuestros principios soberanos.

Ambas sonrieron venturosas, observando que tenía excelentes disposiciones.

–Como último recurso, Saulo –dijo Abigail con un gesto de tranquilidad y ternura–, no dejes de ofrecerle al condenado una última oportunidad para salvarlo de la muerte. Después de dos meses de cárcel, es muy posible que haya pensado seriamente sobre su real situación y tal vez cambie sus sentimientos. Pregúntale una vez más, si insiste en insultar a la Ley.

El joven de Tarso le miró satisfecho y reconocido, jubiloso de comprobar tanta grandeza de corazón, y agregó:

–Así lo haré.

Ese día, desde muy temprano, el más alto Tribunal de Israel presentaba un movimiento fuera de lo común. La ejecución del pregonador del “Cami-

no” era objeto de largos comentarios. Sobre todo los fariseos hacían cuestión de todos los informes. Ninguno quería perder el angustioso espectáculo. La modesta iglesia de Simón Pedro, mientras tanto, no intentó acercarse ni siquiera para indagar sobre la última decisión del tribunal. Saulo, como perseguidor declarado y usando las prerrogativas de su investidura legal, mandó anunciar que ningún adepto del “Camino” podía asistir a la ejecución, que se llevaría en los grandes patios del santuario. Largas filas de soldados fueron dispuestas en la plaza para dispersar cualquier grupo de mendigos que se formara con interés desconocido, y desde las primeras horas de la mañana, numerosos mendigos de Jerusalén fueron corridos de las inmediaciones a golpe de espada.

Después del mediodía, autoridades y curiosos se reunían, ávidos de sensación, en el recinto del Sanedrín, con sofocado vocerío. Se esperaba al sentenciado, que llegó finalmente seguido por la escolta armada, como si fuera un malhechor común.

Esteban estaba bastante desfigurado, aunque su semblante presentaba su peculiar serenidad. El paso era bastante pesado, su cansancio extremo, las lastimaduras de las manos y de los pies, significaban los pesados tormentos físicos que se le aplicaban en la sombra del calabozo. La barba crecida le alteraba su aspecto fisonómico, pero sus ojos tenían, todavía, la expresión lúcida de su cristalina bondad.

En medio de la curiosidad general, Saulo de Tarso lo enfrentó satisfecho. Esteban pagaría, finalmente, las incomprensiones y los insultos.

En el instante fijado, el inflexible doctor dio lectura a la sentencia. Antes de terminar, fiel a lo que prometiera, ordenó a los soldados que llevaran al condenado hasta su tribuna. Enfrentando al pregonador del Evangelio y sin mediar ninguna expresión de piedad, lo interrogó con aspereza:

—¿Estarías dispuesto, ahora, a jurar contra el carpintero Nazareno? Recuerda que ésta es la última oportunidad para conservar tu vida.

Tales palabras, pronunciadas mecánicamente, sonaron en forma extraña en los oídos del joven de Corinto, que las recibió, en su alma sensible y generosa, como si fueran nuevos dardos de ironía.

—¡No insultes al Salvador! —dijo el mensajero del Cristo con firmeza—. ¡Nada en el mundo me hará renunciar a su cuidado divino! ¡Morir por Jesús significa una gloria, ya que sabemos que él se inmoló en la cruz por la humanidad entera!

Un torrente de improperios le cortaban la palabra.

–¡Basta! ¡Apedréenlo cuanto antes! ¡Muerte al inmundo!

¡Abajo el hechicero! ¡Blasfemo!... ¡Calumniador!

El griterío tomaba proporciones insospechadas. Algunos fariseos más irritados, burlando la guardia de los soldados, se aproximaron a Esteban intentando arrastrarlo sin compasión. Mientras tanto, al primer manotón que le dieron le sacaron un pedazo de la ropa en la parte del cuello. Fue necesario la intervención de la fuerza armada para que el joven de Corinto no fuera destrozado allí mismo por la multitud furiosa y delirante. Saulo, con voz elevada, ordenó la intervención de los soldados. Quería la ejecución del discípulo del Evangelio, pero con el ceremonial previsto.

Esteban, ahora tenía el rostro enrojecido, avergonzado por los hechos ocasionados. Medio desnudo, fue ayudado por un legionario romano para recomponer el sobrante del vestido, que desde la cintura le colgaba. Con la mano temblorosa por los malos tratos recibidos, trataba de limpiar la saliva que los más exaltados le habían escupido en el rostro. El fuerte golpe que le habían aplicado en el hombro, le causaba un intenso dolor en todo el brazo. Comprendió que estaba viviendo los últimos instantes de su vida. La humillación lo hería a fondo. Pero recordó las descripciones que le había hecho Simón Pedro respecto a Jesús, en el último trance de su vida física. Frente a Herodes Antipa, el Cristo había sufrido idénticas ironías de parte de los israelitas. Fue azotado, ridiculizado y herido. Casi desnudo, soportó todos los castigos sin pronunciar una sola palabra y sin tener una expresión de repudio para sus verdugos. El que amó a los infelices, que trabajó para fundar una doctrina de concordia y de amor para todos los hombres, que bendijo a los desgraciados y los recibiera con cariño, recibió el galardón de la cruz en medio de grandes castigos. Entonces, Esteban pensó: “¿Quién soy yo y quién era el Cristo?” Esa última pregunta le daba cierto consuelo. El Príncipe de la paz fue arrastrado por las calles de Jerusalén, bajo el escarnio y las mayores injurias, y sin embargo, ¡él era el Mesías esperado, el Ungido de Dios! ¿Por qué siendo él un hombre falible, portador de numerosas debilidades, habría de huir ante la hora de dar testimonio? Y como el llanto le corría por el rostro dolorido, escuchaba la voz cariñosa del Maestro en el corazón: “Todo aquél que desea participar de mi reino se negará a sí mismo, que tome su cruz y que siga mis pasos”. Era necesario negarse para aceptar el sacrificio provechoso. Al final de todos los martirios debería

encontrar el amor glorioso de Jesús, con la belleza de su ternura inmortal. El pregonador humillado y herido recordó el pasado de trabajos y esperanzas. Le parecía estar reviendo su hermosa infancia, en donde el celo materno le inculcaba los fundamentos de la fe confortadora, después, las nobles aspiraciones de la juventud, la dedicación paterna, el amor de la hermanita, que las circunstancias del destino le habían sacado de su camino. Al pensar en Abigail, sintió cierta angustia en el corazón. Ahora que debía enfrentar la muerte, deseaba volverla a ver para darle las últimas recomendaciones. Recordó la última noche en que habían cambiado tantas impresiones de ternura, tantas promesas fraternales, en la lúgubre prisión de Corinto. A pesar de los movimientos renovadores de la fe, cuyos trabajos compartía activamente en Jerusalén, jamás pudo olvidar el deber de encontrarla, sea donde fuere. Mientras a su alrededor continuaban los improperios y gritos amenazadores, el sentenciado lloraba con sus recuerdos. Ayudándose con las promesas del Cristo en el Evangelio, sentía un gran alivio. La idea de que su hermanita quedara sola en el mundo, lo atormentaba; por lo tanto, se la encomendaba a Jesús, suavizándole las angustias de su corazón.

No había terminado sus recordaciones angustiosas, cuando oyó la imperiosa voz de Saulo, que se dirigía a los soldados:

–Encadénenlo nuevamente, todo está consumado, vayamos hacia el atrio.

El discípulo de Simón Pedro extendió las manos para recibir las cadenas y un soldado inescrupuloso le aplicó tremendos planazos de espada, que de las muñecas heridas comenzaron a chorrear sangre.

Esteban, sin embargo, no hizo el menor gesto de resistencia. De cuando en cuando levantaba sus ojos como si implorara los recursos del cielo para esos minutos supremos. No obstante las burlas y las llagas que lo hacían sufrir, tenía una paz espiritual desconocida. Todos aquellos sufrimientos del ceremonial eran por el Cristo. Aquella hora, era su oportunidad divina. El Maestro Nazareno había convocado a su corazón para el fiel testimonio público de los valores espirituales de su gloriosa doctrina. Confiado, razonaba: “Si el Maestro aceptó la muerte infamante en el Calvario para salvar a todos los hombres, ¿no sería una honra dar la muerte por Él?” Su corazón, siempre ávido por dar testimonio al Señor, desde el mismo momento que conoció su Evangelio de redención, ¿no debía ahora alegrarse ante el camino puesto adelante para ofrecerle su propia vida? Mientras tanto, la orden de caminar lo sacó de sus más elevados pensamientos.

El generoso pregonador del “Camino” vacilaba en sus pasos, pero tenía firme y sereno su mirar, demostrando valor ante los últimos esfuerzos para dar su testimonio.

En aquellas primeras horas de la tarde, el sol de Jerusalén era como un brasero ardiendo. No obstante el calor insoportable, la masa se desplazó con mucho interés. Se trataba del primer proceso concerniente a las actividades del “Camino”, después de la muerte de su fundador. Destacándose de todas las corrientes judaicas allí presentes, en calidad de prestigio a la Ley de Moisés, los fariseos hacían gran alarde del hecho. Para demostrar su actitud hostil, se dirigían al reo injuriándolo pesadamente.

Esteban, aunque evidenciaba una profunda tristeza, caminaba casi desnudo, pero sereno e imperturbable.

La sala de reuniones del Sanedrín no estaba muy lejos del atrio del Templo, donde se debía realizar la macabra ceremonia. Unos pocos metros adelante, terminaba el camino, justo en el lugar donde se levantaba el altar de los holocaustos.

Todo había sido preparado, tal como Saulo lo dejó percibir en sus propósitos.

Al fondo del patio, Esteban fue atado a un tronco, para que la lapidación fuera hecha en la hora señalada.

Los ejecutores serían los representantes de diversas sinagogas de la ciudad, ya que era una función honrosa, atribuida a quienes estuvieran en condiciones de asumir la defensa de los principios de la Ley de Moisés. Cada sinagoga presentó a su delegado y al iniciar la ceremonia, como jefe del movimiento, Saulo recibió uno por uno, de acuerdo a la pragmática, los mantos brillantes, adornados de púrpura.

El joven doctor tarsense dio la orden y la ejecución comenzó en medio de carcajadas. Cada verdugo miraba fríamente el punto de su preferencia, esforzándose para sacar mejor partido.

Risas generales, seguían a cada golpe.

–Cuidémosle la cabeza –decía uno de los más exaltados para que el espectáculo no pierda interés.

Cada expresión del judaísmo era acompañada con señas al verdugo por parte de las mayores autoridades de las sinagogas, que con atención y entusiasmo, exclamaban:

–”¡Muera el traidor!”... ¡el hechicero!...

–¡Hiérello en el corazón, en nombre de los cilicios! –exclamó alguien en medio de la turba.

–¡Rómpele la pierna por los idumeos! –gritó otra voz.

Saulo, un poco apartado de la turba, seguía de cerca los movimientos del condenado, apreciando la vibración popular, satisfecho y confortado. De cualquier forma, la muerte del pregonador del Cristo representaba su primer triunfo en la conquista de las atenciones de Jerusalén y sus prestigiosas corporaciones políticas. En aquella hora que centraba tantas aclamaciones del pueblo de su raza, se enorgullecía con la decisión que lo llevó a perseguir a los adeptos del “Camino”, sin consideración ni tregua. Aquella tranquilidad de Esteban, mientras tanto, lo dejaba impresionado en lo más íntimo de su ser. ¿De dónde podía extraer tanta serenidad? Bajo las piedras que lo iban matando poco a poco, aquellos ojos encaraban a sus verdugos sin pestañear, sin manifestar temor ni perturbación.

De hecho, atado de rodillas al tronco del suplicio, el joven de Corinto tenía impresionantes características de paz en sus ojos translúcidos, de donde sólo emanaban silenciosas y abundantes lágrimas. El pecho descubierto era una llaga sangrienta. Los pedazos del vestido se pegaban al cuerpo, empastados por el sudor y la sangre.

El mártir del “Camino” estaba amparado por fuerzas poderosas e intangibles. A cada golpe aplicado sentía recrudecer los sufrimientos, pero en lo íntimo tenía la impresión de estar recibiendo un lenitivo sublime. El corazón latía desordenadamente. El tórax estaba cubierto de heridas profundas, las costillas fracturadas.

En esa hora suprema, recordaba los mínimos lazos de fe que lo ataban a una vida más elevada. Recordó las oraciones preferidas en su infancia. Hacía lo posible para fijar en su retina el cuadro de la muerte que había parecido su padre carnal. Íntimamente repetía el Salmo XXIII de David, como lo hacía junto a su hermana en las situaciones que parecían insuperables: “El Señor es mi pastor. Nada me faltará...” Las expresiones de los Escritos Sagrados, como las promesas del Cristo en el Evangelio, estaban en lo íntimo de su corazón. El cuerpo se quebraba en el tormento, pero su espíritu estaba tranquilo y esperanzado.

Ahora tenía la impresión de que dos manos cariñosas le estaban pasando bálsamo por las llagas dolorosas, proporcionándole un gran alivio. Sin recelo alguno, comprobó que le estaba llegando el sudor de la agonía.

Dedicados amigos del plano espiritual rodeaban al mártir en sus minutos supremos. En el auge de los dolores físicos, como si hubiera atravesado infinitos abismos de percepción, el joven de Corinto notó que alguna cosa se había desprendido en su alma ansiosa. Sus ojos parecían introducirse en los cuadros hermosos de otra vida. La legión de emisarios de Jesús, que lo rodeaban cariñosamente, le pareció que era la corte celestial. En el camino de luz que se presentaba a su frente, reconoció a alguien que iba a su encuentro, abriéndole sus generosos brazos. Por las descripciones que había oído de Pedro, le pareció que estaba contemplando al mismo Maestro con toda la resplandecencia de su gloria divina. Saulo observó que los ojos del condenado estaban estáticos y fulgurantes. Fue en ese instante, cuando el héroe cristiano, moviendo los labios, exclamó en voz alta:

—¡Estoy viendo los cielos abiertos y el Cristo resucitado en la grandeza de Dios!...

Vieron entonces que dos mujeres jóvenes se aproximaron a Saulo, haciendo gestos íntimos. Dalila entregó a Abigail al hermano, despidiéndose para atender al llamado de otra amiga. La novia tenía puesta una túnica a la moda griega, que le realzaba el hermoso rostro. Fuera por la dolorosa escena que estaba presenciando, o por la presencia de la mujer amada, se podía ver que Saulo estaba sensibilizado y perplejo. Se podía decir que el corazón indómito de Esteban lo llevó a considerar seriamente la tranquilidad desconocida que reinaba en el espíritu del mártir.

Por causa de la gritería que la rodeaba y notando la miserable situación de la víctima, la joven mal podía contener el grito de terror. ¿Quién era aquel hombre que estaba atado al tronco del suplicio? Aquel pecho agitado, empastado de sangre, aquellos cabellos, aquel rostro pálido que la barba crecida lo desfiguraba, ¿no sería el de su hermano? ¡Ah!, ¿cómo hablar de las inmensas ansiedades y de las sorpresas imprevistas de un minuto? Abigail temblaba. Sus ojos afligidos acompañaban los menores movimientos del héroe, que parecía indiferente por el éxtasis que lo absorbía. Inútilmente Saulo le llamaba la atención, discretamente, para aliviarle las penosas impresiones que la muerte de Esteban le estaban ocasionando. La joven parecía no ver nada, su vista estaba solamente en el sentenciado que agonizaba en medio de la sangre del martirio. Ahora recordaba... Cuando se apartó de los calabozos, después de la muerte del padre, fue en esa misma situación que había dejado a Jeziel en el suplicio. ¡El tronco del suplicio, las ca-

denas impiadosas y el pobrecito de rodillas! Tenía ímpetu de arrojarse contra los verdugos, aclarar la situación y saber la identidad de aquel hombre.

En ese instante, ignorando que era blanco de tan singular atención, el pregonador del “Camino” salió de su impresionante inmovilidad. Viendo que Jesús contemplaba melancólicamente a la figura del doctor de Tarso, como lamentando sus condenables errores, el discípulo de Simón sintió por el verdugo una sincera amistad en el corazón. Él conocía al Cristo, Saulo no. Sintiendo envuelto en un sincero sentimiento de real fraternidad y con el ánimo de defender a su verdugo, exclamó con voz impresionante:

—¡Señor, no le culpes de este pecado!...

Dicho esto, volvió sus ojos para fijarlos en los de Saulo amorosamente. Entonces, y cuando menos lo esperaba, divisó junto a Saulo, a su querida hermana. Sí, era ella, su querida hermanita, por cuyo afecto tantas veces le palpitara el corazón, lleno de esperanzas. ¿Cómo se podía explicar su presencia allí? ¿Quién sabe si no había sido llevada al reino del Maestro y regresaba con él, en espíritu, para traerle las buenas nuevas de un mundo mejor? Quería manifestar su infinita alegría, atraerla hacia sí, oír de nuevo en su dulce voz, los cánticos de David, morir envuelto por su inmenso cariño, pero su garganta ya no podía articular palabra alguna. La emoción lo dominaba en esa hora extrema. Sintió que el Maestro de Nazareth le acariciaba la frente, donde la última pedrada le había abierto la frente, emanando gran cantidad de sangre. Escuchaba muy lejos voces angelicales que cantaban himnos de amor, sobre los gloriosos motivos del Sermón de la Montaña. Incapaz de resistir por más tiempo el suplicio, el discípulo del Evangelio se sintió desfallecer.

Escuchando las expresiones del condenado y recibiendo su limpio mirar, Abigail no pudo disimular su angustiada sorpresa. —¡Saulo! ¡Saulo!... es mi hermano —exclamó aterrada.

—¿Qué dices? —exclamó por lo bajo el doctor de Tarso, pasando sus manos por los ojos—. ¡No puede ser! ¿Te has vuelto loca?

—¡No, no, es él, es él! —repetía como enloquecida.

—¡Es Jeziel! —insistía Abigail asustada—, querido, concédeme un minuto, déjame hablarle apenas un minuto.

—¡Imposible! —replicó el joven, contrariado.

—Saulo, por la Ley de Moisés, por el amor de nuestros padres, atiéndeme —exclamaba, retorciendo sus manos.

El ex discípulo de Gamaliel no creía en las posibilidades de semejante coincidencia. Además, había diferencia en el nombre. Antes de nada, era conveniente aclarar ese punto. También era cierto, que todo se aclararía ni bien Abigail tomara contacto con el agonizante. Su índole afectiva y sensible, justificaba lo que, a su manera de ver, era un absurdo. Conjugando esas reflexiones en un segundo, habló secamente a la novia:

–Te acompañaré para que reconozcas al moribundo, pero, hasta que lo podamos hacer, por favor, guarda silencio... Ni una palabra, ¿oíste? ¡Es importante no olvidar la respetabilidad del lugar donde nos encontramos!

Mínutos después, llamó a un funcionario de elevada categoría, secamente:

–Ordena que lleven el cadáver para el gabinete de los sacerdotes.

–Señor –respondió el funcionario, respetuoso–, el condenado todavía no murió.

–No importa, llévalo como está, así le arrancamos la confesión de arrepentimiento en la hora extrema.

La determinación fue cumplida sin más demora, mientras Saulo mandaba servir, en forma general, a los amigos y admiradores, varias ánforas de vino delicioso, para conmemorar su primer triunfo. Después, con el ceño cargado, aprensivo, se fue a escondidas hasta la sala reservada a los sacerdotes de Jerusalén, en compañía de la novia.

Condujo a Abigail por el brazo, delicadamente, pero no le dirigía la palabra. Pensaba, a medida que se acercaban, ¿y si fuera Esteban aquel Jeziel que esperaron tan ansiosamente? Absorbidos con tan angustiosas reflexiones, entraron en la cámara solitaria. El joven doctor ordenó que se retiraran los auxiliares y cerró cuidadosamente la puerta.

Abigail se aproximó al hermano ensangrentado, con infinita ternura. Y como si se sintiera llamado a la vida por una poderosa fuerza, ambos notaron que movía la cabeza ensangrentada. Conocedor del último hálito de vida que le quedaba, Esteban murmuró:

–¡Abigail!...

Aquella voz era casi un soplo, pero su mirada era calma y limpia. Al oírle, el joven tarsense retrocedió asombrado. ¿Qué significaba todo aquello? No tenía dudas. La víctima de su implacable persecución era el hermano bien amado de la mujer escogida. ¿Qué mecanismo del destino había

engendrado tamaña situación que lo habría de sumir en la amargura para toda la vida? ¿Dónde estaba Dios, que no lo había inspirado en esas circunstancias y lo había llevado a cometer ese grave error? Sintió que un peso enorme lo aplastaba. Él, que había elegido a Abigail, el ángel tutelar de su existencia, estaba obligado a renunciar a ese amor para siempre. El orgullo de hombre no le permitía desposar a la hermana del supuesto enemigo, que había sido juzgado por él como criminal. Aturdido, se dejó estar, como si una fuerza extraña lo aplomara al suelo transformándolo en objeto de insoportables ironías.

–¡Jeziel! –exclamó Abigail besando y llenando de lágrimas la frente del moribundo–. ¡Al fin te encontré!... ¡Parece que el suplicio te dura desde el día que nos separamos!... –y sollozaba...

–Estoy bien... –dijo el discípulo de Jesús, haciendo lo posible para mover la mano quebrada, dejando percibir el deseo de acariciarle los cabellos, como en los días de la niñez y primera juventud–. ¡No llores!” ¡Yo estoy con Cristo!...

–¿Quién es el Cristo? –murmuró la joven–. ¿Por qué te llaman Esteban? ¿Por qué te cambiaron así?

–Jesús es nuestro Salvador... –explicaba el agonizante, para no perder los minutos que se le iban aceleradamente–. Y ahora me llaman Esteban... porque un romano generoso me libertó... pero pidió... absoluto secreto. Perdóname... Fue por mi gratitud que obedecí el consejo. Ninguno será reconocido por Dios si no demuestra agradecimiento a los hombres...

Viendo que la hermana continuaba sollozando, continuó:

–Sé que vaya morir... pero el alma es inmortal... Siento tener que dejarte... cuando recién vuelvo a verte, pero he de ayudarte desde el lugar en que me encuentre.

–Oye, Jeziel –exclamó la hermana en un arranque inusitado–, ¿qué es lo que te enseñó ese Jesús para llevarte a un fin tan doloroso? Quién así abandona a un siervo leal, ¿no será ante un señor cruel?

El moribundo pareció querer reprenderla con la mirada.

–No pienses de esa manera –prosiguió con dificultad–. Jesús es justo y misericordioso... promete estar con nosotros hasta la consumación de los siglos... más tarde comprenderás, a mí me enseñó a amar a los propios verdugos...

Ella lo abrazaba cariñosa, deshecha en lágrimas abundantes. Después de una pausa, en donde la víctima se debatía en los últimos instantes de la vida material, se veía que Esteban se agitaba con esfuerzos supremos.

—¿Con quién te dejaré?

—Este es mi novio —dijo la joven, señalando al joven de Tarso, que parecía petrificado.

El moribundo lo contempló sin odio y agregó:

—Cristo los bendiga... No veo en tu novio a mi enemigo, sino a un hermano... Saulo debe ser bueno y generoso, defendió a Moisés hasta el fin... Cuando conozca a Jesús, lo servirá con el mismo fervor... Sé para él la compañera amorosa y fiel...

Ahora la voz del pregonador del “Camino” era ronca y casi imperceptible. En los últimos momentos de su muerte, contemplaba a Abigail fraternalmente enternecido.

Oyendo las últimas frases, el doctor de Tarso quedó helado. Quería ser odiado, maldito. La compasión de Esteban, fruto de una paz que él nunca conoció, lo impresionaba profundamente. Entretanto, sin saber por qué, la resignación y la dulzura del agonizante le atormentaban su corazón. Íntimamente trataba de rehacerse para no crear un momento doloroso. No se dejaría ablandar por una cuestión de sentimentalismo. Odiaría a aquel Cristo que parecía querer ponerle trabas por todos lados, al punto de colocarse entre él y la mujer adorada. El cerebro atormentado del futuro rabino soportaba la presión de mil fuegos. Había despreciado el orgullo de su familia y eligió a Abigail para su compañera de luchas, aunque no le había conocido sus ascendientes de familia. La amaba por los lazos del alma, había descubierto en su delicado corazón femenino todo cuanto había soñado de orden temporal. Ella sintetizaba sus esperanzas de hombre joven, era la guía de su destino, representaba la respuesta de Dios a los pedidos de su juventud idealista. Ahora, se había abierto un profundo abismo entre los dos. ¡Hermana de Esteban! Ninguno había osado enfrentar su autoridad en la vida, a no ser aquel ardoroso pregonador del “Camino”, cuyas ideas jamás se podrían aliar a las suyas. Detestaba a aquel joven apasionado por el ideal exótico de un carpintero, que había terminado con su venganza. Si desposaba a Abigail, jamás serían felices. Él sería el verdugo, ella la víctima. Además, su familia, aferrada al rigor de las viejas tradiciones, no toleraría la unión, después de conocidas las circunstancias.

Se llevó las manos al pecho, dominado por un angustioso desaliento.

En terrible llanto, Abigail acompañaba la agonía de su hermano, cuyos minutos finales se deslizaban lentamente. Penosa emoción se posesionó de todas sus energías. En el intenso dolor que le afectaba lo más íntimo, parecía no ver al novio, que le acompañaba en los menores movimientos, sorprendido y aterrado. Con mucho cuidado, la joven sostenía la cabeza del moribundo, después de haberse sentado para cobijarlo cariñosamente.

Observando que su hermano la miraba por última vez, exclamó angustiada:

–Jeziel, no te vayas... ¡Quédate con nosotros! ¡Nunca más nos separaremos!...

Él, casi al punto de expirar, decía:

–La muerte no separa... los que se aman...

Y como si hubiera recordado algo muy agradable para el corazón, abrió los ojos desmesuradamente, en una expresión de mucha alegría:

–Como en el Salmo de David... –decía muy bajito y pausadamente– podemos... decir... que el amor... y la misericordia... seguirán... todos los días... de nuestra vida...¹

La joven escuchó sus últimas palabras conmovida. Le limpió el sudor sangriento del rostro, que parecía iluminado por una serenidad superior.

–Abigail... –murmuró aún como si fuera un soplo–, me voy en paz... Quisiera oírte en la plegaria... de los afligidos y agonizantes...

Ella recordaba los últimos momentos del suplicio de su padre, en el día inolvidable de la separación de los calabozos de Corinto. En seguida comprendió que en esos momentos había otras fuerzas que estaban en juego. No más Licinio Minucio y sus crueles secuaces, sino el mismo novio transformado en verdugo por un terrible engaño. Apretó con más cariño la cabeza sangrienta. Atrajo al moribundo junto a su corazón, como si fuera una criatura. Entonces, aunque rígido e inquebrantable en apariencia, Saulo de Tarso observó con más nitidez, el cuadro que nunca más se borraría de su mente. Teniendo al moribundo en el regazo fraterno, la joven elevó su mirada, mostrando las lágrimas que le caían copiosamente. No cantaba, era el

¹ Salmo XXIII, de David.

corazón que le salía por los labios, como la súplica natural de su espíritu a un padre amoroso, que estaba invisible:

¡Señor, Dios, padre de los que lloran,
De los tristes, de los oprimidos,
Fortaleza de los vencidos,
Consuelo de todo dolor,
Aunque la miseria amarga,
De los llantos de nuestros errores,
De este mundo de destierro,
Llámanos por vuestro amor!

Es el bien que no secará...
Sois en todo, la luz eterna
De la gloria y de la bonanza
Nuestra puerta de esperanza
Que nunca se cerrará.

¡Cuando todo nos desprecia
En el mundo de la iniquidad,
Cuando viene la tempestad
Sobre las flores de la ilusión!
Oh Padre, sois la luz divina,
El cántico de la seguridad,
Venciendo toda aspereza,
Venciendo toda aflicción.

¡En el día de nuestra muerte,
En el abandono o en el tormento,
Tráenos el olvido
De la sombra, del dolor, del mal!
Que en los últimos instantes,
Sentimos a la luz de la vida
Renovada y redimida
En la paz dichosa e inmortal.

Terminada la plegaria, Abigail tenía el rostro inundado de lágrimas. Bajo la suave caricia de sus manos, Jeziel se tranquilizó. Palidez de nieve ca-

racterizaba su aspecto cadavérico, aliada a la profunda serenidad que demostraba en su rostro. Saulo comprendió que la muerte se había posesionado de Esteban. Y cuando la joven de Corinto se levantó, lo hizo muy cuidadosamente, como si el cadáver de su hermano necesitara de toda la ternura de su espíritu bondadoso, entonces, el joven tarsense se aproximó con el ceño cargado y habló con austeridad:

–Abigail, todo está consumado y ya terminó también entre nosotros.

La pobre criatura se volvió con asombro. ¿No le bastaba a su novio los golpes recibidos? ¿Sería posible que no tuviera ninguna palabra de consuelo, en aquella hora difícil de su vida? ¿Recibiría la fría y terrible humillación con la muerte de Jeziel y ahora, culminaría con el abandono? Consterada por todo lo que había encontrado en su venida a Jerusalén, comprendió que necesitaba concentrar todas sus energías, para no caer en las duras pruebas que el destino le había reservado. Luego vio que en el orgullo de Saulo no podría encontrar consuelo. En ese mismo momento determinó la resolución a tomar ante las embarazosas circunstancias que se le presentaban. Sin recurrir a la sensibilidad femenina, tomó ánimo y habló con dignidad y nobleza:

–Todo ha terminado entre nosotros, ¿por qué? El sufrimiento no es motivo para ahuyentar el amor sincero.

–¿Tú no me comprendes? –replicó el orgulloso doctor...–. Nuestra unión se hizo imposible. No podría desposar a la hermana de mi enemigo. Infelizmente escogí muy mal la ocasión para traerte a Jerusalén. Me siento avergonzado no sólo con la mujer con quien ya jamás podré unirme en matrimonio, sino, delante de los parientes y amigos, debido a la amarga situación que las circunstancias me interpusieron en mi camino...

Abigail estaba pálida y penosamente sorprendida.

–Saulo... Saulo... no te avergüences delante de mi corazón. Jeziel murió estimándote. Su cadáver nos escucha –acentuó con dolorosa expresión–. No puedo obligarte a desposarme, pero no transformes nuestro afecto en odio... ¡Sé mi amigo!... Lo mismo te estoy agradecida por los hermosos meses que me brindaste de ventura. Mañana volveré para la casa de Ruth... ¡No te avergüences por mí! ¡No le diré a nadie que Jeziel era mi hermano, ni aun a Zacarías! No quiero que ningún amigo nuestro te considere como verdugo.

Saulo, al observarla con aquella generosidad humilde, tuvo ímpetu de estrecharla entre sus brazos. Quiso avanzar, estrecharla contra su pecho, cubrirla de besos en su frente bondadosa e inocente. Pero rápidamente le vino a su mente los títulos y atribuciones, veía a Jerusalén revolucionada, manchándole su reputación con amargas ironías. El futuro rabino no podía aceptar la derrota, el doctor de la Ley rígida e implacable, debía sofocar al hombre para siempre.

Tomando postura de impasible, replicó con voz áspera:

–Acepto tu silencio ante los hechos lamentables que sucedieron en este día, mañana volverás para la casa de Ruth, pero no esperes la continuidad de mis visitas, ni aun por cortesía, porque en la sinceridad de los de nuestra raza, los que no son amigos, son enemigos.

La hermana de Jeziel recibió aquella explicación con profunda sorpresa.

–Entonces, ¿resuelves abandonarme totalmente? –preguntó llorosa.

–No estás desamparada –murmuró inflexiblemente–, tienes a tus amigos del camino de Jope.

–Dime, finalmente, ¿por qué odiaste tanto a mi hermano? El siempre fue bondadoso... En Corinto jamás ofendió a nadie.

–Era pregonador del desventurado carpintero de Nazareth –aclaró, bastante molesto–; además, me humilló ante toda la ciudad.

Abigail, ante el impacto de tal respuesta, quedó callada. ¿Qué poder tenía el Nazareno para atraer tanto la atención, como para ser odiado por quienes no le entendían? Hasta ese momento no se había interesado por la figura del famoso carpintero que había muerto en la cruz como un malhechor, pero que su hermano había encontrado en su persona al Mesías esperado. Para seducir a un carácter cristalino como el de Jeziel, el Cristo no tenía que ser un hombre vulgar. Recordaba el pasado de su hermano, que ante la rebeldía paterna consiguió mantenerse por encima de los lazos de la carne para censurar a su padre amorosamente. Si tuvo las fuerzas propicias para analizar los hechos paternos, se hacía lógico pensar que aquel Cristo debería ser algo muy grande, para que él se propusiera seguirlo, ofreciendo hasta su propia vida para quedar en libertad. Jeziel, para su forma de ver, no era fácil de engañarse. Conociendo su índole, desde la cuna, no era posible que se dejara ilusionar con sus convicciones religiosas. Ahora, era ella la que se sentía atraída por aquel Jesús desconocido y odiado injustamente.

Él, le había enseñado a su hermano a querer a sus verdugos. ¿Qué no le reservaría a su corazón sediento de cariño y paz? Las últimas palabras de Jeziel ejercían sobre ella una profunda influencia.

Abismada en sus cavilaciones, notó que Saulo abrió la puerta y llamó a algunos ayudantes, que se presentaron solícitos para cumplir sus órdenes. En pocos minutos los despojos de Esteban fueron retirados, mientras que numerosos amigos rodearon al joven, demostrándole sus afectos.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de ellos a Abigail al notarle la túnica manchada de sangre.

—El sentenciado era israelita —dijo el joven tarsense, deseoso de evitar mayores explicaciones— y, como tal, fue atendido en la hora extrema.

Con una mirada severa, dio a entender a la joven que debería reprimir sus propias emociones, pues era importante no dar a conocer la relación que tenía con el hecho.

A los pocos minutos llegó Gamaliel y solicitó a Saulo su atención en forma particular.

—Saulo —le dijo en forma bondadosa—, espero partir la semana próxima más allá de Damasco. Voy a ver a mi hermano y aprovecharé la noche de mi vejez para meditar y reposar un poco a mi espíritu. Ya hice la necesaria notificación al Sanedrín y en el Templo, y creo que dentro de muy pocos días serás promovido para ocupar mi cargo.

El interpelado hizo un ligero gesto de agradecimiento que, por otra parte, trataba de disimular el abatimiento que le corría por su interior.

—Mientras tanto, Saulo, tengo un último pedido que hacerte; Simón Pedro es mi amigo. Esta confesión podrá escandalizarte, pero me siento más tranquilo al decírtelo. Terminó de recibir su visita pidiendo mi intermediación para que el cadáver de la víctima le sea entregado a la iglesia del “Camino”, donde será sepultado con mucho amor. Como soy el intermediario, espero que no rechaces el pedido.

—¿Decís, víctima? —preguntó Saulo, admirado—. La existencia de una víctima implica la actuación de un verdugo y yo no soy verdugo de nadie. Sólo defendí la Ley hasta el fin.

Gamaliel comprendió la objeción y replicó:

—No veas nada que sea incriminatorio en mis palabras. Ni la hora, ni el lugar, se prestan para discusiones. Pero para no faltar a la sinceridad que en

mí siempre conociste, debo decirte, aunque rápidamente, que vengo sacando conclusiones respecto al carpintero de Nazareth. He reflexionado profundamente sobre su obra, que ha sembrado entre nosotros, y estoy bastante viejo y con pocas fuerzas para iniciar cualquier movimiento renovador en el seno del judaísmo. En nuestra existencia llega un momento en que no nos es posible intervenir en los problemas colectivos; sin embargo, debiéramos, a cualquier edad, tratar de iluminarnos y progresar íntimamente. Y es lo que yo voy a hacer. El desierto, con su majestuosidad y aislamiento, siempre fue la seducción de nuestros antepasados. Saldré de Jerusalén, huiré del escándalo que mis nuevas ideas e inquietudes provocarían y buscaré la soledad para encontrar la verdad...

Saulo de Tarso estaba estupefacto. ¡También Gamaliel parecía sufrir la influencia de extraños sortilegios! Sin duda, los hombres del “Camino” lo habían hechizado, eliminándole las últimas energías para seguir luchando por el judaísmo de Moisés y el viejo maestro había capitulado, ¡en una actitud de consecuencias imprevisible! Iba a reprocharle, a discutir, llamándolo a la realidad, cuando el venerado mentor dejó entrever que percibía las vibraciones antagónicas de su espíritu ardoroso y sentenció:

–Ya sé cuál ha de ser el tenor de tu respuesta. Me juzgas un débil, vencido y sin voluntad, pero debes saber que cada cual analiza como mejor puede, pero no deseo entrar en el terreno de las controversias. Estoy aquí para solicitarte únicamente el favor que te mencioné y espero que no me lo niegues. ¿Podré providenciar lo necesario para retirar los despojos de Esteban de inmediato?

Se veía que el joven de Tarso vacilaba, apremiado por un torbellino de pensamientos.

–¡Decídetes, Saulo!... ¡Es lo último que como amigo te pido!.. .

–Concedido –dijo finalmente.

Gamaliel se despidió con un gesto de sincero agradecimiento. Nuevamente fue rodeado por muchos amigos, que trataban de alegrarlo, pero al joven doctor se le veía que estaba muy lejos con sus pensamientos. Inútilmente elevaba la taza para festejar las recordaciones. Los inesperados acontecimientos sólo le habían ofuscado la mente y no podía pensar con libertad. Quería pensar tranquilamente, recogerse a sí mismo para comenzar a examinar las nuevas perspectivas que le deparaba su destino, pero las con-

venciones sociales, los amigos exigentes y atenciones a diversas autoridades, lo tuvieron ocupado hasta casi entrada la noche.

Alegando tener que cambiar su ropa ensangrentada, Abigail se retiró después de la entrevista con Gamaliel.

En la casa de Dalila fue acometida por elevada fiebre, hasta el punto que alarmó a todos los que allí se encontraban.

Al caer la noche, Saulo regresó al hogar de la hermana, donde le comunicaron el estado de la enferma.

Como había resuelto imprimir nuevos rumbos a su vida, trató de encarar los hechos con la mayor naturalidad posible.

Llorando, la joven de Corinto pidió que la volvieran a llevar a la casa de Zacarías, pues recelaba que su enfermedad no terminaba con la fiebre. En vano, Dalila y los parientes trataban de intervenir con recursos afectuosos. La súplica de Abigail al espíritu enérgico de Saulo, consiguió los resultados deseados y el ex discípulo de Gamaliel tomó todas las providencias del caso para satisfacerla.

Bastante entrada la noche, con mucho cuidado, la carreta salía de Jerusalén para el camino de Jope.

Ruth recibió a la joven en brazos, emocionada y afligida. Ella y el esposo recordaban que sólo con la muerte del padre, Abigail había tenido una fiebre tan alta, como la que ahora volvía a tener, que, además, era acompañada por un abatimiento total. Con el ceño cargado, Saulo los escuchaba, esforzándose para disimular la emoción. Y cuando los amigos de la joven la asistían cariñosamente, el futuro rabino se sintió envuelto en un torbellino de ideas antagónicas, y se alejó de la casa de Zacarías con la firme idea de no regresar jamás a Jope.

ABIGAIL CRISTIANA

Desde el martirio de Esteban se había agravado en Jerusalén el movimiento de persecución a todos los discípulos o simpatizantes de la iglesia del “Camino”. Como si fuera tocado por la vara de la alucinación, al sustituir a Gamaliel en las funciones religiosas más importantes de la ciudad, Saulo de Tarso se dejaba fascinar por sugerencias de un fanatismo, que tomaba cariz de crueldad.

Impiadosas represalias se tomaron con las familias que demostraran inclinación y simpatía por las ideas del Mesías Nazareno. La modesta iglesia, donde la bondad de Pedro seguía ayudando a los más desgraciados, era rigurosamente custodiada por soldados, con orden de impedir las prédicas que representaban el blando consuelo de los infelices. Obcecado por la idea de resguardar el patrimonio farisaico, el joven tarsense se dedicaba a los mayores desmanes y tiranías. Hombres de bien fueron expulsados de la ciudad por meras sospechas. Trabajadores honestos y hasta madres de familia eran interrogados en escandalosos procesos públicos, que el perseguidor hacía cuestión de promover. Se inició un éxodo de grandes proporciones, como hacía mucho tiempo no se había visto en Jerusalén. La ciudad comenzó a despoblarse y los trabajadores iban faltando a sus trabajos. Los adeptos del “Camino” habían logrado inculcar en el alma del pueblo las consolaciones para los necesitados y oprimidos. Libre de la prestigiosa advertencia de Gamaliel, que se había retirado al desierto, y sin la cariñosa asistencia de Abigail, que le inspiraba generosos procedimientos de hombre de bien, el futuro rabino parecía enloquecido, como si su pecho y corazón estuvieran resecaos. Inútilmente mujeres indefensas le suplicaban piedad, criaturas indefensas pedían indulgencia por sus padres, inculcados como prisioneros detestables.

El joven de Tarso parecía estar dominado por una indiferencia criminal. Los ruegos más sinceros encontraban en su espíritu a la roca dura, donde todo rebotaba. Incapaz de comprender las circunstancias que le habían transformado los planes y esperanzas de su vida, cargaba al Cristo que no

podía comprender, todas las frustraciones que ahora padecía. Lo odiaría mientras tuviera vida. Como no era posible encontrado para tomar una justa venganza, lo perseguía en la persona de sus seguidores y a través de todos los medios a su alcance. A su forma de ver, era el carpintero anónimo el causante de sus fracasos con el amor de Abigail, que ahora envenenaba su corazón, atormentado por sentimientos extraños, que día a día profundizaba el abismo entre su figura inolvidable y los recuerdos que le eran más apreciados. No había vuelto más a la casa de Zacarías y los amigos del camino de Jope preguntaban por su persona, pero se mantenía irreductible en el círculo egoísta y sofocante que se había creado. De vez en cuando se sentía tomado por una recordación muy singular. Experimentaba la falta de ternura que le brindaba Abigail, cuyo recuerdo jamás se había apartado de su alma. Mujer alguna podía sustituirla en el cariño de su corazón. Entre sus angustias extremas, recordaba la agonía de Esteban, su envidiable paz de conciencia, las palabras de amor y de perdón; en seguida veía a la novia arrodillada implorándole amparo con un particular brillo en sus ojos, llenos de generosidad y súplica. Jamás podría olvidar aquella plegaria angustiada y conmovedora que hiciera al abrazar a su hermano en los últimos instantes de su vida. No obstante la cruel persecución, que lo había transformado en la pieza central contra las actividades de la humilde iglesia del “Camino”, Saulo sentía que sus necesidades espirituales se multiplicaban en su espíritu sediento de consuelo.

Ocho meses de lucha constante pasaron desde la muerte de Esteban, cuando el joven tarsense comenzó a ceder ante la recordación y el amor que le dominaban el alma, resolviendo volver a ver el hermoso paisaje del camino de Jope, donde, por cierto, reconquistaría el afecto de Abigail, a fin de reorganizar todos los proyectos de un futuro dichoso.

Tomó el pequeño carro con el corazón oprimido. ¡Cuántas vacilaciones no había vencido para retornar a la antigua situación, humillando la vanidad del hombre convencionalista e inflexible! La luz crepuscular inundaba el paisaje con la luz dorada. Aquel cielo azul, el verde intenso, la brisa cariñosa de la tarde, eran las mismas. Sintió revivir. Sueños y esperanza continuaban intangibles. Reflexionaba sobre la mejor manera de volver a replantearle la situación a la mujer escogida, sin humillar su vanidad de hombre. Le contaría su desesperación, le diría sobre las noches de insomnio, de la continuidad de su intenso amor, que ninguna circunstancia había

conseguido destruir. Aunque mantuviera firme el propósito de omitir cualquier alusión al carpintero de Nazareth, hablaría a Abigail de su remordimiento por no haberle extendido la mano, en el instante que todas sus esperanzas, de su alma femenina, quedaron aplastadas ante la imprevista y dolorosa muerte de su hermano, en circunstancias tan amargas. Le aclararía los detalles de sus sentimientos. Se referiría a la recordación indeleble de su plegaria angustiada y ardiente, cuando Esteban ingresaba a los umbrales de la muerte. Le atraería hacia su corazón, que jamás la había olvidado, le besaría sus cabellos, formularía nuevos proyectos de amor y felicidad.

Sumergido en tales pensamientos, llegó a la puerta de entrada, reconociendo los hermosos rosales en flor.

El corazón le latía descompasado, cuando Zacarías apareció sorprendido. Un brazo sin mucha iniciativa le fue tendido para formalizar el reencuentro. Abigail fue el objeto de su primera pregunta. Con extrañeza notó que Zacarías entristeció.

–Pensé que algunos de tus amigos te hubiera llevado la desagradable noticia –comenzó diciendo, mientras el joven trataba de escucharlo ansiosamente–. Abigail hace más de cuatro meses enfermó de los pulmones, y para hablar con franqueza, no tenemos esperanza alguna.

Saulo se puso pálido.

–Después que volvió precipitadamente de Jerusalén –prosiguió Zacarías– estuvo más de un mes entre la vida y la muerte. En vano nos esforzamos, Ruth y yo, para devolverle el color de su juventud. La pobrecita comenzó a delirar y al poco tiempo cayó en cama totalmente abatida. Pedí que vinieras con ansiedad, para hacer lo imposible en su beneficio, pero no apareciste. Me daba la impresión que un nuevo ambiente le proporcionaría el restablecimiento de la salud, pero me faltaron los recursos para una iniciativa de esas proporciones.

–Abigail, ¿alguna vez se quejó por mi proceder? –preguntó Saulo, afligido.

–Jamás dijo nada. Además, el regreso inesperado de Jerusalén, la enfermedad rápida y tu injustificable alejamiento de esta casa, era factible para causarnos dudas y recelos. Después de un tiempo, se notaron mejoras positivas y cedió la intensa fiebre, cosa que nos tranquilizó a todos. Explicó la necesidad de tu ausencia, diciendo que tus múltiples ocupaciones y deberes

políticos te sustraían el tiempo, se refirió con gratitud al recibimiento que tus familiares le habían brindado y cuando Ruth, para fortificarla, calificó de ingrato tu procedimiento, ella fue la primera en defenderte.

Saulo quiso decir alguna cosa, en la pausa que hizo Zacarías, pero nada le venía a la mente. La emoción que le causó la nobleza espiritual de su novia amada, le anulaba las ideas.

—A pesar de su esfuerzo para tranquilizarnos —continuó Zacarías—, tenemos la impresión que nuestra hija adoptiva se halla dominada por profundos disgustos, que trata de ocultar. Ni bien podía moverse, visitaba los durazneros a la misma hora que lo hacía contigo. Al principio mi esposa la sorprendió llorando en la soledad de la noche, pero en vano pudimos sondearla en la intimidad de sus pensamientos. El único motivo que alegaba era, justamente, su enfermedad, que comenzaba a minarle todo el organismo. Al poco tiempo estuvo entre nosotros durante una semana, un pobre viejo llamado Ananías. Desde ese momento, se dio un hecho extraño: Abigail lo encontraba en la casa de nuestros empleados y todas las tardes se detenía para escucharlo por horas enteras, manifestando, desde ese entonces hasta el presente, mucha fortaleza espiritual. Al despedirse el pobre mendigo, le dio como recuerdo algunos pergaminos con las enseñanzas del famoso carpintero de Nazareth...

—¿Del carpintero? —preguntó Saulo, evidentemente contrariado—. ¿Y después?

—Se volvió dedicada lectora del llamado Evangelio de los galileos. Consideramos que era conveniente apartarla de semejante novedad espiritual, pero Ruth manifestó que ahora, ésa era su única distracción. En efecto, desde que comenzó a hablar del discutido Jesús de Nazareth, observamos que Abigail se llenó de un gran consuelo. El hecho es que no la vimos llorar más, pero no logramos ver que cambiara su cara de sufrimiento y amargura. Su conversación, desde ese momento, pareció haber tenido una inspiración diferente y superior. El dolor la transformó de tal forma, que interiormente parecía dichosa. Y habla de ti con un amor cada vez más puro. Da la impresión que descubrió, en los escondrijos del alma, la energía de una nueva vida...

Después de un suspiro, Zacarías terminó diciendo:

—Sin embargo, con todo eso, el cambio no alteró la marcha de la enfermedad, que la devora despacito. Día a día la vemos encaminarse para la tumba, como flor que es movida por el fuerte viento.

Saulo manifestaba patente angustia. Penosa emoción le revolvía su alma. ¿Cómo definirse? Su espíritu estaba aplastado por el peso de amargos interrogantes. Al final, ¿quién era aquel Jesús, que lo tenía presente por todas partes? El interés de Abigail por el Evangelio perseguido hablaba bien claro de la victoria del carpintero Nazareno, que contrastaba con los sueños de su juventud.

—Zacarías —preguntó irritado el doctor de Tarso—, ¿por qué no impediste semejante contacto? Esos viejos hechiceros recorren los caminos diseminando la confusión. Me sorprende esa condescendencia, porque nuestra fidelidad a la Ley no lo admite o, por lo menos, nunca se debería admitir transigencias.

El interpelado recibió la recriminación con serenidad y agregó:

—Antes de nada, es importante considerar que he pedido, en vano, que te hicieras presente a fin de orientarme. Y además, ¿quién tendría coraje para ocultar el remedio al enfermo amado? Desde que le vi la resignada santificación, me hice el propósito de no referirme más a sus nuevos puntos de vista en materia de creencia religiosa.

Y como Saulo estaba sumergido en raros pensamientos, sin saber qué responder, el buen hombre remató la conversación diciendo:

—¡Ven conmigo y lo verás con tus propios ojos!...

El joven doctor le siguió los pasos tambaleante. Las ideas se le mezclaban en su cerebro dolorido. Aquellas noticias inesperadas le envenenaban el corazón.

Reclinada en la cama, asistida por el afecto materno de Ruth, la joven de Corinto tenía en su semblante la muestra de su profundo abatimiento. Muy delgada, con la piel color de marfil, pero el mirar lúcido, indicaba que tenía absoluta calma espiritual. Cariñosa serenidad tenía impresa en su fisonomía entristecida. De vez en cuando renovaba sus accesos de tos, faltándole el aire, soportándolo con prolongada aflicción, luego se volvía para la ventana abierta, como si de allí esperara el remedio para su cansancio, a través de la brisa fresca que llegaba de la generosa naturaleza.

Saulo, al verla, no disimuló su sorpresa. La joven, a su vez, recibió con júbilo la hermosa sorpresa, demostrando su sincera y desbordante alegría.

Recordaciones afectuosas se intercambiaron entre ambos, mientras que los ojos dejaban entrever con qué inmensa ansiedad habían esperado aquel

momento. El futuro rabino le acarició sus delicadas manos, que ahora parecían modeladas como las de un ángel. Hablaron de las esperanzas que los alentó, antes del reencuentro. Zacarías y Ruth notaron que deseaban quedarse a solas, para confidenciar sus intimidades, por lo cual se apartaron discretamente.

–¡Abigail! –exclamó Saulo conmovido, luego que se vieron a solas–. ¡Abdiqué de mi orgullo y vanidad de hombre público para venir a verte y preguntarte si me perdonaste y no me olvidaste!

–¿Olvidarte? –respondió Abigail con ojos humedecidos–. Por larga y dura que sea la estación del ardiente verano, la hoja del desierto no podría olvidar la benéfica lluvia que le dio la vida. Y no me hables de perdón, pues, ¿alguien podría perdonarse a sí mismo? Y nosotros, Saulo, pertenecemos uno para el otro por toda la eternidad. ¿No me dijiste muchas veces, que yo era el centro de tu cerebro?

Oyendo el timbre cariñoso de aquella amada voz, el joven de Tarso se conmovía hasta sus entrañas, a pesar que era arrebatado y ardiente. Aquella humildad y aquel tono de ternura le penetraban en el corazón, reconquistándole el discernimiento para el camino recto.

Reteniendo las delicadas manos de Abigail, exclamó con un brillo de alegría en sus ojos:

–¿Por qué me dices que “eras el centro”, si aún has de serlo para siempre? Dios bendecirá nuestras esperanzas. Realizaremos nuestro ideal. Vine para llevarte conmigo. ¡Tendremos un hogar y tú serás la reina!...

Dominada por indefinible alegría, la novia, que lo contemplaba con lágrimas en los ojos, murmuró:

–¡Desconfío, Saulo, que los hogares de la tierra no fueron hechos para nosotros!... ¡Dios sabe con qué ardiente deseo hubiera sido la madre cariñosa de tus hijos y cómo mantuve el ideal, por encima de todas las circunstancias, para llegar a hermosear tu existencia con mi cariño! Desde muy niña, en Corinto, vi a ciertas mujeres que destruían los tesoros del cielo, simbolizados en el amor del esposo y de los hijitos, y pensaba que el Señor me concedería el mismo patrimonio de esperanzas divinas, pues esperaba las bendiciones del santuario doméstico para glorificarlo con todo mi corazón. Para exaltarlo, idealicé la vida del hombre amado, que me ayudaría a levantar el altar de la familia. Siendo así, llegaste tú y organicé grandes pla-

nes para llevar una vida santa y venturosa, en donde ambos pudiéramos honrar a Dios.

Saulo la escuchaba conmovido. Nunca le había observado tanta profundidad de raciocinio y lucidez con aquel tono de tranquilidad y ternura.

–Pero el Cielo –prosiguió resignada– me quitó las posibilidades de semejante ventura en la tierra. En los primeros días de mi soledad, visitaba los lugares que recorrí contigo, como deseando encontrar la ayuda de tu afecto. Los árboles que tanto nos gustaban, parecían decir que nunca más volverías y la noche amiga me aconsejaba olvidar. La luna, que me enseñaste a quererla tanto, recrudecía mis recuerdos y aniquilaba mis esperanzas. De los paseos que hacía cada noche, regresaba con lágrimas en los ojos, hijas de la desesperación que sentía mi corazón. Inútilmente trataba de encontrar tus palabras confortadoras. Me sentía totalmente sola. Para recordar y seguir tus consejos, no olvidaba que me habías llamado la atención sobre la amistad de Zacarías y Ruth, aquella última vez que nos vimos. Es verdad que no tengo otros amigos más fieles y generosos que ellos, sin embargo, no podría darle más peso en su vida, de lo que realmente ahora soy. Evité, entonces, confiarles mis angustias. En los primeros meses de tu ausencia, me amargué y no tuve consuelo para mi gran desdicha. Fue entonces, que vino por aquí un viejito respetable, llamado Ananías, que me hizo conocer las luces sagradas de la nueva revelación. Conocí la historia del Cristo, el Hijo de Dios Vivo, devoré su Evangelio de Redención y me rehice en sus sanos ejemplos. Desde ese momento, comencé a comprenderte mejor y conocí mi propia situación.

Súbito acceso de tos le cortó su narrativa.

Las palabras de la novia le caían en el corazón como gotas de hiel. Nunca había experimentado dolor moral tan agudo. Ante la sinceridad natural y el cariño dulce a través de aquella confesión, se sentía tomado por acerbos remordimientos. ¿Cómo había podido abandonar de esa forma a la amada de su corazón, olvidando la fidelidad y el amor? ¿Dónde había encontrado tamaña dureza de espíritu para olvidar deberes tan sagrados? Ahora la encontraba agotada y desilusionada para realizar en la tierra los sueños de su juventud. Pero, por sobre todas las cosas, el odiado carpintero parecía haber tomado su lugar en el corazón de la novia amada. En aquel momento, no sólo sentía deseos de arrasar la doctrina y a sus adeptos, sino que sentía celos del carpintero. ¿De qué poderes disponía el Nazareno os-

curo y martirizado en la cruz, para conquistar los sentimientos más puros de su novia?

–Abigail –dijo conmovido–, abandona esas ideas tristes que pueden envenenar los sueños de nuestra juventud. No te entregues en manos de las ilusiones. Renovemos nuestras esperanzas. Dentro de muy poco estarás restablecida. Sé que me perdonaste la muerte de tu hermano y mi familia te recibirá en Tarso con verdadera alegría. ¡Seremos felices, muy felices!...

Sus ojos parecían observar una región de sueños deliciosos, tratando de reavivar en el corazón amado los proyectos de felicidad terrena.

Ella, sin embargo, mezclando sonrisas y lágrimas, agregó:

–Francamente, querido, ¡yo también desearía revivir!... Ser tuya, planear tus sueños de juventud, inventar nuevas estrellas para el cielo de tu existencia, ¡todo eso formó mi ideal de mujer!... ¡Ah!, si pudiera, buscaría a tus familiares con amor y los conquistaría de todo corazón, al precio de un gran afecto, pero presiento que los planes de Dios son diferentes, en lo que respecta a nuestros destinos. ¡Jesús me llamó para integrarme a su familia espiritual!...

–¡Ay de mí! –exclamó Saulo cortándole la palabra–. ¡En todas partes me encuentro con las expresiones del carpintero de Nazareth! ¡Qué castigo! No repitas semejante cosa. Dios no sería justo si te apartara de mi afecto. ¿Quién podría, fuera de ese Cristo, interponerse a nuestros planes?

Abigail lo miró suplicante y le habló:

–Saulo, ¿de qué te vale la desesperación? ¿No es mejor inclinarnos con paciencia a los sagrados designios? No alentemos dudas perjudiciales. Esta cama es de meditación y muerte. La sangre, muchas veces me vino a la boca, anunciándome el fin. Pero nosotros creemos en Dios y sabemos que ese fin es apenas corporal. Nuestras almas no mueren y nos amaremos eternamente...

–No estoy de acuerdo –respondió Saulo extremadamente afligido–; esas presunciones son el fruto de enseñanzas absurdas, provenientes de ese Nazareno fanático que murió en la cruz, en medio de la humillación y la cobardía. Nunca fuiste melancólica y desalentada, solamente los sortilegios de los galileos pudieron convencerte de tales y absurdos augurios. ¡Trata de razonar por ti misma! ¿Qué te dio el crucificado fuera de tristeza y desolación?

–¿Te engañas, Saulo! No me siento desanimada, pero sí convencida de la imposibilidad de mi ventura terrena. Jesús no fue un maestro vulgar, fue el Mesías que dio la consolación y la vida. Su influencia me renovó las fuerzas, me llenó de buen ánimo y verdadera comprensión de los designios supremos. Su Evangelio de perdón y amor, es el tesoro divino de los sufrientes y desheredados del mundo.

El joven no conseguía disimular la irritación que le embargaba el alma.

–Siempre el mismo refrán –dijo confuso–, en todos lados la misma afirmativa de ver por los sufrientes e infelices, por los enfermos e infortunados. Las tribus de Israel no se forman únicamente de criaturas de esas condiciones. ¿Y los hombres de valor que forman el pueblo elegido? ¿Y las tradicionales y respetuosas familias? ¿Están, acaso, fuera de la influencia del Salvador?

–He leído todas las enseñanzas de Jesús –respondió la joven con firmeza– y creo comprender tus objeciones. El Cristo, cumpliendo con la sagrada palabra de los profetas, nos reveló que la vida es un conjunto de nobles preocupaciones del alma, a fin de que marchemos hacia Dios por los caminos rectos. No podemos concebir al Creador como a un juez ocioso y aislado, sino como a un Padre que se desvela por beneficiar a todos sus hijos. Los hombres de valor a que te refieres, deberían ser hijos trabajadores, preocupados con el rendimiento de sus tareas, a las que fueron llamados para cumplir, para conformar la felicidad de todos sus hermanos, sin excepción. Pero en este mundo tememos contra nuestras tendencias superiores que se introducen en nuestro interior cual verdaderos enemigos. El egoísmo ataca a la salud, el celo perjudica el mandato divino, como el herrumbre y la polilla inutilizan nuestras más apreciadas cosas materiales. Son muy pocos los que se acuerdan de la protección divina en los días alegres y que están hartos, como son muy raros los que trabajan en bien de sus semejantes cuando viven cómodamente. Ello demuestra que el Cristo es el derrotero para todos y se constituye en el consuelo para los que lloran y orientación para las almas criteriosas, llamadas por Dios a contribuir en las santas preocupaciones del bien.

Saulo estaba impresionado por aquella claridad de raciocinio. La conversación exigía a la enferma un mayor esfuerzo y, por ende, se fatigaba mucho. La respiración se había vuelto difícil y a los pocos instantes la sangre brotaba de su boca en prolongada hemoptisis. Aquel sufrimiento, acom-

pañado de ternura y bondad, conmovía y exasperaba por demás a Saulo. Comprendió que sería impiadoso volver a atacar a ese Jesús nuevamente, que ahora, más que nunca, tenía el deber de perseguir hasta el fin. No quería creer que su Abigail estuviera a la víspera de su muerte. Prefería encarar el futuro con optimismo. Una vez restablecida, la volvería a hacer reflexionar sobre sus antiguos puntos de vista. No toleraría la intromisión del Cristo en el santuario doméstico. Mientras tanto, concluyó pensando que necesitaba dar una tregua a sus antagonísticos pensamientos, para apreciar los problemas esenciales y que hacían parte de su tranquilidad. La joven enferma, después de la crisis que duró largos y tristes minutos, tenía sus grandes y serenos ojos, llenos de lucidez. La contempló en aquel dulce estado de suprema resignación. Saulo de Tarso sintió enternecedoras e íntimas conmociones. Su arrebataador temperamento prontamente se doblegaba ante las expresiones extremas. Se aproximó un poco más a la novia amada, con los ojos humedecidos. Deseaba acariciarla como si fuera una criaturita.

–Abigail –murmuró tiernamente–, no hablemos más de ideas religiosas. ¡Perdóname! Recordemos nuestro venturoso porvenir, olvidemos todo para consolidar las mejores esperanzas.

Y las palabras le brotaban ardientes de emoción. El cariño que demostraba era síntoma de arrepentimiento y fruto de las inspiraciones nobles que le corrían por su alma, ahora, que su espíritu estaba angustiado. Mientras tanto, como si fuera presa de un gran abatimiento por el esfuerzo realizado, la joven de Corinto estaba lánguida y sin mayores deseos de seguir con la conversación, por causa de los accesos de tos que le amenazaban frecuentemente. El novio, preocupado, comprendió la situación y, apretándole las manos, las besó enternecido.

–Necesitas descansar –le dijo con un gran cariño–, no te preocupes por mí. Te ayudaré con todas mis fuerzas. Dentro de muy poco estarás restablecida.

Y después de mirarla lleno de ternura y gratitud, exclamó:

–Volveré todas las noches que pueda alejarme de Jerusalén y cuando puedas caminar, volveremos a ver la luna, allá en el jardín, para que la naturaleza bendiga nuestros sueños, bajo la mirada de Dios.

–Sí, Saulo –dijo pausadamente–, Jesús nos concederá lo mejor. De cualquier forma, estarás presente en mi corazón, siempre, siempre...

El doctor de la Ley iba a despedirse, pero reflexionó que la novia no le había dicho nada con referencia al hermano. La generosidad de aquel silencio lo impresionaba sobremanera. Prefería ser acusado, discutir el hecho con todas las penosas circunstancias que el caso imponía, pues así había un medio de poder justificarse. Pero en vez de reprimendas sólo encontraba caricias, demostrando su joven novia que sabía muy bien ocultar las profundas heridas que le consumían el alma.

—Abigail —exclamó algo vacilante—, antes de partir, quisiera saber con toda franqueza si me perdonas por la muerte de Esteban. Nunca pude comentarte las contingencias que me llevaron a tan triste conclusión, sin embargo, estoy convencido que tu bondad olvidó mi falta.

—¿Por qué me recuerdas eso? —le respondió, esforzándose para mantener su voz firme y clara—. Mi alma ahora está tranquila. Jeziel está con el Cristo y murió dejándote su pensamiento amistoso. ¿Qué podría yo reclamar, si Dios ha sido tan misericordioso conmigo? Aún estoy agradeciendo al Padre, que es justo y bueno, de todo corazón, la dádiva de que haya permitido tu presencia en esta casa. Mucho tiempo hace que le pedía a Dios que no me dejara morir sin antes poder verte y oírte...

Saulo calculó la extensión de aquella generosidad espontánea y sus ojos se llenaron por el llanto. Se despidió. La noche fresca estaba llena de sugerencias para su atormentado espíritu. Nunca había meditado en los insondables designios del Eterno, como en aquel momento en que había recibido tan profundas lecciones de humildad y amor de la mujer amada. En su alma oprimida experimentaba la lucha entre dos fuerzas antagónicas, que trataban de posesionarlo, ya que su corazón era generoso, pero impulsivo.

Entendía que Dios era un Señor poderoso e inflexible. Su voluntad era soberana, a la cual se inclinarían todas las preocupaciones humanas. Pero comenzaba a preocuparle el motivo de sus dolorosas inquietudes. ¿Por qué no encontraba en ningún lugar la paz que tanto anhelaba? Y todavía, aquellas gentes miserables del “Camino” se dejaban llevar a la cárcel, sonrientes y tranquilas. Hombres viejos y enfermos, exceptuados de cualquier esperanza del mundo, soportaban las persecuciones con suma alegría en el corazón. El propio Esteban, cuya muerte le sobrevino como ejemplo inolvidable, lo bendijo por los sufrimientos recibidos por amor al carpintero de Nazareth. Aquellas personas desamparadas gozaban de una tranquilidad que él desconocía. El cuadro de la novia enferma no lo podía apartar de sus

ojos. Abigail era sensible y afectuosa, pero recordaba su ansiedad femenina, la intensidad de su preocupación como mujer, cuando eventualmente no conseguía visitarla con puntualidad en el adorable lugar de la casa, en el camino de Jope. Aquel desconocido Jesús ahora le daba fuerzas por demás a su corazón. Era fácil de ver que la enfermedad terminaba con su vida material, pero también era evidente que sus energías se renovaban en lo concerniente al espíritu. La novia le hablaba como si estuviera poseída de nuevas inspiraciones, aquellos ojos parecían estar contemplando interiormente el paisaje de otros mundos.

Esas reflexiones eran más fuertes y no le daban cabida para volver a admirar a los dones de la naturaleza. Al entrar de nuevo en Jerusalén tuvo la impresión que estaba despertando de un largo sueño. A su frente se encontraba la majestuosa línea del gran santuario. El orgullo de la raza le hablaba más fuerte que el espíritu. Era imposible admitir superioridad a los hombres del “Camino”. Le bastaba la visión del Templo para reencontrar en sí mismo los esclarecimientos que deseaba. A su forma de ver, la serenidad de los discípulos del Cristo provenía, naturalmente, de la ignorancia y de la condición que les daba sentirse adeptos de su nuevo Mesías. Generalmente, los que seguían a los galileos eran aquellos que el mundo había aislado por su decadencia física, por la educación fallida o por el abandono supremo. El hombre de responsabilidad, seguramente no podría encontrar la paz a un precio tan bajo. Se figuró que ya había resuelto el problema. Continuaría la lucha. Contaba con la pronta recuperación de la novia, luego la desposaría y, con facilidad, la disuadiría de las peligrosas y condenadas enseñanzas. Del ámbito de su hogar, proseguiría con la persecución de cuantos olvidaran la Ley y la cambiaran con otros principios ajenos a los de su raza.

Esos raciocinios lo calmaron, en cierta forma, de sus inquietudes.

Al día siguiente, casi al mediodía, un mensajero de Zacarías le golpeaba en la puerta con una noticia grave: ¡Abigail había empeorado, estaba agonizando!

Rápidamente tomó el camino de Jope, ansioso de arrebatar a la bien amada del peligro inminente.

Ruth y el marido estaban desolados. Desde la madrugada, la enferma había caído en penosa postración. Los vómitos de sangre continuaban sin cesar. Diríase que sólo se esperaba la visita del novio para morir. Saulo los escuchó pálido como el mármol. Mudo se dirigió hacia el cuarto, donde el

aire fresco entraba trayendo el mensaje de las flores que llenaban el jardín, que parecía enviar una poética despedida a las manos cariñosas que le habían dado vida.

Abigail lo recibió con un rayo de infinita alegría en sus ojos translúcidos. El tono de marfil de su semblante, se acentuaba rápidamente. El pecho respiraba precipitadamente y el corazón latía sin ritmo. Su expresión general denunciaba que la hora suprema estaba llegando. Saulo se aproximó angustiado. Por primera vez en su vida se sentía tembloroso delante de lo irremediable. Aquel mirar, aquella palidez de mármol, aquella aflicción tocada de angustia, le anunciaba el desenlace. Después de preguntarle por la causa de aquel abatimiento inesperado, le tomó las manos, que sudaban fríamente, característica de los moribundos.

—¿Cómo sucedió, Abigail? —decía perturbado—. Si el otro día te dejé tan esperanzada... ¡Pedí sinceramente a Dios que te curases para mí!...

Extremadamente sensibilizados, Zacarías y su mujer se apartaron.

Viendo que la novia tenía gran dificultad en exponer sus últimas ideas, Saulo se arrodilló a su lado y le cubrió sus manos de besos ardientes. La agonía dolorosa le parecía que era un sufrimiento injustificable, lo comparaba al castigo que un ángel tuviera que pasar por el mismo estado, por determinación del cielo. Él, que tenía el espíritu resecaado por el trato directo con las leyes humanas, sintió el deseo de llorar intensamente por primera vez. Leyéndole la sensibilidad a través de las lágrimas que le caían silenciosamente, Abigail esbozó un gesto de cariño con dificultad extrema. Conocía a Saulo y sabía de la rigidez de su carácter. Aquel llanto revelaba el calvario que por su interior sucedía, pero demostraba un nuevo albor para la vida de su espíritu.

—No llores, Saulo —murmuró con mucha dificultad—, la muerte no es el fin de todo...

—Te quiero conmigo para toda la vida —replicó Saulo deshecho en lágrimas.

—Sin embargo, es preciso morir para vivir verdaderamente —agregó la agonizante, cortando las palabras por su respiración oprimida—. ¡Jesús nos enseñó que la simiente, para dar sus frutos, primero debe morir en la tierra para luego dar sus sazonados frutos!... ¡No te rebelas contra los designios supremos que me arrebatan de tu convivir material! Si nos uniéramos por

el matrimonio, tal vez tuviéramos muchas alegrías, tendríamos un hogar con numerosos hijos, pero destruyendo nuestras esperanzas por una felicidad pasajera en la tierra, Dios nos multiplica los sueños generosos... Mientras esperamos la unión indisoluble, te ayudaré de donde me encuentre y tú te consagrarás al Eterno, en tus esfuerzos sublimes y redentores...

Se podía observar que la agonizante hacía supremos esfuerzos para pronunciar sus últimas palabras.

—¿Quién te da semejantes ideas? —preguntó el joven de Tarso con inmensa angustia.

—Esa noche, después que te fuiste, sentí que alguien se aproximaba y llenó el cuarto de luz... Era Jeziel que venía a verme... Al verle, me acordé de Jesús en el inefable misterio de su resurrección. Me anunció que Dios santificaba nuestros propósitos de ventura, pero que yo sería llevada en el día de hoy a la vida espiritual. Me enseñó a romper el egoísmo de mi alma, me dio mucho ánimo y me dio la grata nueva, ¡que Jesús te ama mucho y tiene depositadas muchas esperanzas en ti!... Entonces reflexioné, que sería de mucha utilidad entregarme en manos de la muerte, pues si yo me quedara en el mundo material, quién sabe si no iría a perturbar la misión que el Salvador te destinó... ¡Jeziel me confirmó que ambos te ayudaremos desde un plano más alto! ¿Por qué, entonces, he de dejar de ser tu compañera?... ¡Seguiré tus pasos en el camino y te guiaré hacia donde se encuentran nuestros hermanos abandonados del mundo y te ayudaré en tus íntimos raciocinios para descubrir siempre la verdad!... ¡Aún no aceptaste el Evangelio, pero Jesús es bueno y te ofrecerá algún medio para que estemos unidos en pensamientos para que haya una verdadera comprensión!...

El esfuerzo de la moribunda había sido inmenso. La voz se había detenido en su garganta. De sus ojos, profundamente lúcidos, las lágrimas corrían abundantes.

—¡Abigail! ¡Abigail! —gritaba Saulo desesperado.

Después de largos minutos de angustiada ansiedad, Abigail manifestó en un arranque supremo:

—Jeziel ya llegó... vino a buscarme...

Instintivamente Saulo comprendió que había llegado el momento fatal. En vano llamó a la moribunda, cuyos ojos se empañaron, infructuosamente le besó las manos heladas, ahora cubiertas de un blanco nieve translúcido.

Como loco gritó llamando a Zacarías y a Ruth. Ruth, sollozante, se abrazó al cuerpo inerte de Abigail, que desde la muerte de su hijo le había entregado todo su amor maternal.

La agonizante fijó su mirada en cada uno de los que la rodeaban, cual expresión de su amoroso agradecimiento. Después... una sola lágrima silenciosa fue su último adiós.

Desde el inmenso jardín llegaba el perfume que brindaba la naturaleza y el cielo crepuscular se tonalizaba con áureos rayos de luz dorada, mientras los pájaros, buscando sus nidos para reposar, cruzaban los aires alegremente...

Pesada amargura se abatió sobre la mansión del camino de Jope. Se había ido al cielo la hija dilecta, la novia amada y amiga cariñosa de las flores y de los pájaros.

Saulo de Tarso se quedó como petrificado, mudo, aplastado, mientras Ruth, bañada en lágrimas, cubría de rosas a la muerta adorada, que parecía dormir tranquilamente.

EN EL CAMINO DE DAMASCO

Durante tres días, Saulo quedó en compañía de los generosos amigos, recordando a la novia inolvidable. Profundamente abatido, buscaba remedio para su íntimo abatimiento, para lo cual contemplaba el paisaje que Abigail tanto había amado. Como triste consuelo para su corazón, trataba de enterarse de las preocupaciones que había tenido la muerta en los últimos tiempos, y con ojos lagrimeantes escuchaba las referencias cariñosas de Ruth. Se acusaba a sí mismo por no haber llegado antes para arrebatarla de la dolorosa enfermedad. Pensamientos amargos lo atormentaban, alcanzándole angustioso arrepentimiento. Finalmente y a pesar de la rigidez de sus pasiones, había roto todas las posibilidades de tener ventura, tal como él la imaginaba. Con la rigurosidad de su persecución implacable, Esteban había encontrado el suplicio terrible, con el orgullo inflexible del corazón, había arrojado a su amada novia en manos de la indeseable muerte. Mientras tanto, no podía olvidar que todas esas coincidencias penosas se las debía a aquel Cristo crucificado, que no podía llegar a comprender. ¿Por qué en todo momento de su vida se enfrentaba con los ejemplos del humilde carpintero de Nazareth, que su espíritu voluntariosamente detestaba? Desde la primera controversia en la iglesia del “Camino” no había conseguido jamás que pasara un solo día sin encontrarlo reflejado en la fisonomía de algún transeúnte, en la amonestación de los amigos, en la documentación oficial de sus diligencias penales o en la boca de los míseros prisioneros. Esteban había muerto hablando con amor sobre él; Abigail, en los últimos instantes, se consolaba al recordarlo y lo invitaba a seguirlo. Por todo ese cúmulo de consideraciones que se le presentaban en su mente cansada, Saulo de Tarso estratificaba su odio personal para el Mesías escarnecido. Ahora que se encontraba solo, enteramente libre de las preocupaciones particulares, de naturaleza aflictiva, buscaría concentrar sus esfuerzos para castigar a cuantos encontrase que estuvieran desviados de la Ley. Juzgándose perjudicado por la difusión del Evangelio, renovarían los procesos de la persecución infamante. Sin otras esperanzas, sin nuevos ideales, ya que le faltaban los fun-

damentos para constituir un hogar, se entregaría en cuerpo y alma a la defensa de la Ley de Moisés, preservando la fe y la tranquilidad de los compatriotas.

En la víspera de su regreso a Jerusalén, vamos a encontrar al joven doctor en una conversación particular con Zacarías, que trataba de escuchado atentamente.

–Al final de cuentas –exclamó Saulo sombríamente preocupado–, ¿quién es ese viejo que consiguió fascinar a Abigail, al punto de abrazar la doctrina extraña del Nazareno?

–Ese hombre –replicó Zacarías, sin demostrar mayor interés– es uno de esos miserables eremitas que se entregan a largas meditaciones en el desierto. Celando por el patrimonio espiritual de la pupila que Dios me confió, indagué sobre su origen y de las actividades que desarrollaba, llegando a la conclusión que se trata de un hombre honesto, pero extremadamente pobre.

–Sea como fuere –objetó el joven doctor con austeridad aún no pude comprender los motivos de tu tolerancia. ¿Cómo no te rebelaste contra el innovador? Tengo la impresión de que las ideas tristes y absurdas de los adeptos del “Camino” contribuyeron decisivamente para la enfermedad que definitivamente padeció la pobre Abigail.

–Pensé en todo eso, pero la actitud mental de la querida muerta se transformó en inmensa consolación después del contacto con ese anacoreta honesto y humilde. Ananías la trató siempre con profundo respeto, la atendió con alegría, no le exigió recompensa alguna y de la misma forma procedió con los empleados, manifestando en todo momento una bondad sin límites. Entonces, ¿es lícito despreciar los beneficios aportados sin ningún interés personal? También es verdad que en la esfera de mi comprensión no podré aceptar otras ideas ajenas a las que nos fueron enseñadas por nuestros abuelos, respetables y generosos, pero juzgué oportuno no quitar el derecho a otros, lo que era objeto de su consuelo más precioso. Tu ausencia, además, me colocó en una difícil situación. Abigail había hecho de tu persona el centro de sus intereses afectivos. Sin comprender las razones que te impulsaron a desaparecer de esta casa, me compadecí de la íntima amargura que se le veía en su rostro. La pobrecita no conseguía ocultar penas ante nuestros amorosos ojos. El encuentro de un remedio era sumamente necesario. Desde la intervención de Ananías, Abigail se transformó y parecía que había convertido todas sus angustias en verdaderas esperanzas, para

restablecer una vida mejor. Aunque estaba enferma, recibía a los mendigos que le hablaban de Jesús, que yo también, como tú, no consigo comprender. Eran amigos de la vecindad, gente simple, con quien ella parecía alegrarse. Observando el mal irremediable que la consumía, Ruth y yo seguíamos todos esos hechos con sumo enternecimiento. ¿Cómo no íbamos a proceder así, si estaba en juego la paz espiritual de la hija dilecta, en los últimos días de su vida? Es posible que aún no consiga entender el sentido de mi conducta sobre el particular, pero en sana conciencia estoy justificado, porque sé que cumplí con mi deber, al no quitarle los recursos que juzgué que eran necesarios para su consuelo.

Saulo lo escuchaba con admiración. La serenidad y ponderación de Zacarías le anulaban los fuertes deseos de reprimendas y severidad de su persona. Las acusaciones veladas sobre su alejamiento de su novia, sin motivos justificados, le penetraban en el corazón con aires de remordimiento.

—Sí —respondió menos áspero—, considero mejor las razones que te llevaron a soportar todo eso, pero no quiero, no puedo y no debo apartarme de los compromisos que asumí para defender la Ley.

—¿A qué compromisos te refieres? —preguntó Zacarías, sorprendido.

—Quiero decir que preciso encontrar a Ananías, para castigarlo como se merece.

—¿Qué significa eso, Saulo? —objetó Zacarías penosamente impresionado—. Abigail acaba de bajar al sepulcro y su espíritu sensibilísimo y afectuoso sufrió profundamente por motivos que ignoramos y que tú tal vez conozcas. El único reconfortamiento que ella encontró fue, justamente, la amistad paternal de ese viejito bueno y honesto, y ¿ahora queréis castigarlo por el bien que nos hizo y a la criatura inolvidable que tuvimos a nuestro amparo?

—Pero, ¿no es la Ley de Moisés lo que está en juego? —respondió el joven tarsense con firmeza.

—Sin embargo —advirtió sensatamente Zacarías—, revisando los textos sagrados no encontré ningún elemento que indique que se debe castigar a quienes nos benefician.

El doctor de la Ley esbozó un gesto de contrariedad a causa de la observación que, con justicia, le hiciera el amigo, pero valiéndose de su capacidad, contestó con sagacidad:

–Una cosa es estudiar la Ley y otra es defender la Ley. En la tarea superior a que me encuentro abocado, estoy obligado a examinar si el bien a primera vista no oculta el mal que condenamos. Ahí reside nuestra divergencia. Tengo que castigar a los desviados, como tú necesitas podar los árboles de tu chacra.

Se hizo un prolongado silencio. Absortos en profunda meditación, separados mental e íntimamente, fue Saulo quien retornó la palabra preguntando:

–¿Desde cuándo Ananías se ausentó de estos lugares?

–Hace más de dos meses.

–¿Y llegaste a conocer el rumbo que tomó?

–Abigail me dijo que había sido llamado a Jerusalén, a fin de consolar a los enfermos de los barrios pobres, dado la situación difícil que se creó por causa de la persecución desencadenada.

–Pues su nefasta influencia será juzgada por las fuerzas de nuestra vigilancia. Regreso a la ciudad mañana y trataré de localizarlo. ¡Ananías no enfermará a ninguna mente más! Jamás llegó a pensar en la reacción que provocó en mi alma, aunque no nos conozcamos personalmente.

Zacarías no consiguió ocultar su disgusto y agregó:

–En la simplicidad de mi vida rural no puedo sacar conclusiones sobre la verdad respecto a las luchas religiosas de Jerusalén, pero como se trata de problemas inherentes a tus intereses profesionales, no debo entrometerme en las providencias que has de tomar y que convengan al caso.

Saulo se quedó largo tiempo callado y pensativo, para luego imprimir nuevos rumbos a la conversación.

Al día siguiente, muy consternado, regresó a la ciudad ansioso por llenar el vacío que tenía en su corazón, perdido en los laberintos de sus horas libres. A ninguno le hizo saber de la amargura que corría por su alma. Se cerró en un mutismo absoluto, retomando las funciones religiosas con semblante cargado.

Al promediar la mañana se encontró en el Sanedrín e interrogó al ayudante de servicio con vivacidad:

–Isaac, ¿cumpliste mis órdenes para los informes que te encargué?

–Sí, señor, encontré entre los prisioneros a un jovencito que conoce al viejo Ananías.

–Muy bien –dijo el doctor de Tarso evidentemente satisfecho–, ¿y dónde vive el tal Ananías?

–¡Ah!, eso no lo quiso decir, a pesar de haberle insistido. Alegó que no sabía.

–Mientras tanto, es muy posible que esté mintiendo –agregó Saulo con rencor–. Esos hombres son capaces de todo. Arregla todo para que ese joven se presente aquí cuanto antes. Yo sabré cómo arrancarle la verdad.

Como quien ya conocía las decisiones irrevocables, Isaac obedeció con humildad. Al cabo de un par de horas, dos soldados entraron en la sala acompañados por un joven de aspecto miserable. Sin mayor miramiento ordenó que fuera conducido a la sala de castigos, donde iría a conversar con el prisionero dentro de unos minutos.

Terminada la escritura sobre algunos papiros, se dirigió con resolución a la sala donde estaba el joven prisionero. En esa sala estaban alineados los instrumentos de tortura que eran utilizados para las persecuciones político-religiosas, que envenenaban a Jerusalén en la época.

Después de sentarse, enfáticamente el joven de Tarso preguntó al jovencito con aspereza:

–¿Cuál es tu nombre?

–Matatías Johanan.

–¿Conoces al viejo Ananías, pregonador ambulante de la iglesia del “Camino”?

–Sí, señor.

–¿Desde cuándo?

–Lo conocí a la víspera de mi encarcelamiento, que fue hace un mes.

–¿Y dónde vive ese adepto del carpintero de Nazareth?

–No lo sé –exclamó el interpelado con voz tímida–. Cuando lo conocí vivía en un barrio pobre de Jerusalén, donde enseñaba el Evangelio. Pero Ananías no tenía lugar fijo. Vino de Jope y paró un poco de tiempo en cada aldea, donde pregonaba la verdad sobre Jesús Cristo.

El joven tarsense no prestó atención a la actitud humilde del jovencito y frunciendo el entrecejo, agregó amenazadoramente:

–¿Tú crees que debes mentir a un doctor de la Ley?

–Señor, yo lo juro... –decía el joven ansiosamente.

Saulo no se dignó fijarse en el gesto suplicante. Dirigiéndose a uno de los guardias, exclamó impasible:

–Julio, no tenemos tiempo que perder. Necesito la información necesaria. Aplícale el tormento de las uñas. Aseguro que por ese procedimiento no proseguiré ocultando la verdad.

La orden fue prontamente cumplida. Afiladas puntas de acero fueron sacadas de un gran armario. En pocos instantes, Julio y el compañero, después de atar al jovencito a un rústico tronco, le aplicaron los instrumentos puntiagudos en las puntas de los dedos, provocándole gritos aterradores. Los verdugos lo escuchaban con indiferencia. Cuando la sangre comenzó a brotar de la uña arrancada violentamente, la víctima gritó a más no poder:

–Por piedad... ¡Confesaré todo, diré dónde está!... ¡Tened compasión de mí!...

Saulo ordenó suspendieran la tortura por unos momentos para escuchar las declaraciones.

–Señor –agregó el infeliz entre lágrimas–, Ananías no se encuentra en Jerusalén. En nuestra última reunión, tres días antes de ser encarcelados, el viejo discípulo del Evangelio se despidió, diciéndonos que se radicaría en Damasco.

Aquella voz era el eco de profundas amarguras contenidas en un corazón joven, pero lleno de penosas desilusiones de la vida. Saulo, sin embargo, no parecía tener ojos para ver esos sufrimientos conmovedores.

–¿Es todo cuanto sabes? –preguntó secamente.

–Lo juro –volvió a decir el joven humildemente.

Delante de aquella afirmación categórica, sincera por la inflexión de la voz, a la vez que triste, el doctor de la Ley se dio por satisfecho, ordenando encerrar al prisionero en el calabozo.

De ahí a dos días, el joven doctor convocó a una reunión en el Sanedrín, a la cual atribuía singular importancia. Los colegas concurrieron al llamado, sin excepción. Abiertos los trabajos, el doctor de Tarso aclaró el motivo de la convocatoria.

–Amigos –declaró enfáticamente–, hace tiempo que teníamos que reunirnos para examinar el carácter de la lucha religiosa que se creó en Jerusa-

lén con las actividades de los adeptos del carpintero de Nazareth. Felizmente, nuestra intervención llegó a tiempo para evitar grandes males, dado la astucia de los falsos taumaturgos provenientes de la Galilea. A costa de grandes esfuerzos, la atmósfera cargada fue bajando de tono. Es verdad que las cárceles de la ciudad están llenas de presos, pero la medida se justifica, porque es indispensable reprimir el instinto revolucionario de las masas ignorantes. La llamada iglesia del “Camino” restringió sus actividades y la asistencia a los enfermos desamparados. Nuestros humildes barrios ahora están en paz. Volvió la serenidad para proseguir con nuestros trabajos en el Templo. Mientras tanto, no se puede decir lo mismo respecto a las ciudades vecinas. Mis consultas a las autoridades religiosas de Jope y Cesarea dan a conocer los disturbios que los adeptos del Cristo vienen provocando, con serios perjuicios para el orden público. Además de incumbirnos el saneamiento en esos núcleos de las ciudades vecinas, ahora me llegan noticias alarmantes de Damasco, requiriendo medidas urgentes e inmediatas. Se introdujeron en la ciudad peligrosos elementos. Un viejo llamado Ananías está perturbando la vida de cuantos necesitan de la ansiada paz en las sinagogas. No es justo que el más alto tribunal de la raza se desinterese de las colectividades israelitas de otros sectores. Propongo, entonces, que extendamos el beneficio de esa campaña a otras ciudades. Para ese fin, ofrezco todo cuanto en lo personal poseo, sin gasto alguno para la causa que servimos. Sólo me bastará el necesario documento de habilitación para accionar sobre los recursos que me parezcan más apropiados, inclusive la pena de muerte, cuando la juzgue necesario y oportuna.

La propuesta de Saulo fue recibida con admiración y simpatía. No faltó quien propusiera un voto de confianza por el celo demostrado, que fue recibido con un aplauso unánime por la reducida asamblea. Faltaba la palabra de un facultado como lo había sido Gamaliel; el sumo sacerdote, impulsado por la aclamación, no vaciló en conceder las cartas indispensables para que el joven doctor, debidamente autorizado, procediera a voluntad. Los presentes abrazaron al joven rabino y ponderaron su voluntad férrea y espíritu de acción. Francamente, aquella mentalidad joven y vigorosa constituía el cuño de lo que sería un futuro mayor, con la emancipación política de Israel. Blanco de las referencias lisonjeras y estimulantes de los amigos, Saulo de Tarso tocaba en firme el orgullo de la raza, esperanzados en los días futuros. La verdad, es que sufría amargamente con la derrota de los sueños de su juventud, pero emplearía la soledad de su existencia en las luchas, que para él eran sagradas y al servicio de su Dios.

Una vez en su poder las cartas de habilitación, en cooperación con las sinagogas de Damasco, aceptó la compañía de tres varones respetables, que se ofrecieron para acompañarlo en calidad de servidores íntimos, a la vez que grandes amigos.

Después de tres días la pequeña caravana salió de Jerusalén para la extensa planicie de Siria.

En la víspera de la llegada, casi al término del viaje, difícil y penoso, el joven tarsense sentía que sus recuerdos se agravaban, pues acudían a su mente en cualquier instante. Fuerzas secretas le imponían profundos interrogantes. Su mente involuntariamente regresaba a los sueños de su juventud. Su alma trataba de responder a ciertas preguntas, que para su criterio no tenían la contestación adecuada. Desde la adolescencia buscaba una paz interior que no encontraba. Tenía deseos de estabilizarse para realizar su carrera. ¿Dónde encontrar aquella serenidad, que tan pronto había sido el objeto de sus apreciaciones más íntimas? Los Maestros de Israel preconizaban, que para conseguirla, debía tenerse observancia integral a la Ley. Pero, ¿quién más que su persona había guardado respeto absoluto a esos principios? Desde los impulsos iniciales de la juventud, rechazó el pecado. Se había consagrado al ideal de servir a Dios con todas sus fuerzas. No dudó jamás de ejecutar todo aquello que consideraba un deber, ni aun en las situaciones más violentas. Era incuestionable que tenía numerosos admiradores y amigos, pero también era verdad, que tenía poderosos adversarios debido a su carácter inflexible en el cumplimiento de las obligaciones que consideraba sagradas. Entonces, ¿dónde debería buscar la paz tan deseada? Por más energías que empleara, veía que no daban el resultado buscado. Su vida estaba señalada por ideas poderosas, pero en lo íntimo, luchaba con antagonismos irreconciliables. Las nociones de la Ley de Moisés parecía que no eran suficientes para aplacar su sed devoradora. Los enigmas del destino se le aferraban a su mente. El misterio del dolor y de los destinos diferenciados lo sumían en enigmas insolubles y sombrías interrogaciones. ¡Mientras tanto, aquellos adeptos del carpintero crucificado, ostentaban una serenidad desconocida! Alegar ignorancia sobre los problemas más graves de la vida no prevalecía, pues era el caso de Esteban, que siendo una inteligencia poderosa, demostró, al morir, una paz impresionante, acompañada de valores espirituales que infundían asombro a la generalidad.

Por más que sus compañeros le llamaran la atención porque se divisaba a lo lejos la ciudad de Damasco, Saulo no podía desechar de su interior la tremenda batalla que se había establecido. Parecía no ver los camellos que se arrastraban pesadamente bajo el sol ardiente del mediodía. Inútilmente fue invitado a comer algo. Se detuvo por unos minutos en un pequeño y delicioso oasis, esperó que sus compañeros terminaran de refrescarse y prosiguió la marcha, absorbido por la intensidad de sus pensamientos.

El mismo no conseguía explicarse qué le estaba pasando. Su reminiscencia llegaba hasta los períodos de la primera infancia. Todo su pasado de trabajo lo veía claramente en aquel examen introspectivo. Entre todas las figuras de los familiares, el recuerdo de Esteban y de Abigail se destacaban, como solicitándole mayores raciocinios. ¿Por qué los dos hermanos de Corinto habían tenido tanta ascendencia sobre los problemas de su ego? ¿Por qué había esperado la llegada de Abigail en medio de los caminos de su juventud, para idealizar una vida pura y sana? Recordaba a sus amigos más eminentes, y en ninguno de ellos encontró cualidades morales semejantes a la del progenitor del “Camino”, que afronta su autoridad político-religiosa delante de Jerusalén. Ese pregonador llamado Esteban, que había desestimado la humillación y la muerte, para morir más tarde, a la vez que lo bendecía por las resoluciones que había tomado, inclusive, lo había perdonado en medio de una paz asombrosa. ¿Qué fuerza los estaba uniendo en los laberintos del mundo, para que su corazón nunca más lograra olvidarlos? La verdad dolorosa es que se encontraba sin paz interior, no obstante la conquista y goce de todas las prerrogativas y privilegios entre los pares más destacados de su raza. Enfilaba en su pensamiento las jóvenes que había conocido en el transcurso de su vida y ninguna podía compararla con las características de Abigail, que sabía adivinarle los más recónditos deseos. Atormentado por esas indagaciones profundas que le absorbían la mente, pareció que estaba despertando de una gran pesadilla. Debía ser el mediodía y el paisaje le definía los contornos de Damasco, cúpulas cenicientas y grandes plantaciones se veían a lo lejos. Bien montado, haciendo gala de un hombre habituado a los deportes, Saulo iba al frente en actitud dominante.

A cada instante, cuando mal despertaba de sus angustiosas apreciaciones, se sentía envuelto por luces diferentes a la tonalidad peculiar del sol. Tenía la impresión que el aire se transformaba en una especie de cortina,

que ejercía una presión invisible y poderosa. Íntimamente consideraba que estaría padeciendo de una especie de vértigo, por causa del esfuerzo mental realizado, que era doloroso por demás. Quería volverse, pedir ayuda a sus compañeros, pero no los veía.

—¡Jacob!... ¡Demetrio!... ¡Ayúdenme!... —gritó desesperadamente.

La confusión de los sentidos le quitó la noción del equilibrio y cayó del animal, para dar contra la ardiente arena. La visión, mientras tanto, parecía dilatarse hasta el infinito. Otra luz le afectaba los ojos deslumbrados, y en el camino que la atmósfera límpida le ofrecía en aquel momento, vio surgir la figura de un hombre de majestuosa belleza, dándole la impresión que bajaba desde el cielo e iba a su encuentro. Su túnica estaba confeccionada con puntos luminosos, sus cabellos llegaban graciosamente a sus hombros, a la nazarena, sus ojos magnéticos, llenos de simpatía y amor, iluminando la fisonomía grave y tierna, donde se notaba una divina tristeza.

El doctor de Tarso lo contemplaba con profundo asombro, entonces fue que oyó una voz que fue imposible de olvidar jamás y que provenía de ese ser desconocido:

—¡Saulo! ... ¡Saulo!... ¿Por qué me persigues?

El joven tarsense no sabía que se encontraba instintivamente de rodillas. Sin poder definir lo que estaba pasando, sintió que su corazón latía angustiosamente. Incoercible sentimiento de veneración se apoderó de todo su ser. ¿Qué significaba aquello? ¿De quién era la majestuosa figura que viera en el abierto firmamento y cuya presencia le había inundado el corazón de emociones desconocidas?

Mientras los compañeros rodeaban al joven arrodillado, sin que oyeran ni vieran nada, no obstante, habían percibido, al principio, una gran luz en lo alto, a su vez, Saulo preguntaba con voz temblorosa y receloso:

—¿Quién sois, Señor?

Aureolado de una luz sedante y en un tono de inconcebible dulzura, el Señor le respondió:

—¡Yo soy Jesús!

Entonces, se pudo ver al orgulloso e inflexivo doctor de la Ley inclinarse hasta el suelo, en copioso llanto. Diríase que el apasionado rabino de Jerusalén hubiera sido herido de muerte, y que experimentó en un solo mo-

mento el derrumbe de todos los principios que le habían formado el espíritu y que fuera el norte de su vida hasta ese momento. ¡Delante de sus ojos tenía, ahora sí, a aquel gran Cristo, magnánimo e incompreso! ¡Los pregonadores del “Camino” no estaban ilusionados! ¡Las palabras de Esteban eran la verdad más pura! La creencia de Abigail era la senda real. ¡Aquél era el Mesías! La historia maravillosa de su resurrección no era un recurso legendario para fortificar las energías del pueblo. ¡Sí, él, Saulo, lo había visto con el esplendor de sus glorias divinas! Y qué amor debería animarle el corazón, para ir a su encuentro en los desiertos caminos, nada menos que a él, que se vanagloriaba de ser el perseguidor implacable de sus discípulos más fieles... En la expresión sincera de su alma ardiente, consideró todo lo acontecido en un fugaz minuto. Experimentó invencible vergüenza de su pasado. Un torrente de lágrimas parecía que le iba lavando la amargura del corazón. Quiso hablar, castigarse, clamar por sus grandes desilusiones, protestar y declarar fidelidad y dedicación al Mesías de Nazareth, pero la contrición sincera del espíritu arrepentido y dilacerado le perturbaba la voz.

Fue entonces, cuando notó que Jesús se le acercó, y contemplándolo cariñosamente le tocó los hombros con ternura, diciéndole con inflexión paternal:

—¡No resistas contra los aguijones!...

Saulo comprendió. Desde el primer encuentro con Esteban fuerzas profundas lo impulsaban a cada instante y en cualquier parte, a la meditación de las nuevas enseñanzas. El Cristo lo había llamado por todos los medios y de todas las formas.

Sin que lograran entender la grandeza divina de aquel instante, los compañeros de viaje lo vieron llorar desconsoladamente.

El joven de Tarso sollozaba. Ante la expresión dulce y persuasiva del Mesías Nazareno, consideraba el tiempo perdido en medio de caminos escabrosos e ingratos. De ahora en adelante necesitaba reformar sus pensamientos, la visión del Jesús resucitado ante sus ojos mortales, le renovó integralmente sus concepciones religiosas. En verdad, el Salvador se había apiadado de su corazón, leal y sincero, consagrado al servicio de la Ley y había descendido de su gloria para extenderle las manos divinas. Él, Saulo, era la oveja perdida en medio del camino escabroso. Jesús era el pastor amigo que se dignaba cerrar los ojos ante las espinas ingratas para salvarlo cariñosamente. En un rápido instante, el joven rabino consideró la exten-

sión de aquel gesto de amor. Las lágrimas le brotaban de su corazón amargado, como si fuera la linfa de una fuente desconocida. Allí mismo, en el santuario augusto del espíritu, hizo la promesa de entregarse a Jesús para siempre. De pronto, recordó las pruebas rígidas y dolorosas que debía enfrentar. La idea de un hogar había muerto con Abigail. Se sentía agobiado. De ahora en adelante se entregaría al Cristo como un simple esclavo de su amor. Y haría todo lo posible para probarle que sabía comprender su sacrificio, defendiéndolo en la senda oscura de las iniquidades humanas, en aquel instante decisivo de su destino. Bañado en llanto, como nunca le había sucedido en su vida, hizo en aquel lugar, ante la mirada atónita de sus compañeros, su primera profesión de fe, bajo el aplastante calor del mediodía.

–Señor, ¿qué queréis que haga?

Aquella alma resuelta, en el trance de una capitulación total e incondicional, humillada y herida en sus principios más estimados, daba muestras de su nobleza y lealtad. Había encontrado la revelación mayor, en base al amor que Jesús le demostró solícito. Saulo de Tarso no escogió tarea alguna para servirlo, en la renovación de sus esfuerzos. Se entregó en cuerpo y en alma, como si fuera el más pequeño de los siervos y le preguntaba al Maestro, con humildad, qué deseaba de su cooperación.

Fue ahí, que entonces Jesús lo contempló amorosamente y le dio a entender de la necesidad que los hombres debieran armonizarse en el trabajo común, en el amor universal y en su nombre, para terminar diciéndole:

–¡Levántate, Saulo! ¡Entra en la ciudad y te será dicho lo que es conveniente hacer!...

A partir de ese momento, el joven tarsense no percibió más la figura amorosa, pero le quedó la impresión de estar sumergido en un mar de sombras. Prosternado, continuaba llorando, causando piedad a sus compañeros. Restregose los ojos, como quien desea quitarse una venda que le oscurecía la vista, pero sólo consiguió tantear en medio de las densas nieblas. A los pocos instantes comenzó a percibir la presencia de sus amigos, que estaban comentando la situación creada:

–Por fin, Jacob –decía uno de ellos, demostrando una gran preocupación–, ¿qué hacemos ahora?

–Yo encuentro que lo mejor que podemos hacer –decía el interpelado–,

es enviar a Jonás a Damasco, y que trate de encontrar ayuda propicia para el caso.

–Pero, ¿qué le habrá pasado? –preguntaba el viejo respetable, que respondía por Jonás.

–No lo sé muy bien –aclaró Jacob, impresionado–; al principio, noté una intensa luz en el cielo y rápidamente escuché que Saulo pedía ayuda. No tuve tiempo de ayudarlo, porque al instante se cayó del animal, sin dar tiempo a nada.

–Lo que me preocupa –agregó Demetrio– es ese diálogo con las sombras. ¿Con quién conversaría? Escuchamos su voz, pero no vimos a nadie que pasara en ese instante. ¿Qué pasaría en ese momento, que hasta ahora no podemos comprender?

–Mira, ¿no ves que el jefe parece estar delirando? –objetó Jacob prudentemente–. Los grandes viajes en medio del sol abrasador acostumbran castigar a los cuerpos mejor formados y resistentes. Además, desde la mañana Saulo parecía estar pensativo y enfermo. No se alimentó y enflaqueció con el esfuerzo realizado en estos días tan aciagos que venimos atravesando desde Jerusalén con tantos sacrificios. A mi manera de ver –concluyó, inclinando la cabeza entristecido–, se trata de uno de esos casos de fiebre, que atacan repentinamente en el desierto...

El viejo Jonás, con los ojos desencajados, lo miraba sollozante y lleno de admiración. Después de escuchar la opinión de sus compañeros, habló receloso, como si temiera ofender a alguna entidad desconocida:

–Tengo mucha experiencia sobre estas marchas a pleno sol. Toda mi juventud la pasé conduciendo camellos a través del desierto de Arabia. Pero nunca vi un enfermo por estos lugares con esas características; la fiebre de los que caen extenuados en el camino, no se manifiesta con delirios y con lágrimas. El enfermo cae abatido, sin reacciones. Por lo tanto, aquí observamos al jefe como si estuviera conversando con un hombre invisible para nosotros. No soy inclinado a aceptar esa hipótesis, pero estoy desconfiando que en todo esto haya señas de sortilegios de los adeptos del “Camino”. Los seguidores del carpintero saben de procesos mágicos que nosotros estamos muy lejos de comprender. No ignoramos que el doctor se consagró a la tarea de perseguirlos hasta las últimas instancias. ¿Quién sabe no hayan planeado una cruel venganza contra su persona? Me ofrecí para venir a Da-

masco para huir de mis familiares, que parecían seducidos por esa nueva doctrina. ¿Dónde se vio curar la ceguera con sólo imponer las manos sobre los ojos? Sin embargo, a mi hermano lo curó ese famoso Simón Pedro. Sólo la hechicería, a mi forma de ver, explica todas esas cosas. Viendo tantos hechos misteriosos en mi propia casa, tuve miedo de Satanás y huí.

Recogido en sí mismo, sorprendido en medio de las densas tinieblas que lo envolvían, Saulo escuchó el comentario de los amigos, manifestando un gran abatimiento, como si estuviera agotado y ciego, después de haber sufrido una enorme derrota.

Secando sus lágrimas, llamó a uno de ellos con gran humildad. Respondieron todos al mismo instante, solícitos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jacob preocupado y ansioso—. Estamos afligidos por vuestra causa, señor, ¿estáis enfermo?... Haremos todo lo que juzguéis necesario.. .

Saulo hizo un gesto y con tristeza agregó:

—Estoy ciego.

—Pero, ¿cómo fue? —preguntó el otro inquieto.

—¡Yo vi a Jesús de Nazareth! —dijo con arrepentimiento y totalmente modificado.

Jonás hizo una señal significativa como afirmando a sus compañeros que tenía razón, mirándose todos entre sí con gran admiración. Entendían, en forma instintiva, que el joven rabino se había perturbado. Jacob, que era persona de su intimidad, tomó la iniciativa para ayudarlo y agregó:

—Señor, lamentamos vuestra enfermedad. Necesitamos resolver ahora el destino que ha de tomar la caravana.

El doctor de Tarso, manifestando una humildad que jamás se le había observado, contrario a su siempre dispuesto gesto dominador, dejó caer una lágrima y respondió con profunda tristeza:

—Jacob, no te preocupes por mí... Lo que necesito en forma inmediata es llegar a Damasco cuanto antes. En lo que respecta a ustedes... —y la voz se debilitó con cierto acento de dolor, como si estuviera presionada por una gran angustia, para concluir con tono amargo—, hagan como quieran, pues hasta ahora eran mis servidores, pero de ahora en más yo también soy esclavo, no me pertenezco a mí mismo.

Ante aquella voz humilde y triste, Jacob comenzó a llorar. Estaba totalmente convencido que Saulo había enloquecido. Llamó a sus compañeros aparte y les explicó:

–Ustedes volverán a Jerusalén y darán la triste nueva, mientras yo me dirijo a la próxima ciudad en busca de un doctor para tomar las primeras medidas del caso. Lo noto extremadamente perturbado...

El joven rabino fue impuesto de las medidas inmediatas y las recibió casi sin sorpresa. Se conformó pasivamente con la resolución del empleado. En aquella hora, sumergido en densas y profundas tinieblas, tenía la imaginación llena de conjeturas trascendentes. La ceguera súbita no lo afligía. Del ámbito de aquella oscuridad, que le alcanzaba los ojos de la carne, parecía surgir la luminosa figura de Jesús ante los ojos del espíritu. Era justo que terminaran sus percepciones visuales, a fin de conservar para siempre el recuerdo del glorioso minuto de su transformación hacia una vida más sublime.

Saulo recibió las observaciones de Jacob con la humildad de un niño. Sin una queja, sin resistencia escuchó el trotar de la caravana que regresaba, mientras el viejo y fiel empleado le ofrecía su brazo, que fue tomado con infinitos recelos.

Con el llanto que salía de sus ojos inexpresivos, como perdidos en alguna visión que acechara en el vacío, el orgulloso doctor de Tarso, guiado por Jacob, siguió a pie, bajo el sol ardiente de las primeras horas de la tarde.

Conmovido por las bendiciones que recibió de las esferas más elevadas de la vida, Saulo lloraba como nunca. Estaba ciego y separado de los suyos. Dolorosas angustias le oprimían su corazón. Sin embargo, la visión del Cristo resucitado, su palabra inolvidable, su expresión de amor las tenía presentes en su alma ahora transformada. Jesús era el Señor, inaccesible a la muerte. Él le orientaría sus pasos en el camino, le daría nuevas órdenes, le curaría las llagas de la vanidad y del orgullo que le corroían el corazón y, sobre todo, le concedería las fuerzas necesarias para reparar los errores cometidos en sus días de ilusión.

Impresionado y triste, Jacob guiaba al jefe amigo, preguntándose a sí mismo a qué se debería aquel llanto silencioso y constante.

Envuelto en la sombra de la ceguera temporaria, Saulo no percibió que el manto espeso del crepúsculo cubría el camino. Nubes oscuras anuncia-

ban la llegada de la noche, mientras que los vientos sofocantes soplaban en la inmensa planicie. Con mucha dificultad acompañaba los pasos de Jacob, que estaba deseoso de apresurar la marcha, receloso de que hubiera lluvia. Corazón resuelto y enérgico, no reparaba en los obstáculos que se anteponían a su jornada dolorosa.

Le faltaba la vista y necesitaba de un guía, pero Jesús le había recomendado que entrara en la ciudad, en donde se le diría lo que debería hacer. Era necesario obedecer al Salvador, que lo había honrado con las supremas revelaciones de la vida. Los pasos indecisos le herían los pies en cada movimiento inseguro, sin embargo, caminaría de cualquier forma para ejecutar las órdenes divinas. Era indispensable no observar las dificultades, era necesario alcanzar los fines propuestos. ¿Qué importaba encontrarse en las tinieblas, que la caravana regresara a Jerusalén, la penosa caminata a pie en busca de Damasco, la falsa suposición de sus compañeros respecto al estado desequilibrado de su persona, la pérdida de los títulos honoríficos, el repudio de sus sacerdotes amigos, la incompreensión del mundo entero, ante ese hecho culminante que le había cambiado su destino?

Saulo de Tarso, con la profunda sinceridad que le caracterizaba, hasta en las mínimas acciones, sólo entendía que Dios había cambiado su resolución a su respecto. Le sería fiel hasta el fin.

Cuando las sombras crepusculares se hacían más densas, dos hombres desconocidos entraban en los suburbios de la ciudad. Aunque el viento apartaba las nubes tempestuosas en dirección al desierto, gruesas gotas comenzaban a caer sobre el polvo ardiente de las calles. Las ventanas de las casas residenciales se cerraban con violencia.

Damasco podía recordar al joven tarsense, hermoso y triunfador. Lo había conocido en sus fiestas más brillantes y acostumbrado a ser aplaudido en las sinagogas. Pero viendo pasar en la vía pública a esos dos hombres, cansados y tristes, jamás podría ser identificado y menos aquél que ahora caminaba tambaleante y con los ojos muertos...

FIN DE LA PRIMERA PARTE

RUMBO AL DESIERTO

—¿Hacia dónde vamos, señor? —se atrevió a preguntar Jacob, tímidamente, una vez que entraron en las tortuosas calles.

El joven tarsense pareció que reflexionaba y agregó:

—A pesar de que traigo conmigo algún dinero, sin embargo, me encuentro en una situación muy difícil, pues necesito mucho más de la asistencia moral que del reposo físico. Tengo necesidad de que alguien me ayude a comprender qué es en verdad lo que pasó. ¿Sabes dónde vive Sadoc?

—Sí —respondió el empleado compungido.

—Entonces llévame allí... Después que pueda tomar contacto con algún amigo, recién pensaré en algún albergue.

No pasó mucho tiempo y se encontraron delante de la puerta de un singular y soberbio edificio. Sus murallas bien delineadas rodeaban el extenso atrio que se encontraba adornado de flores y arbustos. Descansando junto al portón de entrada, Saulo recomendó a su compañero:

—No conviene que me presente así, sin avisar primero. Jamás visité a Sadoc en estas condiciones. Entra en el atrio, llámalo y cuéntale lo que sucedió conmigo. Yo esperaré aquí, pues ya no puedo dar un paso más.

El empleado y amigo obedeció rápidamente. El banco distaba algunos pasos desde donde se encontraba, pero ansioso porque algún amigo lo comprendiera, Saulo se apoyó en el muro para orientarse. Vacilante y tembloroso, se arrastró con dificultad y alcanzó la entrada, esperando al amigo.

Acudiendo al llamado. Sadoc trató de imponerse del motivo de la inesperada visita. Jacob explicó con humildad, que venían de Jerusalén acompañando al doctor de la Ley y comentó hasta los detalles el accidentado viaje, y cuando se refirió al episodio principal, Sadoc abrió desmesuradamente los ojos en actitud de asombrado. Le costaba creer en lo que escuchaba, pero no podía dudar de la sinceridad del narrador que, a su vez, mal disimulaba su propio asombro. El hombre habló del mísero estado de su jefe, de su ceguera y de las copiosas lágrimas que había derramado. ¿Saulo

llorando? El amigo de Damasco recibió las extrañas noticias con inmensa sorpresa, sintetizando sus primeras impresiones en una respuesta desconcertante para Jacob:

–Lo que me termina de contar es casi inverosímil, mientras tanto, en tales circunstancias, es imposible hospedarlo aquí. Desde anoche tengo la casa llena de importantes amigos, recién llegados de Cítium ¹, para efectuar una buena reunión en la sinagoga el sábado próximo. A mi forma de ver, Saulo se perturbó inesperadamente y no quiero exponerlo para que luego haya comentarios inapropiados.

–Pero, señor, ¿qué le digo? –interpuso Jacob vacilante.

–Dígale que no estoy en casa.

–Sin embargo... me encuentro solo con él, perturbado y enfermo, y como podéis ver, la noche está tormentosa...

Sadoc reflexionó un momento y agregó:

–Eso es fácil de remediar. En la próxima esquina encontrarán la llamada “calle Directa” y después de caminar algunos pasos, encontrarán el hospedaje de Judas, que siempre tiene algunos cuartos disponibles. Más tarde trataré de llegar para saber qué está pasando con su estado.

Oyendo tales palabras, que más parecían una orden que un consejo de un amigo, Jacob se despidió sorprendido y desanimado.

–Señor –le dijo al rabino, regresando al portón de la entrada–, infelizmente vuestro amigo Sadoc no se encuentra en casa.

–¿No está? –exclamó Saulo admirado–. Desde aquí escuché su voz, aunque no pude escuchar lo que hablaban. ¿Será posible que mis oídos también se hayan perturbado?

–Ante aquella observación tan expresiva y sincera, Jacob no consiguió disimular la verdad y contó al rabino el acogimiento que tuvo, así como también la actitud reservada y fría de Sadoc.

Siguiendo los pasos de su guía, Saulo escuchó en silencio y enjugó una lágrima. No contaba con semejante recepción de parte de un colega que siempre consideró que era fiel y leal en todas las circunstancias de la vida. La sorpresa le chocaba. Era natural que Sadoc temiera por la renovación de sus ideas, pero no era justo que abandonara a un amigo enfermo y menos

¹ N.E. Cicio, ciudad de la isla de Chipre.

en una noche tormentosa. Sin embargo, en el recuerdo de los hechos amargos, que comenzaban a minarle el corazón, repentinamente se acordó de la visión de Jesús y reflexionó que ahora tenía experiencias que su amigo Sadoc no conocía, y llegó a la conclusión, que es muy posible que él hubiera procedido en idéntica forma, si los papeles estuvieran invertidos.

Una vez terminado el relato del compañero y guía, comentó resignado:

–Sadoc tiene razón. No queda bien perturbarle con la descripción del hecho que me sucedió, cuando tiene a sus amigos de responsabilidad pública en su casa... Yo soy un enfermo y no un huésped.

Esas consideraciones conmovieron a su compañero que, además, había dejado percibir al rabino sus propios recelos. En las palabras de Sadoc, Saulo había extraído la conclusión que se tenía temores injustificados respecto a su persona. El procedimiento de Sadoc le habían aumentado las desconfianzas a Jacob. Sus advertencias eran reticentes y vacilantes. Parecía intimidado, como si estuviera amenazada su tranquilidad personal. Dicho con más simplicidad, demostraba miedo de que fuera acusado como portador de alguna expresión, propia de los adeptos del “Camino”. En su amplitud de sentido psicológico, el joven tarsense comprendía todo con suma facilidad. También era verdad que él representaba al jefe supremo de la campaña demoledora, pero de ahora en adelante consagraría toda su vida a Jesús; siendo así, comprometía a cuantos se le aproximaran, directa y ostensivamente. Su transformación provocaría muchas protestas en el ambiente farisaico. Presintió las indecisiones del guía y receló de que fuera acusado de algún sortilegio o hechicería.

Después de estar convenientemente instalados en la modesta hostería de Judas, el compañero le habló preocupado:

–Señor, tengo pesar en decirlo que me preocupa mi situación personal, pues consonante con los proyectos efectuados, necesito regresar a Jerusalén, donde me esperan dos hijos míos para radicarnos en Cesarea.

–Perfectamente –respondió Saulo, respetándole los escrúpulos–, podrás partir al amanecer.

Aquella voz, antes agresiva y autoritaria, ahora se había vuelto compasiva y amiga, tocando el corazón de su compañero en sus fibras más sensibles.

–Sin embargo, señor, estoy indeciso –dijo el viejo, afectado en su remordimiento–. Estáis ciego, necesitáis de ayuda para recobrar la vista y siento dejaros abandonado.

–No te preocupes por mi causa –exclamó el doctor de la Ley resignado–. ¿Quién te dijo que quedaré abandonado? Estoy convencido que mis ojos se curarán muy pronto. Además –Continuó Saulo, como si se confortara a sí mismo–, Jesús me ordenó que entrara en la ciudad, para saber lo que me sería más propicio. Entonces, estoy bien seguro que no me dejará abandonado sin saber lo que debo hacer.

Hablando de esa forma, no podía ver la expresión de piedad con que Jacob lo contemplaba, desconcertado y oprimido.

Sin embargo, a pesar de la tristeza que le causaba la situación de su jefe, recordó los castigos que se le propinaban a los seguidores del Cristo, en Jerusalén, y no consiguió sustraerse a los íntimos temores y partió en los primeros albores de la mañana.

Saulo, ahora estaba solo. En el velo espeso de las sombras que le cubrían, podía entregarse a sus meditaciones profundas y tristes.

Su bolsillo lleno de dinero le aseguraba la estada en la hostería, que de vez en cuando el dueño venía a ver qué necesitaba, pero en vano el huésped era invitado para que se distrajera con diversiones, nada lo sacaba del taciturno aislamiento.

Aquellos tres días en Damasco fueron de rigurosa disciplina espiritual. Su dinámica personalidad había establecido una tregua a las actividades mundanas y podía examinar los errores del pasado, como las dificultades del presente y las realizaciones del futuro. Necesitaba ajustarse a la ineludible reforma de su yo. En la angustia de su espíritu se sentía, de hecho, desamparado de todos sus amigos. La actitud de Sadoc era típica y valedera para todos sus correligionarios, que jamás se conformarían con su adhesión a las nuevas ideas. Ninguno creería en la conversión inesperada, mientras tanto, había que luchar contra todos los escépticos, ya que Jesús, para hablarle directamente a su corazón, había escogido la hora más clara y rutilante del día, en un lugar amplio y descampado y con la sola compañía de tres hombres, menos cultos que él, y por eso, incapaces de comprender tal transformación por causa de su pobreza mental. En el aprecio y análisis de los valores humanos, experimentaba la insoportable angustia de los que se encuentran en completo abandono, pero en el auge de los recuerdos, se destacaban los personajes de Esteban y Abigail, que le proporcionaban consoladoras emociones. Ahora comprendía a aquel Cristo que había venido al

mundo, para consolar a los desventurados y tristes de corazón. Antes se rebelaba contra el Mesías Nazareno, en cuya acción presumía una especie de comedia a través del sufrimiento, pero ahora, con su propia experiencia sacaba las mejores ilaciones. No obstante los títulos del Sanedrín, las responsabilidades públicas, el renombre que le permitía ser admirado por todo el mundo, sin embargo, en verdad, ¿no era él el que más necesitaba de la protección divina? Las convenciones mundanas y los preconceptos religiosos le proporcionaban una tranquilidad aparente, pero bastó la intervención del dolor imprevisto para que razonara sobre sus grandes necesidades. Abismalmente concentrado en la ceguera que lo envolvía, oró con fervor, recurriendo a Dios para que no lo dejara sin ayuda y pidió a Jesús que le iluminara la mente atormentada por las ideas de angustia y desamparo.

Al tercer día de sus fervorosas preces, llega el hotelero anunciando que alguien desea verlo. ¿Sería Sadoc? Saulo tiene sed de una voz cariñosa y amiga. Ordena que entre. Un viejito de semblante calmo y afectuoso estaba allí, sin que el convertido pudiera verle sus canas respetables y su generosa sonrisa.

El mutismo del visitante indicaba algo desconocido.

–¿Quién sois? –preguntó el ciego admirado.

–Hermano Saulo –replicó el interpelado con dulzura–, el Señor, que apareció en tu camino, me envió a esta casa para que vuelvas a ver y recibas la iluminación del Espíritu Santo.

Al escucharlo, el joven de Tarso manoteó ansiosamente en las sombras. ¿Quién sería aquel hombre, que sabía lo sucedido en el camino a Damasco? ¿Sería algún conocido de Jacob? Mas... ¿aquella inflexión de la voz enternecida y cariñosa?

–¿Cómo te llamas? –preguntó casi aterrado.

–Ananías.

La respuesta era una revelación. La oveja perseguida venía a buscar al lobo feroz. Saulo comprendió la lección que el Cristo le brindaba. La presencia de Ananías le traía una serie de recordaciones, que ahora eran oportunas. Ananías había sido el iniciador de Abigail en la doctrina y el motivo de su viaje a Damasco, donde había encontrado a Jesús y la verdad renovadora. Alcanzado por una profunda veneración, quiso avanzar, arrodillarse an-

te el discípulo del Señor, que lo había llamado tiernamente “hermano” y besarle las manos, pero sólo tanteó en el vacío, sin lograr el gratísimo deseo.

–Quisiera besar vuestra túnica –le dijo con humildad y reconocimiento–, pero, como véis, ¡estoy ciego!...

–Jesús me envió, justamente, para que volvieras a tener tu vista.

Conmoverlo, el viejo discípulo del Señor, notó que el cruel perseguidor de los apóstoles del “Camino” estaba totalmente transformado. Al escuchar su palabra llena de fe, Saulo de Tarso dejó entrever por su semblante señales de una gran alegría interior. De sus ojos manaron cristalinas lágrimas. El joven apasionado y caprichoso, había aprendido a ser humano y humilde.

–¡Jesús es el Mesías eterno! ¡Pongo mi alma en sus manos!... –dijo compungido y esperanzado–. ¡Me arrepiento de mi camino recorrido!...

Bañado en llanto de sincero arrepentimiento, sin saber manifestar el reconocimiento de aquella hora, en virtud de las tinieblas que le impedían sus pasos, se arrodilló con humildad.

El generoso viejo quiso adelantarse e impedir aquel gesto de renuncia suprema, considerando su propia condición de hombre falible e imperfecto, pero deseando estimular todos los recursos de aquella alma ardiente, en favor de su completa conversión al Cristo, se aproximó conmovido y colocando su mano callosa en aquella frente atormentada, exclamó:

–¡Hermano Saulo, en nombre de Dios Todopoderoso, yo te bautizo para la nueva fe en Cristo Jesús!...

Entre las lágrimas ardientes que corrían de sus ojos, el joven tarsense acentuó afligido:

–Dígnese el Señor perdonar mis pecados e iluminar mis propósitos hacia una vida nueva.

–Ahora –dijo Ananías, imponiéndole las manos en los ojos y con un gesto amoroso–, en nombre del Salvador, pido a Dios que vuelvas a ver.

–Si es del agrado de Jesús que eso suceda –advirtió Saulo compungido–, ofrezco mis ojos para sus santos servicios, por hoy y para siempre.

Y como si entraran en juego fuerzas poderosas e invisibles, sintió que de sus párpados doloridos caían sustancias pesadas como escamas y a medida que la vista le volvía, se sintió inundado por una hermosa luz. A través de la ventana abierta, vio el cielo claro de Damasco, experimentando

indefinible ventura en aquel océano de claridades deslumbrantes. El suave perfume de la mañana y los rayos del sol le acariciaban la frente, cual bendición de Dios para su atormentado corazón.

–¡Veo!... ¡Ahora veo!... ¡Gloria al redentor de mi alma!... –exclamaba extendiendo los brazos en un transporte de gratitud y de amor.

Ananías tampoco se pudo contener en base de aquella demostración inaudita de la misericordia de Jesús; entonces, el viejo discípulo se abrazó al joven de Tarso y lloró de felicidad al reconocer la gratitud de Dios por los favores recibidos. Temblando de alegría, lo levantó con sus generosos brazos, amparando su alma sorprendida y perturbada por el júbilo.

–Hermano Saulo –dijo presuroso–, éste es nuestro gran día, ¡abracémonos en la memoria sacrosanta del Maestro que nos hermanó en su gran amor!...

El convertido de Damasco no dijo una sola palabra. Las lágrimas de gratitud lo inhibían. Abrazándose al antiguo pregonador, en un gesto expresivo y mudo, lo hizo como si hubiera encontrado al padre dedicado y amoroso de su nueva existencia. Por momentos, quedaron mudos, maravillados por la intervención divina, como dos hermanos muy queridos que se hubieran reconciliado bajo las miradas de Dios.

Ahora Saulo se sentía fortalecido y ágil. En un minuto, le pareció que se había rehecho de todas las energías de su vida. Volviendo en sí del contentamiento divino que lo hacía muy feliz, tomó la mano del viejo discípulo y la besó con veneración. Ananías tenía los ojos colorados de tanto llanto. El mismo no había previsto las infinitas alegrías que le esperaban en la sencilla “calle Derecha”.

–Me resucitaste para Jesús –exclamó jubiloso–, seré eternamente de él. Su misericordia suplirá mis debilidades, se compadecerá de mis heridas, enviará ayuda para mi alma pecadora, para que el barro de mi espíritu se convierta en el oro de su amor.

–Sí, somos del Cristo –agregó el viejito con alegría inmensa.

Y como si de pronto fuera transformado en un niño, ávido de enseñanzas, Saulo de Tarso se sentó junto al amigo y le rogó para que le informara todo lo que supiera respecto al Cristo, de sus actos y postulados inmortales. Ananías le contó cuánto sabía de Jesús, a través de los apóstoles, después de la crucifixión, a la que él también asistió en Jerusalén, en aquella trá-

gica tarde del Calvario. Le dijo que era zapatero en Emaús y había ido a la ciudad para las conmemoraciones del Templo, habiendo asistido al drama vivido por el pueblo en la vía pública. Le habló de la compasión que le causó el Mesías coronado de espinas y golpeado por la turba furiosa e inconsciente. Con profunda emoción le describió la marcha penosa con la cruz a cuestas, protegido por los soldados impiadosos, de la furia popular que vociferaba por el crimen que se le imputaba. “Curioso por el desarrollo de los acontecimientos, seguí al condenado hasta la muerte. Desde la cruz del martirio, Jesús me miró de una forma que jamás podré olvidar. Para su espíritu, aquella mirada traducía un llamado sagrado, que era necesario comprender. Profundamente impresionado, asistí a todo hasta el fin. De ahí a tres días, aún me encontraba bajo el peso de aquella angustiada impresión, cuando llegó a mis oídos que el Cristo había resucitado de los muertos para la gloria eterna del Todopoderoso. Sus discípulos estaban desbordantes de alegría. Entonces, busqué a Simón Pedro para conocer mejor la personalidad del Salvador. Tan sublime narración y las elevadas enseñanzas, era tan profunda la revelación que le aclaraba el espíritu, que aceptó el Evangelio sin titubear. Deseoso de compartir el trabajo que Jesús había legado a los suyos, regresé a Emaús, dispuse de los bienes materiales que poseía y esperé a los apóstoles galileos en Jerusalén, donde me asocié a Pedro en las primeras actividades de la Iglesia del “Camino”. La esencia de las enseñanzas del Cristo vitalizaron mi espíritu. Los achaques de la vejez habían desaparecido. Cuando Juan y Felipe llegaron a Jerusalén para cooperar con el antiguo pescador de Cafarnaúm en la edificación evangélica, combinaron mi transferencia para Jope, para atender a los innumerables pedidos de muchos hermanos que estaban deseosos de conocer la doctrina. Estuve allí hasta que las persecuciones se intensificaron con la muerte de Esteban, obligándonos a retirarnos”.

Saulo le bebía las palabras con singular atención, como quien entraba en un mundo nuevo. La referencia de los perseguidores le reavivaba sus terribles remordimientos. En compensación, su alma estaba llena de votos sinceros, promisoros de una vida nueva.

—Es verdad —decía, mientras el narrador hacía una larga pausa—, vine a Damasco con todos los poderes del Templo para llevaros preso a Jerusalén, pero fuisteis vos quien llegara con la máxima autorización de Jesús y a El me unisteis para siempre. Si en mi ignorancia os hubiera encadenado, os

hubiera llevado al tormento y a la muerte, ahora, ¡vos me transformasteis en esclavo voluntario y soy muy feliz!...

Ananías sonrió, sumamente satisfecho.

Saulo le pidió, entonces, que le hablara de Esteban, lo que fue atendido inmediatamente. Después le pidió informes de su viaje de Jope a Jerusalén. Con mucha prudencia deseaba que el viejito le hiciera alguna alusión a su querida Abigail. Formuló el pedido con voz cariñosa y el viejo discípulo, adivinando la intención, le dijo con dulzura:

—No necesitas confesar tus anhelos de joven. Leo en tus ojos lo que estás deseando. Entre Jope y Jerusalén, descansé mucho tiempo en el albergue que me ofreció un patricio, que a pesar de ser fariseo, nunca privó a sus empleados de que recibieran las sagradas alegrías de la Buena Nueva. Ese hombre, llamado Zacarías, tenía bajo su techo a un verdadero ángel del cielo. Era la joven Abigail, que después de recibir el bautismo de mis propias manos, me confesó que te amaba mucho. ¡Habló de tu amor con ternura y muchas veces me invitó a orar por tu conversión a Jesús Cristo!...

Saulo escuchaba emocionado y después de un ligero intervalo, donde el amoroso viejito parecía meditar, volvió a decir, como si hablara consigo mismo:

—Sí, ¡si ella viviera!...

Ananías recibió la observación sin sorpresa y acentuó:

—Desde que se aproximó a mí, noté que Abigail no quedaría mucho tiempo en la tierra. Sus esperanzas debilitadas y el brillo intenso de sus ojos, me hablaban de su condición de ángel exilado. Pero nosotros sabemos, que ella vive en el plano inmortal. Y, ¿quién sabe? ¡Tal vez sus ruegos elevados a Jesús hayan contribuido para que el Maestro te convocara a la luz del Evangelio, a las puertas de Damasco!...

El viejo discípulo del “Camino” estaba conmovido. Recibiendo aquellas cariñosas evocaciones, Saulo lloraba. Comprendía, sí, que Abigail no podía estar muerta. La visión de Jesús resucitado le bastaba para disipar todas sus dudas. En verdad, al escoger a su alma, se había apiadado de sus miserias y había rogado al Salvador con insistencia, que le ayudara por causa de su mezquino espíritu y por venturosa coincidencia, el mismo Ananías, que le había preparado el corazón para recibir las bendiciones del cielo, le extendió las manos amigas, llenas de caridad y perdón. Ahora pertenecía para

siempre al Cristo, amoroso y justo, que era el Mesías prometido. En sus extremas emociones, que le caracterizaban sus sentimientos, pasó a considerar el poder del Evangelio, examinando sus ilimitados recursos transformadores. Quería sumergir su espíritu en sus lecciones luminosas y sublimes, bañarse en aquel río de vida, cuyas aguas de amor, a través de Jesús, fecundaba los corazones más áridos y desiertos. Aquella profunda meditación, ahora le alcanzaba toda su alma.

–Ananías, maestro mío –dijo el ex rabino con entusiasmo–, ¿dónde podré conseguir el Evangelio sagrado?

El antiguo discípulo sonrió con bondad y agregó:

–Antes de todo, no me llames Maestro. Este es y siempre será el Cristo. Nosotros, por gracia de la misericordia divina, somos discípulos, hermanos en la necesidad y en el trabajo redentor. En cuanto a la adquisición del Evangelio, solamente en la iglesia del “Camino”, en Jerusalén, podríamos obtener una copia integral de las anotaciones de Levi.

Y revolviendo el interior de una gastada bolsa, retiró algunos pergaminos amarillentos, en los cuales había conseguido reunir algunos elementos de la tradición apostólica. Presentando esas notas dispersas, Ananías agregó:

–Verbalmente, tengo en el corazón todas las enseñanzas, pero en lo que se refiere a la parte escrita, aquí tenéis todo lo que poseo.

El joven convertido recibió las anotaciones, asaz admirado. Se arrodilló inmediatamente sobre los viejos papiros y los leía con desmesurado interés.

–Si es posible, os pediría que me dejaras estas preciosas enseñanzas hasta mañana. Emplearé todo el día para copiarlas, para mi uso particular. El posadero me comprará los pergaminos necesarios.

Y como si estuviera desde ya iluminado por aquel espíritu misionero, que le señalaba las acciones para el resto de su vida, agregó con atención:

–Necesitamos estudiar un medio para difundir la nueva revelación, con la mayor amplitud posible. Jesús es una poderosa ayuda del cielo. Retardar la enseñanza de sus mensajes, es prolongar la desesperación de los hombres. Además, la palabra “Evangelio” significa “buenas noticias”. Es indispensable esparcir esas noticias sobre el elevado plano de la vida.

Mientras el viejoregonador del “Camino” lo observaba interesado, el

convertido de Damasco llamó al hotelero para que le comprara los pergaminos. Judas se sorprendió al comprobar la cura insólita. Para satisfacer su curiosidad, el joven de Tarso le habló abiertamente:

–Jesús me envió un médico. Ananías vino a curarme en su nombre.

Y antes que el hombre se repusiera del asombro, lo llenaba de recomendaciones respecto a los pergaminos que necesitaba, dándole el dinero necesario.

Dando lugar al entusiasmo que le embargaba, se dirigió nuevamente a Ananías, para exponerle sus planes:

–Hasta este momento ocupaba mi tiempo en el estudio y aplicación de la Ley de Moisés, ahora llenaré mi tiempo con el espíritu del Cristo. Trabajaré por él hasta el fin de mis días. Trataré de buscar un trabajo aquí mismo en Damasco.

Y haciendo una pausa, le preguntó a Ananías, que lo escuchaba en silencio:

–¿Conocéis en la ciudad a un fariseo llamado Sadoc?

–Sí, es el jefe que dirige las persecuciones en esta ciudad.

–Pues bien –continuó el joven tarsense con atención–, mañana es sábado y habrá conferencia en la sinagoga. Pretendo buscar a los amigos y hablarles públicamente del llamado que el Cristo me hizo. Durante el día de hoy quiero estudiar vuestras anotaciones porque me guiarán para la primera prédica del Evangelio.

–Para ser sincero –dijo Ananías, que tenía experiencia sobre los hombres–, deberías ser muy prudente en esta nueva fase religiosa. Es muy posible que tus amigos de la sinagoga no se encuentren preparados para recibir la luz de la verdad. La mala fe siempre tiene caminos para intentar la confusión entre todo lo que es bueno y puro.

–Yo sé que vi a Jesús y no hay derecho para que ocultes una revelación incontestable –exclamó Saulo, como queriendo resaltar la buena intención que lo animaba.

–Sí, no digo que huyas del testimonio –explicó, calmado, el viejo discípulo–, pero debo recomendarte la mayor prudencia en las actitudes, no por la doctrina del Cristo, superior é invariable por cualquier ataque de los hombres, sino por ti mismo.

–Por mi parte, nada temo. Si Jesús me restituyó la luz de los ojos, no dejaré de iluminar mis caminos. Quiero comunicar a Sadoc los motivos que cambiaron el rumbo de mi destino. Y el momento no puede ser más oportuno, porque estoy enterado que hospeda en su casa a algunos levitas de renombre, recién llegados de Chipre.

–Que el Maestro te bendiga en tus propósitos –le dijo el viejito sonriente.

Saulo se sentía feliz. La presencia de Ananías lo confortaba por demás. Como viejos y fieles amigos, almorzaron juntos. En seguida y siempre satisfecho, el generoso enviado del Cristo se retiró, dejando al ex rabino entregado a la meticulosa copia de los textos.

Al día siguiente, Saulo de Tarso se levantó risueño y bien dispuesto. Se encontraba revigorizado para encarar una nueva vida. Las amargas recordaciones no le afectaban la memoria. La influencia de Jesús lo llenaban de alegría y buena disposición. Tenía la impresión de haber abierto una nueva puerta para su alma, por donde soplaban aceleradamente las inspiraciones de un mundo mayor.

Después del desayuno y a pesar de la actitud que Sadoc había tenido días pasados, que no eran de su agrado, sin embargo, trató de entrevistarse con el amigo, llevado por la sinceridad que poseía para los mínimos actos de su vida. Un sirviente le informó que no se encontraba en casa y que había salido con algunos de los huéspedes para dirigirse a la sinagoga. Saulo se dirigió hacia allá. Cuando llegó los trabajos se habían iniciado y se procedió a la lectura de los textos de Moisés. Uno de los levitas de Citium había tomado la palabra para hacer los respectivos comentarios.

La entrada del ex rabino provocó curiosidad general. La mayoría de los presentes tenían conocimiento de su importancia personal, así como también sobre su oratoria privilegiada. Sadoc, al verlo, se puso pálido, y aún fue peor, cuando el joven de Tarso le pidió que lo atendiera particularmente. Aunque visiblemente disgustado, fue a su encuentro. Se saludaron y expusieron cada uno sus observaciones personales sobre el tema tratado.

En base a las primeras observaciones del novel evangelista, formuladas en tono amable, el amigo de Damasco le explicó, poniendo en evidencia su orgullo ofendido:

–De hecho, sabía que te encontrabas en la ciudad y traté de verte en la pensión de Judas, no obstante, fui informado de tu situación y de tus nue-

vas ideas, hasta el punto, que pedí verte en secreto. Me parece increíble que te rindieras, pacíficamente, a los sortilegios de los adeptos del “Camino”. Todavía no puedo comprender semejante transformación en tu robusta mentalidad.

–Pero, Sadoc –replicó el joven tarsense con mucha calma–, yo vi a Jesús resucitado...

Sadoc hizo un gran esfuerzo para contener una ruidosa carcajada.

–¿Será posible –objetó sonriente– que tu índole sentimental, tan contraria a las manifestaciones místicas, hayan capitulado en ese terreno? ¿Tú crees en esas visiones? ¿Jamás te hubieras imaginado que serías víctima de los adeptos del carpintero? Tus nuevas actitudes me causaron una gran vergüenza. ¿Qué dirán los hombres irresponsables, que ni siquiera conocen la Ley de Moisés? ¿Y nuestra posición en el partido dominante de la raza? Los colegas del fariseísmo se llenarán los ojos de alegría, cuando se enteren de tu desertión. Cuando acepté el encargo de perseguir a los compañeros del carpintero nazareno, reprimiéndoles sus actividades peligrosas, lo hice por tu amistad, sin embargo, ¿no te duele haber traicionado las promesas que hiciste contra los adeptos del “Camino”? Piensa un poco, en qué dificultades nos pondremos cuando se empiece a esparcir la noticia de que capitulaste delante de esos hombres sin cultura y sin conciencia.

Saulo miró al amigo y le transmitió su gran preocupación por sus palabras. Aquellas acusaciones eran las preliminares del recibimiento que le esperaba en el futuro, entre sus viejos compañeros de luchas y programas religiosos.

–No, no puedo aceptar tus palabras, que en nada me convencen. Repito que vi a Jesús de Nazareth y debo proclamar que en él reconozco al Mesías prometido por nuestros profetas más eminentes.

Mientras Sadoc hacía largo gesto de admiración al observar aquella inflexión de seguridad y sinceridad, Saulo prosiguió con convicción:

–Respecto a nuestro proceder, considero que en todo momento debemos y podemos reparar los errores cometidos en el pasado. Con esa fuerza de fe es que me propongo rehacer mis propios caminos. De ahora en adelante, trabajaré con todas mis fuerzas y fe por el Cristo Jesús. No es justo que me pierda en ponderaciones sentimentalistas y me olvide de la verdad, y de esa forma procederé en beneficio de mis propios amigos. Los amantes de las

realidades de la vida, siempre fueron los más detestados. Entonces, ¿qué hacer? Hasta aquí, mis pregonaciones nacían de los textos recibidos de los antepasados venerables, pero hoy, mis aciertos se basan no sólo en las tradiciones, sino en las pruebas testimoniales.

Sadoc no conseguía ocultar la sorpresa.

–Pero... ¿y tu posición? ¿Y tus familiares? ¿Y todo lo que recibiste de los que te rodearon por causa de tu gran personalidad, esperando de tu fervoroso compromiso? –preguntó Sadoc evocando el pasado.

–Ahora estoy con el Cristo y todos nosotros le pertenecemos. Su divina palabra me invitó a realizar esfuerzos en la fe y con mayor actividad. A los que me comprendieron, les debo, naturalmente, la gratitud más sagrada, mientras tanto, para los que no puedan entender, tendré la mejor actitud de comprensión y serenidad, considerando que el propio Jesús fue llevado a la cruz.

–¿Tú también tienes la manía del martirio?

El interpelado guardó una bella expresión de dignidad personal y añadió:

–No puedo perder tiempo en opiniones livianas. Esperaré a que tu amigo de Chipre termine con la conferencia, para luego relatar mi experiencia delante de todos los presentes.

–¿Hablar de eso aquí?

–¿Por qué no?

–Sería más razonable que descanses del largo viaje y de la enfermedad que te aqueja y medites mejor el asunto, porque aún tengo confianza de que reconsideres con más serenidad lo sucedido.

–Sabes, sin embargo, que no soy ninguna criatura y me cabe aclarar la verdad en cualquier circunstancia.

–¿Y si vociferaran contra ti? ¿Y si fueras considerado un traidor?

–La fidelidad a Dios debe ser mayor que todo eso para nuestros ojos.

–Sin embargo, es muy posible que no te concedan la palabra –agregó Sadoc después de chocar con la fuerza de aquellas profundas convicciones.

–Mi condición es más que suficiente para que nadie se atreva a negar lo que es justo.

–Bueno, que sea así. También responderás por las consecuencias –concluyó Sadoc preocupado.

En aquel momento ambos comprendieron la inmensidad de la línea divisoria que se interponía entre los dos. Saulo percibió que la amistad que Sadoc le había brindado sólo era de interés humano. Habiendo abandonado la carrera que le había dado prestigio y brillo, vio con qué facilidad se había esfumado la cordialidad del compañero. Mientras hacía esa apreciación mental, también valoró lo que él, en idéntica circunstancia, hubiera hecho, pues le consolaba el saber, que si antes había procedido de igual forma que Sadoc, era porque aún no tenía a Jesús en su corazón.

Sereno y resuelto, evitó acercarse al lugar donde se ubicaban los visitantes ilustres, buscando aproximarse al largo estrado en donde se improvisaba una nueva tribuna. Terminada la disertación del levita de Citium, Saulo se presentó públicamente, lo que dio lugar a que lo saludaran con cierta ansiedad. Agradeció muy afable a los directores de la reunión y pidió el permiso necesario para exponer sus ideas.

Sadoc no tenía coraje para crear un ambiente antipático y decidió que todo ocurriera conforme a las circunstancias que se presentaran, por eso, los sacerdotes le tendieron y apretaron la mano de Saulo con la misma simpatía de siempre.

Tomando la palabra, el ex rabino levantó la frente con nobleza, como lo hacía en sus días triunfales.

–¡Varones de Israel! –comenzó diciendo en tono solemne–. En nombre del Todopoderoso, hoy vengo a anunciaros por primera vez las verdades de la nueva revelación. Hemos ignorado, hasta ahora, un hecho culminante en la vida de la humanidad. El Mesías prometido ya vino, conforme lo anunciaron los profetas que se glorificaron en la virtud y en el sufrimiento. ¡Jesús de Nazareth es el Salvador de los pecadores!

Una bomba que hubiera estallado en el recinto, no hubiera causado mayor asombro. Todos miraban al orador, atónitos. La asamblea estaba estupefacta. Saulo, sin embargo, continuaba intrépido y después de una pausa continuó:

–No os asombréis con lo que os digo. Conocéis muy bien mi conciencia en base a la rectitud de mi vida y por mi fidelidad a las Leyes divinas. Pues bien, es con ese patrimonio del pasado que os dirijo la palabra, reparando

las faltas involuntarias que he cometido en los impulsos sinceros de una persecución cruel e injusta. En Jerusalén fui el primero en condenar a los apóstoles del “Camino” y provoqué la reunión de los romanos e israelitas para llegar a la represión, sin tregua, para todas las actividades que siguieran la línea del nazareno. Fustigué sagrados hogares, encarcelé a mujeres y niños, sometí a algunos a la pena de muerte y ocasioné el gran éxodo de las masas trabajadoras, que se ocupaban pacíficamente de sus tareas para progreso de la gran ciudad, en fin, originé para todos los espíritus sinceros un régimen de sombras y terror. Lo hice así, en la falsa suposición que estaba defendiendo a Dios, ¡como si el Padre Supremo necesitara de míseros defensores!... Sin embargo, en mi viaje hacia esta ciudad, autorizado por el Sanedrín y por la Corte Provincial, para invadir los hogares ajenos y perseguir a personas indefensas e inocentes, aquí mismo, en vuestras puertas, se me aparece Jesús y me pregunta a plena luz del día y en medio de un paisaje desolado: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”

Ante esa evocación, su voz elocuente se enterneció y las lágrimas le corrieron copiosamente. Se interrumpió al recordar el hecho significativo y decisivo que le hizo cambiar los pasos de su destino. Los oyentes lo contemplaban asombrados.

–¿Qué es esto? –decían algunos.

–¡El doctor de Tarso bromea!... –afirmaban otros sonriendo, convencidos de que el joven tribuno estaba buscando mayor efecto a su oratoria.

–No, amigos –exclamó con vehemencia–, jamás hice bromas cuando ocupé una tribuna sagrada. El Dios justo no permitió que mi violencia criminal llegara hasta el fin, en detrimento de la verdad, y consintió, en base a su misericordia, ¡que el mísero siervo no encontrara la muerte sin que antes no os trajera la luz de la nueva creencia!...

No obstante el ardor de la pregonación, que dejaba a todos los presentes una resonancia emocional, irrumpió en el recinto un extraño vocerío. Algunos de los fariseos más exaltados interpelaron a Sadoc, en voz baja, por lo inesperado de aquella presentación, obteniendo la confirmación de que Saulo, de hecho, estaba extremadamente perturbado, alegando haber visto al carpintero de Nazareth en las afueras de Damasco. Inmediatamente se hizo una enorme confusión en la sala, porque estaban los que veían lo peligroso que era la nueva posición del ex rabino y los que opinaban, que la enfermedad lo había afectado mentalmente.

—¡Varones de mi antigua fe —exclamó la decisiva voz del joven tarsense—, es inútil intentar empañar la verdad! No soy ningún traidor y tampoco estoy demente. Estoy enfrentando una nueva era, por la cual todos nuestros caprichos religiosos son insignificantes.

Una lluvia de improperios le cortó repentinamente la palabra. —¡Cobarde! ¡Blasfemo! ¡Perro del “Camino”!... ¡Abajo el traidor de Moisés!...

Los apodosos partían de todas las direcciones. Los más afectuosos al ex rabino, que se inclinaban a creer que era víctima de graves perturbaciones mentales, entraron en conflicto con los fariseos que resaltaban por su dureza de expresión. Algunos bastones fueron arrojados con violencia contra la tribuna. Los grupos que se habían trabado en lucha en la sinagoga, producían una fuerte gritería, percibiendo el orador que se encontraba ante un inevitable desastre.

Fue entonces, que un levita de más edad, subió al estrado y levantando la voz con todas sus energías, rogó a los presentes que lo acompañaran a recitar uno de los Salmos de David. La invitación fue aceptada por los presentes. Los más exaltados repitieron las preces en medio de una gran vergüenza.

Saulo acompañaba la escena con profundo interés.

Terminada la oración, el sacerdote dijo con énfasis:

—Lamentemos este triste episodio, pero evitemos la confusión que nada de provecho nos deja. Hasta hoy, Saulo de Tarso honra nuestras filas como un jefe triunfante; ahora, su palabra resulta para nosotros como un gajo de espinas. Con un pasado respetable, la presente actitud sólo nos merece condenación. ¿Perjurio? ¿Demencia? No lo sabemos con seguridad. Si otro hubiera sido el orador, ya lo hubiéramos apedreado sin pestañear, pero como amigo y colega, el proceso debe ser de otra forma. Si él está enfermo, sólo merece compasión; si es traidor, debe merecer absoluto desprecio. ¡Que Jerusalén lo juzgue! Respecto a nosotros, demos por cerradas las pregonaciones del día y conservémonos fieles a los cumplimientos de la Ley de Moisés.

El ex rabino soportó la ofensa con gran serenidad, pero en su intimidad estaba herido. Los remanentes del “hombre viejo” exigían rever la reparación inmediata, allí mismo y ante todos los presentes. Quiso hablar nuevamente, exigir que lo escucharan, pero sentíase apesadumado por emociones ex-

trañas que le impedían regresar a los ímpetus explosivos que otrora acostumbraba. Inmóvil, observó que la muchedumbre de Damasco se retiraba del recinto con toda calma, sin hacerle siquiera un ligero saludo. Tampoco le pasó por alto, que los levitas de Cítium lo miraban significativamente, como queriendo manifestarle que lo entendían, a pesar que Sadoc lo miraba con ironía y triunfalmente risueño. Era el repudio que llegaba. Acostumbrado a los aplausos donde quiera que hablara, creía que para obtener éxito en su exposición sobre la obra de Jesús, sólo bastaban los laureles conquistados en las efímeras luchas del mundo. Se engañaba a sí mismo. Sus compañeros lo habían marginado como inútil. No le dolía tanto el ser desestimado, sino, que en su alma ardía la devoción sacerdotal. Prefería que lo golpearan, lo azotaran, pero que no le quitaran el deseo de discutir sus ideas, que a todos convencía con la lógica de sus definiciones. Aquel abandono lo hería muy hondo, porque antes de cualquier consideración, reconocía que no trabajaba en beneficio personal, ni por vanidad ni egoísmo, sino por los mismos correligionarios atados a las rígidas e inflexibles concepciones de la Ley mosaica. Después de unos minutos la sinagoga quedó solitaria, imperando el calor de las primeras horas de la tarde. Saulo se sentó en un tosco banco y lloró. Era la lucha entre la vanidad de otros tiempos y la renuncia a sí mismo que comenzaba. Para reconfortamiento de su alma oprimida, recordó el comentario que le había hecho Ananías sobre el capítulo en que Jesús le dijo al viejo discípulo cuánto importaba sufrir por amor a su nombre.

Apesadumbrado se retiró del Templo, en busca de su amigo y benefactor, para reconfortarse con su palabra.

Ananías no se mostró sorprendido por la explicación de todo lo sucedido.

—Me veo rodeado de enormes dificultades —le decía Saulo un poco perturbado—. Me siento con el deber de esparcir la nueva doctrina para nuestros semejantes y Jesús me llenó el corazón de energías inesperadas, pero la gran sequía que los hombres tienen en el alma, es tan poderosa, que desilusiona a los más fuertes.

—Sí —le explicaba el anciano—, el Señor nos confirió la tarea de sembrar, tenéis muy buena voluntad, pero, ¿qué hace un hombre que recibe encargos de esa naturaleza? Antes de nada, trata de juntar las semillas en un lugar

adecuado, para luego ver cómo las ha de sembrar convenientemente y aprovechar mejor su gran esfuerzo.

El neófito percibió el alcance de la comparación y preguntó:

—¿Qué me queréis decir con vuestro ejemplo?

—Quiero decir, que un hombre de vida recta y pura, sin los errores de la buena intención, siempre está pronto para sembrar el bien y la justicia en el camino que debe recorrer, pero aquél que se engañó o que guarda alguna culpa, tiene necesidad de demostrar por medio del sufrimiento propio, antes de enseñar. Los que no son integralmente puros o no sufrieron nada de importancia en su camino, jamás serán comprendidos por quienes les escuchan sus palabras sinceras. En contra de sus enseñanzas están sus propias vidas. Más allá de todo eso, todo lo que es de Dios reclama grandeza, paz y profunda comprensión. En tu caso, debes pensar en la lección de Jesús, que permaneció treinta años terrenos entre nosotros, preparándose para soportar nuestra presencia apenas en sus últimos tres años. Para recibir una tarea del Cielo, David convivió con la naturaleza cuidando rebaños; para seguir los caminos del Salvador, Juan el Bautista meditó mucho tiempo en el desierto de Judea.

Las sabias palabras de Ananías le caían a su alma oprimida, como un bálsamo vitalizante.

—Cuando hayas sufrido un poco más —continuó diciéndole el amigo—, tendrás mayor comprensión sobre los hombres y las cosas. Sólo el dolor nos enseña a ser humanos. Cuando la criatura entra en el período más peligroso de su existencia, después de la matinal infancia, cuando la vida está en su esplendor, Dios le envía los hijos, para que con su educación y trabajo se enterezca el corazón. Por lo que me has confesado, es posible que no llegues a ser padre, pero tendrás los hijos del Calvario por todas partes. ¿No viste a Simón Pedro en Jerusalén, rodeado de infelices? También es verdad, que encontrarás un hogar mayor en la tierra, donde serás llamado a ejercer la fraternidad, el amor y el perdón... ¡Es necesario morir para el mundo, para que el Cristo viva en nosotros!...

Aquellas sabias observaciones penetraron en el espíritu del ex rabino como bálsamo de consolación y con miras hacia horizontes más vastos. Sus cariñosas palabras lo hicieron recordar a alguien que lo amaba mucho. Cansado su cerebro por los embates del día, Saulo se esforzaba por fijar

mejor sus ideas. ¡Ah!... ahora se recordaba perfectamente. Ese alguien era Gamaliel. Rápidamente le vino el deseo de entrevistarse con el viejo maestro. Comprendía, en ese momento, la razón de su recuerdo. Había sido él, que por última vez le había comentado sobre la necesidad de los lugares solitarios para meditar sobre las sublimes y nuevas verdades. Sabía que estaba en Palmira, en compañía de un hermano carnal. ¿Cómo no se había acordado del antiguo maestro, que había sido como su padre? Seguramente, Gamaliel lo recibiría con los brazos abiertos y se regocijaría con su conquista reciente y también le daría el consejo oportuno para el rumbo que debería seguir en el futuro.

Embebido en sus recordaciones cariñosas y agradables, agradeció a Ananías con una mirada significativa y le agregó sensibilizado:

–Tenéis razón... Iré al desierto en vez de regresar a Jerusalén, me encuentro sin las fuerzas necesarias para enfrentar las incomprendiones de mis amigos. Tengo un viejo amigo en Palmira, que me recibirá con mucho agrado. Allí descansaré algún tiempo hasta que pueda internarme en las regiones desérticas para meditar sobre las lecciones recibidas.

Ananías aprobó la idea con una sonrisa. De esa forma continuaron conversando hasta que la noche se hizo presente con su refrescante oscuridad.

El viejo pregonador condujo al nuevo adepto para la humilde reunión que se realizaba ese sábado, día de las grandes desilusiones para el ex rabino.

Damasco no tenía una iglesia, sin embargo, contaba con numerosos creyentes que estaban hermanados por el ideal religioso de los adeptos del “Camino”. El núcleo de oraciones se hacía en casa de una humilde lavandera, compañera de fe, que alquilaba la sala para ayudar a un hijo paralítico. Profundamente admirado, el joven de Tarso volvió a observar el cuadro que viera por primera vez cuando tuvo la curiosidad de asistir a las célebres pregonaciones de Esteban en Jerusalén. Alrededor de la rústica mesa se reunían las míseras criaturas del pueblo, que él siempre tuviera separadas de su esfera social. Mujeres analfabetas con criaturas en el brazo, viejos trabajadores de la piedra, lavanderas que no conseguían pronunciar dos palabras correctamente. Ancianos de manos temblorosas, apoyados en largos bastones y cantidad de enfermos que se les veía la marca de sus terribles enfermedades. La ceremonia aún parecía más simple que las practicadas por Simón Pedro y sus compañeros galileos. Ananías dirigía el acto. Sen-

tándose a la mesa, cual patriarca lo hace en el seno de su familia, rogó por la bendición de Jesús para la buena voluntad de los presentes. Después pasó a la lectura de las enseñanzas de Jesús, deteniéndose en algunas de las sentencias del Maestro Divino, que estaban escritas en los papiros, esparcidos sobre la mesa. Después de comentar la página leída, ilustrándola con la mención de hechos significativos, de su conocimiento o de su experiencia personal, el viejo discípulo del Evangelio abandonó el lugar para ir a recorrer las filas de bancos e imponía las manos sobre los enfermos y necesitados. Comúnmente y según era hábito en las primeras células cristianas del primer siglo, al recordar las alegrías del Maestro Jesús, cuando servía la comida a sus discípulos, se hacía la modesta distribución de pan y agua en nombre del Señor. Saulo se sirvió un pedazo de pan muy sensibilizado. Para su alma, ese alimento tenía el sabor divino de la fraternidad universal. El agua clara y fresca de la vajilla, le recordaba el fluido amoroso del Maestro Nazareno, que tenía el don de establecer el bien entre todos los seres. Al final de la reunión, Ananías oraba fervorosamente. Después de referirse a la visión de Saulo y a la suya, pidió al Salvador que protegiera al nuevo siervo que viajaría para Palmira en busca de la meditación para razonar sobre sus misericordias. Escuchando el ruego que el calor de la amistad le profesaba, Saulo lloró de reconocimiento y gratitud, comparando las emociones del ex rabino, con las del siervo de Jesús, que ahora quería ser. En las suntuosas reuniones del Sanedrín, jamás había escuchado a un compañero pedir al Cielo con aquella sinceridad superior. Entre los más allegados, sólo encontraba vanos elogios que pronto se transformarían en calumnias, cuando no les podía conceder favores materiales. En todas partes abundaba la admiración superficial, hija del juego de los intereses inferiores. Allí, la situación era otra. Ninguna de aquellas personas desamparadas de la suerte le pidió ninguna cosa, todos parecían estar satisfechos de poder servir a Dios, que para ello se reunían después de sus trabajos, agotadores y penosos. Y aún más, todavía rogaban a Jesús les concediera la paz espiritual para llegar a buen término con su ayuda al necesitado.

Terminada la reunión, Saulo de Tarso tenía lágrimas en los ojos. En la iglesia del "Camino", en Jerusalén, los apóstoles galileos lo trataron con especial deferencia, atentos a su posición social y política, señor de las regalías que las convenciones del mundo le conferían, pero los cristianos de Damasco lo impresionaron vivamente, le arrebataron su alma, conquistándola

hacia un afecto verdadero y eterno, debido a ese gesto de confianza y cariño, al tratarlo como un hermano más.

Uno por uno le apretaron su mano, dándole el feliz voto para su viaje. Algunos viejos le besaron sus manos. Tales pruebas de afecto le daban nuevas fuerzas. Si los amigos del judaísmo le despreciaban la palabra, manifestándose hostiles, ahora comenzaba a encontrar en su camino a los hijos del Calvario. Trabajaría por ellos, dedicaría las energías de su juventud para consolarlos. Por primera vez en su vida, se mostró interesado por la sonrisa de los niños. Como si deseara retribuir las demostraciones de cariño recibidas, tomó en los brazos a un niño enfermo. Delante de la pobre y sonriente madre, le hizo fiestas, acariciándole los cabellos. Entre las agresivas espinas de su alma, comenzaban a despuntar las flores de la ternura y la gratitud.

Ananías estaba satisfecho. Con otros dos hermanos de su confianza, acompañó al joven tarsense hasta la pensión de Judas. Aquel modesto y desconocido grupo de personas recorrió las calles bañadas por la luna, estrechamente unidos y reconfortándose con los comentarios cristianos. Saulo se admiraba de haber encontrado tan rápidamente aquella armonía, que le daba seguridad inconfundible. Tuvo la impresión que en las genuinas comunidades del Cristo la amistad era distinta a la que ofrecían otras agrupaciones mundanas. En la diversidad de las luchas sociales, el trazo dominante de las relaciones, consistía únicamente en el interés individual, mientras que en la unidad de los esfuerzos realizados por el Maestro existía un sello divino de confianza, como si los compromisos tuvieran el ascendente divino, original. Todos se manifestaban, como si hubieran nacido en el mismo hogar. Si se exponía una idea que fuera digna de la mayor ponderación, lo hacían con serenidad y general comprensión en el deber; si versaban sobre asuntos sin mayor importancia, los comentarios estaban acompañados de franca y confortadora alegría. A nadie se le notaba la preocupación de sentirse menos sincero en la defensa de sus puntos de vista, todo era lo contrario, había limpieza en el trato, sin aires de hipocresía, porque respetaban la regla, que era sentirse asistidos por la mano amiga del Cristo, que era la conciencia, por así decir, de cada uno. En verdad, era el amigo invisible y presente, a quien ninguno debería engañar.

Consolado y satisfecho por haber encontrado amigos en la verdadera acepción de la palabra, Saulo llegó a la pensión de Judas y se despidió de

sus amigos, profundamente conmovido. El mismo se sorprendía con el sabor de la intimidad que sus expresiones le afluían a los labios. Ahora comprendía que la palabra “hermano” largamente usada entre los adeptos del “Camino”, no era fútil y vana. Los compañeros de Ananías le habían conquistado el corazón. Jamás olvidaría a los hermanos de Damasco.

Al día siguiente contrató a un sirviente, indicado por el hotelero, y Saulo de Tarso, al amanecer, sorprendió al dueño de casa por su aire resuelto y su buen ánimo, para ponerse en camino hacia la famosa ciudad, situada en un oasis en pleno desierto.

En las primeras horas de la mañana salían por las puertas de Damasco dos hombres, modestamente vestidos, al frente de un camello cargado con las provisiones necesarias.

Saulo había decidido salir en esa forma, a pie, para iniciar la vida con los rigores que más tarde le serían sumamente beneficiosos. No viajaría más en calidad de doctor de la Ley, rodeado de sirvientes, sino como un discípulo de Jesús, adscripto a sus programas. Por ese motivo, consideró que era preferible viajar como un beduino, para aprender a servirse únicamente de sus propias fuerzas. Bajo el calcinante sol del día, bajo las bendecidas sombras del crepúsculo, su pensamiento estaba fijo en Aquél que lo había llamado, para comenzar una nueva vida. Las noches del desierto, cuando la luz de la luna llenaba de sueño al paisaje muerto del desierto, le parecía que estaba tocado de maravillosa belleza. Sentado junto al tronco de alguna solitaria palmera, el convertido de Damasco aprovechaba el silencio para meditar profundamente. El firmamento estrellado, ahora tenía para su espíritu confortadores y permanentes mensajes. Estaba convencido de que su alma había sido transportada para nuevos horizontes, pues a través de todas las cosas de la naturaleza, parecía recibir el pensamiento del Cristo que le hablaba cariñosamente al corazón.

EL TEJEDOR

Los transeúntes de Palmira, a pesar de estar acostumbrados a observar la permanente llegada de extranjeros a la ciudad, dado la privilegiada situación en el desierto, miraban con mucho interés el pasaje de aquel beduino, seguido por el humilde sirviente, que empujaba al cansado camello. Sin lugar a dudas, que reconocían el perfil del judío por los trazos característicos de su rostro, y por la serenidad que manifestaba en su mirar.

Saulo, a su vez, transitaba con indiferencia, como si hubiera conocido el lugar hacía muchísimo tiempo.

Sabiendo que el hermano de su antiguo maestro era un comerciante de aquella ciudad y de los más prestigiosos, no tuvo dificultad para obtener informaciones del lugar de su residencia.

Alquiló una habitación en una modesta pensión para rehacerse de la fatiga del viaje y verificó el dinero que poseía para regular su programa. El dinero se le estaba acabando y mal podría pagar al sirviente que había contratado y que le fuera tan fiel en el penoso viaje. Después de tomar conocimiento del total que le debía pagar y viendo lo insuficiente de sus recursos, le habló con humildad:

–Judá, por el momento no tengo lo suficiente para pagarte el gran servicio que me ofreciste. Mientras tanto, te doy la mitad en dinero y el camello en pago por el resto.

El sirviente se sintió conmovido por el tono de humildad con que le hizo la propuesta.

–No necesito tanto, señor –le respondió un tanto confuso–, el valor del animal, basta y sobra. Sólo necesito algunas monedas para pagarme el regreso.

Saulo tuvo para él una mirada de agradecimiento y alegando la imposibilidad de retenerlo por más tiempo, lo despidió con expresiones de confortamiento y votos de feliz retorno a Damasco.

Después, se fue al cuarto que alquiló y pasó a meditar sobre los últimos acontecimientos de su vida.

Estaba solo, sin parientes, sin amigos y sin dinero.

Poco antes de tomar aquella determinación, no tenía inconveniente alguno en decretar la muerte a quien le profetizara el futuro que le esperaba. Su existencia, sus planes, estaban transformados hasta en los más mínimos detalles. ¿Qué hacer ahora? ¿y si no encontraba en Palmira la ayuda de Gamaliel, como lo había pensado? Consideró la extensión de las dificultades que se le presentaban. Todo le parecía difícil. Estaba en la misma situación de aquél que pierde toda la familia, la patria y el hogar. Profunda amargura comenzaba a invadirle el corazón. Repentinamente se acordó del Cristo y el recuerdo de su gloriosa aparición lo llenó de consuelo. Confiando mucho más en Aquél que le había tendido las manos, que en sus propias fuerzas, trató de calmar sus íntimos sobresaltos, dando reposo al cuerpo cansado.

Al día siguiente, casi al mediodía, salió a la calle preocupado y ansioso. Obedeciendo a los informes recibidos, paró en la puerta de un edificio, a cuyo frente funcionaban algunos comercios.

Buscando a Ezequías, fue atendido por un hombre de edad, de semblante risueño y respetable, que lo saludó con mucha simpatía. Era el hermano de Gamaliel, que una vez familiarizado con el recién llegado, mantuvo una amable conversación. Buscando informarse sobre el venerable rabino de Jerusalén, Saulo obtuvo de Ezequías los esclarecimientos necesarios y con gran interés le dijo:

—Mi hermano —le dijo con cierta preocupación—, desde que llegó a Palmira, parecía estar muy cambiado. ¿Será posible, que el traslado de Jerusalén hacia este lugar lo haya cambiado de esa forma? ¿Será el cambio del ambiente social, la alteración de los hábitos, el clima, la falta de los trabajos usuales, podría todo ello haberle perjudicado la salud?

—¿Cómo es eso? —preguntó el joven sin disimular su extrañeza.

—Pasa los días enteros en una cabaña abandonada que poseo, bajo la sombra de algunas palmeras, en uno de los oasis que nos rodean, todo eso, vea Ud., para leer y meditar un manuscrito sin importancia, que yo todavía no consigo comprender. Además, parece estar totalmente desinteresado de nuestras prácticas religiosas y vive como si estuviera fuera de este mundo. Habla de visiones del Cielo, se refiere constantemente a un carpintero que

se transformó en Mesías del pueblo y se conforma con cosas imaginarias y sueños irreales. Muchas veces lo observo y me da mucha pena su decadencia mental. Mi esposa lo atribuye a su edad avanzada y yo quiero pensar que sea así, pero a mí me parece que todo ello se debe al gran estudio que hace y a las prolongadas meditaciones.

Ezequías hizo una pausa, mientras Saulo lo miraba significativamente, pues comprendía perfectamente la real situación de su viejo maestro.

Ante una nueva observación del joven tarsense, Ezequías continuó diciendo:

–En mi familia, Gamaliel fue tratado como si fuera nuestro padre. Además, yo le debo el haberme iniciado a los trabajos fraternales. Por ello es que mi esposa, mis hijos y yo hemos convenido para crearle una atmósfera de paz a su alrededor para el noble enfermo. Cuando comienza a hablar sobre sus ilusiones religiosas, que son el origen de su desequilibrio mental, ninguno en esta casa lo contradice, sabemos que no habla más por sí mismo. Su poderosa mentalidad desapareció y la estrella que era, se apagó. Considerando esas penosas circunstancias, aún así, doy gracias a Dios que lo trajo hacia mí para que termine sus días en compañía de nuestro afecto familiar e indemne por el escarnio, que tal hubiera sido objeto en Jerusalén, donde no todos se encuentran a la altura de comprenderlo y honrarle, por lo menos, por su ilustre pasado.

–Sin embargo, la ciudad entera siempre lo proclamó como un maestro inolvidable –agregó el joven, como si quisiera defender sus propios sentimientos de amistad y admiración.

–Sí –agregó el comerciante, convencido–, un hombre de su nivel intelectual estaría preparado para entender lo que sucede, pero, ¿y los otros? El señor no ignora, naturalmente, la implacable persecución promovida por las autoridades del Sanedrín y del Templo contra los simpatizantes del famoso carpintero de Nazareth. Palmira tuvo noticias de los hechos por intermedio de innumerables patricios pobres que dejaron Jerusalén a todo apuro, amenazados de prisión y muerte. Justamente, fue con la personalidad de ese hombre que Gamaliel dio las primeras demostraciones de debilidad mental. Si aún se encontrara en Jerusalén, ¿qué hubiera sido de él? Naturalmente, muchos amigos, como el señor, estarían preparados para defenderlo, pero el caso podría haber tomado aspectos más graves, si aparecieran los enemigos

políticos proclamando enérgicas medidas. Por nuestra parte nada podríamos intentar para restablecer la situación, porque, en verdad, su locura es pacífica, casi imperceptible y de forma alguna conseguiríamos soportar su apología en favor del *perverso*, que el Sanedrín mandó a la cruz de los ladrones.

Saulo sentía un gran malestar escuchando aquellas observaciones, ahora tan injustas y superficiales para su forma de ver. Comprendía la delicadeza del momento y la naturaleza de los recursos psicológicos a emplear para no comprometerse y agravar aún más la posición del ilustre maestro.

Deseando imprimir un nuevo rumbo a la conversación, preguntó con serenidad:

—¿Y los médicos, qué dicen?

—En el último examen a que fue sometido por insistencia nuestra, descubrieron que el enfermo, además de perturbado, padece de una gran debilidad orgánica, que le consume las últimas fuerzas vitales.

Saulo hizo algunas observaciones más y después de reconsiderar las primeras impresiones relacionadas a la amabilidad con que Ezequías lo había tratado, se hizo conducir por un sirviente de la casa, hacia el lugar donde su antiguo mentor lo recibió con sorpresa y alegría.

El ex discípulo notó que Gamaliel presentaba síntomas de profundo abatimiento. Fue con infinita alegría que le apretó afectuosamente los brazos, besándolo amorosamente en las manos temblorosas. Sus cabellos parecían más canosos, la epidermis surcada de venerables arrugas, le daban una impresión de alabastro, en verdad, tenía una palidez indefinible.

Hablaron extensamente de sus recuerdos, de los sucesos de Jerusalén y de los amigos lejanos. Después de los recuerdos afectuosos, el joven tarsense relató al venerado maestro la gracia recibida a la entrada de Damasco. La voz de Saulo tenía la inflexión vibratoria de la pasión y la sinceridad que acostumbraba a imprimir a sus emociones. El viejito le escuchó atentamente, con gran asombro; en sus ojos serenos, revelaba las lágrimas de la emoción alcanzada. Aquella prueba lo llenaba de un gran consuelo. No había aceptado en vano aquel Cristo sabio y amoroso, incomprendido por sus colegas. Al término de la exposición, Saulo de Tarso tenía los ojos empañados por las lágrimas. El bondadoso anciano lo abrazó conmovido y lo estrechó entre sus brazos.

–Saulo, hijo mío –dijo emocionado–, yo sabía perfectamente que el Salvador no me engañaba, pues alcanzo la vejez a través de la luz espiritual que manifiesta en su Evangelio de Redención. Jesús se dignó extender sus manos amorosas a tu espíritu dedicado. La visión de Damasco basta para tu consagración entera para el amor del Mesías. Es verdad que trabajaste mucho por la Ley de Moisés y sin vacilar tomaste medidas extremas para su defensa. Mientras tanto, ahora es necesario trabajar por quien es mayor que Moisés.

–Sin embargo, me siento grandemente desorientado y confundido –murmuró el joven de Tarso–. Desde que me sucedió el encuentro con el Cristo observo que estoy siendo objeto de singulares y radicales transformaciones. Obediente a mi conducta quise comenzar mi trabajo por el Cristo en Damasco, sin embargo, recibí de nuestros amigos las mayores manifestaciones de desprecio y ridículo que me hicieron sufrir mucho. Repentinamente me vi sin compañeros y sin amigos. Algunos adeptos de la reunión del “Camino” me consolaron en mi abatimiento con sus expresiones de fraternidad, pero no fueron lo suficiente para resarcirme de mis amargas desilusiones. El mismo Sadoc, que en la infancia fue pupilo de mi padre, me rechazó incriminando mi posición. Deseaba regresar a Jerusalén, pero por lo pasado en la sinagoga de Damasco, comprendí que me esperaban grandes contratiempos con las autoridades del Sanedrín y del Templo. Naturalmente, la profesión de rabino no me podrá afectar en nada mi sinceridad, porque de otra forma sería mentirme a mí mismo. Sin trabajo, sin dinero, me encuentro en un laberinto de cuestiones insolubles, necesito la ayuda de un corazón más experimentado que el mío. Resolví, entonces, irme al desierto y tratar de encontraros para pedirlos la ayuda necesaria.

Y concluyendo con la exposición, con los ojos suplicantes, que demostraban las angustias de su alma, exclamó:

–Maestro amado, ¡siempre encontraste las soluciones para el bien, cuando mi imperfección me sumía en las sombras atormentadoras! ... Amparad a mi corazón que se encuentra sometido a dolorosas pesadillas. Necesito servir a Aquél que se dignó sacarme de las tinieblas del mal, ¡no puedo dejar de recibir vuestra ayuda en este difícil trance de mi vida!...

Esas palabras eran dichas en forma conmovedora. Mirada firme, aunque iluminada por una intensa ternura, el generoso viejito le acarició las manos y le habló conmovido:

–Examinemos tus dudas en forma particular, para encontrar una solución adecuada a cada uno de los problemas, pero bajo la luz de la enseñanza que hoy nos ilumina.

Después de una pausa, que parecía poner en orden los asuntos, continuó:

–Hablas del desprecio experimentado en la sinagoga de Damasco, pero los ejemplos son claros y convincentes. También yo en la actualidad soy considerado como un loco pacífico, en medio de mis familiares. En Jerusalén viste a Simón Pedro despreciado por amar a los pobres y darles ayuda, viste morir a Esteban apedreado, acaso, ¿necesitas ver más para reflexionar sobre tu estado? El mismo Cristo, redentor de los hombres, no pudo escapar de los martirios de una cruz infamante en medio de malhechores, condenados por la justicia común. La lección del Maestro es grande para que sus discípulos se conforten y no esperen comprensión por parte de los políticos y religiosos. Si el Cristo que era justo e inimitable marchó en medio de los sufrimientos e incomprensiones de este mundo, no es justo esperar reposo y vida fácil en nuestra miserable condición de pecadores.

El joven tarsense escuchaba aquellas palabras suaves, pero enérgicas, con el alma dolorida, especialmente en lo que se refería a las persecuciones infligidas a Pedro y en lo que concernía al capítulo de Esteban, donde el viejo amigo tuvo la delicadeza de no aludir nominalmente al verdugo.

–Respecto a las dificultades que dices experimentar después de los hechos sucedidos en Damasco –prosiguió Gamaliel serenamente–, no hay nada más justo y natural que el trabajo para mis ojos experimentados en los problemas del mundo. Nuestros abuelos, antes de recibir el maná del cielo, atravesaron los tiempos sombríos de la miseria, esclavitud y sufrimientos. Sin las angustias del desierto, Moisés jamás encontraría en la roca estéril el agua vivificante. Y tal vez, aún no hayas meditado mejor sobre las revelaciones de la Tierra Prometida. ¿Qué región sería ésa, si teniendo amplia comprensión sobre Dios, descubrimos que todos los puntos de la tierra son manantiales que apagan la sed, porque están bajo su protección? Existen palmeras frondosas y amigas en medio de los arenales ardientes. ¿Esos generosos árboles, acaso, no transforman el desierto en bendecidos caminos, llenos de pan divino que sacian nuestra hambre? En mis solitarias reflexiones, llegué a la conclusión que la Tierra Prometida por las divinas revelaciones es el Evangelio de Jesús. Y la meditación nos sugiere comparaciones más profundas.

“Cuando nuestros ascendientes trabajaban para conquistar la región privilegiada, numerosas personas trataron de desalentar a los más animados, asegurando que el terreno era inhóspito, que los aires eran insalubres y portadores de fiebres mortales, que los habitantes eran intratables y comedores de carne humana, pero Josué y Caleb, en un extraordinario esfuerzo, entraron en la tierra desconocida, vencieron los primeros obstáculos y regresaron, diciendo que dentro de la región manaba la leche y la miel. ¿No tenemos ahí un símbolo perfecto? La revelación divina se refiere a una región, cuyo clima espiritual está hecho de paz y de luz. Que nos adaptemos al Evangelio es como descubrir otro país, cuya grandeza se pierde en lo infinito de nuestra alma. A nuestro lado permanecen aquellos que hacen todo lo posible para desanimarnos en la empresa que hemos alcanzado. Acusan a las enseñanzas del Cristo de criminosa y revolucionaria, dicen que a través de su ejemplo está la base de la desorganización y de la muerte. Calificaron a un apóstol, como Simón Pedro, de ser un pescador presuntuoso e ignorante, pero también estamos obligados a pensar en aquella estupenda serenidad con que Esteban entregó su alma a Dios, y vi en él a la figura del valeroso compañero que nos demostraba que las lecciones aprendidas con los adeptos del “Camino” nos conducen a la bendita tierra del Evangelio, donde hay fuentes de leche y sabiduría y de la miel del amor divino. Por eso, es necesario marchar sin descanso y sin reparar en los obstáculos que se interponen en el largo viaje. Busquemos siempre la mansión infinita que nos seduce el corazón.

Gamaliel hizo una pausa en sus expresiones altamente consoladoras. Saulo estaba admirado. Aquellas comparaciones simples, aquellas deducciones preciosas del estudio de la Antigua Ley con relación a Jesús, lo dejaban perplejo. La sabiduría del anciano le renovaba las fuerzas.

—Alegas que te extrañas —continuó el venerado amigo, mientras el joven lo miraba con creciente interés— con el cambio de profesión y la falta de dinero para atender las necesidades inmediatas... Sin embargo, Saulo, basta meditar un poco sobre la realidad de los hechos para que veas con claridad. Un viejo como yo está en la situación de Moisés cuando contemplaba la Tierra Prometida, sin poder alcanzada. Pero en lo que a ti se refiere, es necesario recapacitar que aún eres muy joven. Puedes multiplicar tus energías con el adiestramiento de tus fuerzas y entrar en el terreno de las aspiraciones del Salvador. Para ello, es indispensable simplificar la vida y recomen-

zar la lucha. Josué no hubiera vencido los obstáculos del camino si hubiera leído únicamente los textos sagrados, o si se hubiera conformado con los favores de quienes lo estimaban. En verdad, tuvo que mover herramientas pesadas, hizo caminos donde había abismos, todo a costa de grandes esfuerzos humanos.

–¿y qué me aconsejáis en ese sentido? –interrogó el joven con profunda atención, mientras el viejo Maestro hacía una larga pausa.

–Quiero decir que conozco a tu padre, como su holgada situación. Naturalmente, en su aprecio hacia ti, no se negaría a prestarte ayuda en esta emergencia. Tu padre es humano y mañana puede ser llamado a la vida espiritual. Su amparo sería muy valioso, pero no deja de ser precario, si no lo apoyas con tu esfuerzo, a la solución de tus problemas. Vives en una fase de la vida en que todo trabajo necesita de tus energías. Examinada la cuestión familiar, ahora veamos tu condición profesional. Hasta ahora fuiste rabino de la Ley, preocupado por los errores ajenos y las discusiones sobre las causas, como es lógico sucede entre los doctores. Ganabas dinero por vigilar la situación de los demás, pero Dios te llamó para que vieras tus propios desvíos, como lo hizo también conmigo. La Tierra Prometida está delante de nosotros. Es necesario vencer el obstáculo y ponerse en marcha. Como doctor de la Ley no te sería fácil. Entonces es necesario recomenzar la tarea, como el hombre que buscaba oro en el lugar que no existía. El problema es de trabajo, de esfuerzo personal.

El joven de Tarso miró al generoso anciano con los ojos humedecidos y exclamó:

–Ahora comprendo...

–¿Qué aprendiste en la infancia, antes de haber conquistado tu posición? –preguntó inteligentemente el viejo amigo.

–Conforme a las costumbres de nuestra raza, mi padre me mandó aprender el oficio de tejedor.

–No podías haber recibido de la mano paterna dádiva más generosa –agregó Gamaliel con una sonrisa convincente–. Tu padre fue previsor, como todos los jefes de familia para el pueblo elegidos de Dios, tratando de perfeccionar tus manos al trabajo antes que tu cerebro se llenara de muchas ideas. Está escrito que debemos comer el pan con el sudor de la frente. El trabajo es el movimiento sagrado de la vida.

El viejo mentor hizo una pausa, como quien desea reflexionar con más profundidad y siguió diciendo:

–Fuiste un humilde tejedor antes de alcanzar los títulos honoríficos de Jerusalén... Ahora que te has volcado a servir al Mesías en la Jerusalén de la humanidad, es bueno que vuelvas a ser un modesto tejedor. Las tareas que aparentemente no resaltan ante la generalidad, no dejan de ser una buena muestra del gran espíritu de sumisión. No te sientas humillado por regresar al telar, que en estos momentos resulta ser el amigo generoso. Estás sin dinero y sin recursos materiales... A primera vista y considerando tu situación de hombre prestigioso del mundo, sería muy justo el recurrir a los familiares y amigos. Pero no estás enfermo, ni envejecido. Tienes salud y fuerzas. ¿No es más agradable convertirlas en elemento de ayuda para ti mismo? Todo trabajo honesto está respaldado por la bendición de Dios. Ser un tejedor, después de haber sido un rabino, es para mí más honroso que descansar sobre los títulos ilusorios, conquistados en un mundo donde la mayoría de los hombres ignoran el bien y la verdad.

Saulo comprendió la grandeza de los conceptos y tomándole las manos, las besó con profundo respeto, murmurando:

–No esperaba de vos sino esta franqueza y sinceridad que iluminan mi espíritu. Aprenderé de nuevo el camino de la vida y encontraré en el ruido del telar y en los amigos, el estímulo santificante para proseguir con el trabajo. Conviviré con los más desheredados de la suerte, me introduciré en la intimidad de sus amarguras y en contacto con los dolores ajenos, he de saber dominar mis impulsos inferiores, llegando, con el tiempo, a ser más paciente y humano...

Lleno de alegría, el viejo sabio le acarició los cabellos y exclamó emocionado:

–¡Dios bendecirá tus esperanzas!...

Largo tiempo quedaron en silencio, como deseosos de prolongar, indefinidamente, aquel instante glorioso de comprensión y armonía.

Fue Saulo, que demostraba en su mirar las grandes preocupaciones que le corrían interiormente, quien rompió el silencio, diciendo receloso:

–Pretendo retomar el oficio de mi niñez, pero estoy sin dinero para hacer el viaje. Si fuera posible, ejercería la profesión aquí mismo, en Palmira...

Hablaba con vacilación, dejando percibir al venerable amigo, la vergüenza que sentía al hacerle esa confesión.

–Bueno –dijo Gamaliel pensativamente–, considero que las dificultades de tu regreso han de ser muy grandes. Además, no incluyo los obstáculos referentes a los problemas del dinero, que de cualquier forma, podríamos obtenerlo para los gastos más urgentes. Me refiero simplemente a los peligros que presenta la situación pasada. Me parece justo que regreses a Jerusalén o a Tarso, plenamente integrado a tus nuevas obligaciones. Toda planta es frágil cuando comienza a crecer. Los enredos de fariseísmo, la falsa ciencia de los doctores, las vanidades familiares podrían aplastar la simiente gloriosa que Jesús te puso en tu ardiente corazón. El nuevo retoño no se desenvolverá con eficiencia si lo tapamos con barro y desperdicios. Es bueno que vuelvas a tu casa, a nuestros compañeros y a la familia, como árbol frondoso, honrando la dedicación del Divino Cultivador.

–Pero, ¿qué hacer? –exclamó Saulo preocupado.

El antiguo maestro reflexionó un instante y aclaró:

–Sabes que las zonas del desierto son grandes mercados de los artículos de cuero. El servicio de los transportes depende enteramente de los tejedores en potencia. Mi hermano estableció diversas tiendas de trabajo en los lejanos oasis, para atender las necesidades de su comercio. Conversaré con Ezequías respecto a ti. No le diré que se trata de un gran jefe de Jerusalén, que trata de exiliarse por algún tiempo, no por avergonzarte, respecto a tu nombre de origen, sino para que sea útil el anonimato y pruebes la humillación y la soledad de tu nuevo camino. Las consideraciones convencionales podrían perturbarte, ahora que necesitas terminar con el “hombre viejo” a golpe de sacrificios y disciplina.

–Comprendo y obedezco lo que hace en mi propio beneficio –murmuró Saulo.

–Además, Jesús ejemplificó muy bien todo eso, permaneciendo en nuestro medio, sin que lo percibiéramos.

El joven tarsense se puso a meditar en los elevados conceptos recibidos. Iba a iniciar una nueva existencia. Tomaría el telar con humildad. Se alegraba al recordar que el Maestro en ningún momento había desdeñado el sencillo banco de carpintero. El desierto le daría consolación, trabajo y silencio. No ganaría más el dinero con facilidad, sino con los recursos pro-

pios y necesarios para subsistir, con el sabor de los obstáculos vencidos. Gamaliel tenía razón. No era lógico rogar por el favor de los hombres, cuando Dios le había concedido el mayor de todos los favores, iluminando su conciencia para siempre. Es verdad que en Jerusalén había sido un cruel verdugo, pero sólo contaba con treinta años de edad. Trataría de reconciliarse con los que había ofendido a causa de su rigor sectarista. Sentíase joven y trabajaría para Jesús mientras tuviera energías.

Las palabras cariñosas del anciano lo habían arrancado de la gran duda que lo tenía atado.

–¿Tienes el Evangelio? –le preguntó el viejito con bondadoso interés.

Saulo le mostró la parte fragmentada que llevaba, explicándole el trabajo que tuvo en Damasco para copiarla de los manuscritos del generoso pregonador que le había curado la ceguera. Gamaliel observó con atención y después de concentrarse largo tiempo, agregó:

–Tengo una copia integral de las anotaciones de Levi, cobrador de los impuestos en Cafarnaum, que se hizo apóstol del Mesías, y que llegara a mí por la gracia generosa de Simón Pedro. En el presente no necesito de esos pergaminos, que considero sagrados. Para fijar en mi memoria las lecciones del Maestro, copié todas las enseñanzas. Tengo tres ejemplares completos del Evangelio hechos por mí y sin la cooperación de escriba alguno. Siendo así y considerando el obsequio de Pedro, como una santificada reliquia y de gran afecto, quiero depositarla en tus manos. Llevarás contigo las páginas escritas en la iglesia del “Camino”, como fieles compañeras de tu trabajo.

El ex rabino escuchaba las declaraciones afectuosas con profunda emoción.

–Pero, ¿por qué has de deshacerte de un recuerdo tan afectivo por mi causa? –preguntó sensibilizado–. ¡Me bastaría y quedaría muy contento con una de las copias hecha por tus propias manos....

El viejo maestro fijó su mirada tranquila en el paisaje y murmuró con voz profética:

–Llegué al final de mi carrera y debo esperar, ahora, la muerte del cuerpo. Si he de abandonar el obsequio de Pedro a las personas que no sabrían reconocer su valor, entonces es justo aprovechar la oportunidad para ofrecérsela a un amigo, que sabe apreciar su carácter sagrado. Además, tengo la

convicción de que no podré regresar más a Jerusalén, ni podré, tampoco, tener la oportunidad de hacerles saber a los apóstoles galileos respecto a las luces que el Salvador derramó en mi espíritu. Y temo que los adeptos de Jesús no logren comprenderte de inmediato, cuando llegues a la ciudad santa. Entonces, tendrás presente este recuerdo para presentarle a Pedro en mi nombre.

Aquel tono profético impresionó al joven tarsense, que bajó la cabeza con los ojos humedecidos.

Después de un largo intervalo, como si tratara de recomponer las ideas con perfecta armonía, Gamaliel continuó diciendo:

—Te veo en el futuro dedicado a Jesús, con el mismo celo con que te conocí consagrado a Moisés. Si el Maestro te llamó al servicio es porque confía en tu comprensión para el trabajo. Cuando el esfuerzo de tus manos te hayan consagrado la libertad para escoger el nuevo camino a seguir, Dios ha de bendecirte el corazón para que difundas la luz del Evangelio entre los hombres, hasta el último día de tu vida sobre la tierra. En ese trabajo, hijo mío, te enfrentarás con la incomprensión y luchas en Jerusalén, pero no desesperes ni te atemorices. Tú sembraste primero, para crear la confusión en los espíritus, y es justo que recojas los resultados. En tu trabajo, acuérdate siempre del Cristo y sigue adelante con tu sincero esfuerzo. No te perturben las desconfianzas, la calumnia y la mala fe, y siempre debes tener presente, que Jesús venció esos escollos con valeroso ejemplo.

Saulo se sintió aliviado escuchando aquella exhortación amorosa, tierna y leal. Escuchándola se dejó estar largo tiempo, entre lágrimas ardientes que eran testigo del arrepentimiento del pasado y las nuevas esperanzas de su corazón para el futuro.

Aquella misma tarde, Gamaliel dejó la rústica choza dirigiéndose con el ex discípulo a la casa de su hermano, que acogió al joven tarsense bajo su techo con gran alegría.

La brillante inteligencia y la juventud comunicante del ex doctor de la Ley conquistaron a Ezequías y a sus familiares, en una bella y espontánea expresión de amistad.

Esa misma noche, terminadas las obligaciones domésticas, el viejo rabino de Jerusalén expuso al comerciante la situación de su protegido. Le explicó que Saulo había sido su discípulo desde niño, le exaltó su valor per-

sonal y concluyó exponiendo sus necesidades económicas, que eran verdaderamente críticas. Y delante del mismo interesado, que acentuaba su admiración por aquel viejito sabio y generoso, le aclaró que tenía intención de trabajar como tejedor en las tiendas del desierto, rogando a Ezequías lo ayudara con su bondad y buena disposición.

El comerciante de Palmira quedó asombrado con el relato.

–El joven de modo alguno –advirtió atentamente– necesitará aislarse para ganar el pan de cada día. Tengo medios para colocarlo aquí mismo, en la ciudad, donde podrá estar en contacto permanente con nosotros.

–Sin embargo, preferiría vuestro generoso amparo en el desierto –acentuó Saulo con tono significativo.

–¿Por qué? –preguntó Ezequías interesado–. No entiendo a un joven como tú, exiliado en la inmensidad del desierto. Los emigrantes del éxodo de Jerusalén, en condición de solteros, no toleraron las condiciones que les ofrecí en los oasis distantes. Apenas algunos matrimonios aceptaron la propuesta y partieron a su destino. En cuanto a ti, con tus dotes intelectuales, no comprendo cómo prefieres ser un simple y humilde tejedor, aislado del mundo...

Gamaliel comprendió que la extrañeza del hermano podría llevarlo a suposiciones equivocadas y antes de que alguna sospecha alcanzara a su espíritu observador, agregó con cierta prudencia:

–Ezequías, tu pregunta es muy natural, pues las resoluciones de Saulo inspirarían extrañeza a cualquier persona práctica. Se trata de un joven lleno de talento, trabajador y muy instruido. Los menos capacitados podrían pensar que está tratando de huir por causa de algún crimen, pero en su caso no se da tal cosa. Para ser más franco, debo decirte que mi antiguo discípulo, después que se haya experimentado en el desierto, se dedicará a la difusión de la palabra de Dios. Si Saulo hubiera elegido la carrera, que es motivo principal para la juventud triunfante, ¿te parece que preferiría Palmira en vez de Jerusalén? La situación no es de necesidad pecuniaria, sino por falta de meditación en los graves problemas de la vida. Sabemos que los profetas y hombres de Dios fueron a lugares desolados para sentirse inspirados por el Altísimo, antes de llevar su palabra exitosa a los necesitados.

–Si es así –acentuó Ezequiel...

Y después de meditar por algunos momentos, el comerciante volvió a decir:

–En la región que conocemos por “oasis de Dan”, distante de aquí a unas cincuenta millas, instalé hace más de un mes a una joven pareja de tejedores que llegó en el último contingente de refugiados. Se trata de Aquila, cuya mujer, de nombre Prisca, fue empleada de mi esposa cuando era niña y, además, es huérfana. Esos buenos trabajadores son, en la actualidad, los únicos habitantes del oasis. Saulo podría hacerles compañía. Allí hay buenas tiendas, casa confortable y tareas indispensables para realizar.

–¿Cuál es el sistema de trabajo? –preguntó el joven tarsense interesado por la nueva tarea.

–La especialidad en este puesto de avanzada –aclaró Ezequías con cierto orgullo– es la preparación de tapetes de lana y los tejidos de pelo caprino destinados a los almacenes generales. Esos artículos abastecen a nuestra casa central en gran escala, pero al ser tan distante el centro de producción, tuve en vista crear un tráfico importante de camellos, que son de mi propiedad y llegan a Siria y otros puntos importantes que atiende al comercio en general.

–Haré todo lo posible para corresponder a vuestra confianza –confirmó el ex rabino confortado.

La conversación siguió por largo rato, comentando las perspectivas y ventajas del negocio.

Después de tres días, Saulo se despedía del maestro con profunda emoción. Le parecía que aquel afectuoso abrazo sería el último, y hasta que los camellos de la caravana se pusieron en marcha hacia la inmensa planicie, el joven brindó al cariñoso anciano sus vibraciones de amor, llenas de angustioso adiós.

Al día siguiente, los empleados de Ezequías dejaron a Saulo en su destino, al igual que la carga de cuero, que se hicieron cargo Aquila y su esposa.

Los dos empleados del pequeño taller lo recibieron con las mejores muestras de fraternidad y simpatía. Saulo, de inmediato reconoció que había en esas dos personas nobles cualidades espirituales. La juventud del generoso matrimonio se notaba en los trabajos realizados y en el buen ánimo dispuesto. Prisca se desdoblaba en sus actividades, demostrando la nobleza de su sentir. Sus viejas canciones hebraicas resonaban en el gran silencio,

como notas de armoniosa belleza. Terminadas las tareas domésticas, compartía con su compañero los trabajos del telar hasta muy avanzada la hora del crepúsculo. El marido, a su vez, parecía un temperamento privilegiado, de los que se mueven sin la necesidad de activarlos. Plenamente integrado en las responsabilidades que le competían, Aquila trabajaba sin descanso, bajo la sombra acogedora de los árboles.

Saulo comprendió la bendición que había recibido. Tenía la impresión de haber encontrado en aquellas dos almas fraternales a sus acompañantes para toda la vida, unidos espiritualmente a la grandeza de su misión. Eran como dos habitantes de un mundo diferente, que hasta el momento no le había sido posible conocer.

Aquila y Prisca, antes que esposos, parecían verdaderos hermanos. En el primer día de trabajo conjunto, el ex doctor de la Ley observó un respeto mutuo y la unidad en las ideas. Además, la elevada noción en los deberes, se observaba en sus actitudes y, sobre todo, la sana alegría que irradiaban de sus gestos amorosos. Sus costumbres puras y generosas daban alegría a su alma, que aún estaba desilusionada por la hipocresía de la humanidad. Las comidas eran simples, cada objeto tenía su aprovechamiento y lugar adecuado, y las palabras, cuando salían del círculo de la alegría común, jamás incidían en maledicencia o frivolidad.

El primer día pasó con agradabilísimas sorpresas para el ex rabino, ansioso de paz y soledad para sus nuevos estudios y meditaciones. El compañero se deshacía en gentilezas para atenderlo en sus pequeñas dificultades en el trabajo, ya que hacía largo tiempo había dejado de practicarlos. A Aquila le extrañó, naturalmente, las manos delicadas, las formas diferentes de comportarse, nada parecidas a las de un tejedor común, pero con la nobleza que los caracterizaba, nada preguntó relativo a su deseo de aislarse.

Aquella misma tarde, una vez terminadas las tareas, el matrimonio se sentó a la sombra de una frondosa palmera, sin hacerle notar al ex doctor sus miradas interrogantes, que significaban notable inquietud. Silenciosos, desdoblaron unos viejos pergaminos y comenzaron a leer con mucha atención.

Saulo percibió aquella actitud recelosa y se aproximó.

—De hecho —dijo cariñosamente—, la tarde en el desierto invita a la meditación... la extensión infinita de la arena parece un manso océano... la

suave brisa representa el mensaje de las ciudades distantes. Tengo la impresión que estamos en un templo, llenos de paz imperturbable, alejados del mundo...

Aquila quedó admirada por aquellas imágenes evocativas y experimentó mayor simpatía por aquel joven anónimo, apartado, tal vez, de sus queridos familiares y que ahora contemplaba la planicie sin fin con mayor tristeza.

–Es verdad –respondió Aquila–, siempre tuve la idea que la naturaleza destinó la aridez del desierto como un altar silencioso y divino, para que los hijos de Dios tengan sobre la tierra un lugar de perfecto reposo. Aprovechemos nuestra estada con la soledad para pensar en el Padre justo y santo, considerando su magnanimidad y grandeza.

Al mismo tiempo, Prisca se inclinaba sobre la primera parte de los rollos de pergamino, absorbiéndose en la lectura.

Leyendo casualmente el nombre de Jesús, Saulo se aproximó aún más, y sin conseguir ocultar su gran interés, preguntó:

–Aquila, tengo tanto amor al profeta Nazareno, que me permito preguntar si tu lectura sobre la grandeza del Padre Celestial se hace por medio de las enseñanzas del Evangelio.

El joven matrimonio se quedó sorprendido en base a la inesperada pregunta.

–Sí... –aclaró el interpelado vacilante–, pero si vienes de la ciudad, no ignoras de las persecuciones realizadas contra los adeptos de la iglesia del “Camino”, que obedecen al Cristo Jesús...

Saulo no disimuló su alegría, viendo que sus compañeros, amantes de la lectura, estaban en condiciones de intercambiar elevadas ideas sobre la nueva y evangélica doctrina.

Animado por la confesión, se sentó sobre las rústicas piedras, y tomando los pergamino con interés, preguntó:

–¿Anotaciones de Levi?

–Sí –aclaró Aquila más dueño de sí y casi seguro de encontrarse frente a otro hermano de ideal–, las copié en la iglesia de Jerusalén, antes de partir.

En un instante, Saulo buscó la copia del Evangelio, que constituía para su corazón una de las más preciosas recordaciones de su vida. Analizaron, satisfechos, los textos y las enseñanzas.

Tocado de un sincero interés fraternal, el ex rabino preguntó amorosamente:

–¿Cuándo salieron de Jerusalén? Me pongo muy contento cuando encuentro hermanos que conocen de cerca nuestra ciudad santa. Cuando salí de Damasco, no preveía que Jesús me reservara tan agradables sorpresas.

–Hace algunos meses que hemos salido –aclaró Aquila, ahora con un poco más de confianza, ante la espontaneidad de las palabras escuchadas–. Fuimos obligados a tomar esa decisión por causa de las persecuciones.

Aquella referencia brusca e indirecta a su pensamiento, perturbó al joven tarsense en lo profundo de su corazón.

–¿Llegásteis a conocer a Saulo de Tarso? –preguntó el tejedor con una gran ingenuidad–. Además –continuó, mientras el interpelado trataba de responder–, el célebre enemigo de Jesús, tiene el nombre igual al tuyo.

El ex rabino consideró que era mejor seguir el plan trazado, conforme al consejo de su gran amigo Gamaliel. Era preferible ocultarse y experimentar en carne propia la cosecha de lo que otrora sembrara, hasta que los hermanos del “Camino” comprobaran plenamente la fidelidad de su testimonio.

–Lo conocí –contestó vagamente.

–Pues bien –prosiguió Aquila, iniciando el comentario de sus vicisitudes–, es muy posible que en tu pasaje por Damasco y Palmira no conozcas los martirios que el famoso doctor de la Ley nos impuso, muchas veces, arbitrariamente. Tal vez el propio Saulo, según creo, no llegue a saber las atrocidades cometidas por los inescrupulosos hombres que estaban bajo sus órdenes, porque las persecuciones fueron de tal naturaleza, que como hermano del “Camino” no puedo admitir que un rabino educado pudiera asumir la responsabilidad personal de tantos hechos inicuos.

Mientras el ex doctor buscaba en vano una respuesta adecuada, Prisca entró en la conversación, exclamando con simplicidad:

–Es natural que el rabino de Tarso no llegue a saber de todos los crímenes cometidos en su nombre. El mismo Simón Pedro, antes de nuestra partida, ocultamente y por la noche, nos afirmó que ningún adepto debía odiarlo, porque a pesar del papel que representó en la muerte de Esteban, era imposible que ordenara tantas medidas odiosas y perversas.

Saulo comprendía, ahora que escuchaba a los más humildes, la exten-

sión de la criminosa campaña que había desencadenado, dando lugar a tantos abusos de parte de sus empleados y subalternos.

–Pero –preguntó admirado–, ¿sufrísteis mucho? ¿Fuísteis condenado por alguna causa?

–No fueron pocos los que sufrieron vejámenes iguales a los que yo sufrí –murmuró Aquila, a la vez que explicaba el condenable procedimiento de los fanáticos, escogidos como ayudantes prestigiosos contra los adeptos.

–¿Cómo fue eso? –preguntó Saulo, sumamente interesado.

–Te daré un ejemplo. Imagina que un patricio de nombre Jochai, varias veces le preguntó a mi padre por la posibilidad de comprarle la panadería en Jerusalén. Yo cuidaba de mi negocio, mi padre de sus trabajos. Vivíamos felices y en paz a pesar de las arremetidas del ambicioso, pero mi padre jamás pensó en liquidar la fuente de sus recursos. Jochai, luego de tomar destacada posición en las persecuciones, consiguió un puesto de importancia. Con tal premisa llevó sus mezquinos planes a la práctica, bastándole un poco de autoridad y el envidioso llevó a cabo sus criminosos deseos. Es verdad que Prisca y yo fuimos de los primeros en ir a la iglesia del “Camino”, no sólo por afinidad de sentimientos, sino por deber a Simón Pedro, que curó mis antiguos males, provenientes de la infancia. Mi padre, mientras tanto, a pesar de la simpatía por el Salvador, alegaba estar bastante envejecido para cambiar sus ideas religiosas. Aferrado a la Ley de Moisés, no podía comprender una renovación general de los principios en materia de fe. Cierta día, Jochai nos golpeó en la puerta acompañado de una escolta armada, con orden de prisión para los tres. Era inútil resistir. El doctor de Tarso había lanzado un edicto, en el que toda resistencia significaba la muerte. Fuimos todos a prisión. En vano mi padre juró fidelidad a la Ley. Después del interrogatorio, Prisca y yo recibimos orden de regresar a nuestra casa, pero nuestro padre fue encarcelado sin compasión. Sus bienes le fueron confiscados. Después de muchas providencias por nuestra parte, conseguimos que regresara a nuestra casa, pero expiró al día siguiente de salir de la cárcel. No nos podemos olvidar, pues al verlo de nuevo parecía un fantasma. Guardias cariñosos lo trajeron casi agonizante. Aún logré ver sus huesos rotos, las heridas abiertas y la epidermis destrozada por los azotes. Con palabras titubeantes, nos describió las escenas lamentables que padeció. El mismo Jochai, rodeado de sus secuaces, fue el autor de los últimos suplicios aplicados. No pudiendo resistir a tantos sufrimientos, entregó su alma a Dios.

Aquila estaba muy conmovido. Furtivas lágrimas se asociaron a su penosa recordación.

–¿Y la autoridad del movimiento? –preguntó Saulo emocionado en extremo–. ¿Ignoraban ese crimen?

–Creo que sí. Era demasiada crueldad para que fuera atribuida a castigos por motivos religiosos.

–Pero, ¿no recurriste a la justicia?

–¿Quién se atrevería a hacerlo? –preguntó el empleado de Ezequías con admiración–. Tengo amigos que lo hicieron, pero fueron castigados con más violencia, por hacer reclamos a la justicia.

El ex rabino comprendía el razonamiento de los conceptos. Sólo ahora tenía suficiente vista espiritual para comprender la vieja ceguera que le había ennegrecido el alma. Aquila tenía razón. Muchas veces había hecho oído sordo a los ruegos conmovedores. Invariablemente había mantenido las decisiones absurdas de sus propuestos inconscientes. Recordaba fácilmente al mismo Jochai, que le parecía tan sumiso a sus órdenes.

–¿Y qué piensas de Saulo? –preguntó bruscamente.

Lejos de saber que estaba exponiendo sus íntimas ideas, Aquila respondió sin titubear:

–El Evangelio manda considerarlo como un hermano extremadamente necesitado de la luz de Jesús Cristo. Nunca lo vi, temiendo por las iniquidades practicadas en Jerusalén, viniendo a este lugar en mi fuga precipitada, y he orado a Dios por su alma, esperando que un rayo de luz lo ilumine, no por mí, que nada valgo, sino por Pedro, que lo considero como un segundo padre. Creo que se verían maravillas si la iglesia del “Camino” pudiera trabajar libremente. Los apóstoles galileos son dignos de un campo que no tenga espinas, para sembrar la semilla dejada por Jesús.

Aquila se dirigió a su esposa, mientras el joven de Tarso guardaba silencio, para preguntarle con interés:

–¿Recuerdas, Prisca, cómo se pedía fervientemente en la iglesia, por los perseguidores del “Camino”? Muchas veces, para fortalecer a nuestro débil espíritu para las cosas del perdón, Pedro nos enseñaba a considerar al implacable rabino como a un hermano, puesto que las violencias le oscurecían el entendimiento. Para que nuestros resentimientos no proliferaran, hacía un

poco de historia de su propio pasado, diciendo que él mismo, por ignorancia, había llegado a negar al Maestro en más de una ocasión. Resaltaba nuestras debilidades humanas y nos alentaba para inducimos a una mejor comprensión. Cierta día nos llegó a decir que la persecución de Saulo era inútil, porque nos inducía a pensar en nuestras propias miserias, lo que nos obligaba a vigilar sobre las responsabilidades que teníamos con Jesús.

El ex discípulo de Gamaliel tenía los ojos húmedos.

–Sin duda, el famoso pescador de Cafarnaúm era el más grande hermano de los infelices –murmuró convencido.

La conversación se desvió hacia otros comentarios, después de la intervención de Prisca en los últimos y sobresalientes hechos, agregando que ella conocía muchas mujeres de Jerusalén, que teniendo maridos e hijos encarcelados, pedían sinceramente a Jesús para que iluminara la mente del célebre perseguidor. Enseguida hablaron del Evangelio. El manto de estrellas cubrió sus grandiosas esperanzas, mientras Saulo bebía a grandes tragos el agua de la amistad pura y sincera, que había encontrado en ese reducido lugar.

Con esas y otras conversaciones más, siempre con carácter fraternal y amistoso, los días fueron pasando rápido. De vez en cuando llegaban a Palmira abastecimientos y otros recursos. Los tres habitantes del oasis intercambiaban aspiraciones y pensamientos alrededor del Evangelio de Jesús, el único libro de sus meditaciones, en aquellos lejanos parajes.

El ex rabino había cambiado de aspecto en el contacto directo con la naturaleza. La piel quemada por el sol le daba el aspecto de ser un hombre acostumbrado a la inclemencia del desierto. La barba crecida le había transformado su semblante. Las manos, acostumbradas al trato con los libros, se volvieron callosas y duras. Mientras tanto, la soledad, la disciplina y el trabajo del telar le habían aportado a su alma luz y serenidad. Los ojos tranquilos y profundos eran testimonio de los nuevos valores de su espíritu. Finalmente, había comprendido que aquella paz desconocida que Jesús deseaba para sus discípulos, le permitía ahora comprender la dedicación de Pedro, la tranquilidad de Esteban en el instante de la muerte ignominiosa, el fervor de Abigail y las virtudes morales de los adeptos de la iglesia del “Camino”, que tanto había perseguido en Jerusalén. La autoeducación, la falta de recursos de la época, le enseñaban a su ansiosa alma, el secreto sublime de entregarse al Cristo, para luego reposar en sus brazos misericor-

diosos e invisibles. Desde que se había consagrado al Maestro, de alma y corazón, los remordimientos, los dolores y las dificultades se habían apartado de su espíritu. Todo trabajo lo recibía como un bien, toda necesidad era elemento de enseñanza. Sin esfuerzo alguno, se adaptó a Aquila y a su esposa, como si hubieran nacido juntos. Cierta vez, el compañero se enfermó y estuvo casi a la muerte, postrado, presa de una violenta fiebre. La difícil situación, las reiteradas tempestades de arena, abatieron el ánimo de Prisca, que se refugió en la cama con pocas esperanzas de vida. Saulo, sin embargo, demostró tener un coraje y desvelo pocas veces visto. Teniendo sincera confianza en Dios, esperó que la calma y la salud volvieran al hogar. Pronto tuvo la alegría de ver que Aquila regresaba al telar y que su esposa, más fortalecida, siguió cumpliendo con sus tareas domésticas, llenos ambos de nuevas expresiones de paz y confianza.

Había pasado más de un año de aquella confortadora soledad, cuando una caravana proveniente de Palmira le trajo un mensaje poco agradable. El comerciante le comunicaba que su hermano había muerto, pero que su deceso lo habían esperado hacía tiempo.

La partida de Gamaliel para los reinos del cielo no dejó de ser una dolorosa sorpresa. El viejo maestro, después de su padre, fue el mayor amigo que encontró en la vida. Meditó mucho sus últimos consejos y agradeció profundamente su sabiduría, transmitida cuando más la necesitaba. A su influjo había conseguido la paz deseada, para ajustarse a la situación espiritual que necesitaba y así poder reorganizar su vida. En ese día, pensamientos de elevada recordación le torturaban su alma.

Por la tarde, después de la merienda y en la hora de las meditaciones acostumbradas, el ex rabino contempló al matrimonio con ternura, que le sensibilizó su alma.

Cada cual se dedicaba a su meditación del Evangelio Divino, cuando el joven tarsense habló con cierta timidez, que no era usual conforme a sus gestos resueltos y acostumbrados:

–Aquila, muchas veces en la intimidad de nuestro trabajo he pensado en la enormidad del mal que te causó el doctor de Tarso. ¿Qué harías si algún día tuvieras la oportunidad de ser su verdugo?

–Trataría de ver en él a un hermano.

–¿Y tú, Prisca? –preguntó a la mujer, que lo miraba curiosa. –Sería una

óptima oportunidad para demostrarle el amor que Jesús nos enseñó a través de sus divinas lecciones.

El ex doctor recobró la serenidad y elevando un poco la voz, exclamó:

–Siempre consideré que un hombre llamado a administrar, deberá responder por los errores cometidos, en lo que respecta al plano general de los trabajos. Por lo tanto, y conforme a mi forma de pensar, no culparé tanto a Jochai, que se entronizó en un vulgar criminal, abusando de su jerarquía, para cometer torpes venganzas.

–Entonces, ¿quién sería el asesino de mi padre? –preguntó Aquila impresionado, mientras el ex doctor hacía una ligera pausa.

–Juzgo que Saulo de Tarso debería responder por el proceso. Es verdad que él no autorizó emplear la crueldad, pero se hizo culpable por su indiferencia personal, respecto a los detalle del trabajo que competía a su capacidad.

El matrimonio comenzó a meditar sobre el motivo de esas preguntas, mientras el joven de Tarso guardó silencio retraído.

Por fin, con voz humilde y conmovedora, volvió a hablar:

–Mis queridos amigos, bajo la inspiración del Señor, es justo que nos confesemos los unos a los otros. Mis manos encallecidas por el trabajo, mi esfuerzo para aprender las virtudes de la fe, que ambos tienen dado muestra y que, además, se les ve en los ojos, deben ser testigos de mi renovación espiritual. Soy Saulo de Tarso, el gran perseguidor, transformado en un siervo penitente. Sé que mucho erré, pero hoy necesito mucho más. En su misericordia, Jesús quitó la túnica miserable de mis ilusiones. Los sufrimientos regeneradores me llegaron al corazón, lavándolo con lágrimas dolorosas. Perdí todo lo que significaba honorarios y valores para el mundo, para tomar la cruz salvadora y seguir al Maestro en la siembra de la redención espiritual. Es verdad que aún no pude abrazarme al madero de las luchas constructivas y santificantes, pero persevero en el esfuerzo de negarme a mí mismo, despreciando el pasado inicuo para merecer la cruz de mi ascenso hacia Dios.

Aquila y su esposa lo miraban con asombro.

–No dudéis de mi palabra –continuó con los ojos humedecidos–. Asumo la responsabilidad de mis tristes hechos. ¡Perdonadme mi ignorancia criminal!...

El tejedor y la esposa comprendieron que las lágrimas le ahogaban la voz. Saulo, afectado emocionalmente, comenzó a llorar convulsivamente. Aquila se aproximó y lo abrazó. Aquella actitud cariñosa pareció agravar la situación, porque el llanto fue más abundante. Recordó el momento que había encontrado la afectividad sincera de Ananías, y ahora estaba allí, en los brazos de un hermano, por lo tanto, dejó que la fluencia copiosa de sus lágrimas le lavaran plenamente el corazón. Sentía la necesidad de expandir sus sentimientos cariñosos. La vieja vida de Jerusalén era convencionalismo y sequedad. Como destacado doctor había tenido muchos admiradores, pero por ninguno había llegado a sentir afinidad fraterna. En aquel desierto lugar, el cuadro era otro. Tenía a su frente un hombre digno y honesto, compañero dedicado y trabajador, antigua víctima de sus persecuciones inflexibles y crueles. ¿Cuántos como Aquila y su esposa no estarían dispersos por el mundo comiendo el pan amargo del exilio por su causa? Los grandes sentimientos nunca llenan el alma de una sola vez, por más bellos que sean. La criatura envenenada por el mal es como un recipiente de vinagre, que necesita vaciarlo de a poco a la vez. La visión de Jesús era un hecho vivo, inmortal, pero para poder comprenderlo en toda su extensión, en sus nobles deberes se le imponía el camino estrecho de las pruebas duras y amargas. Había visto al Cristo, pero para seguirlo, era indispensable volver atrás y cruzar los abismos. Las desilusiones de la sinagoga de Damasco, el reconfortamiento junto a los hermanos humildes, bajo la dirección de Ananías, la falta de recursos financieros, los consejos de Gamaliel, el anonimato, la soledad, el abandono de los seres más queridos, el pesado telar, la vida bajo el sol ardiente, la falta de cualquier confort material, la meditación diaria en las ilusiones de la vida, todo representaba la preciosa ayuda, que había necesitado para su decisión victoriosa. El Evangelio es la luz que ilumina el difícil camino, para llegar al descubrimiento de sí mismo y luego poder apreciar las necesidades que educan el alma.

Abrazándose estrechamente al amigo, que trataba de secarle las lágrimas, recordaba lo sucedido en Damasco, después de la gran visión del Mesías, y aún guardaba el íntimo orgullo de querer enseñar el amor del Maestro en Israel, dejando la tendencia despótica de obligar a sus semejantes a pensar como él, mientras que ahora podía examinar el pasado y sentir la alegría de la reconciliación, dirigiéndose con humildad a sus víctimas. En aquel instante, tuvo la impresión que Aquila representaba a la comunidad

de todos los afectados por sus crueles desmanes. Una gran serenidad le llenaba el corazón. Estaba alejado del orgullo, del amor propio, de las amargas ideas y de los terribles remordimientos. Cada gota de llanto era un poco de hiel que expulsaba del alma, renovándole la sensación de tranquilidad y de alivio.

—Hermano Saulo —dijo el tejedor sin ocultar su alegría—, nos regocijamos en el Señor, porque como hermanos estábamos separados y ahora estamos juntos nuevamente. No hablemos del pasado, comentemos el poder de Jesús, que nos transforma por medio de su amor.

Prisca, que también lloraba, intervino con ternura:

—Si Jerusalén conociera la victoria del Maestro, rendiría gracias a Dios...

Sentados los tres sobre el verde césped del oasis, bajo el soplo del viento que refrescaba los calores de la caliente tarde, hermanados en la sublimidad de la fe en común, el joven tarsense les relató el inolvidable suceso en el camino de Damasco, manifestando las grandes transformaciones de su vida.

El matrimonio lloró de emoción y alegría escuchando las palabras sobre la misericordia de Jesús, que ante sus ojos piadosos, apenas era un gesto de cariño para el siervo desviado y una bendición de amor para la humanidad entera.

De ahí en más, la tarea pareció más liviana y las dificultades menos penosas. Nunca más pasó la hora del crepúsculo sin que comentaran la dádiva gloriosa del Cristo, manifestada en las puertas de Damasco.

—Ahora que el Maestro nos reunió —exclamó Aquila satisfecho—, abandonemos el desierto y proclamemos los favores de Jesús por el mundo entero. Prisca y yo no tenemos muchas obligaciones de familia. Con la muerte de mi padre, estamos solos en lo tocante a nuestros deberes y es razonable no perder la oportunidad para difundir la Buena Nueva. Además de las lecciones de Levi, ahora tenemos la visión de Jesús resucitado, para fortalecer nuestras palabras.

Después de algún tiempo y antes de tomar la decisión para difundir la Verdad de Jesús en los centros populosos, Saulo les preguntó sobre los planes que tenían trazados.

—Desde que tú nos manifestaste tu revelación —exclamó el tejedor confiado y lleno de esperanzas— sólo alimento un ideal. Parece increíble a pri-

mera vista, pero antes de morir, sueño con ir a Roma y anunciar al Cristo a los hermanos de la vieja Ley. Tu visión en el camino de Damasco me llenó de valor. Narraré el hecho a los indiferentes y daré un poco de luz a los insensatos. Como humilde servidor de los hombres, he de saber dedicarme a los intereses del Salvador.

–Pero, ¿cuándo pretendes partir?

–Cuando el Maestro presente el camino apropiado, tomaremos la iniciativa. Por lo tanto, es nuestra decisión abandonar Palmira.

Después de una pausa, donde Saulo permaneció pensativo, Aquila murmuró:

–¿Por qué no vas a Roma con nosotros?

–¡Ah! ¡si yo pudiera!... –dijo el ex rabino, dando a entender que era otro su deseo–. Juzgo que Jesús desea verme, antes de nada, enteramente reconciliado con todos aquellos que ofendí en Jerusalén. Por otra parte, necesito volver a ver a mis padres, para apaciguar los recuerdos del corazón.

Efectivamente, después de pasar la gran caravana, que les traía los refuerzos y enseres, los tres hermanos, con la ayuda de un camello, dejaron el oasis en dirección a Palmira, donde la familia de Gamaliel los recibió con muestras de cariño.

Aquila y la mujer quedaron allí por algún tiempo al servicio de Ezequías, hasta que pudieran realizar el hermoso ideal de difusión en la poderosa Roma de los Césares, pero Saulo de Tarso, ahora resistente como un beduino, después de agradecer la generosidad de Ezequías y su familia y despedirse de los amigos del oasis con lágrimas en los ojos, tomó nuevamente rumbo hacia Damasco, radicalmente transformado por las meditaciones de tres años consecutivos, pasados en el desierto.

LUCHAS Y HUMILLACIONES

El camino se hizo sin incidentes. Sin embargo, en su nueva soledad, el joven tarsense reconocía que fuerzas invisibles le prodigaban a su mente consoladoras inspiraciones. Por las noches estrelladas, tenía la impresión de escuchar una voz cariñosa y sabia, cual dulce llamado, plasmada de amor e infinitas esperanzas. Desde el instante que se había separado de la amorosa compañía de Aquila y su esposa, además de sentirse absolutamente solo para empezar los nuevos cometidos que había planeado para su nuevo destino, encontró energías interiores que jamás había considerado y que le eran desconocidas.

No podía llegar a definir aquel estado espiritual, pero el caso es que de allí en más, bajo la dirección de Jesús, Esteban se encontraba a su lado como el más fiel de los compañeros.

Aquellas exhortaciones, aquellas voces dulces y amigas que lo asistieron en todo su camino apostolar y atribuidas directamente al Salvador, provenían del generoso mártir del “Camino” que lo siguió espiritualmente durante treinta años, renovándole constantemente las fuerzas para ejecutar los trabajos redentores del Evangelio.

Jesús había querido, que la primera víctima de las persecuciones de Jerusalén quedara hermanada para siempre al verdugo principal de los prosélitos de su doctrina de vida y redención.

A la inversa de los sentimientos de remordimiento por el pasado ignominioso y de los recuerdos y desalientos, que a veces le atormentaban el corazón, ahora sentía una gran alegría y liviandad de espíritu, sin poder explicar el sagrado origen de tan hermosas esperanzas. No obstante, las singulares alteraciones fisiológicas que la vida, el régimen y el clima del desierto le produjeron, entró en la ciudad de Damasco con sincera alegría en su alma, ahora dedicada enteramente al servicio de Jesús.

Con inmenso júbilo abrazó al viejo Ananías, poniéndolo al corriente de su nueva estructura espiritual. El respetable anciano le retribuyó el cariño

con inmensa bondad. En esta oportunidad, el ex rabino no necesitó aislarse en ninguna pensión entre desconocidos, porque los hermanos del “Camino” le ofrecieron franca y amorosa hospitalidad. Diariamente repetía la emoción confortadora de la primera reunión a que compareciera, antes de retirarse al desierto. La pequeña y fraternal asamblea, se congregaba todas las noches, cambiando ideas sobre las enseñanzas del Cristo, comentando los acontecimientos mundanos a la luz del Evangelio, todo en un marco de grandes proyectos para el futuro. Saulo fue informado de todas las novedades atinentes a la doctrina, experimentando los primeros efectos del choque entre los judíos y los amigos del Cristo, por causa de la circuncisión. Su temperamento apasionado percibió la extensión de la tarea que le estaba reservada. Los formalistas fariseos de la sinagoga no se entrometían con los adeptos del “Camino”, siempre que el seguidor de Jesús fuera un fiel observador de los principios de Moisés. Solamente Ananías y unos pocos más percibieron la sutileza de los moderadores doctrinarios, que provocaban deliberadamente la confusión en todos los sectores, atrasando la marcha victoriosa de la Buena Nueva redentora. El ex doctor de la Ley reconoció que en su ausencia, el proceso de persecución se había vuelto más peligroso e imperceptible, porque las características de crueldad, que habían tenido origen con su edicto, ahora le seguían las manifestaciones de la hipocresía farisaica, que bajo el pretexto de contemporalización y bonanza sumergirían la personalidad de Jesús a la grandeza de sus lecciones divinas, en deliberado olvido. Coherente con las nuevas disposiciones del foro, no pretendía volver a la sinagoga de Damasco, para no parecer un maestro pretencioso que pugnaba por la salvación de los demás, antes de alcanzar su propio perfeccionamiento, pero delante de lo que veía y escuchaba era necesario demostrar, hasta las últimas consecuencias, la disparidad de formalismo que existía entre el fariseísmo y el Evangelio, y lo que era la circuncisión y la nueva fe. Expuso el proyecto a Ananías sobre la intención de fomentar la discusión sobre el asunto y el generoso viejito lo estimuló para que se restableciera la verdad, en sus legítimos fundamentos.

Para ese fin, en el segundo sábado de su permanencia en la ciudad, el pregonador compareció en la sinagoga. Ninguno reconoció al ex rabino con su túnica rayada, la epidermis tostada por el sol, el rostro descarnado, pero con un brillo más vivo en sus ojos.

Terminada la lectura y la exposición que era de reglamento y aclarada la palabra para los sinceros estudiosos de la religión, he ahí que un desconocido sube imprevistamente a la tribuna de los maestros de Israel y buscó de interesar a la numerosa asistencia, hablando primeramente del carácter sagrado de la Ley de Moisés. Analizó apasionado las promesas maravillosas de Isaías, hasta que entró de lleno en el estudio de los profetas. Los presentes escuchaban con gran atención. Algunos se esforzaban por reconocer el metal de aquella voz, que de alguna forma no les sonaba extraña. La vibrante pregonación suscitaba ilaciones de gran alcance y belleza. Inmensa luz espiritual se denotaba en los diferentes pasajes de la oratoria.

Fue en esos instantes, que el ex rabino, conociendo el poder magnético que estaba ejerciendo sobre el auditorio, comenzó a hablar del Mesías Nazareno, comparando su vida, hechos y enseñanzas, con los textos que lo anunciaban a través de las sagradas escrituras.

Cuando abordó el problema de la circuncisión, la asamblea irrumpió en furiosa gritería.

—¡Es él!... ¡El traidor!... —clamaban los más audaces, después de estar seguros que era el ex doctor de la Ley—. ¡Apedrear al blasfemo!... ¡Es el bandido de la secta del “Camino”!...

Los jefes del servicio religioso, a su vez, reconocieron a su antiguo compañero, ahora buscado por la Ley, a quien se le debían imponer castigos crueles por su desertión.

Saulo asistía a la repetición de la misma escena, en que se hizo escuchar en la selecta reunión, con la presencia de los levitas de Chipre. Enfrentó impasible la situación, hasta que las autoridades religiosas consiguieran calmar los ánimos de los turbulentos.

Después de escuchar las frases más agudas, en medio del tumulto, el jefe de la ceremonia religiosa, tomó su posición y determinó que el orador descendiera de la tribuna para responder a un interrogatorio.

El convertido de Damasco comprendió inmediatamente, que necesitaba de mucha calma para salir con éxito de aquella difícil situación, y obedeció sin hacer ninguna objeción.

—¿Sois Saulo de Tarso, antiguo rabino en Jerusalén? —preguntó la autoridad con énfasis.

—¡Sí, por la gracia del Cristo Jesús! —respondió con firmeza. —No viene

al caso pediros referencia de vuestras actuaciones respecto a la secta del carpintero de Nazareth. Tan sólo nos interesa vuestra prisión inmediata, de acuerdo a las instrucciones recibidas del Templo –explicó el judío con actitud solemne.

–¿Mi prisión? –preguntó Saulo admirado.

–Sí.

–No os reconozco el derecho para efectuarla –agregó el pregonador.

Delante de aquella actitud enérgica, hubo un movimiento de admiración general.

–¿Por qué os resistís? Si sólo os cabe obedecer.

Saulo de Tarso lo miró con decisión y explicó:

–Me niego, porque no obstante haber modificado mi concepción religiosa, soy doctor de la Ley, y además, respecto a la situación política, soy ciudadano romano y no puedo atender la orden verbal de prisión.

–Sin embargo, estáis preso en nombre del Sanedrín.

–¿Dónde está la autorización?

La pregunta imprevista desconcertó a la autoridad. Hacía más de dos años que el documento había llegado de Jerusalén, en forma oficial, pero nadie había previsto aquella eventualidad. La orden había sido archivada cuidadosamente, pero no podía exhibirse de inmediato, como lo exigían las circunstancias.

–El pergamino será presentado dentro de pocas horas –agregó el jefe de la sinagoga un poco indeciso.

Y como queriendo justificarse, agregó:

–Desde el escándalo que promovisteis en vuestra última pregonación en Damasco, tenemos orden de Jerusalén para prenderos.

Saulo lo miró enérgicamente y volviéndose hacia la asamblea, que le observaba su disposición de valentía moral, dijo con voz vibrante y segura:

–Varones de Israel, traje para vuestro corazón lo mejor que tengo, pero rechazáis la verdad, cambiándola por las formalidades exteriores. No os condeno. Os comprendo perfectamente, porque yo también fui como vosotros. Sin embargo, cuando me llegó la hora, no rechacé la ayuda generosa que se me ofreció. Me acusáis y protestáis por mis convicciones religiosas,

pero de entre todos los presentes, ¿quién es el que está dispuesto a discutir conmigo el asunto? ¿Dónde está el sincero luchador del campo espiritual, que desee sondear, en mi compañía, las santas escrituras?

Profundo silencio siguió al reto.

—¿Ninguno? —preguntó el valiente defensor de la nueva fe, con una sonrisa de triunfo—. Os conozco a vosotros, porque yo también transité por esos caminos. Mientras tanto, hemos de convenir que el fariseísmo nos perdió, quitándonos nuestras más sagradas esperanzas, arrojándolas al océano de la hipocresía. Veneráis a Moisés en la sinagoga, tenéis excesivo cuidado con las formas exteriores, pero, ¿cuál es vuestra forma de vida en la fe, en vuestra vida doméstica? ¿Cuántos dolores ocultáis detrás de la brillante túnica? ¿Cuántas heridas disimuláis bajo vuestras dulces y brillantes palabras? ¡Como yo, debéis sentir un inmenso tedio ante el ocultamiento innoble de la verdad que señala a vuestra alma! Padecí de úlceras iguales a las vuestras y me sumergían las densas tinieblas que os rodean, sin embargo, venía con sinceridad a traeros el remedio imprescindible. Rechazáis mi cooperación fraterna, sin embargo, es bueno que sepáis, que no debéis aniquilarlas ante los procesos regeneradores, porque solamente Jesús podrá salvaros. ¡Os traje el Evangelio para la redención de vuestras viejas costumbres y errores y me queréis premiar con la cárcel y la maldición! ¡Me niego a recibir semejantes valores a cambio de mi espontánea iniciativa!... No podréis prenderme, porque la palabra de Dios no está encadenada. ¡Si la rechazáis, otros me comprenderán! No es justo que me abandone ante vuestros caprichos, cuando el servicio a realizar me pide dedicación y buena voluntad.

Los directores de la reunión parecían dominados por fuerzas magnéticas, poderosas y desconocidas.

El joven tarsense pasó su mirar dominador sobre los presentes, demostrando la rigidez de su ánimo poderoso.

—Vuestro silencio habla más que las palabras —concluyó, casi con audacia—. Jesús no os permite la prisión del siervo humilde y fiel. Que su bendición os ilumine el espíritu en la comprensión de las realidades de la vida.

Diciendo así y en forma resuelta caminó hacia la puerta de salida, mientras la mirada asombrada de la asamblea lo acompañaba, hasta que a pasos firmes, desapareció en una de las calles angostas, que desembocaba en la gran plaza.

Como si despertaran de un sueño, después del audaz desafío, la reunión degeneró en acaloradas discusiones. El jefe de ceremonial, que parecía sumamente impresionado con las declaraciones del ex rabino, no ocultaba la indecisión, luchando interiormente entre las verdades amargas de Saulo y la orden de prisión inmediata. Los compañeros más enérgicos trataban de levantarle el ánimo y el espíritu de autoridad. Era necesario arrestar al atrevido orador a cualquier precio. Los más decididos buscaron rápidamente la orden de prisión, editada por Jerusalén, y una vez en su poder, resolvieron pedir ayuda a la autoridad civil, promoviendo trámites al respecto. Después de tres horas, todas las medidas para arrestar al audazregonador estaban encauzadas. Los primeros pelotones fueron puestos de guardia junto a la puerta de la ciudad. Además, en cada puerta se colocaron pequeños grupos de fariseos, secundados por soldados, para evitar cualquier tentativa de evasión.

Después iniciaron la búsqueda en todas las casas que ofrecieran posibilidades de amparo al prófugo.

Saulo, a su vez, se alejó de la sinagoga y trató de entrevistarse nuevamente con Ananías, ansioso de tener el consejo de su palabra amorosa y fiel.

El sabio viejito escuchó todo lo sucedido y aprobó su actitud.

—Sé que el Maestro —decía el joven— condenó las luchas y jamás tranzó con las discusiones, pero tampoco contemporizó con el mal. Estoy pronto para reparar mi pasado pecaminoso. Afrontaré las incomprensiones de Jerusalén, para dejar bien sentado mi radical transformación. Pediré perdón a los ofendidos por la insensatez de mi ignorancia, pero de ninguna forma podré huir a manifestarme como un convertido dentro de la lógica y la sinceridad. ¿Acaso, ¿le serviría al Maestro, humillándome delante de las pretensiones inferiores? Jesús luchó cuanto le fue posible y sus discípulos no pudieron ni podrán hacerlo de otro modo.

El bondadoso anciano le acompañaba sus palabras con movimiento de cabeza afirmativo. Después de confortarlo con su aprobación, le recomendó la mayor prudencia. Sería razonable apartarse cuanto antes del lugar. Los judíos de Damasco conocían la parte que a él le había tocado en su cura. Por esa causa, muchas veces había soportado silenciosamente las acometidas e injurias. ¡Seguro que lo irían a buscar en su casa! Por lo tanto, era su

opinión que se refugiara en la casa de Consoror, la lavandera, donde se acostumbraba a orar y estudiar el Evangelio. Ella sabría acogerlo con bondad.

Saulo atendió el consejo sin titubear.

Después de tres horas, el viejo Ananías era buscado para ser interrogado. Por causa de su discreta conducta fue llevado a la cárcel para ser interrogado posteriormente.

El hecho es que, interrogado por las autoridades religiosas, apenas respondía:

–Saulo debe estar con Jesús.

A conciencia, el generoso viejito entendía que de esa forma no mentía a los hombres y no comprometía a un fiel amigo. Después de estar preso veinticuatro horas, le dieron libertad, no sin antes aplicarle duros castigos. La aplicación de veinte bastonazos le dejaron el rostro y las manos gravemente heridos. A pesar de todo, luego de verse liberado, esperó a la noche y cautelosamente se dirigió a la cabaña humilde donde se realizaban las prédicas del “Camino”. Reencontrándose con el amigo le expuso el plan que remediaría la situación.

–Cuando era niño –exclamó Ananías con cierto placer– asistí a la fuga de un hombre sobre los muros de Jerusalén.

Y como si estuviera recapitulando los hechos en su cansada memoria, preguntó:

–Saulo, ¿tendrías miedo de huir, oculto en una canasta de mimbre?

–¿Por qué? –dijo el joven sonriendo–. ¿Moisés no comenzó la vida en un cesto de mimbre, flotando sobre las aguas?

El viejo encontró graciosa la alusión y aclaró el proyecto en mente. Cerca de aquí, existe una gran cantidad de árboles junto al muro de la ciudad. Llevarán al joven amigo en un cesto grande de mimbre y una vez entre la arboleda, él, con su propio esfuerzo, podrá descender al otro lado, para proseguir su viaje hacia Jerusalén, conforme lo deseaba. El joven ex rabino se dio por complacido y rió con alegría. Al momento, la dueña de casa fue a buscar a tres hermanos de su confianza. Y cuando el cielo se estrelló totalmente, un pequeño grupo de personas se reunía junto a la muralla, en el punto más distante de la ciudad. Saulo besó las manos de Ananías, casi con lágrimas. Se despidió en voz baja de los amigos, mientras uno de ellos le

entregaba un paquete con bollos de cebada. En la copa del frondoso árbol, el más joven esperaba la señal. El joven tarsense entró en el cesto de mimbre y la evasión se concretó en el silencioso ámbito de la noche.

Del otro lado de la muralla, salió Saulo del cesto, dejándose llevar por extraños pensamientos. ¿Era justo que huyera de esa forma? ¿No había cometido crimen alguno! ¿No sería un cobarde al no comparecer ante la autoridad para aclarar su verdadera situación? Al mismo tiempo, consideraba que su conducta no provenía de sentimientos pueriles e inferiores, pues al tener que ir a Jerusalén trataría de ponerse en contacto con sus amigos y les hablaría abiertamente, concluyendo, si el paso a dar, ¿no sería igual a lo sucedido en la sinagoga de Damasco, enfrentándose vanamente con el fariseísmo?

A los primeros rayos del sol, el fugitivo estaba bastante lejos. Llevaba consigo los bollos de cebada como única provisión, y el Evangelio dedicado por Gamaliel, como recuerdo de tanto tiempo en medio de la soledad y de lucha interior.

La jornada fue difícil y penosa. El cansancio lo obligaba a continuas paradas. Más de una vez recurrió a la caridad ajena, en ese penoso trayecto. Con la ayuda de camellos, caballos o dromedarios, el viaje de Damasco a Jerusalén por lo menos exigía una semana de marcha pesada. Saulo, sin embargo, iba a pie. Podría valerse del concurso definitivo de alguna caravana, pero al no tener los recursos necesarios decidió familiarizarse con su poderosa voluntad y sortear los duros obstáculos. Cuando la fatiga le sugería el deseo de esperar la cooperación eventual de otros, buscaba de vencer el desánimo, poníase nuevamente de pie y se apoyaba en improvisados bastones.

Después de agradables recordaciones del lugar donde viera la figura gloriosa del Mesías resucitado, volvió a sentir afectuosas emociones, cuando entraba en Palestina y atravesaba las extensas regiones de Galilea. Quería conocer el lugar de las primeras luchas del Maestro, identificarse con los queridos paisajes, visitar Cafarnaúm y Nazareth, escuchar la palabra de los hijos de la región. En aquel tiempo, el ardiente apóstol de los gentiles deseaba interiorizarse de todos los hechos referentes a la vida del Maestro Jesús, ansiaba coordinarlos con seguridad, de forma de poder legar a los hermanos de la humanidad, la mejor información sobre el emisario Divino.

Cuando llegó a Cafarnaúm, caía la tarde bajo la maravillosa luz del sol poniente. El ex rabino descendió religiosamente a la orilla del lago y quedó embebido en la contemplación de las maravillosas aguas. Pensando en Jesús, en el poder de su amor, lloró, dominado por una gran emoción. Quería haber sido un pescador humilde para captar las enseñanzas sublimes, en la fuente de sus palabras generosas e inmortales.

Permaneció en el lugar durante dos días, sustraído por el medio ambiente. Sin mayor inquietud trató de ver a Levi, que lo recibió de muy buena voluntad. Le hizo ver su dedicación y conocimientos sobre el Evangelio y le habló de sus anotaciones. El hijo de Alfeo se alegró al escuchar aquella palabra inteligente y reconfortadora. Saulo vivió en Cafarnaúm horas deliciosas para su emocionado espíritu. Después del lugar de las pregonaciones del Maestro, más allá, la casita de Simón Pedro y el lugar donde el divino Maestro fue a llamar a Levi para el desempeño de un importante papel entre los apóstoles. Abrazó a hombres fuertes de la localidad, que habían sido ciegos y leprosos y fueron curados por las manos misericordiosas del Mesías y, por último, conoció el lugar donde el Maestro conoció a Magdalena. Enriqueció el mundo de sus observaciones, recogiendo informes inéditos.

Después de descansar unos días en Nazareth, se dirigió a las puertas de la ciudad santa de los israelitas, llegó terriblemente cansado por causa de las prolongadas caminatas, cuyos sufrimientos, por veces, le parecían no tener fin.

En Jerusalén, aún le aguardaba otras sorpresas, no menos dolorosas.

Estaba envuelto en un mundo de interrogantes. No tenía noticias de sus padres, de los amigos y de su cariñosa hermana. ¿Cómo lo recibirían sus antiguos y más apreciados amigos? Del Sanedrín, no esperaba grandes recepciones. Por el episodio de Damasco le daba percibir el estado de ánimo de los miembros del tribunal. Ahora estaba seguro que había sido expulsado sumariamente por los miembros de más prestigio en su raza. En compensación, había sido admitido por el Cristo en el fecundo trabajo de las verdades eternas.

Bajo el dominio de esas reflexiones atravesó la puerta de la ciudad, recordando el tiempo que en su carro, tirado por dos veloces caballos, trataba de acercarse a la casa de Zacarías en el camino de Jope. Las reminiscencias de las horas más venturosas de su juventud le llenaron los ojos de llanto. Los transeúntes de Jerusalén lejos estaban de imaginar quién era aquel

hombre delgado y pálido, barba larga y ojos hundidos, que caminaba por la calle con gran cansancio.

Después de un gran esfuerzo, llegó a un predio residencial, que era de su conocimiento. El corazón le palpó apresuradamente. Como un simple mendigo llamó a la puerta, en ansiosa expectativa.

Un hombre de semblante severo lo atendió secamente.

–¿Me podéis informar, por favor –dijo con humildad–, si aún vive aquí una señora llamada Dalila?

–No –respondió agriamente.

Aquella mirada dura, no invitaba para hacer nuevas preguntas, aún así se aventuró:

–¿Me podéis decir, por favor, a dónde se mudó?

–Lo que faltaba –replicó el dueño de la casa, irritado–, ¿quién diría que ahora debo dar cuenta a un mendigo? De aquí en más, me seguirá preguntando si yo he comprado esta casa, después me pedirá el precio, exigirá datos y luego, reclamará por nuevas informaciones sobre los antiguos dueños, y así me tendrá atado, perdiendo el tiempo con preguntas ociosas.

A continuación miró a Saulo con ojos impasibles y exclamó de golpe:

–¡Nada sé! ¿Me escucha? ¡Haga el favor de continuar en la calle!...

El fugitivo de Damasco regresó serenamente a la vía pública, mientras el hambrecito daba rienda suelta a sus nervios, golpeando la puerta de calle con estruendo.

El ex discípulo de Gamaliel reflexionó sobre la realidad amarga de aquella recepción simbólica. Jerusalén, en verdad, nunca más lo reconocería. No obstante la dolorosa impresión, no se desanimó. Resolvió buscar a Alejandro, pariente de Caifás y compañeros de trabajo en el Sanedrín y en el templo. Cansado, golpeó la puerta de la casa; después de la primera pregunta regresó el sirviente, para anunciarle que el dueño lo recibiría.

En efecto, a los pocos instantes, Alejandro recibía al desconocido con demostrativa sorpresa.

Satisfecho por conseguir la atención de un viejo amigo, Saulo se adelantó cumplimentándolo con efusión.

El ilustre israelita no podía ocultar su asombro y exclamó con alguna generosidad en sus palabras:

–Amigo, ¿a qué venís a esta casa?

–¿Será posible que no me reconozcas? –preguntó con buen humor, a pesar de la fatiga que padecía.

–Vuestra fisonomía no me es del todo extraña, mientras tanto...

–¡Alejandro! –exclamó con alegría–. ¿No te acuerdas de Saulo?

Un gran abrazo fue la respuesta del amigo, que le preguntó, a la vez que cambiaba su tono de voz:

–¡Muy bien! ¡Gracias a Dios veo que estás curado! ¡No me engañé esperando que regresaras! ¡Qué grande es el poder del Dios de Moisés!

Saulo comprendió inmediatamente la ambigüedad de aquella expresión. Sintió gran dificultad para hacerse entender, mientras el amigo continuó diciendo:

–Pero, ¿qué aspecto tienes? Mira, te pareces más a un beduino del desierto... Dime, ¿cuánto tiempo duró tu enfermedad?

Saulo tomó coraje y respondió:

–Seguro que has sido engañado, porque yo nunca estuve enfermo.

–¡Imposible! –dijo Alejandro visiblemente afectado, después de tantas demostraciones de afecto–. Jerusalén está llena de leyendas referente a tu persona. Sadoc llegó hasta mí, hace tres años, para solicitar providencias rápidas del Sanedrín para que se aclarara tu situación, y después de extensos debates llevó una orden de prisión contra tí. Desde esa época luché desesperadamente para que se modificara esa disposición condenatoria. Preví que si habías tomado una actitud simpática hacia la gente del “Camino”, esa decisión obedecía a que no estábamos llamados a entender por el momento, así como también analizar con más profundidad, las actividades revolucionarias que constan en tu contra.

Saulo no se pudo contener y reconsideró, antes que su amigo continuara:

–En ese caso hubiera sido un hipócrita, falseado el cargo que sustentaba e indigno de mí mismo.

El amigo lo miró asombrado y quiso arreglar la situación, agregando:

–Acudí a todas las hipótesis y como no podía tomarte por hipócrita –acentuó Alejandro tratando de alivianar la mano conseguí probar que tu actitud en Damasco provenía de una transitoria demencia. No era justo pensar de otra forma, porque de ser lo contrario, no serías sincero con tus amigos del fariseísmo.

El ex rabino sintió la delicadeza de la situación. Había renovado las concepciones religiosas, pero estaba delante de un amigo. Cuando muchos lo abandonaban, aquél lo recibía fraternalmente. Era necesario no aplastarlo. Todavía resultaba imposible presentar la verdad. Sintió que sus ojos se humedecían. Para él era necesario dar testimonio del Cristo a cualquier precio, aun que tuviera que perder los mayores afectos del mundo.

—Alejandro —le dijo humildemente—, es verdad que yo inicié el gran movimiento de persecución contra los adeptos del “Camino”, pero ahora es indispensable confesar que me engañé. Los apóstoles galileos tienen razón. Estamos en la era de las grandes transformaciones. A las puertas de Damasco, Jesús se me apareció en su gloriosa resurrección y me exhortó para integrarme al servicio de su Evangelio de amor.

Las palabras le salían con timidez, pues tenía el deseo de no herir al amigo en sus creencias, que, no obstante, deja entrever su decepción en su rostro.

—¡No digas tales absurdos! —exclamó irónico y un poco sonriente—. Desgraciadamente veo que el mal continuó y ahora estás tomado física y mentalmente. La sinagoga de Damasco tenía razón. Si no te conociera desde la infancia, ahora te daría el título de blasfemo y desertor.

El joven tarsense, a pesar de su energía y virilidad, estaba abatido.

—Además —prosiguió el amigo, tomando aire de protector—, desde el comienzo de tu viaje no estaba de acuerdo con el mísero cortejo que te acompañaba. Jonás y Demetrio son apenas unos idiotas y Jaseb vive de ilusiones, propias de su edad. Con semejante compañía, cualquier perturbación de tu parte habría de acarrear grandes desastres morales para nuestra posición.

—Sin embargo, Alejandro —decía el ex rabino un poco humillado—, debo insistir en la verdad. Con estos ojos es que vi al Mesías de Nazareth y le escuché su palabra perfectamente en mis oídos. Comprendiendo en los errores en que vivía y en mi defectuosa concepción sobre la fe es que busqué el desierto. Allá estuve tres años haciendo trabajos duros y largas meditaciones. Mi convicción no es superficial. Hoy creo que Jesús es el Salvador, el hijo de Dios vivo.

—Pues tu enfermedad —repetía Alejandro altanero, modificando el tono de la expresión— trastornó la vida de toda tu familia. Avergonzados por las

noticias que llegaban, Jacques y Dalila se mudaron de Jerusalén para Cilia. Cuando supieron de la orden de prisión decretada por el Sanedrín contra tu persona, tu madre falleció en Tarso. Tu padre, que te educó con esmero, esperando de tu inteligencia los mayores galardones para nuestra raza, vive abatido y pesaroso. Tus amigos, cansados de soportar las ironías del pueblo de Jerusalén, viven esquivando las humillaciones, después que te buscaron en vano. ¿No te duele esa situación creada por ti? ¿Un dolor de este tipo no basta para rehacer tu equilibrio mental?

El ex doctor de la Ley tenía el corazón partido por la angustia. Tantos días de ansiedad, tantas amarguras vividas para lograr que alguien, por lo menos, lo comprendiera, especialmente cuando esperaba tener un poco de descanso junto a los suyos, ahora era todo ilusión y ruina. La familia desorganizada y la madre muerta, el padre abatido, los amigos lo despreciaban y Jerusalén entera lo ironizaba.

Al verle en esa actitud de abatimiento, el amigo se regocijaba íntimamente, esperando con ansiedad el efecto de sus palabras.

Después de concentrarse un minuto, Saulo agregó:

–Lamentos hechos que tanto entristecen y tomo a Dios por testigo que no cooperé intencionalmente para que las cosas tomaran ese giro. Sin embargo, aún aquellos que no aceptan el Evangelio deberían comprender, según la antigua Ley, que no debemos ser orgullosos. Moisés, a pesar de haber sido recio en sus recomendaciones, no obstante, empleó la bondad. Los profetas que le sucedieron fueron mensajeros que hablaron a lo profundo del corazón. Amós nos incitó a buscar a Jehová para saber vivir bien. Lamento mucho que aquellos que me apreciaban se juzguen ofendidos, pero es necesario considerar que antes de escuchar cualquier juzgamiento prematuro, primero debemos buscar el juicio de Dios.

–¿Quieres decir que persistes en tus errores? –preguntó Alejandro con actitud hostil.

–No me reconozco como persona que he sufrido ningún engaño. Dado la incomprensión general –comentó el ex rabino con dignidad–, yo también me encuentro en una penosa situación, pero el Maestro no dejará de ayudarme. Al recordarlo experimento un gran alivio. Los afectos de la familia y la consideración de los amigos, eran en este mundo, para mí, mi única riqueza. Sin embargo, encontré en las anotaciones de Levi el caso de un rico,

que me dio el ejemplo de cómo proceder en esta hora ¹ Desde muy niño traté de cumplir rigurosamente con mis deberes, pero es necesario recurrir a la riqueza que me queda, para alcanzar la iluminación de Jesús, entonces, mi decisión es renunciar a la estima de aquellos que en su oportunidad confiaron en mi persona...

Alejandro pareció conmoverse con el tono melancólico de esas palabras. Saulo daba la impresión que estaba al límite de ponerse a llorar.

–Estás totalmente transformado –objetó Alejandro–, sólo un demente procede de esa forma.

–Gamaliel no era un loco y aceptó a Jesús como el Mesías prometido –agregó el ex doctor invocando la memoria del gran rabino.

–¡No lo creo! –dijo Alejandro con aire de superioridad.

Saulo bajó la frente silenciosamente. Grande era la humillación de aquella hora. Después de haber sido tratado como demente, era tomado por mentiroso. A pesar de todo, en el auge de la perplejidad, consideró que el amigo no estaba en condiciones de comprenderlo integralmente. Estaba reflexionando sobre esa difícil situación, cuando Alejandro volvió a decir:

–Infelizmente, necesito convencerme de la debilidad de tu cerebro. Mientras tanto, puedes quedarte en Jerusalén a voluntad, pero es justo que no aumentes el escándalo por causa de tu enfermedad con falsos panegíricos del carpintero de Nazareth. La decisión del Sanedrín, que conseguí con tantos sacrificios, podrá modificarse. –Mientras se despedía, le agregó–: Sabes que continúo a tus órdenes para cuando desees rectificar tu actitud.

Saulo comprendió la intención de la advertencia y trató de no dilatar más tiempo la entrevista. El amigo lo expulsaba con buenos modales.

Minutos más tarde se encontraba de nuevo en la vía pública. Era casi el mediodía y hacía mucho calor. Sintió sed y hambre. Verificó lo que tenía en la bolsa y observó que estaba casi vacía. Le quedaba un resto que había recibido de las manos generosas del hermano de Gamaliel, al abandonar Palmira. Trató de buscar una modesta pensión en la zona pobre de la ciudad. Después de la frugal comida y antes de que llegaran las sombras de la noche, se encaminó esperanzado hacia el viejo y reformado caserón, donde Simón Pedro y los compañeros trabajaban en pro de la causa de Jesús.

¹ Mateo, 19: 16 al 23.

En el trayecto recordaba cuando había ido a escuchar las palabras de Esteban en compañía de Sadoc. ¡Ahora, todo sucedía en orden inverso! El crítico de otrora, regresaba para ser criticado. El juez se había transformado en reo. ¿Cómo lo recibirían en la iglesia del “Camino”?

Se detuvo frente a una humilde habitación. Pensaba en Esteban, cuando su alma estaba oprimida. Una vez frente a sus colegas del Sanedrín, fue careado y su posición se hizo ridícula. Conocía las debilidades peculiares, pues él también había pasado por la farsa del fariseísmo y podía valorar sus crasos errores. Mientras tanto, frente a los apóstoles galileos, su conciencia obraba de otra forma. Aquellos hombres podrían ser rudos y simples, podrían vivir alejados de los valores intelectuales de la época, pero habían sido los primeros colaboradores de Jesús. Además, no podía acercarse a ellos sin antes sentir un gran remordimiento. Todos habían sido vejados y humillados por su causa. Si no hubiera sido por Gamaliel, tal vez el mismo Pedro hubiera muerto a pedradas... Necesitaba consolidar las nociones de humildad para manifestar sus deseos de cooperación con el Cristo. En Damasco luchó con las autoridades de la sinagoga, en Jerusalén enfrentó a Alejandro, sin embargo, otra debería ser su actitud en ese lugar, donde tenía necesidad de renunciar para alcanzar la reconciliación en aquellos que había ofendido.

Envuelto en grandes reflexiones, golpeó la puerta casi temblando.

Uno de los ayudantes del servicio interno, de nombre Prócoro, lo atendió prontamente.

–Hermano –le dijo el joven tarsense con tono de humildad–, ¿podrías decirme si Pedro se encuentra?

–Espere un poco –respondió el ayudante de servicio.

–En el caso que se encontrara –agregó Saulo algo indeciso– decidle que Saulo de Tarso desea hablarle en nombre de Jesús.

Prócoro pronunció un “sí” con gran palidez y miró al visitante con ojos de asombro apartándose con dificultad, sin disimular su gran sorpresa. Era el perseguidor que regresaba, después de tres años. Se recordó de inmediato aquella primera entrevista con Esteban, donde el pregonador del Evangelio sufrió tantos insultos. En pocos segundos alcanzó la habitación donde estaban Pedro y Juan, que trataban los problemas internos. La noticia cayó entre ambos como una bomba. Ninguno podía haber previsto esa visita. No

creían en la leyenda de Jerusalén, acrecentada con detalles poco convincentes. Era imposible que el implacable verdugo se hubiera transformado en discípulo del Señor y convertido a la causa de su Evangelio.

El ex pescador del “Camino”, antes de dar una orden, llamó a Tiago para tomar una decisión entre los tres.

El hijo de Alteo, transformado en rígido asceta, se restregó los ojos.

Después de intercambiar las primeras opiniones, que dejaban entrever recelos, Simón exclamó con tono de gran prudencia:

–En verdad, nos hizo el mal que pudo, sin embargo no es por nosotros que debemos temer, sino por la obra del Cristo, que nos ha confiado.

–Apuesto a que todas esas versiones de conversión son una farsa, para que volvamos a caer en nuevas celadas –replicó Tiago un tanto displicente.

–Por mí –dijo Juan– pido a Jesús nos ilumine, aunque recuerdo perfectamente los azotes que Saulo mandó aplicarme en la cárcel. Antes de nada, es necesario saber, de hecho, si el Cristo se le apareció en las puertas de Damasco.

–Pero, ¿cómo saberlo? –dijo Pedro–. Nuestro material de reconocimiento es el mismo Saulo. El es el campo que nos ha de revelar o no la verdad sobre el Maestro. A mi forma de ver, tengo que velar por un patrimonio que no nos pertenece y estamos obligados a proceder como la prudencia humana aconseja. No es justo abrirle las puertas cuando no le conocemos interiormente. La primera vez que estuvo entre nosotros fue tratado con el mayor respeto. Le busqué el mejor lugar para que escuchara bien las palabras que Esteban debía pronunciar. Infelizmente su actitud hostil e irónica provocó un gran escándalo, que terminó con la prisión y muerte de nuestro querido compañero. Por mi parte, veo que ha regresado para apresarnos. Al cariño fraternal que le ofrecimos, nos retribuye con cadenas y cuerdas. No obstante y a pesar de pensar así, no debemos olvidar la lección del Maestro, en lo que se refiere al perdón; por ello, reafirmo que no pienso en nosotros, sino por las responsabilidades que nos fueron dadas.

Ante consideraciones tan justas, los otros callaron, mientras el ex pescador agregó:

–Por todo lo expuesto, no me es permitido recibirlo en esta casa, sin antes examinarlo, aunque me falta voluntad para eso. Resuelto el asunto de

esa forma, convocaré a una reunión para hoy a la noche. El asunto es muy grave, Saulo de Tarso fue el primer perseguidor del Evangelio. Quiero que todos cooperen conmigo en las decisiones a tomar, pues por mí mismo no quiero parecer ni injusto, ni imprudente.

Y después de una larga pausa, dijo al emisario:

–Prócoro, dile que regrese más tarde, que no puedo dejar de atender mis asuntos de urgencia.

–¿Y si insiste? –preguntó el servidor preocupado.

–Si de hecho vino en nombre de Jesús, ha de saber comprender y esperar.

Saulo esperaba ansiosamente al mensajero. Era necesario encontrar a alguien que lo entendiera y observara su transformación. Estaba agotado. La iglesia del “Camino” era su última esperanza.

Prócoro le transmitió la respuesta con gran indecisión. No necesitaba ningún detalle más para comprender la situación. Los apóstoles galileos no creían en su palabra. Ahora veía la situación con más claridad. Percibía la indefinible y grandiosa misericordia del Cristo, visitándolo inesperadamente en el auge de su abismo espiritual a las puertas de Damasco. Por las dificultades que se presentaban para ir al encuentro de los adeptos de Jesús, pudo valorar cuánta bondad y compasión sería necesario para que fuera acogido, por cuya causa, el Maestro lo había invitado a seguirlo, a través de las sagradas exhortaciones, en aquel encuentro inolvidable.

Prócoro lo miró con simpatía. Saulo recibió la respuesta con gran sorpresa. Quedó pálido y tembloroso, como si estuviera avergonzado de sí mismo. Además, tenía aspecto de enfermo, pues sólo era piel y huesos.

–Comprendo, hermano –dijo con ojos en lágrimas–, Pedro tiene motivos muy justos...

Aquellas palabras conmovieron a Prócoro y demostrando su buen deseo para ayudarlo, le habló para demostrarle que tenía perfecto conocimiento de los hechos:

–¿Traéis de Damasco algún mensaje de Ananías?

–Tengo el mensaje del Maestro.

–¿Cómo? –preguntó el servidor asombrado.

–Jesús me dijo en Damasco, que sufriría por demás el tener que seguirlo.

Íntimamente, el ex doctor de la Ley sentía grandes recuerdos de los her-

manos de Damasco, que lo habían tratado de igual a igual. Sin embargo, consideró, simultáneamente, que semejante proceder era justo, porque había dado pruebas en la sinagoga y junto a Ananías que su actitud no era simulada. Al reflexionar que Jerusalén lo iba a recibir como un vulgar mentiroso, sintió que lágrimas ardientes le fluían a los ojos. Pero para que el ayudante de Pedro no le viera su sensibilidad herida, exclamó para justificarse:

–¡Tengo los ojos cansados por el sol del desierto! ¿Podéis ofrecerme un poco de agua fresca?

Prócoro se apresuró a servirlo.

Minutos después, Saulo sumergía sus manos en un recipiente, lavando sus ojos con agua fresca.

–Volveré luego –dijo rápidamente, extendiendo las manos al ayudante, que minutos más tarde se retiraba impresionado.

Amargado y abatido orgánicamente, el joven de Tarso se retiró pensando en las desilusiones y en el abandono por parte de sus amigos.

Por la noche, Simón Pedro, demostrando un gran sentido, reunió a los compañeros más responsables para considerar el asunto. Además de los apóstoles galileos, estaban presentes los hermanos Nicanor, Prócoro, Pármenas, Timon, Nicolás y Bernabé, este último incorporado al grupo de los ayudantes directos de la iglesia, por sus elevadas cualidades de corazón.

Con el permiso de Pedro, Tiago inició las conversaciones, manifestándose contrario a cualquier tipo de ayuda al convertido de última hora, como lo era Saulo. Juan aclaró que Jesús tenía poder de sobra para transformar a los espíritus perversos, así como también para levantar a los infortunados de la suerte. Prócoro relató sus impresiones sobre el perseguidor del Evangelio, resaltando la compasión que su estado de salud demostraba. Llegado el turno para hablar a Bernabé, aclaró que en Chipre, antes de venir para Jerusalén, escuchó a algunos levitas la descripción que hacían de Saulo, a causa del valor que tuvo el convertido para hablar en la sinagoga de Damasco, después de la visión que tuvo de Jesús.

El ex pescador de Cafarnaúm pidió detalles del hecho, quedando impresionado con su opinión. Bernabé intercedió para que se resolviera la cuestión con la mayor benevolencia.

Nicolás percibió la atmósfera de buena voluntad que se había formado alrededor de la figura del ex rabino y objetó, con la rigidez de sus principios:

–Convengamos que no es justo olvidar a los enfermos que se encuentran en esta casa, víctimas de la odiosa persecución decretada por el doctor de Tarso. Dicen las escrituras que se debe tener mucho cuidado con los lobos que ingresan en el redil disfrazados de ovejas. El doctor de la Ley que nos hizo tanto mal, siempre dio preferencia a las grandes demostraciones públicas en contra del Evangelio y a favor del Sanedrín. ¿Quién puede decirnos que no está preparando otra de sus nuevas arremetidas?

Ante esa pregunta, el bondadoso Bernabé inclinó la frente en silencio. Pedro notó que la reunión se dividía en dos grupos. De un lado estaban él y Juan dirigiendo el asunto favorablemente, del otro, Tiago y Felipe encabezaban el movimiento contrario. Recibiendo la amonestación de Nicolás, manifestó con tranquilidad:

–Amigos, antes de presentar cualquier punto de vista personal, convendría reflexionar la bondad infinita del Maestro. En los trabajos de mi vida, anteriores al Pentecostés, confieso que faltas de todo tipo cometí en mi camino como hombre frágil y pecador. No dudaba en apedrear a los más infelices y llegué hasta lo inicuo de advertir al Cristo, para hacerlo. Como vosotros sabéis, fui de los primeros que negué al Señor en la hora precisa. Sin embargo, después que nos llegó el conocimiento por la inspiración celeste, ¿es justo que olvidemos la recomendación del Cristo, antes de tomar cualquier iniciativa? Debemos pensar, que si Saulo de Tarso trata de valerse de semejante situación para asestarnos nuevos y terribles golpes, entonces, él es mucho más desgraciado que nosotros, agregando que ahora es mucho más responsable que cuando lo hacía abierta y públicamente. Siendo un necesitado, no veo las razones para rechazar al hermano, sin antes darle la oportunidad para que lo demuestre.

Percibiendo que Tiago se preparaba para defender el parecer de Nicolás, Simón Pedro continuó, después de una ligera pausa:

–Nuestro hermano termina de referirse al símbolo del lobo que aparece en el redil disfrazado de oveja. Concuerdo con esa expresión de celo. Tampoco acogí a Saulo en el día de hoy, cuando golpeó la puerta, descuidando la responsabilidad que me fue confiada. No quise decirle nada, sin antes consultarles a ustedes. El Maestro nos enseñó que no podemos hacer nin-

guna obra de utilidad sobre la tierra si no cooperamos fraternalmente. Aprovechando el parecer enunciado, examinemos con sinceridad el problema. En verdad, Jesús nos recomendó que tuviéramos cautela contra el procedimiento maligno de los fariseos, aclarando que el discípulo deberá poseer mansedumbre como de paloma y prudencia de serpiente. Convengamos que Saulo, de hecho, pueda ser el lobo simbólico. Aún así, y teniendo en cuenta esa hipótesis, todavía tenemos una cuestión que resolver. Si estamos en una tarea de paz y amor, ¿qué hacemos con el lobo, después que ha sido identificado? ¿Matarlo? Sabemos que eso no está de acuerdo a nuestros principios. ¿No sería más razonable tratar de domesticarlo? Conocemos hombres que lograron domesticar perros feroces. ¿Qué comprensión tenemos de las enseñanzas de Jesús, si dejamos de practicar el bien, por causa de algunos tropiezos?

La apropiada palabra del apóstol, tuvo el efecto preciso. Tiago pareció entrar en reflexiones. En vano Nicolás trató de argumentar para proseguir con su intención. Observando el pesado silencio que reinaba, Pedro continuó con toda serenidad:

—De esa forma, amigos míos, propongo que Bernabé visite al doctor de Tarso en persona, en nombre de esta casa. El y Saulo no se conocen y las cosas tomarán otro rumbo, porque Saulo, al verlo, no podrá sentirse juzgado por sus actuaciones anteriores. Si fuéramos algunos de nosotros, tal vez le ocasionaríamos algún tropiezo ingrato, pues bien podría pensar que le iríamos a pedir cuenta de sus faltas.

Juan aprobó la idea calurosamente, en base al buen sentido formulado por Pedro. Tiago y Felipe también demostraron estar de acuerdo. Se combinó para que Bernabé fuera a la visita programada, que sería al día siguiente.

El adepto de Chipre se destacaba por su gran bondad. Su expresión cariñosa y humilde, como su espíritu conciliador, contribuían para que la iglesia solucionara todos sus asuntos con pacificación.

Con una sonrisa generosa, Bernabé abrazó al ex rabino por la mañana, en la pensión que se hospedaba. Ningún aspecto de su nueva personalidad indicaba que fuera el famoso perseguidor, que hiciera que Simón Pedro decidiera convocar a los amigos para resolver si era acogido en el seno de la iglesia. El ex doctor de la Ley era todo humildad y estaba enfermo. Se le

notaba una gran fatiga a cada movimiento que hacía. La fisonomía indicaba un gran sufrimiento interno. Correspondía a las palabras afectuosas del visitantes con una triste sonrisa. Sin embargo, se notaba la satisfacción que le causaba la visita. El gesto espontáneo de Bernabé lo sensibilizó. A su pedido, Saulo le contó el viaje de Damasco y la gloriosa visión del Maestro, que constituía el hecho más inolvidable de su vida. El oyente no disimuló su simpatía. En pocas horas se sentían tan identificados, como si se hubieran conocido muchos años. Después de la conversación, Bernabé argumentó cualquier excusa para dirigirse al dueño del hospedaje y pagar los gastos ocasionados por Saulo. En seguida lo invitó a que lo acompañara a la iglesia del “Camino”. Saulo no quería aceptar, pero Bernabé insistió.

–Recelo –le dijo el joven tarsense un tanto indeciso–, puesto que ofendí demasiado a Simón Pedro y sus compañeros. Por gracia de la misericordia del Cristo logré vislumbrar un rayo de luz que cambió mis pasos, para no perderme totalmente.

–Ahora tenemos esos prejuicios –exclamó Bernabé golpeándole suavemente el hombro–, ¿quién no ha errado en la vida? Si Jesús nos amparó, no es porque lo merezcamos, sino porque, sustancialmente, fuimos y aún somos pecadores.

En pocos minutos se pusieron en camino, notando el emisario de Pedro la penosa situación en que se encontraba el ex rabino. Pálido y abatido, parecía caminar con gran esfuerzo, le temblaban las manos y tenía mucha fiebre. Se dejaba conducir como alguien que conocía la necesidad de ser ayudado. Su humildad conmovía al compañero, aunque tenía presente, que se habían dicho de Saulo las cosas más calamitosas.

Llegaron a la casa y Prócoro le abrió las puertas; esta vez, Saulo no esperaría indefinidamente. Bernabé le tomó afectuosamente la mano y se dirigieron al gran salón, donde Pedro y Tiago los esperaban. Lo saludaron en nombre de Jesús. El antiguo perseguidor empalideció más. A su vez, Pedro, al verlo, no disimuló su mirada de asombro, al notarle la diferencia física.

Aquellos ojos sufrientes y la extrema debilidad física hablaban a las claras de los terribles padecimientos que el ex doctor soportaba.

–Hermano Saulo –dijo Pedro conmovido–, Jesús quiere que seas bienvenido a esta casa.

–Así sea –respondió el recién llegado, con ojos humedecidos.

Tiago lo abrazó y le dirigió palabras afectuosas, haciendo referencia a Juan, que se había ausentado al amanecer para ir a la cofradía de Jope.

Después de unos momentos, venciendo el impase del primer contacto con los amigos personales del Maestro, el joven tarsense, atendiendo al pedido de los presentes relató lo sucedido en detalles sobre el camino de Damasco, dejando entrever la emoción que le invadía, hasta llegar a las lágrimas. Pedro y Tiago ya no tenían dudas. La visión del ex rabino había sido real. Ambos, en compañía de Bernabé, siguieron la descripción hasta el final, con los ojos llenos de lágrimas. Efectivamente, el Maestro había vuelto para convertir al gran perseguidor de su doctrina. Incorporado Saulo al redil de su amor, demostró una vez más que la lección inmortal del perdón y la misericordia habían conseguido la transformación integral.

Terminado el relato, al ex doctor de la Ley se le veía cansado y abatido. Invitado a exponer sus nuevos planes de trabajo espiritual, como lo pretendía hacer en Jerusalén, confesó sentirse conmovido por haber encontrado tanto interés por su persona y agregó con cierta timidez:

–Necesito entrar en la fase activa del trabajo para poder deshacer mi pasado pecaminoso. Es verdad que hice mucho mal a la iglesia de Jesús en Jerusalén, pero si la misericordia de Jesús me da vida sobre la tierra, emplearé todo el tiempo que me queda, para extender esta casa de amor a otros lugares de la tierra.

–Sí –agregó Simón–, estoy seguro que el Mesías renovará tus fuerzas para que alcances tan noble cometido.

Saulo parecía ir tomando valor, dejando percibir que deseaba fervientemente consolidar la confianza entre los amigos presentes y sacando un rollo de pergamino de entre sus ropas, lo presentó al ex pescador de Cafarnaún, diciéndole sensibilizado:

–Aquí está el presente de una gran amistad con Gamaliel, que siempre llevo conmigo. Poco antes de morir, me dio las copias de las anotaciones de Levi, respecto a la vida y obra del Salvador. Tenía un gran aprecio por estos escritos, que los recibió de esta casa, en su primera visita que hiciera.

Simón Pedro evocó esos gratos recuerdos y tomó los pergaminos con vivo interés. Saulo observaba que el presente de Gamaliel tuviera la finalidad prevista por el donador. Desde ese instante, los ojos del antiguo pescador se fijaron en él con más confianza. Pedro habló de la bondad del gene-

roso rabino, tomando conocimiento de su vida en Palmira y de sus últimos días sobre la tierra.

Volviendo al asunto de sus nuevas perspectivas, se explicó con más profundidad y con gran humildad:

–Tengo muchos planes de trabajo para el futuro, pero me siento débil y enfermo. El esfuerzo realizado en mi último viaje, sin recursos de ninguna naturaleza, me agravó la salud. Me siento afiebrado, el cuerpo dolorido y el alma agotada.

–¿Te falta dinero? –preguntó Simón bondadosamente.

–Sí... –respondió indeciso.

–Esas necesidades –aclaró Pedro– fueron provistas en parte. No te preocupes demasiado. Le encargué a Bernabé que pagara los gastos del hospedaje y desde ahora estás invitado para descansar entre nosotros el tiempo que quieras. Esta casa también es la tuya. Usa lo que necesitas de la forma que mejor te agrade.

El huésped quedó sensibilizado por esas alentadoras palabras. Recordando el pasado, sentía herido su amor propio, pero al mismo tiempo rogaba a Jesús que lo ayudara para no despreciar la oportunidad del aprendizaje.

–Acepto... –respondió tímidamente–. Me quedaré entre vosotros mientras mi salud se recupera...

Y como si tuviera extrema dificultad para agregar un pedido al favor que había aceptado, después de una larga pausa, que se le notaba el esfuerzo que realizaba para hablar, solicitó conmovedoramente:

–Si fuera posible, desearía ocupar la misma cama que usaba Esteban, cuando fue aceptado generosamente por Uds. en esta casa.

Bernabé y Pedro quedaron muy emocionados. Todos habían combinado no hacer alusión al pregonador masacrado bajo las injurias y las pedradas. No querían recordar el pasado delante del convertido de Damasco, por si su actitud no fuera definitiva.

Al escucharlo, al antiguo pescador de Cafarnaúm le faltó poco para llorar. Con extrema dedicación, le concedió el pedido y fue conducido al interior, donde se acomodó entre sábanas muy blancas, Pedro hizo más, comprendiendo el significado de aquel deseo, trajo al convertido de Damasco los sencillos pergaminos que el mártir usaba diariamente para su estudio y

meditación de la Ley, de los Profetas y del Evangelio. A pesar de la fiebre, Saulo se alegró. Alcanzado por una gran emoción, en los pasajes predilectos de los pergaminos sagrados, leyó el nombre de Abigail, escrito en varias partes. Allí se encontraban algunas frases que eran predilectas de su novia amada y fechas que coincidían con sus íntimas revelaciones, cuando ambos se entretenían hablando del pasado en la quinta de Zacarías. La palabra “Corinto” estaba repetida muchas veces. Aquellos documentos parecían hablar. Iban directos a su corazón, porque eran de un santo y gran amor. La escuchaba en silencio y guardó en su alma las conclusiones de esas dulces ilaciones. No iba a revelar a nadie sus dolores íntimos. A la generalidad de la gente, le bastaba con los errores que había cometido en la vida pública, los remordimientos, las rectificaciones que, a pesar de ser probadas en campo abierto, eran muy pocos los amigos que podían comprenderlas. Las palabras fraternales, los comentarios constructivos sobre el poder del divino Jesús, los jugos de frutas y las palabras de aliento que a cada instante recibía de los amigos de la casa del “Camino”, sensibilizaron al enfermo, que no sabía cómo expresar su eterna gratitud.

Mientras tanto, notó que Tiago, hijo de Alfeo, tal vez receloso de sus antecedentes, no se dignaba dirigirle una sola palabra. Era tenido en la iglesia del “Camino” como un rígido cumplidor de la Ley de Moisés y su trabajo de asistencia entre los enfermos, la cumplía silenciosamente y se le veía balbucear preces de ayuda, sin mayor ostentación. Al principio, le dolió mucho aquel desinterés, pero luego comprendió que estaba en la etapa de alcanzar la sencillez y la humildad, que debía hacerla pública. Nada hizo respecto al hermano Tiago, aunque podía demostrarle sus íntimas convicciones sobre el amor que tenía por Jesús. Cuando él dominaba en el Samedrín, tampoco admitía o perdonaba las adhesiones a última hora.

A medida que fue mejorando de su enfermedad y plenamente identificado con el afecto que le brindaban, le pidió a Pedro consejos sobre los planes que tenía en mente, solicitándole la máxima franqueza para poder afrontar la situación, por más dura que ella fuera.

—De mi parte —le dijo el Apóstol—, no me parece razonable que permanezcas en Jerusalén, por lo menos durante este período de renovación. Para hablar con sinceridad, debemos considerar el estado de tu alma, como la delicada planta que comienza a germinar. Es necesario dar libertad al germen divino de la fe. En la hipótesis de que te quedaras aquí, encontrarías,

diariamente, de un lado, a los sacerdotes intransigentes en permanente guerra con tu corazón, y del otro, las personas incomprensibles, que hablan con extrema dificultad sobre el perdón, aunque conozcan de sobra las lecciones del Maestro en ese sentido. No debes ignorar que la persecución a los simpatizantes del “Camino” dejó trazos muy profundos en el alma popular. No es raro observar, que llegan a esta casa personas mutiladas que maldicen el movimiento comenzado por ti. Eso, para nosotros, Saulo, está circunscripto en un pasado que jamás volverá; sin embargo, esas: criaturas no lo pueden comprender de inmediato, necesitan tiempo para madurar. En Jerusalén estarías mal colocado. El germen de tus nuevas convicciones encontraría mil elementos hostiles y tal vez quedaras a merced de la exasperación.

El joven escuchó las advertencias con gran angustia y sin agregar palabras. El Apóstol tenía razón. En toda la ciudad encontraría críticas destructivas.

–Volveré a Tarso... –dijo con humildad–, es posible que mi padre comprenda la situación y me ayude en mis pasos. Sé que Jesús bendecirá mis esfuerzos. Si es necesario recomenzar mi existencia, lo haré desde mi hogar, donde di mis primeros pasos...

Simón lo miró con ternura, admirado de aquella transformación espiritual.

Diariamente, ambos reanudaban las conversaciones amistosas. El convertido de Damasco, inteligencia brillante, revelaba curiosidad insaciable respecto a la personalidad de Cristo, de sus mínimos hechos y de sus más sutiles enseñanzas. Otras veces pedía al ex pescador los informes confidenciales que tenía sobre Esteban y se alegraba con los gratos recuerdos de Abigail, aunque guardaba en lo profundo de su alma los pormenores de su romance juvenil. Se enteró, entonces, de los pesados trabajos que el pregonador había hecho cuando estuvo cautivo y de su dedicación a un noble patriota de nombre Sergio Paulo, de la fuga en pésimo estado de salud en el puerto de Palestina y del ingreso en la iglesia del “Camino” como indigente, de sus primeras nociones sobre el Evangelio y, consecuentemente, de su iluminación en el Cristo Jesús. Le encantaba escuchar las narraciones simples y amorosas de Pedro, que manifestaban su veneración al mártir, evitando resaltar episodios que cayeran sobre su condición de verdugo.

Una vez que pudo levantarse de la cama fue a escuchar las pregonaciones en el mismo recinto donde había insultado al hermano de Abigail por

primera vez. Los expositores del Evangelio eran comúnmente Pedro y Tiago. El primero hablaba con mucha prudencia, aunque se valía de las expresiones simbólicas. El segundo, parecía torturado por la influencia judía. Tiago daba la impresión de reencontrarse con la mayoría de los oyentes en los regulamientos farisaicos. Sus manifestaciones se apartaban de la tónica de libertad y de amor en *Jesús* Cristo. Se mantenía aferrado a las estrechas concepciones del judaísmo dominante. Largos períodos de sus discursos se referían a la impureza de la carne animal, a las obligaciones con la Ley y a los imperativos de la circuncisión. La asamblea también parecía modificarse ante su oratoria. La iglesia, entonces, se asemejaba a una sinagoga israelita, y en solemne actitud, consultaban pergaminos y papiros que contenían las prescripciones de Moisés. Saulo trató en vano de encontrar a los enfermos y lisiados que viera por primera vez, cuando atacó a Esteban. Con cierta curiosidad, notó que Simón Pedro los atendía en una sala contigua. Se aproximó más y pudo ver, que mientras la pregonación era similar a las de las sinagogas judías, los afligidos pasaban ininterrumpidamente por la sala referida, siendo atendidos exclusivamente por el ex pescador de Cafarnaúm. Algunos salían llevando el remedio que le habían proporcionado, y otros, aceite y pan.

Saulo estaba impresionado. La iglesia del “Camino” estaba totalmente cambiada. Le faltaba alguna cosa. El ambiente general era de asfixia para todas las ideas del Nazareno. No encontró la gran vibración de fraternidad y unificación de principios por la independencia espiritual. Después de muchas reflexiones, todo parecía indicar que se notaba la falta de Esteban. Muerto éste, se había terminado el esfuerzo para exponer la libertad del Evangelio, dado que había sido el verdadero promotor de la divina renovación. Solamente ahora comprendía Saulo la grandeza que encerraba la elevada tarea que había cumplido Esteban en la iglesia.

Quiso pedir la palabra, hablar como en Damasco, rehacer los errores de interpretación, sacudir el polvo que se amontonaba sobre el inmenso y sagrado idealismo del Cristo, pero recordó los consejos de Pedro y optó por callarse. No era justo criticar el procedimiento de otro, cuando no había dado testimonio de sí mismo para efectivizar su propia renovación. Si intentara hablar, podría recibir, tal vez, justas reprimendas. Además, notaba que los conocidos de otros tiempos, que ahora frecuentaban la iglesia del “Camino”, sin abandonar, de modo alguno, sus principios errados, lo miraban

de soslayo, sin disimular su desprecio, considerándolo un perturbado mental. Mientras tanto, con gran esfuerzo trataba de contenerse, pues su deseo era de restaurar la verdad pura.

Después de la primera reunión buscó la oportunidad de estar a solas con el ex pescador de Cafarnaúm, a fin de imponerle de las innovaciones observadas.

—La tempestad que se abatió sobre nosotros —explicó Pedro, sin hacer alusión a su procedimiento de otrora— me llevó a meditar seriamente. Desde la primera arremetida del Sanedrín en esta casa, noté que Tiago sufrió grandes transformaciones. Sin embargo, se entregó a una vida de gran ascetismo y riguroso cumplimiento de la Ley de Moisés. Mucho pensé en el cambio de su actitud, pero, por otro lado, consideré que no era malo. Es un compañero celoso, dedicado y leal. Me callé, para más tarde concluir que todo tenía una razón de ser. Cuando las persecuciones apretaban el cerco, la actitud de Tiago, aunque poco propicia, respecto a la libertad del Evangelio, tenía su lado beneficioso. Los recalcitrantes delegados lo respetaban por su devoción mosaica y su dedicación y amistad sincera al judaísmo, que a su vez nos permitía mantener el patrimonio de Cristo. Juan y yo tuvimos que vivir horas angustiosas al considerar esos problemas. ¿Fuimos sinceros? ¿Estábamos falseando la verdad? Ansiosamente rogamos la inspiración del Maestro. Con la ayuda de su divina luz, llegamos a criteriosas conclusiones. ¿Sería justo luchar con la planta tierna y en crecimiento, como lo hacemos con la que está formada y fuerte? Si atendemos el impulso personal de combatir a los enemigos del Evangelio, olvidamos fatalmente la obra de caridad colectiva. No es lógico que el timonel, para demostrar su destreza, arroje el barco contra las rocas para perjuicio de quienes confiaron en su capacidad y esfuerzo. Entonces, consideramos que las dificultades eran muchas y necesitábamos, como mínimo, la base para accionar a los efectos de conservar el árbol del Evangelio, aún tierno, para aquellos que vengan después de nosotros. Por otra parte, Jesús nos enseñó que sólo conseguimos elevados objetivos en este mundo cediendo alguna cosa de nosotros mismos. Por intermedio de Tiago, el fariseísmo accede a caminar junto a nosotros. Pues bien, consonantes a las enseñanzas del Maestro, caminaremos lo más lejos posible. Y juzgo, que si Jesús nos enseñó de esa forma, es porque en la marcha tenemos la oportunidad de enseñar alguna cosa y también demostrar quiénes somos.

Mientras Saulo lo miraba con redoblada admiración por los juiciosos conceptos vertidos, el Apóstol agregó:

–Todo eso pasa, porque la obra es del Cristo. Si fuera nuestra, fallaríamos seguro, pues nosotros no dejamos de ser simples e imperfectos cooperadores.

Saulo apreció la lección y se quedó pensativo. Pedro le pareció que ahora era mucho mayor, por causa de sus ilaciones, que se anteponía a lo apresurado de sus procedimientos para defender al Cristo. Aquella serenidad, aquel poder de comprensión, le daban la idea de su grandeza espiritual.

Rehecha su salud y antes de adoptar cualquier rumbo a tomar, el joven tarsense deseó rever a Jerusalén en un impulso natural por ser afecto a los lugares que le traían tantos agradables recuerdos. Visitó el Templo, experimentando el contraste de las emociones. No se animó a entrar en el Sane-drín, pero buscó ansioso la sinagoga de los cilicianos, donde presumía que iba a encontrar a sus buenas amistades de otros tiempos. Mientras tanto, allí mismo donde se reunían sus coterráneos residentes en Jerusalén, fue recibido con frialdad. Ninguno lo invitó a tomar la palabra. Apenas algunos que eran conocidos de su familia le apretaron la mano secamente, evitando su compañía en forma ostensiva. Los más irónicos, una vez terminado el servicio religioso, le dirigieron preguntas con maliciosas sonrisas. Su conversión a las puertas de Damasco era comentada con sarcasmo y en forma deprimente.

–¿No sería algún sortilegio de los hechiceros de los adeptos del “Camino”? –decían unos–. ¿No sería Demetrio que se vistió de Cristo y le deslumbró sus ojos enfermos? –preguntaban otros.

Percibió de la ironía que estaba siendo objeto. Lo trataban como a un demente. Fue ahí que, sin desalentarse y atendiendo al impulso de su honesto corazón, subió osadamente en un estrado y habló con cierto orgullo:

–Hermanos de Cilicia, estáis engañados. No estoy loco. No busquéis herirme porque yo os conozco y sé medir la hipocresía farisaica.

Rápidamente se entabló la lucha. Viejos amigos vociferaron improprios. Los más resueltos lo rodearon como si fuera un enfermo, para que se callara. Saulo necesitó hacer un gran esfuerzo para contener la indignación. A toda costa consiguió dominarse y se retiró. En plena vía pública sentíase

alterado en su ánimo por ideas bastante subidas de tono. ¿No sería mejor combatir abiertamente y pregonar la verdad sin considerar el disfraz religioso, que abundaba por la ciudad? A sus ojos, era justo reflexionar sobre la guerra declarada en contra de los errores farisaicos. ¿Y si hiciera lo contrario de los consejos recibidos de Pedro y asumiera como jefe del movimiento en Jerusalén en favor del Nazareno? Acaso, ¿no había tenido el coraje de perseguir a los discípulos de Jesús, cuando los doctores del Sanedrín eran complacientes? ¿Por qué no asumir, ahora, la actitud reparadora, encabezando un movimiento contrario? Habría de encontrar algunos de sus amigos que quisieran asociarse al heroico esfuerzo. Con ese gesto ayudaría a sus hermanos en la campaña de ayuda a los necesitados.

Fascinado con tales perspectivas entró en el famoso Templo. Recordaba los primeros días de su infancia y de la juventud. El movimiento popular en el recinto no le llamó la atención de otrora. Instintivamente se acercó al lugar donde había muerto Esteban. Recordó la escena dolorosa detalle por detalle. Penosa angustia le invadía su corazón. Oró con fervor al Cristo. Entró en la sala donde había estado a solas con Abigail y donde había escuchado las últimas palabras del mártir del Evangelio. Comprendía ahora la grandeza de aquella alma que lo había perdonado en la hora extrema. Cada palabra del moribundo le resonaba extrañamente en los oídos. La elevación de Esteban lo fascinaba. El pregonador del “Camino” se había inmolado por Jesús. ¿Por qué no podía hacerlo él también?... Era justo quedarse en Jerusalén, seguir sus pasos heroicos, para que la lección del Maestro fuera comprendida. En la recordación del pasado, el joven tarsense se entregaba a fervorosas preces. Suplicaba la inspiración del Cristo para sus nuevos caminos. Fue ahí que el convertido de Damasco, exteriorizando sus facultades espirituales, fruto de penosas disciplinas, observó que algo luminoso surgió espontáneamente a su lado, mirándolo con gran ternura:

—¡Aléjate de Jerusalén, porque los antiguos compañeros no aceptarán tu testimonio!

Bajo la inspiración de Jesús, Esteban le seguía los pasos en la senda del discipulado, bajo la trascendental posición de asistirlo desde el plano invisible para la vista física y humana. Saulo, naturalmente, creyó que era el mismo Jesús el autor de la cariñosa advertencia, y profundamente impresionado se dirigió hacia la iglesia del “Camino”, informando a Pedro de lo sucedido.

—Mientras tanto —terminó diciendo al generoso Apóstol, que lo escuchaba admirado—, no debo ocultar que intentaba agitar la opinión religiosa de la ciudad, defender la causa del Maestro y restablecer la verdad integralmente..

Mientras Pedro lo escuchaba en silencio, como queriendo reforzar la respuesta, el nuevo discípulo continuó diciendo:

—¿Esteban no se entregó al sacrificio? Siento que aquí nos falta el valor igual al del mártir.

—No, Saulo —replicó Pedro con firmeza—, no sería razonable pensar así. Tengo mayor experiencia de la vida, aunque no tenga caudales de inteligencia semejantes a la tuya. Está escrito que el discípulo no podrá ser mayor que el Maestro. Aquí, en Jerusalén, vimos a Judas caer en una celada similar. En los angustiosos días del Calvario, en donde el Señor probó la divinidad de su amor, y nosotros el amargo testimonio de la exigua fe, condenamos al infortunado compañero. Algunos de nuestros hermanos mantienen, hasta el presente, la opinión de los primeros días, pero en contacto con la realidad del mundo llegué a la conclusión de que Judas fue más infeliz que perverso. El no creía en la validez de las obras sin dinero, no aceptaba otro poder que no fuera el de los príncipes del mundo. Siempre estaba inquieto por el triunfo inmediato de las ideas del Cristo. Muchas veces lo vimos alterarse, impaciente, por la construcción del Reino de Jesús, adherido a los principios políticos del mundo. El Maestro sonreía y fingía no entender las insinuaciones, como quien estaba seguro de su divino programa. Judas, antes del apostolado, era comerciante. Estaba habituado a vender la mercadería y recibir el pago en forma inmediata. Juzgo, en mis meditaciones de estos momentos, que Judas no podía comprender el Evangelio de otra forma, ignorando que Dios es un acreedor lleno de misericordia que nos espera misericordiosamente a todos, que no pasamos de ser míseros deudores. Tal vez amó profundamente al Mesías, pero la inquietud le hizo perder la oportunidad. En el deseo de apresurar la victoria, engendró la tragedia de la cruz por causa de su falta de vigilancia.

Saulo escuchaba atentamente aquellas observaciones, que eran justas, mientras el bondadoso Apóstol proseguía:

—Dios es la providencia para todos, sin excepción. Ninguno es olvidado. Para que apreciéis mejor la situación, admitamos que sois más feliz que Ju-

das. Figurémonos que tu victoria personal es un hecho. Consideremos que logres atraer hacia el Maestro a todos los habitantes de la ciudad. ¿Y después? ¿Deberías y podríais responder a todos los que se adhirieron a tu movimiento? La verdad es que podríais atraer, pero nunca convertir. Y como no te sería posible atender a todos, en forma particular, terminarías odiado de la misma forma. Si Jesús, que todo lo puede en este mundo bajo la égida del Padre, espera con paciencia la conversión del mundo, ¿por qué no podemos esperar nosotros? La mejor posición de la vida es el equilibrio. No es justo hacer ni más ni menos de aquello que nos compete, porque el Maestro nos avisó que sus trabajos se hacen sin apuro, pero siempre siguen la senda positiva de las realizaciones.

El convertido de Damasco estaba sorprendido a más no poder. Simón le presentaba los argumentos que eran inamovibles. Su inspiración lo asombraba.

—Ante lo sucedido —prosiguió el ex pescador serenamente es necesario que te alejes hoy por la noche. La lucha iniciada en la sinagoga de los cilicios es mucho más importante que la sucedida en Damasco. Es muy posible que mañana traten de apresarte. Además, la advertencia recibida en el Templo es para tomar las providencias que el caso merece.

Saulo concordó buenamente con la conclusión dictaminada por Pedro. Pocas veces en la vida había escuchado observaciones tan sensatas.

—¿Pretendes volver a Cilicia? —preguntó Pablo con dulzura.

—Ya no tengo dónde ir —respondió Saulo con resignada sonrisa.

—Entonces irás a Cesarea. Allí tenemos amigos sinceros que te podrán ayudar.

El programa de Simón Pedro fue rigurosamente cumplido. Por la noche, cuando Jerusalén estaba en silencio, un humilde caballero trasponía las puertas de la ciudad, en dirección a los caminos que conducían al gran puerto palestinese.

Torturado por las constantes aprehensiones de su nueva vida, llegó a Cesárea decidido a no estar mucho tiempo. Entregó las cartas de Pedro que lo recomendaban a los viejos amigos. Recibido con simpatía, no tuvo dificultades en retomar el camino de la ciudad natal.

Ahora se dirigía para el lugar de su infancia y se sentía extremadamente conmovido con sus recuerdos. Aquí un accidente del camino le sugería ca-

riñosas recordaciones; allí, un grupo de árboles envejecidos le despertaban especial atención. Varias veces pasó ante caravanas de camellos que le hicieron recordar las iniciativas paternas. Tan intensa le había sido la vida espiritual en los últimos tiempos, que la vida del hogar se la figuraba como la llegada de un hermoso sueño, que hacía mucho tiempo se había esfumado. A través de Alejandro había recibido las primeras noticias de su casa. Lamentaba la partida de su madre, justamente cuando tenía mayor necesidad de recurrir a su gran comprensión, pero se entregaba a Jesús para ese cuidado. De su viejo padre no era razonable esperar un justo entendimiento. Espíritu formalista, integrado al fariseísmo, seguro que no aprobaría su conducta.

Alcanzó las primeras calles de Tarso con el alma oprimida. Los recuerdos eran ininterrumpidos.

Llamó a la puerta del hogar paterno y por la forma que lo atendieron los sirvientes, comprendió la gran transformación que había tenido en su aspecto físico. Los dos criados más antiguos no lo reconocieron. Guardó silencio y esperó. Después de una larga espera, su padre fue a recibirlo. El viejo Isaac, ayudándose por un bastón, manifestaba su dolor por causa del reumatismo crónico, pero no pudo disimular su asombro al reconocer a su hijo.

—¡Hijo mío!... —dijo con voz enérgica, tratando de dominar la emoción—. ¿Será posible que mis ojos me engañen?

Saulo lo abrazó afectuosamente, dirigiéndose ambos hacia el interior.

Isaac se sentó y buscando penetrar en lo íntimo de su hijo, con mirar cortante le preguntó con tono de censura:

—¿Ya te encuentras curado totalmente?

Para el joven, la pregunta era un serio golpe a su sensibilidad.

Estaba cansado, derrotado, desilusionado y necesitaba de mucho aliento para recomenzar la existencia en un idealismo mayor, y hasta el padre lo reprobaba con preguntas absurdas. Ansioso de comprensión, retrucó en forma conmovedora:

—¡Padre mío, por piedad, compréndeme!... ¡No estuve enfermo, ahora estoy necesitando ayuda espiritual! ¡Siento que no podré reiniciar mi carrera en la vida sin antes reposar un poco!... ¡Extendeme vuestras manos!...

Conociendo la autoridad paterna y la extensión de sus propias necesidades en aquella hora difícil de su camino, el ex doctor de Jerusalén se humilló, poniendo de relieve todo el acento de su fatiga, que le oprimía el corazón.

El anciano israelita lo contempló con firmeza y sentenció sin compasión:

—¿No estuviste enfermo? ¿Qué significa, entonces, la triste comedia representada a las puertas de Damasco? Los hijos pueden ser ingratos y conseguir olvidar, pero los padres nunca se les va de su pensamiento y saben sentir la crueldad de su proceder... ¿No te dolerá vernos vencidos y humillados con la vergüenza que arrojaste sobre nuestra casa? Por causa de ese gran disgusto, tu madre encontró tranquilidad en la muerte, ¿pero yo? ¿Me confirmas en forma insensible de tu desertión? ¡Si resistí fue porque todavía tenía la esperanza de que Jehová te fuera propicio y te ayudara a pasar ese mal momento de perturbación mental y se rehiciera tu incomprensión y atendieras a las críticas del mundo! ... Te crié con el desvelo que un padre de nuestra raza acostumbra a dedicar al único hijo varón... Sintetizabas gloriosas promesas para nuestra estirpe. Me sacrificué por ti, te brindé todo lo que necesitabas para proporcionarte sabios maestros, cuidé de tu juventud, te di lo mejor de mi corazón, y tú, ¿retribuyes de esa forma las dedicaciones y cariños de esta casa?

Saulo podía enfrentar a muchos hombres armados, sin abdicar de su coraje que su personalidad había demostrado. Podía hablar mucho sobre el procedimiento condenable de los otros, ocupar la tribuna más exigente para examinar la hipocresía de los humanos, pero delante de aquel viejito, que ya no podía renovar su fe y considerando la amplitud de sus sagrados sentimientos paternales, no reaccionó y comenzó a llorar.

—¿Lloras? —continuó el anciano con frialdad—. ¡Yo nunca te di ejemplos de cobardía! Luché con heroísmo en los días más felices, para que no te faltara nada. Tu debilidad moral es hija del perjurio, de la traición. Tus lágrimas son causa de tu remordimiento. ¿Cómo pudiste encaminarte por esa senda de mentiras? ¿Con qué fin engendraste esa parodia a las puertas de Damasco y repudiaste los sagrados principios que te alimentaron desde la cuna? ¿Por qué abandonaste tu brillante situación de rabino, de la cual tanto esperábamos, para vanagloriarte en compañero de hombres desechados de la sociedad, que nunca tuvieron la tradición honrosa de un hogar?

Ante esas injustas acusaciones, el joven tarsense sollozaba, tal vez por primera vez en la vida.

–Cuando supe que ibas a casarte con una mujer que no se le conocían sus padres –prosiguió implacablemente el viejo– me sorprendí y esperé que me lo dijeras personalmente. Más tarde, Dalila y su esposo eran invitados a dejar Jerusalén precipitadamente por causa de la vergüenza que la orden de prisión contra ti se había lanzado por tu escena en Damasco. Varias veces me pregunté si no sería esa criatura inferior que elegiste, la causa de tamaños desastres morales. Hace más de tres años que me levanto y reflexiono en tu incalificable proceder en contra de tus sagrados deberes.

Al escuchar aquellos conceptos injustos sobre la persona de Abigail, el joven tomó ánimo y exclamó con humildad:

–Padre mío, ¡esa criatura era una santa! ¡Dios no la quiso dejar en nuestro mundo! Tal vez, si ella viviera, mi cerebro estaría más equilibrado y podría comenzar una nueva vida.

Al padre no le agradó esa respuesta, aunque la objeción había sido hecha con tono de obediencia y respeto.

–¿Nueva vida? –manifestó irritado–. ¿Qué quieres decir con eso?

Saulo limpió sus lágrimas y respondió resignado:

–Quiero decir que el episodio de Damasco no fue ilusión y que Jesús reformó mi vida.

–¿No puedes ver en todo eso una gran locura? –continuó el padre asombrado–. ¡Imposible!, ¿cómo abandonar el amor de la familia, las venerables tradiciones que se han hecho en tu nombre, las sagradas esperanzas de los tuyos, para seguir detrás de un carpintero desconocido?

Saulo comprendió el sufrimiento moral de su padre a través de sus palabras. Tuvo el impulso de arrojarle a sus brazos amorosos, hablarle del Cristo y proporcionarle conocimientos sobre la nueva situación. Pero previendo la dificultad para ser comprendido, lo miró resignado por causa de la cólera que en esos momentos sentía.

–¿Cómo puede ser? Si la doctrina pecaminosa del carpintero de Nazareth impone indiferencia por los lazos santificados de la vida, ¿cómo hacer que todos los hombres se sientan en la misma condición? ¿Es justo preferir a un aventurero que al padre justo y honesto, que envejeció sirviendo a su Dios?

–Padre mío –le dijo Saulo con voz suplicante–. ¡El Cristo es el Salvador Prometido!...

Isaac parecía renovar su furia agresiva, al escuchar esas palabras.

–¿Blasfemas? –gritó–. ¿No temes insultar a la Providencia Divina? ¡Las esperanzas de Israel no podrían reposar confiadas en la frente que sangró por el castigo en medio de dos ladrones! ... ¡Estás loco! Exijo la reconsideración de tus actitudes.

Mientras hacía una pausa, el convertido objetó:

–Es verdad que mi pasado está lleno de culpas cuando no dudé para perseguir a quienes eran los defensores de la verdad, pero de tres años a esa parte no me acuerdo de haber cometido ningún acto deshonesto que necesite reconsiderar.

El anciano pareció alcanzar el auge de la cólera y exclamó en forma áspera:

–Siento que las palabras generosas no se encuadran para tu razón perturbado. Veo que esperé en vano, para no morir odiando a nadie. Infelizmente veo que estoy obligado a reconocer que tus decisiones son las de un loco o las de un criminal vulgar. Por lo tanto, y para que nuestras actitudes queden bien definidas, ¡te pido, como última instancia, que decidas entre mí y el despreciable carpintero!...

La voz paternal, al mencionar semejante intimidación, le produjo un gran sufrimiento. Saulo comprendía y en vano trataba de encontrar algún argumento conciliador. La incomprensión de su padre lo angustiaba por demás. Nunca había reflexionado tanto y tan intensamente sobre las enseñanzas de Jesús, sobre los lazos de la familia. Se sentía muy ligado al generoso viejito, quería ayudarlo en su rigidez intelectual, ablandarle su forma tiránica, pero comprendía que las barreras interpuestas eran más fuertes que sus deseos. Sabía de la severidad con que había formado su propio carácter. Aunque comprendía de antemano la inutilidad de sus amorosos llamados a la realidad, no obstante agregó:

–¡Padre mío, ambos necesitamos de Jesús!...

El viejo, inflexible, le dirigió un mirar severo y retrucó con aspereza:

–¡Tu decisión está hecha! ¡Nada tienes que hacer en esta casa!...

El viejito estaba tembloroso. Se le veía el esfuerzo que había hecho para tomar aquella dolorosa decisión. Criado en las concepciones intransi-

gentes de la Ley de Moisés, Isaac sufría como padre, mientras tanto, expulsaba a su hijo, que había sido depositario de tantas esperanzas paternas. Su corazón amoroso le pedía que fuera piadoso, pero el raciocinio del hombre, encerrado en los dogmas implacables de la raza, le anulaba el impulso natural.

Saulo lo contempló en actitud amorosa y suplicante. El hogar era la última esperanza que le quedaba. No quería creer en su pérdida. Clavó sus ojos lacrimosos en el anciano y después de largos minutos de espera, imploró con un gesto conmovedor, que no le era habitual:

–Padre mío, me falta de todo. ¡Estoy cansado y enfermo! No tengo dinero y debo recurrir a la piedad ajena.

Y acentuando la queja dolorosa:

–¿También tú me echas?...

Isaac sintió que el ruego le vibraba en lo íntimo de su corazón. Pero juzgando que la energía era más propicia que la ternura para el caso, respondió secamente:

–Corrige tus impresiones, porque nadie te expulsó ¡Fuiste tú el que elegiste a los amigos para condenarte a tu supremo abandono!... ¿Tienes necesidades? Entonces, es justo que le pidas al carpintero lo que tanto necesitas... Él, que hizo tantos absurdos, tendrá bastante para ofrecerte.

Inmenso dolor alcanzó al espíritu del ex rabino. Las alusiones al Cristo le dolían mucho más que las reprimendas recibidas. Sin conseguir amortiguar su angustia, sintió que las lágrimas ardientes le rodaban por su cara, quemada por el sol. Nunca había experimentado llanto tan amargo. Ni aun cuando había sufrido la angustiosa ceguera, consecuente a la visión de Jesús. Lloraba penosamente. No obstante, sentía que la protección del Cristo estaba presente, puesto que había sido llamado por Jesús a su servicio y también daba muestra de no olvidarlo. Reveía todas las necesidades pasadas, la ayuda pedida a los hombres para iniciar su nueva vida y, por último, pedía el apoyo directo de su padre. ¡Lo había expulsado! Manifestaba aversión a sus ideas regeneradoras. No le admitía la condición de ser amigo del Cristo. En el llanto que salía de sus ojos recordó al amigo Ananías. Cuando todos lo habían abandonado en Damasco apareció el mensajero del Maestro, reconfortándole el ánimo. Sí, Jesús no le faltaría para ofrecerle los recursos indispensables.

Mirando con dulzura a su apreciado padre, le dijo humildemente:

–¡Padre mío, adiós!... ¡Dices bien, porque estoy seguro de que el Mesías no me abandonará!...

Con pasos indecisos se aproximó a la puerta de salida. Pasó su mirada llena de llanto por toda la sala. La poltrona de su madre estaba en el sitio habitual. Recordó el tiempo en que los ojos maternos leían para él las primeras lecciones de la Ley. Juzgó que la estaba viendo y que le dirigía amorosa sonrisa. Jamás había experimentado tamaño vacío en su corazón. ¡Estaba solo! Tuvo recelos de sí mismo, porque nunca se había visto en ese tipo de situación.

Después de la meditación dolorosa se retiró en silencio. Miró indiferente el movimiento de la calle, como alguien que hubiera perdido el interés de vivir.

No había dado algunos pasos, cuando escuchó que lo llamaban insistentemente.

Se detuvo y esperó; era el viejo sirviente que corría a su encuentro.

En pocos instantes el criado le entregó una pesada bolsa, exclamando con todo amistoso:

–Vuestro padre os manda este dinero con su recuerdo.

Saulo sintió en su interior la rebelión del “hombre viejo”. Imaginó su dignidad para devolver la limosna humillante. Siendo así, enseñaría a su padre que era su hijo y no un mendigo. Le daría una lección, le demostraría su valor, pero consideró al mismo tiempo que las pruebas sobrevendrían y serían verificadas por Jesús, para ver si su corazón voluntarioso aprendía la lección de humildad. Sintió que había vencido muchos tropiezos, que se había mostrado superior en Damasco y en Jerusalén, que había dominado los inconvenientes del desierto, que soportó las ingratitudes de los climas y las dolorosas caminatas, pero ahora, el Maestro le sugería que luchase consigo mismo, para que el “hombre del mundo” dejara de existir, encaminando el renacimiento del corazón enérgico, pero amoroso y tierno del discípulo. Sería, tal vez, la mayor de todas las batallas. Así lo comprendió casi instintivamente y buscando vencerse a sí mismo, tomó la bolsa con resignada sonrisa y la guardó entre los pliegues de la túnica, saludó al sirviente con expresiones de agradecimiento y le dijo, esforzándose para demostrar alegría:

—Sinesio, dígame a mi padre la alegría que me causó su cariñosa ayuda y que ruego a Dios para que le ayude.

Siguiendo el curso incierto de su nueva situación, vio en la actitud paternal el reflejo de los antiguos hábitos del judaísmo. Como padre, Isaac no quería aparecer como ingrato e inflexible, tratando de ayudarlo, pero como fariseo nunca le aceptaría la novedad sobre sus ideas.

Con aire indiferente, tomó un ligero bocado en una modesta posada. Por otra parte, no conseguía tolerar el movimiento de las calles. Tenía necesidad de silencio y meditación. Necesitaba escuchar su conciencia y corazón, antes de trazar los nuevos planes de su vida. Trató de apartarse de la ciudad. Como eremita anónimo, buscó el campo agreste. Después de mucho caminar sin destino fijo, alcanzó los alrededores de Tarso. Comenzaban a invadir las sombras de la noche. Agotado y cansado descansó junto a una de las innumerables cavernas abandonadas. Sumergido en la quietud de la naturaleza, Saulo retrocedió mentalmente al día en que comenzó su radical transformación. Recordó el abandono en la pensión de Judas, la indiferencia de Sadoc para su amistad. Rememoró la primera reunión de Damasco, en donde había soportado tantos apremios, ironías y sarcasmos. Cuando fue a Palmira en busca de la asistencia de su gran amigo Gamaliel, para ingresar en la causa del Cristo, pero el noble Maestro le aconsejó el aislamiento en el desierto. Recordó las duras dificultades del telar y la falta de recursos de toda especie en el oasis solitario. En aquellos silenciosos días, jamás pudo olvidar a la novia muerta, luchando espiritualmente para levantarse, por encima de los sueños desmoronados. Por más que estudiaba el Evangelio, íntimamente experimentaba singular remordimiento por el sacrificio de Esteban, que a su forma de ver fue el basamento para terminar con su noviazgo venturoso. Sus noches estaban llenas de infinitas amarguras. A veces, en pesadillas dolorosas, se veía de nuevo en Jerusalén, firmando sentencias inicuas. Las víctimas de la gran persecución lo señalaban y lo acusaban, mirándolo asustadas, como si su fisonomía fuera la de un monstruo. La esperanza en el Cristo lo reanimaba, gracias a su espíritu resuelto. Después de ásperas pruebas, había dejado la soledad para regresar a la vida social. Nuevamente en Damasco, la sinagoga lo recibió con amenazas. Los mejores amigos de otros tiempos, con gran ironía, le decían cosas crueles. Fue necesario huir como lo hace un criminal, saltando por el muro de la ciudad y amparado por la sombra de la noche. Después buscó en Jerusalén, con la

esperanza de ser comprendido. A pesar de todo, Alejandro, en cuyo espíritu culto creyó encontrar un mejor entendimiento, lo recibió como un visionario y mentiroso. Extremadamente fatigado golpeó la puerta de la iglesia del “Camino” y fue obligado a regresar para ubicarse en un modesto hospedaje, por causa de sospechar justamente de su anterior comportamiento como juez supremo en contra del Cristo. Enfermo y abatido fue llevado ante Pedro, que le dio lecciones de elevada prudencia y excesiva bondad, pero el ejemplo de Gamaliel le había recomendado recogimiento, discreción y aprendizaje. En vano trataba de armonizarse con las circunstancias, para poder cooperar en la obra del Evangelio y todas las puertas parecían estar cerradas para su esfuerzo. Finalmente, se dirigió a Tarso ansioso por encontrar ayuda en la familia, para reiniciar la vida. La actitud paterna sólo le agravó las desilusiones. Rechazándolo, su padre lo arrojó a un abismo. Ahora comenzaba a comprender que reiniciar su existencia no era volver a la actividad de su antiguo hogar, sino comenzar desde el fondo del alma el gran esfuerzo interior, desprenderse del pasado hasta en los menores detalles y ser otro hombre totalmente nuevo.

Comprendió la nueva situación, pero no podía impedir las lágrimas que le afloraban a sus ojos.

Cuando quiso acordarse, la noche había llegado. El cielo oriental resplandecía de estrellas. Vientos suaves soplaban de lejos, refrescándole su frente calurosa. Se acomodó como mejor pudo entre las agrestes piedras, sumiéndose en el silencio de la naturaleza. No obstante de proseguir con sus amargas reflexiones, notó que estaba más calmo. Confió al Maestro sus acerbos preocupaciones, pidió el remedio de su misericordia y trató de reposar. Después de una ferviente oración dejó de llorar, sintiendo que una fuerza superior e invisible le balsamizaba las llagas de su alma oprimida.

En la dulce quietud de su cerebro doloroso, sintió que el sueño comenzaba a envolverlo. Suavísima sensación de reposo le proporcionó un gran alivio. ¿Estaría dormido? Tenía la impresión de haber entrado en una región de deliciosos sueños. Sentíase ágil y feliz. Tenía la impresión de haber sido transportado a una campiña llena de luz primaveral, lejos de este mundo. Flores brillantes, como cintas de colores, se movían suavemente a lo largo de un camino maravilloso, en una región saturada de hermosas luces. Todo le decía que era un mundo diferente. A sus oídos llegaban suaves y deliciosas melodías, como si fueran ejecutadas por arpas y laúdes mágicos. Trata-

ba de reconocer el paisaje, definir la comarca, enriquecer sus observaciones, pero un sentimiento de paz lo deslumbraba totalmente. Debía haber ingresado en un reino encantado, porque las maravillas que se presentaban a sus ojos, excedían a los entendimientos humanos ¹.

Mal había despertado a ese deslumbramiento, cuando se sintió invadido por nuevas sorpresas con la aproximación de alguien que pisaba muy suave, acercándose muy despacito. Después de algunos instantes, vio a Esteban y Abigail a su frente, jóvenes y hermosos, vestidos muy brillantemente de blanco, que más se parecía a nieve translúcida.

Incapaz de traducir las conmociones de su alma, Saulo de Tarso se arrojó y comenzó a llorar.

Los dos hermanos regresaban para darle valor, se aproximaron con generosa sonrisa.

–¡Levántate, Saulo! –le dijo Esteban con bondad.

–¿Qué es eso? ¿Lloras? –le preguntó Abigail en tono cariñoso–. ¿Estás desalentado, cuando el trabajo recién comienza?

El joven tarsense, ahora de pie, lloró convulsivamente. Aquellas lágrimas no eran sólo por encontrarse abandonado en el mundo. Decían de una inmensa alegría, de una enorme gratitud a Jesús, que estaba pronto para protegerlo. Quiso aproximarse para besar las manos de Esteban y rogarle perdón por su nefasto pasado, pero fue el mártir del “Camino”, que bajo la luz de su resurrección gloriosa, se acercó a Saulo y lo abrazó efusivamente, como si lo hiciera a un hermano amado. Después de besarle en la frente con ternura, le dijo:

–Saulo, no te detengas a rever el pasado. ¿Quién en este mundo está ex-ceptuado de errores? ¡Sólo Jesús fue puro!...

El ex discípulo de Gamaliel estaba sumergido en un océano de ventura. Quería hablar de sus alegrías, agradecer tan hermosa y espontánea adhe-

¹ Más tarde en la II Epístola a los Corintios (12: 2–4), donde Saulo afirma: “Conozco a un hombre en Cristo, que catorce años ha fue arrebatado: si fue en el cuerpo, no lo sé, o si fuera del cuerpo, no lo sé. Dios lo sabe, hasta el tercer cielo. Que fue arrebatado al Paraíso: y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar”. De esa gloriosa experiencia, el Apóstol de los gentiles extrajo nuevas conclusiones para sus notables y nuevas ideas, referente al cuerpo espiritual. (Nota de Emmanuel).

sión, pero una indómita emoción le paralizaba sus palabras y confundía el corazón. Ayudado por Esteban, que le sonreía en silencio, vio a Abigail más hermosa que nunca, recordándole las flores en primavera, en la humilde casa en el camino de Jope. No podía dejar de lado las reflexiones, propias de todo hombre, olvidar los sueños deshechos, recordándolos, por encima de todo, en aquel glorioso minuto de su vida. Pensó en el hogar que había podido construir, en el cariño con que la joven de Corinto le cuidaría sus hijos y en el amor insustituible que le podía dar. Comprendiendo sus pensamientos, la novia espiritual se aproximó, le tomó la mano callosa y le habló conmovidamente:

—Nunca nos faltará un hogar... Lo tenemos en el corazón de aquellos que siguen nuestros pasos. Respecto a los hijos, tenemos la inmensa familia que Jesús nos legó en su misericordia... Los hijos del Calvario son nuestros también... Ellos están por todas partes, esperando la herencia del Salvador.

El joven tarsense comprendió la hermosa advertencia, depositándola en lo íntimo de su corazón.

—No caigas en el desaliento —continuó Abigail, generosa y solícita—, nuestros antepasados conocieron al Dios de los ejércitos, al señor de sangrientos triunfos, del oro y del dinero del mundo; nosotros conocimos al Padre, que es el Señor de nuestro corazón. La Ley nos destacaba la fe por la riqueza de las dádivas materiales en los sacrificios, pero el Evangelio nos conoce por la confianza inagotable y por la fe activa al servicio del Todopoderoso. Es necesario ser fiel a Dios, Saulo. Aunque el mundo entero se vuelva contra ti, tendrás el tesoro inagotable de tu fiel corazón. La triunfante paz del Cristo, es la del alma laboriosa, que obedece y confía... No vuelvas a incitarte contra los aguijones. Aléjate de los pensamientos del mundo. Cuando hayas expulsado de tu alma hasta la última gota de los engaños terrenos, entonces, Jesús te llenará el espíritu de claridades inmortales...

Saulo experimentaba un increíble consuelo, llegando a perturbarse, porque no podía articular palabra alguna. Las exhortaciones de Abigail las llevaría eternamente en su espíritu. Nunca más permitiría que el desánimo se apoderara de él. Enormes esperanzas volvían a renacer en su interior. Trabajaría para el Cristo en todos los lugares y en todas las circunstancias. El Maestro se había sacrificado por los hombres y él le dedicaría su existencia cumpliendo con su deber. Mientras formulaba ese pensamiento, recordó la dificultad que tenía para armonizarse con las criaturas del mundo. ¿Encon-

traría nuevas luchas? Recordó la promesa que le hiciera Jesús de que estaría presente donde hubiera algunos hermanos reunidos en su nombre. Sin embargo, todo le parecía imposible ante aquella rápida operación intelectual. Las sinagogas se combatían entre sí. La iglesia de Jerusalén tendía nuevamente para las ideas judaizantes. Fue ahí donde respondió Abigail, ante sus nuevas e íntimas reflexiones, exclamando con cariño:

–Reclamas compañeros que concuerden contigo en los constructivos trabajos del Evangelio. Sin embargo, es bueno recordar que Jesús no los tuvo. Los Apóstoles no pudieron concordar con el Maestro, sino con la ayuda del Cielo, después de la resurrección y del Pentecostés. Los más amados dormían, mientras Él oraba en el huerto. Unos lo negaron y otros huyeron en la hora decisiva. Concuerda con Jesús y trabaja. El camino hacia Dios está subdividido en infinitudes de planos. El espíritu solito pasará de una esfera hacia otra. Toda elevación es difícil, pero la encontramos si alcanzamos la victoria en el bien. Recuerda la “puerta estrecha” de las lecciones evangélicas y camina. Cuando sea oportuno, Jesús llamará a quienes merezcan estar contigo, para hacer el trabajo en su nombre. Dedicáte al Maestro en todos los instantes de tu vida. Sírvelo con energía y bondad, como quien sabe que la realización espiritual reclama el concurso de los sentimientos que ennoblecen el alma.

Saulo estaba aliviado. No podía expresar las hermosas sensaciones que le llenaban su corazón. Nuevas esperanzas le invadían el alma. En su retina espiritual se desdoblaba el venturoso destino. Quiso moverse, agradecer la sublime ayuda, pero la emoción lo privaba de cualquier manifestación afectiva. Sin embargo, en su espíritu se hacía un gran interrogante. ¿Qué hacer de ahora en más para triunfar? ¿Cómo completar las lecciones sagradas que le competía ejemplificar prácticamente, sin pensar en los sacrificios? Estaba consciente que le escuchaban sus secretos interrogantes, por lo cual, Abigail se adelantó bondadosamente para decirle:

–Saulo, para tener la seguridad de la victoria en el escabroso camino, recuerda siempre que antes es necesario dar, siempre dar. Jesús dio al mundo cuanto tenía y, por encima de todo, nos dio la comprensión intuitiva de conocer nuestras debilidades, para así aprender a tolerar la miseria de los demás...

El joven tarsense notó que Esteban, en ese ínterin, se despedía, dirigiéndole una mirada afectiva.

Abigail, a su vez, le apretó sus manos con inmensa ternura. El ex rabino hubiera deseado prolongar la deliciosa visión para el resto de su vida y mantenerla para siempre a su lado, no obstante, la entidad querida esbozó un amoroso gesto de adiós. Inmediatamente se esforzó por catalogar apresuradamente las necesidades espirituales, deseoso de ubicarse frente a los problemas que debía afrontar. Ansioso de aprovechar todos los detalles de aquel glorioso minuto, Saulo alineó mentalmente el total de las preguntas realizadas. ¿Qué hacer para adquirir la perfecta comprensión de los designios del Cristo?

—¡Ama! —respondió Abigail espontáneamente.

Pero, ¿cómo proceder para enriquecemos en la virtud ajena? Jesús aconseja el amor para los enemigos. Mientras tanto, consideraba qué difícil debía ser semejante realización. Penoso era manifestar dedicación sin que hubiera comprensión por parte de los demás. ¿Cómo hacer para que el alma alcance tan elevada expresión de esfuerzo en Jesús Cristo?

—¡Trabaja! —agregó la novia amada, sonriéndole bondadosamente.

Abigail tenía razón. Era necesario realizar la obra del perfeccionamiento interior. Deseaba fervientemente hacerlo. Para tales fines se había retirado en el desierto por más de mil días consecutivos. Pero, ¿qué providencias tomar para el desánimo destructor?

—¡Espera! —agregó Abigail, en un gesto de comprensiva solicitud, como quien desea aclarar que el alma debe estar siempre lista para atender al programa divino, en cualquier circunstancia y contra cualquier capricho humano.

Al escucharla, Saulo consideró que la esperanza había sido la compañera de sus ásperos días. Sabría esperar el porvenir con las bendiciones del Altísimo. Confiaría en su misericordia. No despreciaría las oportunidades del servicio redentor. Pero... ¿y los hombres? Por todas partes se observaba la confusión que había en sus espíritus. Reconocía, de hecho, que la concordia general alrededor de las enseñanzas del Maestro divino era un cometido difícil de alcanzar, por más que se estudiara el Evangelio; además, las criaturas parecían totalmente desinteresadas de alcanzar la verdad y la luz que encerraba. Los israelitas se aferraban a la Ley de Moisés, intensificando el régimen de las hipocresías farisaicas. Los seguidores de la iglesia del “Camino” se aproximaban nuevamente a las sinagogas, huían de los gentiles y se sometían rigurosamente a los procesos de la circuncisión. ¿Dónde

estaba la libertad para el Cristo? ¿Dónde estaban las amplias esperanzas que su amor había traído para la humanidad entera, sin excluir a los hijos de otras razas? Concordaba que era indispensable amar, trabajar y esperar, mientras tanto, ¿cómo trabajar en medio de fuerzas tan heterogéneas? ¿Cómo conciliar las grandiosas lecciones del Evangelio con la indiferencia de los hombres?

Abigail le apretó las manos con más ternura, para indicarle que debía despedirse y le agregó dulcemente:

—¡Perdona! ...

En seguida su figura luminosa pareció esfumarse en el medio ambiente.

Embebido por la maravillosa revelación, Saulo se vio sin saber cómo coordinar las expresiones de su deslumbramiento. En la región que viera coronada de infinitas claridades, aún sentía las vibraciones de extraordinaria belleza. A sus oídos continuaban llegando los ecos lejanos de las sublimes armonías siderales, que parecían enviar mensajes de amor, oriundos de soles distantes... ¡Se arrodilló y oró! Agradeció al Señor las maravillas de sus bendiciones. De ahí en más, las energías imponderables lo condujeron a la tierra, volviendo a sentir el improvisado lecho de piedras. Incapaz de descifrar el portentoso fenómeno, Saulo de Tarso contempló el cielo maravillado.

El infinito azul del firmamento no era un abismo, en cuyo fondo sólo brillaban estrellas... A sus ojos, el espacio adquiría nuevo significado, estaba lleno de expresiones de vida, que al hombre común no le era dado comprender. Había cuerpos celestes, como los había terrestres. La criatura no estaba sola, también estaban los supremos poderes del Cielo, de la Creación. La bondad de Dios excedía a la mayor inteligencia humana. Los que se habían liberado de la carne, regresaban del plano espiritual para reconfortar a los que aún estaban alejados de ellos. Para Esteban había sido su verdugo cruel, para Abigail, el novio ingrato. Mientras tanto, el Señor permitía que ambos regresaban a los cálidos paisajes de la tierra para reanimarle el corazón abatido. La existencia planetaria alcanzaba un nuevo sentido en sus profundas elucubraciones mentales. Ningún ser estaba abandonado. Los más miserables de los hombres tenían un cielo que los acompañaba con esmerada dedicación. Por más duras que fueran las experiencias humanas, la vida, ahora, había tomado una nueva forma de expresión de belleza eterna.

La naturaleza estaba en calma. La luna estaba suspendida en lo alto, entregando sus encantadoras vibraciones. De vez en cuando, el viento susurraba, como si esparciera mensajes misteriosos. Suaves brisas le calmaban la frente, afiebrada por los torrentes de pensamientos, que se reconfortaba con la recordación inmediata de las maravillosas visiones del mundo invisible.

Tenía una paz que hasta entonces había desconocido, y creyó que en aquel momento había renacido para recomenzar una nueva y más provechosa existencia. Singular serenidad le invadía el espíritu. Una comprensión diferente le había renacido y estaba pronto para iniciar una nueva jornada por los caminos del mundo. Tendría siempre presente el lema de Abigail. El amor, el trabajo, la esperanza y el perdón serían sus compañeros inseparables. Estaría dedicado, sin excepción, para todos los seres y esperaría la oportunidad que Jesús le ofreciera, absteniéndose de provocar situaciones embarazosas, y en ese caso, sabría tolerar la ignorancia o la debilidad ajena, consciente que él también cargaba un pasado condenable, no obstante haber sido alcanzado por la compasión del Cristo.

Cuando las suaves brisas de la madrugada anunciaban la llegada del nuevo amanecer, recién el ex doctor de la Ley consiguió conciliar el sueño. Cuando despertó la mañana era avanzada. Muy lejos de allí, Tarso había retornado su movimiento habitual.

Se levantó más dispuesto que nunca. El coloquio espiritual con Esteban y Abigail le renovaron sus energías. Recordó instintivamente la bolsa que el padre le había enviado. La abrió para calcular las posibilidades financieras que disponía para sus nuevos fines. La dádiva de su padre había sido bastante generosa. A pesar de todo, no conseguía atinar sobre la decisión que era más aconsejable.

Después de mucho reflexionar, decidió comprar un telar. Sería el comienzo de la lucha. Para consolidar las nuevas disposiciones interiores, creyó oportuno ejercer en Tarso la profesión de tejedor, porque en la tierra que le había visto nacer, había ostentado su grado intelectual y el valor físico como consagrado atleta.

Al poco tiempo, era reconocido por los coterráneos como un humilde tejedor.

La noticia tuvo desagradable repercusión en su antiguo hogar, motivando la mudanza del viejo Isaac, que después de desheredado, se retiró para una de sus propiedades a la orilla del Eufrates, donde esperó la muerte jun-

to a su hija, incapaz de comprender a su bienamado hijo.

Durante tres años, el solitario tejedor de Tarso, ejemplificó su humildad por medio del trabajo, esperando devotamente que Jesús lo convocara para el testimonio.

PRIMEROS TRABAJOS APOSTÓLICOS

Transformado en un rudo trabajador, Saulo de Tarso presentaba una notable diferencia fisonómica. Se acentuaba en su forma la ascendencia de la nueva vida evangélica. Sin embargo, sus ojos demostraban, todavía, al hombre resuelto, aunque predominaba la paz en su espíritu.

Comprendía que la situación no le permitía idealizar grandes proyectos de trabajo y se contentaba con hacer lo que fuera posible. Sentía gran placer en demostrar su cambio de conducta a sus antiguos camaradas, en ocasión de las fiestas de Tarso. Se sentía orgulloso de vivir del fruto de su modesto trabajo. El mismo y en diversas oportunidades había atravesado la plaza más importante, cargando pesados fardos de pieles. Los coterráneos lo admiraban por su actitud humilde, que ahora predominaba en su persona. Las familias ilustres lo contemplaban con cierta piedad. Todos los que le conocieron en su juventud, no se cansaban de lamentar aquella transformación. La mayoría lo veía como un alienado pacífico. Por esa causa nunca le faltaba el trabajo de los lugares que rodeaban a Tarso. La simpatía de sus conciudadanos, que no podían entender sus nuevas ideas, tenía la virtud de aumentar sus actuales recursos. Él, a su vez, vivía tranquilo y satisfecho. El programa de Abigail era un permanente mensaje para su corazón. Todos los días se levantaba con la idea sublime de amar a todas las cosas y a todos los seres y para continuar por el camino recto, trabajaba activamente. Si tenía deseos e inquietudes para intensificar sus actividades, fuera del tiempo apropiado, le bastaba esperar. Si alguien se compadecía de su persona, si lo apellidaban de loco, desertor o fantasioso, trataba de olvidar la incompreensión ajena con el perdón sincero, reflexionando que él, muchas veces, también había ofendido a otros en base a su ignorancia. No tenía amigos, ni quienes le quisieran, pero soportaba la soledad y se consolaba pensando, que antes de tener compañeros infieles era mejor templarse en medio de los sufrimientos. Trataba durante el día de encontrar al colaborador que no le hiciera perder la oportunidad de manifestarse como le había enseñado el amoroso Jesús. Como tejía tapetes y alfombras para tiendas, ejercitaba su paciencia, que a su vez le fortificaba su espíritu. La noche le resultaba una

bendición y cada día sumaba mayores provechos de esa sana y limpia escuela de la necesidad, y en esa condición continuaba su vida sin sobresalir ningún hecho de importancia, cuando un día fue sorprendido con la visita inesperada de Bernabé.

El ex levita de Chipre se encontraba en Antioquía con serias responsabilidades. La iglesia reclamaba la cooperación de adeptos inteligentes. Innumerables dificultades espirituales tenían que ser resueltas y grandes trabajos estaban esperando su realización. La institución había sido iniciada por discípulos de Jerusalén, bajo la dirección amorosa de Simón Pedro. El ex pescador de Cafarnaúm convino que se debería aprovechar el período de calma que habían abierto los perseguidores, para que los lazos del Cristo fueran extendidos. Antioquía era de los centros de mayor interés para ese asunto de importancia. No faltaban contribuyentes para costear las obras, porque la grandiosa empresa tuvo repercusión entre los más humildes, sin embargo escaseaban los legítimos trabajadores del pensamiento. Aún ahí, juzgó la comprensión de Pedro para que no faltara en esa magna obra el tejedor de Tarso. Observó las dificultades e indicó a Bernabé que buscara al convertido de Damasco para que su capacidad se desplazara en un nuevo ejercicio de la espiritualidad.

Saulo recibió al amigo con gran alegría.

Viendo que sus amigos distantes se habían acordado de su persona, tenía la impresión de haber recibido un nuevo aliento.

El compañero expuso el elevado plan para la iglesia, que reclamaba su recurso fraterno y le brindaba la oportunidad para construir las obras de Jesús Cristo. Bernabé exaltó la dedicación de los hombres humildes que cooperaban con su accionar. La institución reclamaba el concurso de hermanos dedicados, que tuvieran conocimientos sobre la Ley de Moisés y el Evangelio del Maestro, para que no se viera perjudicada la tarea de iluminación intelectual.

El ex rabino se sintió fortalecido por el comentario de Bernabé y no tuvo dudas en atender el amoroso pedido. Apenas presentó una condición, que era la de seguir trabajando en su oficio, para no ser una carga a los adeptos de Antioquía. Fue inútil cualquier objeción de Bernabé al respecto.

Presuroso y con ánimos de pronta ayuda, Saulo, al poco tiempo, estaba instalado en Antioquía, donde pasó a cooperar activamente con los amigos

del Evangelio. Durante largas horas del día trabajaba como tejedor o atendía a los pedidos. De esa forma ganaba lo necesario para vivir, siendo un verdadero ejemplo para los adeptos de la nueva iglesia. Utilizando su gran caudal de experiencias adquiridas en las refriegas y padecimientos del mundo, jamás se le vio tratando de ocupar los primeros puestos. En los Actos de los Apóstoles, vemos que su nombre se cita en último lugar, cuando se refiere a los colaboradores de Bernabé. Saulo había aprendido a esperar. En la comunidad prefería los trabajos simples. Se sentía bien atendiendo a los numerosos enfermos. Recordaba a Simón Pedro y trataba de cumplir con los nuevos deberes con bondad y sinceridad, imprimiendo su mayor capacidad de realización.

La iglesia no tenía recursos, pero la voluntad de sus componentes parecía proveerla de gracia abundante.

Antioquía, ciudad cosmopolita, era proclive a los grandes desvíos morales. Su paisaje estaba adornado por los ricos mármoles de sus edificaciones, que dejaba entrever la opulencia de sus habitantes, en donde se cometían toda clase de abusos. Los que disponían de grandes fortunas se entregaban a los placeres licenciosos en forma desenfadada. Los bosques artificiales cobijaban a grandes multitudes, donde se observaba intencional tolerancia, que caracterizaba los licenciosos fines propuestos. La riqueza pública daba lugar para expresar todo tipo de extravagancia. La ciudad estaba llena de mercaderes que se peleaban sin darse tregua, demostrando sus ambiciones inferiores y dramas pasionales. No obstante y en medio de tanta corrupción, por las noches se reunían en la sencilla casa del “Camino” grandes grupos de trabajadores de la piedra, soldados rasos, labradores pobres, ansiosos por escuchar los mensajes que les anunciaban un mundo mejor. También comparecían, en gran número, las mujeres de humilde condición. La mayoría de los concurrentes se interesaban por los consejos y consolaciones que eran eficaces remedios para las llagas del cuerpo y del espíritu.

Generalmente, eran Bernabé y Manahen los pregonadores más destacados, dedicándose a enseñar el Evangelio entre la heterogénea asamblea. Saulo de Tarso se limitaba a cooperar. Recordaba que Jesús le había hecho notar que recomenzarían sus nuevas experiencias. Cierta vez, hizo lo posible para conducir las pregonaciones generales, pero no consiguió nada. La palabra, que le era tan fácil en otros tiempos, parecía paralizarse en su garganta. Comprendió que era necesario padecer las penurias del reiniciante,

en virtud de volver a adaptarse al nuevo camino. No obstante las barreras que se antepoñían a sus actividades, jamás logró desanimarse. Si ocupaba la tribuna, tenía extrema dificultad para interpretar las ideas más simples. Algunas veces llegaba a ponerse rojo de vergüenza ante el público, que esperaba de su persona una precisa y elocuente disertación, dado que tenía fama de ser un gran pregonador de Moisés, en el Templo de Jerusalén. Por otra parte, lo sucedido en Damasco lo rodeaba de cierto público curioso. El propio Bernabé se había sorprendido por su dialéctica confusa en la interpretación de los Evangelios y contrariaba su fama de ex rabino, desconcertándolo, justo en el momento que más necesitaba conquistar al auditorio. Por ese motivo fue apartado discretamente de la pregonación, aprovechándolo en otros trabajos. Saulo comprendía, pero no decaía en su ánimo. No era posible regresar, de pronto, a la pregonación, sin antes haberse preparado. Con ese pensamiento fijo en su mente, retenía a los humildes hermanos en su tienda de trabajo, y mientras sus manos tejían con seguridad, entablaba conversación sobre la misión del Cristo. Por la noche promovía conversaciones en la iglesia con los que estuvieran presentes. Mientras no se disponía del nuevo trabajo organizativo y superior de las asambleas, se sentaba con los soldados y trabajadores que concurrían en gran cantidad. Se interesaba por la atención que prestaban las lavanderas, las jóvenes enfermas y las madres humildes. A veces leía algunos pasajes de la Ley y del Evangelio, estableciendo comparaciones, provocando nuevos pareceres. Dentro de aquella constante actividad, la lección del Maestro parecía resaltar en su mente. Al poco tiempo, el ex discípulo de Gamaliel se volvió un amigo y hermano amado por todos. Saulo estaba muy feliz. Sentía enorme satisfacción cuando veía su tienda repleta de hermanos que lo buscaban, tocados por su gran simpatía. El trabajo no faltaba, así no le era pesada la carga para nadie. Allí conoció a Trófino, que le sería un fiel compañero en trances muy difíciles, y también tuvo la oportunidad de abrazar a Tito por primera vez, cuando ese abnegado colaborador mal salía de su infancia.

La existencia para el ex rabino no podía ser más tranquila ni más bella. De día se entregaba al trabajo y por las noches se dirigía a la iglesia para consustanciarse en las sabias lecciones del Evangelio.

La institución de Antioquía era mucho más seductora que la misma iglesia de Jerusalén. Se vivía en un ambiente de simplicidad, sin preocupación con las disposiciones rigurosas del judaísmo. Había riquezas, porque

no faltaba el trabajo. Los israelitas, lejos del foco de las exigencias farisai-cas, cooperaban con los gentiles, sintiéndose todos unidos por verdaderos y fraternales lazos. Eran rarísimos los que hablaban de la circuncisión y que por ser una débil minoría, eran contenidos por la amorosa invitación a la fraternidad y la unión. Las asambleas eran dominadas por un ascendente de índole espiritual. La solidaridad se había establecido con fundamentos divinos. Los dolores y las alegrías de los unos pertenecían a los otros. La unión del pensamiento en torno de un solo objetivo, daba lugar a las manifestaciones de gran espiritualidad. En determinadas noches, había fenómenos de “voces directas”. La institución de Antioquía fue uno de los más raros centros apostólicos, donde semejantes manifestaciones llegaron a alcanzar culminación inesperada. La fraternidad reinante justificaba esa concesión del Cielo. En los días de descanso, la pequeña comunidad organizaba estudios evangélicos en el campo. La interpretación de las enseñanzas de Jesús eran llevadas a cabo en algún lugar solitario de la zona, casi siempre a la orilla del Orontes.

Saulo encontraba en todo eso un mundo diferente. La permanencia en Antioquía era interpretada como una ayuda de Dios. La confianza recíproca, los amigos dedicados, la buena comprensión, era como un alimento sagrado para su alma. Trataba de valerse de todas las oportunidades para enriquecer su acervo.

La ciudad, en gran parte, se entregaba al libertinaje en medio de las maravillas que la naturaleza le prodigaba, pero el grupo humilde de los anónimos discípulos aumentaba cada vez más sus legítimos valores espirituales.

La iglesia tomó fama por sus obras de caridad y por los fenómenos metafísicos sucedidos, constituyéndose en un organismo central.

Ilustres viajeros la visitaban llenos de interés. Los más pudientes hacían cuestión para cooperar en su ayuda material. Fue ahí que surgió, cierta vez, un médico muy joven, de nombre Lucas. De paso por la ciudad, se aproximó a la iglesia animado por sincero deseo de aprender algo nuevo. Su atención se fijó especialmente en aquel hombre de apariencia ruda, que alentaba a la gente para que opinara antes que Bernabé procediera a la apertura de los trabajos. Aquella actitud de Saulo, evidenciando el deseo de enseñar y aprender al mismo tiempo, impresionó tanto al doctor, que se presentaba ante el ex rabino para escucharlo con frecuencia.

—Pues bien —le dijo el apóstol satisfecho—, mi tienda está a sus órdenes.

Y mientras estuvo en la ciudad, ambos se entregaban diariamente a provechosas conversaciones concernientes a las enseñanzas de Jesús. Retomando de a poco su poder de argumentación, Saulo de Tarso no tardó en convencer al espíritu de Lucas sobre la realidad del Evangelio. Desde la primera entrevista, el huésped de Antioquía no perdió una sola de aquellas asambleas, simples y constructivas. En víspera de partir, hizo una observación que modificaría para siempre la denominación de los discípulos del Evangelio.

Bernabé había concluido los comentarios de la noche, cuando el médico tomó la palabra para despedirse. Habló emocionado y, por último, consideró acertadamente:

—Hermanos, me aparto de vosotros, pero me llevo el propósito de trabajar por el Maestro, empleando todo mi caudal de conocimientos. No tengo la menor duda sobre la finalidad de este noble movimiento espiritual. Para mí, él ha de transformar al mundo entero. Mientras tanto, considero que hay necesidad de imprimirle la mejor expresión de unidad a sus manifestaciones. Quiero referirme a los títulos que nos identifican en la comunidad. No veo en la palabra “Camino” una designación perfecta que traduzca nuestro esfuerzo. Los discípulos del Cristo son llamados “viajeros”, “peregrinos”, “caminantes”. Pero hay viajeros y caminos de todos los matices. El mal también tiene sus caminos. ¿No sería más justo llamarnos —cristianos— los unos a los otros? Este título nos recordará la presencia del Maestro y nos dará energías en su nombre y también caracterizará nuestras actitudes en concordancia con sus enseñanzas.

La sugestión de Lucas fue aprobada por unanimidad y con gran alegría. El mismo Bernabé lo abrazó con cariño, agradeciendo el acertado título, que satisfacía a ciertas aspiraciones de la comunidad. Saulo consolidó sus impresiones respecto de aquella vocación superior que comenzaba a exteriorizarse.

Al día siguiente, el nuevo convertido se despidió del ex rabino con lágrimas de reconocimiento. Partía hacia Grecia, pero reiteraba que recordaría todos los pormenores de la nueva tarea. Desde la puerta de su rústica tienda, el ex doctor de la Ley contempló la figura de Lucas hasta que desapareció a la distancia, regresando al telar con los ojos humedecidos. Gratamente emocionado, reconocía que en el trato con el Evangelio había aprendido a ser un amigo fiel y dedicado. Cotejaba los sentimientos que poseía

ahora con las concepciones antiguas y verificaba profundas diferencias. Otrora, sus relaciones estaban subordinadas a las conveniencias sociales, los preferidos llegaban y volvían a salir sin dejar mayores señales de provecho en su alma vibrátil, ahora, que su corazón estaba entregado al Cristo Jesús, se había vuelto sensible al contacto con lo divino y las relaciones sinceras llegaban a grabarse en su alma para siempre.

El consejo de Lucas rápidamente se extendió a todos los núcleos evangélicos, inclusive Jerusalén, que lo recibió con especial simpatía. Al poco tiempo, la palabra “cristianismo” sustituyó a la palabra “camino”.

La iglesia de Antioquía continuaba ofreciendo bellas expresiones de evolución. De todas las grandes ciudades afluían colaboradores sinceros. Las asambleas estaban llenas de revelaciones. Numerosos hermanos profetizaban, animados por el Espíritu Santo ¹. Fue allí, donde aquel Agabo, gran inspirado por las fuerzas del plano superior, recibió el mensaje referente a las tristes pruebas a que Jerusalén sería sometida. Los orientadores de la institución quedaron fuertemente impresionados. Por insistencia de Saulo, Bernabé expidió un mensajero a Simón Pedro, dándole noticias de lo sucedido y exhortándolo a permanecer vigilante. El emisario regresó, trayendo la sorprendente respuesta del ex pescador, que agradecía el aviso.

En efecto, a los pocos meses, un portador de la iglesia de Jerusalén llegaba apresuradamente a Antioquía, trayendo noticias alarmantes y dolorosas. En una larga misiva, Pedro relataba a Bernabé sobre los últimos hechos que lo preocupaban. Estaba escribiendo en la fecha en que Tiago, hijo de Zebedeo, sufrió la pena de muerte, en un gran espectáculo público. Herodes Agripa no le había tolerado sus sinceras pregonaciones. El hermano de Juan venía de Galilea y con franqueza anunciaba las primicias del nuevo reino. Inadaptado al convencionalismo farisaico, fue muy lejos con el sentido de sus exhortaciones. Se comprobó la perfecta repetición de lo sucedido con la muerte de Esteban. Los judíos se irritaron contra las nociones de libertad religiosa. Su actitud, sincera y simple, fue tomada como una rebeldía. Tremendas persecuciones comenzaron, sin tregua alguna. El mensaje de Pedro relataba las penosas dificultades que afrontaba la iglesia. La ciu-

¹ Ninguno debe ignorar que el Espíritu Santo designa la legión de los Espíritus santificados en la luz y en el amor, que cooperan con el Cristo desde los primeros tiempos de la humanidad. (Nota de Emmanuel).

dad sufría hambre y epidemias. Mientras la cruel persecución apretaba el cerco, innumerables filas de hambrientos golpeaban a la puerta. El ex pescador solicitaba de Antioquía la ayuda que le fuera posible.

Bernabé hizo conocer la noticia bastante entristecido. La laboriosa comunidad se hizo solidaria para atender la demanda de Jerusalén.

Recolectando la mayor cuota de ayuda posible, el ex levita de Chipre se autonombró como portador de la respuesta de la iglesia, mientras tanto, alguien debía acompañarlo, solo no podía con la ayuda material. Surgía una dificultad para escoger al compañero. Sin vacilar, Saulo se ofreció para acompañarlo. “Trabajo por cuenta propia”, explicó a los amigos, y de esa forma podía tomar la iniciativa de acompañar a Bernabé, sin olvidar las obligaciones que pudieran quedar pendientes.

El discípulo de Simón Pedro se alegró. Aceptó el ofrecimiento.

De ahí a dos días, ambos iban hacia Jerusalén. El camino era difícil, pero fueron lo más rápido posible, sorteando toda clase de obstáculos.

Inmensa sorpresa esperaba a los dos emisarios de Antioquía, pues al llegar no encontraron a Simón Pedro en Jerusalén. Las autoridades habían apresado al ex pescador, después de la dolorosa ejecución del hijo de Zebedeo. Amargas pruebas habían caído sobre la iglesia y sus discípulos. Saulo y Bernabé fueron recibidos especialmente por Prócoro, que los puso al tanto de lo sucedido. Pedro había sido apresado por haber solicitado el cadáver de Tiago para darle sepultura, habiéndole faltado el respeto los secuaces de Herodes. Días después, un ángel –tal era la versión– había visitado a Pedro en la cárcel, restituyéndole la libertad. El que hacía el comentario se refería al hecho con los ojos llenos de fe. Narró el júbilo de todos los hermanos cuando Pedro apareció por la noche, con la noticia que había sido liberado. Los compañeros que más lo apreciaban, le indicaron que saliera de Jerusalén y que esperara en la novísima iglesia de Jope a que se restableciera la normalidad. Prócoro puso énfasis para comentar el desagrado que le causó a Pedro la idea de sus hermanos, que lo hacían en base al cariño que le prodigaban. Juan y Felipe habían partido. Las autoridades apenas toleraban la iglesia en consideración a la personalidad de Tiago, hijo de Alfeo, que por su comportamiento de asceta impresionaba a la mentalidad popular, creando a su alrededor una atmósfera de respeto intangible. La misma noche de su liberación y para atender los pedidos insistentes, Pedro

fue llevado a la iglesia por los amigos. Deseaba despreocuparse de las consecuencias, pero cuando vio la casa llena de enfermos, de hambrientos y de mendigos, hubo de ceder a Tiago la dirección de la comunidad y partir hacia Jope, para que los pobres no vieran agravarse su situación por su causa.

Saulo estaba muy impresionado con todo lo sucedido. Junto a Bernabé trató luego de escuchar la palabra de Tiago, hijo de Alfeo. El apóstol los recibió muy contento, no obstante, podía notarse su recelo e inquietudes. Repitió casi igual lo que había dicho Prócoro, pero en voz baja, como si temiera por la presencia de delatores, y alegó la necesidad de ser transigente, con las autoridades, invocó el precedente de la muerte del hijo de Zebedeo y se refirió a las modificaciones esenciales que había introducido en la iglesia. En ausencia de Pedro creó nuevas disciplinas. Ninguno podría hablar del Evangelio sin antes referirse a la Ley de Moisés. Las pregonaciones sólo se podrían hacer ante los circuncidados. La iglesia estaba a la par de las sinagogas. Saulo y el compañero lo escucharon con gran sorpresa. Le entregaron callados la ayuda que Antioquía le enviaba.

La eventual ausencia de Simón había transformado la estructura de la obra evangélica. A los recién llegados todo les parecía diferente e inferior. Bernabé, sobre todo, notaba algo particular. Es que el hijo de Alfeo, elevado a la jefatura máxima y provisoria, no los convidó para que se hospedaran en la iglesia. Ante esa eventualidad, el discípulo de Pedro se dirigió a la casa de su hermana María Marcos, madre del futuro evangelista, que los recibió con suma alegría. Saulo se sintió bien en ese ambiente de fraternidad. Bernabé, a su vez, reconoció que la casa de su hermana era el punto predilecto de los dedicados hermanos del Evangelio. Por la noche se reunían, ocultamente, como si la verdadera iglesia de Jerusalén hubiera trasladado su sede hacia un reducido círculo familiar. Observando las asambleas del santuario doméstico, el ex rabino recordó la primera reunión de Damasco. Todo allí era afabilidad, cariño y amor. La madre de Juan Marcos era una de las discípulas. Reconociendo las dificultades de los hermanos de Jerusalén, no vaciló en colocar sus bienes a disposición de los necesitados, ni titubeó en abrir las puertas para las reuniones evangélicas, para que no hubiera interrupción en la magna obra.

La conversación efectuada por Saulo la impresionó vivamente. La seducía las descripciones del ambiente fraternal de la iglesia antioqueña, cuyas virtudes Bernabé no dejaba de comentar a cada instante.

María expuso a su hermano su gran sueño. Quería dar lugar a su hijo, aún muy joven, para que siguiera los pasos de Jesús. Hacía mucho que venía preparando al niño para el apostolado. Pero Jerusalén se ahogaba en las luchas religiosas, las persecuciones sucedían ininterrumpidamente y la organización cristiana experimentaba grandes alternativas. Sólo la paciencia de Pedro conseguía mantener la continuidad del ideal en su íntima pureza. ¿No sería mejor que Juan Marcos fuera hacia Antioquía, junto con su tío? Bernabé no se opuso al plan de su hermana. El joven, a su turno, seguía las conversaciones, mostrándose satisfecho. Llamado a opinar, Saulo percibió que los hermanos deliberaban sin consultar al interesado. El jovencito acompañaba los proyectos, siempre jovial y sonriente. Fue ahí que el ex doctor de la Ley, gran conocedor del alma humana, desvió la palabra, tratando de interesarlo en forma directa.

Juan –dijo bondadosamente–, de hecho, ¿sientes vocación para el ministerio evangélico?

–¡Sin duda! –exclamó el adolescente algo perturbado.

–Entonces, ¿cómo defines tus propósitos? –volvió a preguntar el ex rabino.

–Pienso que el ministerio de Jesús es una gloria –respondió un tanto preocupado, bajo el examen de aquel mirar ardiente e inquisidor.

Saulo reflexionó un instante y agregó:

–Tu apreciación es loable, pero es necesario que no olvides que la mínima expresión de gloria mundana llega después de haber realizado el trabajo. Si así sucede con el mundo, ¿qué no ha de suceder con el trabajo para el reino del Cristo? ¡Eso sucede, porque en la tierra todas las glorias pasan y la de Jesús son eternas!...

El joven notó la indirecta de la observación y aunque estaba desconcertado por la agudeza de los conceptos, agregó:

–Me siento preparado para los trabajos del Evangelio y, además, mamá tiene mucho agrado de que yo aprenda las enseñanzas en ese sentido, para que logre hacerme un buen pregonador sobre la verdad de Dios.

María Marcos miró a su hijo con maternal orgullo. Saulo percibió la situación y acentuó festivamente:

–Sí, las madres siempre desean para su hijos todas las glorias de éste y del otro mundo. Por ellas, nunca habría hombres perversos. Pero, al respec-

to, siempre conviene recordar las tradiciones evangélicas. ¡Hace muy poco, recordé la loable inquietud de la esposa de Zebedeo, ansiosa por la glorificación de sus hijos!... Jesús recibió sus anhelos maternos, pero no dejó de preguntarle si los candidatos al Reino estaban preparados para beber de su copa... y ahora vemos, que el cáliz reservado para Tiago contenía vinagre, tan amargo, como la cruz que soportó el Mesías...

Todos hicieron silencio, pero Saulo continuó en tono placentero, modificando la impresión general:

–Esto no quiere decir que debemos desanimarnos para alcanzar las glorias del Reino de Jesús. Los obstáculos renuevan las fuerzas. La finalidad divina debe representar nuestro supremo objetivo. Juan, si así piensas, no dudo de tu triunfo futuro.

Madre e hijo sonreían felices.

Allí mismo combinaron la partida del joven en compañía de Bernabé. El tío aún acrecentó sobre las disciplinas indispensables y el espíritu de sacrificio reclamado por la noble misión. Naturalmente, si Antioquía era un ambiente de paz, también era un núcleo de trabajos activos y constantes. Juan debería olvidarse de cualquier acto que fuera de desánimo para entregarse de cuerpo y alma al servicio del Maestro.

El jovencito no titubeó en afrontar los compromisos, bajo la mirada amorosa de su madre, que trataba de iniciado totalmente al trabajo de Jesús.

A los pocos días los tres iban camino hacia la hermosa ciudad de Orontes.

Mientras Juan Marcos se maravillaba por la hermosura de los paisajes, Saulo y Bernabé se entretenían en largas conversaciones referentes a las enseñanzas del Evangelio. El ex rabino estaba sumamente impresionado con la situación de la iglesia de Jerusalén. Deseaba ir hasta Jope, para entrevistarse con Simón Pedro. Mientras tanto, los hermanos lo disuadieron para que no fuera. Las autoridades estaban vigilantes. La muerte del apóstol había sido reclamada por varios miembros del Sanedrín y del Templo. Cualquier movimiento de importancia en el camino de Jope, podría ser el motivo para desatar la tiranía de los propuestos herodianos.

–Francamente –decía Saulo a Bernabé demostrando su inquietud– tengo el ánimo abatido por lo que he visto. Jerusalén da la impresión de haber sido desmantelada y tener una acentuada indiferencia por las lecciones del

Cristo. Las elevadas cualidades de Simón Pedro, a la cabeza del movimiento, no me dejan la menor duda, pero necesitamos apretar filas a su alrededor. Más que nunca estoy convencido de la sublime realidad, que Jesús vino entre los suyos, pero no fue comprendido.

–Sí –agregaba el ex levita de Chipre, deseoso de disipar las inquietudes de su compañero–, confío, antes que nada, en el Cristo, después, espero mucho de Pedro.

–Mientras tanto –insinuó Saulo sin vacilar–, necesitamos considerar que debe existir entre todos un equilibrio total. Nada podemos hacer sin el Maestro, pero no debemos olvidar que Jesús insistió en el mundo con una obra eterna, y para iniciada escogió doce personas. También es verdad que no todos correspondieron a las necesidades del Señor, a pesar de ello, no dejaron de ser los escogidos. De esa forma, nosotros necesitamos examinar la situación de Pedro. El es el jefe absoluto del colegio apostólico, por causa de su espíritu superior está afianzado al pensamiento del Cristo en todas las circunstancias, pero de ninguna forma deberá trabajar solo. Como sabemos, de los doce apóstoles de Jesús, cuatro quedaron en Jerusalén viviendo permanentemente. Juan fue obligado a retirarse, Felipe incitado a abandonar la ciudad con su familia, Tiago de a poco regresa para la comunidad farisaica. ¿Qué ha de ser de Pedro si le falta la cooperación debida?

Bernabé parecía meditar seriamente.

–Tengo una idea que parece venir de lo Alto –dijo el ex doctor de la Ley sinceramente conmovido.

Y continuó:

–Supongo que el Cristianismo no alcanzará sus fines si lo esperamos de los israelitas anquilosados en el orgullo de la Ley. Jesús afirmó, que sus discípulos vendrían de Oriente y de Occidente. Nosotros presentimos la tempestad, y yo, principalmente, que la conozco demasiado por haber desempeñado el papel de verdugo, necesitamos atraer a esos discípulos. Quiero decir, Bernabé, que tenemos necesidad de buscar a los gentiles donde ellos se encuentren. Sólo así daremos al movimiento el carácter de función universal.

El discípulo de Simón Pedro hizo un movimiento de asombro.

El ex rabino percibió el gesto de extrañeza y agregó con emotividad:

–Es natural prever con ese emprendimiento que ha de haber muchas protestas y luchas, sin embargo, no veo otros recursos más apropiados. No es justo olvidar los grandes servicios de la iglesia de Jerusalén para los pobres y necesitados, y creo que esa asistencia piadosa en los trabajos, ha sido muchas veces la tabla de salvación. Existen otros sectores de trabajo, otros horizontes esenciales. Podremos atender a muchos enfermos, ofrecer una cama de reposo a los infelices, pero siempre hubo y habrá cuerpos enfermos y cansados en la tierra. El trabajo cristiano podrá ser olvidado, pero la iluminación del espíritu debe pasar a primer lugar. Si el hombre trajera en lo íntimo de su ser la iluminación del Cristo, el cuadro de las necesidades podría ser modificado totalmente. La comprensión del Evangelio y de la ejemplificación entregada por el Maestro, renovará las nociones del dolor y el sufrimiento. Los necesitados encontrarían recursos con su propio esfuerzo y el enfermo vería su enfermedad como una decantación de sus imperfecciones, en verdad, ninguno sería mendigo, porque tendrían luz cristiana para su ayuda mutua, y por último, los obstáculos de la vida serían recibidos como correcciones benditas que el Padre amoroso pone en el camino para sus hijos inquietos.

Bernabé pareció entusiasmarse con la idea. Pero después de pensar un minuto, agregó:

–Esa iniciativa, ¿no debería salir de Jerusalén?

–Pienso que no –sentenció Saulo–. Sería un absurdo agravar las preocupaciones de Pedro. Excede a todo ese movimiento de personas necesitadas y abatidas, convergentes de todas las provincias y que golpean a sus puertas. Simón está imposibilitado para el desdoblamiento de sus tareas.

–Pero, ¿y sus compañeros? –preguntó Bernabé manifestando su espíritu de solidaridad.

–Los otros, en verdad, no han de protestar. Principalmente ahora que el judaísmo va absorbiendo los esfuerzos apostólicos, es previsible que haya muchos clamores. Sin embargo, hasta la misma naturaleza da ejemplos en ese sentido. ¿No nos quejamos tanto contra el dolor? ¿Y quién nos trae mayores beneficios? A veces nuestra redención está en aquello que antes no parecía una verdadera calamidad. Es necesario sacudir el marasmo de la institución de Jerusalén, llamando a los circuncidados, los pecadores y los que se encuentren fuera de la Ley. De otra forma, dentro de pocos años, Jesús será presentado como un aventurero vulgar. Naturalmente, después de

la muerte de Simón, los adversarios a las enseñanzas del Maestro encontrarán una gran oportunidad y facilidad para eliminar todas las anotaciones de Levi. La Buena Nueva será falseada y si alguien pregunta por el Cristo dentro de cincuenta años, tendrá por respuesta que el Maestro fue un criminal común, que expió sus culpas en la ignominiosa cruz. Restringir la proyección del Evangelio a Jerusalén será condenado a su desaparición, dentro del foco de las desidias religiosas, bajo la mezquina política de los hombres. Necesitamos expandir las noticias sobre Jesús a otras gentes, ligar las zonas del entendimiento cristiano, abrir rutas nuevas... También ha de ser justo que nosotros mismos hagamos anotaciones sobre lo que sabemos sobre la vida de Jesús y de su divino ejemplo. Otros discípulos, por ejemplo, podrían escribir lo que vieron y escucharon, pues con la práctica voy reconociendo que Levi no anotó mucho sobre todo lo sucedido con el Maestro. Existen situaciones y hechos que no fueron registrados. ¿No convendría que Pedro y Juan también anotasen sus íntimas observaciones? También no dejo de reconocer que algunos han de rebuscar posición en medio de las sencillas tareas, para resaltar en el futuro, por la tarea que nos fue confiada.

Bernabé se alegraba ante perspectivas tan seductoras. Las advertencias de Saulo eran muy justas. Habrían de dar amplias informaciones a todo el mundo.

–Tienes razón –le dijo admirado–, necesitamos pensar en ese servicio, pero, ¿de qué forma?

–Mira –aclaró Saulo, intentando allanar las dificultades–, si tú quieres encabezar ese esfuerzo, puedes contar conmigo incondicionalmente. Nuestro plan sería desarrollado en medio de las misiones abnegadas, sin otro fin, que no sea el de difundir la Buena Nueva del Cristo. Comenzaríamos, por ejemplo, en las regiones ya conocidas y formaríamos el hábito de enseñar la verdad sobre el Evangelio a las variadas agrupaciones; una vez terminada esa experiencia, iríamos hasta otras zonas para repetir las lecciones del Maestro.

El compañero lo escuchaba con gran entusiasmo y esperanzas. Volviendo a revitalizar su ánimo, el convertido de Damasco agregó:

–Hace mucho tiempo que siento necesidad de volver a mi tierra para resolver ciertos problemas de familia. ¿Quién sabe, podríamos iniciar los servicios apostólicos a través de las aldeas y ciudades de Chipre? Una vez ob-

tenido el resultado, proseguiríamos por otras zonas aledañas. Estoy informado que la región de Psidia y Antioquía está habitada por gente muy simple y supongo que recogeríamos buenos resultados con nuestro emprendimiento.

–Puedes contar conmigo –respondía Saulo resuelto–. La empresa requiere el concurso de hermanos valerosos y la iglesia del Cristo no podrá vencer con el comodismo de sus pregonadores. Comparo al Evangelio con un enorme campo que el Señor nos dio con la misión de cultivarlo. Algunos trabajadores cuidarán del riego, otros trabajarán la tierra en zonas determinadas, pero no se deberá descuidar a los propuestos que empuñarán los instrumentos para abrir los surcos, eliminando, primero, las espinas y malezas.

Bernabé reconoció la excelente idea del proyecto, pero agregó:

–Todavía debemos examinar la cuestión del dinero. Tengo algunos recursos, pero son escasos para atender todos los gastos. Por otro lado, no debemos sobrecargar a las iglesias por causa de nuestro proyecto...

–¡Absolutamente! –se apresuró a decir Saulo–. Donde nos radiquemos podré ejercer mi oficio. ¿Por qué no? Cualquier aldea, por pobre que sea, siempre tiene telares para alquilar, si no, ¡montaré una tienda móvil!

Bernabé encontró la expresión muy graciosa y agregó:

–Tus sacrificios no serán pequeños. ¿No recelas por las imprevisibles dificultades?

–¿Por qué? –preguntó Saulo con firmeza–. Si Dios no me permitió vivir con una familia propia, fue para que me dedicara a este servicio divino. Por donde vayamos montaremos mi propia tienda. Y donde no hubiera tapetes y alfombras para hacer, nos dedicaremos a las sandalias.

El discípulo de Simón Pedro se entusiasmó. El resto del viaje lo dedicaron a los proyectos de la futura excursión. Había otra cosa que considerar. Además de someter el plan a la aprobación de la iglesia de Antioquía, era indispensable pensar en el joven Juan Marcos. Bernabé trató de interesar al sobrino en las conversaciones. Rápidamente el joven se convenció que debería incorporarse a la misión, siempre que la iglesia de Antioquía no lo desaprobara. Se interesó por los detalles del programa trazado. Seguiría el trabajo de Jesús por cualquier parte.

–¿y si aparecieran muchas dificultades? –preguntó Saulo ávidamente.

–Sabré vencerlas –respondió Juan convencido.

–Sin embargo –agregó el ex rabino—, es muy posible que aparezcan problemas que ni siquiera los hemos imaginado. Si el Cristo, que no tenía pecados, encontró la cruz, después de ser golpeado y mancillado con apodosos inconcebibles cuando enseñaba las verdades de Dios, ¿qué no debemos esperar nosotros en nuestra condición de almas frágiles y pecadoras?

–He de encontrar las fuerzas necesarias –dijo Marcos. Saulo lo miró admirado por la firmeza de la contestación; no obstante, agregó:

–Si dieras un testimonio tan grande, como el valor que demuestras, no tengo la menor duda respecto a la grandeza de tu misión.

Entre confortadoras esperanzas, el proyecto terminó con hermosas perspectivas de trabajo para los tres.

En la primera reunión, después de relatar las observaciones personales concernientes a la iglesia de Jerusalén, Bernabé expuso el plan a la asamblea, que lo escuchó atentamente. Algunos ancianos hablaron de la laguna que se produciría en la iglesia, pidiendo que no se quebrara el conjunto armonioso y fraterno. Mientras tanto, el orador volvió a explicar la necesidad que había para expandir las Buenas Nuevas del Evangelio. Esbozó los cuadros de Jerusalén con la mayor fidelidad, resumió el total de lo conversado con Saulo al respecto y resaltó la conveniencia de llamar a las filas a nuevos trabajadores para que prestaran ayuda a las enseñanzas del Maestro.

Cuando trató el problema con la seriedad que ella merecía, los jefes de la comunidad cambiaron de actitud. Entonces, se estableció el acuerdo general. De hecho, la situación explicada por Bernabé era muy seria y llena de responsabilidad. Sus indicaciones parecieron por demás justificadas. Si perseverase el marasmo en las iglesias, el Cristianismo estaba destinado a perecer. En ese mismo instante, el discípulo de Simón recibió la venia y en el instante de las preces, la voz del Espíritu Santo se hizo oír en el ambiente, inculcando a los presentes que los destinados para la evangelización de los gentiles fueran Saulo y Bernabé.

Aquella recomendación superior, aquella voz que provenía de los Arcanos Celestes, quedó grabada en el corazón del ex rabino, como un cántico de victoria espiritual. Le parecía que terminaba de atravesar un enorme desierto para luego encontrar el mensaje dulce y eterno del Cristo. Para conquistar la dignidad espiritual pasó por muchos padecimientos, además de la

ceguera que tuviera a las puertas de Damasco. Por la causa de Jesús tuvo sed abrasadora y terrible. Pidió en vano la comprensión de sus mejores amigos y buscó refugio en el hogar paterno. Pero ahora que la palabra de lo Alto lo llamaba al servicio, sentíase dichoso. Era la señal de haber sido considerado digno de los esfuerzos destinados a los verdaderos discípulos. Comparándolo a los dolores pasados, le parecían pequeños e infantiles, pues su alma gozaba tanto que lloró copiosamente, recibiendo maravillosas sensaciones. Ninguno de los hermanos presentes, ni aun Bernabé, podían valorar la grandiosidad de sus sentimientos, representados por aquellas lágrimas. El Maestro lo había llamado y a partir de ese instante iría tras él hasta el fin del mundo.

Numerosos compañeros colaboraron en las providencias iniciales en favor del emprendimiento.

Al poco tiempo, Saulo, Bernabé y Marcos se despedían de los hermanos, emprendiendo el camino hacia Seleucia. El viaje hacia el litoral transcurrió en un ambiente de mucha alegría. De vez en cuando, descansaban a la orilla del Orontes para merendar. A la sombra de los robles, en medio de la paz que los floridos bosques ofrecían, los misioneros comentaban sus auspiciosos proyectos.

En Seleucia esperaron poco tiempo la embarcación. La ciudad estaba llena de peregrinos que iban hacia Occidente, siendo numerosa la cantidad de navíos que llegaban a su puerto. Entusiasmados por el respaldo brindado por sus hermanos de fe, Bernabé, Saulo y Marcos embarcaron hacia Chipre, bajo una impresionante y conmovedora despedida.

Llegaron a la isla sin incidentes que fueran dignos de mención. Pararon en Citium por varios días, solucionando Bernabé varios asuntos de índole familiar.

Antes de partir, visitaron la sinagoga un día sábado con el deseo de comenzar el movimiento programado. Bernabé tomó la palabra y trató de conjugar el texto de la Ley, examinando en ese día las lecciones del Evangelio, para destacar la superioridad de la misión del Cristo. Saulo notó que el compañero excedía un poco la explicación, basándolas en las tradiciones judaicas. Se veía claramente que trataba de ganarse al auditorio y en algunos puntos demostraba el temor que tenía para encarar definitivamente el trabajo, abriendo luchas tan en desacuerdo con su temperamento. Los israelitas se manifestaron sorprendidos, pero satisfechos. Observando el cuadro,

Saulo se sintió ampliamente confortado. Hacer observaciones a Bernabé sería bastante ingrato e indisciplina, concordar con la sonrisa de los compatriotas perseverantes en el error del fingimiento farisaico, sería negar la fidelidad del Evangelio.

Trató de resignarse y esperó otra oportunidad.

La misión recorrió numerosas localidades, siempre vibrando de simpatía. En Amatonte, los mensajeros de la Buena Nueva estuvieron más de una semana. La palabra de Bernabé era contemporizadora. Se caracterizaba, sobre todo, por el gran cuidado que tenía para no ofender las debilidades farisaicas.

Después de grandes esfuerzos, llegaron a Nea-Pafos, donde residía el Procónsul. La sede del gobierno provincial era una hermosa ciudad, llena de encantos naturales y que se le tenía por una sólida expresión de cultura. El discípulo de Pedro estaba agotado. Nunca había tenido un trabajo tan intenso dentro del apostolado. Conociendo la deficiencia de la palabra de Saulo en los servicios de la iglesia de Antioquía, temía confiar al ex rabino las responsabilidades de la enseñanza. No obstante sentirse cansado, hizo la pregonación de la sinagoga el sábado inmediato a la llegada. Ese día estaba divinamente inspirado. La presentación del Evangelio fue hecha brillantemente. El mismo Saulo quedó conmovido. El éxito fue inconcebible. La segunda asamblea reunió a los más refinados elementos, judíos y romanos estaban ansiosos. El ex levita hizo la nueva apología del Cristo, tomando y exponiendo conceptos de maravillosa belleza espiritual. El ex doctor de la Ley, con los trabajos informativos de la misión, atendía a todas las consultas, pedidos e informes. Ninguna ciudad había manifestado tamaño interés como aquella, los romanos en gran número solicitaban esclarecimientos respecto a los objetivos de los mensajeros, recibiendo noticias del Cristo, que les era desconocido, demostrando alegrías y esperanzas y cooperando espontáneamente. Entusiasmados con el éxito, Saulo y Bernabé organizaron reuniones en casas particulares, especialmente cedidas para ese fin por los simpatizantes de la doctrina de Jesús, donde se hicieron curas y establecieron células del gran movimiento. Con inmensa alegría, Saulo vio llegar una extensa fila de los "hijos del Calvario". Eran madres atormentadas, enfermos desilusionados, ancianos sin ninguna esperanza, huérfanos sufrientes que ahora buscaban la misión. La noticia sobre las curas, que eran juzgadas como imposibles, invadió de asombro a la ciudad de Nea-Pafos. Los misio-

neros imponían las manos, haciendo fervorosas preces al Maestro Nazareno, otras veces distribuían agua pura en su nombre. Extremadamente cansado y viendo que el nuevo auditorio no requería de mucha erudición, Bernabé encargó a su compañero que difundiera la Buena Nueva, pero con gran sorpresa de su parte, pudo comprobar que Saulo se había modificado sustancialmente. Su palabra parecía insuflada por una nueva fuerza y sacaba del Evangelio lecciones tan profundas, que el ex levita, al escucharlo, no disimulaba su gran asombro. Notaba, particularmente, el gran cariño del ex doctor para presentar las enseñanzas del Cristo a los mendigos y sufrientes. Hablaba como alguien que había convivido con el Señor por muchos años. Hacía referencia con gran destreza de las lecciones del Maestro, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Prodigiosas consolaciones se extendían sobre el espíritu de los asistentes. Día y noche acudían trabajadores y estudiosos que copiaban las anotaciones de Levi.

Los acontecimientos cundieron por toda la ciudad. Los resultados eran acogedores. Fue entonces que una enorme sorpresa llegó al espíritu de los misioneros.

La mañana estaba bastante alta y Saulo atendía a numerosos necesitados, cuando un legionario romano se hizo anunciar.

Bernabé y Saulo dejaron los servicios, pasándolos a Marcos y fueron a atender al solicitante.

—El Procónsul Sergio Pablo —dijo el mensajero en tono solemne— pide que lo visiten en su palacio.

El mensaje era más una orden que una invitación. El discípulo de Simón comprendió y le respondió:

—Agradecemos de corazón e iremos en el día de hoy.

Saulo estaba confundido. El contenido político del asunto lo sorprendió sobre manera. En vano trataba de recordar algún hecho que justificara esa invitación. ¿Sergio Pablo? No había conocido a nadie con ese nombre. Buscó recordar a los jóvenes de origen romano, pero nada sacó en conclusión. Finalmente le vino a la memoria la conversación de Pedro sobre la personalidad de Esteban y llegó a la conclusión que el Procónsul era el salvador del hermano de Abigail.

Sin comunicar sus impresiones a Bernabé, examinó la situación en su compañía. ¿Cuáles serían los objetivos de tan delicada situación? Según la

voz del pueblo se sabía que ese jefe político venía soportando una terrible enfermedad. ¿Desearía curarse? ¿Sería un ardid, propuesto por los judíos para expulsarlos de la isla? El caso no se resolvería por medio de conjeturas.

Pasado el mando a Marcos para que aleccionara a cuantos se interesaran por la doctrina y diera los informes necesarios, los dos amigos se pusieron en camino resueltamente.

Conducidos a través de extensas galerías fueron a dar con un hombre relativamente joven, acostado a lo largo en un diván, dejando entrever un extremo abatimiento. Delgado y pálido, demostraba un gran desencanto por la vida, sin embargo, el Procónsul poseía una bondad inmensa que se irradiaba por su dulce mirar.

Recibió a los misioneros con mucha simpatía, presentándoles un mago judío de nombre Barjesus, que hacía mucho tiempo lo venía tratando. Sergio Pablo, con prudencia, ordenó que los guardias y sirvientes se retiraran. Quedaron los cuatro a solas y en un círculo muy estrecho el enfermo habló con amarga serenidad:

—Señores, diversos amigos me trajeron la noticia de vuestros éxitos sobre los enfermos de la ciudad de Nea-Pafos. Habéis curado enfermedades malignas y devuelto la fe a numerosos descreídos y consolado a muchos sufrientes... Hace más de un año que estoy tratando de recuperar mi arruinada salud. En estas condiciones casi estoy inutilizado para trabajar en la vida pública.

Señalando a Barjesus, que a su vez miraba a los visitantes maliciosamente, el jefe romano prosiguió:

—Hace mucho contraté los servicios de vuestros coterráneos, confiado en la ciencia de nuestra época, pero los resultados han sido insignificantes. Mandé llamaros deseoso de experimentar vuestros conocimientos. No extrañéis de mi actitud. Si hubiera podido iría en persona a veros, pues conozco los límites de mi rango, como podréis ver, soy un necesitado más.

Saulo escuchó aquellas declaraciones muy conmovido por la bondad del ilustre enfermo. Bernabé estaba atónito, sin saber qué decir. El ex doctor de la Ley, señor de la situación y seguro que era el personaje que encuadraba en la vida del victorioso mártir, tomó la palabra y dijo con cierta convicción:

—Noble Procónsul, nosotros poseemos el poder, al igual que los de un gran médico. Podemos curar, siempre que los enfermos estén dispuestos a

comprender y seguir las enseñanzas impartidas, que hace mucho tiempo nos legara el Maestro Jesús.

–¿Quién es? –preguntó el enfermo.

–Se llama Cristo Jesús. Su fórmula es sagrada –continuó diciendo el tejedor con énfasis– y cura todos los males. Como sabemos, todos los cuerpos de la tierra tendrán, ineludiblemente, que morir, siendo así por fuerza de las leyes naturales jamás tendremos en este mundo absoluta salud física. Nuestros organismos sufren la acción de los procesos ambientales. El calor molesta, el frío nos hace temblar, la alimentación nos modifica y los hechos de la vida determinan el cambio de los hábitos. Pero el Salvador nos enseñó a buscar la salud que es preciosa, pero la del espíritu. Poseyéndola, transformamos la causa de nuestra preocupación y nos predispone para gozar de una relativa salud física, que el mundo apenas nos puede ofrecer en sus expresiones transitorias.

Mientras Barjesus, irónico y sonriente, escuchaba el introito, Sergio Pablo acompañaba las palabras del ex rabino con gran atención:

–¿Y cómo haremos para encontrar a ese gran médico? –preguntó el Procónsul, más preocupado por su cura que por el elevado sentido metafísico de las observaciones escuchadas.

–Ese médico es la bondad perfecta –aclaró Saulo– y su acción consoladora está en todos lados. Y antes de que lo comprendamos, nos alcanza con su amor infinito...

Observando el entusiasmo con que el misionero tarsense hablaba, el jefe político de Nea-Pafos buscó la aprobación de Barjesus con su mirada.

El mago judío, demostrando su desprecio, exclamó:

–Creíamos que los señores tenían una ciencia nueva para ofrecernos, pero, por lo que escucho, no quiero siquiera opinar... –Dirigiéndose a los misioneros, exclamó–: ¿Me creéis un ignorante, que aceptaré lo dicho por el profeta de Nazareth? ¿Osáis entrar en el palacio de un noble gobernador, en nombre de un miserable carpintero?

Saulo midió la extensión de aquellas palabras irónicas, respondiendo sin intimidarse:

–Amigo, cuando yo calzaba la máscara farisaica, pensaba igual que vos, pero ahora conozco la gloriosa luz del Maestro, ¡el hijo de Dios!...

Las palabras fueron dichas con tanta convicción, que el mismo charlatán se puso pálido. Bernabé también se había puesto pálido, mientras el noble gobernador observaba con sorpresa al pregonador con visible interés. Después de angustiosa expectativa, Sergio Pablo volvió a decir:

–No tengo el derecho a dudar de nadie, mientras tenga pruebas concluyentes.

Y tratando de mirar prejuiciosamente el rostro de Saulo, continuó serenamente:

–Habláis de ese Cristo Jesús, llenándome de asombro. Decís que su bondad nos asiste, aunque no le conocemos. ¿Cómo podríamos obtener una prueba de lo que decís? Aunque no os entiendo, me podéis decir, ¿cómo es que el Mesías os influenció?

Saulo recordó inmediatamente la conversación de Simón Pedro cuando le impuso de los antecedentes de Esteban, respecto a su salvador desconocido. En un instante alineó todos los episodios y valiéndose de todas las oportunidades para destacar el amor infinito del Cristo, sentenció con singular entono:

–¡Procónsul, oídme bien! Para demostraros la misericordia de ese Jesús de Nazareth, nuestro Salvador, llamaré vuestra atención sobre un hecho muy importante. No es la primera vez que tenéis una grave enfermedad. Hace aproximadamente diez años, cuando dabais los primeros pasos en la vida pública, embarcasteis en el puerto de Cefalonia para llegar a esta isla. Cuando el barco iba hacia Citium, y antes que el navío llegara a Corinto, fuisteis acometido por una terrible fiebre y vuestro cuerpo se cubrió de llagas venenosas...

Blancura de mármol invadió la cara del Procónsul. Colocando su mano sobre el pecho, como queriendo contener los impulsos acelerados de su corazón, se levantó extremadamente perturbado.

–¿Cómo sabéis todo eso? –murmuró aterrado.

–No es sólo eso –dijo el misionero con toda serenidad–, escuchad lo que falta. Varios días permanecistes entre la vida y la muerte. En vano los médicos del buque comentaron el estado de vuestra enfermedad. Vuestros amigos huyeron de vuestro lado, no obstante el prestigio político de vuestro cargo, el Mesías Nazareno os envió a alguien en el silencio creador de su misericordia.

El Procónsul, despertando del asombro causado, quedó profundamente conmovido.

—¿Quién habría sido el mensajero del Salvador? —prosiguió Saulo, mientras Bernabé contemplaba con inaudito asombro—. ¿Uno de vuestros íntimos amigos? ¿Un inminente ciudadano? ¿Uno de vuestros ilustres colegas que presenciaba vuestro dolor? ¡No! Apenas fue un esclavo humilde, un servidor anónimo entre los remeros homicidas. ¡Jeziel veló por vos día y noche! Y lo que la ciencia del mundo no consiguió hacer, lo hizo el corazón que estaba saturado por el amor del Cristo. ¿Comprendéis ahora? Vuestro amigo Barjesus habla de un carpintero sin nombre, de un Mesías ¡que prefirió la condición de ser humilde servidor, para traernos torrentes de gracias! ... Sí, Jesús, al igual que aquel esclavo que os restableció la salud perdida, se hizo servidor del hombre para conducirlo a una ¡vida mejor!... Cuando todos nos abandonan, Él está entre nosotros, cuando los magos huyen, su bondad se aproxima. ¡Para comprender las miserias de esta vida mortal, es necesario creer en Él y seguirlo sin descanso!...

Ante las lágrimas compulsivas del Procónsul, Bernabé, aturdido, se decía para sí mismo: “¿De dónde su compañero había extraído esas revelaciones?” A su forma de ver, Saulo, en ese instante, estaba iluminado por el don maravilloso de las profecías.

—Señores, ¡todo eso es verdad! ¡Me habéis traído la santa noticia de un Salvador!... —exclamó Sergio Pablo.

Reconociendo la capitulación del generoso patricio, el mago israelita, a pesar de estar muy sorprendido, exclamó enérgicamente:

—¡Mentira!... ¡Son mentirosos! ¡Todo eso son obras de Satanás! Estos hombres traen los sortilegios infamantes de los adeptos del “Camino”.

Su cara se contraía y los ojos le brillaban de cólera. Saulo, timbrando su voz, agregó, a la vez que lo miraba serenamente:

—¡Calmaos, amigo! La furia no es amiga de la verdad y casi siempre esconde inconfesables intereses. Nos acusáis de mentirosos, pero nuestras palabras no se desvían una sola línea de la verdad sobre los hechos. Alegáis que nuestro esfuerzo procede de Satanás, mientras tanto, ¿dónde se vio tamaño absurdo? ¿Dónde se vio que un adversario trabaje para su enemigo? Afirmáis que somos portadores de sortilegios, si el amor es ese talismán, nosotros lo traemos dentro de nuestro corazón, ansiosos por comunicarle a

todo el mundo de su gran influencia. Finalmente, nos llamáis explotadores, cuando fuimos llamados a esta casa por alguien que nos honró con su sinceridad y confianza y que de modo alguno podríamos ofrecerle la gracia de su Salvación a ningún precio de moneda.

Siguió una acalorada discusión. Barjesus tenía empeño en demostrar la inferioridad de las intuiciones de Saulo, mientras se esforzaba en querer aparentar nobleza y cordialidad.

En vano el Procónsul intentó disuadir al judío para que no continuara en forma agresiva. Bernabé, confiando en los poderes espirituales de su amigo, acompañaba la escena sin ocultar su admiración por los infinitos recursos que el misionero tarsense ponía en juego.

La polémica estaba durando más de una hora, cuando el mago hizo una alusión más capciosa sobre la personalidad del Cristo Jesús.

Entonces, en forma enérgica, el apóstol sentenció:

–Hice todo lo posible para convenceros sin demostraciones directas, para no afectaros en la parte respetable de vuestras creencias, todavía estáis ciego y en esa condición no podréis encontrar la luz. Como veis, yo también viví en las tinieblas al igual que vos y en el instante que tuve el encuentro personal con el Mesías, las tinieblas se disiparon en mi espíritu y la luz resurgió con mayor potencia. Tenéis la misma oportunidad, no la despreciéis. ¡Tendréis ceguera física, para que podáis ver la verdad del espíritu! ...

En ese preciso momento, Barjesus dio un grito:

–¡Estoy ciego!

Se hizo una gran confusión en el recinto. Bernabé se adelantó para asistir al israelita que tanteaba a su alrededor sin sentido. El tejedor y el gobernador se aproximaron sorprendidos. Fueron llamados algunos sirvientes que atendieron las necesidades del momento. Por cuatro largas horas, Barjesus lloró por el fenómeno que lo dejó ciego. Al final de esas horas, los misioneros oraban de rodillas... Un gran silencio reinaba en el gran recinto. En seguida, Saulo impuso su mano sobre la frente y con un suspiro de alivio, el viejo israelita recobró la vista, retirándose confuso y temeroso.

El Procónsul, vivamente interesado por los hechos vividos en aquel día, les dijo:

–Amigos, creo en las verdades divinas que anunciáis y deseo sinceramente compartir el Reino esperado. Mientras tanto, sería importante conocer vuestros objetivos de trabajo y el plan a seguir. Estoy sabiendo que no comerciáis los dones espirituales que poseéis y me propongo ayudaros con mis recursos en todo lo que fuera posible. ¿Podría conocer vuestros proyectos?

Los dos misioneros se miraron sorprendidos. Bernabé aún no había salido del asombro que su compañero le había causado. Saulo, a su vez, mal disimulaba su propio asombro por la ayuda espiritual que obtuviera por el afán de confundir al malicioso interés de Barjesus.

Reconociendo el elevado y sincero interés del jefe político, le aclaró con inmensa alegría:

–El Salvador fundó la religión del amor y de la verdad, institución invisible y universal, donde se encuentran todos los hombres de buena voluntad. Nuestra función es dar forma visible a la obra divina, fundando templos que se hermanen por los mismos principios y en su nombre. Tenemos conciencia de lo delicado de este intento y de las grandes dificultades que surgirán en nuestros caminos. Es casi imposible encontrar el caudal humano, indispensable para este cometido, pero es necesario ponerlo en movimiento. Cuando fallen los elementos de la institución visible, esperaremos en la iglesia infinita, donde las luces de la universalidad están subordinadas a Jesús, jefe supremo de las fuerzas consagradas al bien.

–Es una sublime iniciativa –acotó el Procónsul demostrando su gran interés–. ¿Dónde planteasteis fundar y construir esos santuarios?

–Nuestra misión está comenzando precisamente ahora. Los discípulos del Mesías fundaron la iglesia de Jerusalén y Antioquía. Por lo tanto, nosotros tenemos otros núcleos educativos, además de los mencionados. Existen cristianos por todas partes, pero sus reuniones se hacen en casas particulares. No tienen templos que les permitan dedicarse a la asistencia y cuidados de los necesitados, así como también lo atinente a la propaganda.

–Entonces en Nea-Pafos se levantará la primera iglesia, hija de vuestro trabajo.

Saulo no sabía cómo expresar su gratitud por aquel gesto, generoso y espontáneo. Conmovido, se adelantó y agradeció humildemente la dádiva que prestigiaba y facilitaba la obra apostalar.

Los tres hablaron largo tiempo sobre los emprendimientos en perspectiva. Sergio Pablo les pidió que le indicaran cuáles eran las personas que se

dedicarían a construir el nuevo templo, mientras Bernabé y su compañero exponían los detalles.

Recién a la noche los emisarios pudieron regresar a la tienda.

–¡Estoy impresionado! –le decía Bernabé, recordando lo sucedido–. ¿Qué hiciste? Yo creo que hoy es el día más trascendente de mi existencia. Tus palabras tenían un tono sagrado y diferente, ¿no sabía que ahora te anima el don de las profecías? ... Además, el Maestro te agració con el poder de dominar las ideas malignas. ¿Viste cómo el charlatán sintió la influencia de las poderosas energías cuando hiciste tu invocación a lo Alto?

Saulo lo escuchaba atentamente y con la mayor simplicidad, agregó:

–Tampoco yo pude disimular mi asombro por las gracias concedidas. Gracias al Cristo que nos volvimos instrumentos de conversión para el Proconsul, pues, en verdad, nosotros nada valemos.

–Nunca olvidaré lo sucedido en el día de hoy –recalcó el ex levita admirado.

Y después de una pausa, agregó:

–Saulo, cuando Ananías te bautizó, ¿no llegó a sugerirte el cambio de tu nombre?

–No recuerdo.

–Bueno, supongo que de ahora en adelante, debes considerar tu vida como nueva. Fuiste iluminado por la gracia del Maestro, tuviste tu Pentecostés, fuiste sagrado apóstol para los trabajos divinos de la redención.

El ex doctor de la Ley no disimuló su propia admiración y exclamó:

–Es muy significativo para nosotros que un jefe político se sienta atraído por Jesús y por nuestro intermedio, puesto que nuestro trabajo invita a los gentiles para unirse al Sol divino del Evangelio de la Salvación.

Íntimamente recordó los sublimes lazos que lo ligaban a la memoria de Esteban, la generosa influencia del patricio romano que lo libertara de los trabajos de la esclavitud, e invocando la memoria del mártir, exclamó conmovido:

–Bernabé, yo sé que muchos de nuestros compañeros se cambian el nombre cuando se convierten al amor de Jesús, dejando el precedente, que han roto con las ilusiones de este mundo. Yo no quise valirme de ese recur-

so. Pero la transformación del gobernador, la luz de la gracia que nos acompañó en el transcurso de los acontecimientos de hoy, me llevan a recordar eternamente los vínculos de aquellos que tuvieron parte en este divino hecho.

Después de una larga pausa, como dando a entender el esfuerzo que realizaba para tomar aquella resolución, exclamó:

–Razones íntimas y absolutamente respetables, me obligan a reconocer, de ahora en más, al gobernador de la isla como nuestro benefactor. Sin cambiar formalmente mi nombre pasaré a denominarme a la romana.

–Muy bien –respondió el compañero–, entre Saulo y Pablo ninguna diferencia existe, a no ser el hábito de la grafía o de la pronunciación. La decisión será un hermoso homenaje de nuestro primer triunfo misionero junto a los gentiles, al mismo tiempo que constituye un agradable recuerdo de haber conquistado a un espíritu generoso.

En ese hecho basó el cambio de una letra en el nombre del ex discípulo de Gamaliel. Carácter íntegro y enérgico, el ex rabino de Jerusalén, ni aun transformado en un modesto tejedor, quiso modificar, aunque se encontraba definitivamente dentro del Cristianismo, su fidelidad innata. Si sirvió a Moisés como Saulo, con el mismo nombre habría de servir a Jesús Cristo. Si erró y fuera perverso en su primera condición, aprovecharía la oportunidad brindada por el Cielo para corregirse en la segunda oportunidad. En ese particular, nunca llegó a considerar sugestión de amigo alguno. Fue el primer perseguidor de la institución cristiana, verdugo inflexible del proselitismo naciente, pero hacía cuestión para continuar siendo Saulo, para recordar de todo el mal que había hecho y el gran esfuerzo que hubo de realizar para consagrarse definitivamente a Jesús y hacer el bien para siempre. En aquel instante, el recuerdo de Esteban le hablaba tiernamente al corazón. Él había sido el mayor ejemplo para empezar la marcha espiritual. Era el Jeziel bienamado de Abigail. Para encontrarlo, ambos se habían comprometido buscado sin descanso. Los dos hermanos estaban vivos, de tal forma, que su alma sensible no podía borrar los mínimos detalles de su vida. La mano de Jesús lo había encaminado hacia el Procónsul, el libertador de Jeziel y el ex esclavo había ganado la tierra de Jerusalén para convertirse en un discípulo de Jesús. El ex rabino se sentía contento por haber sido ayudado por esas fuerzas divinas, volviéndose un salvador de Sergio Pablo, esclavizado al sufrimiento de las ilusiones peligrosas de este mundo. Era

justo conservar en su memoria un recuerdo tan venerable, pues siendo Jeziel su primera víctima en Jerusalén, ahora era su bendecido hermano y no lo podía olvidar ni aún en los fugaces instantes de la vida de su misión.

De ahí en adelante el convertido de Damasco, en memoria del inolvidable pregonador del Evangelio, que muriera a pedradas, pasó a nombrarse como Pablo hasta el fin de sus días.

La noticia de la cura y conversión del Procónsul se esparció rápidamente por Nea-Pafos. Los misioneros no tuvieron más descanso. Aunque los israelitas protestaran, la comunidad siguió creciendo extraordinariamente. Integrados en los bienes de la salud por el Cristianismo, el jefe provincial ofreció lo necesario para levantar la iglesia. El movimiento fue extraordinario. Y los dos mensajeros del Evangelio no cesaban de rendir gracias a Dios.

Cuando el triunfo era ostensivo, Pablo fue llamado por Barjesus para decirle algo confidencial. El ex rabino fue de inmediato. Era una buena ocasión para probar al viejo israelita que sus propósitos eran sinceros. Lo recibió con toda afabilidad.

Barjesus parecía un poco más humilde en su trato. Después de cumplimentar al misionero, le habló con cierto impedimento:

–Finalmente necesitaba dejar bien aclarado el malentendido que hubo en el palacio del Procónsul. Ninguno más que yo deseaba la salud para el enfermo y nadie más agradecido por vuestra intervención, que lo habéis liberado de una enfermedad tan penosa.

–Estoy muy agradecido por vuestra elevada comprensión –le dijo Pablo con gentileza.

–Mientras tanto...

Barjesus vacilaba, pues no sabía si debía o no exponer sus íntimos objetivos. Viendo su embarazo para hablar, Pablo se adelantó y le dijo con benevolencia:

–¿Qué deseáis decir?, con franqueza, nada de ceremoniales.

–Sucede –agregó Barjesus– que vengo sosteniendo una idea de consultarnos respecto a vuestros dones espirituales. Pienso que no hay mayor tesoro para triunfar en la vida...

Pablo estaba confundido, sin saber qué rumbo darle a la conversación. No obstante, Barjesus continuó:

–¿Cuánto ganáis con vuestra misión?

–Gano la misericordia de Dios –respondió el misionero, comprendiendo el alcance de aquella inesperada visita–, vivo de mi trabajo de tejedor y no es lícito comerciar con los dones del Padre que está en los Cielos.

–¡Es increíble! –murmuró el mago, restregándose los ojos–. Yo estaba convencido que traíais con vosotros ciertos talismanes, que me disponía a comprar a cualquier precio.

Y mientras el ex rabino lo contemplaba lleno de conmiseración por su ignorancia, el visitante prosiguió:

–¿Será posible que hagáis semejantes obras sin contribución ni sortilegios?

Pablo lo miró con detenimiento y exclamó:

–Sólo conozco un sortilegio eficiente.

–¿Cuál es? –preguntó el mago codiciosamente.

–Es la fe en Dios con el sacrificio de nosotros mismos.

El viejo israelita demostró no entender el significado de aquellas palabras, y agregó:

–Sí, pero la vida tiene sus necesidades. Es indispensable prever y acopiar recursos.

Pablo pensó un minuto y le dijo:

–De mí mismo, nada tengo que aclararos. Pero Dios siempre tiene una respuesta para vuestras preocupaciones, por simples que sean. Consultemos sus eternas verdades. Veamos cuál es el mensaje destinado a vuestro corazón.

Iba a abrir el Evangelio, como era su costumbre, cuando el visitante agregó:

–No conozco ese libro. Por lo tanto, no puede contener advertencia alguna para mi persona.

El misionero comprendió la afrenta y acentuó:

–¿Qué es lo que vos conocéis?

–Moisés y los profetas.

Tomó del rollo de pergaminos donde se podía leer la antigua Ley y se lo entregó al viejo malicioso para que lo abriera en la sentencia que más le

agradara, según era costumbre de época. Mientras tanto, Barjesus, con bastante mala voluntad, agregó:

–Sólo leo los profetas de rodillas.

–Podéis leerlos como os agrade, porque lo que ahora interesa es la comprensión.

Barjesus se arrodilló y abrió solemnemente el texto, bajo el mirar sereno del ex rabino. El viejo israelita se puso pálido. Esbozó un gesto, como queriendo abstenerse de leer, pero Pablo percibió la intención y aproximándose le habló con cierta severidad:

–Leamos el mensaje permanente de los emisarios de Dios.

Se trataba de un fragmento de los Proverbios, que Barjesus pronunció en voz alta, con enorme esfuerzo:

“Dos cosas te rogué; no me las niegues, antes que yo muera. Vanidad y palabras mentirosas, aléjalas de mí. Mendiguez y riquezas no me des a mí; dame sólo lo necesario para mi sustento. No sea que hallándome harto, me tiente a negarte, y diga: ¿Quién es el Señor?, o acosado por la necesidad hurte y perjure el nombre de mi Dios.”¹

El mago se levantó aturdido. El mismo misionero estaba sorprendido.

–¿Vísteis, amigo? –preguntó Pablo–. La palabra de la verdad es muy elocuente. Es un gran talismán para nuestra existencia el saber vivir con nuestros propios recursos, sin reclamar lo indebido para conservar nuestro enriquecimiento espiritual.

–Efectivamente –respondió el charlatán–, este procedimiento de consultas es muy interesante. Voy a meditar seriamente sobre la experiencia de hoy.

Después se despidió, aunque habló por lo bajo sin dar a entender lo que decía, pero una cosa era cierta, se había llevado el correctivo que merecía.

Impresionado el tejedor consagrado al Cristo anotó las exhortaciones, para consolidar su programa de actividades espirituales.

La misión permaneció en Nea-Pafos algunos días más, sobrecargada de

¹ Proverbios, 30: 7 al 9.

trabajo. Juan Marcos colaboraba con los recursos a su alcance; de vez en cuando, Bernabé lo sorprendía algo entristecido y quejoso. No esperaba encontrar tamaño trabajo para realizar.

–Así es mejor –acentuaba Pablo–, el servicio del Bien es la muralla defensiva para las tentaciones.

El joven se conformaba, pero su contrariedad era evidente.

Además, como fiel observador del judaísmo, a pesar de su pasión por el Evangelio, el hijo de María Marcos sentía grandes escrúpulos por las miradas de su tío y de Pablo con relación a los gentiles. Deseaba servir a Jesús con todo el corazón, pero no podía alejar al Maestro de las tradiciones enseñadas desde la cuna.

Mientras las simientes arrojadas en Chipre comenzaban a germinar en la tierra de los corazones, los trabajadores del Mesías abandonaban Nea-Pafos, absorbidos en sus futuros trabajos.

Después de mucho conversar, Pablo y Bernabé resolvieron extender la misión a los pueblos de Panfilia, con gran asombro de Juan Marcos, que no esperaba semejante decisión.

–¿Qué haremos con esa gente tan extraña? –preguntó el joven contrariado–. Cuando nos encontrábamos en Jerusalén sabíamos que había mucha gente ignorante. Y además, hay ladrones por todas partes.

–Sin embargo –agregó Pablo, convencido–, pienso que debemos ir hacia ese lugar, por la misma causa que terminásteis de manifestar. Para otros, un viaje por Alejandría puede ofrecerle mucho interés, pues esos centros están llenos de maestros de la palabra. Tienen sinagogas importantes, conocimientos elevados, grandes exponentes de las ciencias y ostensivas riquezas. Si no sirven a Dios es por su mala voluntad o por el endurecimiento de su corazón. Panfilia es todo lo contrario, es pobre, rudimentaria y carece de luz espiritual. Antes de enseñar en Jerusalén, el Maestro prefirió hacerlo en Cafarnaúm y en otras aldeas casi anónimas de Galilea.

Ante ese argumento irrevocable, Juan se abstuvo de insistir.

A los pocos días, la sencilla embarcación los dejaba en Atalia, donde Pablo y Bernabé encontraron singular encanto en los paisajes remarcados de hermosas plantaciones.

En esas pobres localidades pregonaban el Evangelio al aire libre, con éxito. Bernabé venía observando que su compañero tenía un trazo de índole

superior, desde el momento que le había cedido la dirección de la empresa, cuya palabra tenía el don de despertar encantadores arrebatamientos en las gentes. El pueblo, en su sencillez, recibió la pregonación de Pablo con gran interés. Les hablaba de Jesús como si fuera un príncipe celestial, que había visitado nuestro mundo y que esperaba a sus súbditos bienamados en la esfera de la glorificación espiritual. Se notaba la atención que los pobladores de Atalia ponían sobre su pregonación. Algunos pidieron copias de las lecciones del Evangelio, otros trataban de obsequiar a los mensajeros del Maestro con lo que poseían de más valor. Conmovidos recibían las dádivas de los nuevos amigos, que casi siempre se componía por ricos platos de pan, naranjas y peces.

La permanencia en el lugar trajo nuevos problemas. Era indispensable alguna actividad culinaria. Bernabé, con mucha delicadeza, designó al sobrino para ese trabajo, pero el joven no podía disimular la contrariedad. Al notarle su estado de ánimo, Pablo se le acercó y le dijo:

—No nos impresionemos con los problemas naturales. Tratemos de restringir, de ahora en más, las necesidades y gustos alimenticios. Apenas comeremos pan, frutas, miel y peces. De esa forma, el trabajo en la cocina quedará simplificado y reducido a la preparación de los peces asados, en lo cual, tengo mucha práctica desde mi retiro en Tauro. Que Juan no se moleste con el problema, pues es justo que esa parte quede a mi cargo.

No obstante la actitud generosa de Pablo, el joven continuó pesaroso.

Al poco tiempo la misión alquilaba un barco, siguiendo para Perge. En esa ciudad, de regular importancia para la región en que estaba ubicada, anunciaron el Evangelio con inmensa dedicación. En la pequeña sinagoga, el sábado hubo un gran movimiento. Algunos judíos y numerosos gentiles, en la mayoría gente pobre y simple, recibieron a los misioneros con mucha alegría. Las noticias del Cristo despertaron singular curiosidad y encanto. La casa casi ruinoso que habían alquilado para los días de la semana, con la finalidad de no interrumpir sus pregonaciones, se llenaba de criaturas ansiosas que trataban de obtener copia de las anotaciones de Levi. Pablo se regocijaba con el éxito. Experimentaban una inmensa alegría al contacto con aquellos corazones humildes y simples, que le daba a sus espíritus cansados de las viejas leyes, la dulce impresión de estar ante la virginidad espiritual. Algunos trataban de conocer la jerarquía que tenía Jesús entre los dioses del paganismo; otros, deseaban saber la razón del porqué se había

crucificado al Mesías, sin haber tenido consideración a sus elevados títulos, como Mensajero del Padre Eterno. La región estaba llena de supersticiones y creencias. La cultura judaica estaba restringida al ambiente cerrado de las sinagogas. La misión, no obstante, consagraba su mayor esfuerzo a los israelitas, pregonando en el círculo de los que seguían la Ley de Moisés e interesaban a las camadas más bajas del pueblo, en base a las curas y de la invitación amorosa hacia el Evangelio, en lo cual los trabajadores de Jesús ponían todo su empeño.

Plenamente satisfechos, Pablo y Bernabé resolvieron seguir para Antioquía de Psidia. Juan Marcos, informado al respecto, no consiguió ocultar sus íntimos recelos y preguntó:

–Se suponía que no iríamos más allá de Panfilia. ¿Cómo es que ahora vamos a ir hasta Antioquía? No tenemos recursos para atravesar semejantes precipicios. Los bosques están infestados de bandidos, el río lleno de cascadas que no facilita el tránsito de las barcas. ¿Y por las noches? ¿Cómo haremos para dormir? Ese viaje no se puede hacer sin animales y sirvientes, cosa que no tenemos.

Pablo reflexionó un minuto y exclamó:

–Mira, Juan, cuando trabajamos para alguien, debemos hacerlo con amor. Juzgo que anunciar al Cristo a quienes no lo conocen y teniendo por meta las numerosas dificultades naturales, representa una verdadera gloria para nosotros. El espíritu de servicio nunca desecha la parte más difícil. El Maestro no transfirió su cruz a nadie en particular. En nuestro caso, si tuviéramos muchos esclavos y caballos no iban a ser ellos los responsables espirituales de la empresa, sino que cumplirían con la parte pesada y material. Sin embargo, el trabajo de Jesús es tan grande ante nuestros ojos que debemos hacerlo de inmediato sin esperar consejo alguno.

El joven, ante esa forma de encarar la misión, quedó aún más preocupado. La energía que tenía Pablo era desconcertante. Sin reflexionar un instante, volvió a decir:

–¿No sería más prudente ir hacia Alejandría y organizar, por lo menos, algunos recursos que nos faciliten la misión?

Mientras Bernabé acompañaba el diálogo, con la serenidad que le era peculiar, el ex rabino continuó:

–Dais demasiada importancia a los obstáculos. ¿Pensasteis en las dificultades que el Señor venció para llegar hasta nosotros? Aunque podía atra-

vesar libremente los abismos espirituales para llegar hasta nuestro círculo de perversidad e ignorancia, debemos considerar la muralla de lodo que le antepone con nuestras particulares miserias... ¿Y tú te quejas apenas por la distancia que nos separa de Psidia?

El joven se calló, evidentemente contrariado. La argumentación era más fuerte y no le quedaba otro recurso para volver a insistir.

Por la noche, Bernabé, visiblemente preocupado, se aproximó a su compañero, exponiéndole las intenciones sobre el sobrino. El joven había resuelto regresar a Jerusalén de cualquier forma. Pablo escuchó con toda calma las explicaciones, como quien no quería oponerse a ninguna decisión.

—¿No podríamos acompañarlo, por lo menos, hasta algún punto próximo a su destino? —preguntó el ex levita de Chipre, como tío solícito.

—¿Destino? —preguntó Pablo admirado—. Nosotros ya tenemos el nuestro. Desde un primer entendimiento planeamos el viaje misionero hacia Antioquía. No puedo impedir que acompañes al joven, pero en lo que respecta a mi persona, no puedo modificar el derrotero trazado. Si resuelves regresar por causa de tu sobrino, seguiré solo. Juzgo que los emprendimientos en nombre de Jesús tienen un momento justo para actuar. Es necesario aprovecharlo. Si dejáramos la visita a Psidia para el mes próximo, tal vez sea demasiado tarde.

Bernabé reflexionó algunos instantes, retrucando con acento de convicción:

—Tus observaciones son incontestables. No puedo quebrar el compromiso. Además, Juan ya está hecho un hombre y podrá regresar muy bien sólo. Tiene el dinero indispensable que le proveyó su madre.

—El dinero, cuando no es bien aprovechado —recalcó Pablo con gran tranquilidad—, siempre disuelve los lazos de las responsabilidades por santas que sean.

La conversación había terminado y Bernabé regresó junto al sobrino para aconsejarlo, el que se impresionó por la resolución final.

Dos días antes de tomar la barca que lo llevaría a Jerusalén, el hijo de María Marcos se despedía de Pablo con una forzada sonrisa.

Pablo lo abrazó con alegría y le habló con tono de serena advertencia:

—Dios te bendiga y te proteja. No te olvides que la marcha hacia el Cristo igualmente se hace concursando en agrupaciones humanas. Todos debe-

mos llegar, mientras tanto, los que deciden llegar por medios propios sufren con mayor acentuación los inconvenientes que encuentran en el camino.

–Sí –dijo el joven avergonzado–, trataré de trabajar y servir a Dios con toda mi alma.

–Haces bien y cumplirás con tu deber si así lo haces –exclamó el ex rabino–. Recuerda siempre que David, cuando estuvo atareado, le fue fiel al Todopoderoso, pero cuando descansó y se distrajo, se dedicó al adulterio; Salomón, durante los pesados trabajos por la construcción del Templo, se mantuvo puro en su fe, pero cuando llegó el momento de descansar, se desvió del camino divino; Judas comenzó bien y fue el discípulo directo del Señor, pero bastó que tuviera la imagen triunfal del Maestro en Jerusalén para que cediera a la traición y a la muerte del que tanto amó. Por los ejemplos citados, sería muy útil pensar que nunca se nos ocurra ponernos a descansar.

El sobrino de Bernabé partió, sinceramente tocado por esas palabras, que en el futuro le servirían de constante estímulo.

Después del incidente, los dos misioneros se dispusieron seguir con la ruta prevista. Por primera vez se vieron obligados a pernoctar en medio de la naturaleza. Sorteando precipicios, encontraron una gruta rocosa en la que se cobijaron para reposar el cuerpo cansado. Al segundo día de su viaje el ánimo volvió a ser el de siempre. La alimentación estaba formada por algunos panes traídos de Perge y frutas silvestres recogidas en el camino. Resueltos y con buen humor enfrentaban todos los obstáculos. De vez en cuando era necesario cruzar el río para alcanzar la orilla opuesta, debido a los inconvenientes encontrados para proseguir por el camino trazado. De ahí que tuvieron que enfrentarse con ciertos inconvenientes, como cruzar las aguas tratando de reconocer la profundidad con la ayuda de varas verdes, así como también evadir las fuertes corrientes por causa de la bajante de los terrenos.

Sin embargo, la soledad les inspiraba bellos pensamientos. Sagrado optimismo les sobrevinía ante la cita de conceptos, que realmente no tenían mayor importancia. Como hombres experimentaban todas las necesidades humanas; en verdad, era conmovedor la fidelidad con que se entregaban a la obra del Cristo, confiando en su amor para alcanzar una vida más elevada en lo espiritual.

En la segunda noche se acomodaron en una pequeña caverna algo distante del camino. Después de una rápida comida, pasaron a comentar animadamente los hechos sucedidos en la Iglesia de Jerusalén. La noche era avanzada y aún sus voces quebraban el profundo silencio. Desdoblando los asuntos, pasaron a comentar sobre el excelente mensaje que traía la pregónación del Evangelio, exaltando la grandeza de la misión de Jesús Cristo.

–Si los hombres supieran... –decía Bernabé, haciendo comparaciones.

–Todos se reunirían alrededor del Señor y tendrían mucha más paz –acotaba Pablo, lleno de convicción..

–Es el príncipe que reinará por sobre todas las cosas.

–Ninguno trajo a este mundo mayores riquezas.

–¡Ah! –comentaba el discípulo de Simón Pedro–, el tesoro del cual fue su mensajero, engrandecerá a la tierra para siempre.

En ese tono proseguían, valiéndose de preciosas imágenes de la vida común para simbolizar los bienes eternos, cuando un extraño movimiento les llamó la atención. Dos hombres armados se arrojaron sobre ambos, iluminados por la débil llama de la antorcha a base de resina.

–¡La bolsa! –gritó uno de los malhechores.

– Bernabé se puso pálido de inmediato, pero Pablo estaba sereno e impasible.

–Entreguen todo lo que tienen o mueren –exclamó el otro bandido, levantando el puñal.

Mirando fijamente a su compañero, Pablo ordenó:

–Dale el dinero que resta, Dios suplirá nuestras necesidades de otra forma.

Bernabé vació la bolsa que traía entre los dobleces de la túnica, mientras los malhechores recogían, ávidos, la pequeña suma.

Reparando en los pergaminos del Evangelio, los dos ladrones preguntaron en forma irónica:

–¿Qué documentos son esos? Habláis de un príncipe opulento... Escuchamos que hacíais referencia a un tesoro... ¿Qué significa todo eso?

–Sí, de hecho estos pergaminos son la guía que conducen hacia un inmenso tesoro que nos trajo el Cristo Jesús, que ha de reinar sobre todos los príncipes de la tierra.

Uno de los bandidos, sumamente interesado, examinó el rollo de las anotaciones de Levi.

–Quien logre encontrar ese tesoro –prosiguió Pablo, con tono resuelto–, nunca más sentirá necesidades.

Los ladrones guardaron el Evangelio cuidadosamente.

–Agradeced a Dios que no os quitamos la vida –dijo uno de ellos.

Y apagando la antorcha, desaparecieron en la oscuridad de la noche. Cuando se encontraron solos nuevamente, Bernabé no consiguió disimular el asombro.

–¿Y ahora? –preguntó con voz temblorosa.

–La misión continúa bien –agregó Pablo lleno de buen ánimo–, no contábamos con la excelente oportunidad de transmitir la Buena Nueva a los ladrones.

El discípulo de Pedro se admiró por tamaña serenidad y volvió a decir:

–Pero también nos llevaron los últimos panes de cebada y el abrigo...

–Siempre ha de haber alguna fruta en el camino –aclaró Pablo, decidido–, y respecto a nuestros abrigos, no tengamos mayor cuidado, pues no faltará el suave musgo al pie de un frondoso árbol. (El abrigo, en aquellas circunstancias, era utilizado por manta de dormir, o bien, como una colchoneta para aislarlos del duro suelo.)

Y deseoso de tranquilizar a su compañero, agregó:

–De hecho, no tenemos dinero, pero juzgo que no será difícil conseguirlo trabajando con los tejedores de Antioquía de Psidia. Además, la región está muy alejada de los centros comerciales y puedo llevar ciertas novedades a mis colegas de oficio. Esta circunstancia será ventajosa para nosotros.

Después de cavilar sobre nuevas esperanzas, durmieron descubiertos y soñaron con las alegrías del Reino de Dios.

Al día siguiente, Bernabé continuaba preocupado. Interrogado por el compañero, confesó compungido:

–Estoy resignado por la falta de recursos materiales, pero no puedo olvidar que nos llevaron nuestras anotaciones evangélicas. ¿Cómo volver a recomenzar con nuestro trabajo? Si bien recordamos gran parte de las enseñanzas, no podemos suplirlas totalmente en su expresión genuina...

Pablo hizo un gesto muy significativo y desabrochando su túnica, retiró algunas cosas que guardaba junto a su corazón.

—Te engañas, Bernabé —dijo con una optimista sonrisa—, tengo aquí el Evangelio que me recuerda la bondad del amoroso Gamaliel. Fue un presente de Simón Pedro para mi viejo mentor, que, a su vez, me lo obsequió poco antes de morir.

El misionero de Chipre apretó entre sus manos el incalculable tesoro, que pertenecía al Cristo. La alegría volvió a su rostro.

Podía faltarles toda la comodidad del mundo, pero no la palabra de Jesús, que era indispensable. Venciendo obstáculos de toda índole llegaron a Antioquía totalmente cansados. Pablo, especialmente, a determinados momentos de la noche sentía un gran cansancio y elevada fiebre. Bernabé tenía frecuentes accesos de tos. El primer contacto con la naturaleza había acarreado a los dos mensajeros del Evangelio fuertes desequilibrios orgánicos.

No obstante la precaria salud, el tejedor de Tarso trató de informarse, a su llegada, sobre las tiendas de artefactos de cueros que existían en la ciudad.

Antioquía de Psídia contaba con un gran número de israelitas. Su movimiento comercial sobrepasaba el sentido regular de sus operaciones. Las vías públicas mostraban tiendas bien surtidas, como pequeñas y variadas industrias.

Confiando en la Providencia Divina, alquilaron un cuarto muy simple y cuando Bernabé descansaba de su cansancio, Pablo buscó una de las tiendas, que le había indicado un vendedor ambulante de frutas.

Un judío de muy buen aspecto, rodeado de tres ayudantes, estaba entre numerosas estanterías, llenas de sandalias, tapices y otros numerosos artículos atinentes a su profesión. Conociendo el nombre y dado el enorme interés puesto por encontrarlo, el ex doctor de la Ley llamó por el señor Ibraín, siendo atendido con enorme curiosidad.

—Amigo —explicó Pablo, sin rodeos—, soy vuestro colega de oficio y debido a urgentes necesidades vengo a solicitaros un puesto de trabajo en vuestra tienda. Vengo de hacer un largo viaje y no poseo recurso alguno, por lo tanto, acudo a vuestra generosidad esperando de Ud. un favorable recibimiento.

El dueño de la tienda lo miraba con gran simpatía, pero en el fondo desconfiaba. Asombrado y agradado a su vez, estaba el dueño del negocio por

la franqueza y la sinceridad del pedido de trabajo. Después de reflexionar algunos instantes, respondió pausadamente:

–Nuestro trabajo es muy escaso y, para ser sincero, no dispongo de capital para remunerar a muchos empleados. No todos compran sandalias, los arneses para los animales quedan a la espera de alguna caravana que sólo viene de vez en cuando y vendemos pocos tapices. Lo único que nos saca del paso son los tejidos de cuero para las improvisadas tiendas. Como veis, no es nada fácil tomaros para trabajar.

–Sin embargo –dijo el ex rabino, conmovido por la sinceridad del interlocutor–, insisto en el pedido de trabajo. Será apenas por unos pocos días... Además, trabajaría por la comida y el techo que me cobije, lo que también haría extensivo a mi compañero que se encuentra enfermo.

El bondadoso Ibraín, sensibilizado con aquella confesión, hizo una larga pausa, que se veía que dudaba entre dar el sí o el no rotundo, entonces volvió a intervenir Pablo con los siguientes términos:

–Tan grande es mi necesidad que insisto en nombre de Dios.

–Entrad –dijo el comerciante, vencido por la argumentación.

Aunque se encontraba visiblemente enfermo, el emisario de Cristo se entregó con ahínco al trabajo presentado. Un viejo telar fue instalado apresuradamente, junto a la mesa llena de cuchillas, martillos y piezas de cuero.

Pablo se puso a trabajar, teniendo un mirar amigo y una buena palabra para cada compañero de tarea. Lejos de imponerse por los conocimientos superiores que tenía, observaba el sistema de trabajo de los ayudantes de Ibraín y les sugería nuevas providencias para el servicio, siempre con bondad y sin afectar a nadie.

Conmovido por sus sinceras declaraciones, el dueño de la casa mandó llevar comida a Bernabé, mientras el ex rabino vencía valerosamente las primeras dificultades, experimentando la alegría de un gran triunfo.

Aquella noche, junto a su compañero de luchas, elevó a Jesús las preces de su profundo agradecimiento. Ambos comentaron la nueva situación. Todo marchaba bien, pero era necesario pensar en el dinero indispensable para abonar el alquiler del cuarto.

Confortado por el ejemplo del amigo, ahora era Bernabé el que trataba de confortarlo:

—No importa, Jesús tendrá en cuenta nuestra buena voluntad y no quedaremos desamparados.

Al día siguiente, cuando Pablo regresó del trabajo tuvo que esperar a su compañero con cierta ansiedad. El mensajero de Ibraín, que le había llevado la comida, no lo había encontrado. Después de esperarlo con gran inquietud, el ex rabino abrió la puerta a su llegada y el discípulo de Pedro parecía extremadamente abatido, pero una gran alegría se le veía en su mirar. Explicó que él también había conseguido un trabajo remunerado. Se había empleado con un aceitero necesitado de mano de obra. Ambos se abrazaron conmovidos. Si hubieran alcanzado el dominio del mundo por medio del dinero fácil, no habrían experimentado tanta felicidad. Un pequeño y honesto servicio les bastaba para tener el corazón iluminado por Jesús Cristo.

El primer sábado de su permanencia en Antioquía, las primeras enseñanzas sobre el Evangelio se dieron en la sinagoga local. Ibraín, satisfecho con la cooperación del nuevo empleado, le proveyó de dos túnicas usadas, que Pablo y Bernabé usaron con mucha alegría.

Toda la población, que era fiel a la “palabra de Dios”, se apretaba en el recinto. Los dos amigos se sentaron en el lugar reservado para los visitantes o desconocidos. Terminado el estudio y comentarios sobre la Ley y de los Profetas, el director de los servicios religiosos les preguntó en voz alta si querían decir algunas palabras a los presentes.

De pronto, Pablo se levantó y aceptó la invitación. Se dirigió a la modesta tribuna en noble actitud y comenzó a hablar sobre la Ley, tomado de mucha elocuencia. El auditorio no estaba acostumbrado a razonamientos tan elevados y le seguían la palabra fluida, como si hubieran encontrado a un auténtico profeta que les iba a llenar de maravillas. Los israelitas no cabían en sí de contentos. ¿Quién era aquel hombre, del cual el propio Templo de Jerusalén podría sentirse orgulloso de escucharlo? En determinado momento, las palabras del orador llegaron a ser incomprendidas. Su verbo sublime anunciaba un Mesías que había llegado al mundo. Algunos judíos agudizaron sus oídos. Se trataba de Jesús Cristo, por medio del cual las criaturas del mundo debían esperar la gracia y la verdad de la salvación. El ex doctor observó en varios rostros la disconformidad de lo anunciado, mientras que la mayoría lo escuchaba con enorme simpatía. La relación de los hechos sobre el mismo Jesús, su ejemplo divino, la muerte en la cruz,

arrancaba lágrimas al auditorio. El mismo jefe de la sinagoga estaba sorprendido. Terminada la prolongada oración, el nuevo misionero fue abrazado por gran número de asistentes. Ibraín, que terminaba de conocerle un nuevo aspecto de su vida, lo felicitaba calurosamente. Eustaquio, el aceitero que le había dado trabajo a Bernabé, se aproximó para participar de las felicitaciones, altamente sensibilizado. Los descontentos, mientras tanto, no faltaron. El éxito de Pablo contrarió al espíritu fariseo de la asamblea.

Al día siguiente, Antioquía de Psidia estaba revuelta con el asunto. La tienda de Ibraín y la aceitería de Eustaquio fueron lugares de grandes discusiones y entendimientos. Pablo habló de las curaciones que podía hacer en nombre del Maestro. Una vieja tía de su patrón fue curada de una enfermedad crónica, con la simple imposición de las manos y las preces en nombre del Cristo. Dos hijitos del aceitero se curaron con la intervención de Bernabé. Los dos emisarios del Evangelio ganaron mucho prestigio. La gente sencilla venía a solicitarles oraciones, copias de las enseñanzas de Jesús, mientras que otros tantos enfermos se restablecían. Si el bien crecía, la animosidad contraria también y provenía por parte de la alta sociedad de la ciudad. Por lo tanto, se inició el movimiento contrario al Cristo. No obstante la continuidad de las pregonaciones de Pablo, aumentaba, por parte de los israelitas poderosos, la persecución, el apodo y la ironía. Los mensajeros de la Buena Nueva no se desanimaban. Confortados por los más sinceros, fundaron la iglesia en la casa de Ibraín. Cuando todo marchaba bien, el ex rabino, a consecuencia de las vicisitudes pasadas en los pantanos de Panfilia, caía gravemente enfermo, preocupando a todos sus hermanos. Durante un mes estuvo bajo la influencia maligna de la fiebre devoradora. Bernabé y los nuevos amigos extremaron todos los cuidados.

Aprovechando el incidente, los enemigos del Evangelio insistieron para ironizar la situación. Hacía más de dos meses que los dos amigos anunciaban el nuevo Reino, reformando las nociones religiosas del pueblo y curaban las enfermedades más rebeldes, ¿y por qué motivo no se curaban a sí mismos? Corrían, así, los dichos mordaces y los conceptos deprimentes.

Mientras tanto, los afectos a la Buena Nueva resultaron ser sinceros, llegando a no tener límites los cuidados para Pablo. Ibraín le había tratado y ofrecía su hogar, como lo hubiera hecho con su propio hijo.

Después de la convalecencia, el *tejedor* de Tarso volvió a pregonar las nuevas verdades con más entusiasmo.

Los elementos judaicos le observaban el valor y lo trataban con irrespetuosidad, esperando un desliz de su parte para expulsarlo de la ciudad, tal era lo que habían tramado ocultamente. Durante varios meses Pablo luchó contra los golpes bajos del fariseísmo dominante de la ciudad, manteniendo su postura por encima de las calumnias e insultos. Cuando más demostraba su posición, poder resolutivo y firmeza de ánimo, los israelitas descontentos amenazaron a Ibraín y a Eustaquio con suprimirles las órdenes de trabajo. Los dos antiguos habitantes de Antioquía de Psidia eran acusados como partidarios de la revolución y del desorden. Altamente conmovidos recibieron la notificación de que sólo retirándose Pablo y Bernabé podrían salvarlos de la cárcel y la flagelación.

Los misioneros de Jesús consideraron la penosa situación de los amigos y resolvieron partir. Ibraín tenía los ojos llenos de lágrimas. Eustaquio no conseguía ocultar el abatimiento. Ante los interrogantes de Bernabé, el ex rabino expuso el plan de actividades futuras. Irían hacia Iconio. En esa ciudad pregonarían las verdades de Dios. El discípulo de Simón Pedro aprobó la idea sin titubear. Reunieron a sus hermanos en creencia en aquella memorable noche y se despidieron. Por más de ocho meses habían enseñado el Evangelio. Habían afrontado todo tipo de apodos y pruebas amargas. Sus trabajos estaban siendo premiados con persecuciones como si fueran criminales comunes, mas la iglesia del Cristo estaba fundada. Pablo hablaba sobre el tema con gran orgullo, no obstante, las lágrimas brotaban de sus ojos. Los nuevos discípulos del Maestro no deberían desestimar las incomprendiones del mundo, porque el mismo Salvador no había escapado de la ignominiosa cruz, acrecentando que la palabra “cristiano” significaba seguidor del Cristo. Para descubrir y conocer las sublimidades del Reino de Dios era necesario trabajar y sufrir sin descanso.

La afectuosa asamblea, a su vez, recibió las exhortaciones con muchas lágrimas en los ojos.

Por la mañana siguiente, llevando una carta de recomendación de Eustaquio y cargando grandes provisiones y recuerdos de sus compañeros de fe, se pusieron en camino, intrépidos y felices.

El recorrido, por más de cien kilómetros, fue difícil y doloroso, pero los pioneros de la fe no se detuvieron ante ningún obstáculo.

Una vez llegados a la ciudad se presentaron al amigo de Eustaquio, de nombre Onesiforo. Recibidos con generosa hospitalidad, en ese día sábado,

Pablo, antes de hablar de su profesión, expuso los objetivos de su pasaje por la región. En la sinagoga provocó animadas discusiones. El elemento político de la ciudad, constituido por judíos ricos e instruidos en la Ley de Moisés, era menor número respecto a la clase media de la ciudad. Estos últimos recibieron la palabra de Pablo con gran interés, pero los primeros desecharon las nuevas ideas, ni bien comenzó la exposición. Hubo tumultos. Los orgullosos hijos de Israel no podían tolerar un Salvador que se entregara, sin resistencia, a la cruz de los ladrones. La palabra del Apóstol alcanzaba tanto prestigio entre los gentiles de Iconio, que le ofrecieron un salón grande para que les suministrara las enseñanzas evangélicas todas las tardes. Querían tener noticias del nuevo Mesías, estaban interesados por sus memorables hechos y máximas, simples pero profundas. El ex rabino aceptó y dio gracias públicamente a los interesados. Diariamente, cuando terminaba su trabajo, una compacta multitud se aglomeraba para escuchar su vibrante palabra. Los judíos que dominaban la parte administrativa de la ciudad, no tardaron en reaccionar, pero fue inútil la tentativa de intimidar al pregonador con sus amenazas. Onesiforo, a su turno, los apoyaba fuertemente y al poco tiempo se fundaba la iglesia en su propia casa.

Los israelitas mantenían fuerte la idea de expulsarlos, cuando sucedió un incidente que los puso en duros aprietos.

Una novia joven, escuchando ocasionalmente las pregonaciones del Apóstol, diariamente entraba a la iglesia en busca de nuevas enseñanzas. Estimulada por las promesas del Cristo y sintiendo pasión por la figura del pregonador, se fanatizó de tal forma, que se olvidó de sus deberes que como novia tenía, así como también para su madre. Tecla, que así se llamaba, no atendía a sus familiares. Cumplía con su trabajo y esperaba ansiosamente la hora del crepúsculo para asistir a las pregonaciones. Teoclia, su madre, y Tamiris, el novio, acompañaban el caso con desagradable sorpresa. El ex doctor, a su vez, extrañaba la actitud de la joven, que diariamente le insinuaba relaciones por medio de preguntas y gestos declaratorios.

Cierta vez, cuando se disponía a regresar a la casa de Onesiforo, en compañía de Bernabé, la joven le pidió conversar unos minutos en forma particular.

Le hizo algunas preguntas intencionadas al ex doctor, al mismo tiempo que se ponía colorada de vergüenza, puesto que la respuesta podía ser no tan a gusto de sus deseos.

Una vez que Pablo la escuchó atentamente y viendo la finalidad que la joven perseguía, le dijo con suavidad, pero con respeto y responsabilidad:

–Debo decirte, hija –murmuró el Apóstol, un poco preocupado–, que debes considerarte que estás en presencia de un padre.

–Señor –le dijo agitada–, no sé por qué he recibido tan agradable impresión a través de vuestras palabras.

–Lo que he enseñado –aclaró Pablo– no es mío, proviene de Jesús, que nos desea todo el bien posible.

–De cualquier forma –dijo ella con gran timidez–, ¡os amo mucho! ...

Pablo se asustó. No esperaba esa declaración. La expresión “os amo mucho” no era articulada en tono de fraternidad, sino en forma particular, que el Apóstol percibió muy impresionado.

Después de meditar mucho por la imprevista situación, respondió:

–Hija, los que se aman en espíritu se unen en Cristo para la eternidad en emociones muy santas, pero, acaso, ¿tú no estás amando la carne que va a morir?

–Tengo necesidad de vuestro afecto –exclamó la joven con lacrimosa mirada.

–Sí –aclaró el ex rabino–, los dos tenemos necesidad del afecto del Cristo. Solamente amparados en él podremos experimentar ánimo en nuestras debilidades.

–No podré olvidaros –sollozó la joven, despertando compasión.

Pablo quedó pensativo. Recordó su juventud. Recordó los sueños que había tenido al lado de Abigail. En un minuto, su espíritu penetró en el mundo de suaves y angustiosas reminiscencias, y como si regresara de un misterioso país, lleno de sombras, exclamó como si hablara consigo mismo:

–Sí, el amor es santo, pero la pasión es venenosa. Moisés recomendó que amáramos a Dios por encima de todo, y el Maestro agregó que nos amásemos los unos a los otros en todas las circunstancias de la vida...

Y fijando sus ojos brillantes en la joven que lloraba, exclamó con cierta severidad:

–¡No te apasiones por un hombre hecho de lodo y de pecado y que está destinado a morir!...

Tecla no había vuelto en sí de su sorpresa, cuando el novio angustiado penetró en el recinto. Tamiris hizo las primeras objeciones con grandes exclamaciones, mientras que el mensajero de la Buena Nueva lo escucha con gran serenidad. La novia lo refuta malhumorada y le reafirma sus simpatías por Pablo y expuso sus íntimas intenciones. El joven quedó como enloquecido. El Apóstol esperó pacientemente que el novio lo interrogara. Y cuando Pablo es invitado a justificarse, explica con tono fraternal:

—Amigo mío, no te exaltes ni te acongojes por los sucesos que se originan por las grandes incomprensiones. Tu novia, simplemente está enferma. Estamos anunciando al Cristo, pero el Salvador tiene a sus enemigos ocultos por todas partes, como la luz tiene por enemigo a las tinieblas. No obstante, la luz siempre vence a las tinieblas de cualquier naturaleza que sea. Iniciamos el trabajo misionero en esta ciudad, sin grandes obstáculos. Los judíos nos ridiculizan y todavía no encontraron en nuestros actos nada que justifique la persecución declarada. Los gentiles nos reciben con amor. Nuestro esfuerzo se desarrolla pacíficamente y nada nos induce al desánimo. Los invisibles adversarios de la verdad y del bien están seguros que pueden influenciar a esta criatura para hacerla instrumento perturbador de nuestra tarea. Es muy posible que no me comprendas en forma inmediata, no obstante, ésa es la pura realidad.

Tamiris dejaba entrever que padecía de la misma y perniciosa influencia, y exclamó con rabia:

—¡Sois un inmundo hechicero! Esta sí que es la verdad. Eres el mistificador de un pueblo simple y trabajador, no dejáis de ser un seductor de jóvenes impresionables. Insultáis a una viuda y a un joven honesto, tal es lo que soy, insinuando que tenéis un espíritu frágil y que sois huérfano de padre.

El joven estaba rojo de rabia. Pablo escuchaba sus delirios con gran presencia de espíritu.

Cuando el joven se cansó de vociferar, el Apóstol tomó el manto, hizo un gesto de despedida y agregó:

—Cuando somos sinceros, siempre estamos tranquilos, pero cada uno acepta la verdad como mejor puede. Piénsalo bien, y entiéndelo mejor.

Y seguidamente abandonó el recinto para ir en busca de Bernabé.

Los familiares de Tecla no admitían lo correcto del proceder, pues lo único que veían era el ultraje. Esa misma noche, valiéndose de pretextos,

las autoridades judaicas de Iconio ordenaron la prisión del emisario de la Buena Nueva. Gran número de personas descontentas acudían a la puerta de Onesiforo, vociferando improperios. A pesar de la interferencia de los amigos, Pablo fue arrestado y conducido a la cárcel, donde sufrió el suplicio de los treinta y nueve azotes aplicados. Acusado de seductor y enemigo de las tradiciones de la familia, blasfemo y revolucionario, fue necesaria la cooperación de muchos recién convertidos para que lo dejaran en libertad.

Después de cinco días de prisión y sometido a severos castigos, Bernabé lo recibió con gran alegría.

El caso de Tecla había tomado proporciones y elevado a la condición de gran escándalo, no obstante, el Apóstol, en su primera noche de libertad, reunió a la pequeña y hogareña iglesia, fundada con Onesiforo, para aclarar la situación y que nadie quedara con dudas de los infundios fraguados para castigarlo.

Bernabé consideró que no podrían quedarse por más tiempo en ese lugar. Un nuevo encuentro con las autoridades les podría perjudicar seriamente sus trabajos de difusión evangélica. Pablo se mostraba bastante resuelto. Y si era necesario, volvería a pregonar el Evangelio en la vía pública, revelando la verdad a los gentiles, ya que los hijos de Israel se complacían en apartarse del camino y daban cabida a su demostración clamorosa.

Llamado a opinar, Onesiforo trató de encauzar su criteriosa observación hacia la joven Tecla, que por ser huérfana de padre y en su condición de novia, Tamiris había creado la leyenda de que Pablo no dejaba de ser un poderoso hechicero. Por lo tanto, en su condición de novia, si nuevamente fuera encontrada en compañía del Apóstol, la tradición ordenaba que fuera condenada a la hoguera.

Consciente de las supersticiones regionales, el ex rabino no dudó un solo minuto. Dejaría Iconio al día siguiente. No capitulaba ante el enemigo invisible, sino que la iglesia ya estaba fundada y no era justo cooperar en el martirio moral de una criatura.

La decisión del Apóstol mereció la aprobación general. Se asentaron las bases para la continuación del aprendizaje evangélico. Onesiforo y sus hermanos asumían el compromiso de custodiar las simientes recibidas como dádivas del cielo.

Durante las conversaciones, Bernabé estaba callado y pensativo. ¿Hacia dónde irían? ¿No era justo pensar en el regreso? Las dificultades se sumaban a medida que transcurrían los días y la salud de ambos se iba resintiéndose paulatinamente. El discípulo de Pedro, conociendo el ánimo y el espíritu de resolución del compañero, esperó con paciencia que el asunto aflorara espontánea y naturalmente.

En ayuda de sus inquietudes, uno de los amigos presentes le preguntó a Pablo con vivacidad:

–¿Cuándo pretenden partir?

–Mañana –respondió el Apóstol.

–¿No sería mejor que descansaran algunos días? Tenéis las manos hinchadas y el rostro herido por los azotes.

El ex doctor sonrió y habló cordialmente:

–El servicio es de Jesús y no nuestro. Si cuidamos mucho de nosotros mismos, por causa de los sufrimientos, no podremos dar satisfacción a quienes nos encomendaron transmitir el mensaje, y si nos detenemos en la marcha por los tropiezos del camino, quedaremos anulados y no podremos brindarnos al Cristo.

Sus profundos argumentos se esparcieron en una atmósfera de buen humor.

–¿Regresáis a Antioquía? –preguntó Onesiforo con atención.

Bernabé agudizó los oídos para conocer los detalles de la respuesta, mientras el compañero contestó:

–Seguro que no, Antioquía recibió la Buena Nueva. Iremos a Licaonia.

Mirando para el ex levita de Chipre, como queriendo solicitar su aprobación, agregó:

–Marcharemos hacia el frente. ¿Estás de acuerdo, Bernabé? Los pueblos de la región necesitan del Evangelio. Si estamos satisfechos con las enseñanzas del Cristo, ¿por qué negarlas a quienes necesitan del bautismo de la verdad y de la nueva fe?...

El compañero hizo una seña afirmativa y reafirmó resignado:

–Iremos hacia el frente y Jesús nos ayudará.

Y los presentes pasaron a comentar la posición de Listra y sobre las costumbres de sus habitantes. Onesiforo tenía una hermana viviendo allí.

Era viuda y se llamaba Loide. Les daría una carta de recomendación a los misioneros. Serían huéspedes de su hermana, por el tiempo que necesitasen.

Los dos pregoneros del Evangelio se pusieron muy contentos, especialmente Bernabé, que había logrado apartar sus ideas pesimistas de su falso aislamiento.

Al día siguiente, bajo conmovidas despedidas, tomaron el camino que los llevaba al nuevo campo de luchas.

Después de un penoso viaje llegaron a la pequeña ciudad, cuando caía el crepúsculo. Estaban agotados.

La hermana de Onesiforo fue pródiga en atenciones. Vieja y viuda de un griego, Loide vivía en compañía de su hija Eunice, igualmente viuda y de su nieto Timoteo, cuya inteligencia y generosidad de sentimientos hacía el encanto de las dos señoras. Los mensajeros de la Buena Nueva fueron recibidos en ese hogar con gran simpatía. El apreciado cariño de esa gran familia fue como un bálsamo confortador para ambos. Conforme era su hábito, Pablo se refirió, en la primera oportunidad que tuvo, a su inmenso deseo de trabajar durante su permanencia en Listra, para no hacerse pasible de la maledicencia o crítica, pero la dueña de la casa se opuso terminantemente. Serían sus huéspedes. Bastaba la recomendación de Onesiforo para que se quedaran tranquilos. Además, explicaba: Listra es una ciudad muy pobre y sólo contaba con dos tiendas, donde nunca se hacían tejidos.

Pablo estaba muy sensibilizado con el cariñoso recibimiento. La misma noche de la llegada observó la ternura con que Timoteo, contando con poco más de trece años, tomaba los pergaminos de la Ley de Moisés y los Escritos Sagrados de los Profetas. El apóstol dejó que las dos señoras comentaran las revelaciones en compañía del mismo, hasta que fuera invitado a intervenir. Cuando lo hicieron, aprovechó la circunstancia para hacer la primera presentación del Cristo. Ni bien comenzó a hablar, observó la profunda impresión que le causaba a las dos mujeres, cuyos ojos brillaban enternecidos, pero el pequeño Timoteo lo escuchaba con tanto interés, que muchas veces le acarició su cabecita, como accediendo a sus pensamientos.

Los familiares de Onesiforo recibieron la Buena Nueva con mucha alegría. Al día siguiente no se habló de otra cosa. El jovencito hacía preguntas de todo tipo. El apóstol lo atendía solícitamente y con inmenso cariño.

Los tres primeros días los misioneros se entregaron al descanso y recuperación de sus energías físicas. Pablo aprovechó la ocasión para conversar extensamente con Timoteo, junto al corral de las cabras.

El día sábado trataron de tomar contacto con la población. Listra estaba plagada de las más extrañas leyendas y creencias. Las familias judías eran muy pocas y el pueblo aceptaba como verdades los símbolos mitológicos. La ciudad no tenía sinagoga, pero sí un templo consagrado a Júpiter, que los campesinos aceptaban como el padre absoluto de los dioses del Olimpo. Había un culto organizado. Las reuniones se efectuaban periódicamente y los sacrificios eran numerosos.

En una plaza casi despoblada se encontraba el mercado, cuyo movimiento era por la mañana.

Pablo creyó oportuno que ese lugar era el indicado para tomar su primer contacto con el pueblo.

Subió a una tribuna improvisada de piedras superpuestas y comenzó la pregonación con voz fuerte y conmovedora. Los habitantes se aglomeraron súbitamente. Algunas salían de las casas próximas, para observar el motivo que reunía a la gente. Ninguno se acordó que debía comprar la carne, verduras y frutas. Todos querían escuchar al forastero desconocido.

El Apóstol primero habló de las profecías que habían anunciado la venida del Nazareno y de inmediato pasó a relatar los hechos que Jesús hizo en medio de los hombres. Esbozó el paisaje de Galilea con brillantes colores, gracias a su genio descriptivo, habló de la humildad y de la abnegación del Mesías. Cuando se refirió a sus curas maravillosas, notó que un pequeño grupo de asistentes le hacían burla. Lleno de fervor en su oratoria, Pablo recordó el día que vio a Esteban curar a una joven muda, en nombre del Señor.

En la creencia de que el Maestro lo estaba asistiendo, pasó su mirar por la gran cantidad de gente que se había aproximado. A pocos metros de la tribuna vio a un mendigo que se arrastraba penosamente. Impresionado con el discurso evangélico, el lisiado mendigo se aproximó aún más, abriéndose paso con sus dos manos y, finalmente, se sentó agotado en el suelo, pasando a mirar fijamente al pregonador, el que, a su vez, lo miraba sumamente conmovido.

Renovando los valores de su fe, Pablo lo contempló con energía y le habló con autoridad:

–Amigo, en nombre de Jesús, ¡levántate!

El pobre hombre, con los ojos fijos en Pablo, se levantó con facilidad, mientras la multitud daba gritos, sorprendida. Algunos retrocedieron asustados. Otros trataban de llegar hasta Pablo y Bernabé, contemplándolos deslumbrados y satisfechos. El lisiado comenzó a saltar de alegría. Era conocido en la ciudad desde mucho tiempo atrás y la cura prodigiosa no dejaba la menor duda.

Muchas personas se arrodillaron. Otras corrieron hacia todos los lados de Listra para anunciar que el pueblo había recibido la visita de dos dioses. La plaza se llenó en pocos minutos. Todos querían ver al mendigo lisiado que se había reintegrado a sus antiguos movimientos. El suceso se esparció rápidamente. Bernabé y Pablo eran Júpiter y Mercurio que habían descendido del Olimpo. Los apóstoles, contentos con la dádiva de Jesús, pero sorprendidos con los licaonios, luego percibieron el malentendido. En medio del respeto general, Pablo subió de nuevo a la improvisada tribuna y explicó que él y su compañero eran simples criaturas mortales y realzó la misericordia del Cristo que se había dignado demostrar la grandeza del Evangelio en aquel inolvidable momento. Inútilmente trataba de aclarar lo sucedido. Todos escuchaban sus palabras en actitud estática. Fue en ese instante, que un viejo sacerdote, con sus vestiduras sacerdotales de la época, apareció inesperadamente conduciendo dos bueyes de cuyos pescuezos colgaban guirnaldas de flores. En voz alta, el ministro de Júpiter invitó al pueblo para el ceremonial donde se iba a sacrificar a los animales a los dioses vivos.

Pablo percibió el movimiento popular y descendiendo se dirigió al centro de la plaza, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones, a la vez que se abría la túnica a la altura del pecho:

–¡No cometáis sacrilegios!... No somos dioses... ¡Ved!... Somos simples criaturas de carne y hueso...

Seguido de cerca por Bernabé, arrebató de las manos del viejo sacerdote la trenza de cuero que sujetaba a los animales y los soltó, los que se pusieron a comer las coronas de flores.

El ministro de Júpiter quiso protestar, pero tuvo que callarse ante la fuerza de los hechos. Y en medio de los más extravagantes comentarios, los misioneros se retiraron ansiosos por encontrar un lugar para orar, donde pudieran elevar a Jesús sus votos de alegría y reconocimiento.

–¡Gran triunfo! –dijo Bernabé, casi orgulloso–. Las dádivas del Cristo fueron numerosas, ¡el Señor se acuerda de nosotros!...

Pablo quedó pensativo y añadió, después de unos instantes:

–Cuando recibimos muchos favores, necesitamos pensar en la demostración de los mismos. Pienso que tendremos grandes pruebas. Por otra parte, no debemos olvidar que la victoria de la entrada del Maestro en Jerusalén precedió los suplicios de la cruz.

El compañero consideró el elevado sentido de aquellas afirmaciones y entró a meditar en gran silencio.

Loide y la hija estaban por demás contentísimas. La cura del lisiado daba a los misioneros una especial atracción en el pueblo. Pablo aprovechó la primera oportunidad para fundar el primer núcleo del Cristianismo en la pequeña ciudad. Las primeras providencias al respecto fueron tomadas en la residencia de la generosa viuda, que puso a disposición de los misioneros todos los recursos que tenía a su alcance.

Tal como lo hicieron en Nea-Pafos, establecieron, en una vivienda muy humilde, la sede de las actividades informativas y de primera ayuda a los necesitados. El lugar de Juan Marcos lo suplía el pequeño Timoteo, que ayudaba en todos los quehaceres. Numerosas personas copiaban el Evangelio durante las horas del día, mientras los enfermos acudían de todas partes solicitando asistencia.

No obstante el éxito experimentado, crecía, sin embargo, la animosidad de unos pocos contra la nueva doctrina.

Los pocos judíos de Listra se pusieron de acuerdo para consultar a las autoridades de Iconio sobre los dos desconocidos. Eso fue bastante para que se opacara el horizonte. Los comisionados regresaron con un caudal de ingratas noticias.

El caso de Tecla se había pintado con negros colores. Pablo y Bernabé eran acusados de blasfemos, hechiceros, ladrones y seductores de mujeres honestas. Pablo, principalmente, era presentado como un temible revolucionario. El asunto, en Listra, fue discutido a “puertas cerradas”. Los administradores de la ciudad invitaron al sacerdote de Júpiter a entrar en la campaña contra los embusteros y con la misma facilidad que habían creído en su condición de dioses, pasaron a atribuirles las mayores perversiones. Se combinaron hechos inexistentes, pero que deberían darlos por verdaderos.

Desde la llegada de los dos desconocidos, que hablaban en nombre de un nuevo profeta, Listra vivía sobresaltada por extrañas ideas. Era necesario prohibir los abusos. La palabra de Pablo era audaz y requería un correctivo eficaz. Finalmente deliberaron que el fogoso pregonador fuera apedreado en la primera ocasión que hablara en público.

Ignorando lo que se estaba tramando, el Apóstol de los gentiles dejó en cama a Bernabé, que se encontraba afiebrado, y se fue acompañado del pequeño Timoteo el día sábado por la tarde, hasta la plaza pública, donde una vez más anunció las verdades y promesas del Evangelio del Reino.

El pregonador notó que había muchas personas en actitud sospechosa y que le eran totalmente desconocidas. Le acompañaban sus gestos con evidente curiosidad.

Con la máxima serenidad subió a la tribuna y comenzó a pregonar sobre las glorias eternas que el Señor Jesús había traído a la humanidad sufriente. Mal había comenzado el sermón evangélico, cuando escuchó furiosos gritos de los más exaltados y comenzaron a llover piedras en cantidad.

Pablo inmediatamente recordó la inolvidable figura de Esteban. Estaba seguro que el Maestro le reservaba el mismo género de muerte, para que se redimiera del mal que le había infligido al mártir de la iglesia de Jerusalén. Las pequeñas y duras piedras caían a sus pies, después de hacer impacto en el pecho y en la frente. Sintió que la sangre le corría de su cabeza herida y se arrodilló sin quejarse, rogando a Jesús que lo fortaleciera en aquel angustioso trance.

En los primeros momentos, Timoteo, aterrado, se puso a gritar, suplicando ayuda, pero un hombre con brazos musculosos se acercó sigilosamente y le murmuró al oído:

–Si quieres ser útil, ¡cállate!...

–¿Eres tú, Gaio? –exclamó el pequeño con ojos llenos de lágrimas, demostrando cierta valentía al reconocer el rostro de un amigo, dentro del pandemonio en que se encontraba envuelto.

–Sí –le dijo muy bajito–, estoy aquí para ayudar al Apóstol.

No puedo olvidar que curó a mi madre.

Y mirando a la turba, agregó:

–No tenemos tiempo que perder. No pasará mucho tiempo que intenten llevarlo al estercolero. Si eso sucede, trata de seguirnos con un poco de

agua. Si el misionero no muere, tú le prestarás la primera ayuda, hasta que yo trate de prevenir a tu madre del incidente.

Inmediatamente se separaron. Con gran aflicción, el jovencito vio al pregonador de rodillas, con mirada hacia el cielo, en ese inolvidable trance. Hilos de sangre corrían por la frente herida. En determinado momento, la cabeza cayó y el cuerpo se tumbó. La multitud parecía asombrada por lo que estaba viendo. Como la situación no parecía estar dirigida por nadie que sobresaliera de la turba, Gaio se acercó al Apóstol inerte, hizo un gesto significativo hacia el pueblo y gritó:

–El hechicero está muerto!...

Su gigantesca figura despertó la simpatía de la turba inconsciente. De inmediato aplaudieron con todas las fuerzas. Los que habían promovido el atentado desaparecieron rápidamente. Gaio comprendió que nadie osaba asumir la responsabilidad individual.

–¡Afuera! ... ¡Afuera!... ¡Hechicero al estercolero!... ¡Hechicero al es...ter...co...le...ro!...

El amigo de Pablo, disimulando la conmiseración con gestos de ironía, habló a la multitud satisfecha:

–¡Me llevaré los restos del brujo!

La turba gritó desaforadamente y Gaio trató de arrastrar al misionero con la mayor cautela. Atravesaron amplias callejuelas siempre seguidos por los gritos de los más exaltados, hasta que llegaron a un lugar desierto, un tanto alejado de los muros de Listra, dejando a Pablo semimuerto en medio de la basura, lugar donde se arrojaban los desperdicios de la ciudad.

El gigantesco Gaio se inclinó sobre Pablo para verificar si estaba muerto, y viendo que aún vivía, gritó:

–¡Dejemos que los perros terminen con sus restos! ¡Es necesario celebrar el acontecimiento con un buen vaso de vino!...

Y siguiendo al líder de aquella tarde, la multitud se retiró, mientras Timoteo se acercaba al lugar, valiéndose de las sombras que comenzaban a cubrir esa triste tarde. El pequeño llenó el recipiente de agua, cerca del lugar, que estaba destinada al uso de la población y con un esfuerzo trató de dar de beber al dolorido Apóstol, siendo su primer servicio de ayuda al prójimo. Bañado en lágrimas, notó que Pablo respiraba con dificultad, como si volviera en sí de un desmayo. El joven listrense se sentó a su lado,

mojándole la cabeza herida con extremado cariño. Después de algunos minutos y vuelto a recuperarse totalmente del desmayo, Pablo se puso a examinar la situación. Timoteo lo informó de todo. Muy preocupado, Pablo agradeció a Dios, pues reconocía que sólo la misericordia del Altísimo podía haber hecho ese milagro, para rescatarlo de los propósitos criminales de la turba inconsciente.

Transcurridas dos horas, tres sombras silenciosas se aproximaron. Muy afligido, Bernabé había dejado la cama, no obstante su fiebre, para acompañar a Loide y Eunice, que siendo avisadas por Gaio acudían para ayudarlo.

Todos rindieron gracias a Jesús, mientras Pablo tomaba una pequeña dosis de vino reconfortador. Tenía una organización espiritual muy poderosa, a pesar de estar caído de fuerzas físicas, con todo, se levantó y regresó a la casa de los amigos ayudado por Bernabé, que le había ofrecido su fuerte brazo.

El resto de la noche la pasaron comentando cosas del agrado de todos. Los dos emisarios de la Buena Nueva temían una nueva agresión por parte del pueblo, pero al no encontrarlos, podrían desquitarse con las dos señoras que los habían hospedado. Era necesario irse del lugar para evitar mayores complicaciones.

En vano la palabra de Loide convenció a los dos amigos, tratando de disuadirlos. Vanamente Timoteo besó las manos de Pablo y le pedía que no se fueran. Recelosos por las tristes consecuencias que pudieran sobrevenir y después de coordinar las cosas más necesarias para la naciente iglesia, traspusieron las puertas de la ciudad al amanecer, en dirección a Derbe, bastante lejos de allí.

Después de una penosa caminata alcanzaron el nuevo lugar de trabajo, donde habrían de quedarse por más de un año. Aunque se entregaban al trabajo manual, con que ganaban el sustento de sus vidas, los dos compañeros necesitaron más de seis meses para restablecer su comprometida salud. Como tejedor y aceitero anónimos, Pablo y Bernabé quedaron en Derbe por largo tiempo sin despertar la mínima sospecha, ni curiosidad pública. Una vez rehechos de la salud, recomenzaron a trabajar por la Buena Nueva del Reino de Jesús. Visitando los alrededores, se atraían el interés de la gente para hablarles del Evangelio. Pequeñas comunidades cristianas fueron fundadas en ambientes de paz y alegría.

Después de mucho tiempo de trabajo fructífero resolvieron regresar al núcleo que había originado sus esfuerzos en favor del Cristo Jesús. Venciendo etapas difíciles, visitaron y dieron ánimos a todos los hermanos que se encontraban en las diversas regiones de Licaonia, Psidia y Panfilia.

De Perge descendieron a Atila, donde embarcaron con destino de Seleucia y de allí hacia Antioquía.

Ambos habían experimentado las serias dificultades para prestar ayuda en los servicios evangélicos. Muchos se asombraron por los problemas intrincados que la empresa demandaba, en cambio de la dedicación fraterna sólo habían recibido apodos, azotes y acusaciones inverosímiles, sin embargo, a pesar del abatimiento físico y de las marcas dejadas en sus cuerpos por los azotes y pedradas, vibraban intensamente de júbilo espiritual. Es que en medio de las espinas del camino, los dos compañeros mantenían derecha la cruz divina y consoladora, esparciendo las semillas benditas del Evangelio que provocaba la Redención.

LUCHAS POR EL EVANGELIO

El regreso de Pablo y Bernabé fue señalado en Antioquía con inmenso regocijo. La fraternal comunidad admiró, profundamente conmovida, por el hecho que los hermanos habían llevado la simiente divina del Evangelio hacia regiones distantes y pobres.

Por muchas noches consecutivas, los recién llegados presentaban el resumen verbal de todas sus actividades, sin omitir un solo detalle. La iglesia antioqueña vibró de alegría dando gracias al Cielo.

Los dos dedicados misioneros habían regresado en una etapa de grandes dificultades para la institución. Ambos la habían percibido bastante entristecidos. Las contiendas de Jerusalén se extendían a todas las comunidades de Antioquía, las luchas por la circuncisión eran de primer grado. Los jefes más eminentes estaban divididos por las afirmaciones dogmáticas. Tan alto grado había alcanzado el desentendimiento, que las voces del Espíritu Santo ya no se manifestaban. Manahen, cuyos esfuerzos en la iglesia eran indispensables, se mantenía alejado por causa de las discusiones estériles y venenosas. Los hermanos se encontraban extremadamente confundidos. Unos eran partidarios de la circuncisión obligatoria, otros se acalararon por la intransigencia absoluta del Evangelio. Con gran preocupación, el pregonador tarsense observó las furiosas polémicas respecto a la alimentación pura e impura.

Intentó establecer la armonía general alrededor de las enseñanzas del Divino Maestro e inútilmente trataba de tomar la palabra, explicando que el Evangelio era libre y la circuncisión tan sólo era una característica convencional de la intolerancia judaica. No obstante poseer reconocida autoridad en toda la comunidad, por causa de los valores espirituales conquistados en la misión, los desentendimientos persistían.

Algunos elementos llegados de Jerusalén complicaron aún más las cosas. Los menos rigurosos hablaban de la autoridad absoluta de los apóstoles galileos, mientras que los más disidentes, comentaban por lo bajo que por

inspiradas que fueran las palabras de Pablo y Bernabé a través de las lecciones del Evangelio, no eran lo bastante autorizadas para hablar en nombre de Jesús.

La iglesia de Antioquía oscilaba en una posición de inmensa perplejidad. Había perdido el sentido de la unidad que la caracterizaba desde sus comienzos. Cada cual adoctrinaba conforme a su punto de vista personal. Los gentiles eran tratados con chacota y se organizaban movimientos para implantar la circuncisión.

Fuertemente impresionados por la situación, Pablo y Bernabé combinaron en tomar un recurso extremo. Deliberaron invitar a Simón Pedro para que hiciera una visita personal a la institución de Antioquía. Le conocían su espíritu liberado de los preconceptos religiosos y los dos compañeros dirigieron una carta, explicando los motivos que versaban sobre el Evangelio y sus buenos oficios para ayudar a la solución final.

El portador entregó la carta y para gran sorpresa de los cristianos antioqueños, el ex pescador de Cafarnaúm llegó a la ciudad, demostrando gran alegría en razón del período de restablecimiento físico que le deparaba aquella excursión.

Pablo y Bernabé no cabían en sí de contentos. Acompañando a Simón Pedro venía Juan Marcos, que no había abandonado del todo los trabajos evangélicos. El grupo tuvo hermosas horas de íntimas confidencias, por causa de los viajes misioneros, relatados inteligentemente por el ex rabino. Simón Pedro hizo lo mismo, dando un gran colorido a la narración que correspondía a la muerte del hijo de Zebedeo, acaecida en Jerusalén.

Después de haberse informado de la situación religiosa en Antioquía, el ex pescador agregó:

—En Jerusalén, nuestras luchas son las mismas. De un lado, la iglesia está llena de necesitados; del otro, se encuentran los perseguidores que no dan tregua. En el centro de las actividades se encuentra Tiago con la más fuerte de las exigencias. A veces, estoy tentado a luchar para restablecer la libertad de los principios del Maestro, pero, ¿cómo proceder? Mientras la tempestad religiosa amenaza destruir el patrimonio que conseguimos ofrecer a los afligidos del mundo, el fariseísmo choca con la observación rigurosa del compañero, que está obligado a paralizar la acción criminal, que pesa desde hace mucho tiempo. Si actúo para suprimirle la influencia, esta-

ré precipitando la institución de Jerusalén al abismo, en medio de las tormentas políticas de la gran ciudad. ¿Y el programa del Cristo?, ¿y el de los necesitados?, ¿sería justo perjudicar a los desamparados por causa de un punto de vista puramente personal?

Y ante la atención de Pablo y Bernabé, el bondadoso compañero continuó diciendo:

–Sabemos que Jesús nos dejó una buena solución para los problemas de la circuncisión, pero aclaró que no sería por la carne que alcanzaríamos su Reino y sí por el raciocinio del corazón. Por lo tanto, conociendo el arraigo del Evangelio en el alma popular, el fariseísmo autoritario no pierde de vista cualquier circunstancia favorable que se le presenta para destruir el árbol del Evangelio. Por lo tanto, es indispensable tener el mayor cuidado de nuestra parte, para no causar perjuicios de cualquier naturaleza a la planta divina en crecimiento.

Los compañeros hacían gestos de aprobación.

Pedro demostraba su inmensa capacidad para dirigir con facilidad una determinada idea y congraciar a los numerosos prosélitos en divergencia, tenía una palabra adecuada para cada situación, un justo esclarecimiento para el más simple de los problemas.

La comunidad antioqueña volvía al redil. Los gentiles no ocultaban el júbilo que los embargaba. El Apóstol visitaba a todos personalmente, sin distinción o preferencias. Anteponía siempre una sonrisa a la aprensión de los amigos que recelaban de la alimentación “impura” y acostumbraban a preguntar dónde estaban las sustancias que no habían sido bendecidas por Dios. Pablo acompañaba sus pasos sin disimular su satisfacción. En un loable esfuerzo de congraciamiento, el Apóstol de los gentiles hacía el mayor de los esfuerzos para llevarlo a los lugares donde se encontraban hermanos perturbados por las ideas de la circuncisión obligatoria. Rápidamente se estableció un notable movimiento de confianza y uniformidad de opinión. Todos los hermanos demostraban su contento.

En ese entonces llegaron tres emisarios de Jerusalén, en nombre de Tiago, Traían una carta para Simón Pedro, que los recibe con gran estima. De ahí en más se modifica totalmente el ambiente. El ex pescador de Cafarnaúm, dado a la simplicidad y a la independencia en Cristo Jesús, se retrotrae inmediatamente. No atiende a ninguna invitación de los circuncisos. Las

fiestas íntimas y cariñosas, organizadas en su honra, no cuentan con la presencia de la gente amiga. En la iglesia se modificaron hasta los mínimos detalles. Siempre en compañía de los mensajeros de Jerusalén, que no lo dejaban en ningún instante, parecía austero y triste y no hacía referencia a la libertad del Evangelio como acostumbraba.

Pablo observó la transformación y tuvo inevitablemente un gran disgusto. Para su espíritu habituado a la libertad de opinión, ese hecho le era sumamente chocante y doloroso. Se agravaba el problema por ser, justamente, nada menos que un creyente como lo era Simón, que contaba con una gran jerarquía y respetabilidad en todos los sentidos. ¿Cómo se debía interpretar aquel rápido cambio, tan en desacuerdo con lo que tanto se esperaba? Por causa de su tarea evangélica, la pregunta sobre esa situación, por parte de los gentiles, lo ponían en un serio aprieto. Era un apasionado por las actitudes francas y no se hacía esperar cuando había que trabajar fuerte. Y después de dos semanas de ansiosa expectación y deseo de proporcionar una satisfacción a los numerosos incircuncisos de Antioquía, fue invitado a hablar en la tribuna para sus compañeros, comenzando por exaltar la emancipación religiosa del mundo, desde la llegada del Cristo Jesús. Pasó revista a las demostraciones que el Maestro ofreció a los publicanos y pecadores. Pedro lo escuchaba asombrado por la erudición y los recursos empleados para enseñar a los presentes los principios que eran difíciles de exponer. Los mensajeros de Tiago también estaban sorprendidos, mientras que la asamblea escuchaba atentamente al orador.

En determinado momento, el tejedor de Tarso miró fijamente al Apóstol Pedro y exclamó:

—Hermanos, defendiendo nuestros propios sentimientos de unificación en Jesús, no puedo disimular nuestro disgusto por causa de los últimos acontecimientos. Me estoy refiriendo a la actitud demostrada por nuestro ilustre huésped, Simón Pedro, a quien debemos llamar “Maestro”, por ser el más cercano de los intermediarios del Señor, aunque ese título, por derecho, le corresponde a nuestro Salvador ¹.

La sorpresa fue grande en la asamblea. El Apóstol de Jerusalén también estaba sorprendido, pero se mantenía con relativa calma. Los emisarios de

¹ Las observaciones de Pablo en la Epístola a los Gálatas (2: 11–14) se refiere a un hecho anterior a la reunión de los discípulos. (Nota de Emmanuel).

Tiago demostraban su malestar. Bernabé estaba pálido. Y Pablo proseguía serenamente, como le era habitual:

–Simón es para todos nosotros un ejemplo vivo. El Maestro lo dejó como una roca de fe inmortal. En su generoso corazón hemos depositado amplias esperanzas. Entonces, ¿cómo debemos interpretar su distinto proceder, desde la llegada de los tres mensajeros, que en nombre de Tiago vienen desde Jerusalén? Antes de la llegada de los amigos de Jerusalén comparecía a nuestros sermones y comía del pan de nuestras mesas. Si trato de aclarar esta situación abiertamente, no es con el deseo de escandalizar a nadie, porque mi mente siempre está puesta en la verdad del Evangelio, libre de todos los preconceptos errados del mundo, considerando que la palabra del Cristo no está encadenada a los intereses inferiores del sacerdocio de cualquier naturaleza.

El ambiente se había cargado de gran nerviosidad. Los gentiles de Antioquía miraban al orador con gran simpatía. Los simpatizantes del fariseísmo, al contrario, no disimulaban su rencor, por causa de la demostración de su valor y audacia. En ese instante, con los ojos inflamados por raros sentimientos, Bernabé tomó la palabra, mientras el orador hacía una pausa y manifestó:

–Pablo, soy de los que lamentan tu actitud en esta situación.

¿Con qué derecho atacas al más puro continuador de la vida de Jesús Cristo?

Lo estaba interrogando con tono conmovedor y con la voz embargada en lágrimas. Pablo y Pedro eran sus mejores amigos.

Lejos de impresionarse con la pregunta, el orador respondió con la misma franqueza:

–Sí, tenemos un derecho –el de vivir con la verdad y de aprender a no ser hipócritas, que es lo más sagrado– y de salvar el nombre de Simón de las arremetidas farisaicas, cuyas mañas conozco perfectamente, por conocer el antro oscuro de donde salí para conocer las claridades del Evangelio de redención.

La exposición verbal del ex rabino continuó con toda franqueza. De cuando en cuando, Bernabé tomaba la palabra, para volver a integrarse a la contienda desatada.

Durante el transcurso de la discusión, la figura de Pedro era la más impresionante por la augusta serenidad que demostraba en su semblante.

En aquellos rápidos instantes, el Apóstol galileo consideró la sublimidad de su trabajo en el campo de la batalla espiritual por las victorias del Evangelio. De un lado estaba Tiago, cumpliendo con una elevada misión junto al judaísmo y de sus actitudes conservadoras surgían incidentes, que en cierta forma servían para mantener la integridad de la iglesia de Jerusalén, levantada como punto inicial para la cristianización del mundo. Del otro lado, estaba la poderosa figura de Pablo, el amigo intrépido de los gentiles, ejecutando un trabajo sublime, y de sus actos heroicos surgía un torrente de luz para los pueblos idólatras. ¿Cuál era el mayor ante sus ojos y que convivía con el Maestro a través de sus enseñanzas en el Evangelio? En aquella hora, el ex pescador rogó a Jesús le concediera la inspiración necesaria para la fiel observancia de sus deberes. Sintió la espina de la misión clavada en su pecho, imposibilitado de justificarse por la sola intención de sus actos, a menos que provocara un escándalo mayor para la institución cristiana, que apenas empezaba a formarse. Con sus ojos humedecidos por el llanto, contemplaba a Pablo y a Bernabé, que debatían el punto y tuvo la impresión de ver nuevamente al Señor en el día del Calvario. ¡Ninguno lo comprendía! ¡Ni sus amados discípulos! Después de unos instantes, le pareció que lo estaba viendo expirar en la cruz del martirio. Una fuerza oculta le hizo observar con más atención el madero. La cruz del Cristo, ahora, parecía un símbolo de perfecto equilibrio. Una línea horizontal y una línea vertical, que ambas, cruzándose, formaban líneas rectas. Sí, el madero del suplicio le enviaba, en esos momentos, un silencioso mensaje. Era necesario ser justo, sin parcialidad o falsa inclinación. El Maestro amaba a todos por igual. Repartía los bienes eternos con todas las criaturas. Su mirar compasivo y magnánimo para gentiles y judíos, era para considerarlos hermanos. Ahora su sensibilidad experimentaba deseos de examinar conscientemente las circunstancias. Debía comprender a Tiago por sus cuidados amorosos para los israelitas, y a Pablo, por su dedicación extraordinaria, para que los ajenos al judaísmo conocieran la idea del Dios justo y amoroso.

El ex pescador de Cafarnaúm notó que la mayoría de la asamblea le dirigía las miradas. Los compañeros de Jerusalén dejaban percibir su cólera, por la extrema palidez de sus rostros. Todos parecían invitarlo a la discusión. Bernabé tenía los ojos colorados de llorar y Pablo cada vez parecía

más franco, reprochando la hipocresía con su lógica fulminante. El Apóstol Simón Pedro prefería el silencio, para no perturbar la fe ardiente de aquellos que se unían en la iglesia, bajo las luces del Evangelio. Midió la extensión de su responsabilidad en aquel minuto decisivo. Enojarse sería negar los valores del Cristo y perder sus obras; inclinarse hacia Tiago, sería parcialidad; dar absoluta razón a los argumentos de Pablo, tampoco sería lo justo. Trató de preparar su mente a las enseñanzas del Maestro y recordó su inolvidable sentencia: el que desee ser el mayor, que sea el siervo de todos. Ese precepto le proporcionó inmenso consuelo y una gran fuerza espiritual.

La polémica cada vez se hacía menos posible de controlar. La asamblea se entregaba a los cuchicheos en voz baja. Era de prever una franca explosión.

Simón Pedro se levantó. Su fisonomía estaba serena, pero sus ojos inundados de lágrimas, que poco podía hacer para contenerlas.

Valiéndose de una pausa más pronunciada, levantó su voz y apaciguó el tumulto:

–¡Hermanos! –dijo suavemente–. Mucho he errado en este mundo. No es ningún secreto para nadie, que llegué a negar al Maestro en el instante más doloroso para la vida del Evangelio. He tenido la oportunidad de medir la misericordia del Señor por la profundidad del abismo, patrimonio de mis debilidades. Erré mucho, mucho entre mis amados hermanos de Antioquía y pido perdón por mis faltas. Me someto a vuestro riguroso juzgamiento y ruego a todos que, a su vez, se sometan al juzgamiento del Altísimo.

La estupefacción fue general. Comprendiendo el efecto alcanzado, el pescador concluyó su justificación, diciendo:

–Reconocida la extensión de mis necesidades espirituales y recomendándome a vuestras preces, pasaremos, hermanos míos, a los comentarios del Evangelio en el día de hoy.

La asistencia estaba asombrada y esperaba que Simón Pedro hiciera un largo discurso en forma de represalia. Ninguno conseguía recobrase de la sorpresa. El Evangelio debería ser comentado por el mismo Apóstol galileo y antes de sentarse de nuevo, exclamó muy sereno:

–Pido a nuestro hermano Pablo de Tarso, el obsequio de consultar y comentar las anotaciones de Levi.

No obstante la incertidumbre general, el ex rabino consideró el elevado alcance de aquel pedido y en un momento, tan rápido como el relámpago, renovó sus sentimientos exaltados y ardientes y pasó a dar lectura de los pergaminos de la Buena Nueva.

La actitud ponderada de Simón Pedro había salvado a la naciente iglesia. Considerando los esfuerzos de Pablo y Tiago en sus justos valores, evitó el escándalo y la pelea en el recinto del santuario. A costas de su abnegación fraternal, el incidente pasó casi imperceptible en la historia de la cristiandad primitiva, ni aun la referencia que hizo Pablo en la epístola a los Gálatas, a pesar de su forma rígida, pudo dar idea del inminente peligro que se paró a tiempo para la institución cristiana, en aquel memorable día.

La reunión terminó en un ambiente más tranquilo. Simón se aproximó a Pablo y le felicitó por la belleza y la elocuencia del discurso. Tuvo deseos de volver al asunto que dio origen a la polémica, pero sólo se comentó ligeramente con referencias amistosas.

–El problema de los gentiles –le dijo Pedro– es de mucho interés y merece una atención muy especial. ¿Cómo podríamos exceptuar a las luces del Cristo a los que habían nacido alejados de las comunidades judaicas, si el mismo Maestro había afirmado que los discípulos llegarían de Oriente y Occidente?

La conversación amistosa reaproximó a Pablo y Bernabé, mientras el ex pescador discurría intencionalmente para calmar los ánimos.

El ex doctor de la Ley continuó defendiendo su tesis con sólida argumentación. Contrariado al principio por la benevolencia del galileo, al poco tiempo se serenó al comprender la capacidad de la actuación de Pedro. No obstante, el problema era bastante complejo.

–¿Transportar el Evangelio para el judaísmo, no sería asfixiar las posibilidades divinas? –preguntó Pablo, afirmando su punto de vista.

–¿Y el esfuerzo milenarista de los judíos? –preguntaba Pedro, advirtiendo, a su vez, que Jesús había afirmado su misión, respetando el cumplimiento de la Ley, no obstante, no era posible apartar a la nueva de la antigua revelación. Proceder de otro modo, sería lo mismo que arrancar del viejo tronco el gajo destinado a crecer con el tiempo.

Examinando aquellos poderosos argumentos, Pablo de Tarso recordó, entonces, que sería razonable promover en Jerusalén una asamblea de los

correligionarios más dedicados, para resolver el asunto con mayor amplitud. Los resultados, a su forma de ver, serían beneficiosos, por presentar una forma justa de acción, sin dar lugar a sofismas, tan al gusto y hábitos de los fariseos.

Como alguien que se siente agrado por encontrar la solución a un difícil problema, Simón Pedro aceptó de buen grado la propuesta, asegurando que la reunión se haría cuanto antes. Íntimamente consideró que sería óptima oportunidad para que los discípulos de Antioquía observaran las dificultades que había en Jerusalén.

Por la noche, todos los hermanos comparecieron a la iglesia para despedir a Simón Pedro y para hacer las preces habituales. Pedro oró con santificado fervor y la comunidad se sintió envuelta en beneficiosas vibraciones de paz.

El incidente había dejado perpleja a mucha gente, pero la actitud prudente y afable del ex pescador de Cafarnaúm consiguió mantener la cohesión general alrededor del Evangelio, para continuar las santificantes tareas.

Después de observar la plena reconciliación de Pablo y Bernabé, Simón Pedro regresó a Jerusalén con los mensajeros de Tiago.

En Antioquía la situación continuó inestable. Las discusiones estériles proseguían. La influencia judaizante combatía a los gentiles y cristianos libres, oponiendo tenaz resistencia al convencionalismo preconceptuoso. El ex rabino; mientras tanto, no descansaba. Convocó a reuniones en donde aclaró las finalidades de la asamblea que Simón le prometiera que iba a hacerse en Jerusalén, en la primera oportunidad. Combatiente activo, multiplicó las energías en la sustentación de la independencia del Cristianismo y prometió públicamente que traería cartas de la iglesia de los apóstoles galileos que garantizaran la posición de los gentiles en la doctrina consoladora de Jesús, desestimándose las imposiciones absurdas, como era la circuncisión.

Sus providencias y promesas daban lugar a nuevas luchas. Los rigurosos observadores de los antiguos preceptos, dudaban de semejantes concesiones por parte de Jerusalén.

Pablo no se desanimaba. Íntimamente, idealizaba su llegada a la iglesia de los apóstoles y pasaba revista en su imaginación superexcitada a toda la argumentación que iba a emplear y se veía como vencedor en la cuestión

que se delineaba ante sus ojos, como una esencial importancia para el futuro del Evangelio. Trataría de demostrar la elevada capacidad de los gentiles para los trabajos en nombre de Jesús. Contaría los éxitos obtenidos en la prolongada gira por más de cuatro años, a través de regiones pobres y casi desconocidas, donde los gentiles habían recibido las noticias del Maestro con alegría y comprensión, mucho más elevada que sus hermanos de raza. Extendiendo sus proyectos, creía oportuno que le acompañara el joven Tito, que aún siendo oriundo del paganismo y con sus diecinueve años cumplidos, representaba a la iglesia de Antioquía y era una de las más lúcidas inteligencias al servicio del Señor. Desde su venida de Tarso, Tito era como un hermano afectuoso. Se le notaba su índole laboriosa y Pablo le había enseñado el oficio de tejedor, siendo su sustituto en la tienda, por el tiempo que había durado su primera misión. El joven sería un eficaz exponente del poder renovador del Evangelio. Seguramente, cuando hablara en la reunión, sorprendería a los doctos con sus argumentos de alto tenor de exégeta.

Esperanzado, Pablo tomó las providencias para que el éxito de sus planes no fallara.

Después de cuatro meses, un emisario de Jerusalén traía la esperada noticia de Pedro, referente a la asamblea. Ayudado por Bernabé, el ex rabino aceleró los preparativos indispensables. En la víspera de partir subió a la tribuna y renovó las promesas de las concesiones esperadas por los gentiles, insensible a las irónicas sonrisas de algunos israelitas que disimulaban cautelosamente.

A la mañana siguiente, la pequeña caravana partió. La formaban Pedro y Bernabé, Tito y dos hermanos más, que iban en carácter de ayudantes.

Hicieron un viaje sin apuros, parando en todas las aldeas para pregonar la Buena Nueva, proporcionando curas y consolaciones.

Después de muchos días llegaron a Jerusalén, donde fueron recibidos por Simón con gran alegría. En compañía de Juan, el generoso apóstol le ofreció fraternal acogida. Se hospedaron todos en los lugares donde se albergaban numerosos necesitados y enfermos. Pablo y Bernabé observaron las modificaciones introducidas en la casa. Otros pabellones, aunque humildes, se extendían más allá, cubriendo una pequeña área.

—Los servicios aumentaron —explicó Pedro, bondadosamente—, los enfermos que nos golpean a las puertas todos los días, se multiplican. Fue necesario construir nuevas dependencias.

La hilera de catres parecía no tener fin. Lisiados y viejitos se distraían tomando sol, entre los árboles de la quinta.

Pablo estaba admirado por la amplitud de la obra. Momentos después, Tiago y otros compañeros venían a saludar a los hermanos de la institución antioqueña. El ex rabino miró al Apóstol que dirigía las pretensiones del judaísmo. El hijo de Alfeo, ahora, le parecía que estaba totalmente transformado. Sus facciones eran las mismas de un “maestro de Israel”, con todas las características de los hábitos farisaicos. No sonreía. Sus ojos dejaban percibir una presunción de superioridad, que rayaba en la indiferencia. Sus gestos eran medidos como los de un sacerdote del Templo en los actos ceremoniales. El tejedor de Tarso sacó sus conclusiones íntimas y esperó a la noche, donde se iniciarían las conversaciones preparatorias. A la luz de algunas antorchas se sentaron varias personas, que Pablo no conocía, alrededor de una amplia mesa. Eran nuevos cooperadores de la iglesia de Jerusalén, explicó Pedro, con bondad. El ex rabino y Bernabé no tuvieron muy buena impresión, a primera vista. Los desconocidos se asemejaban a las figuras clásicas del Sanedrín, con sus posiciones jerárquicas y convencionales.

Al entrar al recinto, el convertido de Damasco experimentó su primera decepción. Tiago, al observar que los representantes de Antioquía se hacían acompañar por un joven, preguntó:

–Hermanos, es justo que sepamos quién es el joven que traéis con vosotros a este discreto recinto. Nuestra preocupación está fundamentada en los preconceptos de la tradición que manda examinar la procedencia de la juventud, para que los servicios de Dios no sean perturbados.

–Este es nuestro valioso colaborador de Antioquía —explicó Pablo, entre orgulloso y satisfecho—, se llama Tito y representa una de nuestras grandes esperanzas en la siembra de Jesús Cristo..

El Apóstol lo miró discretamente y volvió a preguntar:

–¿Es hijo del pueblo elegido?

–Es descendiente de los gentiles –afirmó el ex rabino, casi con altivez.

–¿Circuncidado? –preguntó el hijo de Alfeo, celosamente.

–¡No!

Ese no de Pablo fue dicho con enfado. Las exigencias de Tiago lo estaban poniendo nervioso. Escuchando la negativa, el Apóstol galileo aclaró con firmeza:

–Entonces, pienso que no es justo admitido en la asamblea, porque aún no ha cumplido con todos los preceptos.

–Si es así, apelamos al buen sentido de Simón Pedro –dijo Pablo–, porque Tito es el representante de nuestra comunidad.

El ex pescador de Cafarnaúm estaba pálido. Estaba colocado en medio de dos grandes representantes del judaísmo y de los gentiles y tenía que decidir cristianamente el impase inesperado.

Como su intervención demoraba, el tejedor tarsense continuó:

–Por otra parte, esta cuestión iba a ser debatida en la asamblea, para establecer los legítimos derechos de los gentiles.

Simón, conociendo el ánimo de ambos contendores, se apuró a opinar, exclamando con tono conciliador:

–Sí, el asunto iba a ser debatido en esa asamblea. –y dirigiendo intencionalmente una mirada al ex rabino, prosiguió explicando–: Apelas a mi persona y acepto el recurso, mientras tanto, debemos estudiar la objeción de Tiago con más detenimiento. Se trata de un jefe dedicado y no sería justo despreciar sus cuidados. De hecho, el consejo discutirá estos casos, lo que indica que el asunto no está resuelto. Propongo, entonces, que el hermano Tito sea circuncidado mañana, para que participe de los debates con la inspiración superior que yo le conozco. Y con esa providencia, los horizontes quedarán totalmente aclarados, para tranquilidad general de los discípulos del Evangelio.

La sutileza del argumento, si bien no agradó a Pablo, satisfizo a la mayoría y el joven Tito regresó al interior de la casa, pasando al comienzo de la asamblea con las discusiones preliminares. El ex rabino estaba taciturno y abatido. La actitud de Tiago, las nuevas y extrañas providencias para ingresar al Evangelio y el gesto conciliador de Pedro, lo habían disgustado. Aquella imposición en el caso de Tito le pareció un crimen. Tenía ímpetu de regresar a Antioquía, acusados de hipócritas y “cristianos disfrazados” a los integrados judíos. Pero, ¿la carta de emancipación que había prometido a los gentiles? ¿No sería mejor meditar sobre sus sentimientos heridos, por amor a sus hermanos del ideal? ¿No era más justo esperar las deliberaciones definitivas y humillarse? El recuerdo que sus amigos contaban con su promesa lo calmó. Totalmente en desacuerdo, el convertido de Damasco acompañó atento los primeros debates. Las cuestiones iniciales daban una

idea de las grandes modificaciones que trataban de introducir en el Evangelio del Maestro.

Uno de los hermanos presentes llegó a manifestar que los gentiles debían ser considerados como el “ganado” del pueblo de Dios, bárbaros que interesaba someterlos por la fuerza, para ser empleados en los trabajos más pesados entre los escogidos. Otros, investigaban si los paganos eran semejantes a otros hombres que se habían convertido a Moisés y a Jesús. Un viejo de facciones rígidas, manifestaba que el hombre sólo podía convertirse después de circuncidado. Al margen del tema de los gentiles, entre otros, se tocó el de la alimentación, que debía regularse para no usar los alimentos impuros, así como también adecuar el proceso de ablución de las manos. Tiago argumentaba y discurría como profundo conocedor de todos los preceptos. Pedro escuchaba con gran serenidad. Nunca respondía cuando la tesis asumía el carácter de conversación y esperaba el momento oportuno para manifestarse. Solamente tomó actitud enérgica cuando uno de los componentes del consejo pidió que el Evangelio fuera incorporado al libro de los Profetas, quedando subordinado a la Ley de Moisés para todos sus posteriores efectos. Fue la primera vez que Pablo de Tarso notó que el ex pescador se mostraba intransigente y casi rudo, explicando el absurdo de semejante sugestión.

Los trabajos fueron suspendidos a elevada hora de la noche, en base a que era de preparación. Tiago recogió los pergaminos con las anotaciones efectuadas, oró de rodillas y la asamblea se dispersó hasta la nueva asamblea, que sería al día siguiente.

Simón buscó acompañar a Pablo y Bernabé, para dirigirse a las habitaciones para dormir.

El tejedor de Tarso estaba consternado. La circuncisión de Tito le parecía una derrota a sus principios intransigentes. No se conformaba y le hacía sentir a Simón Pedro la extensión de sus contrariedades.

–Pero, ¿qué tiene de importancia esa pequeña concesión? –le preguntaba Pedro, siempre afable–. Acaso, ¿no merece ese pequeño sacrificio ante lo que pretendemos realizar? Necesitamos de un ambiente pacífico para aclarar el problema de la obligatoriedad de la circuncisión. ¿No firmásteis compromiso alguno con los gentiles de Antioquía?

Pablo recordó la promesa que había hecho a los hermanos y agregó:

–Reconocemos la necesidad de que haya mucha calma para alcanzar las soluciones precisas. Las dificultades, en ese sentido, no es solamente para la iglesia antioqueña. Las comunidades de Cesarea, de Jope, como las de otras regiones, se encuentran atormentadas por esos trascendentes casos. Sabemos muy bien que todas las ceremonias externas son de evidente inutilidad para el alma, pero teniendo en vista los respetables principios del judaísmo, no podemos declarar guerra a muerte a sus tradiciones de un momento para otro. Es justo luchar con mucha prudencia para no ofender a nadie.

El ex rabino escuchó el consejo del Apóstol y recordando las luchas que él mismo había asistido en el ambiente judaico, se puso a meditar silenciosamente.

Unos pasos más adelante encontraron la amplia sala transformada en dormitorio para Pedro y Juan. Entraron. Mientras Bernabé y el hijo de Zebedeo se pusieron a conversar animadamente, Pablo se sentó al lado del ex pescador, sumergido en sus pensamientos.

Después de algunos instantes, el ex doctor de la Ley, saliendo de su abstracción, llamó a Pedro, diciéndole:

–Me cuesta concordar con la circuncisión de Tito, pero no veo otro recurso.

Atraídos por aquella confesión, Bernabé y Juan pusieron atención a esa conversación.

–Me inclino por ese tipo de providencia –continuó diciendo con amplia franqueza–, pero no puedo dejar de reconocer que es un hecho de la más alta demostración de fingimiento. Tengo que aceptar lo que de modo alguno contraría mi razonamiento. Casi me arrepiento de haber asumido compromisos con nuestros amigos de Antioquía, pero no sospechaba que la política abominable de las sinagogas había invadido totalmente la iglesia de Jerusalén.

El hijo de Zebedeo miró fijamente al convertido de Damasco. Con mucha atención, mientras que Simón Pedro respondía con serenidad:

–De hecho, que la situación es muy delicada, especialmente por el sacrificio de algunos compañeros muy apreciados y amados, que tienen serias dificultades religiosas, las que cada día se multiplican más.

Y echando una mirada por todo el dormitorio, como queriendo plasmar su pensamiento, continuó diciendo:

–Cuando se agravó la situación, medité sobre las posibilidades de irme hacia otra comunidad; después, acepté la lucha y reaccioné, pero una noche tan bella como ésta oraba en este mismo cuarto cuando percibí la presencia de alguien que se aproximaba despacito. Yo estaba de rodillas cuando la puerta se abrió con inmensa sorpresa para mí. ¡Era el Maestro! Su rostro era el mismo de los hermosos días de Tiberíades. Me miró con gravedad y a su vez dulcemente y me dijo: “Pedro, atiende a los ‘hijos del Calvario’ antes de pensar en tus caprichos”. La maravillosa visión duró unos minutos y después me puse a pensar en los viejitos necesitados, los ignorantes y enfermos que nos golpean las puertas. El Señor recomendaba más atención para los que seguían su cruz. Desde entonces, mi único deseo fue atenderlos.

El Apóstol tenía los ojos húmedos y Pablo demostraba estar impresionado con el relato, pues recapacitó sobre la expresión “hijos del Calvario” escuchada de los labios espirituales de Abigail, cuando la vio, en el silencio de la noche, al aproximarse a Tarso.

–En efecto, grande es la lucha –dijo el convertido de Damasco, pareciendo estar más tranquilo.

Y demostrando más convencimiento para examinar el realismo de la vida común, no obstante la belleza de las prodigiosas manifestaciones del plano invisible, volvió a decir:

–Sin embargo, necesitamos encontrar un medio de liberar las verdades evangélicas del convencionalismo humano. ¿Por qué razón desea predominar el fariseísmo en la iglesia de Jerusalén?

Simón Pedro contestó sin pensar mucho:

–Las mayores dificultades giran alrededor de la cuestión monetaria. Esta casa alimenta a más de cien personas diariamente, además del servicio de asistencia a los enfermos, a los huérfanos y desamparados. Para mantener el trabajo es necesario mucho valor y fe, porque las deudas contraídas con los proveedores de la ciudad son muchas e inevitables.

–Pero, ¿y los enfermos? –preguntó Pablo, con atención–. ¿No trabajan después de recuperados?

–Sí –explicó el Apóstol galileo–, organicé trabajos de plantación para los restablecidos. De esa forma, la casa no tiene necesidad de comprar hortalizas ni frutas. En cuanto a los mejorados, van tomando el cargo de enfermeros y pasan a atender a los que ingresan nuevamente. Esa providencia

permitió que no tuviéramos que pagar a los profesionales que atendían a los locos incurables o curas más difíciles. Como veis, esos detalles no fueron olvidados, y aún así, la iglesia está afectada económicamente, que sólo la cooperación del judaísmo puede atenuar.

Pablo comprendió que Pedro tenía razón. Mientras tanto, estaba ansioso por encontrar la independencia para los hermanos del ideal, exclamando:

—Entonces, lo que necesitamos aquí son elementos de servicio que hagan posible que la casa se pueda sustentar con recursos propios. Los huérfanos, los viejos y los hombres aprovechables podrán encontrar tareas que van más allá de las actividades agrícolas y que produzcan lo necesario para alcanzar la renta indispensable. Cada cual trabajará conforme a la capacidad de sus fuerzas, bajo la dirección de los hermanos más experimentados. La producción de esos trabajos garantizará la mantención general. Como sabemos, donde hay trabajo hay riquezas, y donde hay cooperación hay paz. Es el único recurso para emancipar a la iglesia de Jerusalén de las imposiciones del fariseísmo, cuyas artimañas conozco desde mis primeros días de vida.

Pedro y Juan estaban maravillados. La idea de Pablo era excelente. Llegaba justo en el momento en que las dificultades arreciaban y parecían no tener fin.

—El proyecto es extraordinario —dijo Pedro— y vendría a resolver grandes problemas que tenemos a cargo.

El hijo de Zebedeo, que tenía los ojos encendidos de alegría, agregó:

—¿Y el dinero? ¿Dónde vamos a encontrar los fondos necesarios para ese grandioso emprendimiento?

El ex rabino entró a meditar y aclaró:

—El Maestro nos ayudará en nuestros loables propósitos. Bernabé y yo hicimos extensas giras para sembrar la Buena Nueva del Evangelio y durante todo ese tiempo vivimos únicamente de nuestros propios trabajos. El de aceitero, yo de tejedor, en todos los lugares que hemos tocado. Realizada la primera experiencia, ahora podríamos volver a las mismas regiones y otras más, pidiendo recursos para la iglesia de Jerusalén. Probaríamos nuestro desinterés personal viviendo a costa de nuestro esfuerzo y recogeríamos la ayuda, conscientes de que si trabajamos por el amor del Cristo es justo pedir ayuda por ese mismo amor. La colecta vendría a establecer la libera-

ción del Evangelio en Jerusalén, porque representaría el material indispensable para sostener el personal capacitado y remunerado.

Estaba esbozando de esa forma el plan al cual el generoso Apóstol de los gentiles se sometería por el resto de su vida. En su desempeño sufriría crueles acusaciones, pero en el santuario de su corazón, dedicado y sincero, Pablo, entregado definitivamente para el servicio del apostolado, llevaría la colecta en favor de Jerusalén hasta el fin de su existencia terrestre.

Al escuchar sus futuros planes, Simón se levantó y lo abrazó conmovido:

–Sí, mi amigo, no fue en vano que Jesús te buscó personalmente en las puertas de Damasco.

Hecho poco vulgar en su vida, Pablo tenía los ojos llenos de lágrimas. Miró al ex pescador en forma inteligente, considerando íntimamente sus deudas de gratitud al Salvador, y murmuró:

–No haré más que cumplir con mi deber. Nunca podré olvidar que Esteban salió de las camas de esta casa, las que también me sirvieron para dormir y asistir a mi cuerpo.

Todos los presentes estaban sensibilizados. Bernabé comentó la idea con entusiasmo y enriqueció la misma con numerosos detalles.

Esa noche, los devotos discípulos del Cristo soñaron con la independencia del Evangelio en Jerusalén, exceptuada de absurdas imposiciones por la sinagoga.

Al día siguiente se procedió solemnemente a la circuncisión de Tito, bajo la cuidadosa dirección de Tiago y con la profunda repugnancia de Pablo de Tarso.

Las asambleas nocturnas continuaron por más de una semana. En las primeras noches se preparó el terreno para después entrar abiertamente en la causa de los gentiles. En ese proceso, el ex pescador de Cafarnaúm solicitó a los representantes de Antioquía expusieran su impresión de las visitas a los paganos de Chipre, Psidia y Laconia. Pablo, fundamentalmente contrariado con las exigencias aplicadas a Tito, pidió a Bernabé que hablara en su nombre.

El ex levita de Chipre hizo un extenso relato de todos los hechos, provocando inmensa sorpresa a cuantos le escuchaban sobre el inmenso poder

del Evangelio, entre aquellos que aún no tenían asimilado su creencia. Después y atendiendo a la petición de Pablo para que hablara, lo hizo Tito, exponiendo su interpretación de las enseñanzas del Cristo y demostró poseer hermosos dones de profecías, haciendo que el propio Tiago le abrazara más de una vez conmovido.

Al término de los trabajos, se discutía aún la obligatoriedad de la circuncisión para los gentiles. El ex rabino seguía el debate silencioso, admirado del poder de resolución y tolerancia de Simón Pedro.

Cuando el ex pescador reconoció que las divergencias proseguían indefinidamente, se levantó y pidió la palabra, haciendo la generosa y sabia exhortación de que los Hechos de los Apóstoles (15: 7-11) también es noticia:

–Hermanos –comenzó Pedro, enérgico y sereno–, bien sabéis que desde hace mucho tiempo Dios nos eligió para que los gentiles oyesen las verdades del Evangelio y creyeran en su Reino. El Padre, que conoce los corazones, dio a los circuncisos la palabra del Espíritu Santo. En el día glorioso del Pentecostés las voces hablaron en la plaza pública de Jerusalén, para los hijos de Israel y para los paganos. El Todopoderoso determinó que las verdades fueran anunciadas indistintamente. Jesús afirmó que los cooperadores del Reino llegarían de Oriente y de Occidente. No comprendo tantas controversias, cuando la situación es tan clara para nuestros ojos. El Maestro ejemplificó la necesidad de armonizamos constantemente, decía que los doctores del Templo frecuentaban la casa de los publicanos, tenía buen ánimo para estimular a los que caían en la desesperación y aceptó el último suplicio entre los ladrones. ¿Por qué motivo debemos aislar y exceptuar las enseñanzas que deben ser para todo el mundo, imponiéndoles determinadas pretensiones sectoriales? Otro argumento que no debemos olvidar es la llegada del Evangelio, cuando teníamos la Ley. Si el Maestro la aportó con enormes sacrificios, ¿es justo que nosotros las enclaustramos en las tradiciones convencionales, olvidando el campo santificado del trabajo? ¿No mandó el Cristo que pregonáramos la Buena Nueva a todas las naciones? Es verdad que no podemos despreciar el patrimonio de los israelitas. Tenemos que amarnos como hijos de la Ley que somos, pero debemos tener en cuenta las elevadas experiencias que nos llegan al corazón a través de cuantos precedieron al Cristo en la tarea milenaria de preservar la fe en el Dios único, pero ese reconocimiento debe propender para que nuestras almas realicen el esfuerzo para la redención de todas las

criaturas sin excepción. Abandonar a los gentiles a su propia suerte, sería lo mismo que crear un duro cautiverio, en vez de practicar el amor que comprende a todos los pecadores. Por el hecho de saber comprendernos entre los judíos y de estimar los preceptos divinos, es que necesitamos establecer la mejor fraternidad con los gentiles, convirtiéndolos en elementos de fructificación divina. Creemos que Dios nos purifica el corazón por la fe y no por las ordenanzas del mundo. Si hoy rendimos gracias por el glorioso triunfo del Evangelio, que instituyó nuestra libertad, ¿cómo imponer a los nuevos discípulos un yugo que, íntimamente, no podemos soportar? Supongo, entonces, que la circuncisión no debe ser obligatoria para todos los que deseen convertirse al amor de Jesús Cristo, y creo que sólo nos salvaremos por el favor divino del Maestro, que nos hace extensiva su invitación a nosotros y a ellos también.

La palabra del Apóstol cayó en la afiebrada asamblea como un balde de agua fría. Pablo estaba radiante, mientras que Tiago no conseguía ocultar tal desentendimiento.

La exhortación del ex pescador daba margen a numerosas interpretaciones, se hablaba del respeto amoroso a los judíos y se refería también a un yugo que no se podía soportar. Sin embargo, nadie osó negarle la prudencia y el buen sentido aplicado.

Terminada la oración, Pedro rogó a Pablo que hablara de sus impresiones personales, respecto a los gentiles. Más animado, el ex rabino tomó la palabra por primera vez en el consejo e invitó a Bernabé para hacer el comentario general; ambos apelaron para que la asamblea concediera la independencia a los paganos, respecto a la circuncisión.

Había en el ambiente una nota de satisfacción general. Las observaciones de Pedro calaron a fondo en el alma de todos los compañeros. Fue entonces que Tiago tomó la palabra y, viéndose casi solo en su punto de vista, aclaró que Simón Pedro había sido muy inspirado, pero pidió tres enmiendas para que la situación quedara bien aclarada. Los paganos quedaban exceptuados de la circuncisión, pero debían asumir el compromiso de apartarse de la idolatría, evitar la lujuria y abstenerse de comer carne de animales cansados.

El Apóstol de los gentiles estaba satisfecho. ¡Había sido removido el peor de los obstáculos!

Al día siguiente los trabajos fueron cerrados, labrándose las resoluciones en pergamino. Pedro providenció que cada hermano tuviera consigo una carta, como prueba de las deliberaciones, en virtud de que Pablo así se lo pidió, además, debía mostrar el documento que representaba la emancipación de los gentiles.

Cuando se quedaron a solas, Pedro le preguntó por sus impresiones personales sobre los trabajos y el ex doctor de la Ley aclaró con una inmensa sonrisa:

—¡Estoy totalmente satisfecho! Quedó resuelto el más difícil de los problemas. La obligatoriedad de la circuncisión representaba un crimen ante mis ojos. En lo que respecta a las enmiendas de Tiago, no me afectan, porque la idolatría y la lujuria son hechos detestables para la vida particular de cada uno, y en cuanto a la alimentación, supongo que todo cristiano podrá comer como mejor le parezca, siempre que los excesos sean evitados.

Pedro sonrió y explicó al ex rabino sus nuevos planes. Comentó, esperanzado, la idea de la colecta general en favor de la iglesia de Jerusalén y demostrando su peculiar prudencia, habló preocupado:

—Tu proyecto de gira y propaganda de la Buena Nueva, para procurar recursos y solucionar nuestros serios problemas, me causa mucha satisfacción, mientras que vengo reflexionando sobre la situación de la iglesia de Antioquía. Por lo que pude observar personalmente, veo que la iglesia necesita de servidores dedicados que se vayan sustituyendo en los trabajos de cada día. Tu ausencia, al igual que la de Bernabé, traerá dificultades si no tomamos las providencias necesarias. Es por eso que te ofrezco la cooperación de dos devotos compañeros, que muchas veces me han sustituido en los casos de más responsabilidad. Se trata de Silas y Barsabás, dos discípulos amigos de los gentiles y de los principios liberales. De vez en cuando entran en fricción con Tiago, como es natural, y según creo, serán óptimos ayudantes de tu programa.

Pablo vio en lo enunciado la providencia que tanto necesitaba. Al igual que Bernabé, que participaba de la conversación, agradeció al ex pescador. La iglesia de Antioquía tenía, ahora, los medios necesarios que los trabajos evangélicos requerían. La medida propuesta les era muy grata, porque desde hacía mucho tiempo a Silas le tenía una gran simpatía, presumiendo que era un compañero leal, trabajador y dedicado.

Los misioneros de Antioquía todavía permanecieron tres días más en la ciudad, después de cerrados los trabajos del consejo, tiempo que aprovechó Bernabé para descansar en la casa de su hermana. Pablo no aceptó la invitación de la hermana, María Marcos, y permaneció en la iglesia, estudiando la situación futura, en compañía de Simón Pedro y de los dos nuevos colaboradores.

En una atmósfera de gran armonía, los trabajadores del Evangelio versaron sobre las necesidades del proyecto.

Hecho digno de mencionar fue la reclusión de Pablo junto a los apóstoles galileos, que no salieron a la calle para no entrar en contacto con el pasado tumultuoso de su vida de doctor de la Ley.

Finalmente todo quedó pronto y ajustado y la misión se disponía a regresar. En todas las fisonomías se veía un gesto de gratitud y de esperanza para los días futuros. Mientras tanto, se observó un detalle curioso y digno de destacar. La hermana de Bernabé, después de preparado convenientemente, volvió a ofrecerle la cooperación de su hijo Juan Marcos, en un nuevo intento para adaptarse al servicio del Evangelio. Considerando la buena intención con que se lo pidiera, al ex levita de Chipre le pareció innecesario consultar a Pablo. El ex rabino no se inmutó por la decisión. Recibió la noticia de Bernabé un tanto admirado, abrazó al joven afectuosamente y esperó que el discípulo de Pedro se pronunciara respecto al futuro.

El grupo, acrecentado con Silas, Barsabás y Juan Marcos, se puso en camino hacia Antioquía, con las mejores disposiciones en sus almas.

En cada lugar que paraban, instruían sobre las verdades eternas y hacían las curas en nombre del Señor.

Cuando llegaron a su destino, fueron recibidos con grandes expresiones de alegría por parte de los gentiles y se pusieron inmediatamente a organizar los planes de trabajo. Pablo expuso el propósito de volver a las comunidades cristianas que habían sido fundadas, extendiendo la gira evangélica hacia otras regiones donde el Cristianismo todavía no era conocido. El plan mereció aprobación general. La institución antioquense quedaba reforzada con la colaboración directa de Barsabás y Silas, los dos compañeros dedicados que habían constituido dos fuertes columnas de trabajo en Jerusalén.

Presentado el relato verbal de los esfuerzos en perspectiva, Pablo y Bernabé entraron a decidir sobre las disposiciones particulares del caso.

–Ahora –dijo el ex levita de Chipre– espero que concuerdes con mi resolución referente a Juan.

–¿Juan Marcos? –preguntó Pablo admirado.

–Sí, deseo llevarlo con nosotros, para volver a adecuarlo a nuestro tipo de trabajo evangélico.

El ex rabino frunció el entrecejo, en un gesto muy suyo, demostrando estar contrariado, y exclamó:

–No estoy de acuerdo, tu sobrino todavía es muy joven para hacer este nuevo intento.

–Sin embargo, yo prometí a mi hermana tenerlo junto a mí para los trabajos evangélicos.

–No puede ser.

Se estableció entre los dos una serie de palabras, en donde Bernabé dejaba entrever su descontento. El ex rabino trataba de justificarse, mientras que el discípulo de Pedro insistía con el compromiso contraído. La puja prosiguió y el ex rabino no se dejaba convencer, alegando que volver a admitir a Juan Marcos no era justo, pues podría volver a fallar y no afrontar los compromisos asumidos. Recordaba las persecuciones de Antioquía y Psidia, las enfermedades inevitables, los dolores morales pasados en Iconio y el apedreamiento sufrido en la plaza de Listra. ¿Acaso el joven estaría preparado, en tan poco tiempo, para comprender el alcance de todos esos acontecimientos, donde el alma era impulsada a satisfacerse únicamente con recibir el testimonio de su obra?

Bernabé estaba abatido y con los ojos humedecidos. Finalmente dijo con tono conmovedor:

–Ninguno de esos argumentos me convence ni me aclara nada en conciencia. Primero, no veo por qué debemos deshacer nuestros lazos afectivos...

El ex rabino no lo dejó terminar y agregó:

–Eso nunca. Nuestra amistad está por sobre cualquier circunstancia. Nuestros lazos son sagrados.

–Pues bien –acentuó Bernabé–, ¿cómo debo, entonces, interpretar tu rechazo? ¿Por qué negarle al joven una nueva experiencia de trabajo regenerador? ¿No será una falta de caridad despreciar un camino que puede resultar providencial?

Pablo se fijó un rato largo en el amigo y agregó:

—Mi intuición, en ese sentido, es diferente a la tuya. Casi siempre, Bernabé, la amistad en Dios es incompatible con la amistad del mundo. Muchas veces, siendo fieles a la ejecución del deber, las nociones del mundo se levantan contra nosotros. Parecemos malos e ingratos. Pero escúchame: ninguno encontrará cerradas las puertas de la oportunidad, porque es el Todopoderoso quien las abre. La ocasión es la misma para todos, pero los campos de trabajo muchas veces son diferentes. En el trabajo propiamente humano, las experiencias pueden renovarse cada día. Eso es justo. Pero respecto a los servicios hacia el Padre, si interrumpimos la tarea comenzada, es señal que aún no tenemos la experiencia indispensable, como debe ser para el hombre maduro. Si la criatura aún no tiene las nociones sobre su vida y deberes terrestres, ¿cómo podrá entregarse con éxito al servicio divino? Naturalmente que no podremos justipreciar si éste o aquél ya está pronto para ejecutar el trabajo espiritual para el servicio del Evangelio, porque en ese particular, se revela por sí mismo. Por eso creo que tu sobrino alcanzará esa posición con un poco más de lucha. Mientras tanto, estamos obligados a considerar que esta vez no vamos a intentar una experiencia, sino un testimonio. ¿Comprendes ahora la diferencia?

Bernabé comprendió el inmenso alcance de aquellas razones irrefutables y se calló, para luego de unos instantes decir:

—Tienes razón. En esta oportunidad no podré acompañarte.

Pablo sintió toda la tristeza que embargaba el alma de su compañero y después de meditar largo tiempo, agregó:

—No nos pongamos tristes. Estoy reflexionando en la posibilidad de partir con Juan Marcos hacia Chipre. Allí encontraría un campo apropiado a los trabajos que le hacen falta y al mismo tiempo cuidará de la organización que fundamos en la isla. Dentro de ese plan, continuaremos en perfecta cooperación, así como también en lo que se refiere a la colecta para la iglesia de Jerusalén. Innecesario es decir la utilidad que tendrá tu presencia en Nea-Pafos y Salamina. En lo que respecta a mí, llevaría a Silas e iríamos hacia Tarso, así la iglesia de Antioquía quedará resguardada con la cooperación de Barsabás y Tito.

Bernabé se puso contentísimo. El proyecto le pareció admirable. Pablo representaba, a sus ojos, el compañero de las soluciones oportunas.

A los pocos días, cuando iban a tomar el camino hacia Chipre, donde iría a servir a Jesús, Pablo consideraba su prosecución del viaje hacia Roma, como complemento de su itinerario, mientras Bernabé y su sobrino se abrazaron a Pablo, como dos hermanos muy amados, que el Maestro llamaba a trabajar con diferentes destinos.

PERSECUCIONES Y SACRIFICIOS

En compañía de Silas, que se armonizaba con sus aspiraciones de trabajo, el ex rabino partió de Antioquía, internándose por las montañas hasta alcanzar su ciudad natal, después de enormes dificultades. Al poco tiempo de estar juntos, el compañero indicado por Simón Pedro se había habituado a su método de trabajo. Silas era de temperamento pacífico y enriquecido por notables cualidades espirituales, dedicado integralmente al divino Maestro. Pablo, a su vez, estaba plenamente satisfecho de su colaboración. Recorriendo palmo a palmo los largos caminos, su alimentación era muy reducida, casi de frutas silvestres, eventualmente encontradas. El discípulo de Jerusalén, sin embargo, demostraba alegría uniforme en todas las circunstancias atravesadas.

Antes de llegar a Tarso, pregonaron la Buena Nueva por todo el trayecto del viaje. Soldados romanos, esclavos, caravaneros humildes, todos recibieron de sus labios las confortadoras noticias de Jesús. Y no fueron pocos los que en forma apresurada escribieron las anotaciones de Levi, prefiriendo las que más se ajustaban a su caso particular. Por ese proceso, el Evangelio se iba difundiendo cada vez más, llenando de esperanza los corazones.

En la ciudad que lo viera nacer, sintiéndose más dueño del terreno, esparció la Buena Nueva en medio de una alegría desbordante. Muchos admiraron al coterráneo, que cada vez estaba más transformado, otros proseguían con la ingrata tarea de ser irónicos y lamentablemente olvidarse de su propio progreso espiritual. Mientras tanto, Pablo se sentía fuerte en la fe como nunca. Pasó frente a la casa que lo viera nacer, observó el lugar ameno donde jugó en sus primeros tiempos de la infancia, contempló el campo de deportes donde manejara el carro romano arrastrado por dos veloces corceles, pero afrontaba las recordaciones sin hacerle daño, porque todo lo había entregado al Cristo, como patrimonio de sacrificio, pues había decidido cumplir con su mandato divino.

Después de una breve permanencia en la capital de Cilicia, Pablo y Silas trataron de alcanzar las cimas de Tauro, emprendiendo una nueva etapa de la peregrinación.

Noches sin techo, numerosos sacrificios, amenaza de malhechores, enormes peligros fueron enfrentados por los misioneros, que todas las noches entregaban al Divino Maestro los resultados de la cosecha, y por la mañana, rogaban a su misericordia, que no le faltara la oportunidad de trabajar, por más dura que fuera la tarea.

Con esa confianza activa llegaron a Derbe, donde el ex rabino abrazó conmovido a los amigos que había conquistado, después de la dolorosa convalecencia sucedida en la primera gira.

El Evangelio continuaba extendiendo sus rayos de acción por todos los lugares. El convertido de Damasco, en el desdoblamiento natural del trabajo, comenzó a recibir noticias de Timoteo. El joven hijo de Eunice, por lo que le informaron, había enriquecido en forma prodigiosa los conocimientos recibidos. La pequeña cristiandad de Derbe le debía algunos beneficios. En muchas oportunidades, el nuevo discípulo había llegado al lugar en misiones activas. Esparcía curas y consuelos. Su nombre era bendecido por todos. Con gran alegría, el ex rabino abandonó el lugar para ir hacia Listra, después de haber efectuado su fecundo trabajo evangélico.

Loide lo recibió, al igual que a Silas, con la misma satisfacción de la primera vez. Todos querían saber sobre Bernabé y Pablo informaba placenteramente a los solicitantes. Esa tarde, el convertido de Damasco abrazó a Timoteo con inmensa alegría. El joven venía del trabajo diario, que lo hacía junto a los rebaños. En pocos minutos, conocía extensamente sus progresos y conquistas espirituales. La comunidad de Listra era rica en gracias. El joven cristiano había conseguido la renovación de mucha gente. Dos judíos de los más influyentes en la administración pública, destacados entre los que promovieron la lapidación de Pablo, ahora eran seguidores de la doctrina del Cristo. Además, se estaba construyendo una iglesia, cuya función era la de cobijar a los enfermos y dar asilo a los desamparados, como un verdadero nido de amor. Pablo desbordaba de alegría.

Aquella misma noche hubo en Listra una gran asamblea. El apóstol de los gentiles encontró un ambiente afectuoso, que le brindaba gran consuelo espiritual. Expuso el objetivo de su viaje, revelando la preocupación sobre la difusión del Evangelio y la forma indirecta de ayudar a la iglesia de Jerusalén. Como sucedió en Derbe, los compañeros contribuyeron con el máximo posible. Pablo no cabía en sí de contento, observando el triunfo tangible del esfuerzo de Timoteo en las clases populares.

Aprovechando su pasada por Listra, la bondadosa Loide le confidenció sus necesidades particulares. Ella y Eunice tenían parientes en Grecia, por parte del padre de su nieto, los que reclamaban su presencia personal, para que no le faltara la ayuda afectuosa. Los recursos que tenían en Listra pronto se les iba a terminar. Por otra parte, deseaba que Timoteo se dedicara al servicio de Jesús. La generosa viejita y su hija proyectaban cambiar definitivamente y consultaban al Apóstol sobre la posibilidad de aceptar al joven durante algún tiempo. El motivo era que tomara mayores conocimientos y prácticas y, además, les facilitaría trasladarse para ese lugar distante.

Pablo accedió de muy buen grado. Aceptaba la cooperación de Timoteo con sincero placer. El joven, llegado el momento y conociendo la decisión, no sabía cómo expresar su reconocimiento.

En las vísperas de la partida, Silas entró prudentemente en el asunto y preguntó al Apóstol si no era importante circuncidar al joven para que el judaísmo no perturbara los trabajos apostólicos. Para su argumentación, recurrió a los hechos sucedidos en la iglesia de Jerusalén. Pablo meditó bastante sobre lo propuesto y la necesidad de esparcir el Evangelio sin escándalos y aceptó la sugerencia. Timoteo tenía que pregonar públicamente. Conviviría con los gentiles, pero en contacto directo con los israelitas, señores de las sinagogas y de otros centros, de donde la religión era dirigida para el pueblo. Era justo reflexionar sobre el particular, para que el joven no fuera molestado en su compañía.

El hijo de Eunice obedeció sin titubeos. A los pocos días, se despedían de todos los hermanos y de las generosas mujeres que, embargadas por el llanto, hacían votos de paz en Dios. Los misioneros se dirigieron hacia Iconio, llenos de valor y con el firme propósito de servir a Jesús.

En el espíritu amoroso de la pregonación y fraternidad, demostrando el poder del Evangelio redentor sobre las almas, jamás olvidaron la ayuda que necesitaba la iglesia de Jerusalén. Los discípulos visitaron todas las pequeñas aldeas de Galacia, demorando un poco más de tiempo en Antioquía de Psidia, donde trabajaron de alguna forma para mantenerse a sí mismos.

Pablo estaba muy satisfecho. Sus esfuerzos, en compañía de Bernabé, no habían sido en vano. En los lugares más lejanos, cuando menos lo esperaba, surgían noticias de las iglesias anteriormente fundadas. Se podía ob-

servar la obra de beneficio a los necesitados y las mejoras que se hacían a los enfermos, como el dar consuelo a los que se encontraban en angustiosas condiciones espirituales. El Apóstol experimentaba la alegría del sembrador, que empieza a ver las primeras flores de su siembra, demostrando que la tierra es fértil, siempre que se desee trabajarla.

Los emisarios de la Buena Nueva atravesaron Frigia y Galada sin persecuciones de gran significado. El nombre de Jesús ahora se pronunciaba con más respeto.

El ex rabino continuaba en franca actividad para difundir el Evangelio en Asia, cuando una noche, después de las preces habituales, escuchó una voz que le decía con amoroso acento:

–Pablo, ¡sigamos adelante!... ¡Llevemos la luz del Cielo a otras sombras, otros hermanos te esperan en el camino del infinito! ...

Era Esteban, el amigo de todos los minutos de su vida, que representando al Maestro Divino, estaba junto al Apóstol de los gentiles y lo invitaba a seguir sembrando por otros rumbos.

El valeroso emisario de las verdades eternas comprendió que el Señor le reservaba nuevos campos para trabajar. Al día siguiente informó a Timoteo y a Silas de lo sucedido y terminó diciendo inspiradamente:

–Creo que el Maestro me llama para cumplir con nuevas tareas. Además, es justo, pues reconozco que estas regiones recibieron la simiente divina.

Y después de una pausa, agregó:

–Esta vez no hemos encontrado muchas dificultades. Con Bernabé tuvimos que afrontar expulsiones, cárceles, azotes y ser apedreados duramente... Ahora, nada de eso sucedió. Quiere decir, que por estos lugares existen bases seguras para la victoria del Cristo. Por lo tanto, es necesario caminar por donde haya obstáculos y vencerlos, para que el Maestro sea conocido y glorificado, pues nosotros estamos entregados a una batalla y no debemos despreciar ningún frente que se nos presente.

Los dos discípulos escucharon y trataron de meditar la grandeza que contenían esos conceptos.

Transcurrida una semana, emprendieron el viaje a pie hacia Misia, no obstante, Pablo intuyó que no sería allí donde se tendría que trabajar por la difusión. Pensó en dirigirse hacia Bitinia, pero la voz que el generoso

Apóstol interpretaba que provenía del “Espíritu de Jesús”¹, le sugirió el cambio del destino, induciéndolo a descender hacia Troade. Una vez llegado al lugar, alquilaron una habitación en una modesta hospedería, donde reposaron del cansancio agotador. No obstante, Pablo tuvo una visión espiritual, donde vio a un hombre de Macedonia, que lo identificó por su ropaje, que le hacía señas y exclamaba: “Ven a ayudarnos”. El ex doctor interpretó que era una orden de Jesús, respecto a sus nuevos trabajos. Por la mañana puso al tanto a sus compañeros, sin dejar de contemplar la extrema dificultad que sobrevendría por causa del viaje por mar, al estar faltos de recursos económicos.

–Sin embargo, tengo fe que el Maestro nos facilitará lo necesario.

Silas y Timoteo guardaron respetuoso silencio.

Salieron a la calle llena de sol y por la mañana el Apóstol fija su mirada en una casa de comercio y se dirige hacia ella con una gran alegría. Era Lucas que parecía estar de compras.

El ex rabino se acercó con los discípulos y lo golpeó cariñosamente en el hombro:

–¿Qué haces por aquí? –le dijo Pablo con una gran sonrisa.

Se abrazaron alegremente. El pregonador del Evangelio presentó al médico a los nuevos compañeros, entrando a comentarle sobre los nuevos objetivos de la gira por aquellos lugares. Lucas, a su turno, explicó que hacía dos años era encargado de los servicios médicos a bordo de una embarcación, que estaba anclada cerca del lugar, en tránsito para Samotracia.

Pablo recibió la información con gran interés. Muy impresionado con el encuentro, le dio a conocer lo planeado y que se iba a realizar en la ruta programada, así como también le habló de la videncia de la víspera.

Y convencido de la asistencia del Maestro en aquel instante, hablaba con seguridad:

–Estoy seguro que el Señor nos envía los recursos necesarios por medio de tu persona. Necesitamos transportarnos a Macedonia, pero estamos sin dinero.

¹ Los hechos de los Apóstoles, 16: 7. (Nota de Emmanuel).

–Respecto a eso –respondió Lucas–, no te preocupes. Si bien no tengo fortuna, por lo menos tengo dinero a cobrar. Seremos compañeros de viaje y pagaré lo que fuera necesario con inmensa satisfacción.

La conversación siguió animada, comentando al amigo las conquistas que había hecho a favor de Jesús. En sus viajes había aprovechado todas las oportunidades para difundir el Evangelio. Cuando contó que estaba solo en el mundo, con la partida de su madre hacia la esfera espiritual, Pablo le hizo una nueva observación, acentuando:

–Mira, Lucas, si no tienes compromisos inmediatos, ¿por qué no te dedicas enteramente a los trabajos del Maestro Divino?

La pregunta produjo cierta emoción al médico, como si fuera casi una revelación. Pasada la sorpresa, Lucas agregó, un tanto indeciso:

–Sí, pero debo considerar los deberes que me impone la profesión...

Pablo volvió a tomar la palabra y le replicó con firmeza:

–¡El Maestro Jesús fue el Divino Médico para el mundo entero! Hasta ahora ha curado cuerpos, que de cualquier forma, tarde o temprano, tendrán que morir. Entonces, ¿tratar el espíritu, no será un esfuerzo mucho más útil? Con eso, no quiero decir que deba despreciarse la medicina del mundo, pero esa tarea quedaría para aquellos que todavía no tienen los valores espirituales que tú posees. Siempre creí que la medicina para el cuerpo no deja de ser una experiencia sagrada, que el hombre no podrá prescindir hasta que resuelva entregarse a la experimentación divina e inmutable de la cura espiritual.

Lucas meditó seriamente en esas palabras y contestó: –Tienes razón.

–¿Quieres cooperar con nosotros en la evangelización de Macedonia? –preguntó el ex rabino, sintiéndose triunfante.

–Iré contigo –concluyó Lucas.

Entre los cuatro discípulos del Cristo hubo mucha alegría.

Al día siguiente la misión navegaba hacia Samotracia. Lucas explicó, como mejor pudo, al comandante de la nave para obtener el permiso que lo exceptuara del servicio durante un año. Lucas había encontrado un sustituto, lo que facilitó las cosas para el comandante, viendo aprobada su petición.

A bordo, como lo hacía en todas partes, Pablo aprovechó todas las oportunidades para pregonar. Los menores detalles resultaban grandes temas

evangélicos en su raciocinio superior. El mismo comandante, romano de buen temple, se entregaba a gusto para escucharlo, dado que le agradaba su forma de exponer los puntos evangélicos.

En ese viaje fue donde Pablo trabó relaciones con un gran número de simpatizantes del Evangelio, haciendo muchos amigos, que luego citaría en futuras epístolas.

Una vez desembarcados, los misioneros, enriquecidos con la cooperación de Lucas, descansaron dos días en Neápolis, prosiguiendo poco después hacia Filipos. Casi a las puertas de la ciudad, Pablo sugirió que Lucas y Timoteo se dirigieran por otros caminos hacia Tesalónica, donde más tarde se reunirían nuevamente los cuatro. Con ese programa, ni una sola aldea quedaría sin ser visitada y sembrada la simiente del Reino de Dios. La idea fue aprobada con satisfacción.

Lucas no dejó de preguntar si Timoteo era circuncidado. Conocía las mañas de los judíos y no deseaba tener fricción en sus trabajos iniciales.

–Ese problema –aclaró el Apóstol de los gentiles– ya fue atendido oportunamente. Las dos humillaciones infligidas a un joven compañero que llevé a Jerusalén, que no pudo participar al consejo de la sinagoga, pero sí a la reunión de la iglesia, me hizo reflexionar en la situación de Timoteo, que necesitará, muchas veces, de los favores de los israelitas en el transcurso de nuestra peregrinación. Hasta que Dios realice la circuncisión de tantos corazones endurecidos, es indispensable que actuemos con cierta prudencia, sin fricciones que echen a perder nuestros esfuerzos.

Aclarado el asunto, entraron en la ciudad donde el médico y el joven de Listra descansarían un poco antes de tomar el rumbo de Tesalónica.

Se hospedaron en un albergue casi miserable, que la población reservaba a todos los extranjeros. A la tercera noche, los amigos de Jesús se dirigieron a la casa de la oración que quedaba a la orilla del río. Filipos no tenía sinagoga y el santuario destinado a las preces, aunque tuviera el título de “casa”, no era más que un lugar ameno de la Naturaleza, rodeado de muros en ruinas.

Conociendo la situación religiosa de la ciudad, Pablo se dirigió con sus compañeros hacia el lugar. Muy sorprendidos, los misioneros no encontraron más que algunas señoras y niñas en oración. El ex rabino entró decididamente en el círculo femenino y habló de los objetivos del Evangelio, co-

mo si estuviera delante de un gran número de público. Las mujeres estaban magnetizadas por su palabra ardorosa y sublime. Discretamente se secaban las lágrimas que le rodaban por los rostros, al escuchar las palabras sobre la vida del Maestro. Una de las presentes, llamada Lidia, viuda y muy generosa, se aproximó a los misioneros y se confesó que desde ese instante se había convertido al Salvador esperado y les ofrecía su propia casa para fundar la nueva iglesia.

Pablo de Tarso contempló a la mujer serenamente. Al escuchar esa voz desbordante de cristalina sinceridad, recordó que en Oriente, en el inolvidable día del Calvario, sólo las mujeres habían acompañado a Jesús en el doloroso trance, siendo las primeras criaturas que lo habían visto en su gloriosa resurrección. Una vez más, eran ellas, que en dulce reunión espiritual, recibían la palabra del Evangelio en Occidente. En silenciosa contemplación, el Apóstol de los gentiles miró al gran número de niñas que se encontraban arrodilladas bajo la sombra cariñosa de los árboles. Al observarle sus claros trajes, tuvo la impresión que estaba viendo a su frente una bandada de blancas palomas, prontas a lanzarse en vuelo hacia las gloriosas enseñanzas del Cristo, por los cielos maravillosos de Europa.

Fue por eso, que contrariando la expectativa de sus compañeros, el enérgico pregonador respondió a Lidia con tono afable:

–Aceptamos vuestro hospedaje.

Desde aquel instante, surgió entre Pablo de Tarso y la cariñosa iglesia de Filipos, la más hermosa amistad.

Lidia, cuya casa estaba muy bien puesta y abundaba de todo lo necesario, gracias al comercio de la púrpura, recibió a los discípulos del Mesías con gran alegría. Mientras tanto, Lucas y Timoteo continuaban el viaje. Silas y el ex doctor de Jerusalén se dedicaban al servicio del Evangelio entre los filipenses.

La ciudad se caracterizaba por su espíritu romano. Existían, en varias calles, templos dedicados a los antiguos dioses. Y como apenas las mujeres eran las que frecuentaban el recinto de la casa de las oraciones, Pablo, con el arrojo que le caracterizaba, programó hacer pregonaciones del Evangelio en la plaza pública.

En esa época Filipos tenía una pitonisa que era célebre en el lugar. Como en las tradiciones de Delfos, sus palabras eran interpretadas como infa-

libles. Se trataba de una joven empleada, cuyos patrones trataban de comerciar sus poderes psíquicos. La mediumnidad era utilizada por espíritus poco evolucionados, que se complacían en dar soluciones a motivos de orden temporal y de poca trascendencia. La situación era muy rentable para ese tipo de explotación. Sucedió que la joven estaba presente en la primera pregonación de Pablo, que había sido recibida con gran éxito por el pueblo presente. Terminada la exposición evangélica, los misioneros observaron a la joven que a grandes gritos impresionaba al público, exclamando:

—¡Recibid a los enviados del Dios de lo Alto!... ¡Ellos anuncian la salvación!...

Pablo y Silas quedaron un tanto perplejos, mientras tanto, nada respondieron, conservando el incidente en sus corazones, en discreta actitud. Al día siguiente se volvió a repetir el hecho y durante una semana, los discípulos del Evangelio escucharon, después de las pregonaciones, a la entidad que se había apoderado de la joven, diciéndoles elogios y dándoles títulos pomposos.

El ex rabino, desde la primera manifestación, trataba de saber quién era la joven anónima y terminó conociendo sus antecedentes. Estimulados por la ganancia fácil, los patrones habían instalado un estudio o cuarto apropiado, donde la pitonisa atendía las consultas. Ella, a su vez, de víctima iba pasando a ser socia de la empresa, ya que los rendimientos resultaban bastante altos. Pablo, que nunca se conformó con la mercadería de los bienes celestes, percibió el oculto mecanismo y conociendo las particularidades del asunto, esperó que el visitante invisible volviera a manifestarse por boca de la joven.

Terminaba la pregonación de la redención, cuando la joven comenzó a gritar:

—¡Recibid a los mensajeros de la redención! ¡No son hombres, son ángeles del Altísimo!... —el convertido de Damasco descendió de la tribuna a pasos firmes y aproximándose a la locutora dominada por la extraña influencia, intimó a la entidad manifestante, en tono imperativo:

—Espíritu perverso, no somos ángeles, somos trabajadores que luchamos con nuestras propias flaquezas, por amor al Evangelio; en ¡nombre de Jesús Cristo, te ordeno que te retires para siempre! ¡Te prohíbo, en nombre del Señor, que establezcas confusión entre las criaturas, explotando intereses

mezquinos en un mundo donde sólo deben existir los sagrados intereses de Dios!

Inmediatamente, la pobre joven retomó energías y trató de salir de la incómoda posición.

El hecho provocó enorme admiración popular.

El propio Silas, que de algún modo se complacía de escuchar las alabanzas de la pitonisa, pues le parecían un confortamiento espiritual, estaba boquiabierto.

Cuando se encontraron a solas, quiso preguntarle a Pablo qué motivos había tenido para tomar esa actitud, por lo que Pablo, viendo la intención, esperó la pregunta.

–Acaso, ¿ella no hablaba en nombre de Dios? ¿Su propaganda, no era un valioso recurso para nosotros?

El Apóstol sonrió y sentenció:

–Por ventura, Silas, ¿se podrá juzgar en la tierra cualquier trabajo antes de que haya terminado? Aquel Espíritu podría hablar en nombre de Dios, pero sus palabras no provenían de Él. ¿Qué hicimos nosotros para recibir elogios? Día y noche estamos luchando contra las imperfecciones de nuestras almas y Jesús ordenó que enseñemos lo que habíamos recibido, a fin de ir aprendiendo duramente. ¿Tú no ignoras que vivo en permanente batalla en contra de la espina de los deseos inferiores? Entonces, ¿sería justo aceptar títulos inmerecidos, cuando el Maestro rechazó el calificativo de “bueno”? Es claro, que si aquel Espíritu viera la figura del Maestro, otras serían sus palabras. Estimularía nuestro esfuerzo, pero comprendiendo nuestras debilidades. Por otra parte, me informé respecto a la joven y supe que ella era la clave de un gran movimiento comercial.

Sila estaba impresionado con los razonamientos justos de su compañero. Pero dando a entender que tenía dificultades para comprenderlo íntegramente, agregó:

–El incidente, ¿será una lección para tomar conocimiento y no entrometernos en el plano invisible?

–¿Cómo pudiste llegar a semejante conclusión? –respondió el ex rabino admirado–. El Cristianismo, sin el profetismo, sería lo mismo que un cuerpo sin alma. Si cerramos la puerta de la comunicación con la esfera del

Maestro, ¿cómo podremos recibir sus enseñanzas? Los sacerdotes son hombres, los templos Son de piedras. ¿Qué sería de nuestros trabajos, si nos faltaran las luces del plano superior? Del suelo sale mucho alimento, pero sólo para el cuerpo; para la nutrición del espíritu es necesario abrir las posibilidades de nuestra alma hacia lo Alto y contar Con la ayuda divina. En ese particular, toda nuestra actividad descansa en sus dádivas recibidas. ¿Pensaste en el Cristo sin resurrección y sin intercambio con sus discípulos? Nadie podrá cerrarnos las puertas que nos comunican con el Cielo. El Cristo está vivo y nunca morirá. Convivió con los amigos, después del Calvario, en Jerusalén y en Galilea. Aportó un torrente de luz y sabiduría a los cooperadores galileos; en el Pentecostés, a mí me llamó a las puertas de Damasco; a Pedro le envió un emisario para su liberación, cuando el ex pescador de Cafarnaúm lloraba en la cárcel...

La voz de Pablo tenía acentos maravillosos, en esas precisas recordaciones. Silas comprendió y terminó guardando silencio, con los ojos humedecidos por las lágrimas.

El incidente, sin embargo, tendría amplia repercusión, mucho más de aquéllas que el Apóstol del Maestro podría esperar. La pitonisa no recibió más a la entidad que le suministraba los antecedentes de sus premoniciones. En vano los visitantes viciados le llamaban a la puerta del estudio. Viéndose privados de la moneda fácil, los perjudicados promovieron un movimiento en contra de los misioneros. Hacían correr la voz que por causa de los misioneros, ahora Filipos se veía privada de la asistencia de los Espíritus de Dios. Los fanáticos estaban exaltados. Al tercer día, Pablo y Silas fueron sorprendidos, en plena plaza pública, con un ataque del pueblo y fueron llevados presos, para terminar atados a pesados troncos y flagelados sin compasión. Bajo los apodos de la masa ignorante, se sometieron con humildad al suplicio. Cuando sangraban bajo la fuerza de la vara impiadosa intervino la autoridad y fueron llevados al interior de la cárcel, abatidos y sin fuerzas. Durante la noche, imposibilitados para dormir, pasaron todo el tiempo elevando sus preces con luminoso fervor. Afuera rugía la tempestad con terribles truenos y silbantes vientos. Filipos entera parecía aplastarse por la terrible tormenta. Pasada la medianoche los dos Apóstoles oraban en voz alta. Los prisioneros vecinos, viéndolos en permanente oración, parecían acompañarlos en silencio. Pablo los observó desde su lugar y a duras penas se acercó y comenzó a hablarles de la Buena Nueva. Al co-

mentar la tempestad imprevista que se había desatado sobre el ánimo de los discípulos, mientras Jesús dormía en la barca, un hecho maravilloso se presentó a los ojos de los encarcelados. Las pesadas puertas de las celdas se abrieron sin hacer el menor ruido. Silas empalideció. Pablo comprendió y salió en busca de sus compañeros. Continuó luego pregonando las verdades eternas del Señor, con un tono por demás impresionante, y viendo una decena de hombres de pelo en pecho, largas barbas, de fisonomías taciturnas, como si fueran totalmente olvidados del mundo, el Apóstol de los gentiles les habló redoblando el entusiasmo sobre la misión del Cristo y les pidió que ninguno intentara huir. Los que se reconocen culpables agradecerán al Padre los beneficios que el correctivo les proporcionaba, los que se juzgaran inocentes, que dieran expansión a su regocijo, porque sólo los martirios de los justos podrían salvar al mundo. Los argumentos empleados por Pablo contuvieron a la extraña y reducida asamblea. Ninguno trató de alcanzar las puertas de salida, sino que se reunieron alrededor de aquel desconocido, que tan bien sabía hablar a los desgraciados, muchos se arrodillaron en llanto y se convirtieron al Salvador, que él anunciaba con tanta bondad y energía.

Al aclarar y una vez amainada la tormenta, se levantó el carcelero, perturbado por el vocerío. Viendo las puertas abiertas y temiendo por su responsabilidad, intentó matarse. Pero Pablo avanza y no le permite consumar el hecho, explicándole lo sucedido. Todos los encarcelados regresaron humildemente a su correspondiente celda. Lucano, el carcelero, también se convierte a la nueva doctrina. Antes que la claridad se hiciera total, el carcelero llega con la ayuda necesaria, curándoles las heridas. Como vivía allí mismo, llevó a los discípulos hacia el interior de su casa, ordenando que les sirvieran alimentos y vino reconfortante. Poco tiempo después, los jueces filipenses fueron informados de los hechos. Llenos de temor, mandaron poner en libertad a los pregonadores, pero Pablo, deseoso de ofrecer garantías al servicio cristiano que se iniciaba en la iglesia fundada en la casa de Lidia, alegó por su condición de ciudadano romano, para infundir más respeto a las autoridades de Filipos para las ideas del profeta Nazareno. Rechaza la orden de libertad y pide la presencia de los jueces, que comparecen recelosos. El Apóstol les anuncia el Reino de Dios y exhibe sus títulos, obligándolos a escuchar sus disertaciones sobre la vida de Jesús. Les hizo conocer los trabajos evangélicos que iban a iniciarse en la ciudad, después de inaugurada la iglesia en la casa de Lidia y comentó los derechos que le

asistían a los cristianos en todas partes. Los magistrados le presentaron disculpas y le garantizaron mantener la paz para la iglesia naciente y alegando las responsabilidades que tenían delante del pueblo, les pidieron que abandonaran la ciudad para evitar mayores males.

El ex rabino estaba satisfecho y regresando a la casa de Lidia en compañía de Silas, que le admiraba su fortaleza y decisión, sin poder disimular la incertidumbre pasada por la demora de su llegada a la casa, atrasando los trabajos programados para sembrar la semilla del Bondadoso Jesús. Al poco tiempo estaban en marcha hacia Tesalónica, haciendo escala en todos los poblados, sin excepción, donde recibieron noticias de El Salvador.

En ese nuevo centro de luchas reencontraron a Lucas y Timoteo que los esperaban ansiosos. Los trabajos prosiguieron con mucha actividad. En todas partes había los mismos choques. Judíos prejuiciosos, hombres de mala fe, ingratos e indiferentes, terminaban confabulando contra el ex doctor y sus dedicados compañeros.

Pablo se mantenía fuerte y con aire superior en las mínimas refriegas. Soportaba todos los embates, provinieran de donde fuera, lo único que tenía presente que Jesús triunfara en todos los corazones, ya que era su programa divino. Desatendía cualquier capricho, sobreponía esa realidad a cualquier conveniencia y la misión continuaba entre dolores y formidables obstáculos, pero la victoria era segura en su divina finalidad.

Después de incontables fricciones con los judíos en Tesalónica, el ex rabino resolvió trasladarse hacia Bereia. Nuevos trabajos, nuevas dedicaciones y nuevos martirios. Los trabajos misioneros, iniciados siempre en paz, terminaban en luchas extremas.

Los judíos rigurosos de Tesalónica no faltaban en Bereia. La ciudad hizo un movimiento contra los misioneros y el ánimo *se* exaltó. Lucas, Timoteo y Silas fueron obligados a apartarse, ambulando por las aldeas vecinas. Pablo fue preso y azotado. A costas de grandes sacrificios de los simpatizantes de Jesús, lo dejaron en libertad, con la condición que se retirara a la brevedad posible.

El ex rabino aceptó irremediablemente. Sabía que detrás de él y a través de muchos esfuerzos, siempre quedaba una iglesia fundada en una casa humilde, que se extendería al infinito, bendecida por la misericordia del Maestro, para proclamar la Buena Nueva.

Era de noche cuando los hermanos del ideal consiguieron traerlo de la cárcel hacia la libertad. El Apóstol de los gentiles trató de informarse sobre sus compañeros y supo de los inconvenientes que tuvieron que afrontar. Recordó que Lucas y Silas estaban enfermos, y que Timoteo necesitaba encontrarse con su madre en el puerto de Corinto. Era mejor proporcionar a los amigos una tregua en el vértice de las renovadoras actividades. No era justo exigir demasiado, cuando él mismo necesitaba del descanso reparador.

Los hermanos de Bereia insistían por su partida. Era temeroso provocar nuevas fricciones. Fue entonces cuando Pablo decidió poner en práctica un viejo plan. Visitaría Atenas para satisfacer su viejo ideal. Muchas veces, impresionado con la cultura helénica recibida en Tarso, tenía el ferviente deseo de conocer los gloriosos monumentos, los majestuosos templos y el espíritu sabio y libre. Cuando era muy joven, deseaba hacer esa visita a la ciudad de los viejos dioses, dispuesto a llevarle los tesoros de la fe, que estaban depositados en Jerusalén. También trataría de encontrar el lugar de las asambleas ocultas e independientes y hablaría de Moisés y de su Ley. Pensando, ahora, en la realización de ese proyecto, consideraba que estaba en condiciones de aportar luces más importantes al espíritu ateniense, pues anunciaría en la maravillosa ciudad el Evangelio de Jesús. Estaba seguro, que cuando hablara en la plaza pública, no encontraría el desagrado y el tumulto provocado, tan al gusto de los israelitas. Ya experimentaba, anticipadamente, el placer que sentiría por hablar a la multitud que aceptaba el trato con las cosas espirituales. Indudablemente, que los filósofos esperarían noticias del Cristo con cierta impaciencia. Tendrían en sus pregonaciones evangélicas el verdadero sentido de la vida.

Estimulado por esas esperanzas, el Apóstol de los gentiles decidió hacer el viaje, acompañado de algunos fieles amigos. Estos, a su vez, una vez llegados a las puertas de Atenas, regresarían, dejándolo solo.

Tal cual lo pensó, llegó a la ciudad de Atenas poseído de una gran emoción. Atenas, por ese entonces, aún ostentaba numerosas bellezas exteriores. Los monumentos de sus venerables tradiciones estaban casi todos asentados en sus bases. Una armonía indescifrable vibraba en el cielo azul, al igual que en sus risueños y verdes valles cubiertos de hermosas flores. El alma grande del Apóstol estaba extasiada, contemplando la naturaleza. Recordó a los filósofos que habían respirado aquellos aires, rememoró los hechos gloriosos del pasado ateniense, sintiéndose transportado al maravilloso

santuario. Mientras tanto, al transeúnte de las calles no le podían ver el alma, y de Pablo sólo vieron el cuerpo debilitado por causa de tantas privaciones y sufrimientos. Mucha gente lo tomó por un mendigo, era como un harapo humano, llegado de la gran masa humana que continuamente llegaban del Oriente castigado. El emisario del Evangelio, entusiasmado por sus nobles intenciones, no percibía las variadas opiniones que se hacía el pueblo de su persona. Con buen ánimo, resolvió pregonar en la plaza pública por la tarde de ese mismo día. Estaba ansioso por encontrarse con el espíritu de los atenienses, tal como lo había hecho con las grandiosas edificaciones materiales de la ciudad.

Su esfuerzo fue seguido de una inesperada reacción. Innumerables personas se aproximaron al primer momento, pero cuando le escucharon sus referencias sobre Jesús y la resurrección, gran parte de los asistentes rompieron el comentario con grandes carcajadas, cuyo fondo era de irritante ironía.

–¿Será este filósofo un nuevo dios? –preguntó un transeúnte con aire de pillería.

–Está muy mal vestido para pretender ser tanto –respondió el que había sido interpelado.

–¿Dónde se vio a un dios así? –preguntó otro–. ¡Mirad cómo le tiemblan las manos! Parece que está enfermo y debilitado. ¡La barba no está cuidada y, además, está lleno de cicatrices! ...

–Es un loco –exclamó un anciano con presunción de ser un sabio–. No perdamos el tiempo.

Pablo escuchaba todo y notó cómo la gente se retiraba indiferente y experimentó un frío intenso en el corazón. Atenas estaba muy ajena a sus esperanzas. La asamblea popular le dio la enorme impresión de haberse juntado una cierta cantidad de gente con una cultura que no decía la verdad de sus tradiciones. Por más de una semana perseveró en las pregonaciones públicas sin obtener resultados apreciables. Nadie se interesó por Jesús y mucho menos en ofrecerle hospedaje por una simple cuestión de simpatía. Era la primera vez, desde que había iniciado sus trabajos mesiánicos, que se retiraba de una ciudad sin fundar una iglesia. En las aldeas más humildes y faltas de cultura, siempre aparecía alguien que deseaba copiar las anotaciones de Levi, para comenzar el trabajo evangélico en el recinto de un hogar,

por pobre que fuera. En Atenas nadie apareció que se interesara en la lectura de los textos evangélicos. Sin embargo, fue tanta la insistencia de Pablo con algunos personajes, que terminaron llevándolo al Areópago¹.

Los componentes del tribunal recibieron la visita con más curiosidad que interés.

El Apóstol fue llevado por gracia de un señor llamado Dionisio, hombre culto y generoso, que había atendido sus solicitudes para comprobar hasta dónde llegaban sus deseos de dar a conocer la doctrina desconocida para Atenas.

Pablo comenzó impresionando al aristocrático auditorio, refiriéndose al “Dios desconocido”, que se le tributaba homenajes en los altares atenienses. Sus vibrantes palabras tenían matices cambiantes, las imágenes eran enriquecidas y mejor presentadas que las registradas por el autor de los Hechos de los Apóstoles. El mismo Dionisio estaba admirado. El Apóstol demostraba profunda diferencia a la oratoria presentada públicamente. Hablaba con nobleza, con énfasis, las imágenes revestían un colorido extraordinario, pero cuando comenzó a explicar la resurrección hubo un fuerte y prolongado murmullo. La mayoría reía a mandíbula batiente y llovían las manifestaciones contrarias y mordientes. La aristocracia intelectual ateniense no podía ceder a sus preconcepciones científicas.

Los más irónicos se retiraban de la sala riéndose a carcajadas, mientras que los comedidos, en consideración a Dionisio, se aproximaron al Apóstol con sonrisas, demostrando la incredulidad, diciendo que lo escucharían de buen grado en otra oportunidad, pero que no se diera el lujo de comentar cosas de ficción.

Pablo, naturalmente, quedó totalmente abatido. Al momento no podía comprender por qué la falsa cultura siempre estaba aliada a la sabiduría y que daba a las cosas un sentido imaginario y sin valor trascendente. La actitud encontrada en el Areópago no le permitió llegar a terminar su exposición. En poco tiempo el suntuoso recinto quedó casi desierto. El Apóstol, entonces, recordó que era preferible enfrentar el tumulto que siempre presentaban los judíos. Donde hubiera lucha, siempre habría frutos para recoger. Las discusiones y las fricciones, en muchos casos, representaba la re-

¹ Lugar donde sesionaba el Tribunal Supremo de Atenas.

moción de la tierra espiritual para arrojar, posteriormente, la semilla divina. En cambio, allí había encontrado la frialdad de la piedra. El mármol de las soberbias columnas le dio, de inmediato, la imagen de la situación. La cultura ateniense era bella y bien cuidada, impresionaba por su exterior magnífico, pero era fría, como la rigidez de la muerte intelectual.

Apenas Dionisio y una joven señora de nombre Damaris y algunos sirvientes del palacio permanecían a su lado, extremadamente contrariados, pero propensos a la causa.

No obstante lo sucedido, Pablo de Tarso hizo todo lo posible para evitar la nube de tristeza que envolvía a todos, especialmente a su persona. Hizo un esfuerzo y sonrió, intentando poner una nota de buen humor. Dionisio consolidó aún más su admiración por las poderosas cualidades espirituales de aquel hombre de apariencia muy simple, pero tan enérgico y fuerte en sus convicciones.

Antes de retirarse, Pablo habló de las posibilidades de fundar una iglesia, aunque fuera un humilde santuario en una casa familiar, donde se estudiara y comentara el Evangelio de Jesús. Los presentes se excusaron con pretextos poco aceptables y Dionisio como Damaris alegaron causas justas de sus vidas privadas, por lo cual Pablo recibió todas las excusas con singular expresión fisonómica, como el sembrador que se ve rodeado por piedras y espinas.

El Apóstol de los gentiles se despidió con tranquilidad, pero ni bien se encontró solo, lloró copiosamente. ¿A qué podría atribuir el doloroso hecho? No podía comprender en forma inmediata que Atenas padecía de seculares intoxicaciones intelectuales, quedando totalmente desalentado. No se conformaba con la frialdad general, máxime que la “nueva doctrina no era suya, sino del Cristo Jesús. Cuando no lloraba por su propio dolor, lo hacía por el Maestro, juzgando que no había correspondido a las necesidades del Salvador.

Durante muchos días trató de deshacer las nubes que le preocupaban tenazmente y se encomendaba a Jesús, suplicándole protección para cumplir con los grandes deberes de su vida.

En ese volcán de incertidumbre y amarguras, apareció la ayuda del Maestro para el Apóstol bienamado. Timoteo había llegado de Corinto, portando muy buenas noticias.

LAS EPÍSTOLAS

El nieto de Loide traía para el ex rabino novedades confortadoras. Había instalado a las dos señoras en la ciudad y traía algunos recursos, hablándole del desarrollo de la doctrina cristiana en la vieja capital de Acaya. Una de las noticias, particularmente, le fue grata. Timoteo le mencionaba el encuentro con Aquila y Prisca. Aquellas dos criaturas que le fueron solidarias en las dificultades extremas que había padecido en el desierto, trabajaban ahora en Corinto para la gloria del Señor. Se alegró íntimamente. Además de las muchas razones personales que tenía para ir a Acaya, es decir, las recordaciones imborrables de Jeziel y Abigail, se sumaba el deseo de abrazar al joven matrimonio y amigos, lo que dio incentivo para su rápida decisión.

El valeroso pregonador, en base a su cultura griega, tenía tendencia a ser un espíritu investigador y tenaz para sus raciocinios. Comenzaba a comprender la razón de por qué el Maestro había preferido la Galilea con sus cooperadores humildes, pero simples de corazón. Ahora entendía mejor el motivo de la palabra del Cristo sobre la salvación y descubría su especial predilección por los desamparados.

Timoteo le notó la tristeza y en vano trató de convencerlo sobre la conveniencia de seguir vía marítima, en base a las facilidades que ofrecía el Pireo. Pablo insistió en ir a pie y visitar todos los sitios que se les presentaran en el camino.

—Sin embargo, os veo enfermo —objetó el discípulo, intentando disuadirlo—. ¿No es más razonable descansar?

Recordando los desalientos experimentados, el Apóstol agregó:

—Mientras podamos trabajar, debemos cumplir, porque es un elixir para todos nuestros males. Por otra parte, es justo que aprovechemos el tiempo y la oportunidad.

—Mientras tanto, juzgo —trataba de justificar el joven amigo— que podríamos aplazar un poco...

–¡Aplazar! ¿Por qué? –reaccionó el ex rabino, haciendo lo posible para deshacer las nubes aplastantes de Atenas–. Siempre tuve la convicción de que Dios tiene apuro para hacer el trabajo, cuando se hace bien. Si eso forma parte y es característica de nuestras mezquinas actividades en las cosas de este mundo, ¿cómo poder aplazar o faltar a los deberes sagrados de nuestra alma para con el Todopoderoso?

El joven comprendió la verdad que tenían aquellas aseveraciones y se calló. De esa forma, caminaron más de sesenta kilómetros, invirtiendo algunos días en la marcha y parando para las pregonaciones. Cumpliendo con esa tarea, en medio de la gente del pueblo, Pablo de Tarso se encontraba muy feliz. Los hombres del campo recibieron la Buena Nueva con mayor alegría y comprensión. Pequeñas iglesias domésticas fueron fundadas, no muy lejos del golfo de Saron.

Envuelto por las recordaciones cariñosas de Abigail, atravesó el istmo y entró en la ciudad, que tenía mucho movimiento y bullicio. Abrazó a Loide y Eunice, que vivían en una casita del puerto, y luego trató de entrevistarse con los viejos amigos del “oasis de Dan”.

Los tres se abrazaron en medio de una inmensa alegría. Aquila y su compañera hablaron extensamente sobre los servicios evangélicos, a los que habían sido llamados por la misericordia de Jesús. Con caras alegres, como si hubieran vencido grandes batallas, contaron al Apóstol que habían realizado el ideal de permanecer en Roma por algún tiempo. Como tejedores humildes, habitaron un caserón en ruinas, en Trastévere, haciendo las primeras pregonaciones del Evangelio mismo en el ambiente dispuesto para las pompas cesarianas. Los judíos habían declarado guerra sin cuartel a los nuevos principios. Desde el primer debate sobre la Buena Nueva comenzaron grandes tormentas en el “ghetto” del barrio pobre y desprotegido. Prisca relató cómo un grupo de israelitas apasionados se presentó en su aposento, por la noche, con instrumentos de flagelación y castigo. El esposo se había demorado en el trabajo, no pudiendo eludir los impiadosos azotes. Tiempo después, fue ayudada por Aquila, que la encontró bañada en sangre. El Apóstol tarsense callaba y cuando le llegó el turno, le contó a los amigos los dolores experimentados por todas partes en nombre de Jesús. Aquellos martirios en común, eran presentados como verdaderos títulos de su gloria. Quien ama, se inquieta para dar alguna cosa y los que aman al Maestro se sienten venturosos en sufrir por causa de su nombre.

Deseoso de reintegrarse a la serenidad de sus realizaciones activas, olvidando la frialdad de los atenienses, Pablo comentó el proyecto de la fundación de una iglesia en Corinto y que Aquila y su esposa atendieran los servicios. Aceptado el ofrecimiento, el ex rabino pasó a residir en su compañía, ocupándose diariamente de su oficio.

Corinto era una sugestión permanente de recuerdos queridos para su corazón. Sin comunicarle a los amigos las reminiscencias que le corrían por su sensible alma, trató de volver a los sitios a que Abigail se refería en sus cariñosas conversaciones. Con mucho cuidado localizó la región donde había vivido el viejo Jochedeb, ahora incorporado al inmenso acervo de propiedades de los herederos de Licinio Minucio. Contempló la vieja prisión en donde la novia pudo salir, sin ser castigada, después de la muerte de su padre y la esclavitud de su querido hermano. Meditó en el puerto de Cencreia, de donde Abigail un día partió, para luego conquistarle su corazón bajo los designios superiores e inmutables del Eterno.

Pablo se entregó de cuerpo y alma al trabajo honesto y duro. El trabajo activo proporcionaba a su alma un dulce olvido de lo sucedido en Atenas. Comprendió que tenía necesidad de pasar un tiempo reposado y le indujo a Lucas que descansara en Troade, ya que Timoteo y Silas habían encontrado trabajo como caravaneros.

Por lo tanto, antes de volver a pregonar comenzaron a llegar a Corinto emisarios de Tesalónica, de Bereia y otros puntos de Macedonia, donde había fundado sus bien amadas iglesias. Las comunidades tenían asuntos urgentes, que requerían delicadas intervenciones de su parte. Sintiendo en dificultad para atender con prontitud, llamó nuevamente a Silas y a Timoteo, para requerirles su muy apreciada colaboración. Ambos, valiéndose de las oportunidades de la profesión, contribuyeron eficazmente a la solución de los problemas imprevistos.

Confortado por la ayuda de los dos amigos, Pablo habló, por primera vez en la sinagoga. Su vibrante palabra logró un éxito rotundo. Judíos y griegos hablaron de Jesús con entusiasmo. El tejedor fue invitado a proseguir con sus comentarios religiosos semanalmente. Pero ni bien comenzó a abordar las relaciones existentes entre la Ley y el Evangelio, comenzaron las fricciones. Los israelitas no toleraban la superioridad de Jesús sobre Moisés y consideraban a Cristo como un profeta de raza, pero no lo soportaban como Salvador. Pablo aceptó el desafío, mas no consiguió ablan-

dar corazones tan endurecidos. Las discusiones se prolongaron durante largos sábados, hasta que un buen día, cuando el verbo inflamado y sincero del Apóstol delineaba cautelosamente los errores farisaicos, uno de los jefes principales de la sinagoga lo intimó con aspereza:

—¡Cállate, hablador imprudente! ¡La sinagoga ha tolerado tus embustes por verdaderos prodigios de paciencia, pero en nombre de la mayoría, te ordeno que te retires para siempre! ¡No queremos saber nada de tu Salvador, exterminado como los perros en la cruz!...

Escuchando expresiones tan irrespetuosas sobre el Cristo Jesús, el Apóstol sintió que sus ojos estaban humedecidos por el llanto. Reflexionó con calma sobre la situación y replicó:

—Hasta el momento, en Corinto traté de decir la verdad al pueblo escogido por Dios para el sagrado basamento de la unidad divina, pero si no lo aceptáis, desde hoy buscaré decirla únicamente a los gentiles... Caerán sobre vosotros mismos las injustas maldiciones dichas sobre el nombre de Jesús Cristo...

Algunos israelitas más exaltados quisieron agredido, provocando tumulto. Un romano de nombre Tito Justo, que se encontraba presente y que desde la primera pregonación se sintiera fuertemente atraído por la poderosa personalidad del Apóstol, se aproximó y extendiéndole los brazos lo acogió dulcemente. Pablo salió incólume del recinto y se encaminaron hacia la residencia del eventual amigo, que puso a su disposición los elementos imprescindibles para organizar una iglesia activa.

El tejedor desbordaba de alegría. Era la primera conquista para realizar una fundación definitiva.

Tito Justo, con ayuda de los simpatizantes del Evangelio, adquirió una casa para iniciar los servicios religiosos. Aquila y Prisca fueron los principales colaboradores, además de Loide y Eunice, para ejecutar el programa trazado por Pablo, conforme había hecho en la querida organización de Antioquía.

La iglesia de Corinto comenzó a producir los esperados frutos de la espiritualidad. La ciudad era famosa por su depravación y libertinaje, pero el Apóstol acostumbraba a decir que en medio de los pantanos nacían los lirios más hermosos, y donde existen muchos pecados, también hay muchos sufrimientos y remordimientos. La comunidad creció paulatinamente, reu-

niendo a creyentes de diversos tipos, que llegaban ansiosos para abandonar aquella Babilonia, caldeada por los vicios.

Con la presencia de Pablo, la iglesia de Corinto adquirió una singular importancia, y casi a diario llegaban emisarios de las regiones distantes. Provenían de Galacia y pidieron providencias para las iglesias de Psidia; compañeros de Iconio, Listra, Tesalónica, Chipre y Jerusalén. Alrededor del Apóstol se formó un colegio de seguidores, de compañeros permanentes, que cooperaban con sus mínimos trabajos. Pablo, mientras tanto, vivía muy preocupado. Los asuntos eran urgentes y muy variados. No podía olvidar el trabajo de su mantenimiento, asumió compromisos pesados con los hermanos de Corinto, debía estar atento a la colecta destinada a la iglesia de Jerusalén, pero tampoco podía descuidar las comunidades anteriormente fundadas. Al poco tiempo comprendió que no era suficiente enviar emisarios. Los pedidos llovían de todas partes y siempre solícito llevaba el mensaje de la Buena Nueva. Los hermanos, cariñosos y confiados, contaban con su sinceridad y dedicación, obligándolo indirectamente a luchar intensamente.

Llegó un momento que se sintió incapaz para atender a las necesidades de todos los peticionantes al mismo tiempo y el abnegado discípulo del Evangelio, valiéndose un día del silencio de la noche, cuando la iglesia estaba a solas, rogó a Jesús, con lágrimas en los ojos, que no le faltara su ayuda para cumplir integralmente con su trabajo apostólico.

Terminada la oración, se sintió envuelto en una hermosa claridad. Tuvo la nítida impresión, que estaba recibiendo la visita del Señor. De rodillas, experimentó una indefinible conmoción y escuchó una advertencia, serena y cariñosa:

–No temas –decía la voz–, prosigue enseñando la verdad y no calles, porque estoy contigo.

El Apóstol dejó correr sus lágrimas, que le fluían del corazón. Aquella amorosa voz del Maestro, en respuesta a su pedido, le penetraba en el alma, como ondas balsámicas. La alegría del momento daba para compensar los intensos dolores padecidos durante el largo camino. Deseoso de aprovechar la sagrada inspiración del momento, que parecía disiparse, pensó en las dificultades para atender a las diversas y fraternas iglesias. El solo pensado, bastó para que la dulce voz prosiguiera diciendo:

–No te atormentes con la necesidad del servicio. Es natural que no puedas asistir personalmente a todos al mismo tiempo. Pero es posible satisfacer a todos por medio de los poderes del espíritu.

Trató de atinar con el sentido de esa justa frase, mas tuvo dificultad íntima para conseguido.

Sin embargo, la voz continuó diciendo:

–Podrás resolver el problema escribiendo a todos los hermanos en mi nombre. Los de buena voluntad han de saber comprender, porque el valor de la tarea no está dada en la presencia personal del emisario, sino por el contenido espiritual de su verbo, de su ejemplificación y de su vida. De ahora en adelante, Esteban permanecerá más cerca de ti, transmitiendo mis pensamientos, y el trabajo de evangelización podrá ampliarse en beneficio de los sufrientes y de la necesidad que el mundo tiene.

El amoroso amigo de los gentiles observó que la claridad se iba esfumando, el silencio volvió entre las paredes del recinto de la humilde iglesia de Corinto y como si hubiera absorbido agua divina de las claridades eternas, conservó por mucho tiempo a su espíritu sumergido en una alegría indiscifrable. Recomenzaría los trabajos con ahínco y enviaría a las comunidades distantes las noticias del Cristo.

De hecho, al día siguiente llegaron emisarios de Tesalónica con noticias muy desagradables. Los judíos habían conseguido crear en la iglesia nuevas y extrañas dudas, así como también promover tumultos. Timoteo lo corroboraba con observaciones personales. Reclamaban la presencia del Apóstol con urgencia, pero Pablo creyó oportuno el momento para poner en práctica las recomendaciones hechas por el Maestro. Y como el Maestro le había prometido la participación del querido amigo Esteban, creyó oportuno llamar a Timoteo y Silas para redactar la primera de sus famosas epístolas.

Así comenzó el movimiento de esas cartas inmortales, cuya esencia espiritual provenía de la esfera del Cristo, a través de la amorosa contribución de Esteban, abnegado compañero, que en los principios de su juventud había perseguido como el más audaz pregonador del Cristianismo.

Percibiendo el elevado espíritu de cooperación, Pablo nunca trató de escribir solo, buscaba rodearse de los compañeros más nobles. Ayudándose de sus inspiraciones, consciente de que el mensajero de Jesús siempre debe estar dispuesto, también de esa forma lo podrían hacer sus amigos como instrumentos adecuados.

Desde entonces, las amadas y célebres cartas, tesoros de vibraciones de un mundo superior, eran copiadas y leídas en todas partes. Y Pablo conti-

nuó escribiendo, ignorando que aquellos documentos sublimes, escritos muchas veces en las horas de extremas angustias, no estaban destinados a iglesias particulares, sino a la cristiandad universal. Las epístolas tuvieron rápido éxito. Los hermanos trataban de tenerlas en sus manos por el elevado contenido de consuelo que poseían y el propio Simón Pedro recibió las primeras copias en Jerusalén y reunió a la comunidad para leerlas conmovido, declarando que el convertido de Damasco estaba manifestando en sus escritos la voluntad del Cristo. También afirmó que con esos maravillosos escritos comenzaba un nuevo período de luminosidad para la historia del Evangelio.

Altamente confortado, el ex doctor de la Ley trató de enriquecer a la iglesia de Corinto con las experiencias que traía de la institución de Antioquía. Los cristianos de la ciudad vivían en un océano de dicha inefable. La iglesia tenía un departamento de asistencia para los necesitados del pan, del vestido y de los remedios. Venerables viejitas trabajaban para atender a los desfavorecidos. Diariamente y por la noche, había reuniones para comentar un pasaje de la vida de Cristo, después de la pregonación central y de la expresión individual se hacía silencio para recibir la recomendación del Cielo a través del profetismo. Los que no estaban facultados para el don de las profecías, lo estaban para curar, que eran aprovechados por los enfermos. El mediumnismo evangelizado de los tiempos modernos, es el mismo profetismo de las iglesias apostólicas.

Al igual de lo que sucedía en Antioquía, allí también surgían pequeñas discusiones alrededor de los puntos más difíciles de interpretación, que Pablo se apresuraba a calmar sin afectar la fraternidad de la comunidad.

Al término de los trabajos de cada noche, una plegaria sincera y cariñosa indicaba el momento de entregarse al reposo.

La institución progresaba prodigiosamente. Aliándose a la generosidad de Tito Justo, otros romanos de fortuna se aproximaron al Evangelio ayudando notablemente a la comunidad religiosa con nuevas posibilidades. Los israelitas pobres encontraban en la iglesia un hogar generoso donde Dios se manifestaba bondadosamente, al contrario de las sinagogas, en cuyo recinto, en vez de haber pan para aplacar el hambre y del bálsamo para las llagas del cuerpo y del alma, hallaban solamente eco preceptos tiránicos en los labios de los sacerdotes impiadosos.

Irritados con el emprendimiento y el éxito de Pablo de Tarso, que llevaba de residencia en la ciudad casi un año y medio, y habiendo fundado un verdadero y perfecto abrigo para los “hijos del Calvario”, los judíos de Corinto tramaron un terrible movimiento de persecución contra el Apóstol. La sinagoga se estaba quedando vacía. Era necesario terminar con la causa de su desprestigio social. El ex rabino de Jerusalén pagaría muy caro la audacia de la propaganda sobre el Mesías Nazareno en detrimento de Moisés.

Era procónsul de Acaya, con residencia en Corinto, un romano generoso e ilustre que acostumbraba a actuar siempre de acuerdo a la justicia en su vida pública. Hermano de Séneca, Junio Galio era un hombre muy bondadoso y de muy fina educación. El proceso iniciado contra el ex rabino fue a parar a sus manos, sin que Pablo tuviera la mínima noticia y era tan grande el número de acusaciones levantadas en su contra por los israelitas, que el administrador fue obligado a determinar la prisión del Apóstol para comenzar la investigación. La sinagoga pidió, con particular empeño, que fuera delegada la tarea de conducir al acusado al tribunal. Lejos de conocer el móvil del pedido, el pro cónsul concedió el permiso, determinando la comparecencia de los interesados a la audiencia pública al día siguiente.

Poseyendo la orden, los israelitas más exaltados programaron prender a Pablo en la víspera, en un momento en que el hecho pudiera escandalizar a la comunidad entera.

Por la noche, justamente cuando el ex rabino comentaba el Evangelio, tomado de gran inspiración, el grupo armado paró en la puerta, destacándose a algunos judíos eminentes para que se dirigieran al interior.

Pablo escuchó la voz de prisión con extrema serenidad. Mientras tanto, no sucedió lo mismo con la asamblea. Hubo gran tumulto en el recinto. Algunos jóvenes apagaron las antorchas, pero el Apóstol, con todo valor y en un llamado conmovedor, exclamó:

—¿Hermanos, acaso queréis al Cristo sin testimonio?

La pregunta resonó en el ambiente, conteniendo los ánimos.

Siempre sereno, el ex rabino ordenó que encendieran las luces y extendiendo las manos hacia los judíos admirados, exclamó con inolvidable acento:

—¡Estoy listo!...

Unos judíos despechados por aquella superioridad espiritual avanzaron y le dieron tremendos azotes en la cara.

Algunos cristianos protestaron, los portadores de la orden de Galio exclamaron con aspereza algunos epítetos, pero el prisionero, sin demostrar la más mínima rebelión, exclamó en voz alta:

—¡Hermanos, regocijémonos en Cristo Jesús! ¡Estemos tranquilos y dichosos, porque el Señor nos juzgó dignos de su amor! ...

Una gran serenidad tranquilizó el ambiente. Varias mujeres sollozaban bajito. Aquila y su esposa dirigieron al Apóstol una expresiva mirada y la pequeña caravana se puso en marcha camino a la cárcel. Arrojado en una celda húmeda, Pablo fue atado al tronco del suplicio y hubo de soportar la flagelación de treinta y nueve azotes. El mismo estaba sorprendido con la medida. Sublime paz le llenaba su corazón, como reconfortante consuelo. No obstante, se sentía solo, en medio de crueles perseguidores y poseía una confianza ilimitada en el Cristo. Con esa disposición de ánimo, no le dolían los latigazos y los verdugos redoblaban su esfuerzo con la finalidad de aplacarle su ardiente espíritu, sumándose los insultos e ironías. En esa prueba dolorosa, comprendió con alegría que había alcanzado la región de la paz divina, en su mundo interior, que Dios concede a sus hijos después de las luchas acerbadas y continuas, mantenidas por la conquista de sí mismo. Otras veces, su amor por la justicia lo condujeron a situaciones apasionadas y deseos mal contenidos, como a sostener polémicas ríspidas, pero allí, afrontando los azotes que le caían sobre los desnudos hombros, abriéndole surcos sangrientos, tenía un recuerdo más vivo del Cristo y la impresión de estar llegando a sus brazos misericordiosos, después de los largos caminos recorridos, desde la hora que había sido llamado a las puertas de Damasco. Sumergido en pensamientos sublimes, Pablo de Tarso sintió su primer gran éxtasis. No escuchó más el sarcasmo de los inflexibles verdugos, sólo experimentó que su alma se dilataba hasta el infinito, sintiendo grandes emociones, imposibles de describir. Un suave sueño le anestesió el corazón y solamente por la madrugada volvió en sí de tan hermoso descanso. El valeroso discípulo se levantó bien dispuesto, se arregló las destrozadas vestiduras y esperó pacientemente.

Después del mediodía, tres soldados descendieron a la celda de las disciplinas judaicas, retirando al prisionero para conducirlo ante el procónsul.

Pablo compareció ante el tribunal con gran serenidad. El recinto estaba lleno de israelitas exaltados, pero el Apóstol notó que la asamblea estaba compuesta, en su mayoría, de griegos de fisonomía simpática y muchos de ellos eran conocidos en los trabajos de asistencia a la iglesia.

Junio Galio, celoso de su cargo, se sentó y miraba ansiosamente a los presentes a la espera de los acontecimientos.

El procónsul, de acuerdo a lo estipulado, debería escuchar a las partes en litigio, antes de pronunciar cualquier juzgamiento, a pesar de las quejas y acusaciones exageradas que contenía en el pergamino acusatorio.

Por parte de los judíos hablaría uno de los mayores de la sinagoga, de nombre Sóstenes, pero como no apareció el representante de la iglesia de Corinto para asumir la defensa del Apóstol, la autoridad reclamó el cumplimiento de la medida sin pérdida de tiempo. Pablo de Tarso, muy sorprendido, rogaba íntimamente a Jesús, que fuera el patrono de su causa, cuando apareció un hombre que se dio a conocer como defensor en nombre de la iglesia. Era Tito Justo, el generoso romano, que no despreciaba la oportunidad para demostrar su testimonio a la causa cristiana. Entonces se observó un hecho inesperado. Los griegos de la asamblea irrumpieron en frenéticos aplausos.

Junio Galio determinó que los acusadores comenzaran las declaraciones públicas de estilo.

Sóstenes comenzó a hablar con gran aprobación de los judíos presentes. Acusaba a Pablo de blasfemo, desertor de la Ley y de hechicero. Se refirió a su pasado en forma dura y sarcástica. Comentó que los mismos parientes lo habían abandonado. El procónsul escuchaba atento, pero no dejó de poseer una actitud curiosa. Con una mano se tapaba el oído de la derecha, sin poner atención a la estupefacción general. El mayor de la sinagoga, mientras tanto, estaba desconcertado por el gesto del procónsul. Terminada la apasionada e injusta exposición, Sóstenes interrogó al administrador de Acaya con relación a su actitud, que exigía una aclaración para no entrar en desconsideración de su autoridad.

Galio, muy calmo, respondió humorísticamente:

—Supongo que no estoy aquí para dar satisfacción de mis actos personales, pero sí para atender a los imperativos de la justicia. No obstante, en obediencia al código de la fraternidad humana, declaro que bajo mi punto

de vista todo administrador o juez que actúa en una causa justa, deberá reservar un oído para el acusador y el otro para la defensa.

Mientras los judíos fruncían el entrecejo extremadamente confundidos, los corintios reían con sumo agrado. El mismo Pablo encontró muy graciosa la respuesta del procónsul, sin poder disimular la sonrisa que le iluminó la fisonomía.

Pasado el incidente humorístico, Tito Justo se aproximó y habló detalladamente de la misión del Apóstol. Sus palabras obedecían a una gran inspiración y belleza espiritual. Junio Galio, al escuchar la historia del convertido de Damasco de los labios de un compatriota, se vio muy impresionado y conmovido. De vez en cuando los griegos irrumpían en exclamaciones y aplausos de contentos. Los israelitas comprendieron que a cada instante iban perdiendo terreno.

Al final de los trabajos, el jefe político de Acaya tomó la palabra para finalizar diciendo, que no veía crimen alguno en el discípulo del Evangelio y que los judíos debían, antes de hacer cualquier acusación injusta, examinar la obra generosa de la iglesia de Corinto. Su opinión particular era que no había ningún agravante para los principios de los israelitas y que la controversia de las palabras en nada justificaba la violencia. Daba a las acusaciones un aspecto de frivolidad y declaró que no deseaba asumir la función de juez en asuntos de aquella naturaleza.

Cada conclusión formulada era aplaudida por los corintios.

Cuando Junio Galio declaró que Pablo debía considerarse en plena libertad, los aplausos duraron largo tiempo. La autoridad recomendó que el retiro de la sala se hiciera en orden, pero los griegos esperaron que bajara Sóstenes y cuando apareció la figura del “maestro” atacaron sin piedad. Hubo un tremendo tumulto en la extensa escalera que separaba al tribunal de la vía pública. Tito Justo se acercó afligido al procónsul y pidió que interviniera. Galio, mientras tanto, se preparaba para retirarse y dirigió un mirar expresivo a Pablo y le dijo con calma:

—No nos preocupemos. Los judíos están muy habituados a esos tumultos. Si yo, como juez, me tapé un oído, me parece que Sóstenes debería taparse el cuerpo entero en su calidad de acusador.

Y sin más palabras, se introdujo en el interior del edificio con actitud tranquila. En ese mismo momento, apareció Pablo en la parte alta de la escalera y con voz enérgica gritó:

—¡Hermanos, calmaos, por amor al Cristo!...

La exhortación cayó de lleno sobre la turba tumultuosa. El efecto fue inmediato. Cesaron los rumores y los improperios. Los contrincantes dejaron caer sus brazos inquietos. El convertido de Damasco se apresuró para ayudar a Sóstenes, cuyo rostro sangraba. El acusador implacable fue conducido a su residencia por los cristianos de Corinto, atendiendo al pedido de Pablo.

Despechados en grado sumo, los israelitas de la ciudad maquinaron nuevas arremetidas, pero el Apóstol, reuniendo a la comunidad del Evangelio, les informó que deseaba partir hacia Asia, para atender los insistentes llamados de Juan¹ en la fundación de la iglesia de Efeso. Los corintios protestaron amistosamente, tratando de retenerlo, pero el ex rabino expuso con firmeza la conveniencia que tenía para hacer el viaje, no obstante, trataría de regresar lo más pronto posible. Todos los cooperadores de la iglesia estaban desolados. Especialmente Febe, notable colaboradora de su esfuerzo apostólico en Corinto, no conseguía ocultar sus lágrimas. El dedicado discípulo de Jesús les hizo ver que la iglesia estaba fundada y sólo esperaba la continuidad de la misma en base al cariño y dedicación de los presentes. No era justo, bajo su forma de ver, enfrentar nuevamente la ira de los israelitas, pareciéndole razonable esperar la ayuda del tiempo para las realizaciones que fueran necesarias.

Al mes partió para Efeso, llevando consigo a Aquila y a su esposa, que estaban dispuestos a acompañarlo.

Al despedirse de los amigos de esa ciudad, tuvo el pensamiento puesto en el futuro, a fin de que se alcanzara la ventura terrena que los años de intensa lucha habían absorbido. Visitó los sitios donde Abigail y el hermano habían jugado en la infancia y se llenó de los recuerdos suaves e inolvidables, y en el puerto de Cencreia, recordando el viaje de la novia amada, se cortó al ras el cabello de la cabeza, renovando los votos de fidelidad eterna, consonante a las costumbres populares de la época.

Después de ese difícil viaje, lleno de penosos incidentes, Pablo y sus compañeros llegaron a destino.

¹ Juan inició sus trabajos en la iglesia mixta de Efeso, muy pronto, aunque se conservó ligado a los hermanos de Jerusalén. (Nota de Emmanuel).

La iglesia de Efeso tenía problemas muy graves. Juan luchaba seriamente para que el esfuerzo evangélico no degenerara en polémicas estériles. Los tejedores llegados de Corinto le prestaron una fuerte cooperación, que en cierta forma atenuó el serio inconveniente.

En medio de acaloradas discusiones que tuvo que mantener con los judíos en la sinagoga, el ex rabino no olvidó ciertas realizaciones sentimentales que tenía desde hace mucho. Con delicadeza extrema visitó a la madre de Jesús en su humilde casita, que estaba junto al mar. Quedó fuertemente impresionado con la humildad de aquella criatura, simple y amorosa, que más se asemejaba a un ángel vestido de mujer. Pablo de Tarso se interesó por sus comentarios cariñosos respecto a la noche que naciera el Maestro. Grabó en lo íntimo de su ser esas divinas impresiones y prometió regresar en la primera oportunidad que tuviera, a fin de recoger los datos necesarios para el Evangelio que pretendía escribir para los cristianos del futuro. María se colocó a su disposición con gran alegría.

El Apóstol, después de ayudar por algún tiempo en la cooperación de la iglesia, consideró que Aquila y su esposa ya estaban bien instalados y satisfechos y resolvió partir buscando nuevos rumbos. En vano los hermanos trataron de disuadirlo, rogándole que se quedara en la ciudad por algún tiempo más. Prometió regresar cuando las circunstancias lo permitieran y alegó que necesitaba ir a Jerusalén para llevar a Pedro Simón el fruto de su colecta que por años consecutivos había recepcionado por los lugares recorridos. El hijo de Zebedeo, que conocía el antiguo proyecto, le dio razón y apoyo para que hiciera el viaje sin más demora.

Como Timoteo y Silas se encontraban nuevamente a su lado, formaron parte de esa nueva excursión.

A través de enormes dificultades, pero siempre pregonando la Buena Nueva con gran entusiasmo, llegaron al puerto de Cesarea, donde permanecieron algunos días, instruyendo a los interesados en el conocimiento del Evangelio. Desde ese lugar se dirigieron a pie hasta Jerusalén, sembrando consuelos y curas a lo largo de los caminos. Una vez llegados a la capital del judaísmo, el ex pescador de Cafarnaúm los recibió con mucha alegría. Simón Pedro manifestaba tener un gran abatimiento físico por causa de las grandes e incesantes luchas que la iglesia soportaba, no obstante, sus ojos mantenían la serenidad característica de los fieles discípulos.

Pablo le entregó una pequeña fortuna, cuya aplicación iba a asegurar una mayor independencia a la institución de Jerusalén, para desarrollar la obra del Cristo. Pedro agradeció muy conmovido y lo abrazó con lágrimas en sus ojos. Los pobres, los huérfanos, los viejos desamparados y los enfermos tendrían, de ahora en más, una bendecida escuela de trabajo redentor.

Pedro notó que el ex rabino también presentaba transformaciones corporales. Estaba pálido y delgado, de cabellos grisáceos, denunciando la intensidad de las luchas emprendidas. Las manos y el rostro estaban llenos de cicatrices.

El ex pescador, delante de lo que veía, habló con entusiasmo de sus epístolas, que se difundían por todas las iglesias y como era un gran experimentado en los problemas de orden espiritual, alegó que aquellas cartas provenían de una inspiración directa del Divino Maestro, observación que Pablo recibió muy conmovido, dada la espontaneidad del compañero. Además, agregó Simón con gran placer, no podía existir elemento educativo de tan elevado alcance que se le igualara. Conocía cristianos de Palestina que guardaban copias numerosas del mensaje a los tesalonicenses. Las iglesias de Jope y Antipátris comentaban las epístolas, frase por frase.

El ex rabino se sintió muy confortado para proseguir con la lucha redentora.

Después de algunos días se dirigió a Antioquía. Descansó algún tiempo al lado de sus compañeros bien amados, pero su poderosa capacidad de trabajo no le permitía tener mayor tiempo de reposo.

En esa época, no pasaba semana que no recibiera representaciones de diversas iglesias de los puntos más distantes. Antioquía de Psidia tenía grandes dificultades. Iconio reclamaba nuevas visitas y Bereia pedía ayuda. A Corinto le faltaba mayores aclaraciones sobre el Evangelio y la Buena Nueva. De esa forma, otras ciudades pequeñas y grandes reclamaban su presencia rápida para dar solución a los problemas. Pablo de Tarso, valiéndose de los compañeros ocasionales, les enviaba nuevas cartas y atendía a todos con el mayor cariño. En tales circunstancias, el Apóstol de los gentiles nunca más se encontró a solas para enfrentar y solucionar los problemas que surgían. Siempre estaba asistido por numerosos discípulos y sus epístolas.

las quedarían para los cristianos del futuro, cuyo contenido, en su mayoría, está lleno de referencias personales, suaves y amorosas.

Terminada su estadía en Antioquía regresó al lugar de su nacimiento, para seguir hablando de las verdades eternas y consiguiendo despertar a gran número de tarsenses para las realidades del Evangelio. Después se internó hacia las altura de Tarso, visitó las comunidades de Galacia y Frigia, levantando el ánimo de los compañeros de la fe, empleando un gran porcentaje del tiempo. En ese afán incansable y constante, consiguió disciplinar nuevos discípulos para la causa de Jesús, distribuyendo grandes beneficios en los lugares que escuchaban su constructiva palabra.

En todas partes había lucha sin tregua, alegrías y dolores, angustias y amarguras del mundo, que no llegaban a debilitar sus férreas esperanzas en la fe que tenía puesta en Jesús. De un lado, estaban los israelitas rigurosos, enemigos declarados del Salvador; del otro, los cristianos indecisos que vacilaban entre las conveniencias personales y las falsas interpretaciones. El misionero tarsense, conociendo que el discípulo sincero tenía que experimentar las sensaciones de la “puerta estrecha” todos los días, nunca se dejó tomar por el desánimo, renovando a cada instante el propósito de soportar todo lo que se le presentara y hacer cuanto le fuera posible para edificar en nombre del Evangelio, enteramente entregado a Jesús Cristo.

Una vez que fortificó el plan de lucha, se propuso regresar a Efeso, interesado en efectuar un trabajo sobre el Evangelio, basado en las recordaciones de María.

Aquila y Prisca habían regresado a Corinto en compañía de un tal Apolo, que se había hecho notar por su cultura entre los recién convertidos. Aunque su interés era mantener largas conversaciones con la Madre de Jesús, sin embargo, se vio obligado a afrontar una seria lucha con los cooperadores de Juan. La sinagoga había conseguido ascendencia política, que se imponía a la iglesia de la ciudad, amenazando zozobrar. El ex rabino percibió el peligro y aceptó la lucha sin reservas. Durante tres meses discutió en la sinagoga y en todas las reuniones. La ciudad estaba influenciada por dudas atroces, sin embargo, parecía alcanzar una comprensión más elevada. Multiplicando las maravillosas curas, Pablo, cierto día, habiendo puesto las manos sobre algunos enfermos, fue rodeado por una hermosa claridad del mundo espiritual. Las voces santificadas, que se manifestaban en Jerusalén y Antioquía, hablaron en la plaza pública. Ese hecho tuvo enorme repercusión y dio mayor autoridad a los argumentos del Apóstol.

En Efeso no se hablaba de otra cosa. El ex rabino fue elevado al apogeo de la consideración de un día para otro. Los israelitas perdían terreno en toda la línea de batalla. El tejedor, valiéndose de la oportunidad, echaba raíces evangélicas en todos los corazones. Secundando el esfuerzo de Juan, trató de crear en la iglesia los servicios de asistencia a los desvalidos de recursos. La institución cada día se enriquecía de valores espirituales. Comprendiendo la importancia de la organización de Efeso para toda Asia, Pablo de Tarso pensó en prolongar su permanencia en ese lugar. Vinieron discípulos de Macedonia. Aquila y su esposa regresaron de Corinto. Timoteo, Silas y Tito cooperaban activamente asistiendo a las fundaciones cristianas. Auxiliado con esos preciosos valores espirituales de sus compañeros, el Apóstol multiplicaba las curas y los beneficios en nombre del Señor. Trabajando por la victoria de los principios del Maestro, hizo que muchos abandonaran creencias y supersticiones peligrosas, para que se entregaran definitivamente a los amorosos brazos del Cristo.

Ese ritmo de trabajo fecundo perduró por más de dos años, cuando surgió un hecho de gran repercusión entre los habitantes de Efeso.

La ciudad tenía un culto especial a la diosa Diana. Pequeñitas estatuas, imágenes fragmentadas de la divinidad mitológica surgían por doquier, como también eran los adornos de la población. La pregonación de Pablo había provocado las preferencias del pueblo. Casi nadie se interesaba por adquirir imágenes de la diosa. Ese culto, sin embargo, era bastante lucrativo, y los joyeros de la época, dirigidos por un profesional de nombre Demetrio, iniciaron una gran protesta ante las autoridades competentes.

Los perjudicados alegaban que la campaña del Apóstol destruía las tradiciones populares de la ciudad. El culto de Diana provenía de sus antepasados y merecía mayor respeto, además, quedaba sin trabajo una gran cantidad de personas avezadas en el oficio.

Demetrio se puso en movimiento. Los joyeros se reunieron y pagaron a los revoltosos. Sabían que Pablo hablaría en el teatro aquella misma noche y programaron el incidente. Pagados por los profesionales, los maliciosos comenzaron a provocar la revuelta infundiendo dichos malintencionados entre los creyentes. Insinuaban que el ex rabino intentaba destruir el templo de Diana para luego quemar los objetos del culto, agregando que la turba exaltada saldría del teatro para ejecutar el siniestro proyecto. Los ánimos se estaban irritando. El plan de Demetrio daba justo en el blanco deseado por

causa de la frágil imaginación de los creyentes. Al atardecer, una gran masa popular se dio cita en la plaza, en actitud expectante. Llegó la noche y la multitud seguía creciendo. Al encenderse las primeras luces en el teatro, los joyeros creyeron que se encontraba Pablo. Con imprecaciones y gestos amenazadores la multitud avanzó con furiosa gritería, pero solamente Gaio y Aristarco, oriundos de Macedonia, se encontraban presentes, preparando el ambiente de la noche. Ambos fueron apresados por los exaltados. Comprobando la ausencia del ex rabino, la masa, inconsciente, se dirigió hacia la tienda de Aquila y Prisca. Pablo tampoco estaba allí. El sencillo taller de los esposos fue totalmente desmantelado a golpes. Telares rotos, piezas de cuero estropeadas y tiradas a la calle furiosamente. Por fin la pareja fue apresada, bajo los estribillos de la turba exaltada.

La noticia se esparció con extrema rapidez. La columna revolucionaria se engrosaba a medida que iba pasando por las calles. En vano concurren soldados para contener la multitud.

Los esfuerzos eran inútiles. De vez en cuando Demetrio subía a una tribuna improvisada y se dirigía al pueblo, caldeando los ánimos.

Pablo estaba de visita en la residencia de un amigo cuando se enteró de la gravedad de los hechos que por su causa se estaban desarrollando. Su primer impulso fue querer ir al encuentro de sus compañeros capturados a fin de liberarlos, pero los hermanos le impidieron la salida. Esa noche sería inolvidable para toda su vida. A lo lejos se escuchaban los gritos estentóreos: “¡Grande es Diana de Efeso!” El Apóstol, impedido por la fuerza de sus compañeros, tuvo que desistir de querer aclarar a la masa popular en la plaza pública.

Poco tiempo después, el escribano de la ciudad consiguió hablar al pueblo y llevar la causa a juicio, abandonando el loco propósito de hacer justicia por sus manos..

La asamblea se dispersó poco antes de la medianoche, pero sólo hizo caso a la autoridad después de ver a Gaio, Aristarco y a la pareja de tejedores atados en la mazmorra.

Al día siguiente, el Apóstol de los gentiles fue, en compañía de Juan, a observar los destrozos efectuados en la tienda de Aquila. Todos los elementos de la casa estaban destrozados y tirados en la vía pública. Pablo reflexionó con inmensa amargura sobre los amigos que estaban presos y habló al hijo de Zebedeo, con los ojos llenos de lágrimas:

–¡Todo esto me entristece! Aquila y Prisca fueron mis compañeros de luchas desde las primeras horas de mi conversión. Por ellos debo sufrir lo que están pasando, les debo mucho, por lo tanto, no juzgo razonable que sufran por mi causa.

–¡La causa es del Cristo! –respondió Juan con seguridad. El ex rabino pareció conformarse con la observación y agregó:

–Sí, el Maestro nos consolará.

Y después de concentrarse largo rato, murmuró:

–Estamos en constante lucha en Asia, por más de veinte años... Ahora necesito irme de este lugar, sin demora. Los golpes vienen de todos lados. Por el bien que deseamos, nos hacen todo el mal que pueden. ¡Ay de nosotros si no trajéramos las marcas del Cristo Jesús!

El valeroso pregonador lloraba desconsoladamente. Juan le contempló los cabellos encanecidos prematuramente y trató de desviar el asunto:

–Tú no te vas –le dijo solícito–, aún eres necesario aquí.

–Imposible respondió con tristeza–, la revolución de los joyeros continuará. Todos los hermanos pagarían muy caro el estar cerca de mí.

–Pero, ¿no pretendes escribir el Evangelio de acuerdo a los recuerdos de María? –preguntó, intencionalmente, el hijo de Zebedeo.

–Es verdad –confirmó el ex rabino con amarga serenidad–, sin embargo, es necesario partir. En caso de no poder regresar más, enviaré a un compañero para recoger las anotaciones.

El tejedor de Tarso miró al compañero con tranquilidad y explicó con humildad:

–Tal vez estás engañado. Yo nací para luchar sin tregua, que durará hasta el fin de mis días terrenos. Antes de encontrar las luces del Evangelio erré criminalmente, aunque me impulsaba el sincero deseo de servir a Dios. Fracasé muy pronto queriendo formar un hogar. Conseguí ser odiado por la mayoría, hasta que el Señor se compadeció de mi miserable situación y me llamó a las puertas de Damasco. Desde entonces se hizo un abismo entre mi alma y el pasado. He sido abandonado por los amigos de la infancia, tuve que irme al desierto y recomenzar una nueva vida. De la tribuna del Sannedrín volví al pesado telar. Cuando regresé a Jerusalén, el judaísmo me tomó por enfermo y mentiroso. En Tarso fui repudiado y abandonado por los

familiares más queridos. Después recomencé en Antioquía el trabajo que me condujo hacia el camino de Dios. Desde entonces trabajé sin descanso, porque muchos siglos de servicio no podían para pagar todo lo que le debo al Cristianismo. Y salí a pregonar. Peregriné por varias ciudades, visité centenares de aldeas, pero en ningún lugar me retiré sin encontrar luchas. Siempre tuve que salir por la puerta de la cárcel, por la pedrea de la plebe manejada astutamente y por medio de los azotes. En mis viajes por mar pasé por las duras pruebas de los naufragios y aún he tenido que soportar la lucha en las bodegas de las embarcaciones. No obstante, Jesús me ha enseñado lo que es sabiduría y tener paz en el interior, en perfecta comunión con su amor.

Esas palabras eran pronunciadas con humildad tan sincera, que el hijo de Zebedeo no podía disimular su admiración.

–Pablo, tú eres feliz –le dijo el hijo de Zebedeo– porque entendiste el programa de Jesús que concierne a tu persona. No te afectan los martirios recibidos, porque el Maestro fue obligado a retirarse del mundo por medio de los tormentos que terminaron en la cruz ignominiosa. Por lo tanto, regocijémonos con las prisiones y sufrimientos. Si el Cristo partió por medio de heridas sangrantes y dolorosas, nosotros no podemos acompañarlo sin evitar los golpes y las cicatrices...

El Apóstol de los gentiles puso especial atención a esas palabras consoladoras y murmuró:

–¡Es verdad!...

–Además –agregó el compañero emocionado–, debemos contar con numerosos calvarios. Si el Inmaculado Cordero padeció en la cruz ignominiosa, nosotros, ¿cuántas cruces necesitaremos para alcanzar la redención? Jesús vino al mundo por su inmensa misericordia. Nos invitó con suavidad y amor hacia una mejor vida. Ahora, mi amigo, al igual que los antepasados de Israel, que salieron del cautiverio de Egipto a costa de sacrificios, necesitamos huir de la esclavitud de los pecados, imponiéndonos la disciplina del espíritu para poder estar junto al Maestro y corresponder a su inmensa bondad.

Pablo movió la cabeza pensativo y acentuó:

–Desde que el Señor se dignó convocarme al servicio de su Divino Evangelio, no he meditado en otra cosa.

En ese ritmo cordial conversaron largo rato, hasta que el Apóstol de los gentiles terminó diciendo más confortado:

–Después de haber repasado el total de mi humilde trabajo, estoy convencido que mi trabajo en Oriente terminó. El espíritu de servicio exige que viaje más lejos... Tengo la intención y las esperanzas de pregonar el Evangelio en Roma, en España y entre los pueblos que aún no son muy conocidos.

Su mirada estaba llena de visiones para el futuro y Juan murmuró humildemente:

–¡Dios bendecirá tu camino!

Permaneció ‘en Efeso algún tiempo más, haciendo por los prisioneros gestiones hasta conseguir su libertad y resolvió, después, partir de inmediato. Estaba muy abatido de ánimo. Podría decirse que las últimas luchas habían cooperado para eliminar sus energías. Acompañado por algunos amigos se dirigió hacia Tróade, donde permaneció algunos días enseñando a los hermanos de la fe. La fatiga empezaba a manifestarse más seguido. Las preocupaciones lo ponían muy nervioso. Interiormente estaba abatido y el insomnio se agravaba cada día. Pablo, que nunca había olvidado la ternura de los hermanos de Filipos, decidió buscar albergue allí, con el ansia de reponerse un poco de su extremado cansancio. El Apóstol fue recibido con gran cariño. Los niños de la institución le demostraron su afecto atendiéndolo con esmero. Otra agradable sorpresa le esperaba: Lucas se encontraba accidentalmente en la ciudad y fue para abrazarlo. Ese encuentro lo reanimó un poco. La entrevista con el médico amigo dio por resultado que éste se alarmara del estado físico del amigo. Le pareció que Pablo estaba extremadamente debilitado, triste; no obstante la fe inquebrantable que le avivaba el corazón la manifestaba por los labios. Le explicó al doctor y amigo que había estado enfermo y que sufrió mucho en las últimas pregonaciones efectuadas en Efeso, que estaba solo en Filipos por causa del regreso de algunos amigos que lo habían acompañado y que sus íntimos colaboradores habían partido hacia Corinto.

Muy sorprendido, Lucas escuchó el relato silencioso y después de una pausa preguntó:

–¿Cuándo partirás?

–Pretendo quedarme aquí dos semanas.

Y después de echar una mirada tristonera por el paisaje que los rodeaba, terminó diciendo en tono amargo:

–Además, mi querido Lucas, creo que ésta es la última vez que descanso en Filipos...

–Pero, ¿por qué? No hay motivos para tener tan tristes presentimientos.

Pablo notó la preocupación del amigo y trató rápidamente de deshacerle sus primeras impresiones:

–Creo que he de partir hacia Occidente –aclaró con una sonrisa.

–¡Muy bien! –respondió Lucas reanimado–. Voy a atender los asuntos que me trajeron aquí e iré contigo a Corinto.

El Apóstol se alegró. Sentíase inmensamente feliz con la presencia de uno de sus compañeros más querido. Lucas también “ estaba satisfecho con la posibilidad de asistirlo en ese viaje. Con gran esfuerzo trataba de disimular la penosa impresión que tenía sobre la salud de Pablo. Estaba delgado, de rostro pálido, ojos hundidos, el ex rabino presentaba un cuadro de gran deterioro orgánico. El médico, mientras tanto, hizo lo posible para ocultar sus dolorosas conjeturas.

Como era su hábito, Pablo, durante el viaje hasta Corinto, habló del proyecto de llegar a Roma para llevar a la capital del Imperio el mensaje de amor del Cristo Jesús. La compañía de Lucas y el cambio de paisaje le fueron revigorizando sus fuerzas físicas. El mismo amigo y médico estaba sorprendido con el cambio producido en aquel hombre de voluntad tan poderosa.

Por el camino, a través de pregonaciones ocasionales, se le unieron algunos compañeros fortificados en la fe.

Nuevamente en Corinto, el ex rabino ratificó sus epístolas, reorganizó amorosamente los cuadros de servicio de la iglesia, y en el círculo de los más íntimos no hablaba de otra cosa que no fuera de su grandioso proyecto de visitar Roma con el interés de ayudar a los cristianos que vivían en la ciudad de los Césares. Su disposición la basaba en querer establecer instituciones semejantes a las de Jerusalén, Antioquía, Corinto y otros lugares importantes de Oriente. En el transcurso de ese tiempo readquirió las energías latentes en el organismo debilitado. Se desdoblaba para dejar pronto el plan que sus ideas habían trazado sobre la imperial metrópolis. Pensó en preparar su llegada, anticipándola por medio de una carta explicativa sobre sus

actividades por el Evangelio y poner en relieve sus afectuosas recordaciones para los hermanos de su conocimiento en el ambiente romano. Aquila y Prisca habían regresado de Efeso hacia la capital del Imperio, con el ánimo de recomenzar una nueva etapa de sus vidas. Serían sus ayudantes predilectos. Para ese fin, Pablo empleó algunos días en la redacción del célebre documento, terminando con recomendaciones y saludos afectuosos y particulares. Fue allí donde se dio un episodio poco conocido por los seguidores del Cristianismo. Considerando que los hermanos y pregonadores eran personas excesivamente ocupadas en los más variados trabajos y que a Pablo le costaría encontrar a un portador de la misiva famosa, la hermana de nombre Febe, gran cooperadora del Apóstol de los gentiles en el puerto de Cencreia, le comunicó que tendría que ir a Roma en visita de algunos familiares y se ofrecía de muy buen grado a llevar el documento destinado a iluminar la cristiandad futura.

Pablo se alegró y lo hizo extensivo a la comunidad cristiana. La epístola fue terminada en medio de una gran alegría espiritual. Ni bien partió la heroica mensajera, el ex rabino reunió la pequeña comunidad de discípulos para asentar las bases definitivas de ese gran viaje. Comenzó explicando que el invierno iba a comenzar y que debería apresurar los preparativos. Después de analizar los detalles de lo planeado, cuyo objetivo principal era implantar el Evangelio en las importantes regiones de Oriente, le pidió a los amigos más íntimos que le dijeran de qué forma lo podían secundar. Timoteo alegó que Eunice no podía, por el momento, por causa del reciente fallecimiento de la venerada Loide. Según explicó, necesitaba regresar a Tesalónica y Aristarco lo apoyó con lo manifestado. Sópatos habló de sus dificultades en Bereia. Gaio debía partir al día siguiente hacia Derbe. Tíquico y Trófilo tenían urgente necesidad de ir a Efeso, de donde pretendían mudarse para Antioquía, cuna natal de ambos. Casi todos estaban imposibilitados de participar en el viaje. Apenas Silas afirmó que lo acompañaría, fuera como fuere. Llegó el turno a Lucas, que hasta el momento permanecía callado, diciendo en forma determinante que estaba dispuesto a participar del viaje. De toda la asamblea, dos solamente podrían acompañarlo. Pablo, aún así, estaba satisfecho y conformado. Le era más que suficiente Silas y Lucas, que estaban habituados a sus métodos de propaganda, magnificando sus trabajos con su bella oratoria en nombre de Jesús.

Todo se presentaba de maravillas, el plan combinado propiciaba grandes esperanzas, cuando cierto día un peregrino, pobre y entristecido, apareció

en Corinto, recién desembarcado y proveniente del Peloponeso y en su última etapa de paso para Jerusalén. Golpeó a la puerta de la iglesia y pidió hablar urgentemente con Pablo, pues debía entregarle una carta confidencial. Pablo recibió al extranjero sorprendido. Se trata del hermano Abdías, a quien Tiago le había encargado de entregar la carta al ex rabino. Pablo la tomó y la abrió bastante nervioso.

A medida que iba leyendo, se iba poniendo pálido.

Era un documento particular y de mucha importancia. El hijo de Alfeo le comunicaba al ex doctor de la Ley los dolorosos acontecimientos que estaban sucediendo en Jerusalén. Tiago le avisaba que la iglesia sufría la impudosa persecución del Sanedrín. Los rabinos habían decidido implantar las torturas para los cristianos. Simón Pedro había sido expulsado de la ciudad. Un gran número de adeptos eran blanco de las persecuciones y martirios. La iglesia fue asaltada por fariseos inescrupulosos y no le hicieron mayores destrozos por causa del respeto que el pueblo le profesaba. Dentro de sus actitudes conciliatorias, fue posible calmar el ánimo de los más exaltados, pero el Sanedrín alegaba la necesidad de un entendimiento con Pablo a fin de conceder tregua. La acción del Apóstol de los gentiles, constante y activa, había conseguido arrojar las simientes de Jesús por todas partes. De todos lados el Sanedrín recibía consultas, reclamaciones y noticias alarmantes. Las sinagogas iban perdiendo adeptos y estaban casi desiertas. Tal situación requería establecer equilibrio. Basados en ese pretexto el mayor tribunal de los israelitas había lanzado tremendos ataques contra la organización cristiana en Jerusalén. Tiago relataba los hechos con gran serenidad y rogaba a Pablo de Tarso que no abandonara a la iglesia en aquella hora de grandes luchas. Pablo estaba envejecido y cansado. Sin la colaboración de Pedro, temía sucumbir. Le pedía al convertido de Damasco viniera a Jerusalén y afrontara las persecuciones por amor a Jesús, para que los doctores del Templo y el Sanedrín fueran esclarecidos. Creía que no podría sobrevenir ningún mal, porque el ex rabino sabría cómo dirigirse a las autoridades religiosas para que la causa lograra un justo éxito. El viaje a Jerusalén tendría un solo objetivo: esclarecer al Sanedrín, que por lo expuesto, era indispensable. Después de eso, que Tiago consideraba de suma importancia para salvar a la iglesia de la capital del judaísmo, Pablo volvería tranquilo y feliz hacia donde mejor quisiera.

El mensaje estaba lleno de exclamaciones amargas y de llamados angustiosos.

Pablo de Tarso terminó la lectura y recordó el pasado. ¿Con qué derecho el Apóstol galileo le hacía semejante pedido? Tiago siempre se había colocado en posición antagónica. A Tiago le pesaba que Pablo fuera de índole impetuosa, franca, inquebrantable, pero ello no era motivo para odiarlo, mientras tanto, no sentía apego ninguno por el hijo de Alfeo y menos para sentirse un compañero adecuado en ese difícil problema. Buscó un lugar solitario de la iglesia, se sentó y meditó. Experimentaba ciertas dudas y no quería desechar su viaje a Roma, no obstante, el proyecto formulado en Efeso en la víspera de la revolución de los joyeros, todavía lo tenía intrigado y para salir de esa preocupación que lo embargaba, decidió consultar el Evangelio. Desenrolló los pergaminos y abriéndolo al acaso leyó la advertencia de las anotaciones de Levi: “Concítiate lo más pronto posible con tu adversario”¹.

Ante esas juiciosas palabras, no disimuló el asombro, recibéndolas como una ayuda divina para no perder la oportunidad de establecer con el Apóstol galileo los lazos fraternales. No era Justo tener caprichos personales en la obra del Cristo. De hecho, no era Tiago el interesado de su presencia en Jerusalén, era la iglesia, era la sagrada institución que se había vuelto tutora de los pobres e infelices. Provocar la ira farisaica era lo mismo que lanzar una tempestad de imprevisibles consecuencias contra los necesitados del mundo. Recordó su juventud y la prolongada persecución que él mismo había propiciado contra los discípulos del crucificado. Tuvo la visión del día que efectuó la prisión de Pedro en medio de los tullidos y enfermos que lo rodeaban sollozantes. Recordó que Jesús lo había llamado para prestar servicio a su causa a las puertas de Damasco. Desde entonces había sufrido y sacrificado por causa de las pregonaciones para enseñar la verdad eterna, organizando iglesias amorosas y acogedoras, donde los “hijos del Calvario” tuvieran consuelo y abrigo, de acuerdo a las exhortaciones de Abigail, llegando a la conclusión que debía a los sufrientes de Jerusalén alguna cosa que era necesario restituir. En otros tiempos había fomentado la confusión, privó a la concurrencia cristiana de la amorosa personalidad de Esteban e inició destierros impiadosos. Muchos enfermos fueron obligados a renegar del Cristo en su presencia, en la ciudad de los

¹ Mateo. Capítulo S: 25. (Nota de Emmanuel).

rabinos. Acaso, ¿no sería aquélla la oportunidad adecuada para rescatar esa enorme deuda? Pablo ahora estaba iluminado por sus experiencias de la vida, rápidamente se levantó y con pasos seguros se dirigió al que había traído la carta, que lo esperaba humildemente:

–Amigo mío, descanse un poco, que bien se ve que lo necesita y dentro de unos días llevará la respuesta.

–¿Iréis a Jerusalén? –preguntó Abdías con cierta ansiedad, como si conociera la importancia del asunto.

–Sí –respondió el Apóstol.

El emisario fue tratado con todo cariño. Pablo le escuchó su impresión personal sobre las persecuciones contra los discípulos del Cristo, pero no conseguía sustraerse a ciertas preocupaciones imperiosas y aparentemente insolubles. ¿Cómo iba a proceder en Jerusalén? ¿Qué tipo de esclarecimientos debía presentar a los rabinos del Sanedrín? ¿Qué testimonio convenía dar?

Muy aprensivo quedó aquella noche, mientras le bullían pensamientos torturantes. Soñó que se encontraba en un largo e iluminado camino. No había dado dos pasos cuando fue abrazado por dos entidades cariñosas y amigas. Eran Jeziel y Abigail que lo estrechaban con inmenso cariño. Extasiado, no pudo pronunciar una sola palabra. Abigail le agradeció la ternura expuesta en sus pensamientos cada vez que la recordaba y le habló de la alegría que poseía en su corazón y le dijo bondadosamente:

–No te inquietes, Pablo. Es necesario ir a Jerusalén para dar testimonio.

Íntimamente, el Apóstol consideraba lo planeado para ir a Roma, en el noble intento de enseñar las verdades cristianas. Bastó pensarlo, para que la voz querida se hiciera oír nueva. mente, en tono familiar:

–Tranquilízate, porque irás a Roma para cumplir con el sublime deber, pero no como tú lo quieres, sino de acuerdo a los designios del Altísimo...

Y después de unos instantes, esbozando una angelical sonrisa, agregó:

–Después sí que será nuestra unión eterna en Jesús Cristo, para la divina tarea del amor y la verdad a la luz del Evangelio.

Aquellas palabras le cayeron en su alma con la fuerza de una gran revelación. El Apóstol de los gentiles no sabía explicar lo que sucedió en lo íntimo de su espíritu. Sentía, simultáneamente, dolor y placer, preocupación y

esperanzas. La sorpresa le impidió seguir viendo la querida visión de Abigail y Jeziel, ambos parecían desaparecer en una nube transparente. Volvió en sí sobresaltado, y se puso a pensar en la forma de encarar ese testimonio definitivo ante las autoridades judías de Jerusalén.

Al día siguiente convocó a una reunión de los amigos y compañeros de Corinto. Le pidió a Abdías que explicara a viva voz, la situación que vivía Jerusalén y expuso el plan de pasar por la capital del judaísmo antes de ir a Roma. Todos los presentes comprendieron los sagrados principios de esa nueva resolución. Lucas, adelantándose, le preguntó:

–De acuerdo a la modificación del proyecto, ¿cuándo pretendes partir?

–Dentro de muy pocos días –respondió resuelto.

–Imposible –respondió el médico–, no podemos concordar con tu viaje a pie a Jerusalén; además, necesitas descansar algunos días después de tantas luchas.

El ex rabino reflexionó algunos instantes y agregó:

–Tienes razón. Me quedaré en Corinto algunas semanas, sin embargo, es mi intención hacer el viaje por etapas, para visitar las comunidades cristianas, pues intuyo que pronto deberé ir hacia Roma y no volveré a ver a las iglesias amadas con este cuerpo mortal...

Esas palabras las pronunció en un tono melancólico. Lucas y los demás compañeros quedaron en silencio y el Apóstol continuó:

–Aprovecharé el tiempo instruyendo a Apolo sobre los trabajos indispensables sobre el Evangelio, en las diversas regiones de Acaya.

Después y como queriendo deshacer la nube de pesimismo que produjera al mencionar su ida hacia Roma, emitió conceptos confortadores para animar a la asamblea. Planeó un vasto programa para los discípulos, recomendando actividades a la mayoría, especialmente a las comunidades de Macedonia, a fin de que todos los hermanos estuvieran preparados para su partida. Otros fueron enviados hacia Asia con idénticas instrucciones.

Transcurridos tres meses de su permanencia en Corinto, nuevas persecuciones de los judíos fueron llevadas a cabo contra la institución cristiana. La sinagoga principal de Acaya había recibido secretas notificaciones de Jerusalén. Nada menos que la de eliminar al Apóstol a cualquier precio. Pablo percibió el peligro y se despidió prudentemente de Corinto, saliendo en compañía de Lucas y Silas, a pie, para visitar las iglesias de Macedonia.

Por todas partes pregonó la palabra del Evangelio, convencido de que era la última vez que pisaba aquellas tierras.

Se despedía conmovido de los viejos amigos. Les daba recomendaciones que, advertía, lo hacía por última vez. Mujeres reconocidas, ancianas y niños, le besaban las manos enternecidamente. Llegando a Filipos, cuya comunidad fraternal le hablaba más a lo íntimo de su corazón, su palabra desató torrentes de lágrimas. La amorosa iglesia tenía para el Apóstol de Jesús un gran afecto. Lidia y sus ayudantes, en un impulso muy humano, querían retenerlo en su compañía y le insistían que no prosiguiera con su obra, recelosos por las persecuciones del fariseísmo. Entonces, el Apóstol, con gran serenidad y confianza, agregó:

—No lloréis, mis hermanos. Estoy convencido de que debo hacer el trabajo y no debo esperar flores y días felices. Me cabe esperar el fin en la paz del Señor Jesús. La existencia humana es de trabajo constante y los últimos sufrimientos son la corona del testimonio.

Eran exhortaciones llenas de esperanzas y alegrías, cuya finalidad era robustecer el ánimo de los tímidos y, a su vez, renovar la fe en los corazones débiles y sufrientes.

Dando por terminada la tarea en las zonas de Filipos, Pablo y los compañeros navegaron con destino a Tróade. En esta ciudad, el Apóstol hizo, con gran éxito, la última pregonación en la séptima noche de su llegada, observándose el serio incidente con el joven Eutico que se cayó de una ventana del tercer piso del edificio donde se realizaban las prácticas evangélicas, siendo inmediatamente socorrido por el ex rabino, que lo levantó casi muerto y le devolvió la vida en nombre de Jesús.

En Tróade otros compañeros cristianos se unieron a la caravana. Atentos a las recomendaciones de Pablo partieron Lucas y Silas para Asas, contratando, a precio módico, un viejo barco de pescadores, porque el Apóstol prefirió viajar hacia las islas y sus numerosos puertos para despedirse de los amigos y hermanos que vivían en la zona. Así sucedió y mientras los colaboradores tomaban la comfortable embarcación, el ex rabino anduvo a pie más de veinte kilómetros de caminos, por el placer de abrazar a los continuadores de su grandiosa obra apostólica.

Después de esa etapa, Pablo adquirió un rústico barco y en compañía de sus discípulos prosiguieron viaje hacia Jerusalén.

En todas las playas había gestos conmovedores, adioses y amarguras. En Efeso, la cena fue muy triste, porque el Apóstol había solicitado la presencia de los ancianos y de los amigos, para hablarles especialmente de la emotividad que poseía en su corazón por dejarlos en medio de la obra redentora. No deseaba desembarcar para no crear nuevos conflictos que le pudieran retardar la marcha, pero en testimonio de amor y reconocimiento, la comunidad entera fue a su encuentro, sensibilizando su alma afectuosa.

La propia María, avanzada en años, concurrió al lugar en compañía de Juan y otros discípulos, para llevarle una palabra de amor al valeroso paladín que difundía el Evangelio de su hijo. Los ancianos lo recibieron con demostraciones amorosas de amistad y las criaturitas le ofrecieron dulces y flores.

Extremadamente conmovido, Pablo de Tarso habló de su difusión evangélica y cuando afirmó que tenía el presentimiento que no volvería a verlos con el 'cuerpo perecedero que ahora le acompañaba, hubo manifestaciones de amargura.

Como si hubieran sido tocados por la grandeza espiritual de aquel momento, casi todos los presentes se arrodillaron en la blanca arena de la playa y pidieron a Dios que le protegiera. Recibiendo tan bellas manifestaciones de cariño, el ex rabino abrazó a uno por uno, con el llanto en los ojos. La mayoría se arrojaban a sus brazos, sollozando, besándole las manos callosas y ásperas. Abrazó por última vez a la Madre Amantísima de Jesús y le besó la mano con ternura filial.

El viaje continuó siempre con las mismas características. Rodas, Patrás, Tiro, Ptolemaida y, finalmente, Cesarea. En esta ciudad se hospedaron en casa de Felipe, que había fijado su residencia hacía mucho tiempo. El viejo compañero de luchas informó a Pablo de los mínimos detalles de lo sucedido en Jerusalén, en donde se esperaba mucho de su esfuerzo personal para la continuación de la iglesia. Muy viejito, el generoso galileo habló del paisaje espiritual de la ciudad de los rabinos, sin disimular los recelos que la situación imperante le causaba. Eso no fue únicamente lo que entristeció a los misioneros, sino que Agabo, conocido de Pablo en Antioquía, había llegado a Judea y en trance mediúmnico en la íntima reunión que había tenido en casa de Felipe, formuló dolorosos vaticinios. Las perspectivas eran sombrías y el mismo Lucas, al escucharlas, lloró apesadumbrado. Los amigos rogaron a Pablo que no fuera a Jerusalén. Sería preferible la libertad y la vida a beneficio de la causa.

Él, siempre dispuesto y resuelto, se refirió al Evangelio y comentó los pasajes donde el Maestro profetizaba los martirios que le aguardaban en la cruz y concluyó diciendo:

—¿Por qué lloramos y oprimimos el corazón? Los seguidores del Cristo deben estar preparados para todo evento. Por mi parte, estoy dispuesto a dar testimonio, aunque tenga que morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús Cristo.

La impresión que produjo los vaticinios de Gabo no había desaparecido, cuando la casa de Felipe recibió una nueva sorpresa al día siguiente. Los cristianos de Cesárea llevaron a presencia de Pablo un emisario de Tiago, de nombre Mnason. El Apóstol galileo sabía de la llegada del convertido de Damasco al puerto palestinese y quería adelantar su comunicación con su persona por medio del portador, que era de la causa cristiana. Mnason explicó al ex rabino el motivo de su presencia, advirtiéndole de los peligros que le esperaban en Jerusalén, donde el odio sectarista producía encarnizadas persecuciones. Dado la exaltación y la vigilancia del judaísmo, Pablo no debería ir de inmediato a la iglesia, sino hospedarse en casa del mensajero, donde Tiago lo entrevistaría y resolverían convenientemente los intereses del Cristianismo. Por lo tanto, el Apóstol de los gentiles sería recibido en la institución de Jerusalén, para discutir con los directores el real destino de la casa.

Pablo encontró muy razonable los cuidados y sugerencias de Tiago; no obstante, prefirió seguir escuchando los comentarios del portador del mensaje.

Grandes y angustiosas sombras cubrían a los espíritus de los compañeros del gran Apóstol, cuando la caravana, seguida de Mnason, se dirigió de Cesarea hacia la capital del judaísmo. Como siempre, Pablo de Tarso anunció la Buena Nueva en los lugares más humildes.

Después de algunos días de marcha lenta, para que los trabajos del Apóstol fueran debidamente atendidos, los discípulos del Evangelio traspusieron las puertas de la ciudad de los rabinos con el ánimo bastante decaído.

Envejecido y desilusionado, el Apóstol de los gentiles contempló los edificios de Jerusalén, demorando su mirada en el paisaje árido y triste que le recordaba los años de su juventud muerta para siempre. Elevó el pensamiento a Jesús y le pidió que lo inspirara para dar cumplimiento a su sagrado deber.

EL MARTIRIO DE JERUSALEN

Obedeciendo a las sugerencias de Tiago, Pablo se hospedó en casa de Mnason, antes de tener cualquier entendimiento con la iglesia. El Apóstol galileo prometió visitarlo esa misma noche.

Presintiendo acontecimientos de importancia en aquella fase de su existencia, el ex rabino aprovechó el día trazando planes de trabajo para los discípulos directos.

Por la noche, cuando las sombras cubrían la ciudad, Tiago se hizo presente, saludando humildemente al compañero. También él estaba envejecido, cansado y enfermo. El convertido de Damasco, al contrario de otras veces, tuvo inmensa simpatía por su persona, que parecía totalmente modificada por los reveses y tribulaciones de la vida.

Intercambiadas las primeras impresiones relacionadas a los viajes y hechos evangélicos, el compañero de Simón Pedro le pidió a Pablo que le fijase el lugar y la hora para poder hablar en privado.

Pablo le dijo que esos asuntos no podían demorarse y sin más trámites lo introdujo hacia el interior de la casa, en un cuarto particular.

El hijo de Alfeo comenzó explicando el motivo de sus graves aprensiones. Hacía más de un año que los rabinos Eliakin y Enoch tramaban reactivar los procesos persecutorios iniciados por él. Alegaban que Pablo había aceptado los sortilegios y hechicerías de la espuria grey, comprometiendo la causa del judaísmo y no era justo seguir tolerando la situación, por el solo hecho de que el doctor tarsense perdiera la razón a las puertas de Damasco.

La iniciativa había ganado enorme apoyo en los círculos religiosos de Jerusalén y el mayor instituto legislativo de la raza –el Sanedrín– aprobó la propuesta. Reconociendo que la obra evangelizadora de Pablo producía hermosos frutos por todas partes, conforme a las noticias que continuamente llegaban de las sinagogas y lugares por él recorridos, el gran tribunal comenzó por decretar la prisión del Apóstol de los gentiles. Numerosos pro-

cesos de persecución que fueron dejados sin efecto por Pablo de Tarso cuando se produjo su inesperada conversión, fueron procesados nuevamente y, lo que era peor, cuando fallecían los culpables la pena se aplicaba a sus descendientes, que eran torturados, humillados y deshonrados.

El ex rabino escuchaba silencioso y estupefacto.

Tiago prosiguió, aclarando que había hecho todo lo posible para atenuar los rigores de la situación. Había puesto en juego ciertas influencias políticas que estaban a su alcance, consiguiendo rebajar algunas sentencias inicuas. No obstante la inhabilitación de Pedro, trató de mantener los servicios de asistencia a los desvalidos, así como también la colonia de servicio, fundada por inspiración del convertido de Damasco, en donde los desamparados encontraban un ambiente de trabajo remunerado y pacífico. Después de varios entendimientos con el Sanedrín, por medio de amigos influyentes en el judaísmo, tuvo la satisfacción de ablandar el rigor de las exigencias y ser aplicadas, inclusive, en los casos como los de Pablo. Entonces, el ex doctor de la Ley tendría libertad para actuar y podría seguir su camino de acuerdo a sus íntimas convicciones, lo cual podría hacerla por intermedio del autorizado ante el Sanedrín, siempre que no contradijera los principios de la raza. Tiago concordó que los requisitos eran muy exigentes, pero merced a sus esfuerzos, y aunque la situación no era agradable, trataba de no comprometerla aún más.

Pablo de Tarso lo escuchaba extremadamente sensibilizado. Dueño de un luminoso caudal evangélico, entendía que había llegado el momento de testimoniar su dedicación al Maestro, a través del mismo órgano de persecución que su ignorancia había engendrado en otros tiempos. En aquellos fugaces minutos se le hicieron presentes los terribles cuadros de otrora... Viejos torturados en su presencia, para sentir el placer de la apostasía cristiana, con la pronta repetición del voto de fidelidad eterna a la Ley de Moisés. Madres de familia sacadas abruptamente de sus hogares, obligadas a jurar por la antigua Ley, que renegaban al carpintero de Nazareth, abominado en la cruz de su martirio e ignominia. Los sollozos de aquellas humildes mujeres que abjuraban de su fe porque se veían heridas en lo que poseían de más noble, el instinto maternal, que en ese momento le parecía volver a escuchar los gritos de angustia, clamando dolorosamente. Las pasadas escenas se le desdoblaban ante su mirada espiritual sin omisión del más insignificante de los detalles. Jóvenes robustos, sostenes de familias numerosas,

salían mutilados de las cárceles, jóvenes que pedían venganza, criaturas que reclamaban a sus padres encarcelados. Después, como corolario de sus recuerdos mentales, volvió a sentir en lo último de su amargo recuerdo la muerte de Esteban, en medio del insulto y de las pedradas del pueblo excitado, revió a Pedro y a Juan abatidos y humildes en la barra del tribunal, como si fueran malhechores y criminales. Ahora se encontraba delante del hijo de Alfeo, que nunca lo había comprendido integralmente, que le hablaba del pasado en nombre del Cristo, como si lo invitara a rescatar sus angustiosas deudas.

Pablo sintió que una lágrima le asomaba a los ojos. ¿Qué especie de tortura le estaba reservada? ¿Cuáles serían las determinaciones de la autoridad religiosa a la que Tiago se refería con evidente interés?

Cuando Tiago hizo una prolongada pausa, el ex rabino le preguntó conmovido:

–¿Sabes, tú, lo que pretenden de mí?

El hijo de Alfeo lo miró serenamente y explicó:

–Después de muchas deliberaciones, los israelitas congregados en la iglesia van a pedirte, apenas, que pagues los gastos de cuatro hombres pobres que hicieron voto de obediencia a la Ley. Comparecerás con ellos en el templo, durante siete días consecutivos, para que el pueblo entero vea que sigues siendo un buen judío y un leal hijo de Abrahám... La primera visita y la demostración podrá parecerte pueril, mientras tanto, podrás ver que tiene el objeto de satisfacer la vanidad farisaica.

El ex rabino hizo un gesto muy suyo cuando estaba contrariado y replicó:

–¡Pensé que el Sanedrín pediría mi muerte!...

Tiago comprendió cuánta repugnancia le causaba semejante observación y objetó:

–Sé perfectamente que lo exigido te repugna y, sin embargo, insisto en que accedas, no por nosotros, sino por la iglesia y por aquellos que en el futuro nos secundarán.

–Ese procedimiento –exclamó Pablo, con enorme desencanto– no representa nobleza alguna. Esa exigencia es una ironía y tiende a reducirnos a criaturas llevadas de las manos, de tan fútil que es. No es persecución, es

humillación. Es el deseo de exhibir hombres conscientes como si fueran niños volubles e ignorantes...

Tiago, tomando una actitud cariñosa, que el ex rabino jamás había observado, le habló con extrema ternura, revelando al compañero sorprendido la otra cara de la moneda:

—Sí, Pablo, comprendo tu justa aversión. El Sanedrín, con esa medida, pretende aplastar nuestras convicciones. Sé que la tortura en la plaza pública te dolería mucho menos, sin embargo, ¿supones que eso no represente, para mí, un dolor de muchos años?... ¿Crees, acaso, que mis actitudes nacieron de un inconsciente fanatismo? Comprendí muy rápido, desde la primera persecución, que la tarea de armonización de la iglesia, con los judíos, estaba particularmente en mis manos. Como sabes, el fariseísmo siempre vivió ostentando una gran hipocresía, pero convengamos también que es el partido dominante, tradicional, de nuestras autoridades religiosas. Desde el primer día he sido obligado a caminar con los fariseos muchas millas para conseguir alguna cosa que pueda sostener la iglesia del Cristo. ¿Eso es fingimiento? No lo juzgues tal cosa. Muchas veces el Maestro nos enseñó en Galilea que el mejor testimonio es morir poco a poco, cada día, por la victoria final de su causa, por eso, cada vez tenía más convicción que Dios no desea la muerte del pecador, porque no termina allí la causa de nuestros errores o caprichos. Cada día se nos presenta una nueva oportunidad para encontrar el luminoso camino que nos lleva a su infinito amor. La atención que he dedicado a los judíos es hermana al cariño que tú profesas por los gentiles. A cada uno de nosotros Dios le confió una tarea diferente en su forma, pero idéntica en el fondo. Muchas veces he provocado falsas interpretaciones por mis actitudes, todo ello es amargura para mi espíritu, habituado a la simplicidad del ambiente galileo. ¿De qué vale el conflicto que nos destruye materialmente, si tenemos grandes deberes que cumplir? Lo que importa es saber morir, para que nuestras ideas se transmitan y florezcan en los demás. Crear separaciones es proclamar nuestros prejuicios dentro de la iglesia del Cristo; acaso, ¿no es lo mismo que exterminar la sagrada planta del Evangelio por nuestras propias manos?

Las palabras de Tiago sonaban como si estuvieran imanadas con bondad y sabiduría y tenían el sabor a consoladora revelación. Los galileos eran mucho más sabios que cualquier rabino culto de Jerusalén. Él, que había llegado al mundo religioso por medio de escuelas famosas, la inspira-

ción de un Gamaliel la admiraba ahora en aquellos hombres aparentemente rústicos, provenientes de chozas de pescadores, pero que en Jerusalén alcanzaban inolvidables victorias intelectuales. Una cosa importante tenían sabían callar cuando era oportuno y aliaban su experiencia de la vida a la expresión de bondad y renuncia, al igual que lo había hecho el Divino Maestro.

El convertido de Damasco descubrió en el hijo de Alfeo una nueva arista evangélica. Sus cabellos grisáceos, el rugoso y amarillento rostro, hablaban de sus arduos trabajos. Presumía que conocía al Apóstol galileo por causa de su caudal psicológico, mientras tanto, llegó a la conclusión que recién ahora pudo comprenderlo integralmente.

Cuando el compañero de Simón Pedro hizo una pausa, Pablo lo contempló con inmensa simpatía y le habló conmovidamente:

–Veo que tienes mucha razón, pero esa exigencia requiere mucho dinero. ¿Cuánto tendré que pagar por esa sentencia? Como hace muchos años que me aparté del judaísmo, ignoro si las ceremonias sufrieron alteraciones apreciables.

–Los preceptos son iguales –respondió Tiago–, pues estarás obligado a purificarte con ellos, y según las tradiciones costearás la compra de quince ovejas, además de los comestibles preceptuales.

–¡Es un absurdo! –objetó el Apóstol de los gentiles.

–Como sabes, la autoridad religiosa exige por cada uno de los que hacen votos tres animales para los servicios de consagración.

–Es una exigencia muy dura –dijo Pablo conmovido.

–Sin embargo –replicó Tiago, con una sonrisa–, nuestra paz vale mucho más que eso, y además, estamos obligados a no comprometer el futuro del Cristianismo.

El convertido de Damasco descansó su rostro en la mano derecha por largo tiempo, dando a percibir la amplitud de sus meditaciones y terminó hablando como le era acostumbrado hacerla:

–Tiago, al igual que tú, hoy he alcanzado un grado más elevado sobre la vida, y entiendo mucho mejor tus argumentos. La existencia humana es un verdadero ascenso de las tinieblas hacia la luz. La juventud, la presunción de autoridad, la centralización de los hechos hacia nuestra esfera personal, acarrearán muchas lesiones, llevando hacia el reino de las sombras las cosas

santas e importantes. Me asiste el deber de inclinarme a las exigencias del judaísmo, por causa de una persecución que yo inicié en otros tiempos.

Se detuvo, evidenciando serias dificultades para confesarlo plenamente. No obstante, tomando una actitud humilde, como quien no encuentra otro recurso, prosiguió casi con timidez:

–En mis luchas, nunca presumí que fuera una víctima y me consideré como un antagonista del mal. Sólo Jesús, en su pureza y amor inmaculado, podía alegar que era un ángel, víctima de nuestra maldad. En lo que respecta a mí, por más que me apedreasen e hiriesen, juzgué que era muy poco sufrimiento en relación a lo que debería padecer por dar justos testimonios. Por lo tanto, Tiago, ahora estoy preocupado con un pequeño obstáculo. Como tú sabes, he venido viviendo de mi modesto trabajo de tejedor y en este momento no poseo dinero para providenciar los gastos que se presentan... Sería la primera vez que tendría que recurrir a los recursos ajenos, cuando la solución de los problemas dependen directamente de mi persona...

Sus palabras demostraban tristeza y abatimiento, tal como le sucediera en los días de humillación e infortunio. Ante aquella expresión de renuncia, Tiago, en un momento de gran espontaneidad, le tomó de la mano y se las besó, diciéndole:

–No te aflijas, en Jerusalén sabemos lo amplio que es tu esfuerzo en lo personal y no sería razonable que la iglesia no atendiera a tus necesidades. Nuestra institución pagará todos los gastos. Ya es bastante para ti que aceptes la imposición con enorme sacrificio.

Conversaron largo tiempo más sobre los problemas que interesaban a la propaganda evangélica. Al día siguiente, Pablo y los compañeros comparecieron en la iglesia de Jerusalén y fueron recibidos por Tiago y los ancianos judíos, simpatizantes del Cristo y seguidores de Moisés, que estaban presentes para escuchado.

La reunión comenzó con un riguroso ceremonial, percibiendo el ex rabi- no la extensión de las influencias farisaicas en el instituto que estaba destinado a esparcir la simiente del Divino Maestro. Sus compañeros, acostumbrados a la independencia del Evangelio, no podían ocultar la sorpresa, pero el convertido de Damasco hizo un gesto para que todos guardaran silencio.

Invitado a explicarse, el ex rabino leyó una extensa recopilación de sus actividades junto a los gentiles, detallando los hechos con suma prudencia.

Los judíos, que parecían haberse instalado definitivamente en la iglesia, mantenían las viejas costumbres de los maestros de Israel y a través de su vocal Cainan, le formulaban al ex doctor consejos y censuras. Alegaban que ellos también eran cristianos, pero rigurosos observadores de la Ley de Moisés. Además, Pablo no debería trabajar en contra de la circuncisión y le cabía dar propia satisfacción de sus actos.

Con profunda admiración de sus compañeros, el ex rabino se mantenía callado, recibiendo las amonestaciones con gran serenidad.

Por fin, Cainan hizo la propuesta a la que Tiago se había referido en la víspera. A fin de satisfacer las exigencias del Sanedrín, el tejedor de Tarso debería purificarse en el Templo con cuatro judíos pobres que habían hecho votos de nazarenos, quedando el Apóstol de los gentiles obligado a costear todos los gastos.

Los amigos de Pablo estaban sorprendidos y aún no pudieron contener su asombro, cuando Pablo se levantó ante la asamblea prejuiciosa y aceptó la intimación.

El representante de los ancianos siguió exponiendo pedantemente sobre los preceptos de la raza, siendo escuchado por Pablo con beatífica paciencia.

Regresando a la casa de Mnason, el ex rabino trató de informar a los compañeros las razones de su actitud. Habitados a acatar sus decisiones confiadamente, trataron de no hacerle preguntas, pero dejaron el precedente que deseaban acompañarlo al Templo de Jerusalén. Pablo hizo notar la conveniencia de proseguir solo, pero Trófimo, que iba a demorarse algunos días en Jerusalén, antes de regresar a Antioquía, insistió y consiguió que el Apóstol aceptara su compañía.

El comparecimiento de Pablo de Tarso al templo, acompañando a cuatro hermanos de raza en mísero estado de pobreza a fin de purificarse junto a él, causó enorme sensación en todos los círculos del fariseísmo. Comenzaron discusiones violentas. El Sanedrín, al ver al ex rabino humillado, pretendía imponerle nuevas sentencias. No le bastaban las imposiciones anteriores. Al segundo día de santificación, el movimiento popular creció en el templo en forma alarmante. Todos querían ver al célebre doctor que había enloquecido a las puertas de Damasco debido al sortilegio de los galileos.

Pablo observaba la efervescencia alrededor de su personalidad y pedía a Jesús que no le faltaran las energías necesarias. Al tercer día y faltando otro pretexto para darle una condena mayor, algunos doctores alegaban que Pablo tenía el atrevimiento de hacerse acompañar a los lugares sagrados por un hombre de origen griego, extraño a las tradiciones israelitas. Trófimo había nacido en Antioquía, de padres griegos, y vivió muchísimos años en Efeso, sin embargo, y a pesar de la sangre que le corría por sus venas, conocía los preceptos del judaísmo y su comportamiento en los lugares sagrados era con gran respeto. A pesar de todo eso, las autoridades no querían aceptar tales particularidades. Era necesario condenar a Pablo nuevamente y tenían que hacerlo a cualquier precio.

El ex rabino percibió la trama que se estaba preparando y rogó al discípulo que no lo acompañara al lugar donde se procesaban los servicios religiosos. El odio farisaico continuaba fermentando.

En la víspera del último día de la purificación judaica, el convertido de Damasco compareció a las ceremonias con la misma humildad. Una vez colocado en la posición de orar, al lado de sus compañeros, algunos exaltados lo rodearon con actitudes amenazadoras.

–¡Muerte al desertor!... ¡Piedras a la traición! –gritó una voz provocativa, retumbando en el lugar.

Pablo tuvo la impresión, que esos gritos eran la señal para desatar mayores violencias, porque inmediatamente estalló una gritería infernal. Algunos judíos furiosos lo tomaron por la túnica y otros le trabaron los brazos y con violencia lo arrastraron hacia el patio grande, reservado para las manifestaciones del público selecto.

–¡Pagarás tu crimen!... –decían unos.

–¡Es necesario que mueras! ¡Israel se avergüenza con tu presencia en el mundo! –exclamaban otros más furiosos.

El Apóstol de los gentiles se entregó sin hacer la mínima resistencia. En un instante consideró los objetivos de su venida a Jerusalén, concluyendo que no había sido invitado únicamente para acompañar al templo a cuatro hermanos de raza, que debían purificarse. Le cabía afirmar, en la ciudad de los rabinos, la firmeza de sus convicciones. Ahora entendía la sutileza de las circunstancias que lo conducían al testimonio. Primero, la reconciliación y el reconocimiento para un compañero como lo era Tiago, obedeciendo a

una determinación que le pareció casi infantil; después, la oportunidad de probar la fe y la consagración de su alma a Jesús Cristo. Con enorme sorpresa y alcanzado por profundas y dolorosas reminiscencias, notó que los israelitas exaltados lo dejaban a merced de la multitud furiosa, justamente en el patio donde Esteban había sido apedreado veinte años atrás. Algunos exaltados lo ataron por la fuerza al tronco de los suplicios. Ensimismado en sus recuerdos, el gran Apóstol no llegaba a sentir los bofetones que le aplicaban. Rápidamente alineó los hechos pasados en sus reflexiones. En Jerusalén, el Maestro Divino padeció de los dolorosos martirios. Allí mismo, el generoso Jeziel se inmoló por amor al Evangelio, bajo los golpes y burla popular. Se sentía avergonzado por el suplicio infligido al hermano de Abigail, oriundo de sus propias iniciativas. Solamente ahora, atado al poste del sacrificio, comprendía la extensión del sufrimiento que el fanatismo y la ignorancia causaban al mundo. Y reflexionó: “El Maestro es el Salvador de los hombres y padeció aquí por la redención de las criaturas. Esteban era su discípulo dedicado y amoroso, y aquí, en similares condiciones, afrontó el suplicio de muerte. Jesús era el hijo de Dios, Jeziel era su Apóstol. ¿Y él? ¿No estaba en ese mismo lugar para rescatar atropellos cometidos y que por su intermedio había martirizado a tantos inocentes?” Era razonable que en aquellos momentos sintiera tanta alegría, no sólo por tomar su cruz y seguir al Maestro, sino por tener que sufrir lo que Jeziel había experimentado con gran amargura. Esas reflexiones le daban un gran consuelo. La conciencia le parecía que ahora le pesaba menos. Iba a dar testimonio de la fe en Jerusalén, donde se había encontrado con el hermano de Abigail, y después de la muerte podría aproximarse a su corazón generoso hablándole con alegría de sus propios sacrificios. Le pediría perdón y exaltaría la bondad de Dios, que lo había conducido al mismo lugar para pagar sus deudas. Mirando a lo lejos, entrevió la pequeña puerta de acceso al pequeño aposento donde había estado con su novia amada y su hermano, pronto a irse de este mundo en dolorosa agonía. Le parecía escuchar las últimas palabras que había pronunciado Esteban, llenas de bondad y perdón.

No había salido de sus reconfortantes recuerdos, cuando la primera pedrada lo despertó para escuchar el irritado vocerío del pueblo.

El patio grande estaba lleno de israelitas con cara de gravedad. Voces sarcásticas cortaban los aires. El espectáculo era el mismo del día en que Esteban partió de la tierra. Los mismos improperios, las fisonomías veng-

tivas de los verdugos, la misma e implacable frialdad de los que arrojaban las piedras, impulsados por el fanatismo. El mismo Pablo no podía sustraerse de la admiración al comprobar esas terribles coincidencias. Las primeras pedradas le dieron en el pecho y en los brazos, hiriéndolo con violencia.

—¡Esta será en nombre de la sinagoga de los chicos! —decía un joven, riendo a carcajadas.

La piedra pasó silbando y golpeó la cara del Apóstol. Un hilo de sangre comenzó a mancharle sus vestidos. Ni un minuto dejó de enfrentar a sus verdugos con su desconcertante serenidad.

Trófimo y Lucas, conscientes de la gravedad de la situación, desde un primer instante acudieron a la ayuda de la autoridad romana. Recelosos de las nuevas complicaciones, no mencionaron las argumentaciones que había tenido Pablo para esos momentos cruciales. Manifestaron a las autoridades que era un hombre que no debía morir en manos de los israelitas fanáticos e inconscientes.

Un tribunal militar organizó rápidamente un pelotón de soldados. Dejaron la fortaleza y entraron en el atrio con decidido ánimo. La masa delirante, gritaba ensordecedoramente. Dos centuriones, obedeciendo las órdenes del tribunal, avanzaron resueltos y desataron al prisionero, arrebatándolo de la furiosa multitud.

—¡Abajo el enemigo del pueblo!... ¡Es un criminal! ¡Es un malhechor!

Se escuchaban las expresiones más extrañas. No encontrando rabinos que fueran responsables para proceder a los esclarecimientos imprescindibles, el tribuno romano ordenó que el acusado fuera encadenado. El militar estaba seguro que se trataba de un peligroso malhechor que hacía mucho tiempo se había transformado en un peligro para los habitantes de la provincia. No encontraba otra explicación que justificara tanto odio popular.

El pecho herido, sangrando el rostro y los brazos, el Apóstol fue llevado a la torre Antonia, escoltado por los soldados del César, mientras la multitud seguía al pequeño cortejo gritando sin parar:

—¡Muera! ¡Muera!

Al entrar en el primer patio de la gran fortaleza romana, Pablo comprendió, finalmente, que no había venido a Jerusalén para acompañar a los cuatro judíos al monte Moriá para penitenciar sino para dar testimonio elocuente del Evangelio y preguntó al tribuno con humildad:

–¿Me permitís que os diga alguna cosa?

Al percibir las formas distintas de expresión y la noble inflexión de las palabras, manifestadas en griego puro, el jefe de la corte replicó con mucha admiración:

–¿No eres tú el bandido egipcio que hace mucho tiempo organizó una banda de ladrones que devastó estas regiones?

–No soy ladrón –respondió Pablo, pareciendo una figura extraña, por causa de la sangre que le corría por el rostro manchándole la túnica–, soy ciudadano de Tarso y pido permiso para hablar con el pueblo.

El militar romano quedó boquiabierto con tamaña distinción de gestos y no tuvo otro recurso que ceder a la petición.

Sintiéndose en uno de los más grandes momentos para dar su testimonio, Pablo subió algunos escalones de la enorme escalera y comenzó a hablar en hebraico, impresionando a la multitud por su gran sinceridad y elegancia del discurso. Comenzó explicando sus primeras luchas, sus remordimientos por haber perseguido a los discípulos del Divino Maestro, historió el viaje a Damasco y la infinita bondad de Jesús que le había permitido la gloriosa visión al decir palabras de advertencia y perdón. Enriquecido por las reminiscencias de Esteban, habló del error que –había cometido en consentir su muerte.

El tribuno Claudio Lisias, al escuchar las sencillas palabras, llenas de misteriosa belleza, se sintió alcanzado por extraña emoción. A su vez, había recibido beneficios de aquel Cristo incomprendido al que se estaba refiriendo el orador en circunstancias tan amargas. Alcanzado por sus escrúpulos, mandó llamar al tribuno Zelfos, de origen egipcio, que había adquirido ciertos títulos romanos en base a su enorme fortuna y le pidió:

–Amigo –le dijo con voz casi imperceptible–, no deseo tomar aquí ciertas decisiones relativas al caso de este hombre. La multitud está exaltada y es posible que sucedan cosas muy graves. Desearía tu cooperación inmediata.

–Sin duda –respondió, en forma resuelta.

Mientras Lísias trataba de examinar minuciosamente la figura del Apóstol, que hablaba en forma impresionante, Zelfos tomaba las providencias del caso. Reforzó la guarnición de los soldados, inició la formación

de un cordón de aislamiento, buscando resguardar al orador de un ataque imprevisto.

Pablo de Tarso, después de exponer la motivación de su conversión, comenzó a hablar de la grandeza del Cristo, de las promesas del Evangelio, y cuando se detenía para comentar sus relaciones con el mundo espiritual, de donde recibía los mensajes confortantes del Maestro, la masa inconsciente, furiosa, se agitaba amenazante. Gran número de israelitas se sacaba el manto y arrojaba polvo en el mar en un impulso característico de ignorancia y maldad. El momento era gravísimo. Los más exaltados intentaron romper el cordón de seguridad para matar al prisionero. La acción de Zelfos fue rápida. Mandó introducir al Apóstol hacia el interior de la Torre Antonia. Y cuando Claudio Lisias se retiraba a la residencia, para meditar un poco en la sublimidad de los conceptos escuchados, el compañero de armas tomó las medidas del caso para desalojar a la multitud. No eran pocos los que se resistían de la medida y el jefe militar ordenó cargar a caballo.

Conducido a una celda húmeda, Pablo sintió que los soldados lo trataban con la mayor desconsideración. Las heridas le dolían muchísimo. Le dolían mucho las piernas. La túnica estaba empapada en sangre. Los guardias, impiadosos e irónicos, lo ataron a la gruesa columna, dándole el tratamiento que se le destinaba a los criminales comunes. El Apóstol sintió que sus fuerzas le faltaban y un estado de fiebre le abatía, presintiendo que una nueva prueba de martirio no la podría resistir. Reflexionó que tampoco era justo entregarse a las disposiciones perversas de los soldados que lo custodiaban. Recordó que el Maestro se había inmolado en la cruz sin resistir la crueldad de las criaturas, pero también afirmó que el Padre no deseaba la muerte del pecador. No podía pensar, ni siquiera tener la presunción de entregarse como Jesús, porque solamente Él poseía bastante amor para constituirse en el único enviado del Todopoderoso. Y como se reconocía un pecador convertido al Evangelio, era justo tener que trabajar hasta el último día de sus posibilidades en la tierra en favor de los hermanos de la humanidad y en beneficio de su propia iluminación espiritual. Recordó la prudencia de Pedro y de Tiago para presentar sus testimonios para que las tareas que le fueron confiadas no sufrieran perjuicios injustificables. Viendo sus escasas probabilidades de resistencia física, en aquella hora inolvidable, gritó a los soldados:

—¡Me atasteis a la columna reservada a los criminales, cuando no podéis imputarme causa alguna!... Veo ahora que prepararéis azotes para la flagela-

ción, cuando me encuentro bañado en sangre en el suplicio impuesto por la turba inconsciente...

Uno de los guardias, un tanto irónico, trató de cortarle la palabra y sentenció:

—¡Así que esas tenemos!... ¿No sois un Apóstol de Cristo? Nos consta que tu Maestro murió en la cruz callado y, por último, pidió perdón para los verdugos, ignorando lo que hacían.

Los compañeros del gracioso rompieron en carcajadas estridentes. Pablo de Tarso, demostrando una gran nobleza de corazón, mirando con inteligencia al guardia, le replicó con serenidad:

—Sí, rodeado por el pueblo ignorante e inconsciente, en el día del Calvario, Jesús pidió a Dios que perdonara a los malintencionados que se mezclaban en la multitud, para levantar el madero de la ignominia, pero los agentes del gobierno imperial no pueden ser la turba que desconoce sus propios actos. Los soldados del César deben saber lo que hacen, porque si ignoráis las leyes, para cuya ejecución recibís sueldos, más vale renunciar al puesto que sustentáis.

Los guardias quedaron inmóviles ante tal exclamación.

Mientras tanto, Pablo continuó diciendo con voz firme:

—En lo que respecta a mi persona, os pregunto: ¿Es lícito azotar a un ciudadano romano antes de condenarlo?

El centurión que presidía los servicios de la flagelación suspendió los preparativos. Zelfos fue llamado con urgencia. Conociendo lo sucedido, el tribuno interrogó al Apóstol, sumamente admirado:

—Dime, ¿eres romano?

—Sí.

Ante la firmeza de la respuesta, Zelfos encontró razonable modificar el tratamiento al prisionero. Receloso de tener complicaciones, ordenó que el ex rabino fuera retirado del tronco, permitiéndole quedar a gusto en el ámbito de la celda. Sólo así Pablo de Tarso pudo reposar, aunque más no fuera en una cama dura, recibiendo, a su vez, una vasija de agua con todo respeto y consideración. Sació su inmensa sed y durmió, a pesar de las sangrientas heridas que le dolían atrozmente.

Zelfos, asimismo, no estaba tranquilo. Desconocía por completo la condición del acusado. Temiendo complicaciones perjudiciales para su posi-

ción y que, por otra parte, era envidiable bajo el punto de vista político, trató de entrevistarse con el tribuno Claudio Lisias. Aclarando el motivo de su preocupación, el otro le murmuró:

–Eso me sorprende, porque me afirmó que era judío, natural de Tarso de Cilicia.

Zelfos explicó que tenía dificultades para discernir la causa, concluyendo:

–Por lo que dices, entonces parece que fuera un mentiroso vulgar.

–Eso no –exclamó Lisias–, naturalmente que tendrá títulos de la ciudadanía del Imperio y actuó por motivos que nosotros no estamos en condiciones de valorar.

Percibiendo que el amigo se irritaba íntimamente con sus primeras presunciones, Zelfos se apresuró a corregir:

–Tus conceptos son justos.

–Tengo que admitirlo en conciencia –agregó Lisias bien inspirado–, porque ese hombre, desconocido para nosotros, habló de problemas muy serios.

Zelfos pensó unos instantes y exclamó:

–Considerando todo eso, propongo que mañana sea presentado al Sanedrín. Juzgo que así encontraremos una fórmula capaz de resolver el problema.

Claudio Lisias recibió la argumentación con displicencia. En su intimidad se sentía propenso a dirigir la defensa del Apóstol. Su palabra llena de fe lo había impresionado notablemente. En breves momentos de meditación analizó los hechos en pro y en contra, para tomar una decisión de esa naturaleza. Sustraer al acusado de la persecución de los exaltados era una justa acción, pero disputar con el Sanedrín era una actitud a tomar con la mayor prudencia. Conocía a los judíos muy de cerca y por más de una vez experimentó el grado de sus caprichos y pasiones. Comprendió, además, que no debía despertar ninguna sospecha por parte del colega con relación a su creencia religiosa, hizo un gesto afirmativo y declaró:

–Concuerdo con tu decisión. Mañana lo entregaremos a los jueces competentes en materia de fe. Podrás dejar eso a mi cargo, porque el prisionero será acompañado por una escolta y garantizaré su integridad física.

Y así fue. A la mañana siguiente, el alto Tribunal de los israelitas fue notificado por el tribuno Claudio Lisias que el pregonador de los Evange-

lios comparecería delante de los jueces para hacerles las preguntas necesarias a las primeras horas de la tarde. Las autoridades del Sanedrín tuvieron una enorme alegría. Iban, al fin, a volver a ver al desertor de la Ley cara a cara. La noticia fue esparcida con acelerado intento entre la comunidad judía.

Pablo, a su vez, en la soledad de la cárcel se sintió visitado, para sorpresa suya, por una señora y su hijo, aún joven.

Era su hermana Dalila con su sobrino Estefanía, que consiguieron, después de mucho esfuerzo, permiso para entrevistarle ligeramente. El Apóstol abrazó a la noble señora con lágrimas de emoción. Ella estaba muy envejecida. El joven Estefanía tomó las manos del tío y las besó con veneración y ternura.

Dalila habló de sus lejanos recuerdos, de los episodios familiares, con la delicadeza femenina de su tierno corazón y el ex doctor de Jerusalén recibió las noticias, buenas y malas, con imperturbable serenidad, como si vieran de un mundo diferente al suyo. Buscó, mientras tanto, conformar a la hermana que se deshacía en llanto. Pablo le habló apretadamente de sus viajes, luchas, obstáculos de los caminos y grandes sacrificios que el amor hacia el Maestro le demandaba. La venerable señora, aunque ignorante de las verdades del Cristianismo, muy delicadamente no quiso tocar los asuntos religiosos, deteniéndose únicamente en los casos fraternos y familiares, despidiéndose bañada en lágrimas. No podía comprender la resignación del Apóstol, ni apreciaba debidamente su renuncia. Le lastimaba, íntimamente, la suerte que corría y en el fondo, como le sucedía a la mayoría de sus compatriotas, desdeñaba a aquel Jesús que sólo ofrecía a sus discípulos cruces y sufrimientos.

Sin embargo, Pablo tuvo una gran alegría y reconfortamiento con su presencia, sobre todo le impactó la vivacidad e inteligencia de su sobrino Estefanía en la ligera conversación que había mantenido, proporcionándole enormes esperanzas en el futuro espiritual del sobrino.

Aún estaba disfrutando mentalmente de esa grata impresión cuando una numerosa escolta se apostó junto a la puerta de la celda para acompañado al Sanedrín.

Después del mediodía compareció ante el tribunal y percibió, de pronto, que el cenáculo de los grandes doctores de la Ley, en Jerusalén, estaba vi-

viendo uno de sus grandes días, repleto de la masa popular. Su presencia provocaba un aluvión de comentarios. Todos querían ver, conocer al renegado de la Ley, al doctor que había repudiado los títulos sagrados. Conmovido sobremanera, el Apóstol recordó, una vez más, a la figura de Esteban. Le competía, igualmente ahora, dar testimonio del Evangelio de verdad y redención. La agitación en el Sanedrín le daba las mismas características que otrora viviera en el mismo lugar. Allí, precisamente, había infligido las más duras de las humillaciones al hermano de Abigail y a los prosélitos de Jesús. Era justo, por lo tanto, esperar ahora acerbos sufrimientos. Después, para cúmulo de amargura, dio la coincidencia: el sumo sacerdote que presidía el hecho también se llamaba Ananías. ¡Ironía del destino!

Tal como se procedió con Jeziel, una vez leído el libelo acusatorio, cedieron la palabra al Apóstol para su defensa, en atención a las prerrogativas de su nacimiento.

Pablo comenzó a justificarse, sumamente respetuoso. Risas intencionales quebraban el silencio de la sala e indicaban el calor que se mantenía oculto en el hostil auditorio.

En lo que respecta a su altilocuente oratoria comenzó a impresionar por la fidelidad de su testimonio cristiano, entonces, el sumo sacerdote le impuso silencio y vociferó enfático:

–Un hijo de Israel que posee títulos romanos, cuando falte el respeto a las tradiciones de esta casa, con afirmaciones injuriosas a la memoria de los profetas, se hace merecedor de posibles reprimendas. El acusado parece ignorar que tiene el deber de explicarse convenientemente para no desvariar en los conceptos que son propios de su indisciplina y criminosa obsesión por el carpintero revolucionario de Nazareth. Mi autoridad no permite que haya abusos en los lugares santos. Por lo tanto, determino que Pablo de Tarso sea herido en la boca, por causa de sus términos que rayan en el insulto.

El Apóstol le dirigió un mirar sereno y con suma suavidad le replicó:

–Sacerdote, vigilad el corazón para no incidir en represiones injustas. Los hombres como vos son como las blancas paredes de los sepulcros, pero no debéis ignorar que también seréis herido por la justicia de Dios. Conozco de sobra las leyes que os hacen ejecutor. Si aquí permanecéis para juzgar, ¿cómo y por qué mandáis herir?

Antes de que pudiera proseguir, un pequeño grupo de propuestos de Ananías avanzó con azotes pequeños y lo hirieron en los labios.

–¿Osas injuriar al sumo sacerdote? –exclamaban llenos de cólera–. ¡Pagarás caro tus insultos!...

Los bofetones golpeaban la cara rugosa y venerada del ex rabino, bajo los aplausos generales. Voces irónicas se hacían oír. Unos pedían mayor rigor, otros reclamaban el apedreamiento. La serenidad del Apóstol daba pleno testimonio y provocaba aún más los ánimos impulsivos de los malintencionados. Se destacó cierto grupo de israelitas soeces y a manera de cooperación con los verdugos, le escupieron el rostro. Se generalizó el tumulto. Pablo intentó hablar, explicarse con mayores detalles, pero la confusión era tal que nada se escuchaba ni entendía.

El sumo sacerdote había permitido el desorden deliberadamente. Los elementos principales del Sanedrín deseaban exterminar al ex doctor a cualquier precio. El tribunal sólo se había prestado al juzgamiento preliminar, sin excederse, porque había notado el interés personal de Claudio Lisias por el prisionero. Si no fuera por eso, Pablo de Tarso habría sido asesinado en Jerusalén para satisfacer los odiosos sentimientos de los enemigos gratuitos de su bendecida tarea apostólica. El tribuno solicitó a Ananías que restableciera el orden, cosa que logró después de muchos esfuerzos, volviendo la asamblea a quedar en silencio en forma expectante.

Pablo tenía el rostro sangrando, la túnica destrozada, pero para sorpresa de la multitud endemoniada, demostraba en su mirar sereno la tranquilidad fraternal que daba a entender que comprendía y perdonaba los agravios recibidos por ignorancia.

Suponiéndose en situación ventajosa, el sumo sacerdote acentuó con tono arrogante:

–¡Deberías morir como tu Maestro en una cruz despreciable! Desertor de las tradiciones sagradas de la patria y blasfemo criminoso, ¿no te bastan, por justo castigo, los sufrimientos que comienzas a recibir por parte de los legítimos hijos de Israel? ...

El Apóstol, lejos de acobardarse, replicó con toda tranquilidad:

–Juicio apresurado el vuestro... No merezco la cruz del Redentor, porque su aureola es gloriosa y es demasiado para mí. Todos los martirios del mundo serían justos si me fueran aplicados por causa del pecador que soy. Vosotros teméis los sufrimientos porque no conocéis la vida eterna y consideráis que las pruebas son cosas que no tienen sentido, porque no cono-

céis la vida que existe más allá de la vida material de vuestros cuerpos. La mezquina política os distanció el espíritu de las visiones sagradas de los profetas... Los cristianos, sabedlo, conocen otra vida espiritual y sus esperanzas no descansan en los triunfos que se pudren al igual que el cuerpo en el fondo del sepulcro. La vida no es lo que acostumbradamente observamos cada día, es, sobre todas las cosas, ¡la afirmación de la inmortalidad con Jesús Cristo!

La palabra del orador parecía magnetizar a la generalidad de la asamblea. El mismo Ananías, no obstante estar encolerizado, estaba incapacitado para reaccionar, como si algo misterioso lo obligase a escuchar hasta el final. Imperturbable y sereno, Pablo de Tarso proseguía:

—¡Continuad hiriéndome! ¡Golpeadme el rostro! Ese tormento me exalta y me guía hacia una esperanza superior, porque yo formé en mi intimidad un santuario intangible para vuestras manos y donde Jesús reinará para siempre... ¿Qué deseáis? —continuó con voz firme—. ¿A dónde queréis llegar con tantas persecuciones y alboroto? ¿Se justifica el motivo para sustentar tantas luchas estériles y destructivas? Los cristianos trabajan como lo hizo Moisés para tener una creencia en Dios y en nuestra gloriosa resurrección. Es inútil dividir, fomentar la discordia e intentar empañar la verdad con las ilusiones del mundo. ¡El Evangelio del Cristo es el Sol que ilumina las tradiciones y los hechos de la Antigua Ley!...

En ese ínterin, no obstante el asombro de la mayoría, volvió a hacerse una gritería y confusión. Los saduceos se enfrentaron contra los fariseos con gestos y palabras delirantes. En vano el sumo sacerdote trató de calmar los ánimos. Un grupo más exaltado intentó aproximarse al ex rabino, dispuesto a estrangularlo.

Fue ahí que Claudio Lisias, llamando a los soldados, se hizo oír en toda la asamblea amenazando a los exaltados. Sorprendidos con un hecho tan insólito, porque jamás los romanos trataron de intervenir en los asuntos religiosos de la raza, los rabiosos israelitas se sometieron de inmediato.

El tribuno, entonces, se dirigió a Ananías y reclamó el cierre de los trabajos, declarando que el prisionero regresaría a la cárcel de la Torre Antonia, hasta que los judíos resolvieran ventilar el caso con más criterio y serenidad.

Las autoridades del Sanedrín no disimularon su enorme asombro, pero como el gobernador de la provincia continuaba en Cesarea, no era razona-

ble desatender a su propuesto en Jerusalén. Antes que se produjeran nuevos tumultos, Ananías declaró que el juzgamiento de Pablo de Tarso, conforme a la orden recibida, proseguiría en la próxima reunión del tribunal, que se efectuaría de ahí a los tres días.

Los guardias retiraron al prisionero con gran cautela, mientras los israelitas más eminentes buscaban contener las protestas aisladas que se escuchaban contra Claudio Lisias, de ser parcial y simpatizante del nuevo credo.

Reconducido a la silenciosa celda, Pablo pudo respirar y rehacer su ánimo para enfrentar la situación.

El tribuno tenía simpatía por aquel hombre valeroso y sincero y tomó nuevas providencias a su favor. El ex doctor de la Ley estaba más satisfecho y aliviado. Tuvo un guardia para atenderlo para cualquier necesidad, recibió agua en abundancia, remedios, alimentos y la visita de sus amigos íntimos. Esa muestra de aprecio lo conmovían. Espiritualmente, hasta se sentía confortado, aunque le dolía mucho el cuerpo y estaba totalmente agotado. Después de hablar algunos minutos con Lucas y Timoteo, sintió que ciertas y dolorosas preocupaciones le amargaban el corazón. ¿Sería justo pensar en un viaje a Roma, cuando su estado físico era deplorable? ¿Resistiría por mucho tiempo las persecuciones iniciadas en Jerusalén? A pesar de todo, el Mundo Superior le había prometido ese viaje a la capital del Imperio... No debía dudar de las promesas hechas en nombre del Cristo. Cierta fatiga, aliada a su gran amargura, comenzaba a debilitarle sus esperanzas, que siempre habían sido activas. Cayendo en una especie de modorra, percibió, como le había sucedido otras veces, que una viva claridad llenaba la celda, al mismo tiempo que una voz muy suave le susurraba:

—¡Regocíjate por los dolores que rescatan e iluminan la conciencia!
¡Aunque los sufrimientos se multipliquen, renueva el deseo de la esperanza divina!... ¡Cuida de tu buen ánimo, porque así como testificaste de mí, en Jerusalén, interesa que también lo hagas en Roma!...

De inmediato sintió que nuevas fuerzas le rehacían el agotado organismo.

La claridad de la mañana lo sorprendió con buen ánimo y disposición orgánica. En las primeras horas de la mañana, Estefanía trataba de verlo con cierta ansiedad. Lo recibió con afectuoso interés y el joven le informó al tío de los graves proyectos que se estaban tramando en la sombra. Los judíos habían jurado exterminar al convertido de Damasco, aunque tuvieran

que asesinar al mismo Claudio Lisias. El ambiente en el Sanedrín era muy negativo y con tramas odiosas. Se proyectaba matar al pregonador de la gentilidad, a plena luz del día, en la próxima sesión del Tribunal. Más de cuarenta grupos de fanáticos habían prometido solemnemente materializar lo planeado. Pablo lo escuchaba y con toda serenidad llamó al guardia y le dijo:

–Te pido que lleves a este joven ante el jefe de los tribunos para que lo escuche sobre un asunto muy urgente.

Así, Estefanía fue llevado ante Claudio Lisias, presentándole la denuncia. El noble patricio, con el tacto político que lo caracterizaba, prometió examinar debidamente la cuestión, sin dejar entrever que iba a tomar las definitivas providencias para burlar la conjura. Agradeciendo el aviso, recomendó al joven el máximo cuidado de no hacer comentarios de la situación para no alterar los ánimos partidarios.

En la soledad de su gabinete, el tribuno romano pensó seriamente en aquellas sombrías perspectivas. El Sanedrín, en su capacidad de intrigar, podría provocar manifestaciones callejeras. Puesto que el pueblo era versátil y agresivo. Rabinos apasionados podrían pagar asesinos y asesinarlo en condiciones espectaculares. Sin embargo, la denuncia provenía de un joven, casi una criatura. Además, se trataba del sobrino del prisionero. ¿Habría dicho la verdad? ¿Sería un mero instrumento de una mistificación afectiva, surgida de las justas preocupaciones de la familia? Todavía no había conseguido ubicarse ante tamañas dudas, cuando alguien pedía entrevistarle. Deseoso de variar un poco el asunto, accedió a recibir al visitante. Abrió la lujosa puerta y un viejito de semblante sereno y sonriéndole le tendió la mano. Claudio Lisias se alegró. Lo conocía muy de cerca. Le debía muchos favores. El inesperado visitante era Tiago, que venía a interponer su generosa influencia en favor de su gran amigo. El hijo de Alfeo repitió el plan que había escuchado por parte de Epifanio, minutos antes. Y fue muy amplio. Contó la historia conmovedora de Pablo de Tarso, de la cual él era testimonio imparcial de su vida, y aclaró que el Apóstol vino a la ciudad por su pedido expreso, para combinar providencias y campañas para la propaganda evangélica. Concluida la exposición, le pidió al amigo medidas eficaces para evitar el monstruoso atentado.

Muy aprensivo, el tribuno exclamó:

–Vuestras consideraciones son muy justas, sin embargo, tengo dificultades para coordinar providencias inmediatas. ¿No será mejor esperar que los

hechos se manifiesten y entonces respondemos a la fuerza con la misma fuerza?

Tiago esbozó una sonrisa de dudas y manifestó:

—Soy del parecer que vuestra autoridad encuentre recursos urgentes. Conozco la pasión judaica y el furor de sus manifestaciones. Nunca podré olvidar la ira de los fariseos el día del Calvario. Si recelo por la suerte de Pablo, también temo por vuestra vida. La multitud de Jerusalén llevó varios crímenes a cabo.

Lisias frunció el entrecejo y reflexionó largo tiempo. Para sacarlo de su indecisión, el viejo galileo le dio la idea de transferir al prisionero hacia Cesarea, para tener un juzgamiento más justo. La medida tendría la virtud de sacar al Apóstol del ambiente irritado de Jerusalén y así abortar el plan maquillado en la sombra. Por otra parte, el tribuno quedaría fuera de sospecha alguna, manteniendo integralmente las tradiciones respecto a su buen nombre por parte de los judíos ingratos y maliciosos. El hecho sería conocido apenas por los íntimos y el patricio designaría una escolta de soldados valerosos para acompañar al prisionero, debiendo salir de Jerusalén después de la medianoche.

Claudio Lisias consideró excelentes las sugerencias y prometió ponerlas en práctica esa misma noche.

Luego que Tiago se despidió, el romano llamó a dos ayudantes de confianza y les dio las primeras órdenes para la formación de la escolta, que sería de ciento treinta soldados, doscientos arqueros y setenta caballeros, bajo cuya protección Pablo de Tarso debería comparecer delante del gobernador Félix, en el gran puerto palestinese. Los ayudantes, atendiendo las instrucciones recibidas, reservaron para el prisionero uno de los mejores caballos.

Por la noche, Pablo de Tarso fue llamado con gran sorpresa. Claudio Lisias le explicó, en pocas palabras, el objetivo de su decisión y la enorme caravana partió en silencio rumbo a Cesarea.

Dado el carácter secreto de las providencias tomadas, el viaje transcurrió sin ningún incidente digno de mención. Después de muchas horas, partían de la Torre Antonia los respectivos informes, convenciéndose los judíos, a pesar de su gran disgusto, que de nada valía tomar cualquier tipo de represalia.

En Cesarea el gobernador recibió a la caravana con gran asombro. Conocía el renombre de Pablo y no estaba ajeno a las luchas que sostenía con sus hermanos de raza, pero aquella caravana de cuatrocientos hombres armados para proteger a un preso era para causar admiración.

Después de los primeros interrogatorios, el propuesto máximo del Imperio en la provincia, sentenció:

—Atento al origen judaico del acusado, nada puedo juzgar sin escuchar primero a la parte interesada de Jerusalén.

Ordenó que el Sanedrín se presentara en la sede del gobierno con la mayor urgencia.

Los israelitas estaban sumamente satisfechos con la orden.

Por consecuencia, cinco días después del traslado del Apóstol, el mismo Ananías dirigió el grupo de autoridades del Sanedrín y del templo que se hizo presente en Cesarea, anidando extraños proyectos. Los viejos rabinos, conociendo la lógica y el poder, como la hermosura de la palabra del ex doctor de Tarso, se hicieron acompañar de Tértulo, notable mentalidad que cooperaba en el plan de aniquilación de Pablo.

Improvisado el tribunal para decidir el hecho, el orador del Sanedrín tuvo prioridad en la palabra, usándola con tremendas acusaciones contra el reo, diseñando con negros colores las actividades del Cristianismo y terminando por pedir al gobernador la entrega del acusado a sus hermanos de raza para ser debidamente juzgado por ellos.

Llegó el momento de conceder la palabra a Pablo para su defensa, lo que Pablo aceptó, comenzando a exponer con suma serenidad. Félix le observaba sus amplias dotes intelectuales y escuchaba su particular argumentación con sumo interés. Los ancianos de Jerusalén no podían ocultar su ira. Si hubiese sido posible lo hubieran atado al poste allí mismo, tal era la irritación que se observaba y que contrastaba con la serenidad y la tranquilidad transparente de la oratoria del Apóstol.

El gobernador tuvo gran dificultad para pronunciar el “verdictum”. De un lado, veía a los ancianos de Israel en actitud casi colérica, reclamando derechos de raza; del otro, contemplaba al Apóstol del Evangelio, calmo, imperturbable, señor espiritual del asunto, que aclaraba todos los puntos oscuros del singular proceso con su palabra elegante y prudente.

Reconociendo el gran valor de aquel hombre sencillo y envejecido, cuyos cabellos parecían encanecidos por dolorosas y sagradas experiencias, el

gobernador Félix modificó, apresuradamente, las primeras impresiones y cerró los trabajos con estos términos:

–Señores, reconozco que el proceso es más grave de lo que juzgué a primera vista. En este caso, resuelvo no apresurar la sentencia definitiva hasta que el tribuno Claudio Lisias sea convenientemente escuchado.

Los ancianos mordieron los labios. Infructuosamente el sumo sacerdote solicitó la continuación de los trabajos. El mandatario de Roma no modificó el punto de vista y la gran asamblea se disolvió, con inmenso pesar de los israelitas, que tuvieron que regresar extremadamente contrariados.

Félix, mientras tanto, pasó a considerar al prisionero con mayor deferencia. Al día siguiente fue a visitarlo, concediéndole permiso para recibir a los amigos en la sala del ayudante principal. En forma independiente del prestigio que Pablo de Tarso gozaba entre todos los seguidores de la doctrina del profeta nazareno, imaginó, desde luego, sacar algún provecho de la situación. Cada vez que lo visitaba, le observaba una mayor destreza mental y lograba interesarlo por la viveza de las palabras respecto al concepto de la experiencia que tenía de la vida.

Cierto día, el gobernador abordó cuidadosamente el prisma de su interés personal, insinuándole la ventaja que tenía su liberación para poder atender las aspiraciones de la comunidad cristiana, a la cual él le prestaba tantos servicios.

Pablo lo observó resuelto:

–No soy de vuestra opinión. Siempre consideré que la primera virtud del cristiano es estar preparado para obedecer a la voluntad de Dios en cualquier parte. Y por lo que veo, no estoy siendo asistido por su protección, y creo, de esta forma, que Jesús juzga mucho mejor conservarme prisionero en estas precisas circunstancias. Por lo tanto, le estoy sirviendo como si estuviera en plena libertad de cuerpo.

–Sin embargo –continuó Félix, sin valor para herir directamente el punto enfocado por su alma–, vuestra independencia no se conseguiría con suma facilidad.

–Ello depende, pero no de mí –respondió Pablo.

–¿No tenéis amigos ricos e influyentes en todos los lugares de la provincia? –preguntó el gobernador en forma ambigua.

–¿Qué queréis decir con eso? –preguntó el Apóstol a su vez.

–Creo que si consiguiérais el dinero suficiente para atender los intereses personales de cuantos hayan de participar en el proceso, estaréis completamente libre de la acción de la justicia dentro de muy pocos días.

Pablo comprendió la insinuación mal disfrazada y noblemente contestó:

–Lo comprendo ahora. Habláis de una justicia condicionada al capricho criminoso de los hombres. Esa justicia no me interesa. Sería preferible conocer la muerte en la cárcel a servir de obstáculo para la redención espiritual del más humilde de los funcionarios de Cesarea. Darles dinero a cambio de una independencia ilícita, sería habituarlos al apego de los bienes que no les pertenecen. Mi actividad sería, entonces, un esfuerzo reconocidamente perverso. Además, cuando tenemos la conciencia pura, nadie nos puede quitar la libertad y yo me siento aquí tan libre como allá afuera en la plaza pública.

El gobernador recibió la observación franca y áspera, quitándole su disfraz. La lección lo humilló duramente y desde entonces se desinteresó por la causa. Había comentado entre sus íntimos amigos la privilegiada inteligencia que tenía el prisionero de Cesarea y día tras día su esposa Drusila le manifestaba el deseo de escuchar y conocer al Apóstol. A pesar suyo no pudo esquivar el deseo de su esposa y terminó por llevarla ante el ex rabino.

Judía de origen, Drusila no se conformó, como lo había hecho su esposo, con simples indagaciones superficiales. Deseosa de sondearle sus ideas, le pidió que le hiciera un comentario general de la nueva doctrina que trataba de difundir.

Delante de destacadas figuras de la Corte Provincial, el valeroso Apóstol de los gentiles hizo una brillante exposición sobre el Evangelio, resaltando la inolvidable ejemplificación del Cristo y los deberes del proselitismo que asomaba en todos los lugares del mundo. La mayoría de los oyentes lo escuchaban con evidente muestra de interés, pero cuando comenzó a hablar de la resurrección y de los deberes del hombre en base a la responsabilidad del mundo espiritual, el gobernador se puso pálido e interrumpió la pregonación.

–¡Por hoy basta! –dijo con autoridad–. Mis familiares podrán escucharlo otro día, si así lo quisieran, en cuanto a mí, no creo en la existencia de Dios.

Pablo de Tarso recibió la observación con serenidad y respondió con benevolencia:

—Agradezco la delicadeza de vuestra declaración y todavía, señor gobernador, me atrevo a señalaros la necesidad de mencionar el asunto, porque cuando un hombre afirma no aceptar la paternidad del Todopoderoso, es que en regla es temeroso del juzgamiento de Dios.

Félix lo miró rabiosamente y se retiró con los suyos, prometiéndose a sí mismo dejar al prisionero librado a su suerte.

Por lo sucedido, aunque fuera respetado por la franqueza y lealtad, Pablo tuvo que amargarse durante dos años de reclusión en Cesarea, tiempo que fue aprovechado en constantes relaciones con sus bien amadas iglesias. Innumerables mensajes iban y venían, trayendo consultas y llevando pareceres e instrucciones.

Por ese tiempo, el ex doctor de la Ley llamó la atención a Lucas para activar el viejo proyecto de escribir una biografía de Jesús valiéndose de las informaciones de María, lamentándose no poder ir a Efeso, incumbiéndolo de ese trabajo, que era de capital importancia para los adeptos del Cristianismo. El médico amigo le satisfizo íntegramente su deseo, legando a la posteridad el precioso relato de la vida del Maestro, rico de luces y esperanzas divinas. Terminadas las anotaciones evangélicas, el espíritu dinámico del Apóstol de la gentilidad le encargó que preparara un trabajo que manifestara las actividades apostólicas, después de la partida física de Jesús, para que el mundo conociera las gloriosas revelaciones del Pentecostés, y así se originó el magnífico relato de Lucas, que es: Los Hechos de los Apóstoles.

No obstante la condición de prisionero, el convertido de Damasco no dejó de trabajar un solo día, valiéndose de todos los recursos a su alcance, en favor de la difusión de la Buena Nueva.

El tiempo corría aceleradamente. Los israelitas, mientras tanto, no desistieron del primitivo plan de eliminar al valeroso campeón de las verdades del cielo. El gobernador fue abordado varias veces para que viera la conveniencia de enviar al prisionero a Jerusalén, sin embargo, al recordar sus palabras con Pablo, su conciencia vacilaba. Por otra parte, había escuchado al tribuno Claudio Lisias que le habló del Apóstol con sumo respeto. Pero por miedo a los poderes sobrenaturales atribuidos a Pablo, más que a su fun-

ción de gobernador, resistió a las variadas tentativas de los judíos, manteniéndose firme en el propósito de custodiar al acusado, hasta que surgiera un juzgamiento más apropiado.

Dos años de prisión contaba la ficha del gran amigo de los gentiles. Una orden imperial transfirió a Félix para la administración de otra provincia. Sin olvidar que Pablo lo había afectado con su franqueza, no obstante, a él se le debía que no fuera librado a su propia suerte y cayera en manos de los judíos.

El nuevo gobernador, Pórcio Festo, llegó a Cesarea en medio de ruidosas manifestaciones populares. Jerusalén no podía esquivar los homenajes políticos y ni bien asumió el poder el ilustre patricio fue a visitar la gran ciudad de los rabinos. El Sanedrín aprovechó la oportunidad para cuestionar nuevamente el asunto del viejo enemigo. Un grupo de doctores de la antigua Ley buscó la entrevista y ceremoniosamente solicitó al generoso romano le restituyera al prisionero para juzgarlo ante un Tribunal religioso. Festo recibió a la comisión caballerosamente y se mostró inclinado a atenderlos, pero siendo prudente por deber a su cargo, declaró que prefería solucionar la cuestión en Cesarea que, por otro lado, necesitaba conocer los detalles imprescindibles. Para ese fin invitó a los rabinos para que lo acompañaran a su regreso. Los israelitas estaban contentísimos con el nuevo giro. Rápidamente se comenzaron a fraguar siniestros proyectos para la recepción del Apóstol en Jerusalén.

El gobernador estuvo en Jerusalén diez días y antes que regresara, alguien se encaminaba a Cesarea, de corazón oprimido y muy ansioso. Era Lucas, que esforzado y solícito, se proponía informar al prisionero de todas las novedades. Pablo lo escuchó con atención y serenidad, pero cuando el compañero comenzó a relatar los planes del Sanedrín, el amigo de los gentiles se puso pálido. Estaba definitivamente visto que sería crucificado, como el divino Maestro, en el mismo lugar de las calaveras. Había preparativos para volver a repetir el drama del Calvario. El acusado cargaría la cruz hasta el lugar, recibiendo el sarcasmo del pueblo y aún había quien hablaba del sacrificio de dos nuevos ladrones para que se repitieran los detalles sucedidos con el mártir carpintero.

Pocas veces el Apóstol manifestó fuerte impresión por el giro de los hechos y por fin, en forma enérgica, exclamó:

–Tengo recibido azotes, pedradas e insultos por todas partes, pero de todas las persecuciones y pruebas, ésta es la más absurda...

El mismo médico no sabía cómo interpretar ese concepto, cuando el ex rabino prosiguió:

–Tenemos que evitar ese hecho por todos los medios a nuestro alcance. ¿Cómo afrontar esa extravagante planificación de repetir la escena del Calvario? ¿Qué discípulo tendría el coraje de someterse a esa parodia con la idea mezquina de alcanzar el plano del Maestro, como testimonio ante los hombres? El Sanedrín está engañado. Ninguno en el mundo “logrará un nuevo Calvario igual al de Jesús. Sabemos que en Roma los cristianos comienzan a morir sacrificados, tomados por esclavos misérrimos. Los perversos poderes del mundo desencadenan tempestades de ignominias sobre la frente de los seguidores del Evangelio. Si yo tuviera que testimoniar por Jesús, lo haría en Roma. Sabré morir junto a los demás compañeros como un hombre común y pecador, pero no me someteré al papel de falso imitador del Mesías prometido. Si el proceso va ser nuevamente debatido por el gobernador reemplazante, apelaré ante el César.

El médico hizo un gesto de asombro. Como la mayoría de los eminentes cristianos de todas las épocas, Lucas no consiguió comprender aquel gesto, interpretado, a primera vista, como la negativa del testimonio.

–Mientras tanto –objetó con cierta vacilación–, Jesús no recurrió a las altas autoridades en el sacrificio de la cruz y sus discípulos, recelosos, no supieron interpretar esa actitud en forma conveniente.

–No estoy de acuerdo contigo –respondió Pablo resueltamente–; si las comunidades cristianas no comprenden mi resolución, prefiero pasar ante sus ojos como pedante y desatento en esta hora de mi vida. Soy un pecador y debo despreciar los elogios de los hombres. Si me condenan, no estarán en el error. Soy imperfecto y necesito testimoniar en esa condición tal como soy. De otra forma sería perturbar mi conciencia, provocando un falso aprecio humano.

Muy impresionado, Lucas recibió la inolvidable lección.

Tres días después de esta entrevista, el gobernador regresaba a la sede del gobierno Provincial, acompañado de un numeroso séquito de israelitas, que estaban dispuestos a conseguir la entrega del prisionero.

Porcio Festo, con la serenidad que le aconsejaba las actitudes políticas, trató de conocer inmediatamente la situación. Revió el proceso minuciosa-

mente, imponiéndose de los títulos de ciudadanía romana del acusado, de acuerdo con la legislación en vigor y notando la insistencia de los rabinos que demostraban gran ansiedad por la solución del asunto, convocó a una reunión para examinar nuevamente las declaraciones del acusado en el interés de satisfacer a la política regional de Jerusalén.

El convertido de Damasco, agotado corporalmente, pero siempre revigorizado de espíritu, compareció ante la asamblea bajo la mirada rencorosa de sus hermanos de raza, que pleiteaban la activación del asunto. El Tribunal de Cesarea atraía gran cantidad de gente, ansiosa de conocer el nuevo juzgamiento. Discutían los israelitas y los cristianos comentando los debates. Más de una vez, Porcio Festo fue obligado a levantar la voz reclamando atención y silencio.

Abiertos los trabajos de la asamblea, el gobernador interrogó al acusado con energía, pero lleno de nobleza.

Mientras tanto, Pablo de Tarso respondió a todas las preguntas con la serenidad que le era peculiar. No obstante la animosidad de los judíos, declaró que en nada los había ofendido y no recordaba ningún acto de su vida en donde constara que había atacado al Templo de Jerusalén o a las leyes del César.

Festo percibió que estaba tratando con un espíritu culto y eminente y que no sería tan fácil entregarlo al Sanedrín, conforme creyera al principio. Algunos rabinos habían insistido para que se ordenara la vuelta del preso hacia Jerusalén, pura y simplemente, sin atender asuntos legales. El gobernador no titubearía sobre el particular, haciendo valer su influencia política, pero no deseaba cometer un error sin antes conocer las cualidades morales del hombre que era el blanco de las intrigas judaicas. Íntimamente juzgaba, que si se trataba de un personaje vulgar, podía entregarlo sin recelos a la autoridad tiránica del Sanedrín, que de seguro lo liquidaría; mientras tanto, no estaba dispuesto a ceder, si comprobaba la nobleza e inteligencia del prisionero, pues de acuerdo a su prestigio político no deseaba adquirir enemigos que podrían perjudicarlo en cualquier época. Habiendo reconocido las altas dotes intelectuales y morales del Apóstol, modificó enteramente su actitud. Pasó a considerar con más severidad al interlocutor, llegando a la conclusión que sería un crimen actuar con parcialidad en el hecho. Además de cultura, el acusado era un ciudadano romano por medio de títulos legítimamente adquiridos. Formulando nuevas conjeturas y con inmensa sorpresa

para los representantes confiados del Sanedrín, Porcio Festo preguntó al prisionero si consentía en regresar a Jerusalén para ser juzgado delante del Tribunal elegido por los de su raza. Pablo de Tarso, comprendiendo la celada de los israelitas, replicó tranquilamente, asombrando a toda la asamblea:

—Señor gobernador, estoy delante del Tribunal del César para ser definitivamente juzgado. Hace más de dos años espero la decisión de un proceso que aún no puedo comprender. Como sabéis, a nadie ofendí. Mi prisión obedece tan sólo a las intrigas religiosas originadas en Jerusalén. Desafío, en ese particular, el concepto de los exigentes. Si realicé algún hecho indigno, yo mismo pido la sentencia de muerte. Convocado para un nuevo juzgamiento, creí que tendríais el valor necesario para romper con las aspiraciones inferiores del Sanedrín, haciendo justicia de acuerdo a vuestra preclara conciencia y recta conducta. Continúo confiando en vuestra autoridad, en vuestra imparcialidad, exceptuada de favores, que nadie podrá exigir de vuestros cargos honrosos y delicados. Examinad detenidamente las acusaciones que me retienen en la cárcel de Cesarea. Comprobaréis que ningún poder provincial podrá entregarme a la tiranía de Jerusalén. ¡Reconociendo esa valiosa circunstancia e invocando mis títulos, aun que creo sinceramente en vuestras sabias deliberaciones, apelo, desde ya, ante el César!...

La inesperada actitud del Apóstol provocó general asombro. Porcio Festo, muy pálido, se centró en serias e íntimas apreciaciones. De su cátedra de juez había enseñado generosamente el camino de la vida a muchos acusados y malhechores, mientras tanto, en aquella hora inolvidable de su existencia encontró un reo que le hablaba directamente al corazón. La respuesta de Pablo valía un programa de justicia y de orden. Con gran dificultad pedía el restablecimiento del orden en el recinto. Los representantes del judaísmo discutían acaloradamente entre sí; algunos cristianos, más apresurados, comentaban desfavorablemente la actitud del Apóstol, apreciando superficialmente, como si fuera la negación del testimonio. El gobernador reunió, rápidamente, al pequeño consejo de influyentes rabinos. Los doctores de la Ley insistían por la adopción de enérgicas medidas, presuponiendo que Pablo modificaría su actitud con una serie de bastonazos. Mientras tanto y sin despreciar la oportunidad de una lección más en su vida pública, el gobernador cerró los oídos a las intrigas de Jerusalén, afinando que de ninguna manera podía transigir en el cumplimiento del deber. Se disculpó con los viejos políticos del Sanedrín y del Templo, que lo miraban con rencor, y pronunció las célebres palabras.

—¿Apelaste al César? ¡Irás al César!

Con esa antigua fórmula quedaron cerrados los trabajos sobre el nuevo juzgamiento. Los representantes del Sanedrín se retiraron extremadamente irritados, exclamando uno de ellos, en alta voz, para que el prisionero recibiera el insulto:

—Sólo los malditos desertores apelan al César. ¡Anda con los gentiles, indigno embustero!

El Apóstol lo miró con bondad, a la vez que se disponía su traslado a la cárcel.

El gobernador, sin pérdida de tiempo, determinó que se registrara la petición del reo, para proseguir con la causa ante el César. Al día siguiente, demoró un poco de tiempo para estudiar la causa y una gran indecisión lo mantenía en suspenso. No podía enviar al acusado a la capital del Imperio sin justificar los motivos de la prisión, que había durado tanto tiempo en la cárcel de Cesarea. ¿Cómo proceder? Después de transcurridos algunos días, Herodes Agripa y Berenice venían a saludar al nuevo gobernador, en visita ceremoniosa e imprevista. El propuesto imperial no podía disimular las preocupaciones que lo absorbían, y después de las presentaciones protocolares, a causa de huéspedes tan ilustres, le contó a Agripa la historia de Pablo de Tarso, cuya personalidad atraía hasta a los indiferentes. El rey palestinese, que conocía la fama del ex rabino, manifestó que tenía deseos de conocerlo de cerca, a lo que Festo accedió muy satisfecho, no sólo por proporcionar al huésped ese placer, sino para recibir de su parte las impresiones que servirían para ilustrar el proceso que se llevaba contra el Apóstol, incumbiéndole enviarlo a Roma.

Porcio dio a ese acto un carácter festivo. Invitó a las personalidades eminentes de Cesarea, reuniendo una magnífica asamblea alrededor del rey, en el mejor y más amplio auditorio de la Corte Provincial. Primero hubo baile y música; después, el convertido de Damasco, debidamente escoltado, fue presentado por el mismo gobernador, en términos discretos; no obstante, eran cordiales y sinceros.

Herodes Agripa quedó impresionado con la figura agotada y sencilla del Apóstol, cuyos serenos ojos traducían la energía inquebrantable de la raza. Curioso por conocerlo mejor, ordenó que se defendiera a viva voz.

Pablo comprendió el significado de aquel minuto y pasó a historiar los diversos aspectos de su existencia, con gran erudición y sinceridad. El rey

lo escuchaba asombrado. El ex rabino evocó su infancia, se detuvo en las reminiscencias de la juventud, explicó su aversión a los seguidores del Cristo Jesús y con una gran inspiración trazó el cuadro de su encuentro con el Maestro resucitado, a las puertas de Damasco, a viva luz del día. En seguida pasó a numerar hechos de la obra que había llevado por y para los gentiles, las persecuciones sufridas en todas partes por amor al Evangelio, terminando, con vehemencia, que sus pregonaciones no contrariaban, sino que corroboraban las profecías de la Antigua Ley de Moisés.

Dando curso a su imaginación ardiente y fácil, el orador tenía los ojos radiantes de alegría. La asamblea aristocrática estaba muy impresionada con los hechos narrados, denotando entusiasmo y alegría. Herodes Agripa, muy pálido, tenía la impresión de haber encontrado a una de las voces más apropiadas de la revelación divina. Porcio Festo no ocultaba la sorpresa que le invadía súbitamente a su espíritu. No presumía en el prisionero tamaño caudal de fe y persuasión. Oyendo al prisionero describir las hermosas escenas de su apostolado, con los ojos iluminados por la alegría, transmitiendo al atento auditorio y que a su vez era conmovido por sus ideas imprevistas y conmovedoras, el gobernador creyó que se trataba de un loco sublime y le dijo en voz baja, aprovechando una pausa:

—¡Pablo desvarías! ¡Tu gran capacidad en las letras te hacen delirar!

El ex rabino, lejos de atemorizarse, respondió con nobleza:

—¡Os engañáis! ¡No soy un loco! Delante de vuestra autoridad de ilustre romano yo no me atrevería a hablar de esa forma, pues reconozco que no estáis debidamente preparado para escucharme. Los patricios de Augusto son también de Jesús Cristo, pero aún no conocen plenamente al Salvador. A cada cual le debemos hablar conforme a su capacidad intelectual. Aquí, por lo tanto, señor gobernador, si hablo con osadía es porque me estoy dirigiendo a un rey que no ignora el sentido de mis palabras. Herodes Agripa habrá escuchado hablar sobre Moisés desde su infancia. Es romano por cultura y se cultivó en la revelación de Dios por causa de sus antepasados. Ninguna de mis afirmaciones le son desconocidas. De otra manera, traería su origen sagrado, pues todos los hijos de la nación que aceptó al Dios único, deben conocer la revelación de Moisés y de los profetas. ¿No lo creéis así, rey Agripa?

La pregunta causó enorme asombro. El mismo administrador provincial no hubiera tenido valor para dirigirse al rey con tamaña desenvoltura. El

ilustre descendiente de Antipas estaba muy sorprendido. Una palidez muy grande le cubría el rostro. Jamás nadie se había dirigido a su persona para hablarle de tal forma.

Pablo, percibiendo su actitud mental, completó su poderosa argumentación, agregando:

—¡Sé perfectamente que creéis en lo que estoy diciendo!...

Confuso con la agudeza mental del orador, Agripa sacudió su frente como si deseara eliminar alguna idea inoportuna, esbozó una vaga sonrisa, dando a entender que estaba controlando la situación y dijo con tono de gracia:

—¡Con que esas tenemos!, por poco me persuades para hacer una promesa de fe cristiana...

El Apóstol no se dio por vencido y respondió:

—¡Ojalá!, que por poco o mucho fueseis discípulo de Jesús, no sólo por el rey, sino por todos los que nos escucharon en el día de hoy.

Porcio Festo comprendió que el rey estaba más impresionado de lo que suponía y deseoso de cambiar de ambiente, propuso que las altas personalidades se retiraran para la merienda de la tarde en el palacio. El ex rabino fue reconducido a la cárcel, dejando entre el auditorio una imperecedera impresión. Berenice, sensibilizada, fue la primera en manifestarse reclamando clemencia para el prisionero. Los demás siguieron la misma corriente de benévola simpatía. Herodes Agripa intentó poner en acción una fórmula digna para poner en libertad al prisionero. El gobernador explicó que conociendo la fibra moral de Pablo, había tomado muy en serio el recurso impuesto para llegar al César, habiéndose documentado las primeras instrucciones al respecto. Celoso de las leyes romanas, lamentó que el prisionero hubiera interpuesto la intermediación imperial para su caso. Entonces, trató de cooperar en la redacción del documento, mostrándose contrariado ante lo expuesto por el pregonador evangélico tan sólo por haber provocado muchas luchas religiosas en medio de la población y en desacuerdo con la unidad de fe sustentada por el Sanedrín, como baluarte defensivo de las tradiciones del judaísmo. Para tal efecto, el mismo rey firmó el testimonio, dando mayor importancia a lo expuesto por el propuesto imperial. Pórcio Festo recibió la ayuda sumamente satisfecho. Estaba resuelto el problema de Pablo de Tarso y podría salir con la primera partida de presos hacia Roma.

Pablo recibió la noticia con gran serenidad. Después de un entendimiento con Lucas pidió que la iglesia de Jerusalén fuera avisada, al igual que la de Sidon, donde el navío que lo transportaba debería recibir carga y pasajeros. Todos los amigos de Cesarea fueron movilizados para transmitir el mensaje que el ex rabino dirigió a las muy amadas iglesias, menos Timoteo, Lucas y Aristarco, que se proponían acompañado a la capital del imperio.

Los días transcurrieron aceleradamente, hasta que llegó el momento en que el centurión Julio, con su escolta, fue a buscar a los prisioneros para el viaje previsto. El centurión tenía plenos poderes para determinar las providencias y evidenciando simpatía por el Apóstol ordenó que fuera conducido a la embarcación sin cadenas, en contraste con los demás prisioneros.

El tejedor de Tarso, apoyado en el brazo de Lucas, observó plácidamente el movimiento de la población en las calles y su espíritu tuvo un deseo de esperanza para que en el futuro todos los seres de la tierra pudieran gozar de la fraternidad en nombre de Jesús. Su corazón se llenaba de dulces reflexiones y preces ardientes, cuando fue sorprendido ante una compacta multitud que se agrupaba a lo largo de la costa del mar.

Personas de todas las condiciones se aglomeraban a su lado, a pocos metros de la playa. Al frente se encontraba Tiago, agotado y envejecido, que había venido de Jerusalén con gran sacrificio, para darle un beso fraterno. El fervoroso defensor de los gentiles no podía dominar su emoción. Cantidades de niños le arrojaban flores. El hijo de Alfeo, reconociendo la nobleza de aquel espíritu heroico, le tomó la mano y se la besó con efusión. Allí estaban todos los cristianos de Jerusalén en condiciones de hacer el viaje. También se encontraban los compañeros de Jope, Lida y Atipatris, de todas partes de las provincias. Los niños de los gentiles se unían a los pequeños de los judíos, que saludaban cariñosamente al Apóstol prisionero. Viejos que aún se encontraban enfermos se aproximaron con respeto y le hablaron con bondad, diciendo:

—¡No deberíais partir!...

Mujeres humildes agradecían los beneficios recibidos de sus manos. Los enfermos que ya estaban restablecidos, comentaban la colonia de trabajo que bajo su inspiración se había fundado en muchas partes, inclusive en Jerusalén. Los gentiles convertidos al Evangelio, le besaban las manos y murmuraban:

—¿Quién nos enseñará de ahora en adelante a ser hijos del Altísimo?

Niños amorosos le tomaban la túnica, bajo la mirada de sus madres consternadas.

Todos le pedían que se quedara, que no partiera, que hacía falta para realizar los trabajos en nombre del querido Maestro Jesús.

Súbitamente se acordó de la prisión de Pedro, cuando él asumió el papel de verdugo contra los discípulos del Evangelio. En aquella ocasión dirigía el grupo que pretendía castigarlos. Ahora, esos cariños del pueblo le decían hermosas cosas para su alma, pues significaba que el implacable verdugo había dejado su errada personalidad. Antes no podía comprender el alcance de la misericordia divina y en esos momentos comprendía que su débito con el pueblo estaba cumplido. Con su conciencia un tanto aliviada, se acordó de la dulce Abigail y comenzó a llorar. En esos momentos se sentía como si estuviera en medio de “los hijos del Calvario”, que lo abrazaban, reconocidos de su obra redentora. Aquellos mendigos, enfermos y criaturas las sentía como de su propia familia. En aquel inolvidable minuto de su vida sentíase plenamente identificado con el ritmo de la armonía universal. Brisas muy suaves, de mundos diferentes, le embalsamaban el alma, como si hubiera alcanzado una región divina, después de haber vencido una gran batalla. Por primera vez, algunos de esos pequeñitos le llamaron “padre”. Se inclinó con más ternura hacia las criaturitas que lo rodeaban. Interpretaba todos los episodios de aquella inolvidable hora, como una bendición de Jesús que lo ligaba a todos los seres. A su frente, el océano en calma se asemejaba a un promisorio camino hacia el infinito y lleno de misteriosas e inefables bellezas.

Julio, el centurión de guardia, se aproximó conmovido y le habló con suavidad:

—Infelizmente llegó el momento de partir.

Y como testimonio de las manifestaciones tributadas a Pablo, él también tenía los ojos húmedos por las lágrimas. Muchos reos, que en iguales circunstancias los había tenido que llevar a su destino, se habían rebelado por la desesperación. Aquél, sin embargo, estaba tranquilo y feliz. Júbilo indiscifrable le llenaba sus ojos de lágrimas. Además, el centurión sabía que aquel hombre, dedicado al bien de los hombres, no había cometido falta alguna. Por eso mismo estaba a su lado, como queriendo participar de los afectos que el pueblo le brindaba.

El Apóstol de los gentiles abrazó a todos sus amigos por última vez. La mayoría lloraban discretamente, a la manera de los discípulos de Jesús, que lo hacían para patentizar un sincero consuelo; las madres se arrodillaban en la arena abrazando a sus hijitos; los viejos, apoyados en sus bastones, hacían un gran esfuerzo para conservarse serenos y tranquilos ante la partida del gran amigo de los hombres. En general, todos querían abrazar al campeón del Evangelio y se ponían de rodillas, rogando al Señor que bendijera su nuevo derrotero.

Terminadas las despedidas, Pablo acentuó con gran serenidad:

—¡Hermanos, lloremos de alegría! ¡No existe mayor gloria en este mundo que la de estar caminando en la senda del Cristo Jesús!... ¡El Maestro fue al encuentro del Padre por medio de los martirios de la Cruz! Entonces, bendigamos nuestra cruz de cada día. Es necesario recordar siempre los sufrimientos que el Maestro enfrentó por amor a su Padre. No creo que pueda regresar con este cuerpo agotado por las luchas materiales. Espero que el Señor nos conceda la oportunidad de exponer mi último testimonio en Roma, mientras tanto, estaré con vosotros por medio del corazón. Volveré a nuestras iglesias por medio del Espíritu y cooperaré con vuestro esfuerzo en los días más amargos. La muerte no nos separará, tal como sucedió con el Señor, que permaneció en medio de sus discípulos. ¡Nunca estaremos alejados los unos de los otros, por eso mismo, Jesús prometió que estaría a nuestro lado hasta el fin de los siglos!...

Julio escuchó la exhortación conmovidamente. Lucas y Aristarco sollozaban muy bajito.

Seguidamente, el Apóstol tomó el brazo del médico amigo y seguido de cerca por el centurión, caminó resueltamente hacia el barco.

Centenares de personas presenciaron las maniobras de la largada en santificado recogimiento, llenos de lágrimas, haciendo sus respectivas peticiones. Mientras el navío se apartaba lentamente, Pablo y sus acompañantes contemplaban Cesarea con ojos llenos de lágrimas. La multitud silenciosa, envuelta en enorme tristeza, se quedó hasta que el navío desapareció en el horizonte. Jubiloso y reconocido, Pablo rehacía el campo de sus luchas acerbadas, meditando sobre los largos años que le había costado las reparaciones de sus faltas cometidas. Recordaba la infancia, los primeros sueños de juventud, las inquietudes propias de su edad, los servicios dignificantes en nombre del Cristo, sintiendo que se alejaba para siempre. Grandiosos

pensamientos lo envolvían, cuando Lucas se aproximó y señalando a la distancia a los amigos que todavía permanecían en la playa arrodillados, exclamó:

—¡Pocos hechos me conmovieron tanto en el mundo como este! En mis anotaciones lo registraré, para que se sepa en el futuro cómo fuiste amado por cuantos recibieron de tus manos fraternas el beneficio de Jesús.

Pablo parecía meditar lo expresado por su compañero y agregó:

—No, Lucas. No escribas sobre virtudes que no poseo. Si me amas no debes exponer mi nombre a falsos juzgamientos. Eso sí debes hablar de las persecuciones por mí promovidas contra los seguidores del Evangelio, del favor que el Maestro me dispensó a las puertas de Damasco, para que los hombres endurecidos e incomprensibles no desesperen de la salvación y esperen de su misericordia en el momento justo. Citarás las luchas que hemos tenido desde los primeros momentos por causa de las imposiciones del fariseísmo y de los hipócritas de nuestro tiempo. Comentarás los obstáculos vencidos, las dolorosas humillaciones, las inmensas dificultades habidas para que los futuros discípulos no esperen la redención espiritual en medio de la falsedad del mundo, confiando en el favor incomprensible de los dioses sin sentir el bendecido sacrificio por el perfeccionamiento de ellos mismos. Les hablarás de nuestros encuentros con los hombres poderosos y cultos, para que los seguidores del Evangelio, en el futuro, no retrocedan ante las situaciones difíciles y escabrosas, conscientes que los mensajeros del Maestro los asistirán siempre que se vuelvan instrumentos legítimos de la fraternidad y del amor, para recorrer el largo camino que se le presenta a la evolución de la humanidad.

Y después de una larga pausa, en que observó a Lucas con qué atención le seguía sus inspirados raciocinios, prosiguió en tono sereno y firme:

—Calla siempre que hemos de hablar de nuestro personalismo, pero las consideraciones y los favores que hemos recibido en nuestros trabajos sólo pertenecen a Jesús. Fue Él quien nos sacó de nuestras miserias angustiosas, llenando nuestro vacío, fue su mano la que nos tomó cariñosamente y nos recondujo al camino recto y santo. ¿No te acuerdas que me contaste de tus amargas luchas en el pasado distante? ¿No te conté que fui perverso e ignorante en otros tiempos? Así como iluminó mi sombrío camino a las puertas de Damasco, Él te llevó a ti a la iglesia de Antioquía para que le escuchases la verdad eterna. Por más que hayamos estudiado, sentimos un gran

abismo entre nosotros y la sabiduría eterna, por más que hayamos trabajado no somos dignos de Aquél que nos asiste y guía desde el primer instante de nuestra vida. ¡No tenemos nada nuestro!... El Señor llena el vacío de nuestra alma y nos da el bien que no poseemos. Esos viejitos temblorosos que nos abrazaron llenos de lágrimas, los niños que nos besaron llorando, lo hicieron al Cristo, aunque nosotros recibimos el calor humano. Tiago y sus compañeros no vinieron de Jerusalén únicamente para manifestarnos su fraternidad afectuosa, sino que trajeron su testimonio de amor al Maestro que nos reunió en la misma vibración de solidaridad, aunque no sepamos interpretar el mecanismo oculto de esas emociones grandiosas y sublimes. En medio de todo eso, Lucas, nosotros hemos sido, apenas, míseros siervos que nos aprovechamos de los bienes del Señor para pagar nuestras deudas. El nos dio la misericordia para que se cumpla su justicia. Esas alegrías y emociones divinas le pertenecen... Por lo tanto, no tengamos la preocupación de relatar mínimos detalles, que dejarían una puerta abierta para la mala interpretación de la vanidad de los incomprensibles. A nosotros nos debe satisfacer, apenas, el saber y la convicción de que hemos liquidado nuestros débitos anteriores...

Lucas escuchaba admirado esas consideraciones justas y oportunas, sin saber definir la sorpresa que le causaba.

–Tenéis razón –dijo finalmente–, somos débiles por demás para atribuirnos cualquier tipo de valor.

–Además –agregó Pablo–, la batalla del Cristo ha comenzado. Toda victoria pertenece a su amor y no a nosotros que somos siervos endeudados. ... Escribe, por lo tanto, tus anotaciones en forma simple y no comentes nada que no sea para glorificar al Maestro por medio de su inmortal Evangelio...

Mientras Lucas buscaba a Aristarco para transmitirle aquellas sabias sugerencias, el ex rabino continuó mirando el caserío de Cesarea, que se esfumaba en el horizonte. La embarcación navegaba suavemente, apartándose de la costa... Durante largas horas quedó allí, meditando sobre el pasado que le fluía a su mente espiritual cual inmenso crepúsculo. Inmerso en las reminiscencias entrecortadas de las preces a Jesús, permaneció en silencio, hasta que comenzaron a brillar en el firmamento muy azul, los astros de la noche.

EL PRISIONERO DE CRISTO

El navío de Adramitio de la Misia, en donde viajaba el Apóstol y sus compañeros, al día siguiente tocó en Sidon, repitiéndose las mismas escenas conmovedoras de la víspera. Julio permitió que el ex rabino fuese hasta la playa con los amigos, acentuándose las despedidas entre exhortaciones de esperanzas y muchas lágrimas. Pablo de Tarso ganó ascendencia moral sobre el comandante, marineros y guardias. Su vibrante palabra conquistaba la atención general. Hablaba de Jesús no como una personalidad intangible, sino como un Maestro amoroso y amigo de la criatura humana, continuando su ilustración sobre la evolución de la humanidad terrena desde sus comienzos. Todos deseaban escuchar sus sabios conceptos, en especial sobre el Evangelio y respecto a su proyección hacia el futuro de los pueblos.

La embarcación frecuentemente atravesaba paisajes gratísimos para la mirada del Apóstol. Después de costear Fenicia, aparecieron las costas de la isla de Chipre, que le traían cariñosas recordaciones. En las proximidades de Panfilia se llenó de inmensa alegría por causa del deber cumplido y más tarde llegó al puerto de Mira, en Licia.

Fue allí donde el comandante decidió tomar pasajeros de una embarcación alejandrina que se dirigía a Italia. De esa forma, el viaje continuó, pero con perspectivas desfavorables. El navío llevaba exceso de carga. Además de la gran cantidad de trigo, llevaba a bordo doscientas setenta y seis personas. Se aproximaba el período difícil para la navegación. Los vientos soplaban contrarios a la ruta. Después de largos días, todavía vagaban en la región de Chido. Venciendo dificultades extremas, consiguieron tocar algunos puntos de Creta.

Observando los obstáculos superados y obedeciendo a la propia intuición, el Apóstol, confiando en la amistad de Julio, lo llamó aparte y le sugirió pasar el peor tiempo en Kaloi-Limenes. Julio tomó en serio la sugerencia y la llevó a consideración del comandante y del piloto, los cuales la desconsideraron.

—¿Qué significa eso, centurión? —preguntó el capitán, enfático, esbozando una sonrisa algo irónica—. ¿Crear lo que dice ese prisionero? Estoy vien-

do que más se trata de un plan para fugar, maquinado con prudencia y sutileza. Sea como fuera, la sugerencia es inaceptable, no sólo por la confianza que debemos tener en nuestros recursos profesionales, sino porque necesitamos llegar al puerto de Fénix para el descanso necesario.

El centurión se disculpó lo mejor que pudo, retirándose un tanto contrariado y decepcionado. Hubiera deseado protestar, aclarando que Pablo no era un reo común, que no hablaba por sí mismo, sino por Lucas, que había sido conocedor de la profesión del mar y de los más competentes. Mientras tanto, no le convenía comprometer su brillante situación militar y política en antagonismos con las autoridades provinciales. Era mejor no insistir, bajo pena de ser mal comprendido por los hombres de su clase. Buscó al Apóstol y le hizo conocer la respuesta. Pablo, lejos de molestarse, le murmuró con calma:

—¡No nos pongamos tristes! Estoy seguro que los inconvenientes que hemos de soportar, serán mayores de lo que sospechamos. Sin embargo, sacaremos algún provecho, porque en las horas difíciles, recordaremos que Jesús nos avisó a tiempo.

El viaje continuó entre recelos y esperanzas. El mismo centurión estaba convencido de lo inconveniente que hubiera sido el parar en Kaloi-Limenes, pues durante los dos primeros días que siguieron a la propuesta de Pablo el tiempo mejoró notablemente. Por lo tanto, pusieron rumbo hacia Fénix, haciéndose a la alta mar, cuando imprevistamente sacudió al navío un violento huracán. De nada valieron las medidas improvisadas. La embarcación no podía soportar la tempestad y forzoso fue dejarla a merced del impetuoso viento, que duró muchísimo tiempo, envuelta en negras nubes. Entonces comenzaron padecimientos angustiosos por parte de las personas que no soportaban ese estado de cosas. La tormenta parecía eternizarse. Hacía casi dos semanas que el viento rugía constantemente y en forma destructora. Todo el cargamento de trigo fue arrojado al mar, así como también lo que representaba exceso de peso y sin utilidad inmediata.

La figura de Pablo fue tomada en consideración y se le veneraba por su acertado augurio. El comandante y el piloto estaban confundidos y el prisionero era respetado por unanimidad. El centurión permanecía constantemente a su lado, creyendo que Pablo disponía de poderes sobrenaturales y salvadores. Al abatimiento moral y al mareo por parte de los pasajeros cundió el desánimo y el terror. El Apóstol, en su generosidad característica,

acudía en ayuda de los necesitados, obligándolos a alimentarse, mientras los confortaba moralmente. De vez en cuando hablaba con elocuencia y con el debido permiso de Julio, se dirigía a sus compañeros, en esa amarga hora, tratando de identificar las cuestiones espirituales con el espectáculo convulsivo de la naturaleza:

–¡Hermanos! –decía en voz alta, tratando de atraer a la mayoría que se debatía en medio de la angustia–. Yo creo que muy pronto tocaremos tierra firme. Mientras tanto, asumamos el compromiso de no olvidar jamás la lección que hemos recibido en esta hora. Tratemos de caminar por el mundo como marineros cuidadosos, que ignorando el momento de la tempestad, tiene la seguridad de su regreso. El pasaje de la existencia humana hacia la vida espiritual se asemeja al amargo instante que estamos viviendo en este barco hace muchos días. No ignoráis que fuimos avisados de todos los peligros en el último puerto que nos invitaba a quedarnos seguros y sin peligros. Buscamos la alta mar, por cuenta propia. También Jesús nos concede los celestes avisos en su Evangelio de Luz, pero con frecuencia optamos por el abismo de las dolorosas experiencias. La ilusión, al igual que el viento sur, parece desmentir las advertencias del Salvador y continuamos por el camino de nuestra viciada imaginación, mientras tanto, la tempestad llega de improviso. Es necesario pasar de una vida hacia otra para rectificar el rumbo ineludible. Comenzamos por arrojar el cargamento pesado de nuestros crueles engaños, abandonamos los caprichos egocéntricos para aceptar plenamente la voluntad augusta de Dios. Reconocemos nuestra insignificancia y miseria y alcanzamos un tedio inmenso por los errores que sustentaba nuestro corazón, tal como sentimos la nada que representamos en este féretro de maderas frágiles, fluctuante en el abismo, tomados de singular mareo que nos provoca náuseas desagradables. El fin de la existencia humana siempre resulta ser una tormenta, parecida a la presente, en medio de las regiones desconocidas del mundo interior, porque nunca percibimos las advertencias divinas y buscamos la tempestad angustiosa y destructora por el derrotero de nuestra propia voluntad.

La amedrentada asamblea escuchaba silenciosa sus conceptos. Observando que todos se abrazaban, confraternizados en la angustia común, continuó diciendo:

–Contemplemos el cuadro de nuestros sufrimientos. Observemos cómo el peligro enseña la fraternidad inmediata. Aquí nos encontramos patricios,

romanos, comerciantes de Alejandría, plutócratas de Fenicia, autoridades, soldados, prisioneros, mujeres y niños... Aunque son diferentes los unos de los otros, delante de Dios el dolor nos hermana los sentimientos para un mismo fin de salvación y restablecimiento de paz. Creo que la vida en tierra firme sería muy diferente si las criaturas se comprendieran tal como sucede ahora aquí, en la inmensidad del océano.

Algunos ocultaban el despecho, escuchando la palabra apostólica, pero la mayoría se acercó, reconociéndole su inspiración superior y la virtud heroica de saber extraer una inolvidable enseñanza en lo más aterrador de los momentos.

Transcurrieron catorce días de terribles tormentas y el barco, finalmente, alcanzó la isla de Malta. Hubo enorme alegría general, pero el comandante, al ver superado el peligro y sintiéndose humillado con la actitud de Pablo durante el viaje, sugirió a dos soldados que asesinaran a los prisioneros de Cesarea antes que pudieran fugarse. Los propuestos del comandante estuvieron de acuerdo, pero Julio se opuso terminantemente, dejando percibir la gran transformación espiritual que había recibido gracias al haber estado junto al pregonador del Evangelio. Los presos, sabiendo de la trama del comandante, se arrojaron al agua, y los que no sabían nadar se aferraban a los improvisados botes, tratando de llegar a la playa.

Los naturales de la isla, así como también los pocos romanos que residían al servicio de la administración, recibieron a los naufragos con gran simpatía, pero como eran numerosos, no había capacidad para todos. Frío intenso atacaba a los más resistentes. Pablo, dando muestras de su gran valor y experiencia para afrontar las intemperies, trató de dar el ejemplo a los desanimados, para que se hiciera fuego sin demora. Grandes hogueras fueron encendidas rápidamente para calentar a los faltos de abrigo, pero cuando el Apóstol arrojaba ramas secas a la hoguera, una víbora sumamente venenosa le clavó el colmillo. El ex rabino la sostuvo en el aire con valor y con toda serenidad la hizo caer en medio de las llamas, ante el asombro general. Lucas y Timoteo se aproximaron afligidos. Los naturales de la isla, al observar el hecho dieron la alarma, aseverando que el reptil era de los más venenosos de la región y las víctimas no sobrevivían más que unas pocas horas.

Los indígenas, impresionados, se apartaron discretamente. Otros, asustados, afirmaron:

—Este hombre debe ser un gran criminal, pues si se salvó de las aguas bravías, vino aquí a encontrar el castigo de los dioses.

No eran pocos los que esperaban la muerte del Apóstol y contaban los minutos. Pablo, mientras tanto, tratando de olvidar la situación creada por la picadura, observaba la expresión fisonómica de cada uno y oraba con fervor. Ante el pronóstico de los nativos de la isla, Timoteo se aproximó y buscó de imponerlo de lo que decían a su respecto.

Pablo sonrió y murmuró:

—¡No te dejes impresionar! Las impresiones del vulgo son muy inestables, de eso tengo experiencia propia. Estemos atentos a nuestros deberes, porque la ignorancia siempre está lista a transitar desde la maldición al elogio y viceversa. Es muy posible que dentro de algunas horas me consideren un Dios.

En efecto, cuando vieron que no acusaba ningún síntoma de dolor, los indígenas pasaron a mirarlo como una entidad sobrenatural. Si se mantuvo indemne al veneno de la víbora, no era un hombre común, entonces era algún enviado del Olimpo, a quienes todos deberían obedecer.

Por ese entonces, el más alto funcionario de Malta, Publio Apiano, llegó al lugar y ordenó las primeras providencias para ayudar a los naufragos, siendo conducidos a varios galpones deshabitados próximos a su residencia, recibiendo caldos calientes, remedios y ropas. El propuesto imperial reservó los mejores lugares de su propia morada para el comandante del navío y el centurión Julio, atento a los respectivos cargos, hasta que pudiera acomodarlos más confortablemente. Sin embargo, Julio, al sentirse tan cerca del Apóstol de los gentiles, solicitó al generoso funcionario romano que acogiera a Pablo con la deferencia a que era merecedor, al mismo tiempo que elogiaba sus virtudes.

Consciente de la elevada condición espiritual del convertido de Damasco y escuchando los hechos maravillosos que le atribuían en el proceso de las curas, recordó conmovidamente al centurión:

—¡Bien! Recuerdo precioso el vuestro, porque tengo a mi padre enfermo y desearía experimentar esas virtudes de ese santo varón del pueblo de Israel...

Invitado por Julio, Pablo accedió y compareció en la casa de Publio. Fue llevado ante el padre, que era un anciano enfermo y le impuso sus ma-

nos callosas, a la vez que oraba fervorosamente. El viejito se consumía en una fiebre letal y bajo la imposición de esas manos comenzó a sentir rápido alivio y dio gracias a los dioses de su creencia. En medio de gran sorpresa, Publio Apiano vio levantarse a su padre buscando la mano del hombre que le había hecho tanto bien y le dio un beso en su mano. Pablo, valiéndose de la situación, aprovechó para exaltar al divino Maestro, pregonando las verdades eternas y esclareciendo que todos los bienes provenían de su corazón misericordioso y justo y no de las criaturas pobres y frágiles como era él.

El representante del imperio quiso conocer el Evangelio inmediatamente. Sacando de los dobleces de su túnica fragmentada el único tesoro que aún le quedaba, entregó el pergamino para que lo copiaran y comenzó a explicar los pensamientos de Jesús casi con orgullo. Publio ordenó que el documento fuera copiado y prometió interesarse por la situación del Apóstol, utilizando sus relaciones en Roma para conseguir su libertad.

La noticia del hecho se esparció en pocas horas. No se hablaba de otra cosa, sino del hombre providencial que los dioses habían enviado a la isla, para que los enfermos fueran curados y el pueblo recibiera nuevas revelaciones.

Con la complacencia de Julio, Pablo y sus compañeros obtuvieron un viejo salón del administrador, donde se efectuaron los servicios evangélicos en forma regular durante los meses de invierno riguroso. Multitudes de enfermos fueron curados. Viejos agotados, ante las nuevas claridades de los tesoros del Cristo, tuvieron nuevas esperanzas. Cuando volvió la época de la navegación, Pablo había creado en toda la isla una gran familia cristiana, llena de paz y nobles realizaciones para el futuro.

Atento a los imperativos de su comisión, Julio resolvió partir con los prisioneros en el navío “Cástor” y “Pólux”, cuyo destino era Italia. El día del embarque, el Apóstol tuvo el consuelo de recibir el afecto de los nuevos amigos del Evangelio. La bandera augusta del Cristo quedaba allí desplegada para siempre.

El navío enfiló hacia la costa italiana con vientos favorables. Una vez que llegaron a Siracusa, en Sicilia, bajo la protección del generoso centurión, ahora dedicado amigo, Pablo aprovechó los tres días de permanencia en la ciudad para pregonar las Buenas Nuevas, atrayendo a numerosas criaturas hacia el Evangelio.

Después la embarcación penetró en el estrecho y llegó a Regio y de allí siguió a Pouzzoles (Puteoli), no lejos del Vesubio.

Antes del desembarco, el centurión se aproximó al Apóstol con todo respeto y le dijo:

–Mi apreciado amigo, hasta ahora estuviste bajo el amparo de mi amistad personal directa, de aquí en más debemos viajar bajo la mirada de cuantos habitan en las proximidades de la metrópolis y debemos considerar tu condición de prisionero...

Pablo, notándole la natural reserva, mezcla de humildad y respeto, le dijo:

–Julio, no tengas problemas por mi condición. Sé de la necesidad que tienes y debes encadenarme las manos, cumple con tus deberes. Hazlo pronto, pues no sería nada agradable comprometerte.

Julio tenía el rostro mojado por las lágrimas, y sacando las cadenas de una pequeña bolsa exclamó:

–¡Quisiera ser como tú, un prisionero del Cristo!...

Julio determinó que los prisioneros comunes fuesen destinados a la prisión, mientras que Pablo, Timoteo, Aristarco y Lucas le acompañarían en una modesta pensión. En base a la humildad del Apóstol y de sus colaboradores, el jefe de la corte parecía ser más generoso y fraternal. Con deseos de agradar al discípulo de Jesús, mandó a preguntar si en Pouzzoles existían cristianos, y en caso afirmativo, que los trajeran ante su persona, para conocer a los trabajadores de la siembra santa. El soldado encomendado de la misión regresó a las pocas horas, trayendo consigo a un viejito de nombre Sexto Flacus, cuya fisonomía manifestaba una desbordante alegría. Después de entrar al recinto, se aproximó al Apóstol y le besó las manos, mojóndoselas con las lágrimas, demostrando su espontáneo cariño. En seguida se estableció una consoladora conversación, donde Pablo de Tarso participaba conmovido. Flacus informó que la ciudad tenía su iglesia hacía bastante tiempo y que el Evangelio iba ganando los corazones de los adeptos. Además, puntualizó que las cartas de Pablo eran temas de meditación y estudio en todos los hogares cristianos. Reconocían en su persona y por sus actividades al mensajero del Mesías Salvador. Tomando la vieja bolsa, sacó la copia de la epístola a los romanos, que había sido guardada por los adeptos de Pouzzoles con especial cariño.

Pablo lo escuchaba gratamente impresionado; le parecía que se encontraba en un mundo nuevo.

Julio, a su vez, no cabía en sí de contento. Sexto Flacus, dando lugar a su entusiasmo natural, envió notas a sus compañeros notificándoles de la presencia del Apóstol. Poco tiempo después, el modesto hospedaje se llenaba de caras nuevas. Eran panaderos, comerciantes y operarios en general, que venían ansiosos para estrechar la mano al amigo de los gentiles. Todos ellos querían beber de sus elevados conceptos, verlo de cerca y besarle las manos. Pablo y sus compañeros fueron invitados a hablar en la iglesia, aquella misma noche, ya que sabían que al día siguiente deberían partir hacia Roma. Por lo tanto, le rogaron a Julio que permitiera una demora para que Pablo estuviera un poco de tiempo entre ellos, pedido al que Julio accedió muy contento.

La comunidad de la ciudad vivió horas de inmenso júbilo. Sexto Flacus y sus compañeros enviaron dos emisarios a Roma para que los amigos de la ciudad imperial conocieran la llegada del Apóstol de los gentiles. Y cantando con alegría en sus corazones, los creyentes de Pouzzoles pasaron días de iluminada ventura.

Transcurrida una semana de trabajos fructuosos y felices, el centurión hizo notar la necesidad de tener que partir.

La distancia a recorrer era más de doscientos kilómetros, lo que implicaba una marcha cansadora de siete días consecutivos.

El pequeño grupo partió acompañado por unos cincuenta cristianos de Pouzzoles, que siguieron al Apóstol hasta "Forum de Apio" en caballos resistentes, haciendo cariñosa guardia a los carros de los soldados y prisioneros. En esa localidad, distante de Roma unas cuarenta millas, esperaba al Apóstol de los gentiles la primera representación de los discípulos del Evangelio en la ciudad imperial. Eran ancianos, acompañados por algunos compañeros, que casi llevaban al ex rabino en brazos. Julio no sabía cómo disimular la sorpresa que le causaba todo aquello. Jamás había viajado con un prisionero de tamaño prestigio. De "Forum de Apio" la caravana siguió hasta el sitio denominado "Las Tres Tabernas". La caravana fue creciendo, porque ahora se sumaba el enorme carro que transportaba a los ancianos y amigos, que eran caballeros fuertes y bien dispuestos. En esa región, muy nombrada, en base a la comodidad que ofrecían los hospedajes, otros amigos esperaban a Pablo de Tarso con grandes demostraciones de alegría. El Apóstol contemplaba las regiones de Lacio en medio de dulces y suaves emociones. Tenía la impresión de haberse transportado

hacia un mundo totalmente diferente al de su tierra natal, llena de luchas y sufrimientos acerbos.

Con el permiso de Julio, la figura más representativa de los ancianos tomó asiento junto a Pablo, en aquel jubiloso e inolvidable fin de viaje. El viejo Apolodoro, después de haberse ganado la simpatía de Julio, se hizo notar con cierta vivacidad en su forma de exponer las noticias, que obedecían a las preguntas formuladas por el Apóstol de los gentiles.

–Venís a Roma en muy buena época –acentuó el viejito en un tono de resignación–, tenemos la impresión que nuestros sufrimientos por Jesús se van a multiplicar. Estamos en el año 61 y hace tres años que los discípulos del Evangelio comenzaron a morir en la arena del circo por el augusto nombre del Salvador.

–Sí –dijo Pablo–. Yo todavía no había sido apresado en Jerusalén, cuando escuché las referencias sobre las persecuciones promovidas contra los adeptos del Cristianismo por las autoridades romanas.

–Son muchos los que han derramado su sangre en los espectáculos homicidas –acrecentó el anciano–. Nuestros compañeros han caído por centenares atados a los postes, bajo la gritería del pueblo inconsciente, siendo destrozados por las fieras.

El centurión, muy pálido, preguntó:

–Pero, ¿cómo puede ser? ¿Hay medidas legales que justifiquen esos criminales atropellos?

–¿Quién puede hablar de justicia en el gobierno de Nerón? –replicó Apolodoro con una sonrisa de gran resignación–. Recientemente perdí a mi amado hijo en esas horribles carnicerías.

–¿Cómo puede ser? –exclamó Julio admirado.

–Es muy simple –aclaró el viejito–, los cristianos son llevados a los circos del martirio como si fueran esclavos en faltas. Como no existe un justificativo para semejante condenación, las víctimas son designadas como cautivos que merecen la pena máxima.

–Pero, ¿no existe un político, al menos, que pueda desenmascarar tamaña patraña?

–Casi todos los justos y honestos estadistas están exiliados sin hablar de otros tantos que fueron inducidos a suicidarse por los propuestos directos

del Emperador. Creemos que la declaración formal para perseguir abiertamente a los discípulos del Evangelio no tardará mucho en aparecer. La medida ha sido demorada por causa de algunas señoras influyentes que se han convertido a la causa de Jesús. Si no fuera por esa intervención indirecta, tal vez las cosas hubieran sido mucho peor.

–Necesitamos negarnos a nosotros mismos y tomar la cruz –exclamó Pablo de Tarso, comprendiendo el rigor de los tiempos que atravesaban.

–Todo eso es muy extraño para nosotros –exclamó Julio acertadamente–. Pues no vemos razón alguna para ejercer tamaña tiranía. Es un contrasentido la persecución contra los adeptos del Cristo, que trabajan por la formación de un mundo mejor, cuando por ahí abundan cantidades de malhechores que reclaman una pronta represión legal. ¿Con qué pretexto trabaja ese movimiento?

Apolodoro parecía concentrarse y contestó:

–Nos acusan de enemigos del Estado, que tratamos de minar las bases políticas con ideas subversivas y destructoras. La concepción sobre la bondad y la ayuda a los necesitados que promueve el Cristianismo, da alas para que muchos mal interpreten las enseñanzas de Jesús. Los romanos enriquecidos, los ilustres e interesados materialmente por su gran egoísmo, no admiten ni toleran la idea sobre la fraternidad humana. Para ellos, el enemigo es enemigo, el esclavo y el miserable son los condicionamientos que tienen vida por medio, no entienden otra forma de ver a los caídos. Ni siquiera piensan un solo momento en abandonar las opulentas fiestas y los placeres fáciles para ver de cerca otros niveles sociales que sufren en silencio. Rarísimos son los que se preocupan con los problemas del pueblo. Un patricio que atiende la caridad es señalado con ironías. Con ese ambiente general, los pocos favorecidos en la vida sólo encuentran en el Cristo Jesús al bendecido Salvador, y los avarientos, al adversario que deben eliminar para que el pueblo no aliente esperanzas. Examinadas esas circunstancias, bien fácil es de imaginar el progreso que tiene la doctrina cristiana entre los afligidos y pobres, agregando que Roma siempre fue un enorme carro de triunfos mundanos que sigue imperando con sus verdugos autoritarios y dando migajas de sobras a los hambrientos. Las primeras pregonaciones cristianas pasaron inadvertidas, pero cuando la masa humana y popular entendió el elevado alcance de la nueva doctrina, comenzaron las cruentas luchas. De culto libre que era en sus manifestaciones, el Cristianismo pasó a

ser rigurosamente controlado. Se argumentaba que nuestras células se originaron en las hechicerías y sortilegios. Después, como se observaron pequeñas rebeliones de esclavos en las grandes ciudades y en los afamados palacios, nuestras reuniones fueron prohibidas. Las agrupaciones fueron disueltas a la fuerza. En vista de no haber solución para proseguir abiertamente con el movimiento cristiano, comenzamos a reunirnos en las catacumbas por las noches. Aun así, fuimos descubiertos por los secuaces del Emperador y nuestros grupos de oración han tenido que sobrellevar penosas torturas.

—¡Es horrible todo eso! —exclamó el centurión preocupado—. y lo que admiro es que haya funcionarios dispuestos a ejecutar determinaciones tan injustas...

Apolodoro sonrió y agregó:

—La tiranía contemporánea todo lo justifica. Acaso, vos mismo, ¿no lleváis preso a un Apóstol? Sin embargo, reconozco que sois su gran amigo.

La comparación del viejo e incisivo observador hizo empalidecer ligeramente al centurión.

—Sí, sí —murmuró, intentando explicarse.

Pablo de Tarso, reconociendo la posición y el aprieto del amigo, lo ayudó, a la vez que aclaró:

—La verdad es que no fui encarcelado por malhechor o por desconocer las leyes romanas, sino porque así lo promovieron mis propios hermanos de raza. Además, tanto en Jerusalén como en Cesarea encontré la mejor buena voluntad por los propuestos del Imperio. En todas mis necesidades hubo siempre buena predisposición para servirme, aunque sabían que lo hacían en nombre del Maestro. No obstante, para que los discípulos del Maestro Jesús alcancen éxito en sus pregonaciones y trabajos de ayuda al necesitado, no deberán olvidar jamás que no podrán caminar por el mundo sin sentir el peso de la cruz.

Los presentes se miraron satisfechos. La explicación del Apóstol terminaba de aclarar totalmente el problema suscitado.

El numeroso grupo llegó a Alba Longa, donde un nuevo contingente de caballeros esperaban al valeroso misionero. Desde ahí hasta Roma, la caravana avanzó con lentitud, teniendo, a su vez, grandes momentos de sana alegría. Pablo de Tarso, muy sensibilizado, admiraba la belleza del paisaje a

lo largo de la Vía Apia. Transcurridos algunos minutos los viajeros llegaron a la Puerta Capena, donde centenares de mujeres y criaturas esperaban al Apóstol. ¡Era un cuadro conmovedor!

La caravana paró para que los amigos lo abrazaran. Con gran emoción el centurión observó la indescriptible escena, donde muchísimos ancianos besaban emocionados las manos de Pablo con gran cariño.

El Apóstol, envuelto por aquellas manifestaciones de afecto, no sabía si debía apreciar el panorama prodigioso de la ciudad y de sus siete colinas o prosternarse espiritualmente ante Jesús por el inmerecido mérito de haberse entregado a su obra de Bien.

Obedeciendo a las indicaciones de Apolodoro, el grupo de gente se dispersó.

Roma entera ingresaba en el bello crepúsculo de ese día. Brisas suaves y acariciantes, que soplaban de lejos, embellecían la tarde caliente. Considerando que Pablo necesitaba descansar, el centurión resolvió pasar la noche en una casa de hospedaje y presentarse con el prisionero al próximo día en el Cuartel de los Pretorianos.

Por la mañana del siguiente día compareció ante las autoridades competentes, presentando a los acusados. Pablo se encontró muy feliz al ver a su amigo, el centurión Julio, liberado por haberle entregado, como era su deber. En la víspera, Lucas, Timoteo y Aristarco se separaron de Pablo para instalarse en compañía de los hermanos del ideal, hasta poder fijar su posición.

El centurión de Cesarea encontró en el Cuartel de la Via Nornentana altos funcionarios que pudieran atenderlo con referencia al asunto que lo trajo a la capital del Imperio, pero hizo cuestión de esperar al General Burrus, amigo personal del Emperador y conocido por su gran honestidad, a fin de ponerle al tanto de la causa promovida contra el Apóstol.

El general lo atendió con rapidez y se impuso totalmente de la causa del ex rabino, así como también de sus antecedentes personales y de las luchas y sacrificios que lo venían afligiendo. Prometió estudiar el caso con el mayor interés, después de guardar con mucho cuidado los pergaminos remitidos por la Justicia de Cesarea. En presencia del Apóstol, afirmó al centurión que si los documentos probaban la ciudadanía romana del acusado, podría gozar de las ventajas de la “custodia libre”, pudiendo vivir fuera de

la cárcel y siendo acompañado únicamente por un guardia, hasta que la magnanimidad del César decidiera definitivamente su caso.

Pablo fue llevado a la prisión con los demás compañeros, como medida preliminar, hasta completar el estudio de la documentación. Julio lo despidió conmovido y los guardias abrazaron al ex rabino entristecidos y respetuosos. Los altos funcionarios del Cuartel observaron la escena con gran sorpresa. Ningún prisionero había entrado en aquella prisión con semejante demostración de afecto.

Después de una semana, en que se le había permitido el contacto permanente con Lucas, Aristarco y Timoteo, el Apóstol recibió la orden de fijar su residencia cerca de la prisión –privilegio otorgado por sus títulos–, aunque estuviera obligado a permanecer bajo la vigilancia del guardia policial hasta que la causa fuera definitivamente resuelta.

Ayudado por los hermanos de la ciudad, Lucas alquiló un humilde cuarto en la Vía Nomentana, hacia donde fue llevado el valeroso pregonador del Evangelio.

Lejos de amedrentarse por los obstáculos, continuó escribiendo y enviando epístolas consoladoras y sabias a las lejanas comunidades de cristianos. Al segundo día de estar alojado, recomendó a los tres compañeros que trataran de encontrar trabajo para no pesar sobre los hermanos de la comunidad, explicando que él viviría del pan de los encarcelados, como era justo, hasta que el César pudiera atender su causa.

Así fue hecho y diariamente tomaba su ración del calabozo. Entonces, aprovechaba esas horas de convivencia con los encarcelados y víctimas de la maldad humana para pregonar las verdades confortadoras del Reino. La generalidad lo escuchaba como deslumbrados por lo espiritual, radiantes de júbilo por la noticia que no estaban desamparados de la mano del Redentor. Eran criminales de Esquilino, bandidos de las regiones de diversas provincias, malhechores de Suburra, sirvientes ladrones, entregados a la justicia por sus señores para que fueran regenerados y los pobres, perseguidos por el despotismo de la época, que sufrían la terrible influencia de los viciados en la administración.

La palabra de Pablo actuaba como un bálsamo de consuelo. Los prisioneros volvían a tener nuevas esperanzas y muchos se convirtieron al Evangelio, como Onésimo, el esclavo regenerado, que pasó a la historia del Cristianismo en la cariñosa epístola a Filemón.

Al tercer día de la nueva situación, Pablo llamó a los amigos para resolver determinados hechos que juzgaba eran indispensables. Recomendó que se tratara de tomar contacto y un buen entendimiento con los israelitas. Necesitaba transmitirles las claridades de la Buena Nueva. Mientras tanto, le era imposible realizar una visita a la sinagoga. Sin paralizar los impulsos dinámicos de su vigorosa mentalidad, pidió a Lucas convocara a las autoridades del judaísmo en la capital del Imperio para presentarles una exposición de principios que suponía era muy conveniente.

Esa misma tarde, un apreciable número de ancianos de Israel se hicieron presentes en su cuarto de hospedaje.

Pablo de Tarso expuso las noticias del Reino de Dios, aclaró su posición e hizo referencia a las preciosidades del Evangelio. Los oyentes se mostraron algo interesados, pero eran ociosos por tradición, terminando por tomar actitudes de reserva y bastantes dudas sobre lo escuchado.

Cuando terminó la entusiasta exposición, el rabí Menandro exclamó en nombre de los demás:

–Vuestra palabra merece nuestra mayor consideración, mientras tanto, es necesario comprender que no hemos recibido ningún mensaje de Judea al respecto. Personalmente tenemos algún conocimiento sobre ese Jesús al que hacéis referencia con ternura y devoción. Sin embargo, en Roma se habla de su persona como si fuera un revolucionario y criminal que mereció el suplicio, reservado a los malhechores y ladrones, en Jerusalén. Su doctrina es contraria a la esencia de la Ley de Moisés. No obstante, deseamos escucharos con calma y sinceridad sobre el nuevo profeta. Por otra parte, es justo que no seamos nosotros los únicos en escuchar vuestras noticias. Sería conveniente que vuestros conceptos fueran dirigidos a la mayoría de nuestros hermanos para que el juzgamiento parcial no perjudique los intereses del conjunto.

Pablo percibió la sutileza de la observación y pidió que señalaran el día de la pregonación para una asamblea mayor, cosa que agradó a la mayoría de los ancianos.

Al llegar el día fijado, una gran cantidad de israelitas trataba de introducirse en el humilde cuarto del Apóstol, donde había instalado su tienda de trabajos evangélicos. Pregonó la lección de la Buena Nueva y explicó pacientemente la misión de Jesús desde la mañana hasta la tarde de ese día.

Algunos pocos hermanos de raza parecían comprender las nuevas enseñanzas, mientras que la mayoría interrumpían con interpelaciones ruidosas y polémicas estériles. El Apóstol recordó el tiempo de sus viajes, viendo allí la repetición exacta de lo sucedido en las sinagogas asiáticas, donde los judíos razonaban a los gritos, lo que nada tenía de conciliador.

Se avecinaba la noche y las discusiones proseguían acaloradamente. Pablo observó que los rabinos hicieron una pausa, como si fuera para tomar nuevo aliento; entonces, Lucas aprovechó la circunstancia y le musitó confidencialmente a Pablo:

–Veo con qué fuerzas de espíritu tratas de vencer al espíritu del judaísmo...

–Sí, el ver la rebeldía voluntaria, entristece al corazón; sin embargo, la experiencia del mundo me ha enseñado a discernir, de alguna forma, la posición espiritual de cada persona. Existen dos clases de hombres para quienes se hace más difícil el contacto renovador del Evangelio de Jesús. La primera es la que vi en Atenas y está formada por los hombres envenenados por la prejuiciosa ciencia de la tierra; hombres que se cristalizan en una superioridad imaginaria y que presumen de sí mismos. Estos son, a mi forma de ver, los más infelices. La segunda es la que conocemos en los judíos recalcitrantes, que poseyendo un precioso patrimonio del pasado, no comprenden la fe sin luchas religiosas y se petrifican en el orgullo de la raza y perseveran en la falsa interpretación de Dios. De tales cosas, entendemos mejor la palabra del Cristo que clasificó a los simples y pacíficos de la tierra como criaturas bienaventuradas. Pocos gentiles cultos y raros judíos creyentes en la Antigua Ley, están preparados para la bendita escuela de la perfección con el Divino Maestro.

Lucas pasó a considerar el sabio concepto del Apóstol, pero en ese momento las discusiones irritantes de los israelitas parecía que terminarían en una verdadera riña corporal. El ex rabino, deseoso de que imperara la paz, subió nuevamente a la tribuna y exclamo:

–Hermanos, evitemos las luchas estériles y escuchemos la voz de nuestra conciencia. Continúad examinando la Ley de los Profetas, en donde encontraréis la promesa del Mesías, que ya vino y estuvo entre nosotros... Desde Moisés, todos los Mentores de Israel hacen referencia al Maestro con carácter de fuego... Nosotros somos los culpables de nuestra ceguera espiritual. Invocando las discusiones violentas que hace pocos instantes sostuvisteis, me hace recordar la lección de Isaías cuando declara que mu-

chos verían sin entender y escucharían sin comprender. Son los espíritus endurecidos que acentuando sus propias enfermedades terminan en desesperadas luchas, para que después Jesús recién pueda convertirlos y curarlos con el bálsamo de su infinito amor. Mientras tanto, podéis estar convencidos que estos mensajes serán auspiciosamente recibidos por los gentiles simples e infelices que, en verdad, son los bienaventurados de Dios.

La declaración franca y vehemente del Apóstol cayó en medio de la asamblea como un rayo, imponiendo absoluto silencio. Un viejito, sin atender a ninguno de los presentes, se acercó resueltamente a Pablo y le dijo:

—Reconozco el exacto sentido de vuestras palabras, pero desearía pedir que este Evangelio sea regularmente enseñado a nuestra gente de raza. Existen seguidores de Moisés bien intencionados, que pueden aprovechar las enseñanzas de Jesús y enriquecer sus espíritus con esos valores eternos.

El llamado cariñoso y sincero era anunciado con un tono conmovedor. Pablo abrazó al simpatizante de la nueva doctrina profundamente sensibilizado y agregó:

—Este cuarto humilde también es vuestro. Venid a conocer el pensamiento del Cristo siempre que lo deseéis. Podéis copiar todas las anotaciones que poseo.

—¿Y no enseñáis en la sinagoga?

—Por el momento, en mi condición de preso, no podré hacerlo, pero he de escribir una carta a mis hermanos de buena voluntad.

Poco tiempo después, la compacta asamblea se disolvía bajo las sombras de la noche.

Desde ese entonces y cada día, aprovechando las últimas horas de la tarde, los compañeros de Pablo vieron cómo escribía un documento, al cual dedicaba muchísima atención. Muchas veces era observado que escribía en medio de lágrimas, como si deseara hacer del mensaje un depósito de santas inspiraciones. A los dos meses entregó el mensaje a Aristarco, pidiéndole que lo copiara y agregó:

—Esta es mi epístola a los hebreos. Pedí que la copies para reproducirla, ya que tiene toda mi dedicación a los hermanos de raza y traté de llegarles con todo mi corazón.

El amigo comprendió el interés que Pablo depositó en el escrito y antes de copiarlo destacó el estilo especial que tenían sus grandiosas y sublimes ideas.

Pablo continuó trabajando sin descanso para beneficio de todos. La situación como prisionero era confortable y cómoda. Se había hecho comprender por los guardias, que en todo momento le expresaban su aprecio por el esfuerzo que realizaba. A unos le había aliviado el corazón con las alegrías de la Buena Nueva; a otros los había curado de sus molestias crónicas y dolorosas. Frecuentemente el beneficio trascendía al interesado, porque los legionarios romanos le traían a sus familiares y amigos para beneficiarlos con su contacto, realizado en nombre de Dios. Al tercer día dejó de estar encadenado, porque los soldados creían oportuno no someterlo a esa molestia, quedando sólo de guardia junto a la puerta como si fueran amigos. Algunas veces, esos mismos guardias lo llevaban a pasear por la ciudad, especialmente a lo largo de la Vía Apia, que se había vuelto el lugar de su predilección.

Sensibilizado, el Apóstol agradecía esas pruebas de condescendencia.

Los beneficios que le reportaba su forma de vida, cada día se hacían más evidentes. Impresionados con sus oratorias educativas y con la atención que dedicaba, hacía que muchos legionarios, antes reacios y negligentes, se transformaran en elementos útiles para la administración de la sociedad. Los guardias comenzaron a disputarse el servicio de guardia junto a Pablo, lo que hacía más confortable el trabajo de las prédicas y atenciones a los necesitados.

Visitado constantemente por hermanos y emisarios de sus queridas iglesias de Macedonia y de Asia, proseguía desdoblado energías en la tarea amorosa de asistencia para los colaboradores lejanos mediante inspiradas cartas.

Habían pasado casi dos años que su recurso al César había quedado olvidado en las mesas de trabajo de algunos jueces displicentes, cuando sobrevino un acontecimiento de suma importancia. Cierta día, un legionario amigo llevó al convertido de Damasco a un hombre de características musculosas y enérgicas, que aparentaba tener unos cuarenta años de edad. Se trataba de Acacio Domicio, personalidad de gran influencia política, que hacía tiempo le atacó una ceguera en misteriosas circunstancias.

Pablo de Tarso lo recibió con bondad y después de imponerle las manos, le habló sobre lo que Jesús deseaba de todos aquellos que aprovechaban mansamente de sus servicios:

–Hermano, ahora te invito a que vuelvas a ver, en nombre del Señor Jesús Cristo.

–¡Veo! ¡Veo! –gritó el romano lleno de alegría, y luego de un movimiento instintivo, se arrodilló junto al Apóstol y murmuró:

–¡Vuestro Dios es verdadero!...

Profundamente reconocido a Jesús, el Apóstol le dio el brazo para que se levantara, y allí mismo, Domicio trató de conocer el contenido espiritual de la nueva doctrina, para reformarse y cambiar de vida. Con sumo interés anotó las informaciones con relación al proceso que estaba pendiente y agregó antes de despedirse:

–¡Dios me ayudará para que pueda retribuirlos el bien que me hicisteis! En lo que respecta a vuestra situación, no tengáis la menor de las dudas que la próxima semana tendremos resuelto el problema con la absolución por parte del César.

Transcurridos los primeros cuatro días, el servidor del Evangelio fue llamado a declarar. De acuerdo a las órdenes legales, compareció solo ante los jueces, respondiendo con admirable presencia de espíritu a las preguntas formuladas. Los magistrados patricios comprobaron la inconsistencia del libelo y la infantilidad de los argumentos presentados por el Sanedrín, fuera de la intervención presentada por Acacio a favor de Pablo, lo que dio por resultado que se instruyó el proceso con el mayor beneplácito, para que siguiera definitivamente para el veredicto final del Emperador.

El gran amigo de Pablo se regocijó con la victoria inicial, convencido de su pronta liberación. Sin pérdida de tiempo, puso al tanto del asunto a sus mejores amistades, entre ellas a Popea Sabina, consiguiendo finalmente la absolución Imperial.

Pablo de Tarso recibió la noticia con votos de reconocimiento a Jesús. Más que él mismo, los amigos se alegraron y celebraron el acontecimiento con actos memorables.

El convertido de Damasco no vio en el hecho un regocijo personal, sino que ahora podría intensificar la difusión del Evangelio de Jesús.

Durante un mes, al comienzo del año 63, visitó las comunidades cristianas de los barrios de la capital del imperio. Su presencia era disputada por los círculos de estudiosos, que lo recibían en medio de cariñosas manifestaciones por causa de su amor y autoridad moral. Organizó planes de trabajo

para todas las iglesias que funcionaban en la ciudad y después de innumerables prédicas en las silenciosas catacumbas, el incansable trabajador resolvió partir hacia España. En vano intervinieron sus colaboradores, rogándole que desistiera. Nada lo hizo retroceder. Hacía mucho tiempo que tenía la idea de visitar el extremo de Occidente y, si fuera posible, desearía morir convencido de haber llevado el Evangelio a los confines del mundo.

EL ENCUENTRO CON EL MAESTRO

El día anterior de su partida en busca de la gentilidad española, recibe una carta conmovedora de Simón Pedro. El ex pescador de Cafarnaúm le escribía de Corinto, avisándole de su llegada a la ciudad imperial. La carta era afectuosa y enternecedora, llena de confidencias amargas y tristes. Pedro confiaba al amigo sus últimas desilusiones acaecidas en Asia y tenía sumo interés por lo que le sucediera a su persona en Roma. Ignorando que el ex rabino había sido devuelto a la libertad, trataba de confortarlo fraternalmente. También Simón había planeado dejar su lugar de trabajo para llegar a Roma y ayudar a Pablo. En ese íntimo documento, rogaba que aprovechara al portador para comunicarle a los hermanos romanos que intentaba permanecer algún tiempo entre ellos.

El convertido de Damasco leyó y releyó la carta, altamente sensibilizado.

Por el emisario, hermano de la iglesia de Corinto, fue avisado que el venerado Apóstol de Jerusalén llegaría al puerto de Ostia dentro de diez días aproximadamente.

No dudó un solo momento. Echó mano a todos los medios a su alcance, previno a los amigos y preparó una modesta casa, donde Pedro pudiera alojarse con la familia. Creó el mejor ambiente para la recepción del respetable compañero. Valiéndose del argumento de su próximo viaje a España, no aceptaba de la ayuda de los amigos, indicándoles, ahora, de la necesidad de asistir a Simón para que no le faltase nada.

Transportó cuanto tenía en objetos de uso doméstico hasta la Puerta Lavernal donde estaba la casa destinada a Simón, cerca del cementerio de los israelitas en la Vía Apia. Ese ejemplo de cooperación fue muy apreciado por los hermanos lugareños. Los más humildes hicieron cuestión de poner en manos del Apóstol sus pocos recursos debido a que Pedro se suponía carecería de lo necesario.

Informado de que la embarcación iba a entrar en el puerto, el ex rabino se trasladó apresuradamente hacia Ostia. Lucas y Timoteo, siempre en su

compañía, junto con otros devotos cooperadores, lo ayudaban a cada inconveniente que se presentaba en el camino, brindándole el brazo amigo.

No fue posible organizar una recepción más ostensiva. La sorda persecución a los adeptos del Nazareno apretaba el cerco por todos lados. Los últimos y honestos consejeros del Emperador iban desapareciendo. Roma estaba asombrada con la enormidad de crímenes que sucedían a diario. Notables figuras del patriciado y del pueblo eran víctimas de crueles atentados. Una atmósfera de terror dominaba las actividades políticas, y en el cúmulo de esas calamidades los cristianos eran castigados cruelmente debido a la hostilidad de aquellos que se acomodaban a los viejos dioses y se entregaban a los placeres fáciles y disolutos. Los seguidores de Jesús eran acusados y responsabilizados por cualquier dificultad que se presentara. Si caía una fuerte tempestad, se debía al fenómeno provocado por los adeptos de la nueva doctrina. Si el invierno era más riguroso que el anterior, la acusación pesaba sobre ellos; por lo tanto, nadie como los discípulos del crucificado había despreciado tanto los santuarios de la antigua creencia, que promovían sacrificios en nombre de sus dioses tutelares. A partir del reinado de Claudio se propagaron leyendas injuriosas contra las prácticas cristianas. La fantasía del pueblo, ávido por las distribuciones de trigo en las grandes fiestas del circo, imaginaba situaciones inexistentes, generando conceptos absurdos y extravagantes con relación a los creyentes del Evangelio. Por esa causa, desde el año 58 los cristianos eran llevados al circo como esclavos revolucionarios o rebeldes, que deberían desaparecer para no propagar sus ideas. Los romanos más o menos ilustres, por su nombre o situación financiera, que simpatizaban con la doctrina del Cristo, continuaron indemnes de los vejámenes públicos, mas los pobres, trabajadores e hijos del pueblo, eran llevados al martirio por centenares. Siendo así, los amigos del Evangelio no prepararon ningún homenaje público a la llegada de Simón Pedro. Al contrario, trataron de darle un tono de carácter íntimo, para no despertar sospechas ni represalias de los esbirros que dominaban la situación.

Pablo de Tarso extendió los brazos al viejo amigo de Jerusalén, lleno de alegría. Simón había traído consigo a su esposa e hijos, además de Juan. Su palabra traía nuevas novedades para el Apóstol de los gentiles. En pocos minutos estaba sabiendo de la muerte de Tiago y de las nuevas torturas infligidas por el Sanedrín a la iglesia de Jerusalén. El viejo pescador contaba

las últimas peripecias de su suerte con bastante buen humor. Comentaba de los testimonios pasados con una sonrisa en los labios e intercalaba algunas narraciones de loas a Dios. Después de comentar las continuas luchas que había afrontado en sus muchas peregrinaciones, particularmente contaba al ex rabino que se había refugiado en Efeso, por algunos días, junto a Juan, siendo acompañado por el hijo de Zebedeo hasta Corinto, donde resolvieron tomar la capital del Imperio. Pablo, a su vez, relató las tareas recibidas por Jesús en los últimos años, y a simple vista se veía el optimismo y el valor que esos hombres, estimulados por un hálito divino, se dedicaban al mesianismo amoroso del Maestro, así como también comentaban las desilusiones y los dolores recibidos, como laureles que remarcaban sus vidas.

Después de la inmensa alegría del reencuentro, el grupo se encaminó directamente para la casita reservada para Simón Pedro y su familia.

El ex pescador, sintiéndose vivamente impresionado por tamaña recepción, no encontraba palabras para expresar aquello que le corría por su alma. Como Pablo cuando llegó a Pouzzoles, tenía la impresión de estar en un mundo diferente.

Con su llegada recrudecieron los servicios apostólicos, pero el pregonador de los gentiles no abandonó la idea de ir a España. Alegando que Pedro lo sustituiría con ciertas ventajas, planeó embarcar en la fecha programada en un pequeño navío. De nada valieron las amistosas protestas, ni aun la insistencia de Pedro para que por lo menos aplazara por un tiempo el viaje. Acompañado de Lucas, Timoteo y Demas, el viejo abogado de los gentiles partió al amanecer de un lindo día, lleno de maravillosos proyectos.

La misión visitó parte de las Galias, dirigiéndose luego al territorio español, demorando más tiempo en la región de Tortosa. Por todas partes la palabra y efectos del apostolado ganaban nuevos corazones para el Cristo, multiplicando los servicios del Evangelio y renovando las esperanzas populares a la luz del Reino de Dios.

En Roma la situación se tornaba cada vez más grave. Con la perversidad de Tigelino al frente de la Prefectura de los Pretorianos, se acentuó el terror entre los discípulos de Jesús. Faltaba únicamente un edicto donde los simpatizantes romanos a la causa del Evangelio fueran condenados públicamente, porque los apresados de otros pueblos y los del lugar llenaban las prisiones.

Simón Pedro, como figura sobresaliente del movimiento, no tenía descanso. No obstante la fatiga, propia de su edad, trataba de atender a las necesidades emergentes. Su poderoso espíritu se sobreponía a las vicisitudes y desempeñaba los mínimos deberes con máxima devoción por causa de la edad. Asistía a los enfermos, pregonaba en las catacumbas, recorría grandes distancias, siempre animoso y bien dispuesto. Los cristianos del mundo entero jamás podrían olvidar aquella falange de abnegados que los precedió en los primeros testimonios de fe, afrontando situaciones dolorosas e injustas, regando con sangre y lágrimas la sementera del Cristo y confortando a los mártires en las horas más negras de la historia del Evangelio, en medio de los espectáculos hediondos del circo, por medio de las preces de ayuda al necesitado ante la muerte.

Tigelino, gran enemigo de los prosélitos del Nazareno, trataba de agravar la situación por todos los medios a su alcance, influyendo con su autoridad odiosa y perversa.

El hijo de Zebedeo se preparaba para regresar a Asia, cuando un grupo de esbirros de los perseguidores lo atraparon en medio de una pregonación cariñosa e inspirada, en donde se estaba despidiendo de sus hermanos romanos, a la vez que los exhortaba para mantenerse fieles a los dictados del Cristo Jesús. A pesar de las explicaciones expuestas, Juan fue preso y golpeado impiadosamente. Y como él, decenas de hermanos fueron encerrados en las cárceles inmundas de Esquilino.

Pedro recibió la noticia con sorpresivo dolor. Conocía la extensión de los trabajos que le esperaban al compañero en Asia y rogó al Señor que no lo abandonara, para que tuviera una absolución justa. ¿Cómo proceder en tan difíciles momentos? ¿Recurrir a las prestigiosas relaciones que sus amigos de la ciudad siempre le habían ofrecido? Sin embargo, no desconocía que en lo tocante a la política y sus influenciados era hartamente difícil sacar provecho a favor de un cristiano. Los cristianos de cierta posición financiera no osaban enfrentar la onda avasalladora de la persecución y la tiranía. El antiguo jefe de la iglesia de Jerusalén no se desanimó. Necesitaba liberar a su amigo y concurrió con todo su buen ánimo y energías hasta la esfera de sus posibilidades. Comprendiendo la timidez que tenían los cristianos romanos simpatizantes del Cristo, buscó reunir en una rápida asamblea a los íntimos amigos para examinar el caso.

En medio de los debates, alguien se acordó de Pablo. El Apóstol de los gentiles disponía en la capital del Imperio de un gran número de amigos

eminentes. En el caso de su absolución, las providencias habían partido del círculo dilecto de Popea Sabina. Muchos militares colaboradores de Afranius Burrus eran sus admiradores. Acácio Domicio, que disponía de valiosos recursos junto a los pretorianos, era su amigo incondicional. Nadie mejor que el ex doctor de Jerusalén para ayudar en la difícil situación de salvar al prisionero. ¿No era razonable pedir su ayuda? Comentábase el carácter urgente de la medida, debido a que numerosos cristianos morían cada día en la prisión de Esquilino, víctimas de las quemaduras provocadas por el aceite hirviendo. Tigelino y algunos compinches de la administración se distraían aplicando suplicios a las víctimas. El aceite era arrojado a los infelices que estaban encadenados a los postes del martirio. Otras veces, los prisioneros maniatados eran sumergidos en grandes barriles de agua hirviendo. El Prefecto de los Pretorianos exigía que los correligionarios asistieran al suplicio, para escarmiento general. Los encarcelados acompañaban las tristes operaciones, bañados en silencioso llanto, ante tanto dolor. Comprobada la muerte de la víctima, un soldado se encargaba de arrojar las vísceras a los hambrientos peces que llenaban los tanques de la siniestra prisión. Dado la situación general, que era apabullante, ¿podría contarse con la intervención de Pablo? España quedaba muy lejos. También era posible que su llegada no fuera aprovechada para el caso personal de Juan. Por lo tanto, Pedro consideró la oportunidad del recurso y advirtió que seguirían trabajando a favor del hijo de Zebedeo. Nada impedía que se recurriera al prestigio de Pablo mismo porque cada día las cosas empeoraban. Aquel año 64 comenzó con terribles perspectivas. No se podía prescindir de un hombre enérgico y fuerte al frente de la causa como era Juan.

Tomada la resolución por el viejo Apóstol de Jerusalén, la asamblea concordó que se enviara a un dedicado colaborador de Pablo en Roma hacia España con urgencia. Ese emisario era Crescencio, que salió de Ostia con gran ansiedad, llevando la misiva de Simón.

El Apóstol de los gentiles, después de mucho peregrinar, se había detenido en Tortosa, donde había conseguido reunir un gran número de colaboradores dedicados a Jesús. Sus actividades apostólicas sólo tenían pausa por causa de su cansancio físico. El movimiento de las epístolas había disminuido, pero no se interrumpieron. Atendiendo la necesidad de las iglesias de Oriente, Timoteo había salido de España para Asia, cargado de cartas y recomendaciones del Apóstol. Alrededor de Pablo se agruparon nuevos y

diligentes amigos. En todos los lugares Pablo enseñaba el trabajo y la renuncia, la paz de la conciencia y el culto al bien.

Cuando planeaba nuevos viajes en compañía de Lucas, aparece en Tortosa el mensajero de Simón.

El ex rabino lee la carta y resuelve regresar a la ciudad imperial inmediatamente. A través de las afectuosas líneas del viejo amigo, entrevió la gravedad de los acontecimientos. Además, era necesario que Juan regresara a Asia. No ignoraba la beneficiosa influencia que él ejercía en Jerusalén. En Efeso, donde la iglesia se componía de elementos judaicos y gentiles, el hijo de Zebedeo fue un personaje noble y ejemplar, indemne al espíritu sectarista. Pablo rápidamente pasó revista a las necesidades del servicio evangélico entre las comunidades orientales y concluyó por la urgencia del regreso de Juan, tratando de intervenir en el caso lo más rápido posible.

Como otras tantas veces, de nada sirvieron las consideraciones de los amigos en lo tocante al problema de su salud. El hombre enérgico y decidido, a pesar de sus blancos cabellos, mantenía el mismo y resuelto ánimo que lo había caracterizado en su lejana juventud. Favorecido por el gran movimiento de barcos a principios de mayo del año 64, no le fue difícil retornar al puerto de Ostia.

Simón Pedro lo recibió con inefable alegría. En pocas horas el convertido de Damasco conocía la intolerable situación creada en Roma por la acción delictuosa de Tigelino. Juan continuaba encarcelado, a pesar de los recursos presentados a los tribunales. El antiguo pescador de Cafarnaúm, en significativas confidencias, le puso al tanto a Pablo que su corazón le anunciaba nuevos y cruciales dolores por causa de los testimonios. Un sueño profético le había anunciado nuevas persecuciones y terribles pruebas. Una de las últimas noches, había contemplado una premonitoria escena, donde una cruz de grandes proporciones parecía envolver con su sombra a toda la familia de los discípulos del Señor. Pablo lo escuchó con gran interés, manifestándose totalmente de acuerdo con sus presentimientos. A pesar de los horizontes cargados, planearon conjuntamente para liberar al hijo de Zebedeo.

Corría el mes de junio.

El ex rabino se desdobló en intensas actividades y trató de ubicar a Acacio Domicio, solicitándole su intervención y capacidad en el asunto de Juan. Hizo más, considerando que las lentas gestiones pudieran redundar en

un fracaso, trató de entrevistarse con algunos eminentes personajes de la Corte Imperial, llegando a la presencia de la misma Popea Sabina a fin de pedirle por su gran amigo el hijo de Zebedeo. La célebre favorita le escuchó con enorme sorpresa. Aquellas revelaciones sobre una vida eterna, aquella concepción de la Divinidad la asustaron. Aunque era una enemiga declarada de los cristianos, dada la simpatía que sentía por el judaísmo, Popea se impresionó por la figura ascética del Apóstol y con sus argumentos reforzó el pedido. Sin ocultar su admiración prometió atenderlo, señalando, desde luego, las providencias inmediatas a tomar.

Pablo se retiró esperanzado de la absolución del compañero, porque Sabina le prometió que lo haría liberar dentro de tres días.

Regresó a la comunidad, dio conocimiento a los hermanos de la entrevista que tuvo con la favorita de Nerón, pero terminada la exposición notó, algo sorprendido, que algunos de sus compañeros reprobaban la iniciativa. Pidió que le aclararan y justificaran las dudas que hubiera. Surgieron francas consideraciones que con toda calma recibió. Se alegaba que no era correcto dirigirse a una cortesana disoluta para solicitar un favor. Semejante proceder no era correcto que lo hicieran los seguidores del Cristo. Popea era una mujer notoriamente disoluta y era normal verla en los banquetes, en las orgías palaciegas, provocando lujuria escandalosa. ¿Sería razonable pedirle protección para los discípulos de Jesús?

Pablo aceptó las justificadas argumentaciones con beatífica paciencia y objetó sensatamente:

—Respeto vuestra opinión, pero antes de todo, considero necesario liberar a Juan. Si fuera yo el prisionero no habría que juzgar el caso con tanta urgencia. Estoy viejo y vencido, por lo tanto, sería mucho mejor meditar en la misericordia del Maestro Jesús en el mismo lugar de la prisión. Pero Juan es relativamente joven, fuerte y lleno de dedicación, y el Cristianismo de Asia no puede dispensar de sus actividades constructivas, hasta que otros trabajadores sean llamados a la siembra divina. Con referencia a vuestras dudas, cúpleme aducir un argumento que requiere estudio. ¿Por qué consideráis inapropiado lo solicitado a Popea? ¿Tendría la misma idea si me dirigiera a Tigelino o al mismo Emperador? Acaso, ¿no son víctimas de la misma prostitución que estigmatiza a las favoritas de su corte? Si combinara con un militar embriagado del palacio las medidas necesarias para liberar al prisionero tal vez aplaudierais mi gesto sin observación alguna. Her-

manos, es indispensable comprender que la caída moral de la mujer casi siempre viene de la prostitución del hombre. Conuerdo en que Popea no es la figura más conveniente en virtud de sus placeres licenciosos, sin embargo, las circunstancias indican que debemos liberar al amigo y discípulo del Señor. Por otra parte, es bueno que sepáis que he procedido recordando la exhortación del Maestro, en la que recomienda al hombre granjear amigos con las riquezas de la iniquidad¹. Considero que cualquier relación con los habitantes o autoridades del palacio Imperial constituyen la misma falta, según lo veis vosotros, pero siempre es útil accionar a los que permanecen “muertos” en el pecado para que realicen algún acto de caridad y fe, por donde comienzan a desligarse los lazos con el pasado delictuoso.

La aclaración del Apóstol reintegró la calma de los prejuiciosos amigos de la cristiandad. En pocas palabras, Pablo hizo ver a sus compañeros trascendentales conclusiones de orden espiritual.

La promesa no falló. A los tres días el hijo de Zebedeo era puesto en libertad. Juan estaba abatidísimo. Los malos tratos, la contemplación de los cuadros sangrientos de la cárcel, la expectación angustiosa le habían aplastado el espíritu.

Pedro se alegraba, pero el ex rabino, atento a la tensión imperante en el ambiente, sugirió el pronto regreso del Apóstol galileo para Asia. La iglesia de Efeso lo esperaba. Jerusalén debía contar con su colaboración. Juan no tuvo tiempo para hacer muchas consideraciones, porque Pablo, como si estuviera poseído por amargos presentimientos, fue al puerto de Ostia para preparar su embarque, aprovechando el navío napolitano que se dirigía a Mileto. Tomado de improviso por las providencias e imposibilitado para resistir la resolución tomada por el ex rabino, Juan embarcó casi a fin de junio del año 64, mientras los amigos permanecían en Roma para proseguir la batalla en pro del Evangelio.

Cuanto más sombríos eran los horizontes, más cohesivo se hacía el grupo de los hermanos de la fe en Cristo Jesús. Se multiplicaban las reuniones en los cementerios distantes y abandonados. En aquellos días de sufrimientos, las pregonaciones parecían más hermosas.

Pablo de Tarso y los cooperadores se desdoblaban en servicios espirituales, cuando la ciudad fue sacudida por un asombroso hecho. En la mañana

¹ Lucas 16-9 (Nota de Emmanuel).

del día 16 de julio del año 64 irrumpió un gran incendio en las proximidades del gran circo, abarcando toda la región del barrio localizado entre Celio y el Palacio. El fuego comenzó en los grandes almacenes que estaban llenos de material inflamable y se propagó con rapidez asombrosa. En vano fueron convocados los trabajadores y hombres del pueblo para atenuar la violencia de las llamas, en vano la turba numerosa y compacta puso en marcha recursos para aliviar la situación. Las llamas avanzaban siempre, quemando todo lo que encontraban a su paso, dejando escombros y ruinas. Roma entera acudía a ver el siniestro espectáculo. El fuego, con prodigiosa rapidez, dio vuelta al palacio y alcanzó el Velabro. El primer día se terminó con angustiosas perspectivas. El firmamento se cubría de espeso humo e iluminaba gran parte de las colinas por la claridad de las llamas. Las elegantes construcciones del Aventino y de Celio parecían árboles secos arrasados fácilmente. Se acentuó la desolación de las víctimas de la enorme catástrofe. Todo ardía en los alrededores del Forum. Comenzó el éxodo con enormes dificultades. Las puertas de la ciudad estaban congestionadas por causa de las personas aterradas. Animales despavoridos corrían a lo largo de la vía pública, como si fueran acosados por perseguidores invisibles. Casas antiguas, de sólida construcción, caían con siniestro estruendo. Los habitantes de Roma trataban de alejarse de la Zona incendiada. Ninguno se atrevió a tratar de apagar la hoguera indómita. El segundo día presentaba el mismo espectáculo. La gente desistió de querer salvar cualquier cosa, sólo se contentaban con poder enterrar a los muertos que iban apareciendo una vez pasadas las llamas. Decenas de personas recorrían las calles con horrible gesto en sus rostros, la locura se generalizaba. Camillas improvisadas llevaban heridos sin destino cierto. Largas procesiones invadían los santuarios para salvar las imágenes de los dioses. Millares de mujeres acompañaban a las inertes figuras de los dioses tutelares, en dolorosa súplica, haciendo votos de penosos sacrificios con voces estentóreas. Hombres piadosos acompañaban a las criaturas alcanzadas por la catástrofe. Toda la zona de acceso a la Vía Apia, en dirección de Alba Longa, estaba llena de desilusionados y delirantes que se quejaban a viva voz de la tragedia. Centenas de madres gritaban por sus hijitos desaparecidos y, de vez en cuando, se tomaban las providencias para ayudar a los que enloquecían. La población entera deseaba abandonar la ciudad al mismo tiempo. La situación se volvía peligrosa. La turba amotinada atacaba las literas de los patricios. Solamente los atrevidos caballeros conseguían atravesar la barrera humana, provocando nuevas blasfemias y lamentaciones.

El fuego había devorado casi la totalidad de los nobles palacetes de las Carinas y continuaba destruyendo los barrios romanos, entre los valles y las colinas, donde la población era más compacta. Durante una semana, día y noche, trabajó el fuego provocando la desolación y ruinas. De las catorce circunscripciones que se dividía la metrópolis imperial, apenas cuatro quedaron en pie. Tres eran un aluvión de escombros humeantes y las otras siete conservaban tan sólo algunos vestigios de los preciosos edificios.

El Emperador estaba en Ancio (Antium) cuando comenzó el incendio, que fue idealizado por él mismo, pues la verdad es que estaba deseoso de edificar una ciudad nueva, con los inmensos recursos financieros que llegaban de las provincias tributarias y proyectó el famoso incendio, venciendo la fuerte oposición del pueblo que no deseaba transferir los santuarios.

Además de esa medida de orden urbanístico, el hijo de Agripina se caracterizaba por su originalidad satánica. Presumiéndose un genial artista, no pasaba de ser un monstruoso histrión, señalando su pasaje por la vía pública con odiosos crímenes. ¿No era interesante presentar al mundo una Roma en llamas? Ningún espectáculo a sus ojos sería tan inolvidable como ése. Después de las cenizas muertas, reedificaría los barrios destruidos. Sería generoso para las víctimas de la catástrofe. Pasaría a la historia del Imperio como un administrador magnánimo y amigo de los sufrientes súbditos.

Sin embargo, no había podido prever la expansión de la asombrosa calamidad. El incendio había tomado proporciones indeseables. Sus consejeros no pudieron presentir la amplitud del desastre. Sacado súbitamente de sus placeres, el Emperador llegó a tiempo para observar el último día del fuego, comprobando la magnitud del siniestro programado por sus criminales ideas. Dirigiéndose a uno de los puntos más elevados contempló el montón de ruinas y avaló la gravedad de la situación. El exterminio de la propiedad particular había alcanzado proporciones inimaginables. No se había podido prever tan dolorosas consecuencias.

Reconociendo la justa indignación del pueblo, Nerón trató de hablar en público, esbozando algunas lágrimas en su gran capacidad de simulación. Prometió ayudar a la restauración de las casas particulares, declaró que compartía el sufrimiento general y que Roma se levantaría nuevamente sobre los escombros humeantes y que sería más imponente y hermosa. La inmensa multitud lo escuchaba atenta a sus mínimos gestos. El Emperador, en su mímica teatral, asumía actitudes conmovedoras. Hizo referencia a los

santuarios perdidos, llorando largamente ante el público. Invocaba la protección de los dioses con cada frase estudiada para producir el efecto deseado. La turba se sentía sensibilizada con la demostración. Jamás el César se había mostrado tan conmovido. No era razonable dudar de sus promesas y observaciones. En determinado instante, su palabra vibró con más patetismo. Se comprometía solemnemente con el pueblo a castigar inexorablemente a los responsables. Buscaría a los incendiarios, vengaría la desgracia romana sin piedad. Rogaba a todos los habitantes de la ciudad que cooperaran con él, tratando de denunciar a los responsables.

En ese ínterin, cuando el verbo imperial se hacía notar más, se notó que la masa popular se agitaba extrañamente. La aplastadora mayoría se hermanaba gritando al unísono:

—¡Cristianos a las fieras! ¡A las fieras!

El hijo de Agripina encontró la solución que buscaba. El, que en vano buscaba en su espíritu superexcitado las nuevas víctimas sus maquinaciones para complimentar al pueblo por causa de sus designios, viendo en la turba excitada la solución y respuesta a sus apreciaciones siniestras dio rienda suelta a sus instintos, ya que conocía perfectamente el odio que el pueblo romano tenía por los discípulos del Nazareno. Los discípulos del Evangelio se mantenían alejados de las costumbres disolutas y brutales de la época. No iban a los circos, se apartaban de los templos paganos, no se prosternaban delante de los ídolos ni aplaudían las tradiciones políticas del Imperio. Además, pregonaban enseñanzas extrañas que parecía dar la idea de que iba a llegar un nuevo reino. El gran histrión del palacio sintió una onda de alegría que le dio brillo a sus ojos miopes y congestionados. La escogida del pueblo romano no podía ser mejor. Los cristianos deberían pasar por criminales ante el hecho. Sobre ellos debería caer la mancha señalada por el pueblo. Cambió una mirada inteligente con Tigelino, como queriendo decir que habían tenido en el acaso la solución que esperaban y luego prometió a las masas enfurecidas que se tomarían las medidas para reprimir los abusos y castigar a los culpables. Finalmente, el incendio sería considerado crimen de lesa majestad y sacrilegio, para que los castigos también fueran excepcionales.

El pueblo aplaudía frenéticamente, gozando por anticipado de las sensaciones que les brindaría el circo con los cánticos de los martirizados y el rugido de las fieras hambrientas.

La maniobra terminó con la acusación formal sobre los discípulos de Jesús, como si fuera una causa más a las tantas imputadas.

Las primeras prisiones se llevaron a cabo como si fueran un flagelo maldito. Numerosas familias se refugiaron en los cementerios y en los alrededores de la ciudad media destruida, recelosas de los implacables verdugos. Se llevaba a cabo toda especie de abusos. Indefensas jóvenes eran entregadas en las cárceles al instinto feroz de la soldadesca. Respetables ancianos eran conducidos al presidio encadenados y a fuerza de golpes para que caminaran aceleradamente. Los hijos eran arrebatados de los brazos de sus madres en medio de gritos conmovedores. Tremenda y destructora onda cayó sobre los seguidores del Crucificado, que se sometían a la injusticia con los ojos elevados al cielo.

De nada valió a Nerón las ponderaciones de los ilustres patricios, que aún sostenían el procedimiento de prudencia y honestidad. Cuando se acercaban a la máxima autoridad del Emperador con valiosas y justas exposiciones a favor de los perseguidos, eran tomados por sospechosos y agravaban la situación.

El hijo de Agripina y sus colaboradores inmediatos deliberaron y, finalmente, llegaron a la conclusión que debería prepararse el primer espectáculo para festejo del pueblo al comienzo del mes de agosto del año 64, como una positiva demostración de las providencias tomadas por el estado contra los supuestos autores del nefasto atentado. Las víctimas que ingresaran a las cárceles después de esa fecha inicial, serían reservadas para futuros festejos, cuando en la ciudad fueran inauguradas las nuevas construcciones que serían programadas. Para eso, inmediatamente se ordenó la reconstrucción del Gran Circo. Antes de atender las propias necesidades de la Corte, el Emperador deseaba ganarse la simpatía del pueblo ignorante y sufriente programando, a su vez, todo aquello que satisficiera a sus extraños caprichos.

La primera carnicería humana, destinada a distraer el ánimo popular, se llevó a cabo en los inmensos jardines, en la parte que no había sido alcanzada por el siniestro, en medio de orgías indecorosas, donde participaba el pueblo y una gran parte del patriciado. La festividad se prolongó por varios días consecutivos, bajo la claridad esplendente de una gran iluminación y matizada por los acordes de grandes orquestas, que llenaban el aire con melodías enternecedoras. En los lagos artificiales se deslizaban graciosos

barcos, artísticamente iluminados. En medio de ese paisaje, favorecido por las sombras de la noche, que las poderosas antorchas no alcanzaban a iluminar, la corrupción tomaba el máximo auge. Cerca de esas grandes festividades, se encontraban las extensas filas de los condenados. Los cristianos eran entregados al pueblo para el castigo que consideraran más apropiado. Para eso, a intervalos regulares, los presos eran llevados a los grandes jardines donde se encontraban las cruces y toda clase de elementos dispuestos para el castigo. Además, habían sido apostados guardias especiales de soldados, cuya misión era ayudar al pueblo en sus procesos de venganza. En enormes hogueras, preparadas especialmente, se encontraba el agua y el aceite hirviendo, así como también puntiagudos hierros al rojo para ser utilizados por el que lo deseara.

Los gemidos y sollozos de los desgraciados se unificaban irónicamente a las armoniosas notas de los laúdes. Unos expiraban en medio de lágrimas y preces y rodeados por el vociferante pueblo, entregándose estoicamente al martirio, contemplando el cielo estrellado.

El mejor de los lenguajes sería inadecuado para transmitir los tremendos dolores de la grey cristiana en aquellos pavorosos días. No obstante los innarrables tormentos, los fieles seguidores de Jesús demostraban el gran poder de la fe en medio de aquella perversa y decadente sociedad. Cuando eran interrogados en los tribunales, en aquellos trágicos momentos, declaraban abiertamente su confianza en Cristo Jesús, aceptando el sufrimiento con humildad y por amor a su nombre. Aquel heroico acto parecía irritar aún más los ánimos de la multitud animalizada. Se inventaban nuevos géneros de suplicios. La perversidad se demostraba cada día con nuevas formas de sufrimientos. Sin embargo, los cristianos parecían estar poseídos de energías desconocidas que los hacía afrontar con todo valor el campo de batalla sanguinolento. La paciencia era invencible, la fe poderosa y la capacidad moral de resistencia asombraba al más osado. En su mayoría se entregaban al suplicio cantando. Muchas veces, delante de tanto coraje, los improvisados verdugos temieron ante el poderoso y triunfante poder de la muerte.

Terminada la carnicería del mes de agosto con gran entusiasmo popular, continuó la persecución sin tregua, para que no faltara el contingente de víctimas en los periódicos espectáculos, ofrecidos al pueblo en regocijo por la nueva reconstrucción de la ciudad.

Delante de las torturas y carnicerías, el corazón de Pablo de Tarso sangraba de dolor. La insidiosa tormenta de venganza desatada creaba confusión a todos los sectores. Los cristianos de Oriente, en su mayoría, trataban de desertar en medio de la lucha, forzados por imperiosas circunstancias de la vida particular. El viejo Apóstol y Pedro reprobaban esa actitud. A excepción de Lucas, todos los cooperadores directos conocidos en Asia habían regresado. El ex tejedor, haciendo causa común con los desamparados, hizo lo posible para asistirlos directamente. Las iglesias del lugar estaban silenciosas. Cerraron los grandes salones que se habían alquilado en Suburra para pregonar la doctrina. Les quedaba un solo medio a los seguidores del Maestro, que era entrevistarse entre sí y reconfortarse con las oraciones y en medio de lágrimas en las silenciosas catacumbas. Y la verdad, que no eludían ningún sacrificio para concurrir a esos sitios tristes y solitarios. En esos olvidados cementerios encontraban el consuelo fraterno para cuando les llegara el momento trágico. Oraban y comentaban las luminosas lecciones del Maestro y tomaban nuevas fuerzas para exponer los testimonios de fe.

Ayudado por Lucas, Pablo de Tarso enfrentaba el frío de la noche en las sombras espesas de los ásperos caminos. Mientras Simón Pedro atendía los sectores necesitados, Pablo se encaminaba a los antiguos sepulcros, llevando a los hermanos afligidos la inspiración del Maestro Divino, que los revigorizaba con su ardiente alma. Muchas veces las pregonaciones se realizaban en las madrugadas, cuando el gran silencio imperaba en la naturaleza. Centenas de discípulos escuchaban la luminosa palabra del viejo Apóstol de los gentiles, absorbiendo el poderoso influjo de su fe. En esos lugares sagrados, el convertido de Damasco se asociaba a los cánticos que se mezclaban a los dolorosos llantos. El santificado espíritu de Jesús, en esos momentos, parecía estar presente frente a los mártires, infundiéndoles esperanzas divinas.

Habían transcurrido dos meses de la horripilante fiesta y los apresados que llenaban las cárceles aumentaban cada día. Se esperaban las grandes conmemoraciones. Algunos sobrios edificios del Palatino, que habían sido elegantemente reconstruidos, reclamaban homenajes por parte de los poderes públicos. Las obras de reconstrucción del Gran Circo estaban muy adelantadas. Era imprescindible programar festejos dignos para esa fecha. Para ese cometido, las cárceles estaban repletas. No faltaría el elemento princi-

pal para las trágicas escenas. Se proyectaban naumaquias y caza humana en el circo, en cuya arena serían representadas famosas piezas de sabor mitológico.

Los cristianos oraban, sufrían, esperaban.

Cierta noche, Pablo dirigía la palabra a los hermanos, haciendo el comentario sobre el Evangelio de Jesús. Sus conceptos parecían, más que nunca, divinamente inspirados. La brisa de la madrugada penetraba en la mortuoria caverna, que estaba iluminada por algunas mortecinas antorchas. El recinto estaba repleto de mujeres y niños y algunos hombres encapuchados.

Después de la conmovedora pregonación y con los ojos bañados en lágrimas, Pablo de Tarso continuó diciendo:

—Hermanos míos, Dios es más hermoso en los días trágicos. Cuando la sombra se extiende sobre el camino, la luz es más preciosa y pura. En estos días de sufrimientos y muerte, cuando la mentira se sobrepone a la verdad y la virtud es sustituida por el crimen, recordemos el sufrimiento que padeció el Maestro Jesús en el infamante madero. La cruz tiene para nosotros un divino mensaje. No desestimemos el testimonio sagrado, cuando el Maestro, a pesar de ser puro, sólo consiguió de este mundo librar batallas silenciosas y alcanzar sufrimientos atroces. Fortalezcámonos en la idea de que su reino no es de este mundo. Elevemos el espíritu a la esfera de su amor inmortal. La ciudad de los cristianos no se encuentra en la tierra, ella no podría ser la Jerusalén que sacrificó al Divino Enviado, ni la Roma que se complace en derramar la sangre de los mártires. En este mundo estamos enfrentando una cruenta lucha y trabajando por la paz y el triunfo del Señor. No esperemos, por lo tanto, estar tranquilos en los lugares de trabajo y estar exceptuados de los testimonios. Desde la indestructible ciudad de nuestra fe, Jesús nos mira y nos atiende los llamados del corazón. Caminemos a su encuentro en medio de los suplicios y de los tremendos dolores. El fue hacia el Padre desde la cima del Calvario, nosotros le seguiremos los pasos, aceptando con humildad los sufrimientos, que por su amor nos fueran destinados...

El auditorio parecía extasiado escuchando las proféticas palabras del Apóstol. Entre las frías e impasibles lajas, los hermanos en la fe se sentían más unidos. En todas las miradas se veía la seguridad sobre la victoria espiritual. En aquellas expresiones de dolor y esperanza estaba el tácito compromiso de seguir al Crucificado hasta alcanzar su Reino de Luz.

El orador hizo una pausa, dado que estaba dominado por extrañas con-mociones.

En ese inolvidable instante, un numeroso grupo de guardias aparecen en el recinto. El centurión Volumnio, a la cabeza de la patrulla armada, intimaba a los presentes en voz alta, mientras los pacíficos creyentes estaban aterrorizados por la sorpresa.

—¡En nombre del César! —gritaba el centurión, exaltado de alegría. Y ordenaba a los soldados que estrecharan el círculo alrededor de los indefensos cristianos, a la vez que seguía gritando desafortadamente—: ¡Que no escape ninguno! ¡Quien lo intente, muere al instante como un perro!

Pablo, erguido, apoyado en su largo bastón, puesto que Lucas esa noche no estaba presente, demostró su energía moral, exclamando con firmeza:

—¿Quién os dice que huiremos? ¿Ignoráis que los cristianos conocen al Maestro a quien siguen? Sois emisario de un príncipe del mundo, que estos sepulcros esperan, pero nosotros somos trabajadores del Señor, magnánimo e inmortal...

Volumnio lo miró sorprendido. ¿Quién era aquel viejo, lleno de energías y combatividad? A pesar de la admiración que le inspiraba, el centurión manifestó su desagrado con una irónica sonrisa. Midió al ex rabino de lo alto a lo bajo y con un mirar de gran desprecio, agregó:

—Tengan presente lo que dicen y hacen en este lugar...

Y después de echar una carcajada, se dirigió a Pablo con insolencia:

—¿Cómo te atreves a enfrentar a la autoridad de Augusto? De hecho, que debe existir una gran diferencia entre el Emperador y el Crucificado de Jerusalén. ¡No sé dónde está su poder de salvación cuando deja a sus víctimas en el abandono, en el fondo de las cárceles y en los postes del martirio!...

Esas palabras eran remarcadas con una mordaz ironía, pero el Apóstol respondió con la misma nobleza de convicción:

—¡Os engañáis, centurión! ¡Las diferencias son muy apreciables!... Vos obedecéis a un infeliz y odioso perseguidor y nosotros trabajamos por un Salvador que ama y perdona. Los romanos podrán inventar muchísimas crueldades, pero Jesús nunca dejará de alimentar las fuentes de las bendiciones...

La respuesta produjo una gran sensación en el auditorio, Los cristianos parecían haberse calmado un poco y estaban más confiados y los soldados no ocultaban la enorme impresión que les dominaba. El centurión, aunque reconocía el valor de aquel hombre de espíritu varonil, no quería parecer débil ante los ojos de los subalternos y exclamó irritado:

–Vamos, Lucilio, dale tres bastonazos a ese viejo atrevido.

El nombrado avanzó hacia el impassible Apóstol. Ante la admiración silenciosa de los presentes, el bastón zumbó en el aire y golpeó de lleno en la cara del Apóstol, que en nada se inmutó. Los tres golpes fueron rápidos y un hilo de sangre comenzó a correrle por el rostro.

El ex rabino, que se había apoyado en su bastón, se mantenía en pie con cierta dificultad, pero no cedía en el ánimo que lo caracterizaba. Miró a los verdugos con firmeza y sentenció:

–No hacéis más que herirme el cuerpo. Podéis atarme de pies y manos, romperme la cabeza, pero mis convicciones son inalcanzables para vuestros procesos y persecuciones.

Delante de tanta serenidad, Volumnio retrocedió casi aterrado. No podía entender cómo ese viejo tenía tanta energía moral y que se imponía ante sus ojos llenos de asombro. Comenzaba a creer que los cristianos, desprotegidos y anónimos, tenían un poder que su inteligencia no lograba entender. Impresionado con semejante resistencia, organizó apresuradamente las filas de los perseguidos, que humildemente obedecieron sin titubear. El viejo Apóstol formó fila con los prisioneros sin manifestar pesar o rebeldía. Observando atentamente la conducta de los guardias, exclamó:

–¡Exigimos el máximo respeto para las mujeres y niños!... Ninguno trató de responder lo que fuera pronunciado con tono de grave advertencia. El mismo Volumnio parecía obedecer inconscientemente a las amonestaciones de aquel hombre de fe poderosa e invencible.

El grupo marchó en silencio atravesando las calles abiertas, llegando a la prisión Mamertina cuando aparecían en el horizonte los primeros rayos de la aurora.

Los discípulos del Señor fueron dejados en el patio oscuro de la prisión hasta que fueran ubicados individualmente en las divisiones insalubres, aprovechando la oportunidad para intercambiar ideas y consejos, así como también reconfortarse mutuamente.

Pablo de Tarso no descansó y solicitó audiencia al administrador de la prisión, pidiendo especial atención por causa de su título de ciudadano romano, siendo atendido rápidamente. Expuso su doctrina abiertamente, sin rebuscamiento de ninguna especie, impresionando a la autoridad con su verbo agradable y seductor. Pedía que se hicieran presentes varios amigos, entre ellos Acacio Domicio, para dejar el precedente de su conducta y honestos antecedentes. El administrador vacilaba en la resolución a tomar. Tenía órdenes terminantes de poner en la cárcel a todos los cristianos que fueran encontrados en asambleas. Sin embargo, las determinaciones de orden superior, contenían ciertas restricciones para preservar de alguna forma a quienes decidieran cambiar su creencia y prestaran juramento a Júpiter y abjuraran al Cristo Jesús. Examinados los títulos de Pablo y conociendo, a través de sus informes verbales, las prestigiosas relaciones de las que disponía en los círculos romanos, el jefe de la prisión Mamertina resolvió consultar a Acacio Domicio sobre las providencias que el caso aconsejaba.

Llamado al estudio del caso, el amigo del Apóstol se presentó prontamente, tratando de hablar con el prisionero, después de una larga entrevista con el director de la prisión.

Domicio explicó a Pablo que la situación era muy grave, que el Prefecto de los Pretorianos tenía plenos poderes para dirigir la campaña como mejor lo entendiera, que era indispensable toda prudencia y como último recurso quedaba el pedido a la magnanimidad del emperador, delante del cual el Apóstol debería presentarse para defenderse personalmente, siempre que la petición fuera elevada en ese mismo día.

Escuchando esas conclusiones, el ex rabino recordó que una noche, en medio de la tempestad, entre Grecia y la isla de Malta, escuchó la profética voz de un mensajero de Jesús que le anunciaba el comparecimiento delante del César, sin aclarar los motivos del evento. ¿No sería aquel el momento previsto? Millares de hermanos estaban presos, acusados de incendiarios y no habían encontrado una voz firme y segura que intercediera en la causa con capacidad y rapidez. Percibía en Acacio la preocupación por su libertad y detrás de delicadas insinuaciones había una discreta invitación para que ocultara su fe delante del emperador, en la hipótesis de que fuera admitido ante su presencia. Comprendía el recelo del amigo, pero íntimamente deseaba alcanzar la audiencia con Nerón para aclararle los sublimes principios del Cristianismo. Se constituiría en abogado de los hermanos perseguidos.

Afrontaría la tiranía y reclamaría rectificación de sus impiadosos procedimientos. Si fuera nuevamente encarcelado, volvería a la celda con la conciencia limpia de haber cumplido con su deber.

Después de rápida meditación sobre la conveniencia del recurso, que le parecía providencial, insistía ante Domicio que lo patrocinara con los recursos a su alcance.

El amigo del Apóstol multiplicó sus esfuerzos para alcanzar el cometido. Valiéndose del prestigio de los que vivían en condición de subalternos al lado del emperador, consiguió la deseada entrevista para que Pablo se defendiera en el intento directo con la autoridad máxima.

En el día fijado fue conducido por los guardias hasta la presencia de Nerón, quien lo recibió lleno de curiosidad en un amplio salón, donde acostumbraba a reunir a los ociosos favoritos de su Corte criminal y excéntrica. Le interesaba la personalidad del ex rabino. Quería conocer al hombre que movía a gran número de sus íntimos para que le apoyaran el recurso interpuesto. La presencia del Apóstol de los gentiles le causó enorme decepción. ¿Qué valor podía tener aquel viejo insignificante y delgado? Al lado de Tigelino y de otros perversos caballeros, quedó parada la irónica figura de Pablo. Era increíble tamaño interés alrededor de una criatura tan vulgar. Cuando se disponía a reencaminado para la prisión sin querer escuchar su pedido, uno de los favoritos creyó que sería conveniente facilitarle la palabra, para que se viera su poca mentalidad. Nerón, que jamás perdía la ocasión para sustentar sus presunciones artísticas, consideró la propuesta y ordenó al prisionero que hablara a voluntad.

Custodiado por dos guardias, el inspirado pregonador del Evangelio levantó su frente llena de nobleza y miró al César y a los compañeros de su séquito y comenzó a hablar resueltamente:

—Emperador de los romanos, comprendo la grandeza de esta hora en que os hablo, apelando a vuestra autoridad y sentimientos llenos de generosidad y justicia. No me dirijo al hombre falible, a la personalidad humana, sino al administrador que debe ser consciente y justo, como el mayor de los príncipes del mundo y que antes de tomar el cetro y la corona de un Imperio, debe considerarse el magnánimo padre de millones de criaturas...

Las palabras del viejo Apóstol resonaban en el recinto con carácter de gran revelación. El emperador lo miraba admirado y enternecido. Su capri-

choso temperamento era sensible a las referencias personales, donde predominaran las brillantes imágenes. Percibiendo que se imponía al reducido auditorio, el convertido de Damasco prosiguió con más valor:

–Confiado en vuestra indulgencia hice causa para entrevistaros en esta hora inolvidable, a fin de solicitar a vuestro magnánimo corazón, no sólo por mí, sino por millares de hombres, mujeres y niños que padecen en las cárceles o sucumben en los circos del martirio. Hablo aquí en nombre de esa multitud de sufrientes, perseguida con sentido de crueldad por los favoritos de vuestra Corte, que debería estar compuesta por hombres íntegros y humanitarios. ¿Acaso no llegaron a vuestros oídos los lamentos angustiosos de las viudas, de los viejos y de los huérfanos? ¡Oh! Augusto Emperador del trono de Claudio, sabed que una ola de perversidad y crímenes odiosos recorre los barrios de la ciudad imperial, arrancando sollozos dolorosos de vuestros ciudadanos. Al lado de vuestra administración gubernamental se arrastran venenosas víboras que es necesario extirpar, para bien de la tranquilidad y del trabajo honesto de vuestro pueblo. Esos perversos cooperadores desvían vuestros esfuerzos del camino recto y esparcen el terror entre las clases menos favorecidas, amenazando a los débiles. Son los que acusan a los prosélitos de una doctrina llena de amor y redención. No creas en los embustes de sus consejos que resumen, finalmente, pura crueldad. Nadie trabajó tanto como los cristianos para ayudar a las víctimas del gran incendio. Mientras los ilustres patricios huían de la ciudad, los tímidos se refugiaban fuera del alcance del peligro, los discípulos de Jesús recorrían los predios envueltas en llamas, aliviando a las infortunadas víctimas. Algunos inmolaron su vida por el altruismo dignificante. Y por fin, observad a los trabajadores sinceros del Cristo, fueron recompensados con el cargo de los autores del crimen y calumniados por demás. Acaso, ¿no os dolió la conciencia al endosarles tan infames alegatos, seguidos de un juicio imparcial y riguroso? En el fermento de las calumnias, no vi que apareciera una sola voz que os tratara de aclarar la situación. Admito que participáis de tan trágicas ilusiones, porque no creo que desvirtuéis vuestras sabias resoluciones a favor del Imperio. Por eso –Emperador de los romanos– es que reconociendo la grandiosidad del poder que tenéis en vuestras manos, me incumbe levantar mi humilde voz para aclararos la situación. Atended vuestras gloriosas disposiciones a favor de los sanos deberes. No os entreguéis a la saña de los políticos inconscientes y crueles. Recordad que en una vida

más elevada que la presente, os serán pedidas cuentas de vuestra conducta por los actos públicos. No alentéis las esperanzas que vuestro cetro ha de ser eterno. Sois mandatario de un Señor poderoso, que reside en los cielos. Para convencerlos de la singularidad de semejante situación, mirad sólo un instante al brumoso pasado. ¿Dónde están vuestros antecesores? En vuestros fastuosos palacios cobijaron triunfantes guerreros, reyes improvisados, herederos vanidosos de sus tradiciones. Ahora, ¿dónde están? La historia nos cuenta que llegaron al trono con los aplausos delirantes de las multitudes. Tenían soberbia, ostentaban sus magnificencias en los carros del triunfo, decretando la muerte de los enemigos y se adornaban con los laureles, representados por los despojos sangrientos de las víctimas. Sin embargo, bastó un soplo para que cayeran del esplendoroso trono hacia la oscuridad del sepulcro. Unos partieron por causa de las fatales consecuencias de los excesos; otros asesinados por los hijos de la rebelión y el ansia del poder. Recordando semejante situación, no deseo transformar el culto de la vida en el culto de la muerte, pero sí demostrar que la suprema fortuna del hombre es la paz de la conciencia por el deber cumplido. Por todas esas razones, me dirijo a vuestra magnanimidad, no sólo por mí, sino por todos los correligionarios que gimen a la sombra de las cárceles, esperando la orden de muerte.

Observando la larga y elocuente pausa del orador, podía verse la extraña sensación que sus palabras habían causado. Nerón estaba lívido. Tigelino, irritado, trataba de encontrar un recurso para interponerse a las palabras del orador. Las pocas cortesanas presentes no podían ocultar la emoción que les afectaba el sistema nervioso. Los amigos del Prefecto de los Pretorianos estaban indignados, colorados de rabia. Después de escuchar a uno de sus favoritos, el emperador ordenó que el Apóstol guardara silencio hasta que escuchara las primeras deliberaciones.

Todos estaban sorprendidos. ¡No se podía esperar de un viejo delgado y enfermo tamaño poder de persuasión, un atrevimiento que rayaba en la locura, según las nociones del patriciado! Por mucho menos, grandes y probados consejeros de la Corte habían sido exiliados o sentenciados a muerte.

El hijo de Agripina parecía aplastado. No miraba más con insistencia su impertinente esmeralda. Tenía la impresión de haber escuchado siniestros vaticinios. Automáticamente se entregaba a sus gestos característicos, cuan-

do estaba impresionado y nervioso. Las advertencias del Apóstol le habían penetrado en el corazón, sus palabras parecían golpearle los oídos para siempre. Tigelino percibió lo delicado de la situación y se aproximó.

–Divino –exclamó el Prefecto de los Pretorianos en actitud servil y con voz imperceptible–, si quisierais, el atrevido podría morir ahora mismo.

–¡No! ¡No! –retrucó Nerón conmovido–. Este hombre es de los más peligrosos que he encontrado. Ninguno como él osó comentar la presente situación en esos términos. Veo, por detrás de su palabra, muchos casos eminentes, que conjugados podrían hacerme mucho mal.

–Concuerdo –dijo el Jefe de los Pretorianos en voz baja. –Por lo tanto –continuó diciendo el emperador con prudencia–, es necesario parecer magnánimo y sagaz. Le daré el perdón por el momento, recomendando que no se aleje de la ciudad hasta que se aclare totalmente la situación creada por los seguidores del Cristianismo...

Tigelino escuchaba sonriente, mientras el hijo de Agripina terminaba diciendo:

–Le seguirás de cerca y estudiarás hasta los mínimos detalles de sus actuaciones, mantendrás una vigilancia permanente, oculta, y cuando llegue la fiesta de la inauguración por la reconstrucción del Gran Circo, aprovecharemos la oportunidad para enviarlo lejos y lo haremos desaparecer para siempre.

El odioso Prefecto, sonriendo, acentuó:

–Ninguno podría haber resuelto mejor tan intrincado problema.

Terminada la breve conversación, imperceptible para los presentes, Nerón declaró, para enorme sorpresa de los favoritos, conceder al solicitante la libertad que buscaba en su primera defensa, pero se reservaba el acto de la absolución para el futuro, cuando se determinara definitivamente la responsabilidad de los cristianos. De esa forma, el defensor del Cristianismo podría quedarse en Roma, a voluntad, pero sometiéndose al compromiso de no alejarse o ausentarse de la ciudad del Imperio hasta que su caso personal fuera totalmente aclarado. El Prefecto de los Pretorianos labró la sentencia en un pergamino. Pablo de Tarso, a su vez, se sentía confortado y radiante. El caviloso monarca parecía no ser tan malo, y ser digno de amistad y reconocimiento. Sentía una gran alegría, porque esa primera victoria auguraba nuevas esperanzas para sus hermanos en la fe.

Pablo regresó a la cárcel, siendo notificado el administrador de las últimas disposiciones. Después, la libertad.

Lleno de esperanzas, buscó a los amigos; sin embargo, sólo encontró desoladoras noticias. La mayoría de sus apreciados colaboradores habían desaparecido, apresados o muertos. Muchos se ocultaban, temerosos de los grandes sacrificios. Por último y como siempre sucedía, tuvo la ocasión de reencontrarse con Lucas. El piadoso médico le informó de los dolorosos hechos acaecidos y que se repetían constantemente. Ignorando que un guardia lo seguía de lejos, para ubicar su nueva residencia, Pablo, acompañado del amigo, llegó a una modesta casa cerca de la Puerta Capena. Necesitando descansar para fortalecer su cuerpo debilitado, el viejo pregonador tuvo la asistencia de dos hermanos, que lo recibieron con gran alegría. Eran Lino y Claudia, amorosos servidores de Jesús.

El Apóstol de los gentiles se instaló en el pobre hogar, con la obligación de presentarse a la prisión Mamertina cada tres días hasta la resolución final de su causa.

No obstante el consuelo que lo poseía, el venerable amigo presentía presagios indefinibles. Se sentía sorprendido cuando reflexionaba sobre el alcance y coronamiento de su carrera apostólica, quedándole únicamente el morir por Jesús. Rechazaba tales pensamientos para seguir infundiéndose valor para proseguir la difusión de las enseñanzas evangélicas. Sin embargo, no pudo encaminarse hacia las catacumbas, como eran sus deseos, debido a la postración física, pero se valía de la afectuosa colaboración de Lucas para escribir las epístolas que juzgaba eran necesarias. En las mismas se incluía la última carta que escribió a Timoteo, aprovechando el viaje de dos amigos hacia Asia. Pablo escribió ese último documento al muy amado discípulo, tomado de gran emoción, que le hizo derramar abundantes lágrimas. Su generosa alma deseaba confiar al hijo de Eunice las últimas disposiciones, aunque luchaba consigo mismo para no darse por vencido. El Apóstol, al elaborar conceptos afectuosos, se sentía como un discípulo que era llamado a las altas esferas, sin poder exceptuarse de la condición de hombre, pero que no deseaba capitular en la lucha emprendida. Al mismo tiempo que confiaba a Timoteo el convencimiento de dar por terminada su carrera, le enviaba la amplia capa de cuero que había dejado en Tróade, en casa de Carpo. Mientras le enviaba las Últimas impresiones, llenas de prudencia y cariño, rogaba a su buena disposición para que avisa-

ra a Juan Marcos para que viniera a la capital del Imperio para ayudarlo en el servicio apostólico. Su mano temblorosa y arrugada, escribe melancólicamente: “Sólo Lucas está conmigo”¹. El convertido de Damasco interrumpe su escritura para ponerse a llorar sobre los pergaminos. En ese instante, sentía sobre su frente como una brisa producida por un pausado aleteo. Un cariñoso consuelo llegaba a su corazón amoroso e intrépido. En ese punto de la carta, recobra nuevamente el ánimo y vuelve a demostrar su decisión de lucha, terminando con las recomendaciones atinentes a las necesidades de la vida material y a los trabajos evangélicos.

Pablo entrega la misiva a Lucas para que la envíe, sin conseguir ocultar sus lúgubres presentimientos. En vano el cariñoso médico y gran amigo trata de deshacer aquellas aprensiones, mientras Lino y Claudia intentaban distraerlo.

Aunque no abandonaba los trabajos, conforme se presentaba su nueva situación el viejo Apóstol se sumía en profundas meditaciones, de donde se rehacía para atender a las triviales necesidades.

Efectivamente, transcurridas algunas semanas después de la carta a Timoteo, un grupo armado lo visitó en la nueva residencia de Lino, a la medianoche, en víspera de las grandes festividades con que la administración pública deseaba conmemorar la reconstrucción del Gran Circo. El dueño de la casa, la esposa y Pablo de Tarso fueron apresados, habiendo escapado Lucas por haber pernoctado en otro lugar. Las tres víctimas fueron llevadas a una cárcel del Monte Esquilino, dando pruebas de su fe ante el gran martirio que comenzaba.

El Apóstol fue arrojado a una celda oscura e incomunicado. Los soldados se hablaban por lo bajo ante tamaña demostración de valor. Al despedirse de Lino y su mujer, todos envueltos en lágrimas, el pregonador los abrazó y les dijo:

—Tengamos valor. Esta será la última vez que nos saludamos con los ojos materiales, pero hemos de vernos en el Reino del Cristo. El tiránico poder del César sólo alcanza al cuerpo perecible...

En base a las órdenes expresas de Tigelino, el prisionero quedó aislado de sus compañeros.

¹ II Epístola a Timoteo. 4-11. (Nota de Emmanuel).

En la oscuridad de la cárcel, que más se asemejaba a una cueva húmeda, hizo un balance retrospectivo de todas las actividades de su vida, entregándose a Jesús, enteramente confiado en su divina misericordia. Deseaba sinceramente estar junto a sus hermanos, que de hecho, estaban destinados a los cruentos espectáculos del día siguiente, para esperar la hora extrema en comunión de fe y afrontando los martirios.

No pudo dormir a pesar de las horas transcurridas desde su aprensionamiento y terminó pensando que el día fijado para el sacrificio era inminente. Ni un rayo de luz penetraba en la inmunda celda. Sólo percibía vagos y lejanos rumores, que le daba la idea de la aglomeración producida por la gente en la vía pública. Las horas pasaron expectantes, que parecían interminables. Después de angustioso cansancio, consiguió dormir algunas horas. Cuando despertó, no pudo apreciar el tiempo transcurrido. Tenía sed y hambre, pero oró con fervor, sintiendo que llegaba del plano invisible el consuelo deseado. En el fondo estaba preocupado por la suerte de sus compañeros. Un guardia le informó que un gran número de prisioneros cristianos iban a ser llevados al gran circo y que él padecía por no poder acompañarlos en el infortunio por amor a Jesús. Sumido en esas amargas reflexiones, no tardó en sentir que alguien abría la puerta de la celda. Llevado al exterior, el ex rabino se encontró de frente con un pelotón de seis hombres armados que lo esperaban junto a un vehículo de regulares proporciones. A lo lejos, sobre el horizonte, se iban ocultando los astros de la noche.

El Apóstol, silencioso, obedeció las órdenes de la escolta. Le ataron las manos callosas con gruesas cuerdas. Un guardia nocturno, visiblemente borracho, se aproximó y le escupió en el rostro. El ex rabino inmediatamente recordó los sufrimientos padecidos por Jesús y recibió el insulto sin demostrar el mínimo gesto de sentirse afectado en su amor propio.

A una orden, tomó asiento en el vehículo junto a los seis hombres armados, que lo admiraban por su serenidad y valor.

Los caballos trotaban rápidamente, como si quisieran atenuar el frío de aquella húmeda mañana.

Llegaron a los cementerios que se veían a lo largo de la Vía Apia, cuando las sombras de la noche se desvanecían, preanunciando un radiante día.

El militar que dirigía la escolta ordenó parar el carro y haciendo descender al prisionero, le dijo titubeante:

–El Prefecto de los Pretorianos, por sentencia del César, ordenó que seas sacrificado al día inmediato de la muerte de los cristianos, lo que sucedió ayer, para pesar tuyo. Por lo tanto, debéis saber que estáis viviendo los últimos instantes de tu vida.

Calmo, con ojos brillantes y manos atadas, Pablo de Tarso, silencioso hasta ese momento, exclamó, sorprendiendo a los verdugos con su majestuosa serenidad:

–Sois conscientes de la tarea criminosa que os incumbe desempeñar... Los discípulos de Jesús no temen a los verdugos que sólo les pueden eliminar el cuerpo físico. No creáis que vuestra espada pueda quitarme la vida, porque estoy viviendo los últimos instantes de mi vida del cuerpo carnal, eso significa que vaya entrar, sin demora alguna, en los tabernáculos de la vida eterna, con el Señor Jesús Cristo, el mismo que os tendrá en cuenta a vosotros, a Nerón y a Tigelino...

La siniestra patrulla tembló de asombro. Aquella energía moral en el momento supremo, era propicia para aplastar a los más fuertes y decididos. Percibiendo la sorpresa general y decidido a ejecutar el mandato, el jefe de la escolta tomó la iniciativa para el sacrificio. Los demás compañeros parecían desorientados, nerviosos y temerosos. El inflexible propuesto de Tigelino ordenó al prisionero que diera veinte pasos al frente. Pablo de Tarso caminó serenamente, aunque íntimamente se iba recomendando a Jesús para la asistencia espiritual, ante el supremo testimonio.

Al llegar al lugar indicado, el secuaz de Tigelino desenvainó la espada y en ese instante le tembló la mano y mirando fijamente a la víctima, le habló en tono casi imperceptible:

–Lamento haber sido designado para este hecho, cosa que me afecta muchísimo...

Pablo de Tarso, levantando la cabeza cuanto le era posible, respondió sin titubear:

–No soy digno de lástima. Antes, tened compasión de vosotros mismos, porque muero cumpliendo deberes sagrados, en función de la vida eterna, mientras que vosotros no podéis huir de las groseras obligaciones de la vida transitoria. Llorad por vosotros mismos, porque yo partiré buscando al Señor de la Paz y de la Verdad, que da la vida al mundo; al paso que vosotros, terminada vuestra tarea de sangre, debéis regresar a la hedionda

convivencia de los que ordenan otros tantos crímenes, característicos de vuestra época...

El militar continuaba mirándolo asombrado, notándosele la gran dificultad que tenía para sostener la espada y Pablo remató al instante:

—¡No temáis!... ¡Cumplid vuestro deber hasta el fin!

Un violento golpe le seccionó el cuello, desplazándole la vieja cabeza, que había encanecido por los sufrimientos del mundo.

Pablo de Tarso cayó como fulminado sin pronunciar palabra alguna. El cuerpo sin gobierno cayó al suelo, como un despojo horrendo e inútil. La sangre chorreaba en cantidad en las últimas contracciones de la rápida agonía, mientras el pelotón regresaba silenciosamente.

El valeroso discípulo del Evangelio sentía la angustia de los últimos momentos vividos en la materia, pero de a poco fue sintiendo una suave sensación, que se transformó en rápido alivio. Manos cariñosas y solícitas parecían tocarlo suavemente, como si lo arrancaran, ante ese contacto divino, de las terribles impresiones de sus amargos padecimientos. Tomado de sorpresa, observó que lo transportaban a un lugar distante y pensó que amigos generosos deseaban asistirlo en un lugar más adecuado, para que no le faltara el dulce consuelo de una muerte tranquila. Después de algunos minutos los dolores habían desaparecido por completo. Tenía la impresión que estaba descansando bajo la sombra de algún árbol frondoso y recibía las suaves brisas matinales. Intentó levantarse, abrir los ojos, ver el paisaje. ¡Imposible! Sentíase débil, cual convaleciente de una larga y gravísima enfermedad. Reunió sus energías mentales como mejor le fue posible y oró suplicando a Jesús le permitiera el esclarecimiento de su alma en aquella nueva situación. Sobre todo, la falta de la visión lo dejaba sumido en angustiada expectativa. Recordó los días de Damasco, cuando la ceguera le alcanzó su vista de pecador y que fuera luego deslumbrado por la inmensa Luz del Maestro. Recordó al bondadoso y fraternal Ananías y lloró al influjo de aquellas reminiscencias. Después de un gran esfuerzo, consiguió levantarse y reflexionó que el hombre necesitaba servir a Dios, aunque estuviera atravesando las densas tinieblas.

Fue en ese instante cuando percibió que alguien se acercaba muy despacio. Inmediatamente recordó el inolvidable día que fuera visitado por el emisario del Cristo en la pensión de Judas.

–¿Quién sois? –preguntó, al igual que lo había hecho en aquella oportunidad.

–Hermano Pablo... –comenzó a decir el recién llegado.

El Apóstol de los gentiles, conociendo aquella voz bien amada, le interrumpió la palabra, exclamando con inmensa alegría:

–¡Ananías!... ¡Ananías!...

Y cayó de rodillas sin poder sostener el llanto.

–Sí, soy yo –dijo la venerada entidad pasando la mano luminosa por su frente–, un día Jesús me envió para que te devolviera la vista, para que conocieras el camino áspero de sus discípulos y hoy, Pablo, me concede la dicha de abrirte los ojos para la contemplación de la vida eterna. ¡Levántate! ¡Has vencido a los últimos enemigos, alcanzaste la corona de la vida, llegaste a los nuevos planos de la Redención!...

El Apóstol se levantó envuelto en lágrimas de inmensa gratitud, mientras Ananías, pasando la mano por sobre sus apagados ojos, exclamó:

–¡En nombre de Jesús, vuelve a ver!... ¡Desde la revelación de Damasco, dedicaste tus ojos al servicio del Cristo. ¡Contempla, ahora, las bellezas de la vida eterna, para que podamos ir al encuentro del Maestro bien amado!...

El dedicado trabajador del Evangelio reconocía las maravillas con que Dios premia a sus cooperadores en el mundo lleno de sombras. Asombrado, contempló el paisaje que lo rodeaba. No estaba lejos de las catacumbas de la Vía Apia. Misteriosas fuerzas le habían apartado del triste cuadro donde se descomponían sus despojos sangrientos. Se sentía joven y feliz. Ahora comprendía la grandeza del cuerpo espiritual, distinta a la experimentada en el cuerpo físico. Sus manos no tenían arrugas, ni la epidermis cicatrices. Tenía la impresión de haber bebido algún misterioso elixir de la juventud. Una túnica de blanco resplandeciente lo envolvía y ondulaba graciosamente. Mal despertaba de su deslumbramiento, cuando alguien suavemente le golpeó el hombro: era Gamaliel que le daba un beso fraternal. Pablo de Tarso se sintió el más feliz de los seres. Abrazando al viejo Maestro y a Ananías, en un solo gesto de ternura, exclamó entre lágrimas:

–¡Sólo Jesús me podría conceder alegría como ésta!

No había terminado de manifestar su pensamiento cuando, empezaron a llegar viejos compañeros de luchas terrenas y amigos de otros tiempos. Por otra parte, acudieron hermanos que venían a darle la bienvenida por haber

cruzado los umbrales, de la eternidad. Los deslumbramientos del Apóstol se iban sucediendo sin interrupción. Como si se hubieran quedado en Roma a la espera de su llegada, los mártires que sucumbieron en las fiestas de la víspera llegaron cantando. Todos querían abrazarlo y besarle las manos. En ese ínterin, dando la impresión que salían de una maravillosa fuente del más allá, se escuchó una hermosa melodía, acompañada por angelicales voces. Sorprendido por la belleza de la composición, imposible de expresar en lenguaje humano, Pablo escuchaba una voz que le decía muy solícita:

—¡Este es el himno de los prisioneros liberados!

Viendo Ananías la intensa emoción que embargaba a Pablo, le preguntó cuál era su primer deseo en la esfera de los redimidos. Pablo, íntimamente, recordó a Abigail y a los anhelos sagrados de su corazón, como le podría suceder a cualquier humano, pero integrado al ministerio de la divinidad, que manda olvidar los caprichos, y sin querer traicionar su gratitud y misericordia al Cristo, respondió conmovido:

—Mi primer deseo sería volver a ver a Jerusalén, donde practiqué tantos males y allí orar a Jesús para dedicarle mi agradecimiento.

Ni bien había terminado de expresarse, la luminosa asamblea apareció ante sus ojos. Asombrado con el poder del pensamiento en el mundo espiritual, Pablo observó que la distancia nada representaba para las posibilidades espirituales.

De lo Alto continuaban fluyendo armonías de sublime belleza. Eran himnos que exaltaban la ventura de los triunfantes trabajadores y misericordia de las bendiciones del Todopoderoso.

Pablo deseaba imprimir a la divina excursión el sabor de sus reminiscencias. Para ese fin, el grupo siguió a lo largo de la Vía Apia hasta Aricia, donde se desvió hacia Pouzzoles, en cuya iglesia se detuvo para orar algunos minutos con inefable ventura. Después la caravana se dirigió a la isla de Malta, para continuar hacia el Peloponeso, donde Pablo se extasió en la contemplación de Corinto, dando curso a las dulces y cariñosas recordaciones. Lleno de entusiasmo fraternal, los componentes de la caravana acompañaban al valeroso discípulo en el camino de los sagrados recuerdos, que le vibraban en lo íntimo del corazón. Atenas, Tesalónica, Filipos, Neápolis, Tróade y Efeso fueron puntos donde el Apóstol demoró para orar con lágrimas derramadas por la gratitud al Altísimo. Atravesando las zonas de Panfi-

lia y de Cilicia, entraron en Palestina, llenos de alegría y sagrado respeto. En todos los caminos recorridos se incorporaban emisarios y trabajadores del Cristo. Pablo no podía contener la alegría que le producía su llegada a Jerusalén, bajo el manto prodigioso del azul del crepúsculo.

Obedeciendo a una indicación de Ananías, se reunieron en la cima del Calvario y cantaron himnos de esperanzas y luz.

Recordando los errores del pasado, Pablo se arrodilló y elevó a Jesús una fervorosa súplica. Los redimidos compañeros se aquietaron en éxtasis, mientras que Pablo, transfigurado por el llanto, trataba de expresar el significado sin palabras al Divino Maestro. De inmediato, en la tela del Infinito se observó un cuadro de belleza nunca vista. Como si se hubiera rasgado el inmensurable azul del cielo, apareció una hermosa y luminosa senda y por ella se aproximaban tres seres radiantes. El Maestro estaba en el centro, a la derecha Esteban y al lado de su corazón se encontraba Abigail. Deslumbrado, arrebatado por la presencia de esos seres tan amados, apenas pudo extender los brazos, porque su voz no le salía en el auge de la emoción. Abundantes lágrimas le corrían por el rostro. Abigail y Esteban se adelantaron. Ella le tomó las manos delicadamente en un gesto de ternura, mientras Esteban lo abrazaba con efusión.

Pablo quiso arrojarse a los brazos de los dos hermanos, besarles las manos para demostrarles su ventura espiritual, pero cual dócil criatura que todo lo debía al Maestro, trató de mirar a Jesús, buscándole su aprobación.

El Maestro sonrió indulgente y cariñoso y habló:

—¡Sí, Pablo, ahora eres feliz! ¡Ven a mis brazos, pues es la voluntad de mi Padre que los verdugos y mártires se reúnan para siempre en mi reino!...

Y así unidos, dichosos, los fieles trabajadores del Evangelio de la redención siguieron los pasos del Cristo, en busca de las esferas de la Verdad y de la Luz...

Allá abajo, Jerusalén se presentaba majestuosa y atrayente, esperando la llegada de la luna que la iluminaría con sus rayos de plata.

INDICE

Noticias preliminares	7
Palabras del traductor	10
Corazones castigados	12
Lágrimas y sacrificios	32
En Jerusalén	46
En los caminos de Jope	65
La pregonación de Esteban	78
Ante el Sanedrín	92
Las primeras persecuciones	107
La muerte de Esteban	128
Abigail cristiana	151
En el camino de Damasco	166
Rumbo al desierto	182
El tejedor	205
Luchas y humillaciones	230
Primeros trabajos apostólicos	276
Luchas por el Evangelio	331
Persecuciones y sacrificios	355
Las Epístolas	372
El martirio en Jerusalén	401
El prisionero del Cristo	438
El encuentro con el Maestro	457